



CHARLOTTE BRONTË

Jane Eyre

Traducción de TONI HILL

Lectulandia

Jane es una niña huérfana que se ha educado en un orfanato miserable. Sin embargo, pese a todas las adversidades que la vida ha dispuesto en su camino, su inteligencia y su afán por aprender consiguen apartarla del mundo de su gris infancia, y logra establecerse como institutriz. Mientras trata de cuidar y educar a la joven Adèle, Jane empezará a trabar una estrecha relación con Edward Rochester, el padre de la pupila. Pero su amor se verá enturbiado al descubrir que su mujer, demente, vive todavía encerrada en una habitación de la casa.

La crítica literaria y biógrafa Stevie Davies firma la reveladora introducción que precede a la novela, espléndidamente traducida por el escritor Toni Hill. Se ofrece así la perspectiva histórica y literaria de una obra que supuso todo un fenómeno en su época, además de un escándalo y una revolución en los círculos culturales.

William Makepeace Thackeray dijo...

«La obra maestra de un gran genio.»

Lectulandia

Charlotte Brontë

Jane Eyre

Penguin Clásicos

ePub r1.0

Titivillus 25.08.16

Título original: *Jane Eyre*
Charlotte Brontë, 1847
Traducción: Toni Hill
Comentarista: Stevie Davies

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

(Se advierte a los lectores que esta introducción explicita detalles del argumento.)

En Gateshead, un día frío, una huérfana de nueve años se esconde detrás de una ventana con un libro; al descubrirla, le pegan, y ella se defiende. Su tía manda encerrarla en la terrorífica «habitación roja». En Lowood, la pequeña rebelde, bajo la tutela de un pastor hipócrita, tiene que lidiar con el régimen del hambre, es tachada de mentirosa y gana una amiga, Helen Burns, que muere en sus brazos de tuberculosis. En Thorfield, ya adulta, es una institutriz «pobre, vagabunda, pálida y demacrada» que reivindica su igualdad con el aristócrata Rochester, se aman el uno al otro, pero la presencia de una esposa lunática en el ático acaba con todo. En Moor House, la rebelde, rebajada a mendiga, encuentra parientes, riquezas y la fuerza necesaria para resistirse a la llamada perentoria de convertirse en la esposa de un misionero en un matrimonio desapasionado. En Ferndean, la rebelde vuelve al lado de Rochester, ciego y mutilado, y «lector, me casé con él».

Así transcurre la aventura en cinco partes de *Jane Eyre*, que deslumbró al público lector en octubre de 1847. En palabras de Annie Thackeray Ritchie, la hija del célebre novelista William Makepeace Thackeray, «todo Londres lo comentaba, lo leía y hervía en comentarios». Annie Ritchie, entonces una niña, confesó que sus hermanas y ella «se lo llevaban sin permiso y leían fragmentos en cualquier parte, dejándose llevar por un huracán que hasta entonces nadie había imaginado, ni siquiera soñado».^[1] George Smith, el joven editor de Charlotte Brontë, recordaba así la primera vez que leyó el manuscrito, un domingo por la mañana: «La historia me cautivó enseguida. Antes de las doce mi caballo ya estaba en la puerta, pero no pude dejar el libro». Anuló todas las citas y siguió leyendo mientras comía un sándwich. Engulló la cena, y «antes de irme a la cama ya había acabado de leer el manuscrito».^[2] El crítico Frederick Harrison recordó en 1895 «la emoción que, en los cuarenta, nos invadió a todos con la aparición de *Jane Eyre*, el descubrimiento de un nuevo talento y un estilo novedoso».^[3]

¿Cuál era el secreto del mágico éxito de *Jane Eyre*?, y ¿qué suscitó tanta hostilidad en contra de la novela, tachada de manifiesto feminista, peligroso y erótico, de documento inadmisibles y furibundo que atizaba el fuego revolucionario del cartismo y las sublevaciones en Europa a finales de los años cuarenta del siglo XIX? *Jane Eyre* poseía un tono acusadamente personal, no dejaba a nadie indiferente. Tras la temprana muerte de Charlotte Brontë, Thackeray plasmó en la siguiente pregunta hasta qué punto el libro incidía en el lector hasta llegarle al corazón: «¿Qué lector no se ha hecho también su amigo?».^[4]

La ternura, la intimidad y el tono franco y sincero sumados a la publicación por

primera vez de *Jane Eyre* como «autobiografía» escrita por un personaje desconocido, Currer Bell, hizo que sus lectores se sintieran muy cercanos a la autora y, a la vez, quisieran conocer los detalles de su vida privada. Por otro lado, los detractores, horrorizados por la ferocidad del tono poco femenino y el mensaje incendiario, aborrecieron su desnudez emocional, su poder de seducción. *Jane Eyre* habla de pasión erótica, de las aspiraciones de la clase baja y de la ira de las mujeres en una época en que el radicalismo político amenazaba el orden establecido. El público, curioso, ansiaba que se desvelara el misterio sobre el autor. Las hermanas Brontë habían firmado sus novelas con seudónimos de género ambiguo para evadir la doble vara de medir de la crítica literaria, que impedía que la obra de una mujer recibiera una consideración justa.^[5] Sin embargo, tanto desconocimiento avivaba aún más el deseo del público de desenmascarar al sujeto que había escrito *Jane Eyre*. ¿Currer Bell era un hombre o una mujer? ¿O ambas cosas? ¿Currer Bell era también Acton y Ellis Bell (Anne y Emily Brontë, que publicaron respectivamente *Agnes Grey* y *Cumbres borrascosas*, en diciembre de ese mismo año, después de *Jane Eyre*)? El novelista e influyente crítico George Henry Lewes intuyó que aquella obra, que «emerge de las profundidades de un alma doliente, luchadora y persistente», era creación de una mujer. También cayó rendido ante su atractivo personal: «la admiras, la amas, la amas por su determinación, su honestidad, su corazón enamorado, y por resultar una persona peculiar pero fascinante». Su reconocimiento de que *Jane Eyre* se caracterizaba por «la realidad, la profunda y significativa realidad», conmovió a Charlotte Brontë.^[6]

Más tarde, una vez revelada su identidad y después de ser aclamada entre la élite literaria de Londres, Lewes ofendería a la autora, burlándose así: «Existe entre nosotros un vínculo de solidaridad, señorita Brontë, pues ambos hemos escrito libros obscenos».^[7] La ilustrada aristócrata Lady Herschel aconsejó no dejar el libro al alcance de las hijas,^[8] y la crítica conservadora Elizabeth Rigby, en una reseña que causó un gran revuelo, aventuró la posibilidad de que, si el autor de la novela no era un hombre (como parecían indicar la ignorancia de *Jane Eyre* sobre la cocina y el vestir), tenía que ser obra de una delincuente sexual.^[9] Sobre la cuestión del género del autor, la intelectual y novelista Harriet Martineau afirmó, sin segundas intenciones, que el pasaje de *Jane Eyre* que habla sobre coser anillas de latón «solo lo podía haber escrito una mujer o un tapicero».^[10] Otros consideraban que la potencia del estilo no correspondía a la autoría de una mujer.

La autora no era una principiante. Nacida en 1816 en Thornton y criada en Haworth, Yorkshire, Charlotte Brontë quedó huérfana de madre a edad temprana, y la muerte prematura de sus hermanas Maria y Elizabeth la convirtió en la hermana mayor de una familia unida, formada por cuatro jóvenes escritoras en ciernes, que habían recreado sus mundos de fantasía de Angria y Gondal a través de la literatura épica. Su padre, Patrick Brontë, era el vicario perpetuo de la iglesia de San Miguel y Todos los Ángeles de Haworth, por lo que recibía un sueldo muy bajo, y la familia

tuvo que trabajar duro para vivir en una especie de refinamiento raído. Charlotte se avergonzaba de su trabajo como profesora e institutriz, pues tenía un carácter retraído, sufría de un retraso en el crecimiento, tenía la piel demacrada y las facciones asimétricas. En calidad de institutriz, era tratada como si no existiera, como cuenta ella misma: una institutriz «no es considerada como un ser vivo y racional».^[11] Con todo, aprovechó la oportunidad de procurarse una educación en el Pensionnat Heger, en Bruselas, en 1842. Allí, el amor atormentado que sentía por su profesor, Constantin Heger, la incitó a aprender de él los principios de la narrativa y del oficio de la edición. Al volver a Haworth en 1844, descubrió el manuscrito de los poemas de Emily y espoleó a sus hermanas para que publicaran los suyos en 1846. En 1847, enviaron los manuscritos de *Cumbres borrascosas*, de Emily, el de *Agnes Grey*, de Anne, y *El profesor*, de Charlotte, que fue rechazado. Lejos de desanimarse, Charlotte empezó una nueva novela y, el 24 de agosto de 1847, envió el manuscrito al editor, George Smith. Al cabo de unos meses, la mujer ermitaña se convirtió en toda una celebridad.

LA POLÍTICA EN *JANE EYRE*

Jane Eyre es una novela sobre el poder y el conflicto, escrita en una época de inestabilidad política y social en una ciudad textil del norte industrial de Inglaterra. La inquietud que suscitó la novela a la prensa conservadora por su reivindicación de la libertad individual; la denuncia del hambre voraz que reinaba, no solo en el aspecto físico, sino también intelectual y emocional, y una protagonista conflictiva que desafiaba a la autoridad, puso en evidencia a una élite que se sentía amenazada: «Las ideas que han derrocado a la autoridad y han infringido todo código humano y divino en el extranjero y que en Inglaterra han promovido el cartismo y la sublevación son las mismas que se desprenden de *Jane Eyre*».^[12] En Gran Bretaña, durante la década de los cuarenta del siglo XIX, el movimiento cartista dio voz, a través de manifestaciones, sublevaciones y huelgas, a la indignación de los trabajadores, que se encontraban sumidos en la miseria por culpa de la industrialización y el capitalismo.^[13] Las masas, furiosas porque la producción mecanizada las había hundido en la pobreza, se habían organizado para denunciar la desigualdad, pedir el sufragio masculino universal y exigir la igualdad de derechos. La Europa de 1847 se encaminaba de un modo inexorable hacia las revoluciones de 1848. Charlotte escribió *Jane Eyre* durante el curso de estos acontecimientos, y la publicó cuando culminaban en lo que las clases dirigentes contemplaban como una orgía de violencia que amenazaba la «civilización» misma.

Sin embargo, ¿qué tenía que ver con el cartismo el relato de las penurias y vicisitudes de una niña huérfana, su escolarización, su trabajo como institutriz, su integridad cuando rehúsa mantener relaciones sexuales con su patrón, y su feliz y

legítimo matrimonio final? En abril de 1848, después de que las revoluciones europeas se propagaran por Italia, Alemania y el Imperio austríaco, al mes de la masiva petición cartista en Londres, la revista *Christian Remembrancer* acusó a *Jane Eyre* de bullir de «jacobinismo moral»: «Nunca ha habido un enemigo mejor. “¡Es injusto! ¡Es injusto!”, es el único argumento del que disponen en contra de [...] los poderes fácticos».^[14] En diciembre, tras el estallido y fracaso de las revoluciones, la *Quarterly Review* denunció que *Jane Eyre* era un libro de fundamentos anticristianos: «Que la novela se lamente de las comodidades de los ricos y las privaciones de los pobres» comporta «la reivindicación orgullosa y perpetua de los derechos del hombre, sobre los cuales no encontramos evidencia ni en la palabra de Dios ni en la providencia divina».^[15]

En 1855, la *Blackwood's Edinburgh Magazine*, casi ocho años después de su publicación, relacionó las revoluciones europeas con *Jane Eyre* como expresión de las fuerzas de la anarquía social: «Simplemente, la olla a presión de la política ha explotado, arroja al caos a vuestro monarca francés y pone a otro en su lugar. Esta es vuestra verdadera revolución: Francia es solo uno de los poderes occidentales, pero las mujeres constituyen la mitad del mundo».^[16] La novela se leyó como un manifiesto feminista en un momento en que las mujeres casadas no estaban representadas en la legislación y, en el derecho anglosajón, no tenían potestad ni a la propiedad ni al divorcio; no podían votar ni acceder a la universidad ni a profesión alguna. El artículo de la *Blackwood* acusaba a *Jane Eyre* de respaldar una sublevación que abocaba a una generación de mujeres escritoras a la ordinariez y a la violencia. La emancipación femenina conjuraba los fantasmas de la permisividad sexual y la masculinización de la mujer y representaba una amenaza para el modelo patriarcal de la familia y el Estado. Mujeres como George Sand, la *femme scandaleuse*, la novelista que fumaba puros y llevaba pantalones, se habían presentado como candidatas en las elecciones del París revolucionario. Las mujeres habían luchado al lado de los hombres en las barricadas de París y Viena.

Estas anatematizaciones de *Jane Eyre* las desencadena su trasfondo de autoafirmación apasionada: «Yo me preocupo. Cuanto más absoluta sea la soledad, cuanto más sufra debido a la falta de amistades, cuanto más desvalida esté en el mundo, mayor será el respeto que sienta por mí misma». Que Jane se amotine en contra de sus patronos está en sintonía con la retórica de la pobreza y la enfermedad del mundo industrializado, donde el pueblo pasa hambre y es tratado como las máquinas a las que atiende y no honrado como ser humano. Jane exige saber: «¿Cree que soy una especie de autómata, una máquina sin sentimientos que puede vivir sin un mísero pedazo de carne ni una gota de agua?». Se reivindica como igual a su patrón y este no puede negarlo. La promesa de la protagonista, «obedeceré una ley otorgada por Dios y sancionada por los hombres», se fundamenta en sus ideas sobre la capacidad de soberanía del individuo. De este modo, los derechos humanos se sitúan en el núcleo de la ética de *Jane Eyre*, y los críticos conservadores (a menudo,

mujeres en una posición anómala que actuaban como policía femenina del pensamiento en pro de la ideología patriarcal) no iban errados al identificarlos. El amor entre Jane y Rochester está politizado: «Esta relación de amor vertiginosa no es más que una declaración salvaje de los “Derechos Humanos” desde otra vertiente [...] “Deja que se me lleve, que se aproveche de mí, que me domine [...] deja que luchemos”». ^[17] Se interpreta el desafío erótico de Jane a su patrón como una licencia fruto de una libertad sexual absoluta, consecuencia del *laissez-faire* económico.

La autora de *Jane Eyre* era conservadora y anglicana, así que no cabía duda de que no simpatizaba con los cartistas ni con los revolucionarios. ^[18] Pero Charlotte Brontë usaba un lenguaje fuerte y extremo, pues, a pesar de oponerse al radicalismo de sus amigas, Martha y Mary Taylor, había interiorizado su vocabulario. Su ideología política poseía una doble vertiente: era una mezcla entre el conservadurismo reaccionario y el individualismo radical, con seguridad, a causa de haberse visto obligada, como mujer trabajadora, a ganarse la vida en un mundo que explotaba como mano de obra barata a las mujeres solteras. En opinión del *Saturday Review*, «el matrimonio es la profesión de la mujer; y su formación —la de la dependencia— ha de amoldarse a esta vida; una mujer que no se casa, ha fracasado en su empresa: las institutrices están mal pagadas porque la mercancía que venden no tiene ningún valor». ^[19] *Jane Eyre* constituye una denuncia encarnizada de la humillación de las mujeres de clase media, depauperadas por la élite: los Ingram, una familia rica y terrateniente que maltrata a las institutrices delante de Jane, son gente despreciable, avariciosa, necia y vil. La novela no muestra deferencia alguna, e insiste en el valor y la dignidad del trabajo honrado. Manifiesta que los sirvientes y los criados, discretos y silenciosos como se supone que deben ser, observan, juzgan y maldicen a sus «superiores» bajo el techo de sus hogares ostentosos. Eso horroriza a la señora Reed, que queda estigmatizada por la maldición infantil de Jane. La obra también denuncia el maltrato infantil en las instituciones «benéficas». Desenmascara una sociedad enferma, trastornada e hipócrita.

El progreso económico de Jane resulta una alegoría de su autosuficiencia dentro de un mercado competitivo donde, como sirvienta, huérfana e institutriz, no pertenece ni a los criados ni a la clase privilegiada. Las condiciones de trabajo son tema de discusión entre Jane y su patrón, que «parece olvidar que me paga treinta libras al año justamente para obedecer sus órdenes». La «relación monetaria», que el profeta social Thomas Carlyle contemplaba, en el mundo moderno, como un agente deshumanizador de la relación entre el patrón y el trabajador y que degradaba a ambas partes, ^[20] es uno de los temas de debate centrales en *Jane Eyre*. Cuando la chica de diecinueve años le dice a su patrón que «ningún ser que haya nacido libre debería someterse ni siquiera por dinero» a que el patrón lo trate con insolencia, él contesta: «¡Ja! Me temo que son muchos los que han nacido libres y están dispuestos a someterse a lo que sea a cambio de un salario». Las relaciones económicas se cuestionan de una forma radical. Aun así, el curso de la trama tiende, en el fondo, al

conservadurismo, pues Jane es una «dama» que resulta tener parientes en la alta burguesía y gana su «independencia» gracias a la fortuna heredada.

La retórica incendiaria de la novela nos ayuda a entender por qué su ideología pareció, a la generación de Charlotte Brontë, tan violentamente subversiva. Como los artistas, que se autodenominaban «esclavos blancos»^[21] y se juraban romper sus cadenas y fugarse de la prisión, la niña Jane, que (de nuevo como los artistas) es una lectora voraz y tiene criterio para extraer sus propias conclusiones de las lecturas, reprende a John Reed con palabras tomadas de las sublevaciones de esclavos de la antigua Roma y del mundo moderno: «¡Chico malvado y cruel! [...] te comportas como un tratante de esclavos, como un emperador romano...». El capítulo 2 empieza: «No paré de resistirme en todo el camino [...] como cualquier otro esclavo rebelde, estaba tan desesperada que habría hecho lo que fuera para escapar». En los primeros capítulos se origina un diálogo entre la sumisión y la rebeldía, el encarcelamiento y la liberación, la lucha por la justicia y el deber de resistir, que no se abandona en toda la obra. La novela es contestataria: «¿Que cómo me atrevo, señora Reed? ¿Cómo me atrevo? Porque es la verdad», grita la niña, agraviada. *Jane Eyre* habla de esclavitud y revuelta; la emoción que la impulsa es la rabia; y su temperamento es ardiente. Predominan las imágenes de calor y fuego; de hecho, Thornfield Hall y su propietario son castigados con un incendio provocado. La imagería del fuego (Jane es «ardiente») va encendiendo la prosa. Todos los lugares donde la protagonista se aloja (Gateshead, Lowood, Thornfield, Moor House) constituyen una especie de Bastilla de la cual tiene que escapar, ya sea corriendo, cabalgando o a gatas (de Thornfield).

Los críticos contemporáneos, que se aproximan a la novela desde la perspectiva del siglo XXI, ponen el foco sobre la ideología sexual y racial de *Jane Eyre*. A la protagonista ya no se la considera una mujer cualquiera, marginal y subversiva, sino alguien que auspicia a la clase media insular inglesa. Los críticos poscoloniales interpretan que la herencia de Jane procede del botín de la trata de esclavos; que Bertha Rochester, una antillana criolla, ya sea blanca o de raza mixta, es demonizada desde una ideología racista; y que la ficción concluye con un cómodo y exclusivo matrimonio entre los aristócratas terratenientes. Sostienen que el trato que recibe Bertha Rochester responde a «una incontestable ideología por completo imperialista».^[22] Esta lectura, el trato de la primera esposa de Rochester como una maníaca amoral de una raza degenerada, insinúa un racismo nauseabundo que contamina los valores de la novela y del matrimonio de Jane. Charlotte Brontë confesó que no se había preocupado mucho por la persona y los aprietos de Bertha, y que nunca los problemas de raza fueron un asunto relevante en *Jane Eyre*.^[23]

Este enfoque del supuesto «tema central» de la novela no debería provocar que nos pase desapercibida la forma con que se aborda con contundencia, por ejemplo, la institucionalización del maltrato infantil: el subjetivismo mordaz de la obra familiariza al lector con los horrores del castigo corporal, la hambruna sistemática y la exposición al frío y a las enfermedades a que se sometía a los niños indefensos en

las instituciones «filantrópicas» y «cristianas». Charlotte Brontë vio en la novela un medio para desenmascarar a una Inglaterra que se había construido sobre la violencia hacia los niños y los desamparados. La denuncia de *Jane Eyre* es mucho más sobrecogedora que el descubrimiento en *Oliver Twist*, de Charles Dickens (1838), de las barbaridades que ocurrían en los asilos para pobres después de la *Poor Law*, pues el lector burgués de *Jane Eyre* siente una empatía con el sufrimiento de la niña gracias a la intimidad que crea la narradora en primera persona, que disuelve el yo del lector en el yo de la niña. Se adentra en la mente de Jane, se estremece al contemplar los azotes en la espalda desnuda de Helen, le conmueven sus sentimientos; el lector se ve expuesto al régimen de hambre en la escuela de Lowood, y se le induce a considerarlo en términos de la advertencia de Cristo: «Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis. [...] Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno» (Mateo 25:40-41). La violencia física y la brutalidad eran males endémicos en todas las escuelas, desde la más elitista hasta la institución más pobre.

La rebelión pueril de la «esclava sublevada» hace que el adulto estalle contra la injusticia del patriarcado. La protesta de Jane resulta explícitamente feminista en una nación donde millones de personas son silenciadas; este pasaje crucial del capítulo 12 es muestra de ello:

Resulta absurdo decir que la calma satisface a los seres humanos. En sus vidas debe haber acción, y si no la tienen, acabarán buscándola. Millones de personas se ven condenadas a una vida más monótona que la mía, y son millones los que se rebelan en silencio contra ese destino. Nadie sabe cuántas rebeliones, al margen de las políticas, fermentan en la masa de seres vivos que habita la tierra. [...] mujeres y hombres comparten los mismos sentimientos. Ellas, al igual que sus hermanos, también necesitan ejercitar sus facultades y un campo donde poder concentrar sus esfuerzos.

Usa expresiones propias de los radicales: la doble mención a «millones» de personas y «la masa» evoca el aviso de los extremistas a las clases gobernantes de que los oprimidos superan en gran número a la reducida élite. Los cartistas se referían a la clase trabajadora como «los millones», un término ideado para causar temor. La actitud de Jane es explícitamente profética y amenazante: los oprimidos «deben» tener capacidad de acción, si no, «acabarán buscándola». La afirmación «mujeres y hombres comparten los mismos sentimientos» contradice una de las características fundamentales sobre la cual se edifican el Estado y la familia victoriana (y, por lo tanto, el orden patriarcal). El simbolismo que prevalece en la novela alude a lo subversivo, a la sublevación, la agitación, la revuelta, la erupción volcánica, el desorden y la explosión: en este contexto, el manifiesto feminista que se ha citado más arriba, aunque ahora sus exigencias nos parezcan insuficientes (la educación y profesionalización de la mujer), no se podría calificar sino de incendiario.

Jane Eyre fue reconocido enseguida como un libro escrito en el norte. La autora vivía en el meollo del radicalismo industrial, cerca de los centros cartistas de Keighley, Dewsbury, Leeds, Huddersfield y Todmorden. Charlotte Brontë había sido

testigo de la hambruna y el desempleo masivos. Cuando Jane deambula por los páramos de Whitcross, famélica y sin hogar, es tomada por una vagabunda, y hasta quizá por una ladrona o una prostituta: aunque la novela en general se sitúa en una época anterior, en la década de los años veinte del siglo XIX, este personaje evoca al lector una de las numerosas pordioseras que escapaban, después de la draconiana *New Poor Law* de 1834, del desempleo y las calamidades que sufrieron las mujeres en un mundo en el que dependían de los hombres.

JANE Y EL YO

El nombre de la heroína no representa tanto una declaración de identidad como una cuestión de identidad. Mientras una trama bien tejida y desarrollada avanza de forma impetuosa, el nombre de «Jane Eyre» se invoca e inquiere como un sueño melancólico, con resonancias a los orígenes perdidos. Jane no guarda recuerdos de sus padres ni una idea clara del lugar al que pertenece, si es que pertenece a alguno. A menudo la narradora en primera persona menciona su propio nombre en segunda o tercera persona. En ocasiones se reprende a sí misma: «Escucha tu sentencia, Jane Eyre», lo que hace asociar el nombre con la división interna del yo, la pérdida de expresión, para que así parezca que hay dos Jane, una racional y la otra pasional. «¿Dónde estaba la Jane Eyre de ayer?», se pregunta cuando no consigue convertirse en «Jane Rochester»: «¿Dónde había quedado su vida? ¿Adónde habían ido a parar sus perspectivas? La Jane Eyre ilusionada, ardiente, casi una novia, había dejado paso de nuevo a una chica fría y solitaria». De un modo sorprendente, la persona, el yo, y el nombre, Jane Eyre, parecen dos cosas distintas. Cuando vuelve con el señor Rochester, habiendo ya revelado su identidad a los parientes, también se reúne consigo misma: «Soy Jane Eyre. [...] he vuelto...».

Los nombres actúan como talismanes. Jane era el segundo nombre de Emily Brontë. Y Agnes Ashurst, la primera esposa de una tal familia Eyre, propietaria del North Lees Hall, en Outseats, cerca de Hathersage, había sido tildada de loca, encerrada en un cuarto acolchado en el segundo piso de la casa y murió quemada. Es muy probable que Thornfield Hall sea una réplica de North Lees, que Charlotte Brontë visitó en 1845. Estas asociaciones conectan a la heroína desarraigada con un lugar y una historia. Pero el apellido es rico en referencias, insinuadas con sutileza cada vez que aparece el nombre de Jane en el transcurso de la novela. Esta perspicaz red de alusiones imprime un inesperado efecto en la lectura, y mantiene en suspense un cúmulo de indicios de alta carga emocional. Eyre sugiere «heir» («heredera»), «air» («aire»), «e'er» («ever», «siempre»), «err» («errar»), «Eire» («Irlanda») y rima con «where?» («¿dónde?»); juega con la palabra «ire» («ira»), tiene resonancias de «fire» («fuego») y «eyrie» («nido de águila»). En una novela tan itinerante, es posible que Jane «yerre» en su camino. Si es una «heredera», ¿cuál es su herencia?, ¿de quién

lo es? El reino del espíritu es el «aire» (de ahí el patrón sublime de la imaginería del ave), aunque ascender implica morir; no podemos vivir en el aire. La hambrienta Jane tendrá que suplicar por pan. Eyre resuena a «where» («donde»), «elsewhere» («en otro sitio»), «wherever» («cualquier lugar»), «anywhere» («algún lugar»), «everywhere» («en todas partes»). Fuera de Lowood, poco antes de la muerte de Helen, Jane reflexiona sobre el misterio de ser llamado por el mundo y «tener que abandonarlo para ir a Dios sabe dónde». Y cuando Helen está moribunda, le pregunta: «¿Adónde vas, Helen? ¿Puedes verlo? ¿Lo sabes?», aunque también se muestra escéptica con la existencia del cielo cristiano: «¿Estás segura de la existencia del cielo, un lugar donde nuestras almas viven después de la muerte?». En el clímax de la novela, al oír que la llaman: «¡Jane! ¡Jane! ¡Jane!», pregunta: «¿Qué ha sido eso?», y se percata de que lo que tendría que haber preguntado en realidad es: «¿De dónde viene?», y sigue cuestionando a la voz invisible: «¿Dónde estás?».

La intensidad con que la novela indaga sobre la identidad de su protagonista se ve reforzada por el uso recurrente de un grupo sucinto de palabras clave y expresiones con sus sinónimos. Estas palabras atañen a lo más básico y primordial de la condición humana, que tiene que ver con la necesidad de alimento, de calidez, de fuego, de un hogar, de un refugio. Sin embargo, sus sinónimos tienen algo de paradójico, pues añaden necesidades antitéticas: libertad, intereses, derechos, pasión. Son recurrentes los temas como «volver [...] a casa», «deambular» («vagar», «errar», «desviarse», «marchar»), «descansar» («acomodar», «acoger»); «separación» («romper», «alejarse», «apartarse», «partir»). «Hogar» nos remite al hogar celestial de los muertos; «deambular» implica pasear con calma o andar perdido; un «lugar de descanso» puede ser una tumba; la palabra inglesa «bourne» (acomodarse, refugiarse) posee el doble significado de «orilla» y «esa región no descubierta, de cuyos límites ningún viajero retorna nunca» de la que habla Hamlet,^[24] un «señor» puede ser tanto un tirano como un amante.

«MI SEÑOR»: PODER, SEXUALIDAD Y MATRIMONIO

El aspecto más complejo y controvertido de *Jane Eyre* es el tratamiento del género en las relaciones y el matrimonio. Jane nombra con deleite a Rochester «mi señor». Pero rehuye con desdén el dominio de Brocklehurst, John Reed y Saint John Rivers. El radicalismo feminista con que se reivindica la independencia de las mujeres se alterna con el deseo de fundirse con el «señor» amado en un único ser. En la Biblia, los discípulos se refieren a Jesús como su «Señor», palabra que combina amor y veneración. Rochester, como patrón aristócrata y terrateniente, es literalmente el «señor» de Jane. Pero ella le confiere una carga sexual que, de algún modo, implica el afecto y la atracción que el byroniano y autoritario Rochester siente por Jane. Este uso remite a la pasión que Charlotte Brontë sentía por su profesor, Constantin Heger:

«Mon chère maître», «el único maestro que he tenido», escribió en unas cartas preñadas de dolor.^[25] Incluso en los últimos capítulos, cuando Jane se reúne con Rochester convertida en una igual independiente, el amante no deja de ser su «señor», como lo era antes de dejar de ser su empleada.

No obstante, la novela cuestiona y problematiza la idea de «autoridad». Jane no aprueba la actitud «despótica» que Rochester adopta con ella antes de que la boda se anule. No solo se reivindica como su igual, sino como su superior («soy mejor que usted. ¡Suélteme!»). Del mismo modo, Rochester, a pesar de su concepción patriarcal, no solo se reconoce como un «igual» con respecto a Jane, sino también como un inferior, al reconocerle que «A los dieciocho años, yo era como usted». A su vez, él le otorga a ella las cualidades de un «señor»: «me complaces y a la vez me dominas», y la trama se encarga de arrebatarle el exceso de poder: cuando Jane vuelve a Ferndean, lo encuentra arrepentido, como un Sansón ciego suplicando que le guíen, con un brazo mutilado. Esta ambivalencia dinámica añade a la obra un ímpetu inagotable, y a la protagonista su energía y diligencia: «Yo nunca me quedo a medias», explica Jane a Saint John sobre sus relaciones: «Cuando me he visto obligada a tratar con caracteres duros, [...] jamás he sido capaz de situarme en el lógico punto medio que hay entre la sumisión absoluta y la rebelión decidida».

Un matrimonio igualitario, según el ideal de *Jane Eyre*, es aquel en el cual la insignificancia de la mujer actúa como soporte para un hombre que, de lo contrario, resulta demasiado dominante. El matrimonio feliz, que ya presenta problemas para el lector moderno, también era anómalo según los supuestos de la política victoriana y la ley eclesiástica. Con todo, en *Jane Eyre*, el amor humano es más sagrado que el divino. Charlotte Brontë se las arregla para subvertir el significado primordial de las Escrituras usando el lenguaje bíblico para que el impulso natural prevalezca sobre la designación divina y el lecho conyugal sobre el banco de la iglesia. El tierno y fiel «eros» es más poderoso que el fervor apostólico: Eva domina a Adán. El alegre intercambio de frases ingeniosas entre los amantes aviva su armonía: a un apesadumbrado Rochester («¿Estoy horrible, Jane?»), contesta ella: «Mucho, señor, siempre lo ha sido, ya lo sabe».

El filósofo liberal John Stuart Mill escribió en *El sometimiento de las mujeres* (1873) que bajo la legislación inglesa la mujer resulta «una verdadera esclava de su marido, y no en menor medida, en lo que se refiere a las obligaciones legales, que los esclavos».^[26] En un relato tan sensible a las vicisitudes y tentaciones de la «esclavitud», *Jane Eyre* todavía venera el matrimonio como un sacramento: tan sagrado como para reemplazar las «bodas del Cordero» representadas en la figura de Saint John Rivers. (En el libro bíblico del Apocalipsis, esta boda misteriosa representa la unión cristiana con Cristo en el cielo). Rivers, como «esposa de Cristo», ofrece un matrimonio a Jane tan nulo como el propuesto por Rochester la primera vez, pues Rivers ya está desposado, en el sentido más profundo posible. Las relaciones conyugales que le ofrece a la protagonista implicarían la violación

institucionalizada que permite la ley: «¿Me veo capaz de [...] soportar todas sus formas de amor (y no dudo de que él las observaría con el mayor escrúpulo) [...]?»». Charlotte Brontë habla de una forma abierta y sin pudor, única en su época, sobre la violencia que los hombres ejercen sobre las mujeres: Saint John, de modo implícito, propone la violación, y Rochester la considera: «Si la rompo, si vulnero esos débiles barrotes, mi arrebató solo servirá para dejar libre a la cautiva». Ambos tienen más en común de lo que nunca podrían llegar a reconocer.

Este paralelismo explica el doble y apocalíptico final. No son las nupcias de Jane, sino las de Saint John Rivers, las que concluyen la novela. Al morir, Rivers contraerá el matrimonio místico con el Cordero, mientras que Jane escoge el camino vital que le dicta su corazón humano. La unión del hombre y la mujer en una «sola carne», según el *Libro de oración común*, significa «la unión mística entre Cristo y su iglesia [...] como Cristo amó a su esposa, la Iglesia, dándose él mismo por ella, amándola y sustentándola como a su propia carne». *Jane Eyre* sigue así el camino de una ambivalente herejía cristiana y del tradicionalismo transgresivo: prefiere el símbolo (matrimonio humano) sobre lo simbolizado (unión con Cristo).

FUENTES LITERARIAS

Jane Eyre es un libro de libros, una encrucijada de narrativas: observamos cómo los personajes de Charlotte Brontë leen e interpretan libros, y oímos las historias que se cuentan los unos a los otros. Jane, sentada con las piernas cruzadas sobre el banco de la ventana, examina las páginas de la *History of English Birds* de Bewick; Bessie la deleita con relatos extraídos de los romances, de los cuentos populares y de las novelas de moda; Helen Burns estudia con fervor el *Rasselas* del doctor Johnson; y el *Marmion* de sir Walker Scott absorbe a Jane. No solo los personajes recuerdan sus recorridos vitales (el de Jane se cuenta una y otra vez), sino que, además, se «leen» el rostro los unos a los otros, y los interpretan como si constituyeran libros complejos y enigmáticos siguiendo los preceptos de la frenología, muy corriente entonces en el estudio victoriano de la psicología.^[27] Así es como Rochester descubre la singularidad críptica y problemática del carácter de Jane: «Cuando le examiné el rostro, cada rasgo contradecía al anterior». Para esta lectura de los rostros, *Jane Eyre* se inspira en el vocabulario de la psicología del siglo XIX: las ciencias de la frenología, la fisiología, el mesmerismo y la teoría de atracción y rechazo químico presentada en el manual de ciencia romántica (que poseían los Brontë) de sir Humphrey Davy, *Elements of Chemistry* (1827).

Jane Eyre toma el estilo y el tema de una rica miscelánea de fuentes. La trama posee resonancias de cuentos populares: *Barba Azul*, *La Cenicienta*, *El patito feo*, *La bella y la bestia*. El hechizo del mundo infantil de las hadas persiste mucho después de que termine la infancia de Jane. «No me extraña que parezca venir de otro mundo.

[...] Cuando la vi [...] la pasada noche me hizo pensar en los cuentos de hadas», le dice Rochester. La antigua tradición sobre los sueños y la transmisión oral de cuentos y leyendas había interesado a los poetas y novelistas románticos. *Jane Eyre* le debe a sir Walter Scott los paisajes sobrenaturales y sugerentes de Escocia, así como a la literatura gótica, que había generado tantas emociones a las Brontë durante su infancia. La niña autora de los cuentos de Angrian había disfrutado con las historias de terror de la *Blackwood's Edinburgh Magazine*: las traducciones de los cuentos macabros y rebuscados de E. T. A. Hoffmann, los relatos de James Hogg sobre los dobles mortíferos, la atracción de los románticos hacia los vampiros y las posesiones demoníacas. En *Jane Eyre*, Charlotte Brontë usa motivos góticos, siendo el más obvio el de la loca que «embruja» el ático, no solo para causar efecto, sino para representar al inconsciente bajo la presión de encontrarse con un mundo desconocido. Cualquier hecho que experimente un niño necesitado albergará cierto misterio, porque es desconocido: el mundo fantasmal emerge para amenazar a Jane en la «habitación roja», donde la niña desamparada ve un espíritu en el «hueco» del espejo. Ha vivido demasiado de cerca la muerte y la frialdad de los vivos.

Lo extraordinario en *Jane Eyre* es misterioso y significativo: no puede dejar de ser psicoanalizado. Pone de relieve que, tanto autor como lector, somos todos hijos de la muerte. Cuando Jane vuelve a Thornfield de su visita a Gateshead dice: «He estado con mi tía, señor, hasta su muerte», y Rochester replica: «¡La típica respuesta de Jane! [...] Viene del más allá, del mundo de los muertos». Se construye con gran belleza: un mágico conjuro de la extrañeza del mundo en el cual los amantes se equilibran, seduciéndose el uno al otro en un juego de palabras que combina afecto, humor y asombro; y aún sugiere otra dimensión, un mundo espiritual visible solo al ojo perspicaz. En la novela, el hechizo y el miedo son primos hermanos. Lo que Rochester atisba y codicia de Jane es la fragilidad de ese espíritu único, encerrado en la cárcel de un cuerpo discreto. La delicada imaginería de pájaros enjaulados, el espíritu inmortal que centellea en el brillo de los ojos, carga los juegos de palabras de los amantes de una deliciosa insinuación, de la percepción de otro mundo cercano. *Jane Eyre* saca a relucir el misterio sin resolver de la propia existencia. El «lugar donde moran las almas» rodea a Jane, Helen, Rochester, Rivers. Instantes antes de la muerte de Helen Burns en Lowood, Jane, a la luz de la luna, experimenta la conmoción de tomar conciencia de la muerte por primera vez:

Mi mente hizo por primera vez un serio esfuerzo por comprender [...] al cielo y al infierno [...] y por primera vez mi espíritu retrocedió, sorprendido; y por primera vez, mirando a ambos lados y frente a él, vi que lo rodeaba un abismo insondable [...] y me estremecí ante el pensamiento de tambalearme y hundirme en el caos.

Charlotte Brontë retiene al lector en el preciso umbral de la tumba, donde la mente se convierte en un objeto enajenado que se tambalea entre las preguntas sin respuesta que la novela suscita.

La literatura de «novias vampiro», como *La novia de Corinto* de Johann Wolfgang Goethe (1797), ofrece un placer fácil al lector por su sangriento supernaturalismo. La forma en que sir Walter Scott trata al byroniano profesor de Ravenswood, el amante masculino, saturnino y orgulloso, y la mujer inconsciente en *La novia de Lammermoor* (1819) se acerca en gran medida a *Jane Eyre*. La delicada Lucy Ashton de Scott, casada en contra de su voluntad con un hombre que no puede amar, se doblaga a su destino, pero asesina a su marido en la noche de bodas y la encuentran «acurrucada como una liebre, con el peinado deshecho, sus ropas de noche desgarradas y salpicadas de sangre, los ojos vidriosos y las facciones convulsas, en un paroxismo de locura. [...] Emitía sonidos inarticulados [...] como una endemoniada».^[28] Según cuenta su hermano, Bertha Rochester le «chupó la sangre, dijo que así me secaría el corazón»; y cuando Jane la ve no le parece humana: «se movía a cuatro patas y aullaba como lo haría una bestia salvaje». Lo que Scott unió (el consciente y subconsciente de Lucy Ashton), Charlotte Brontë lo separa en las dos figuras opuestas de Jane y Bertha. Aunque es en el espejo donde Jane contempla, por primera vez, la cara de la loca; Jane, además, ha sido encerrada en el pasado y se queda inconsciente después de un «ataque» y es una criatura de pasiones rebeldes. Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, en una inspirada e influyente interpretación, consideran a Bertha como el *alter ego* reprimido de Jane.^[29]

Uno de los aspectos más mágicos de *Jane Eyre* es el tono: fluido, personal, emotivo, posee una presencia íntima y personal, crea la ilusión de que detrás del texto se encuentra una persona que nos habla de un modo directo. Pero, de forma paradójica, el vocabulario de la novela es altamente alusivo, autoconsciente y literario. La abundancia de alusiones textuales es prodigiosa: *Jane Eyre* es una de las obras más densas en referencias e intertextualidad del siglo XIX. En la tradición de la autobiografía, su estructura, vocabulario y ética contraen una gran deuda con la narrativa de conversión puritana y testamento espiritual del siglo XVII, en especial con *El progreso del peregrino* de John Bunyan (1678), catalogado como literatura infantil desde su publicación. Así pues, mientras que el paisaje de *Jane Eyre* es una variante ficticia de Yorkshire y Derbyshire, su territorio es también la tierra luminosa del alma.

La progresión de Jane a través de cinco etapas con nombres significativos sigue los pasos del camino del peregrino de Bunyan hacia a la Ciudad Celestial. «Gateshead» significa la puerta de los orígenes («gate», «puerta»; «head», «cabeza», «origen»); «Lowood» es una alegoría de «low wood» («madera baja»), donde se incuban enfermedades; «Thornfield» (literalmente, «campo de espinos») se refiere a las espinas con que Dios maldice al hombre en el Génesis; «Moor House» o «Marsh End» («moor», «páramo»; «marsh», «pantano») sugieren la aridez de las divagaciones de Jane; «Ferndean» («fearn», «helecho») es un valle boscoso de características similares a Lowood. Aunque *Jane Eyre* es una versión moderna, radical, laica y feminista del sendero de la obediencia cristiana de Bunyan, es también

fiel a la calidad emocional de *El progreso del peregrino* y a su violenta combatividad. Comparte con Bunyan el héroe cautivador y adorable, un ritmo de estados de ánimo extremos y cambiantes, las tentaciones paradójicas y el precioso y sencillo estilo puritano (el inglés puro y simple que adoptaron los puritanos en el siglo XVII) con su encarecida veracidad y la sospecha en las apariencias. Emplaza la confianza en el mismo lugar que Bunyan: en el corazón humano, con el deber de descubrir y vivir la propia verdad. Pero al revestir la decisión del matrimonio y la identidad individual de trascendencia inmortal, Charlotte Brontë eleva el romance a una cuestión de vida espiritual y muerte. El género híbrido de *Jane Eyre* refuerza su poder y su complejidad.

Al mismo tiempo, la novela está en deuda con la literatura del Renacimiento inglés. Las alusiones a *Hamlet*, *Otelo* y *El Rey Lear*, entre otras obras de Shakespeare, le confiere un aire teatral y poético. La estructura también recuerda a una obra en cinco actos de Shakespeare, con resonancias de su lenguaje virtuoso en los diálogos ingeniosos, los discursos solemnes y la calidad de los soliloquios. Con más fuerza aún resuena *El paraíso perdido* de John Milton (1667), que intensifica la calidad mítica de *Jane Eyre*, y eleva la trillada historia de amor típica del género al nivel de sacramento, enlazándolo con el mito del pecado original del Génesis y la redención de los Evangelios, a la vez que cuestiona y reprende la misoginia de la Biblia y de Milton por hacer que Eva cargue con la culpa del mal.

Competir con esta poesía altisonante y sagrada es influencia de la novela realista del siglo XVIII, en especial de *Pamela o la virtud recompensada*, de Samuel Richardson (1740). En su tiempo, esta fue una novela epistolar extraordinariamente popular, en la cual el mujeriego señor B. intenta seducir a la virtuosa protagonista, a través de unas artimañas tan deshonestas como ingeniosas. En *Jane Eyre* encontramos muchos trazos de *Pamela*, no solo en el deleite que nos brinda la jocosa agilidad del diálogo de cortejo, que mantiene la tensión sexual hasta cuando ambos están juntos y en paz. En las dos novelas, los seductores ofrecen «falso matrimonio» a las heroínas de las que los aristócratas y oficiosos invitados se burlan, y reciben la visita de gitanos adivinos; ambas obtienen la recompensa de casarse felizmente con el ofensor arrepentido.

Los paisajes de la novela que tratamos, su tiempo y sus estaciones, son una de las grandezas de la novela. Se describe con minuciosidad la atmósfera de todas las escenas, por menores que sean: el prado cerca de Thornfield en invierno: «y los pequeños pájaros de color castaño que de vez en cuando se posaban sobre el seto asemejaban hojas secas que habían olvidado caer». La poesía de Byron, Wordsworth, Coleridge, Thomas Moore y, en especial, de Keats, asoma en el trasfondo de la delicadeza de la novela. En del capítulo 23, la escena de la proposición de matrimonio en el jardín, una imagen del Edén, es una variación de la «Oda a un ruiseñor» de Keats (1820), con su apasionada melancolía: «Una ráfaga de viento [...] se fue, lejos... hasta morir. El canto del ruiseñor se convirtió entonces en el único

sonido del momento.» Recoge el «himno lastimero» final de la última estrofa de la oda de Keats, una melodía que se recupera en el capítulo 37, en la reunión de Jane con Rochester, ya ciego: «¿Quién es? ¿Qué es esto? ¿Quién habla? [...] ¿Es solo una voz? [...] Es un sueño». La oda de Keats acaba (vv. 75-80):

*¡Adiós! ¡Adiós! tu himno lastimero se pierde
más allá de estos prados, sobre el arroyo quieto,
ladera arriba, y luego penetra hondo en la tierra
de los claros del valle colindante.
¿Fue aquello una visión o un sueño de vigilia?
Ya se esfumó esa música. ¿Duermo o estoy despierto?*^[30]

Pero la belleza de las alusiones a Keats de Charlotte Brontë reside en cómo su tonada se entreteje con las referencias a Milton. El ciego que escucha recuerda no solo a *El paraíso perdido y recobrado*, sino también a Sansón perdiendo la visión y al mundo invisible en relación con el amor perdido: Rochester se lamenta, al regreso de Jane: «¿Nunca, dice esta aparición? Pero yo sé lo que sucede cuando me despierto y me doy cuenta de que he sido víctima de una broma cruel. [...] Eres un sueño dulce y suave que se esfumará de mis brazos en cualquier momento, tal y como hicieron antes sus hermanas. Pero bésame antes de irte. ¡Abrázame, Jane!». Detrás de esta expresión de ternura encontramos el soneto XXIII de Milton, «A su mujer difunta» (1658?); «Más cuando se inclinaba para abrazarme | Me desperté, ella huyó y el día me devolvió mi noche» (vv. 13-14).

Charlotte Brontë, una versificadora mediocre, era una poetisa de la ficción. Había aprendido de sus dos hermanas. Sigue los pasos de Anne en *Agnes Grey*: el tipo de prosa, adoptar una institutriz como protagonista y la narradora femenina en primera persona. Sus influencias de *Cumbres borrascosas* y la poesía de Emily Brontë se notan en el vocabulario sencillo y en los paisajes. Los páramos de Whitcross recuerdan a los de las cumbres de Emily; los intensos *cris de coeur* de los personajes recuerda al lenguaje de Catherine y Heathcliff. Rochester, que, según los comentarios desdeñosos del crítico Leslie Stephen, es como una «hermana de espíritu de Shirley, por más que intenta ser un hombre, e incluso es un ejemplar masculino inusual de su sexo»,^[31] posee algunos rasgos de Heathcliff. Como *Cumbres borrascosas*, *Jane Eyre* se puede leer como si fuera un poema, rica en simbología, diálogos de fuego y hielo, hambre y rabia.^[32] Los hogares de fuego vivo queman sin cesar alrededor de Rochester; el temperamento incendiario de Jane se opone al corazón helado de la señora Reed y a la frialdad de la mirada y de la pasión de Saint John Rivers.

Al fondo de todo el sistema de influencias y alusiones está la versión autorizada del rey Jacobo de la Biblia. Charlotte Brontë se sabía de memoria partes de las Escrituras. Encontramos referencias a las parábolas, a las bienaventuranzas y al

Apocalipsis a lo largo de todo el texto. Adán y Eva, Caín y Abel, David y su cordero, Sansón y Dalila, Asuero y Esther, que van enhebrando su camino a través de la historia, así como el paisaje del norte de la Inglaterra de principios del siglo XIX en la mente de Jane, ponen de manifiesto el origen de la lengua de Brontë; un tono de sátira eclesiástica recorre toda la novela. Tanto Brocklehurst como su homólogo, Saint John Rivers, se autocondenan a causa de la crueldad del cristianismo. Con todo, la teología de *Jane Eyre* es herética: el mensaje del Evangelio sobre el perdón y el sacrificio es a menudo desdeñado en favor de la rabia contra la injusticia que impulsa a la heroína individualista a usar las Escrituras como una carta de libertad combativa, un lugar donde luchar contra Dios para defender su propia y singular verdad.

ESTILO Y NARRACIÓN

Por lo que al estilo se refiere, *Jane Eyre* tiende más a una gramática simple que compleja. Las frases están formadas normalmente por oraciones principales, con palabras cortas y enfáticas unidas a través de ecos verbales y gramaticales, lo cual produce el efecto de intensificar la espontaneidad y la naturalidad de las emociones. Escuchamos el latido vívido del corazón de la niña, intimamos con sus palpitaciones y su pulso: «Aumentó la velocidad de los latidos de mi corazón; la frente me ardía y un sonido [...] me llenó los oídos. Parecía que algo estaba cerca de mí. Me sentía agobiada, casi ahogada... [...] en la cerradura giró una llave...». La intensidad visceral de la niña delata, sin embargo, la lengua de la mujer. Este estilo frenético se atempera con fragmentos de calma y tranquilidad, con escritura reflexiva y terrenal de lenguaje informal y pretendidamente cotidiano para representar el realismo doméstico que abre la novela: «Aquel día no hubo manera de dar un paseo».

A pesar de que *Jane Eyre* no es una novela epistolar, se lee como si fuera un intercambio comunicativo íntimo. El tono de confidencia provoca, embelesa y apela al lector. Su estilo entusiasma y crea fascinación. El hipnotismo que produce podría tener el origen en el método creativo de Charlotte Brontë: la escritura automática. Transcribe su mundo interior sin cedazo sobre el papel, con los ojos cerrados. Pero *Jane Eyre* siempre mantiene un ojo abierto para calibrar y manipular la respuesta del lector. Comparte con la autora su autoconsciencia en extremo despierta.

La descripción cuidadosa de los objetos familiares y ajenos aporta la sensación de verdadera realidad. Al principio, tenemos la impresión de poder observar, escuchar, tocar y oler su mundo. En los interiores arquitectónicos se describen con minuciosidad las proporciones, las dimensiones, los muebles, los espacios en las ventanas, los hogares. El «pedazo de tarta servido en un plato de porcelana china de brillantes colores»; las gachas quemadas de Lowood; el pastel de la señorita Temple; el aro de Adèle; etc.; son detalles que añaden solidez realista al universo de la novela. *Jane Eyre* es un continuo sonoro de conversaciones, charlas, diálogos ingeniosos,

conversaciones amorosas, del canto de los pájaros, los pliegues de un vestido crujiendo amenazadores, cascos de caballo chocando contra la grava húmeda. En muchas ocasiones la acción es conducida solo por el diálogo. Los personajes menores contribuyen a reforzar la autenticidad y la sensación de localidad. El dúo de Bessie y Abbot abre camino a la manera de hablar de la señora Fairfax en Thornfield, la rotundidad de Hannah en Moor House, y finalmente, a los campechanos Mary y John en Ferndean. El registro del habla familiar, no literaria, confiere solidez a los efectos retóricos y a la trama extravagante.

No obstante, la novela presenta el campo de fuerza del conflicto. El estilo simple a menudo da un giro, como si el asunto doloroso del que se ocupan volteara las frases. La inversión sintáctica, que cambia el orden neutro de sujeto-verbo-objeto de las frases en inglés, se usa como efecto dramático en *Jane Eyre* quizá por influencia del alemán, que Charlotte había estudiado, junto con el francés, en Bruselas. Cuando Jane cuenta su destierro de la familia Reed, se coloca a ella misma como objeto: «a mí, no me había autorizado a unirme al grupo». Esta inversión articula la condición de objeto y la exclusión de la niña. Este yo reducido a «a mí» es la semilla de la rabia que estallará en el primer motín de la hasta ahora actitud pasiva de Jane. «A mí» se expandirá en el «yo» seguro de sí mismo. Encerrado en esa inversión reside el dolor de la pérdida: después del matrimonio fallido, Jane se percata de que «de su presencia debía huir».

Como narradora, Charlotte Brontë no tiene precedentes. Su dominio del suspense en *Jane Eyre*, combinado con la astucia de esconder la clave que resuelve los hechos no resueltos, mantiene al lector en un estado de excitación y tensión. La sensación sobrecogedora de esperar la solución inminente, de un momento a otro, se insinúa con elegancia al final del capítulo 20, cuando la autora se permite la frase: «la revelación que estaba a punto de pronunciarse». Rochester empieza a abrir su corazón a Jane: «Yo he sido —se lo digo sin tapujos— un vividor disipado e inquieto, pero creo que he encontrado el instrumento para mi cura en...». El texto sigue: «Se detuvo», y la atención del relato se desplaza a los pájaros que gorjean y al viento que silba entre las hojas. «Casi me extrañó que no interrumpieran sus murmullos para así escuchar la revelación que estaba a punto de pronunciarse. Pero tendrían que haber aguardado durante muchos minutos, tantos como duró el silencio». La frase queda inacabada para siempre: el humor de Rochester muda, cambia su idea de confesar toda la verdad. El relato entero de *Jane Eyre* insinúa posibilidades frustradas: contiene pausas sucesivas, digresiones, frases inacabadas, enigmas, y presenta una estela de pistas falsas, como, por ejemplo, Blanche Ingram, que actúa como cortina de humo para la esposa rival. La trama tiene que haber sido construida con anterioridad para poder ocultar los secretos que originan el suspense y la tensión. Pero también se mantiene ceñida dentro de una de las más bellas estructuras narrativas de todos los tiempos: el círculo. El ciclo de la acción se cumple en una serie de retornos que concluye con la vuelta de Jane al lado de Rochester en una

reunión que se desenvuelve entre risas y lágrimas.

STEVIE DAVIES
2006

CRONOLOGÍA

- 1816 El 21 de abril nace en Thornton, Yorkshire, Charlotte Brontë, la tercera hija de Patrick y Maria Brontë.
- 1817 El 26 de junio nace Patrick Branwell Brontë.
- 1818 El 30 de julio nace Emily Jane Brontë.
- 1820 El 17 de enero nace Anne Brontë. En abril, la familia se muda a Haworth, donde Patrick Brontë es nombrado vicario perpetuo.
- 1821 El 15 de septiembre muere la señora Brontë. Su hermana, Elizabeth Branwell, se traslada a la casa familiar para cuidar de los hijos.
- 1824 Charlotte y Emily Brontë, junto con sus hermanas mayores, Maria (nacida en 1813) y Elizabeth (nacida en 1815), son internadas en la Clergy Daughters' School de Cowan Bridge.
- 1825 El 6 de mayo Maria muere de tuberculosis. El 15 de mayo muere Elizabeth de la misma enfermedad. Sacan de la escuela a Charlotte y Emily.
- 1826 Inspirándose en la caja de soldados de juguete que le regalan a Branwell, los niños empiezan a escribir juntos la *Young Men's Play*, que desembocará en las sagas de la *Ciudad de Cristal* y el *Reino de Angria*.
- 1831 En enero Charlotte ingresa como alumna a la Roe Head School, dirigida por miss Wooler, a las afueras de Mirfield, cerca de Huddersfield, donde conocerá a Mary Taylor y Ellen Nussey, sus amigas y corresponsales de por vida.
- 1832 En junio deja la escuela y se queda en casa durante tres años, instruyendo a sus hermanas, colaborando en la gestión del hogar y participando prolíficamente en las sagas de la *Ciudad de Cristal* y el *Reino de Angria*.
- 1835 En julio vuelve a Roe Head como profesora. La acompaña Emily como alumna. En octubre, Emily vuelve a la casa de Haworth y es sustituida en la escuela por la menor de las hermanas Brontë, Anne.
- 1836 En diciembre, escribe a Robert Southey, el poeta laureado, adjuntando algunos poemas, y le pide consejo sobre la carrera literaria. Southey le contesta en marzo de 1837 que «la literatura no puede ser la ocupación de una mujer, ni debe serlo».
- 1838 En diciembre, deja su trabajo en la escuela de miss Wooler, ahora situada en Dewsbury Moor.

- 1839 En marzo rechaza la propuesta de matrimonio del hermano de su amiga Ellen, Henry Nussey. Desde mayo hasta julio, trabaja como institutriz para la familia Sidgwick en Stonegappe, cerca de Lothersdale. En julio, de vuelta a casa, recibe y rechaza otra propuesta matrimonial, esta vez de un coadjutor invitado, el señor Pryce, un joven irlandés.
- 1841 Trabaja como institutriz para la familia White desde marzo hasta diciembre, en Upperwoodhouse, Rawdon.
- 1842 En febrero Charlotte y Emily se marchan a estudiar idiomas en el Pensionnat Heger, en Bruselas. En octubre muere su tía, Elizabeth Branwell, y en noviembre las hermanas vuelven a casa.
- 1843 Vuelve sola a Bruselas en enero, como alumna y profesora del Pensionnat Heger.
- 1844 En enero, regresa a casa. Sus planes de fundar una escuela con sus hermanas en Haworth Parsonage se quedan en nada. Escribe una serie de cartas apasionadas a monsieur Heger, su profesor de Bruselas. No hay constancia de ninguna respuesta.
- 1845 Arthur Bell Nichols llega a Haworth como coadjutor del reverendo en mayo. En julio, Branwell es destituido como tutor por un escándalo. En otoño, Charlotte lee los poemas de Emily y convence a sus dos hermanas para seleccionar una compilación de los de ambas para una publicación conjunta. Emily y Anne aceptan con la condición de firmar con un seudónimo que proteja su identidad: escogen los nombres ambiguos de Curren, Ellis y Acton Bell.
- 1846 En abril se gana el interés de algunos editores con la publicación de «Tres cuentos distintos e inconexos», la *opera prima* de las tres hermanas, respectivamente: *El profesor*, *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey*. En mayo, se publica, a su cuenta, *Poems by Curren, Ellis and Acton Bell*. A pesar de las buenas críticas en las revistas literarias *Athenaeum* y *Critic*, solo se venden dos copias. En agosto, Charlotte acompaña a Manchester a su padre para operarse de cataratas. Allí empieza a escribir *Jane Eyre*.
- 1847 Thomas Newby acepta publicar *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey* en julio. Charlotte manda *El profesor* a Smith, Elder & Co., que rechaza la novela, pero muestran interés por otros trabajos del autor. En septiembre, Smith, Elder & Co. acepta publicar *Jane Eyre*. El 19 de octubre se publica *Jane Eyre: una autobiografía de Curren Bell*, y resulta un éxito inmediato. En diciembre, Thomas Newby publica *Cumbres borrascosas*, de Ellis Bell, y *Agnes Grey*, de Acton Bell.
- 1848 En junio, Thomas Newby publica *La inquilina de Wildfell Hall*, de Acton Bell. En julio Charlotte y Anne viajan a Londres para confirmar

que Currer, Ellis y Acton Bell son tres autores distintos y no uno solo, como insinuaban algunos rumores. A finales de septiembre Charlotte termina el primer volumen de *Shirley*. El 24 de septiembre muere Branwell, con seguridad a causa de una tuberculosis agravada por *delirium tremens*. El 19 de diciembre Emily muere de tuberculosis.

- 1849 El 28 de mayo Anne muere de tuberculosis en Scarborough. El 26 de octubre, Smith y Elder publican *Shirley: un relato*, de Currer Bell. Charlotte visita Londres como invitada de su editor, George Smith, los meses de noviembre y diciembre, y conoce a William Makepeace Thackeray y a Harriet Martineau.
- 1850 Visita a los Smith en Londres, a los Kay-Shuttleworth en Windermere (donde conoce a Elizabeth Gaskell) y a Harriet Martineau en Ambleside. El 10 de diciembre Smith, Elder & Co. publica en un solo volumen la edición de Charlotte de *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey*, así como poemas escogidos e «información biográfica» de Emily y Anne.
- 1851 Viaja a Londres, donde asiste a la Gran Exposición y a las conferencias de Thackeray, y se hospeda en casa de Elizabeth Gaskell en Manchester. Empieza a escribir *Villette*, y termina el primer volumen en marzo. En abril rechaza una oferta de matrimonio de James Taylor, de Smith, Elder.
- 1852 En noviembre, termina *Villette*, a pesar de su mala salud. En diciembre Arthur Bell Nicholls le propone matrimonio, pero Patrick Brontë se opone con vehemencia.
- 1853 El 28 de enero Smith, Elder publican *Villette*, de Currer Bell.
- 1854 El 29 de junio se casa con Nicholls.
- 1855 El 31 de marzo muere Charlotte Brontë Nicholls en Haworth, a la edad de 38 años, a causa de complicaciones de los primeros meses de embarazo. El 4 de abril es enterrada en el panteón familiar en Haworth.
- 1857 Elizabeth Gaskell publica *Vida de Charlotte Brontë* en marzo. En junio se publica por primera vez *El profesor: una historia*, de Currer Bell.
- 1860 La *Cornhill Magazine* publica *Emma*, el último e inacabado trabajo de Charlotte.
- 1861 El 7 de junio muere Patrick Brontë.

Jane Eyre

Aquel día no hubo manera de dar un paseo. Por la mañana habíamos pasado más de una hora deambulando entre los desolados arbustos, pero después de la comida (que solía servirse temprano, siempre que la señora Reed no tuviera invitados), el frío viento invernal trajo consigo unas nubes tan oscuras y una lluvia tan persistente que cualquier actividad al aire libre quedaba fuera de discusión.

Yo estaba encantada; nunca me habían gustado las excursiones y menos aún en tardes frescas; siempre volvía a casa en un estado terrible, con los dedos de las manos y los pies helados, el corazón encogido por los constantes gritos de Bessie, la niñera, y humillada por ese sentimiento de inferioridad física que me embargaba al compararme con Eliza, John y Georgiana Reed.

En esos momentos, los mencionados Eliza, John y Georgiana se hallaban en el salón, sentados alrededor de su madre. Esta se había tumbado en el sofá, al lado de la chimenea, y su aspecto al contemplar a sus retoños (que por una vez no lloraban ni andaban a la greña) era la viva estampa de la felicidad. En cuanto a mí, no me había autorizado a unirme al grupo: dijo que «lamentaba verse obligada a mantenerme a distancia; sin embargo, hasta que tanto Bessie como ella misma no observaran que hacía esfuerzos por mejorar de conducta y lograba que mis maneras ganaran en dulzura, suavidad y espontaneidad, quedaría excluida de los privilegios reservados a los niños alegres y agradecidos».

—¿Qué he hecho, según Bessie? —pregunté.

—Jane, las niñas preguntonas y quisquillosas no son de mi agrado; además, es de muy mala educación que un niño se dirija a los mayores en ese tono. Siéntate en cualquier sitio y permanece en silencio hasta que seas capaz de hablar con cortesía.

Junto al salón había un pequeño comedor que se usaba solo a la hora del desayuno y que contenía una librería. Me deslicé en su interior y no tardé en coger uno de los libros de la estantería, no sin antes comprobar que estuviera lleno de ilustraciones. Fui hasta la ventana, me senté en el alféizar con las piernas dobladas bajo el cuerpo, como un turco, y corrí las cortinas de forma que ocultaran mi presencia y protegieran mi refugio de la curiosidad ajena.

Los pliegues de tela escarlata me impedían ver nada por la derecha; a la izquierda tenía los cristales de la ventana, que no conseguían aislarme por completo del terrible día de noviembre. De vez en cuando, mientras pasaba las páginas del libro, contemplaba el paisaje en esa tarde invernal: a lo lejos distinguía la pálida mezcla de nubes y niebla; más cerca aparecía una escena formada por hierba húmeda, arbustos azotados por el viento y una lluvia incesante que lo asolaba todo.

Volví a concentrarme en el libro *Historia de las aves de Gran Bretaña*, de Bewick, aunque lo cierto es que, por lo general, no me interesaba mucho lo que estaba escrito; sin embargo, pese a mi corta edad, algunas páginas de la introducción despertaron mi curiosidad. Describían las costumbres de caza de las aves marinas, y

las «rocas y promontorios solitarios» que solo ellas habitaban; hablaban de la costa de Noruega, salpicada de islas desde Lindenness o Naze en el extremo sur, hasta el cabo Norte.

*Donde el mar del Norte, en grandes remolinos,
bulle alrededor de las tristes y desnudas islas
de la lejana Thule; y el Atlántico, agitado,
rocía con sus olas las tormentosas Hébridas.*

Tampoco podía evitar sentir cierta atracción por las desiertas orillas de Laponia, Siberia, Spitzberg, Nueva Zembla, Islandia y Groenlandia; «las vastas zonas que conforman el Ártico y otras regiones abandonadas, reservas perennes de nieve, donde los firmes campos de hielo, producto de siglos de temperaturas invernales, han ido creciendo hasta convertirse en montañas; ahora rodean el Polo Norte donde se concentran los rigores que provoca el frío más extremo». Yo me había formado una idea propia de esos reinos de blancura mortal; una imagen confusa, como suelen serlo las nociones solo entendidas a medias que flotan por el cerebro de los niños, pero singularmente impresionante. Las palabras de estas páginas introductorias concordaban con las ilustraciones y daban sentido a esa roca que se alzaba sola en un mar de olas y espuma, a los restos de una barca varada en una costa solitaria, a esa luna fría y cruel que observaba entre las nubes los despojos del naufragio.

No puedo explicar el sentimiento que despertaba en mí la imagen del cementerio abandonado, con su lápida inscrita; la puerta, los dos árboles; el horizonte bajo, rodeado por un muro roto e iluminado por una luna en cuarto creciente que atestiguaba la hora de la marea.

Imaginaba que los dos barcos detenidos en un mar tranquilo eran fantasmas marinos. El miedo me hizo pasar rápidamente la página en la que aparecía un diablo cargado con el botín de un robo, así como aquella que mostraba a un ser negro y provisto de cuernos, sentado en una roca y vigilando a la multitud que se había congregado alrededor de un patíbulo.

Cada dibujo explicaba una historia, a menudo enigmática dada mi limitada capacidad de comprensión y mis infundados temores, aunque siempre de gran interés; tan emocionante como los relatos que Bessie explicaba a veces en las tardes de invierno, cuando estaba de buen humor y nos permitía sentarnos a observarla mientras planchaba los encajes de la señora Reed y rizaba los gorros de dormir. Alimentaba nuestra ávida imaginación con historias de amor y aventuras sacados de los antiguos cuentos de hadas y de viejas baladas, o (como descubriría más adelante) de las páginas de «Pamela» y de «Henry, conde de Moreland».

Con Bewick sobre las rodillas, yo me sentía feliz —a mi manera, por supuesto— y lo único que temía era que alguien pusiera fin a esos momentos de tranquilidad, algo que no tardó en suceder. La puerta del comedor se abrió de repente dando paso a

John Reed.

—¡Eh! ¡Doña Fregona! —gritó. Se quedó en silencio al creer que la habitación estaba vacía.

»¿Dónde demonios se ha metido? —continuó—. ¡Lizzy! ¡Georgy! Jane no está aquí; decidle a mamá que ese mal bicho ha salido al jardín con esta lluvia.

«Suerte que he corrido la cortina», pensé, mientras deseaba con todas mis fuerzas que no descubriera mi escondite. Y me habría salido con la mía, ya que John no destacaba precisamente por su buen ojo ni por una excesiva inteligencia, de no haber sido porque Eliza asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Seguro que está escondida en la ventana, Jack.

Salí de mi refugio al instante, aterrada ante la idea de que Jack me sacara de allí a la fuerza.

—¿Qué quieres? —balbuceé.

—Debes decir: «¿Qué desea, señor Reed?» —respondió—. Lo que quiero es que vengas aquí —continuó, mientras se dejaba caer en un sillón y me indicaba con un gesto significativo que me acercara hasta él.

John Reed era un chico de catorce años, cuatro más que yo (que entonces tenía solo diez), grande y fuerte para su edad. Su piel carecía de brillo y había tomado un tono enfermizo, sus rasgos eran toscos y tenía las piernas y los brazos muy fuertes. Solía comer hasta hartarse, con lo que sufría de frecuentes ataques hepáticos que habían acabado reflejándose en sus ojos, de mirada turbia y legañosa, y en sus flácidas mejillas. Lo cierto es que esos días debería haber estado en el internado, pero su madre lo había traído a casa por un par de meses debido a «problemas de salud». Las palabras del señor Miles, el director del colegio, cuando afirmó que una reducción en el número de pasteles y dulces que llegaban desde casa le haría mucho bien, chocaron de pleno contra el corazón de la madre, que se inclinaba por creer que el color amarillo que presentaba el rostro de John se debía al exceso de aplicación en sus estudios y, tal vez, a la añoranza del hogar.

John no sentía mucho afecto por su madre ni sus hermanas, pero a mí me profesaba una aversión absoluta. Me hostigaba y castigaba, no dos o tres veces a la semana ni un par de veces al día, sino a todas horas. Yo le temía con todo mi ser, cada partícula de mi cuerpo temblaba de miedo cuando él estaba cerca y había veces en que el terror ante su presencia me paralizaba. No tenía a quien acudir a quejarme de sus amenazas o de sus ataques: los criados no querían indisponerse con el señorito poniéndose de mi parte, y la señora Reed parecía ciega y sorda ante el tema. Daba la impresión de no ver los golpes ni oír los insultos, aunque en más de una ocasión John me dirigió ambas cosas en su presencia. Lo habitual, debo reconocerlo, era que lo hiciera a sus espaldas.

Acostumbrada a obedecer las órdenes de John, fui hasta su silla. Él dedicó unos tres minutos a sacarme la lengua con el máximo descaro; yo sabía que el golpe no tardaría en llegar y, mientras lo esperaba, me quedé absorta contemplando su aspecto

feo y desagradable. Me pregunto si mi rostro debió de expresar ese desprecio porque, de repente y sin mediar palabra, me pegó con tanta fuerza que me hizo retroceder un par de pasos y estuve a punto de caerme.

—Te lo has ganado por contestar a mamá con esa falta de educación, por esconderte como una serpiente detrás de la ventana y por mirarme como lo hacías hace unos minutos. ¡Rata!

Estaba tan acostumbrada a su modo de tratarme que ni siquiera se me ocurrió replicar; toda mi atención se concentraba en encajar el golpe que con toda seguridad seguiría a los insultos.

—¿Qué hacías detrás de la cortina? —preguntó.

—Estaba leyendo.

—¡Enséñame el libro!

Me acerqué a la ventana, cogí el libro y se lo di.

—Tú no tienes ningún derecho a leer nuestros libros. Mamá dice que dependes de nosotros porque no tienes dinero: tu padre no te dejó ni una libra. Deberías estar mendigando en lugar de vivir aquí, en el hogar de los hijos de un caballero, comiendo lo mismo que nosotros y vistiéndote a expensas de mamá. Pero ahora aprenderás a no enredar en los estantes. Los libros son míos; toda la casa me pertenece, o me pertenecerá dentro de unos años. Ve y quédate de pie junto a la puerta, y procura no ponerte delante de ningún espejo ni de las ventanas.

Hice lo que me decía, sin entender al principio cuál era su intención; sin embargo, cuando le vi levantarse y balancear el libro en el aire como si se tratara de un objeto arrojado, me aparté instintivamente con un grito de alarma. Sin embargo, no fui lo bastante ágil: el tomo voló hacia mí y me derribó, caí de cabeza contra la puerta y me hice un corte. La herida sangraba y sentía un agudo dolor en la cara, pero al mismo tiempo mi pánico se había evaporado para dar paso a otros sentimientos.

—¡Chico malvado y cruel! —grité—. Eres igual que un asesino, te comportas como un tratante de esclavos, como un emperador romano...

Yo había leído la *Historia de Roma* de Goldsmith, y me había formado una opinión sobre Nerón, Calígula y otros personajes parecidos. También había establecido comparaciones que nunca pensé que pronunciaría en voz alta.

—¿Qué? —exclamó John—. ¿Estás hablando de mí? Eliza, Georgiana, ¿habéis oído lo que me ha dicho? Voy a contárselo a mamá, pero antes verás...

Se abalanzó sobre mí; noté cómo se aferraba a mi hombro con una mano y me cogía del pelo con la otra, impulsado por una furia desesperada. Su imagen era la de un tirano, la de un criminal. Sentí el rastro de una gota de sangre que me resbalaba por el cuello y experimenté un intenso dolor; ambas sensaciones pudieron más que el miedo y devolví su ataque con parecida ira. No sé muy bien lo que le hice, pero sus gritos llamándome «¡Rata! ¡Rata!» llegaron hasta el exterior. La ayuda no tardó en acudir: Eliza y Georgiana habían ido a buscar a la señora Reed, quien irrumpió en la escena seguida de Bessie y de Abbot, la doncella. Nos separaron entre grandes

exclamaciones de sorpresa:

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito! ¡Con qué ira ha atacado ese monstruo al señorito John!

—¡Habrase visto alguna vez rabia semejante!

—Llevala a la habitación roja y encerradla allí —sentenció la señora Reed.

Cuatro manos cayeron al instante sobre mí y me arrastraron escaleras arriba.

No paré de resistirme en todo el camino, algo que nunca había hecho antes y que reforzó la mala opinión que de mí querían formarse Bessie y la señorita Abbot. Lo cierto es que me sentía incapaz de dominarme; era consciente de que un solo momento de desobediencia me había reportado un injusto castigo y, como cualquier otro esclavo rebelde, estaba tan desesperada que habría hecho lo que fuera para escapar.

—¡Cójala por los brazos, señorita Abbot! ¡Parece un gato salvaje!

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —exclamaba la doncella de la señora—. ¿Cómo se ha atrevido a golpear al joven señorito? ¡Al hijo de su benefactora! ¡A su señor!

—¡Mi señor! ¿Cómo va a ser él mi señor? ¿Acaso soy una criada?

—No. Usted es menos que una criada, porque no hace nada para ganarse el sustento. Ea, siéntese ahí y reflexione sobre su perversa conducta.

Ya habíamos llegado a la habitación indicada por la señora Reed, y acababan de arrojarme sobre un taburete. Mi primer impulso fue saltar, como si un muelle me empujara, pero dos pares de manos me detuvieron al instante.

—Si no se queda sentada, tendremos que atarla —dijo Bessie—. ¡Señorita Abbot, sus ligas! Las mías no son lo bastante resistentes y las rompería.

La señorita Abbot se volvió para despojar a sus gordas pantorrillas de la prenda en cuestión. Segura de que cumplirían su amenaza, y de que eso supondría un agravio añadido al castigo, opté por calmarme un poco.

—¡No hace falta que se las quite! ¡No me moveré más! —grité.

Y para confirmar mis palabras me aferré al taburete con ambas manos.

—Espero por su propio bien que lo haga —dijo Bessie.

Después de asegurarse de que no mentía, aflojó un poco la fuerza de sus manos. Ella y la señorita Abbot me miraron fijamente, con los brazos cruzados, como si dudaran de mi salud mental.

—Nunca había hecho nada semejante —dijo Bessie al fin, volviéndose hacia la dama de compañía.

—Pero ese instinto siempre anidó en ella —contestó esta al momento—. A menudo he comentado con la señora la opinión que me merece esta niña y ella siempre se ha mostrado de acuerdo. Es una criatura malvada. Nunca vi que una cría de su edad fuera tan retorcida.

Bessie no contestó, pero luego, dirigiéndose a mí, afirmó:

—Señorita, debería recordar que usted está en deuda con la señora Reed: ella la mantiene. Si la echara de aquí, usted acabaría en el asilo para niñas pobres.

Yo no tenía nada que decir a esas palabras; las había oído demasiadas veces: formaban parte de los primeros recuerdos de mi existencia. Esta forma de reprocharme mi dependencia se había convertido en un sonsonete familiar, triste y

doloroso, aunque de significado más bien difuso.

La señorita Abbot prosiguió:

—Y usted no debería considerarse igual a los chicos Reed solo porque viva con ellos gracias a la benevolencia de la señora. Ellos heredarán mucho dinero y usted no tendrá ni una libra; por lo tanto, su obligación es mostrarse muy humilde e intentar que su presencia les sea lo más agradable posible.

—Es por su bien que le decimos esto —añadió Bessie con voz suave—; debería esforzarse por ser útil y servicial. Tal vez así pueda quedarse aquí para siempre. Ahora bien, si se deja llevar por el orgullo y el mal genio, la señora acabará echándola, estoy segura.

—Además —continuó la señorita Abbot—, Dios la castigará, fulminándola durante uno de estos arrebatos de rabia, y entonces ¿qué será de ella? Vamos, Bessie, dejémosla sola. Por nada del mundo me gustaría tener su mal corazón. Aproveche este rato de soledad para rezar sus oraciones y arrepentirse, si no quiere que el mismo diablo entre por la chimenea y se la lleve de cabeza al infierno.

Y se marcharon, cerrando la puerta con llave.

La habitación roja no se usaba muy a menudo, por no decir nunca, a no ser que el número de invitados de Gateshead Hall hiciera necesario disponer de todos los cuartos de la casa. Sin embargo, era una de las estancias más grandes y mejor amuebladas de la mansión. En el centro se elevaba, cual tabernáculo, un magnífico lecho sujeto por cuatro pilares de caoba de los que caían pesados cortinajes de damasco rojo, a juego con las cortinas de los dos grandes ventanales cuyas persianas no se subían jamás; la alfombra era roja y una tela del mismo color cubría la mesilla que había a los pies de la cama. Las paredes estaban pintadas de un suave tono crema con un toque rosáceo, y tanto el armario como el tocador eran de caoba, oscuros y brillantes. Por encima de esas sombras oscuras destacaba la pila de colchones y almohadas que vestían la cama, cubierta por una nivea colcha de algodón; junto a la cabecera, un amplio y cómodo sillón blanco provisto de un reposapiés aparecía a mis ojos como si fuera un trono de nieve.

Hacía frío porque el fuego no solía encenderse. Era una habitación silenciosa, ya que quedaba muy lejos del cuarto de los niños y de la cocina, e imponente, puesto que casi nunca entraba nadie en ella. Solo la doncella venía cada sábado a quitar el polvo de los muebles y del espejo; de vez en cuando también acudía la señora Reed para revisar los objetos que guardaba en un cajón secreto del armario: el joyero y un retrato en miniatura de su difunto marido. En estas últimas palabras subyace el secreto de la habitación roja, el hechizo que la mantenía tan abandonada pese a su lujosa decoración.

Nueve años antes el señor Reed había muerto en esta habitación. Aquí exhaló su último suspiro, aquí se celebró el velatorio, y aquí estuvo metido en el ataúd hasta el momento de su entierro. Desde ese día, un aire de triste consagración había invadido la estancia y la había condenado a la soledad.

El asiento en el que las muchachas me habían colocado era una otomana que no se hallaba muy lejos de la chimenea de mármol, de modo que frente a mí tenía el lecho; a la derecha estaba el alto y oscuro armario, cuyos tenues reflejos intensificaban o reducían el brillo de los paneles; a mi izquierda quedaban las ventanas enfundadas en tela y, entre ellas, un enorme espejo reflejaba la suntuosidad de la alcoba y del lecho. No sabía si creerme del todo que hubieran cumplido su amenaza de cerrar la puerta con llave, así que, cuando me atreví a moverme, fui a comprobarlo. ¡No hubo nunca cárcel más segura! Al regresar a mi asiento tuve que cruzar por delante del gran espejo, y sin querer exploré con la mirada las profundidades del cristal. En ese hueco todo tomaba un aspecto más frío y más oscuro que en la realidad: la pequeña figurita que me observaba, pálida y con el miedo dibujado en los ojos, agitando la oscuridad con sus brazos, daba la impresión de ser uno de esos espíritus que aparecían en los relatos de Bessie, uno de esos seres mitad hadas, mitad duendes, que acechaban a los atónitos viajeros nocturnos desde los solitarios helechos de los páramos. Volví a mi taburete.

Aunque en ese momento empezó a invadirme un cierto temor, hice esfuerzos por controlarlo. La sangre aún me hervía de ira y la fuerza de la rebelión me llenaba de un vigor amargo. Antes de dejarme vencer por el presente me sumergí en la rabia que los recuerdos traían a mi mente.

La violenta tiranía de John Reed, la orgullosa indiferencia de sus hermanas, la antipatía de su madre, la parcialidad de los criados, todo se revolvía en el fondo de mi cerebro como si fueran los sedimentos de un pozo turbio. ¿Por qué siempre tenía que sufrir yo? ¿Estar siempre vigilada, siempre acusada y condenada sin remisión? ¿Por qué nunca hacía nada bien a sus ojos? ¿Por qué resultaban inútiles todos mis esfuerzos por ganarme su favor? En cambio, todos respetaban a Eliza pese a su tozudez y su egoísmo, y perdonaban la conducta insolente, rencorosa y consentida de Georgiana; su rostro, de mejillas sonrosadas enmarcadas por rizos de oro, parecía complacer a todo el mundo y garantizarle la disculpa de todas sus faltas. Nadie osaba oponerse a John, y mucho menos a castigarle: aunque se dedicara a retorcer el pescuezo de las palomas, a matar a los pollitos, a azuzar a los perros contra las ovejas, a arrancar los frutos y destrozar las mejores flores del invernadero; aunque se dirigiera a su madre llamándola «vieja» y a veces se burlara de ella por el tono moreno de su piel (por otra parte muy parecido al suyo), aunque la desobedeciera de forma ostensible y a menudo se dedicara a romper y estropear sus vestidos de seda, seguía siendo «su niño querido». En cambio, yo, que intentaba no cometer ningún error y me esforzaba por cumplir con todas mis obligaciones, debía cargar a todas horas con el sambenito de ser mala, fastidiosa, estúpida y falsa.

Todavía me dolía la cabeza debido al golpe y a la caída; la herida aún sangraba. Pero a nadie se le había ocurrido regañar a John por pegarme a propósito. Era yo, solo por haber osado defenderme de su violencia irracional, quien recibía el desprecio de todos.

«¡Es injusto! ¡Injusto!», repetía la Razón, estimulada por la fuerza precoz pero transitoria de una rabia cada vez más débil, que buscaba una alianza con la Voluntad para lograr una vía de escape a esa opresión insoportable, ya fuera la huida o, en caso de que esta fuera imposible, la decisión de no volver a comer ni a beber hasta que la inanición acabara conmigo.

¡Qué tristeza inundó mi espíritu aquella tarde atroz! Las ideas daban vueltas por mi cerebro, y el corazón se sublevaba ante tanta injusticia... Sin embargo, ¡en qué oscuridad, en qué densa ignorancia se desarrollaba esta batalla mental! Era incapaz de responder a la pregunta que me atormentaba: ¿por qué tenía yo que pasar por todo esto? Es ahora cuando, con la distancia que proporcionan los años (y no pienso decir cuántos), consigo entenderlo con absoluta claridad.

Yo era la nota discordante en Gateshead Hall, no me parecía a nadie de allí. No tenía nada en común con la señora Reed ni con sus hijos, ni tampoco con el servicio. Y claro está, si ellos no me querían, poco iba yo a corresponderles. No podían mirar con afecto a alguien incapaz de simpatizar con uno solo de ellos, alguien distinto, opuesto a esa familia en temperamento, capacidad y tendencias; un ser sin gracia, carente a sus ojos de cualquier atractivo o interés; un ser nocivo que se indignaba ante su trato y despreciaba sus opiniones. Si yo hubiera sido una niña optimista, brillante, indolente, caprichosa, bonita y juguetona, aunque igualmente dependiente y carente de amigos, la señora Reed habría soportado mejor mi presencia, sus hijos habrían sentido un mayor compañerismo hacia mí y los criados habrían evitado convertirme en la cabeza de turco del cuarto de juegos.

La luz del día comenzó a desaparecer de la habitación roja. Eran más de las cuatro y las nubes de la tarde habían dado paso a un oscuro crepúsculo. Oía el ruido incesante de la lluvia contra los cristales y los aullidos del viento procedentes del salón. El frío fue penetrando en mi cuerpo, y con él se mitigó el valor. Volví a caer en mi talante habitual: humilde, inseguro y triste, mientras se apagaba en mí todo signo de enojo. Si todos decían que era mala, tal vez tuvieran razón. ¿O no era perverso el pensamiento de ayunar hasta la muerte? Eso era un crimen. ¿Estaba preparada para morir? ¿O quizá el panteón que había bajo la cancela de la iglesia de Gateshead me resultaba acogedor? Me habían contado que el señor Reed yacía enterrado en ese panteón, y esa idea me llevó a pensar en él con creciente pavor. No podía recordarle, pero sabía que era mi tío carnal, el hermano de mi madre, que me había llevado a su hogar cuando me quedé huérfana y había hecho prometer a su esposa que se ocuparía de mí como si fuera su propia hija. Es probable que la señora Reed creyera que había mantenido su palabra, y me atrevo a decir que lo había hecho hasta donde se lo permitía su naturaleza. ¿Cómo iba a ver con agrado la presencia de una intrusa que no llevaba su sangre y a la que no la ataba lazo alguno después de la muerte de su marido? Debía de haber sido muy molesto sentirse obligada a ocupar el lugar de la madre de una niña extraña a la que no podía amar, y soportar que esta criatura ajena y antipática se instalara de forma permanente en el seno de su familia.

Una súbita idea me asaltó. No tenía ninguna duda, nunca la había tenido, de que si el señor Reed viviera, el trato que yo recibiría en la casa sería muy distinto. Ahora, sentada frente a la blanca cama y rodeada por las sombras que crecían por las paredes, sin perder de vista el débil brillo del espejo, empecé a recordar lo que me habían dicho acerca de los muertos que se removían en sus tumbas por no ver cumplidos sus últimos deseos y volvían a la tierra para castigar a los perjuros y vengar a los oprimidos. Pensé que el espíritu del señor Reed, acosado por las afrentas cometidas a la hija de su hermana, podía optar por abandonar su lugar de reposo, ya fuera el panteón o el mundo desconocido en el que moran las almas, y aparecer en esta habitación. Me enjuagué las lágrimas y contuve los suspiros, temerosa de que cualquier señal de pena acabara logrando que una voz sobrenatural despertara y me hablara para consolarme, o provocara que un rostro surgiera en la oscuridad y se inclinara hacia mí, ofreciéndome su compasión. Esta idea, que en principio parecía consoladora, me aterraba más que cualquier otro castigo. Me esforcé con todo mi ser para sofocar el llanto: estaba decidida a calmarme. Apartándome el cabello de los ojos, levanté la cabeza e intenté mostrar una energía que estaba lejos de sentir. Justo en ese momento, el destello de una luz brilló en la pared. ¿Acaso se trataba de un rayo de luna que penetraba por alguna rendija de la persiana? No, la luz de la luna permanecía inmóvil y en cambio esta parpadeaba: mientras la seguía con la mirada, se deslizó hasta el techo temblando sobre mi cabeza. Ahora supongo que esta luz procedía de una linterna que alguien llevaba en el jardín, pero entonces, con la mente dispuesta a ver fantasmas por todas partes y con los nervios a flor de piel, pensé que ese rayo inquieto era el anuncio de una visión procedente del otro mundo. Aumentó la velocidad de los latidos de mi corazón; la frente me ardía y un sonido que tomé por el rugir del viento me llenó los oídos. Parecía que algo estaba cerca de mí. Me sentía agobiada, casi ahogada... La resistencia cedió y proferí un grito salvaje e involuntario. Corrí hacia la puerta y la golpeé en un desesperado esfuerzo por hacerme oír. Unos pasos recorrieron el pasillo, en la cerradura giró una llave... Bessie y Abbot entraron.

—Señorita Eyre, ¿está enferma? —preguntó Bessie.

—¡Qué horrible alarido! ¡Me ha asustado de verdad! —exclamó Abbot.

—¡Sacadme de aquí! ¡Dejadme ir al cuarto de juegos! —grité.

—¿Por qué? ¿Está herida? ¿Ha visto algo? —preguntó Bessie de nuevo.

—Vi una luz y pensé que era un fantasma.

Tomé a Bessie de la mano, y ella no me soltó.

—Ha gritado a propósito —afirmó Abbot contrariada—. ¡Y menudo alarido! Una la disculparía si lo hubiera causado un gran dolor, pero lo único que pretendía era hacernos venir. Ya conozco sus trucos.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó otra voz en tono de mando. La señora Reed avanzaba por el pasillo con el sombrero volando a su espalda y los pliegues del vestido crujiendo amenazadores—. Abbot, Bessie, creo que di órdenes precisas de

que Jane Eyre debía permanecer encerrada en la habitación roja hasta que yo en persona viniera a sacarla.

—Señora, es que la señorita Jane gritó con tanta fuerza... —suplicó Bessie.

—¡Suéltala! —fue la única respuesta—. Suelta la mano de Bessie. No lograrás salir por estos medios. Aborrezco el fingimiento, y más aún en los niños. Es mi obligación enseñarte que ese tipo de trucos no da resultado: ahora te quedarás aquí dentro durante una hora más, y solo te dejaré salir si pasas este tiempo en el más absoluto de los silencios.

—¡Tía, tenga piedad! ¡Perdóneme! No puedo soportarlo. Castígueme de cualquier otro modo. Prefiero morir antes de...

—¡Cállate! Tus palabras me provocan náuseas.

Y no hay duda de que sentía lo que decía. A sus ojos yo no era más que una actriz precoz. Me miró como si mi corazón fuera un foso agitado por pasiones turbulentas, poseído por un espíritu falso y despreciable.

Una vez se hubieron retirado Bessie y Abbot, la señora Reed, impaciente ante las muestras de angustia y los temblores que me sacudían, me empujó al interior y cerró la puerta sin más comentarios. Oí cómo sus pasos se alejaban, y creo que poco después tuve una especie de ataque. La inconsciencia puso fin a la escena.

Lo siguiente que recuerdo es que desperté con la sensación de haber sufrido una espantosa pesadilla y vi una intensa luz roja que centelleaba tras unas gruesas barras negras. También oía un retumbar de voces, como si llegaran hasta mí sofocadas por el viento o el agua. El nerviosismo, la incertidumbre y un absoluto sentimiento de pánico confundían mis sentidos. Entonces me di cuenta de que alguien me cogía en brazos y me incorporaba con gran ternura. Apoyé la cabeza sobre algo blando, un brazo o una almohada, y me quedé dormida.

Cinco minutos más tarde la nube de dudas se disipó: supe que estaba en mi propia cama y que la luz roja no era más que el fuego de la chimenea. Era de noche y había una vela encendida sobre la mesa. Bessie se hallaba a los pies del lecho con una palangana en las manos, y un caballero sentado a la cabecera se inclinaba hacia mí.

La presencia de ese extraño en la habitación, alguien que no pertenecía a Gateshead y no tenía relación alguna con la señora Reed, me provocó un alivio indescriptible, esa tranquilizadora sensación que te invade al sentirte protegida. Aparté la mirada de Bessie (aunque su presencia me resultaba menos molesta que la de Abbot, por ejemplo) y posé los ojos en el rostro del caballero. No se trataba de un desconocido: era el señor Lloyd, el farmacéutico que acudía a la casa cuando los criados estaban enfermos. Para la señora y sus hijos se requerían siempre los servicios de un médico.

—Bueno, ¿quién soy yo? —preguntó el señor Lloyd.

Pronuncié su nombre al mismo tiempo que le tendía la mano. Él la estrechó y me sonrió.

—Veo que ya estamos mejor —añadió antes de señalarme con un gesto que volviera a tumbarme.

Dirigiéndose a Bessie, ordenó que nadie me molestase durante la noche y se marchó después de dar varias instrucciones más e insinuar que volvería al día siguiente. Su partida volvió a despojarme del sentimiento de protección que me había animado mientras lo tuve sentado junto a la cama. Cuando la puerta se cerró tras él, toda la habitación se oscureció y mi corazón se hundió de nuevo en un abismo de profunda tristeza.

—¿Tiene ganas de dormir un poco, señorita? —preguntó Bessie, solícita.

Apenas me atreví a responder, pues temía que recuperara su áspero tono habitual.

—Lo intentaré.

—¿Le apetece tomar algo, una bebida...?

—No, gracias, Bessie.

Tanta amabilidad me dio valor para preguntar:

—Bessie, ¿qué me pasa? ¿Estoy enferma?

—Supongo que cayó enferma en la habitación roja de tanto llorar. Pero no se preocupe, pronto se pondrá bien.

Bessie se marchó al cuarto de las criadas.

—Sarah —oí que decía desde allí—, ven al cuarto de los niños a dormir conmigo. Por nada del mundo quisiera pasar la noche a solas con esa pobre niña. Es capaz de morir. ¡Ha sufrido un desmayo tan extraño! Me pregunto si vio algo raro... La señora ha sido demasiado dura con ella.

Sarah volvió con ella y ambas se acostaron. Estuvieron hablando en voz baja durante más de media hora; hasta mí llegaban frases sueltas que solo me permitían captar la idea general de la conversación.

«Algo pasó ante ella, vestido enteramente de blanco, y se desvaneció.» «Le seguía un gran perro negro.» «Alguien golpeó tres veces la puerta de la habitación del señor.» «Había una luz en el cementerio, sobre la tumba del señor»... etcétera, etcétera.

Por fin ambas se durmieron; se apagó el fuego y se extinguió la vela. Yo no logré conciliar el sueño en toda la noche: ese miedo que solo los niños pueden sentir puso en alerta todos mis sentidos y me impidió descansar.

Lo cierto es que el incidente de la habitación roja no tuvo más consecuencias, aparte del ataque de pánico, cuyo recuerdo aún me atormenta a día de hoy. Sí, señora Reed, a usted le debo unos momentos de atroz sufrimiento mental. Sin embargo, debería perdonarla: en realidad no era consciente de sus actos. Creía estar corrigiendo mis peores instintos cuando lo que hacía era desgarrarme el corazón.

Al mediodía siguiente estaba ya vestida y sentada en el cuarto de los niños, con los hombros envueltos en un chal. Físicamente me sentía débil y desanimada, pero lo peor de todo era el garfio de la tristeza que me atenazaba el alma y que me provocaba un llanto silencioso. Aún no me había secado unas lágrimas cuando otras gotas saladas descendían por mis mejillas sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Y, por otro lado, no podía dejar de pensar que debía sentirme feliz por la ausencia de los Reed: habían salido todos de paseo en el coche. Incluso Abbot estaba cosiendo en otra habitación, y Bessie, que no paraba de ir de un lado a otro guardando juguetes y ordenando cajones, se dirigía a mí de vez en cuando en un tono insólitamente amable. Todo ello debería haber supuesto para mí un paraíso de paz, acostumbrada como estaba a una vida repleta de reprimendas y tareas desagradables, pero mis pobres nervios estaban en tal estado que no había calma que pudiera suavizarlos, ni placer que pudieran apreciar.

Bessie vino de la cocina provista de un pedazo de tarta servido en un plato de porcelana china de brillantes colores, que formaban la imagen del ave del paraíso anidando en un lecho de flores y hojarasca. Este plato siempre había despertado en mí una gran admiración y unos enormes deseos de examinarlo de cerca, pero nunca había sido considerada digna de semejante privilegio. Ahora tenía ese hermoso recipiente en las rodillas y se me invitaba con afecto a comer el dulce manjar que contenía. Sin embargo, este favor llegaba, como la mayoría de los anhelos largo tiempo ansiados, demasiado tarde. Era incapaz de tragar la tarta, y tanto el plumaje

del ave como los matices de las flores parecían haber perdido brillo, así que retiré ambas cosas de mi vista. Bessie me ofreció la posibilidad de traerme un libro, y esa palabra se convirtió en un súbito estímulo. Le pedí que me dejara *Los viajes de Gulliver*. Era un libro que había examinado una y otra vez con sumo placer, porque lo consideraba una historia real que suscitaba en mí mayor interés que los cuentos de hadas. Después de pasar años buscándolos detrás de las hojas y de las campanillas, debajo de los champiñones y entre la hiedra que cubría las paredes, había llegado a la triste conclusión de que los duendes habían huido de Inglaterra a otro lugar menos poblado, cuyos bosques fueran más densos y frondosos. En cambio, en mi imaginación, los reinos de Lilliput y Brobdignag eran lugares auténticos, y no tenía ninguna duda de que algún día emprendería un largo viaje que me llevaría a ver esos pequeños campos, las diminutas casas, los menudos árboles y todos los animales en miniatura que habitaban en uno de esos reinos; así como los gigantescos cultivos de maíz, los poderosos mastines, los monstruosos gatos y los hombres y mujeres altos como torres que vivían en el otro. No obstante, aunque intenté evocar en el libro aquel encanto que siempre había hallado en él, y me detuve a observar todas y cada una de las ilustraciones, ese día todo me pareció feo y horrible: los gigantes no eran más que trasgos desvaídos y los enanos me parecían diablos violentos; Gulliver era un simple vagabundo perdido en las partes más inhóspitas y peligrosas de la tierra. Cerré el libro y lo puse sobre la mesa, junto a la tarta intacta.

Bessie había terminado de limpiar y ordenar la habitación, y, después de lavarse las manos, abrió un cajoncito repleto de recortes de seda y satén con la intención de hacer un sombrero nuevo para la muñeca de Georgiana. Mientras cosía, se puso a cantar:

*Hace mucho tiempo, cuando pasábamos los días
recorriendo el mundo, viajando como gitanos...*

Era una canción que yo había oído a menudo, y siempre me había provocado una gran alegría. Bessie tenía una voz dulce, o al menos eso creía yo. Pero aquel día, aunque su voz seguía siendo la misma, la melodía me pareció cargada de una melancolía indescriptible. A veces, distraída por su tarea, Bessie cantaba más despacio, pronunciando el estribillo con la cadencia de un himno funerario. Después cambió de canción y entonó una balada cuya letra era realmente triste.

*Tengo los pies doloridos y los labios agrietados;
largo es el camino, y arduas las montañas;
pronto la noche, triste y tenebrosa,
invadirá el sendero de la pobre niña sola.*

¿Por qué me enviaron tan lejos, sin nadie,

*hasta donde yacen los páramos y crecen las rocas?
En un mundo sin corazón, son los ángeles del cielo
los únicos que cuidan de la pobre niña sola.*

*Distante y suave, sopla la brisa nocturna,
ni una nube oculta el brillo de las estrellas;
Dios, compasivo, ofrece protección,
amor y esperanza a la pobre niña sola.*

*Aunque cayera al cruzar el puente, o me hundiera
en la ciénaga, engañada por un falso resplandor,
el Padre me colmaría de bendiciones,
y llevaría a su seno a la pobre niña sola.*

*Aunque carezca de refugio y de familia
hay un pensamiento que me llena de fuerza:
el cielo es mi hogar y no me faltará el reposo;
Dios es amigo de la pobre niña sola.*

—¡Vamos, señorita Jane! No llore —exclamó Bessie al finalizar la canción.

Pero era como decirle al fuego que dejara de arder. ¿Cómo podía ella imaginar el peso de la pena que me embargaba?

A lo largo de la mañana, el señor Lloyd volvió a verme.

—¡Vaya! Veo que ya estamos levantados —dijo desde la puerta del cuarto de los niños—. Bueno, enfermera, ¿cómo está la paciente?

Bessie respondió que me encontraba mucho mejor.

—Entonces debería tener un aspecto más alegre. Venga aquí, señorita Jane, porque su nombre es Jane, ¿verdad?

—Sí, señor, Jane Eyre.

—Veo rastros de lágrimas. ¿Puede decirme por qué lloraba? ¿Le duele algo?

—No, señor.

—¡Oh! Yo diría que lloraba porque no pudo salir con la señora en el coche —intervino Bessie.

—¡No puedo creerlo! Es demasiado mayor para llorar por esas tonterías.

Lo mismo pensaba yo, y esa falsa acusación me ofendió tanto que respondí con presteza:

—En mi vida lloraría por semejante cosa: odio ir en coche. Llora porque soy desgraciada.

—¡Oh, vamos, señorita! —exclamó Bessie.

El buen farmacéutico pareció perplejo ante mi respuesta. Fijó en mí sus pequeños ojos grises, sin brillo pero bastante sagaces. Su rostro era serio pero denotaba

amabilidad.

—¿Qué la puso enferma ayer? —preguntó después de observarme con atención.

—Se cayó —intervino Bessie de nuevo.

—¡Se cayó! ¿Qué es esta niña, un bebé? ¿Es que no puede andar a su edad? Debe de rondar los ocho o nueve años.

—Me dieron un golpe que me hizo caer —contesté de nuevo, herida en mi amor propio.

Y, mientras el señor Lloyd se servía una pizca de rapé, añadí:

—Pero no fue eso lo que me enfermó.

Justo cuando él devolvía la caja a su bolsillo, sonó la campana que llamaba a los criados a comer.

—La llaman, niñera —dijo el farmacéutico—. Baje a comer. Yo hablaré con la señorita Jane hasta que usted vuelva.

Bessie habría preferido quedarse, pero la puntualidad en las comidas era una de las normas más inquebrantables de Gateshead Hall.

—Si no fue la caída lo que la puso enferma, ¿qué fue, entonces? —prosiguió el señor Lloyd una vez Bessie hubo salido.

—Me encerraron en una habitación en la que hay un fantasma hasta bien entrada la noche.

El señor Lloyd sonrió y frunció el ceño a la vez.

—¡Un fantasma! ¡Al final resultará ser una niña pequeña de verdad! ¿Le dan miedo los fantasmas?

—El del señor Reed, sí: murió en ese cuarto y su cadáver se veló allí. Ni Bessie ni nadie de la casa se atreven a entrar en esa habitación de noche si pueden evitarlo. Fue una crueldad encerrarme allí sola y sin una vela... Fue tan cruel que creo que no podré olvidarlo nunca.

—¡Tonterías! ¿Y es eso lo que la hace sentir desgraciada? ¿Sigue teniendo miedo ahora que es de día?

—No, pero la noche no tardará en caer de nuevo... Además, hay otras cosas que me hacen ser muy infeliz.

—¿Qué otras cosas? ¿Puede usted contármelas?

¡Cuánto deseaba contestar con todo detalle a esta pregunta! ¡Pero era tan difícil construir una respuesta coherente! Los niños sienten, pero les cuesta mucho analizar sus sentimientos, y aun en el caso de que logren hacer un análisis parcial, son incapaces de traducir el resultado en palabras. Sin embargo, por miedo a perder la primera oportunidad que tenía de compartir mi pena, me tomé mi tiempo e, inquieta, me esforcé por dar una respuesta sincera aunque incompleta.

—No tengo padre, ni madre, ni tampoco hermanos.

—Pero tiene una tía amable y tres primos.

Hice una nueva pausa antes de armarme de valor para continuar.

—Pero John Reed me pegó y luego mi tía me encerró en la habitación roja.

El señor Lloyd volvió a sacar su caja de rapé.

—¿No cree que Gateshead Hall es una casa preciosa? —preguntó—. ¿No está usted agradecida por vivir en un lugar tan hermoso?

—No es mi casa, señor, y Abbot dice que yo tengo menos derecho a estar aquí que uno de los criados.

—¡Bah! No puede ser tan tonta como para desear abandonar un hogar tan espléndido.

—Estaría encantada de marcharme si tuviera algún sitio adonde ir, pero no podré abandonar Gateshead Hall hasta que sea mayor.

—Tal vez pueda. ¿Quién sabe? ¿Tiene usted otros parientes al margen de la señora Reed?

—Creo que no, señor.

—¿Ningún familiar por parte de padre?

—Lo ignoro. Una vez le hice esta pregunta a la señora Reed, y ella respondió que era probable que tuviera algunos parientes pobres, pero que no disponía de la menor información sobre ellos.

—Si los tuviera, ¿le gustaría vivir con ellos?

Me detuve a reflexionar. Si la pobreza repele a los mayores, aún asusta más a los niños: ellos no piensan en la falta de medios que acompaña a ciertas personas que trabajan honradamente, en esa pobreza digna y respetable, sino que la asocian a ropas raídas, escasez de comida, chimeneas sin leña, malas costumbres y vicios inconfesables. Para mí, la pobreza era sinónimo de degradación.

—No, no creo que me gustara vivir con gente pobre —respondí al fin.

—¿Aunque estas personas la trataran con cariño?

Negué con la cabeza. Para mí, cariño y pobreza eran conceptos incompatibles. Aprendería a hablar como ellos, adoptaría sus rudas maneras, me convertiría en una ignorante y crecería como una de las desgraciadas mujeres que veía a veces alimentando a sus hijos o lavando la ropa a las puertas de Gateshead... No. No era lo bastante valiente como para comprar la libertad a ese precio.

—¿Tan pobres son sus parientes? ¿No tienen trabajo?

—No lo sé. Mi tía siempre dice que deben de ser mendigos. No quiero verme obligada a pedir limosna.

—¿Preferiría ir al colegio?

Otra vez me detuve a reflexionar. Apenas sabía lo que era la escuela. Bessie a menudo hablaba de ella como un lugar en el que las niñas se sentaban en largos bancos, escribían en pizarrines y eran obligadas a comportarse de forma educada y gentil; John Reed odiaba el colegio y se reía de sus maestros, pero los gustos de John Reed no coincidían en absoluto con los míos. Y aunque los relatos de Bessie sobre la excesiva disciplina de las escuelas (deducidos de lo que le habían contado unas niñas a las que sirvió antes de entrar en Gateshead) no resultaban muy agradables, los detalles que explicaba acerca de los logros de esas mismas niñas tenían la virtud de

llamar mi atención. Alababa los hermosos paisajes que pintaban, las canciones que aprendían, las labores que podían realizar y los libros en francés que eran capaces de traducir. Además, la escuela significaría un cambio radical: implicaba un largo viaje y la separación absoluta de Gateshead. En definitiva, la puerta hacia una nueva vida.

—Creo que me gustaría ir a al colegio —fue mi conclusión final.

—Bueno, bueno, ¿quién sabe qué le depara el futuro? —dijo el señor Lloyd mientras se ponía en pie—. Esta niña necesita un cambio de aires —añadió, hablando para sí—. No está bien de los nervios.

El regreso de Bessie fue seguido por el sonido de las ruedas del coche al acercarse a la casa.

—¿Es la señora que vuelve? —preguntó a Bessie el señor Lloyd—. Me gustaría hablar con ella antes de irme.

Bessie le acompañó al saloncito del desayuno. Supongo que durante la entrevista que mantuvo con la señora Reed, el farmacéutico sugirió la posibilidad de enviarme al colegio. Y por lo que Abbot dijo a Bessie una noche, creyendo que yo dormía, mientras cosían en el cuarto de juegos, mi tía aceptó la idea sin reservas.

—La señora se mostró encantada de librarse de esta niña insoportable, que siempre da la impresión de estar vigilando a todo el mundo y tramando maldades en silencio. —Creo que para Abbot yo era algo parecido a un Guy Fawkes infantil.

Fue en esa ocasión cuando supe por las palabras de Abbot que mi padre había sido un clérigo sin fortuna con quien mi madre se casó contra la opinión de toda su familia, y que el abuelo Reed, enojado por su desobediencia, la dejó sin un chelín. Y que cuando llevaban un año casados, mi padre cayó víctima del tifus que contrajo por visitar a una familia de su parroquia, situada en uno de los barrios obreros de la ciudad donde abundaba la enfermedad. Mi madre se contagió y ambos murieron con un mes de diferencia.

Al oír esta historia, Bessie suspiró.

—La pobre señorita Jane es digna de lástima, Abbot.

—En efecto —respondió la otra—, si se tratara de una niña alegre y bonita, uno podría compadecerse de su desgracia, pero es difícil sentir pena por un pequeño sapo como ese.

—Tiene parte de razón —acordó Bessie—. Estoy segura de que en las mismas circunstancias la señorita Georgiana nos haría saltar las lágrimas.

—¡Por supuesto! La señorita Georgiana es una criatura adorable —gritó Abbot—. ¡Mi querida niña! Con esos rizos rubios y esos magníficos ojos azules, y el tono suave de su piel... ¡Una diría que es la estampa de una santa! Bessie, tengo hambre. Me apetece tomar un poco de estofado de conejo para cenar.

—No le diré que no... vamos a la cocina. ¿Qué le parece si hago un sofrito de cebolla?

De la conversación mantenida con el señor Lloyd y de la citada charla que oí entre las muchachas, reuní la suficiente esperanza como para desear reponerme cuanto antes: el cambio parecía inminente, y yo lo esperaba y deseaba en silencio. Sin embargo, los días se convirtieron en semanas, y, aunque yo había recobrado mi estado normal, nadie volvió a mencionar ese tema que tanto me inquietaba. La señora Reed solía mirarme con expresión severa, pero raras veces se dirigía a mí. Desde el episodio de la habitación roja, la línea que me separaba de ella y los suyos se había hecho más profunda. Yo dormía en uno de los cuartos del servicio, estaba condenada a comer sola y pasaba todo el día en el cuarto de juegos, mientras que mis primos estaban siempre en el salón. Tampoco hizo nada que revelara sus intenciones de enviarme al colegio, y, sin embargo, yo tenía la sensación de que convivir conmigo bajo el mismo techo se le hacía cada vez más cuesta arriba: cuando me miraba sus ojos reflejaban la intensa e insuperable aversión que le provocaba mi mera presencia.

Eliza y Georgiana, siguiendo sin duda las órdenes de su madre, me hablaban lo menos posible; John chasqueaba la lengua en son de burla siempre que me veía y en una ocasión intentó pegarme, pero como me defendí igual que la última vez, poseída por el mismo sentimiento de rabia y desesperación, se lo pensó dos veces y corrió a los brazos de su madre insultándome y gritando que le había golpeado en la nariz. Es cierto que había levantado el puño contra ese apéndice prominente y, al ver que el gesto o el brillo amenazador de mis ojos le acobardaban, tuve unas enormes ganas de asestarle el golpe prometido, pero cuando me decidí él ya estaba a salvo tras las faldas de mamá. Cuando empezó a gimotear diciendo que «esa horrible Jane Eyre le había atacado igual que lo haría un gato salvaje», su madre le cortó bruscamente.

—No menciones su nombre, John. Te dije que ni la miraras: esa niña no merece que nadie la tenga en cuenta. No quiero que ni tú ni tus hermanas os acerquéis a ella.

En ese momento, no pude evitar la tentación de responder a sus palabras en voz alta y grité desde la barandilla:

—¡Son ellos los que no merecen mi compañía!

La señora Reed era una mujer más bien corpulenta, pero al oír esta extraña y atrevida declaración, corrió escaleras arriba y me arrastró del brazo hasta el cuarto de los niños con la velocidad de un rayo. Una vez dentro me ordenó que no volviera a salir de allí ni hiciera el menor ruido en lo que quedaba de día.

—¿Qué diría el señor Reed si aún viviera? —pregunté, casi sin ser consciente del significado de mis palabras.

Parecía que algo se había apoderado de mi lengua y la obligaba a hablar sin que mi voluntad interviniera en ello.

—¿Qué has dicho? —dijo la señora Reed con la voz ronca por la ira.

Una sombra de temor ensombreció sus ojos grises, ya fríos habitualmente, y me soltó el brazo, incapaz de decidir si lo que tenía ante sí era una niña o un demonio. Yo

no pude detenerme.

—Mi tío, el señor Reed, está en el cielo y desde allí ve todo lo que usted hace o piensa, y también lo ven papá y mamá. Ellos saben que usted me tiene encerrada todo el día y han descubierto su deseo de verme muerta.

La señora Reed no tardó en recobrar la calma: me sacudió con más fuerza, me propinó un buen par de bofetones y me dejó encerrada sin decir una sola palabra más. Bessie me dirigió un sermón de más de una hora en el que demostró que yo era la niña más perversa y desagradecida que jamás había existido. Los malos sentimientos que sentía brotar de mi pecho casi lograron convencerme de que tenía razón.

Transcurrieron los meses de noviembre, diciembre y la mitad de enero. Como de costumbre se celebraron las fiestas de Navidad y de Año Nuevo con la alegría que caracteriza esos días: se intercambiaron regalos y se organizaron fiestas y banquetes. Huelga decir que a mí se me excluyó de toda diversión: mi parte se limitaba a presenciar cómo Eliza y Georgiana se arreglaban para cenar y luego verlas descender en dirección al salón, ataviadas con vestidos de delicada muselina, adornados con fajas de color escarlata y el cabello rizado con esmero; más tarde, podía distraerme con el sonido del piano o del arpa que llegaban desde abajo, o el continuo ir y venir de los criados y del mayordomo, con el tintineo de las copas y el súbito rumor de conversaciones que se escapaba cuando se abrían las puertas del salón. Cuando me cansaba de esta ocupación, abandonaba la escalera y me retiraba al silencio y la soledad que imperaba en el cuarto de los niños. Por lo menos allí me sentía triste, pero no sufría ningún desprecio. Para ser sincera, no tenía el menor deseo de estar acompañada, ya que nadie parecía nunca darse cuenta de mi presencia. Si Bessie se hubiera mostrado un poco más amable conmigo, habría preferido pasar las tardes a su lado que bajo la solemne mirada de la señora Reed en una sala repleta de damas y caballeros. Pero Bessie, tan pronto como acababa de vestir a las señoritas, solía marcharse a la cocina en busca del bullicio y la animación que allí reinaban, llevándose consigo la única vela. Entonces yo me sentaba frente al fuego hasta que este se consumía, con mi muñeca sobre las rodillas, dirigiendo de vez en cuando cautas miradas a mi alrededor para asegurarme de estar sola en la penumbra. Y, cuando las ascuas del fuego cobraban un rojo intenso, me desnudaba lo más deprisa posible, tirando de cintas y nudos como mejor sabía, y buscaba refugio en el lecho del frío y de la oscuridad. Siempre me acostaba con la muñeca: todos los seres humanos necesitan amar a alguien, y a falta de un objeto más valioso yo me complacía en querer a aquel juguete marchito y raído, una especie de espantapájaros en miniatura. Ahora me sorprende recordar la intensidad de mis sentimientos hacia ese ser inanimado: casi llegaba a creer que estaba viva y que era capaz de sentir. No me dormía hasta que la acurrucaba bajo las sábanas, no me quedaba tranquila hasta tener la absoluta certeza de que estaba cómoda y a salvo. Solo entonces, creyéndola feliz, era capaz de compartir con ella parte de ese sentimiento.

Las horas se hacían eternas mientras esperaba que los invitados se marcharan y

distinguía el conocido rumor de los pasos de Bessie en la escalera. A veces entraba en mi habitación para coger las tijeras o el dedal, o con el fin de traerme algo de cena, un bollo o un pedazo de pastel de queso. En esas ocasiones solía sentarse a mi lado hasta que yo terminaba de comer y entonces me arrojaba, y un par de veces incluso me dio un beso de buenas noches antes de irse. Cuando estaba de ese humor, Bessie era para mí la persona más hermosa y amable del mundo y yo ansiaba verla siempre así, en lugar de la Bessie habitual, que no paraba de regañarme y encargarme tareas desagradables. Creo que Bessie Lee debía de ser una joven bastante perspicaz y estaba dotada de un don para narrar historias, o al menos eso creía yo al escuchar sus cuentos. También era bonita, si los recuerdos no me fallan. Era una chica delgada, de pelo negro, ojos oscuros y agraciados rasgos, con una piel tersa y pálida. De hecho, a pesar de su temperamento caprichoso y a la absoluta falta de justicia que la caracterizaba, yo la prefería a cualquier otro habitante de Gateshead Hall.

Eran las nueve de la mañana del 15 de enero. Bessie había bajado a desayunar, mis primos aún no habían sido llamados por su madre. Eliza se estaba poniendo el sombrero y el grueso abrigo para ir a dar de comer a las gallinas, una de sus actividades preferidas junto con vender los huevos al ama de llaves y, sobre todo, contar después el dinero que obtenía. Su propensión natural para el comercio y su gran tendencia al ahorro quedaban patentes no solo en la venta de huevos ya mencionada, sino también en los tratos que hacía con el jardinero al que vendía los esquejes y semillas que ella misma cultivaba en su parterre. El jardinero tenía órdenes directas de la señora Reed de comprar todo aquello que la niña deseara vender y lo cierto es que Eliza se habría vendido su cabellera si esto le hubiera reportado algún beneficio. Solía esconder el dinero en los rincones más extraños, envuelto en tela o en trozos de papel, pero al saber que las criadas habían llegado a descubrir alguno de sus escondrijos, Eliza, temerosa de perderlo, consintió en confiárselo a su madre. Eso sí, como si de un usurero se tratara, le cobraba intereses de hasta un cincuenta o sesenta por ciento y anotaba con rigor todas sus cuentas en un pequeño cuaderno.

Georgiana estaba sentada en un taburete alto, peinándose y adornándose el cabello con flores artificiales y plumas viejas que había encontrado en un cajón del desván. Mientras, y obedeciendo a las estrictas órdenes de Bessie de tener la habitación arreglada antes de que ella regresara, yo me hacía la cama (lo cierto es que Bessie solía emplearme como ayudante para tareas como barrer los cuartos o quitar el polvo a los muebles). Después de extender bien la colcha y doblar el camisón, me dirigí a la ventana para poner en orden algunos libros y piezas de la casa de muñecas que había esparcidos por allí, cuando un agudo grito de Georgiana ordenándome que dejara en paz sus cosas (los espejos y las sillas en miniatura, al igual que los pequeños platos y tazas eran propiedad suya), detuvo mis movimientos; y, a falta de una ocupación mejor, me dediqué a lanzar el aliento sobre las flores que la escarcha formaba en los cristales, dibujando así un espacio por el que observar el paisaje exterior, petrificado bajo la intensa helada.

Desde esa ventana podía verse la vivienda del portero y el camino que usaban los carruajes para acercarse a la casa, y, como había logrado hacer un hueco bastante grande, pude divisar que la verja se abría para que un coche avanzara por el sendero. No despertó en mí el menor interés: las visitas a Gateshead eran frecuentes, pero jamás tenían nada que ver conmigo. El coche se detuvo frente a la casa, resonó con fuerza el timbre y alguien abrió la puerta. Yo me distraje enseguida observando a un pequeño gorrión hambriento que había volado hasta las desnudas ramas de un cerezo que crecía junto a la ventana en busca de comida. Sobre la mesa estaban los restos de mi desayuno; hice migas un pedazo de pan, y estaba abriendo la ventana para depositar en el alféizar el alimento del ave cuando Bessie entró corriendo en el cuarto de los niños.

—Señorita Jane, quítese el delantal. ¿Qué está haciendo ahí? ¿Se ha lavado las manos y la cara esta mañana?

Antes de contestar abrí la ventana de un último tirón, ya que quería asegurarme de que el pájaro no se quedara sin comer; cedió el pestillo y esparcí las migas. Algunas cayeron sobre el alféizar y otras sobre el cerezo. Después cerré la ventana de nuevo y repliqué:

—No, Bessie. Acabo de terminar de quitar el polvo.

—¡Qué niña más vaga y fastidiosa! ¿Y ahora qué está haciendo? Está arrebolada, con aspecto de andar metida en alguna travesura. ¿Para qué abría la ventana?

Me ahorré la respuesta porque Bessie no parecía tener tiempo para explicaciones. Me llevó al aseo, me restregó rápidamente las manos y la cara con agua y jabón y me secó con una áspera toalla; luego intentó domar mis revueltos cabellos con la ayuda de un cepillo de cerdas, arrancó el delantal que yo llevaba puesto y me ordenó que bajara a toda prisa al saloncito de los desayunos.

Deseé preguntar por qué; deseé preguntar si la señora Reed me esperaba allí, pero Bessie desapareció al instante cerrando tras de sí la puerta del cuarto de los niños, así que descendí despacio las escaleras. Habían pasado casi tres meses desde que la señora Reed me llamara por última vez: llevaba tanto tiempo encerrada en el cuarto de juegos que los salones se habían convertido para mí en regiones inhóspitas que temía recorrer.

De pie en el vacío recibidor, temblaba ante la perspectiva de entrar en el salón de desayunos. Los castigos injustos habían logrado convertirme en el ser más cobarde de la tierra. Temía retroceder hasta el cuarto de los niños y temía seguir adelante. Tras diez minutos de angustiosas dudas, el exigente sonido de la campana me decidió a entrar.

«¿Qué querrán de mí?», me preguntaba para mis adentros, mientras giraba el pomo de la cerradura que, durante un par de segundos, se resistió a mis esfuerzos. «¿Quién habría con la señora Reed: un hombre o una mujer?» El pomo cedió por fin y se abrió la puerta. Crucé el umbral, cabizbaja, y al levantar la vista me topé con... ¡una columna negra! O al menos eso fue lo que me pareció en un primer momento la

figura delgada y erguida, vestida de negro, cuyo rostro amarillento era como una máscara esculpida, que había sido colocada en las alturas a modo de capitel.

La señora Reed estaba sentada junto al fuego, en su sillón, y me indicó con un gesto que me acercara a ella. Obedecí y ella me presentó al desconocido con estas palabras:

—Esta es la niña de la que le he hablado.

Y él, ya que el visitante se trataba de un hombre, se volvió despacio hacia mí y me examinó con sus pequeños ojos grises que relucían debajo de las pobladas cejas. Después dijo en tono solemne y con una voz muy grave:

—Es muy pequeña. ¿Cuántos años tiene?

—Diez.

—¿Tantos? —preguntó dubitativo. Siguió mirándome durante unos minutos antes de dirigirse a mí—: ¿Cómo te llamas, niña?

—Jane Eyre, señor.

Al decir mi nombre alcé la vista: él me dio la impresión de ser un caballero de gran altura, pero entonces yo era muy pequeña. Sus rasgos eran grandes y severos.

—Y bien, Jane Eyre, ¿eres una niña buena?

Como era imposible dar una respuesta afirmativa a la pregunta cuando todos los que me rodeaban pensaban lo contrario, opté por el silencio. La señora Reed contestó por mí con un expresivo ademán, seguido de estas palabras.

—Señor Brocklehurst, cuanto menos hablemos de eso, mejor.

—¡Me disgusta oír esto! Ella y yo debemos mantener una pequeña charla —Y, mientras pronunciaba estas palabras, se dejó caer en el sillón situado frente al de mi tía e inclinó su cuerpo en dirección a mí—. Acércate, niña.

Crucé la alfombra y me coloqué frente a él. Ahora que podía verle bien, observé con atención su rostro. ¡Qué nariz tenía! ¡Qué boca tan grande y qué dientes tan prominentes!

—No hay visión más triste que la de un niño malo, —comenzó— especialmente si se trata de una niña pequeña. ¿Sabes adónde van los malvados después de morir?

—Van al infierno —respondí, deprisa y sin pensarlo dos veces.

—¿Y qué es el infierno? ¿Puedes explicármelo?

—Un abismo lleno de fuego.

—¿Y te gustaría caer en ese abismo y arder en él por toda la eternidad?

—No, señor.

—¿Qué debes hacer para evitarlo?

Reflexioné durante un momento y al final me decidí a dar una respuesta poco convencional.

—Procurar estar bien de salud y no morirme.

—¿Cómo puedes mantenerte en buena salud? Todos los días mueren niños más pequeños que tú. Hace solo un par de días enterré a un niño de cinco años, un niño bueno cuya alma está hoy en el cielo. Me temo que ese no sería tu caso en las mismas

circunstancias.

Incapaz de resolver sus dudas, me limité a fijar los ojos en sus grandes pies situados sobre la alfombra y a exhalar un suspiro, deseando hallarme muy lejos de allí.

—Espero que ese suspiro proceda del corazón, y sea una muestra del arrepentimiento que sientes por haber disgustado a tu excelente bienhechora.

«¡Bienhechora! ¡Bienhechora! —me dije para mis adentros—, todos la llaman mi bienhechora. Si eso es verdad, ser bienhechora debe de ser algo muy desagradable.»

—¿Rezas tus oraciones por la mañana y por la noche? —continuó mi interlocutor.

—Sí, señor.

—¿Lees la Biblia?

—A veces.

—¿Te gusta? ¿Te divierte hacerlo?

—Me gustan las Revelaciones y también el Libro de Daniel, el Génesis, el Libro de Samuel, parte del Éxodo, y algunos fragmentos de los Reyes y las Crónicas, así como la historia de Job y la de Jonás.

—¿Y los salmos? Supongo que te gustarán...

—No, señor.

—¿No? ¡Qué curioso! Conozco a un niño más pequeño que tú que ya se sabe de memoria seis salmos; y cuando le preguntas si prefiere comer un dulce de jengibre o aprenderse los versos de un nuevo salmo, él contesta sin dudarlo: «¡Los versos del salmo! Los ángeles cantan salmos y yo quiero ser un pequeño ángel aquí en la tierra». Así obtiene dos dulces como respuesta a su piedad infantil.

—Los salmos me aburren —señalé.

—Eso prueba que tienes un corazón perverso. Debes rezar a Dios para que te lo cambie y te proporcione uno nuevo y puro: un corazón de carne en lugar de ese corazón de piedra que posees.

Estaba a punto de formular una pregunta acerca de cómo iba a realizarse la operación que cambiaría mi corazón cuando intervino la señora Reed y me ordenó que tomara asiento.

—Señor Brocklehurst, creo que en la carta que le escribí hace tres semanas ya le advertía de que esta niña carece del carácter y la disposición que yo desearía. Si la admitiera en la escuela Lowood, yo estaría encantada de que la supervisora y las demás maestras la vigilaran estrechamente y prestaran una especial atención al peor de sus defectos: la tendencia al engaño. Lo menciono en tu presencia, Jane, para que no creas que podrás fingir delante del señor Brocklehurst.

Hacía bien en temer a mi tía, hacía bien en no fiarme de ella. Su instinto la llevaba a zaherirme con crueldad. Nunca me sentí feliz en su presencia: no importaba que atendiera escrupulosamente a todos sus deseos, no importaba cuánto me esforzara por complacerla, lo único que obtenía a cambio eran frases como las que acababa de pronunciar. Dichas delante de un extraño, sus acusaciones me desgarraron

el corazón. En esa nueva vida a la que me condenaba, sus comentarios iban encaminados a despojarme de toda esperanza; supe, sin poder entender el porqué, que ella estaba sembrando la aversión y la desconfianza en mi camino. Delante del señor Brocklehurst, me había descrito como una criatura falsa e hipócrita, y ¿qué podía hacer yo para evitarlo?

«Nada», pensé mientras luchaba por no romper a llorar, tragándome las ardientes lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos, prueba evidente de la impotencia que me embargaba.

—El engaño es un triste defecto en un niño —sentenció el señor Brocklehurst—. Va parejo a la hipocresía, y todos los mentirosos tienen reservado un lugar en ese lago de pez hirviente. No se preocupe, señora Reed: la vigilaré de cerca. Yo mismo hablaré con la señorita Temple y con las demás profesoras.

—Desearía que fuera criada de acuerdo con sus perspectivas de futuro: —prosiguió mi bienhechora—, que se convierta en un ser útil y humilde. En lo que respecta a las vacaciones, si usted lo permite, preferiría que las pasara siempre en Lowood.

—Sus decisiones son de lo más razonable, señora —respondió el señor Brocklehurst—. La humildad es una de las gracias cristianas, y una especialmente apropiada para las alumnas de Lowood. Yo mismo me ocupo de que cultiven dicha virtud. He estudiado las mejores maneras de mortificar el mundanal defecto del orgullo, y puedo decir que el otro día pude ver que mis esfuerzos daban resultados satisfactorios. Mi segunda hija, Augusta, fue de visita a la escuela con su madre y al volver a casa exclamó: «¡Oh, papá! ¡Qué aspecto tan sencillo y humilde tienen todas las niñas de Lowood! El pelo peinado detrás de las orejas, las batas largas y esos pequeños bolsillos que sobresalen de sus delantales... ¡Parecen niñas pobres! Miraban mi vestido y el de mamá como si nunca hubieran visto un traje de seda».

—Eso es exactamente lo que buscaba para Jane Eyre —replicó mi tía—. En toda Inglaterra no habría encontrado un sitio más a propósito para una niña como ella. Resignación, señor Brocklehurst, soy una firme defensora de la resignación en todos los aspectos de la vida.

—La resignación, señora, es la primera obligación de un cristiano, y en Lowood se fomenta desde el más nimio de los detalles: una comida frugal, un atuendo sencillo, un alojamiento sin lujos de ningún tipo y la obligación de enfrentarse a duras tareas. Ese es el pan de cada día de las moradoras de Lowood.

—Me parece perfecto, señor. ¿Puedo confiar entonces en que esta niña será admitida en Lowood y educada conforme a su posición social y sus perspectivas de futuro?

—Por supuesto, señora. Estará en ese jardín de flores escogidas y espero que sabrá mostrarle su gratitud por el inestimable privilegio que le concede.

—La enviaré tan pronto como sea posible, señor Brocklehurst. Le aseguro que no veo el momento de verme libre de tan pesada carga.

—No lo dudo, señora, no lo dudo. Ahora debo desearle buenos días. Tardaré un par de semanas en volver a Brocklehurst Hall, ya que debo visitar a mi buen amigo, el Archidiácono, y me temo que este me retendrá durante ese tiempo. Avisaré a la señorita Temple de la llegada de una niña nueva y así evitaremos cualquier posible contratiempo. Adiós.

—Adiós, señor Brocklehurst. Salude de mi parte a la señora y a la señorita Brocklehurst, así como a Augusta, a Theodora y al señorito Broughton.

—Así lo haré, señora. Querida niña, aquí tienes un libro titulado *La guía de la infancia*; léelo con atención, especialmente la parte que relata la súbita muerte de Martha G., una malvada niña adicta al engaño y a contar todo tipo de mentiras.

Con estas palabras el señor Brocklehurst puso en mis manos un delgado folleto cosido a una cubierta y, después de llamar a su cochero, abandonó la casa.

La señora Reed y yo nos quedamos solas. Pasaron unos minutos en el más absoluto silencio: ella cosía y yo la observaba. En esa época mi tía debía de rondar los treinta y seis o treinta y siete años. Era una mujer robusta, ancha de hombros y provista de gruesos brazos; no era alta, pero tampoco se la podía describir como obesa. Tenía los rasgos grandes, la mandíbula fuerte y sólida, la frente baja y la barbilla grande y prominente; en cambio, la nariz y la boca eran de proporciones agradables. Bajo sus perfiladas cejas brillaban unos ojos incapaces de traslucir la menor compasión; la piel, morena y opaca, contrastaba con su cabello casi rubio. Por otro lado, poseía una salud de hierro: jamás la aquejó enfermedad alguna. Lo controlaba todo con mano de hierro y eran sus hijos los únicos que, en contadas ocasiones, se atrevían a reírse de ella y a desafiar su autoridad. Solía vestir con elegancia y se movía con la seguridad de una dama consciente de su atractivo.

Examiné su figura desde el taburete en que me hallaba, a escasos centímetros de ella, mientras estudiaba de cerca todos y cada uno de sus rasgos. En mis manos sostenía el relato de la repentina muerte de la niña mentirosa que debía leer con especial atención. Mi mente seguía dando vueltas a lo que acababa de acontecer en esa habitación: a lo que mi tía había dicho de mí al señor Brocklehurst, al contenido general de la conversación. Volví a sentir el efecto de sus palabras, clavadas en mi recuerdo como agujones, y me invadió un intenso sentimiento de odio.

La señora Reed levantó la vista de su costura; sus ojos se posaron en los míos mientras los dedos detenían sus cuidadosos movimientos.

—Sal de la habitación y vuelve al cuarto de los niños —ordenó.

Algo en mi mirada había debido de ofenderla porque el tono en que me habló demostraba una reprimida irritación. Me levanté y dirigí los pasos hacia la puerta, pero antes de salir di media vuelta y me encaminé hacia mi tía con la cabeza alta y la mirada desafiante.

Debía hablar. Me habían herido y buscaba venganza, pero ¿cómo? ¿Cuáles podrían ser mis bazas contra el enemigo? Hice acopio de toda mi energía y la invertí en una sola frase:

—Yo no soy mentirosa. Si lo fuera, podría decir que la quiero. En cambio, declaro que no solo no siento amor por usted, sino que la aborrezco más que a nadie en el mundo, con la sola excepción de su hijo John. Y en cuanto a este libro sobre niñas mentirosas, haría mejor en dárselo a Georgiana, ya que es ella la que miente y no yo.

Las manos de la señora Reed permanecieron inactivas y sus ojos de hielo continuaron perforando los míos.

—¿Has dicho cuanto tenías que decir? —preguntó, en el mismo tono que usaría para hablar con un adulto en lugar del que suele emplearse con los niños.

Su mirada y su voz despertaron en mí todos los sentimientos de antipatía. Seguí hablando mientras temblaba de la cabeza a los pies, incapaz de controlar mis impulsos.

—Estoy contenta de que no nos una parentesco alguno: no volveré a llamarla tía en lo que me quede de vida. Nunca vendré a verla cuando sea una mujer, y si alguien me pide mi opinión sobre usted y sobre cómo me trató, responderé que el simple recuerdo de su existencia me pone enferma, y que su conducta hacia mí fue mezquina y cruel.

—¿Cómo te atreves a decir eso, Jane Eyre?

—¿Que cómo me atrevo, señora Reed? ¿Cómo me atrevo? Porque es la verdad. Usted cree que yo no tengo sentimientos, que puedo vivir sin una pizca de amor o de amabilidad, pero no puedo. Usted ignora el significado de la palabra piedad. Siempre recordaré que me empujó hacia el interior de la habitación roja (sí, me empujó con todas sus fuerzas y me encerró allí), desoyendo mis súplicas de compasión. Yo no paraba de gritar: «¡Tenga piedad! ¡Tenga piedad!». Y todo ese castigo simplemente porque su malvado hijo me pegó y me tiró al suelo sin ningún motivo. Esto es lo que explicaré a todos los que me pregunten. La gente cree que es usted una buena mujer, pero se equivocan: usted tiene mal corazón. ¡Usted es la mentirosa!

Al terminar mi discurso sentí que mi alma quedaba invadida por una intensa sensación de triunfo, una vigorosa bocanada de aire fresco, como si hubiera roto todas las barreras y me estuviera lanzando de cabeza hacia la ansiada libertad. La expresión de temor de la señora Reed confirmaba este sentimiento: la labor se le había escapado de las manos, y las manos no paraban de temblar mientras sus ojos parecían estar al borde de las lágrimas.

—Jane, te equivocas. ¿Se puede saber qué es lo que te sucede? ¿A qué vienen esos violentos temblores? ¿Quieres beber un vaso de agua?

—No, señora Reed.

—¿Deseas algo más, Jane? Te aseguro que desearía que fuéramos amigas.

—No. Usted le dijo al señor Brocklehurst que yo era mala, que tenía tendencia al engaño, y yo me encargaré de que todos en Lowood sepan cómo es usted en realidad y qué es lo que me ha hecho.

—Jane, tú no puedes entender estas cosas: los defectos de los niños deben ser corregidos.

—¡Yo no soy una mentirosa! —grité sin poder reprimirme, poseída por la rabia.

—Pero debes admitir que eres demasiado apasionada, Jane. Ahora querida, vuelve a la habitación de juegos y descansa un rato.

—No me llame querida. No quiero descansar: envíeme al colegio cuanto antes, señora Reed, porque odio vivir en esta casa.

—Por eso no te preocupes —murmuró entre dientes la señora Reed, antes de recoger su labor y abandonar bruscamente la habitación.

Yo me quedé sola. Había ganado la partida: era la batalla más dura que jamás había disputado y también mi primera victoria. De pie en el mismo lugar que había ocupado el señor Brocklehurst, disfruté de la soledad que acompaña al conquistador. Al principio sonreí encantada, pero este placer se esfumó con la misma velocidad con que se redujo la aceleración del pulso. Una niña no podía enfrentarse a sus mayores, ni dar rienda suelta a su furia como había hecho yo, sin experimentar después el dolor del remordimiento y el miedo a las consecuencias. La imagen del fuego devorando unas montañas, vivo, vigilante y absorbente, habría sido una buena representación del estado de mi mente mientras acusaba y amenazaba a la señora Reed; las mismas montañas, ennegrecidas y devastadas tras las llamas, serían el reflejo perfecto de mi ánimo media hora después, cuando la reflexión se encargó de mostrarme la locura de mis actos y la profunda tristeza que subyacía bajo tanto odio.

Había degustado por primera vez la venganza: al principio me había parecido un buen vino, cálido y reconfortante; y sin embargo el sabor de boca que dejaba a su paso, metálico y corrosivo, me hizo pensar en un veneno. De buena gana habría corrido a pedir perdón a la señora Reed, pero la experiencia y el instinto me decían que eso solo conseguiría doblar su aborrecimiento hacia mí y alimentar los turbulentos impulsos de mi incontrolada naturaleza.

Decidí ejercitar alguna facultad distinta a la de hablar con pasión, buscar alimento para borrar de mí esa sombría indignación. Cogí un libro de cuentos árabes, me senté y comencé a leer. Sin embargo, era incapaz de concentrarme en el texto: mis propios pensamientos flotaban entre las palabras escritas que otras veces me habían fascinado. Abrí el ventanal del comedor pequeño. Los arbustos permanecían inmóviles; la escarcha reinaba en los campos sin que el sol ni la brisa disputaran su dominio. Me tapé la cabeza y los brazos con la sobretela de mi vestido y salí a pasear por la zona más aislada, sin hallar el menor placer en los silenciosos árboles, las piñas caídas, las reliquias de las heladas del otoño: hojas rojizas que el viento esparcía para luego agrupar de nuevo. Me apoyé en la verja y observé un campo vacío en el que no había ovejas pasciendo, donde la hierba cortada se había teñido de blanco. Era un día muy gris: un cielo opaco que amenazaba nieve se extendía por encima del paisaje. Comenzaban a caer algunos copos, acumulándose en el sendero o en el prado sin llegar a fundirse. Permanecí erguida, sintiéndome profundamente desgraciada y preguntándome una y otra vez en un susurro: «¿Qué será de mí? ¿Qué será de mí?».

De pronto llegó hasta mí una voz clara que gritaba:

—¡Señorita Jane! ¿Dónde se ha metido? ¡Es hora de comer!

Reconocí de inmediato los gritos de Bessie, pero no me moví. Sus pasos se acercaron por el sendero.

—¡Condenada cría! —exclamó—. ¿Se puede saber por qué no acude cuando se la llama?

Comparada con los pensamientos que me habían acosado, la presencia de Bessie me infundió alegría, aunque, como de costumbre, ella estaba de bastante malhumor. Lo cierto es que después de la victoria obtenida sobre la señora Reed yo no estaba dispuesta a preocuparme lo más mínimo por los fugaces enfados de la niñera, y en cambio sí ansiaba buscar consuelo en su corazón juvenil.

—¡Bessie! ¡No me riñas más, por favor! —dije, echándole los brazos al cuello.

Esa acción sincera y espontánea, y por lo tanto impropia de mí, tuvo la virtud de agradarle.

—Es usted una niña muy rara, señorita Jane —dijo sin dejar de mirarme—, una criatura vagabunda y solitaria. Supongo que ya sabe que se irá al colegio...

Asentí.

—¿Y no echará de menos a la pobre Bessie?

—¿Acaso Bessie se preocupa por mí? Siempre me está regañando por algo.

—Porque usted es una niña desconfiada y asustadiza. Debería mostrar más valor.

—¿Para qué? ¿Para ganarme más golpes?

—¡Tonterías! Pero me parece que pronto va a necesitarlo. Cuando mi madre vino a verme la semana pasada, mi madre me dijo que no le gustaría ver a ninguno de los suyos en su lugar. Bueno, entremos. Tengo buenas noticias para usted.

—No puedo creerlo, Bessie.

—¡Criatura! ¿Qué quiere decir? ¡Qué ojos tan tristes pone! Pues resulta que la señora, las señoritas y el señor John están invitados a tomar el té esta tarde, así que usted y yo lo tomaremos juntas. Le pediré a la cocinera que le prepare un pastel pequeño y luego me ayudará a vaciar los cajones: debo hacerle el equipaje. La señora pretende que salga de Gateshead dentro de un par de días. Quiero que me diga qué juguetes quiere llevarse usted al colegio.

—Bessie, prométeme que no volverás a regañarme en el tiempo que esté aquí.

—Muy bien, pero usted trate de ser buena y no me tenga miedo. No se asuste si me oye hablar enojada... ¡Es toda una provocación!

—No creo que pueda volver a temerte, Bessie, porque me he acostumbrado a ti. Pronto tendré otras personas a las que temer.

—Si les teme, ellos la aborrecerán.

—¿Como tú, Bessie?

—Yo no la aborrezco, señorita. Creo que la aprecio más que a cualquiera de los otros.

—Pues no lo demuestra.

—¡Niña respondona! Hablas de otra forma esta tarde. ¿Qué te ha vuelto tan dura

y atrevida?

—Pronto estaré lejos de ti, y además...

Estuve a punto de explicarle lo que había sucedido con la señora Reed, pero, después de pensarlo unos instantes, decidí mantener en silencio ese episodio.

—Así que está contenta de perderme de vista...

—En absoluto, Bessie. En este momento, lo lamento bastante.

—¡En este momento! ¡Y solo bastante! ¡Con qué tranquilidad lo dice! Seguro que si le pido un beso, prefiere no dármelo.

—Claro que te lo daré. Baja la cabeza.

Bessie se inclinó y ambas nos abrazamos. La seguí hasta la casa sintiéndome mucho mejor. La tarde pasó en paz y armonía, y por la noche Bessie me explicó los cuentos más bellos que sabía y me cantó las canciones más dulces. Incluso para mí, la vida tenía sus rayos de sol.

Apenas habían dado las cinco de la mañana del día 19 de enero cuando Bessie irrumpió en mi pequeña habitación provista de una vela y me halló en pie, prácticamente lista para salir. Me había levantado media hora antes de que ella apareciera; me había lavado la cara y empezado a vestirme a la débil luz de un rayo de luna que penetraba a través de un estrecho ventanuco. El coche que me llevaría a Lowood debía recogerme a las seis de la mañana. Bessie era la única persona de la casa que no dormía a esas horas. Había encendido el fuego en el cuarto de juegos y allí mismo me preparó el desayuno. Pocos niños son capaces de comer antes de emprender un viaje, y yo no era una excepción. Después de insistir en que tomara un par de cucharadas de la leche hervida con pan que había preparado para mí, Bessie optó por envolver unas cuantas galletas y guardarlas dentro de la bolsa de viaje. Luego me ayudó a ponerme el chaquetón de lana y el sombrero, y echándose un chal por los hombros salió conmigo.

—¿Quiere entrar a despedirse de la señora? —dijo Bessie cuando pasábamos por delante de los aposentos de la señora Reed.

—No, Bessie. Ella se acercó a mi cama anoche mientras estabas cenando y me dijo que no hacía falta que la molestara ni a ella ni a mis primos. Me pidió que recordara que siempre tuvo la intención de convertirse en mi mejor amiga y que, por tanto, hiciera el favor de hablar de ella con gratitud.

—¿Qué le contestó usted, señorita?

—Nada. Me tapé la cabeza con la colcha y volví la cara hacia la pared.

—Eso estuvo mal, señorita Jane.

—Estuvo muy bien. Tu señora no ha sido nunca mi amiga, sino más bien lo contrario.

—¡No diga eso, señorita Jane!

—¡Adiós, Gateshead! —grité al cruzar el recibidor y dirigirme a la puerta principal.

La luna acababa de ocultarse y en el exterior reinaba una absoluta oscuridad. Bessie llevaba una linterna para alumbrar el sendero, húmedo por el reciente deshielo. Me castañeteaban los dientes debido al intenso frío de la madrugada. Había una luz encendida en la casa del guarda y, al acercarnos, vimos que se trataba de su esposa atizando el fuego. Ahí, junto a la puerta, estaba mi baúl, dispuesto para la partida desde el día anterior. Poco después el reloj dio las seis y hasta nosotras llegó el ruido de unas ruedas sobre el camino, señal inequívoca de la cercanía del carruaje. Fui hacia la puerta y distinguí las luces del coche aproximándose a toda velocidad.

—¿Viajará ella sola? —preguntó la esposa del guarda.

—En efecto.

—¿Y a qué distancia está?

—A unos ochenta kilómetros.

—¡Qué viaje tan largo! No entiendo cómo la señora Reed la deja ir sola tan lejos.

Los cuatro caballos que movían el carruaje se detuvieron frente a la puerta. Iba lleno de pasajeros y tanto el guarda como el cochero dieron señales de impaciencia. Subieron el baúl y me arrancaron del cuello de Bessie.

—¡Cuide de ella! —gritó esta al conductor mientras él me metía en el interior.

—Sí, sí... —fue la respuesta.

La puerta se cerró, una voz dijo «Adelante», y partimos. Así fue como me separé de Bessie y de Gateshead para dirigirme a regiones desconocidas que entonces percibía como remotas y misteriosas.

Apenas recuerdo el trayecto. Solo sé que el día se me antojó interminable y que tuve la impresión de que recorríamos cientos de kilómetros. Cruzamos varias ciudades y nos detuvimos en una muy grande. Se desengancharon los caballos y los pasajeros bajaron a comer. A mí me llevaron al interior de una posada y el cochero me propuso que tomara algo, pero al ver que yo no tenía hambre me dejó sola en una habitación inmensa provista de una chimenea en cada extremo, una gran lámpara colgando del techo y una pequeña vitrina forrada de rojo repleta de instrumentos musicales. Me dediqué a dar vueltas por la habitación, embargada por una cierta extrañeza y el temor de ser víctima de un rapto en cualquier momento. Tenía verdadero pánico a los secuestradores que con tanta frecuencia aparecían en los relatos de Bessie. Por fin volvió el cochero y me acompañó de nuevo hasta el carruaje; mi protector ocupó su asiento, hizo sonar la bocina y proseguimos el camino por la calle empedrada de la ciudad de L...

A la caída de la tarde, que era húmeda y neblinosa, me dio por pensar que me hallaba muy lejos de Gateshead. La oscuridad fue cubriendo el rastro de las ciudades, hasta que de repente el paisaje cambió y unas grandes colinas grises se recortaron en el horizonte. Descendimos hasta un valle lleno de árboles y, mucho después de que la noche lo cubriera todo con su negro manto, aún oía el rumor del viento susurrando entre las ramas.

No tardé en dormirme acunada por este arrullo, pero no había pasado mucho tiempo cuando una súbita parada me despertó. La puerta del carruaje estaba abierta y la luz de los faroles alumbró el rostro de una mujer con aspecto de criada.

—¿Hay ahí una niña que responde al nombre de Jane Eyre? —preguntó.

Yo respondí afirmativamente y bajé del coche. Alguien descargó el baúl y el carruaje partió al instante.

Tenía los músculos entumecidos de estar tanto tiempo sentada y me hallaba algo mareada por el constante movimiento del coche. Pese a todo, me esforcé por ver lo que me rodeaba: la lluvia, el viento y la oscuridad flotaban en el aire. Frente a mí pude distinguir una especie de muro en el que se abrió una puerta. Mi guía me acompañó al interior y cerró con llave la puerta a nuestras espaldas. Mis ojos distinguieron una casa muy grande, o un grupo de ellas, con muchas ventanas, en algunas de las cuales brillaba una luz. Subimos por un sendero ancho y lodoso,

salpicado de charcos, hasta dar con otra puerta. La criada me condujo a través de un corredor, y finalmente llegamos en un salón, caldeado gracias a las llamas de la chimenea, donde me dejó sola.

Me acerqué al fuego para calentarme las manos y luego miré alrededor. No había ninguna vela, pero la incierta luz del fuego me ofrecía ráfagas fugaces de lo que me rodeaba: las paredes empapeladas, la alfombra, las cortinas, los muebles de caoba brillante. Todo indicaba que era la sala de visitas, no tan amplia o lujosa como el salón de Gateshead, pero bastante confortable. Intentaba discernir el tema de un cuadro que colgaba en la pared cuando la puerta dio paso a dos personas. Una de ellas llevaba una vela en la mano; la otra la seguía de cerca.

La primera era una dama alta, de pelo y ojos oscuros, y con la frente pálida y despejada. Un chal envolvía parcialmente su cuerpo; su semblante era serio y su postura muy erguida.

—Esta niña es demasiado pequeña para viajar sola —dijo, poniendo la vela sobre la mesa. Me observó con atención durante un par de minutos y después añadió—: Lo mejor será que se acueste cuanto antes; no tiene buen aspecto. ¿Estás fatigada? —preguntó, poniendo la mano en mi hombro.

—Un poco, señora.

—Y debes de tener hambre. Démosle algo de cenar antes de acostarla, señorita Miller. ¿Esta es la primera vez que te separas de tus padres para venir al colegio, querida?

Le expliqué que no tenía padres y ella me preguntó el tiempo que llevaban muertos; luego se interesó por mi edad, mi nombre, y por si sabía leer, escribir o coser. Me acarició la mejilla con suavidad y, tras decir que esperaba que fuera una niña muy buena, me hizo salir acompañada de la señorita Miller.

La dama que había hablado conmigo debía de rondar los veintinueve; la que se quedó parecía varios años más joven. La primera me dejó impresionada por su voz, su porte y su elegancia. La señorita Miller, en cambio, era más vulgar: rubicunda y con aspecto agobiado, lo hacía todo con las prisas de alguien que tiene múltiples obligaciones por cumplir. En realidad, su aspecto se correspondía a lo que más tarde descubrí que era: una profesora ayudante. La seguí a través de varias habitaciones, de corredor en corredor, a lo largo de un edificio enorme e irregular, hasta que abandonamos la quietud y el extraño silencio que caracterizaba a esa parte de la casa para sumergirnos en el murmullo de voces que procedían de un gran salón. En él había varias mesas grandes, dos en cada extremo, cada una provista de un par de velas. A su alrededor se sentaba una gran cantidad de chicas que iban desde los nueve años hasta casi los veinte. Vistas a la débil luz de las velas, el número de chicas se me antojó ingente, aunque la verdad era que no pasaban de ochenta. Todas llevaban el mismo uniforme: vestido marrón y un largo delantal. Era la hora de las tareas y el murmullo que se oía era el resultado de la repetición de la lección que susurraba cada una de ellas en voz muy baja.

La señorita Miller me indicó que tomara asiento en un banco cerca de la puerta. Después se encaminó hacia el extremo de la larga habitación y gritó:

—¡Monitoras, recojan los libros y guárdenlos!

Se levantó una chica de cada una de las mesas y se dispuso a obedecer la orden.

—¡Monitoras, traigan las bandejas de la comida! —exclamó la señorita Miller.

Las mismas chicas salieron y regresaron al instante: cada una traía una bandeja llena de raciones de algo que no pude distinguir con claridad, además de una jarra de agua y una taza en el centro. Se repartieron las raciones; las que lo deseaban bebían un trago de agua, todas de la misma taza. Cuando llegó mi turno, bebí porque estaba sedienta, pero no pude probar la comida: los nervios y el cansancio me habían cerrado el estómago. Sin embargo, vi que se trataba de un pastel de avena cortado en finos pedazos.

Una vez terminada la comida, la señorita Miller leyó las oraciones; las chicas desfilaron hacia las escaleras y fueron subiendo por parejas. La fatiga acumulada me cerraba los ojos, así que apenas me fijé en el dormitorio, aunque sí recuerdo que me pareció muy alargado, como el aula de estudio. Aquella noche dormiría con la señorita Miller, y ella me ayudó a desnudarme. Recorrí con la mirada las largas hileras de camas, que las chicas iban ocupando de dos en dos. En diez minutos la luz se extinguió y me dormí sumida en el silencio y la más absoluta oscuridad.

La noche transcurrió con rapidez. Yo estaba demasiado cansada incluso para soñar. Solo me desperté una vez, asustada por las furiosas ráfagas de viento y el sonoro ruido de la lluvia que caía de forma torrencial, y vi que la señorita Miller había ocupado su lugar a mi lado. Cuando volví a abrir los ojos, oí el sonido de un timbre. Aunque aún no había amanecido, las chicas ya estaban vistiéndose y un par de velas ardían en la habitación. De mala gana, seguí su ejemplo. Hacía un frío espantoso así que me vestí tan deprisa como me fue posible y me aseo en cuanto encontré un lavamanos libre, una tarea difícil ya que había solo uno para cada seis chicas, todos ubicados en el centro de la alcoba. El timbre sonó de nuevo y todas formaron filas, de dos en dos, y descendieron en ese orden hasta llegar a la fría y oscura sala de estudio. La señorita Miller se encargó de leer las oraciones y después exclamó:

—¡Formen clases!

Se hizo un gran tumulto durante unos minutos, en los que la señorita Miller no cesó de repetir a gritos que nos calláramos. Al final, vi que todas se habían alineado en cuatro semicírculos, delante de cuatro sillas colocadas ante las cuatro mesas. Todas llevaban los libros en las manos y un gran tomo, como si fuera una Biblia, reposaba sobre cada una de las mesas delante del asiento vacío. Tras unos segundos de pausa, la señorita Miller recorrió las filas, contando en voz baja el número de chicas.

A lo lejos se oyó un nuevo timbre. Inmediatamente, tres damas entraron en la sala y ocuparon cada uno de los asientos vacíos. La señorita Miller se plantó ante la cuarta

silla, la más cercana a la puerta, alrededor de la que se sentaban las niñas de menor edad. Yo fui incluida en este grupo y me colocaron en un extremo.

La tarea empezaba ahora. Se repitió el pensamiento del día y luego se citaron algunos textos de las Escrituras, a los que siguieron varias lecturas de capítulos bíblicos que duraron casi una hora. Para cuando todo esto hubo terminado, ya era de día. El infatigable timbre sonó por cuarta vez: los grupos de chicas avanzaron hacia otra estancia con el fin de tomar el desayuno. ¡Estaba encantada ante la perspectiva de comer algo! Llevaba casi dos días sin comer y me sentía enferma de inanición.

El refectorio era una sala enorme y sombría, con el techo muy bajo. Sobre dos de las largas mesas humeaban recipientes que contenían algo caliente que, pese al hambre canina que me devoraba, desprendía un olor más bien repugnante. Las muestras de descontento se hicieron generales cuando el aroma de la comida llegó a las narices de quienes debíamos comerlo. Desde la cola de la procesión las chicas mayores expresaron su disgusto en voz alta:

—¡Qué asco! ¡Las gachas se han vuelto a quemar!

—¡Silencio! —exclamó una voz que no pertenecía a la señorita Miller sino a una de las profesoras de las mayores, una dama pequeña y morena, vestida con elegancia pero con cara de pocos amigos, que presidía una de las mesas, mientras que una mujer menos pretenciosa encabezaba la otra.

En vano busqué a la que había visto la noche anterior. La señorita Miller se sentó a los pies de la mesa donde yo estaba, y una dama con aspecto extranjero y de mayor edad —la profesora de francés, como descubriría más tarde— ocupó el asiento que quedaba libre en la otra mesa. Se dieron las gracias con una larga plegaria y se cantó un himno; una criada trajo una taza de té para cada profesora y dio comienzo el desayuno.

Hambrienta y ansiosa, tragué un par de cucharadas de mi ración sin notar el sabor, pero, vencido el primer ataque de apetito, comprobé que el contenido del plato era una mezcla nauseabunda: las gachas quemadas son casi tan malas como las patatas podridas, imposibles de tragar aunque lleves días sin comer. Las cucharas se movían lentamente: las chicas probaban la comida e intentaban engullirla, pero en la mayoría de los casos los esfuerzos resultaban infructuosos. Se acabó el desayuno sin que nadie hubiera desayunado; se repitieron las gracias por lo que no habíamos recibido, y se entonó un segundo himno. Tras ello, abandonamos el refectorio para dirigirnos de nuevo a la sala de estudio. Fui una de las últimas en salir y, al pasar por las mesas, vi que una de las profesoras probaba una cucharada de gachas. Miró a sus compañeras y todas expresaron su disgusto. Una de ellas, la más robusta, exclamó:

—¡Esto es repugnante! ¡Qué vergüenza!

Pasó un cuarto de hora antes de que dieran comienzo las clases. En ese tiempo un barullo infernal llenó la habitación. Parecía ser el único momento en que se nos permitía hablar en voz alta y con cierta libertad, y las chicas aprovechaban el privilegio. El tema de conversación no podía ser otro más que el desayuno, que fue

ampliamente explotado. ¡Pobrecillas! Este era el único consuelo que les quedaba. La señorita Miller era la única profesora de la clase: un grupo de chicas se dirigió a ella y le habló en tono muy serio. Oí pronunciar el nombre del señor Brocklehurst, y vi que la señorita Miller movía los labios en un gesto de desaprobación, pero sin esforzarse demasiado por contener la indignación general que, sin duda, ella también compartía.

El reloj dio las nueve. La señorita Miller abandonó el círculo y gritó desde el centro de la sala:

—¡Silencio! ¡Tomen asiento!

La disciplina se impuso: en cinco minutos el orden y un relativo silencio sustituyeron al babélico clamor de voces. Las profesoras ocuparon sus puestos, pero se mantuvieron inmóviles, como si esperaran algo. Erguidas frente a los bancos, las ochenta chicas permanecieron sentadas sin moverse, ofreciendo un extraño espectáculo: el pelo tirante peinado hacia atrás, sin que asomara un solo rizo; el uniforme marrón de cuello estrecho y con los bolsillos cosidos al delantal (que recordaban vagamente a las bolsas del traje típico escocés), destinados a cumplir la función de cartera. Todas llevaban medias de lana y zapatos resistentes provistos de una hebilla de latón. Alrededor de unas veinte chicas eran ya adolescentes, casi mujeres, pero el atuendo era tan extraño que lograba afeardar hasta a las más hermosas.

Seguí mirándolas, dividiendo mi atención entre las alumnas y las profesoras, cuyo aspecto tampoco me parecía atractivo en absoluto: la más gruesa me resultaba ordinaria, la morena más bien antipática y la extranjera denotaba una severidad que rozaba el ridículo. Y en cuanto a la pobre y agobiada señorita Miller, con la piel del rostro enrojecida y curtida por las inclemencias del tiempo, casi me daba pena. Fue en ese momento cuando, como si un mismo muelle las impulsara, todas, alumnas y profesoras, se alzaron a la vez.

¿Qué sucedía? Me sentía confundida: nadie había dado orden de levantarse. Antes de recobrar me de la sorpresa, todas habían vuelto a sentarse, pero manteniendo los ojos fijos en la misma dirección. Miré hacia el mismo sitio que todo el mundo y me encontré con la persona que me había recibido la noche anterior. Ella estaba de pie en el extremo de la habitación, observando en silencio y con expresión seria a las dos hileras de chicas. La señorita Miller se acercó a ella, con la aparente intención de preguntarle algo. Cuando obtuvo la respuesta, volvió a su sitio y exclamó en voz alta:

—Monitoras de la primera clase, traigan los globos terráqueos.

Mientras se cumplía esta orden, la recién llegada recorrió la sala muy despacio. Supongo que poseo una cierta tendencia a la admiración, ya que aún recuerdo la veneración con que seguí sus pasos con la mirada: vista a la luz del día, la dama era alta, rubia y de buena figura; sus ojos castaños tenían un aire benévolo y las largas pestañas oscurecían la blancura de su frente. Llevaba el cabello peinado en dos moños, uno a cada lado, de acuerdo con la moda de la época (no se llevaba ni el pelo liso ni los bucles largos). Su vestido era de color violeta, también en boga esos días, y sobre él resaltaba una faja delgada de terciopelo negro, adornada con un reloj dorado

(algo no muy habitual en aquellos días). Si añadimos a la descripción unos delicados rasgos, el cutis muy claro y el porte de una gran dama, el lector podrá hacerse una idea del aspecto de la señorita Temple: Maria Temple era el nombre completo que constaba en el libro de oraciones que alguien me confió para que llevara a la iglesia.

Después de tomar asiento delante de dos globos terráqueos, la supervisora de Lowood (pues este era el cargo que ostentaba la dama) convocó a su alrededor a la clase de las mayores y comenzó a impartir la lección de geografía. Las clases inferiores fueron convocadas por las distintas profesoras y se sucedieron las lecciones: una hora de historia y gramática, a la que siguieron sendas clases de ortografía y aritmética. Algunas chicas mayores recibieron clases de música a cargo de la señorita Temple. El reloj delimitaba la duración de las lecciones y, cuando anunció las doce en punto, la supervisora se puso en pie.

—Tengo algo que decir a las alumnas —exclamó.

El murmullo que seguía a las lecciones cesó al oír sus palabras.

—El desayuno que os han servido esta mañana era incomible, así que debéis estar hambrientas. Por lo tanto, he dado órdenes de que os repartan un refrigerio consistente en pan con queso. Yo asumo toda la responsabilidad —añadió, dirigiéndose a las profesoras que la miraban con expresión de sorpresa, e inmediatamente salió de la sala.

El pan con queso apareció al instante y fue distribuido para deleite de todo el colegio. Se oyó una nueva orden: «¡Al jardín!». Cada una de las chicas se puso un tosco sombrero de paja con cintas de calicó estampadas y una capa de friso de color gris. Mi atuendo era parecido y, siguiendo a las otras, me dirigí hacia el exterior.

El jardín era un espacio amplio, rodeado por muros tan altos que impedían ver lo que había detrás. A un lado había un porche cubierto y el centro quedaba dividido en pequeños parterres, bordeados por anchos senderos: uno para cada niña. No me cabe la menor duda de que debían resultar preciosos cuando las plantas florecían, pero a finales de enero presentaban un aspecto pobre y desolado, típicamente invernal. Ahí de pie, inmóvil, me estremecí de frío. Lo cierto es que el día no invitaba en absoluto a estar al aire libre. No llovía, pero una niebla amarillenta lo cubría todo y las lluvias del día anterior habían dejado el terreno enfangado y lleno de charcos. Las chicas más fuertes comenzaron a correr y a jugar, pero las que presentaban un aspecto más pálido y débil se agruparon en el porche en busca de cobijo y calor. A medida que la espesa niebla iba calando la ropa, el sonido de varias toses llegó hasta mis oídos.

Como hasta el momento no había dirigido la palabra a ninguna de las chicas ni nadie parecía advertir mi presencia, me quedé de pie, sola. Ya estaba acostumbrada a permanecer aislada así que el hecho no me inquietaba demasiado. Apoyada en uno de los pilares del porche, me envolví en el mantón gris, esforzándome por olvidar el frío y el hambre que me acuciaban, y me dediqué a observar y a pensar. Mis reflexiones eran tan fragmentadas que no merece la pena que las evoque ahora. Apenas sabía dónde me hallaba: Gateshead y la vida pasada parecían haberse quedado a una

enorme distancia; el presente era extraño e incierto y no me atrevía a hacer conjeturas sobre el futuro. Contemplé el jardín, y luego dirigí la mirada hacia la casa: un edificio grande, la mitad del cual tenía un aspecto gris y viejo mientras que la otra mitad era mucho más nuevo. Esta última parte, que incluía la sala de estudio y el dormitorio, quedaba iluminada por la luz que entraba a través de las ventanas enrejadas, divididas por parteluces que conferían al conjunto un aire conventual. En una placa de piedra colgada junto a la puerta podía leerse la siguiente inscripción:

Institución Lowood: Esta zona fue reconstruida en... por Naomi Brocklehurst, de Brocklehurst Hall.
Deja que la luz brille y alumbre tus buenas obras. Gloria al Señor que está en los cielos.

Mateo, 5, 16

Leí estas palabras una y otra vez sin llegar a entender por completo su sentido. Me preguntaba cuál era el significado exacto de «institución», y me esforzaba en conectar el principio del texto con el versículo posterior cuando alguien que tosió detrás de mí me hizo volver la cabeza. Vi a una chica sentada en un banco de piedra, inclinada sobre un libro, al parecer absorta en la lectura. Alcancé a distinguir el título del libro desde el lugar en que me hallaba, *Rasselas*, un nombre que me sonó raro y que por tanto despertó mi interés. Al pasar una página, la chica alzó los ojos y yo aproveché el gesto para dirigirme a ella.

—¿Te gusta el libro?

Ya me había decidido a pedirle que me lo prestara cuando terminara de leerlo.

—Sí —respondió después de una breve pausa que empleó en observarme.

—¿De qué trata? —proseguí, sin saber de donde sacaba el valor para entablar conversación con una desconocida, algo contrario a mi costumbre.

Supongo que fue la afición común a la lectura lo que me hizo simpatizar con ella, aunque hasta el momento yo solo había leído cuentos infantiles. No podía comprender nada que fuera serio o importante.

—Puedes ojearlo si quieres —replicó la chica, ofreciéndome el libro.

Lo hice. Un breve examen me convenció de que el contenido era menos atractivo que el título. Para mi gusto, *Rasselas* parecía demasiado soso: no descubrí ninguna referencia a hadas o genios, ni ninguna ilustración rompía la monotonía de la letra impresa. Se lo devolví, y ella lo cogió sin decir nada. Cuando estaba a punto de enfrascarse de nuevo en la lectura, yo volví a interrumpirla:

—¿Puedes decirme qué significa la inscripción que hay sobre la puerta? ¿Qué es la Institución Lowood?

—La casa donde has venido a vivir.

—¿Y por qué lo llaman institución? ¿Qué la diferencia de las demás escuelas?

—En parte es un asilo para huérfanos. Tú, yo y todas las otras, estamos aquí por caridad. Supongo que eres huérfana. ¿Tienes padre o madre?

—Ambos murieron cuando era muy pequeña.

—Pues la mayoría de nosotras ha perdido a su padre o a su madre, o a los dos, y por eso estamos en una institución dedicada a la educación de huérfanas.

—¿No pagamos nada? ¿Nos mantienen gratis?

—Nosotras, o nuestros amigos, pagamos quince libras al año.

—Entonces, ¿por qué lo llaman asilo?

—Porque quince libras no son suficientes para costear la manutención y las clases, y la diferencia debe ser cubierta a través de donaciones.

—¿Donaciones de quién?

—Algunas damas y caballeros piadosos, habitantes de esta región y también de Londres.

—¿Quién fue Naomi Brocklehurst?

—La dama que financió la construcción de la nueva ala de la casa, tal y como dice la inscripción. Su hijo es quien manda aquí.

—¿Por qué?

—Es el tesorero y el director de este lugar.

—Por tanto, ¿la casa no pertenece a la señora alta que lleva reloj, la que hizo que nos dieran pan con queso?

—¿A la señorita Temple? ¡Oh, no! Ojalá... Ella debe dar cuentas al señor Brocklehurst de todas sus acciones. Es él quien compra nuestra ropa y toda la comida.

—¿Él vive aquí?

—No, a unos tres kilómetros, en una gran mansión.

—¿Es un buen hombre?

—Es clérigo y dicen de él que hace mucho bien por la gente.

—¿Has dicho que la dama alta se llama señorita Temple?

—Sí.

—¿Y cuál es el nombre de las demás profesoras?

—La de las mejillas coloradas es la señorita Smith, se encarga del trabajo y de la costura (todas nos hacemos nuestra propia ropa: los vestidos, las chaquetas, todo); la de pelo moreno y baja estatura es la señorita Scatcherd, enseña historia y gramática y toma las lecciones a las alumnas de segundo curso; y la que siempre lleva chal y un pañuelo atado a un lado con una cinta amarilla es madame Pierrot: es de Lisle y enseña francés.

—¿Te gustan las profesoras?

—Bastante.

—¿Te cae bien la morena bajita y madame...? No soy capaz de pronunciar su nombre.

—La señorita Scatcherd es muy severa; debes poner cuidado en no enojarla. Madame Pierrot no es mala.

—Pero la mejor es la señorita Temple, ¿verdad?

—La señorita Temple es muy buena y muy inteligente. Está por encima de las

demás porque sabe mucho más que ellas.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Dos años.

—¿Eres huérfana?

—Mi madre murió.

—¿Eres feliz aquí?

—Haces demasiadas preguntas. Ya te he dado suficientes respuestas por el momento. Ahora quiero leer.

Pero en ese momento nos llamaron a comer y todas regresamos a la casa. El olor que llenaba el refectorio no resultaba mucho más apetitoso que el que había invadido nuestro olfato a la hora del desayuno. La comida llegó servida en un par de recipientes de latón esparciendo por el comedor un penetrante olor a grasa rancia. Consistía en una indigesta masa de patatas cocidas, con acompañamiento de porciones de carne mohosa. Esta vez la ración fue más abundante y yo tragué cuanto pude, mientras me preguntaba si todos los días iban a ser iguales.

Después de comer, reanudamos las lecciones, que se prolongaron hasta las cinco.

El único acontecimiento de aquella tarde que merece la pena señalar fue que la chica con la que había estado hablando en el porche cayó en desgracia durante la clase de historia de la señorita Scatcherd, que la castigó a permanecer de pie en el centro de la enorme sala. Yo pensé que era un castigo particularmente vergonzoso, en especial para una chica tan mayor —aparentaba tener al menos trece años—, y esperaba que mostrara ostensibles señales de sentirse desgraciada, pero para mi sorpresa ella no enrojeció ni vertió una sola lágrima. Se quedó ahí, seria y sin perder la compostura, con todas las miradas clavadas en ella. «¿Cómo puede resistirlo con tanta calma, con tanta firmeza? —me pregunté—. Si yo estuviera en su lugar, desearía que la tierra me tragara. Parece estar pensando en algo que no tiene ninguna relación con el castigo, algo que está más allá del momento presente, algo que está muy lejos de aquí. Se diría que está soñando despierta: mantiene los ojos fijos en el suelo, pero estoy segura de que no lo está viendo; parecen mirar hacia dentro, hacia el fondo de su corazón. Está perdida en sus recuerdos, sin darse cuenta de lo que pasa aquí y ahora. Me pregunto si es buena o mala.»

Poco después de las cinco tomamos una nueva comida consistente en una taza pequeña de café y media rebanada de pan moreno. Devoré mi ración con ansia, pero no fue ni mucho menos suficiente para saciar mi apetito. Hubo media hora de descanso, a la que siguió una de estudio. Luego llegó el vaso de agua, el trozo de pastel de avena, las oraciones y a la cama. Así transcurrió mi primer día en Lowood.

El día siguiente comenzó igual que el anterior: nos levantamos y nos vestimos antes del alba; sin embargo, esa mañana no tuvimos que lavarnos porque el agua de la palangana se había congelado. El tiempo había empeorado durante la noche, y el viento del nordeste, que se colaba por las rendijas de las ventanas del dormitorio, nos había hecho temblar de frío en las camas y había convertido en hielo el agua de las jofainas.

Creí morir de frío antes de que terminara la hora y media larga de plegarias y lecturas de la Biblia. Por fin llegó la hora del desayuno. Esta vez, las gachas no estaban quemadas: se podían comer, pero la cantidad seguía siendo escasa. ¡Qué pequeña era mi ración! ¡Habría necesitado el doble de la que me sirvieron!

Durante aquella mañana me incluyeron entre las alumnas de la cuarta clase y me asignaron tareas y ejercicios. Hasta el momento mi papel en Lowood había sido el de espectadora, pero ahora había llegado el momento de tomar parte activa. Al principio, al estar poco acostumbrada a aprender las cosas de memoria, las lecciones me parecieron largas y difíciles; me confundía el constante cambio de tareas y respiré aliviada cuando, a las tres en punto, la señorita Smith me puso en las manos un pedazo de muselina, aguja, hilo y dedal y me envió a una esquina a que cosiera un dobladillo. La mayoría de las chicas cosía a esa hora, pero una de las clases seguía leyendo en voz alta ante la señorita Scatcherd. El silencio de la sala permitía que pudiera oírse el contenido de la lectura, así como el tono de cada una de las chicas y los elogios o reconvenciones de la profesora. El tema versaba sobre la historia de Inglaterra; entre las alumnas distinguí a mi conocida del porche. Al principio de la clase, su posición era la primera de la fila, pero algún error o una simple falta de atención a los signos de puntuación la llevaron súbitamente al último lugar. Incluso en esa triste posición, la señorita Scatcherd no paró de mirarla ni un instante dirigiéndole frases del estilo de: «Burns —al parecer ese era su nombre, ya que las chicas éramos llamadas por el apellido como si fuéramos muchachos—, pon los pies rectos inmediatamente», «Burns, no saques la barbilla», «Burns, te he dicho mil veces que levantes la cabeza», «¡Burns, no voy a tolerar que muestres semejante actitud en mi presencia!».

Una vez se hubo leído un capítulo dos veces, los libros fueron cerrados y comenzó el examen. La lección había versado sobre parte del reinado de Carlos I y se formularon preguntas sobre tonelajes e impuestos que parecían difíciles de responder correctamente; sin embargo, toda dificultad pareció disolverse cuando llegó el turno de Burns: su memoria había retenido la información esencial de todo el tema y sus respuestas fueron prestas y exactas. Yo esperaba que la señorita Scatcherd elogiara su aplicación, pero en su lugar empezó a gritar:

—¡Qué niña tan sucia y desagradable...! No te has molestado en limpiarte las uñas esta mañana.

Ante mi sorpresa, Burns no dio ninguna respuesta.

«¿Por qué no le explica que nadie pudo lavarse esta mañana porque el agua estaba helada?», pensé.

Pero en ese momento la señorita Smith reclamó mi ayuda para que le sujetara una madeja de hilo, y, mientras ella la devanaba, iba haciéndome preguntas sobre mi escuela anterior y mis conocimientos de costura. Con todo ello, perdí de vista a la señorita Scatcherd y cuando volví a mi asiento oí como esa dama le daba una orden a Burns. No pude entender sus palabras, pero la chica abandonó de inmediato la clase y se dirigió a un cuartito donde se guardaban los libros; de ahí volvió en medio minuto llevando en las manos un haz de cuerdas de mimbre unidas por un extremo, que entregó a la señorita Scatcherd dando muestras de cortesía y respeto. Sin que nadie le dijera nada, la niña se desabrochó el vestido y la profesora le infligió una docena de azotes con las cuerdas sobre los hombros. Ni una lágrima cayó de los ojos de Burns. Yo tuve que dejar la labor porque me temblaban las manos debido a la rabia y la impotencia que sentía ante ese espectáculo. Sin embargo, la expresión de Burns no se alteró en lo más mínimo.

—¡Niña estúpida! —exclamó la señorita Scatcherd—. No hay forma de que te corrijas de los malos hábitos. ¡Devuelve el látigo a su sitio!

Burns obedeció. La miré cuando salía del armario de los libros; estaba guardando el pañuelo en el bolsillo y distinguí el rastro de una lágrima que surcaba su mejilla.

En Lowood la mejor parte del día era el recreo de la tarde: aunque no conseguían quitarnos el hambre, el pedazo de pan y la taza de café de las cinco nos proporcionaban una cierta vitalidad. Además, se aflojaba el férreo control imperante durante el día. Eso, unido a que la temperatura en la sala de estudio era más cálida que por las mañanas (ya que se atizaba el fuego para suplir en lo posible la falta de velas, aún no encendidas a esa hora), hacía que el griterío de las chicas y sus constantes idas y venidas reflejaran una bulliciosa sensación de libertad.

La tarde en la que vi como la señorita Scatcherd azotaba a Burns, me dediqué como de costumbre a deambular por mi cuenta entre los bancos y pupitres, sin participar en el jolgorio que me rodeaba pero sin sentirme sola. Al pasar por delante de las ventanas, eché una mirada al exterior: nevaba con fuerza y la nieve empezaba a acumularse contra los cristales. Con la oreja pegada a la ventana pude distinguir el aullido desconsolado del viento, aislándolo del tumulto que reinaba en el interior.

Es probable que de haber dejado atrás un hogar y unos padres cariñosos, esta hubiera sido la hora en que más los habría añorado: en ese caso el viento habría entristecido mi espíritu y el oscuro caos habría perturbado mi serenidad; sin embargo, la emoción que me dominaba era más bien un extraño nerviosismo, una mezcla entre inquietud y angustia. Deseé que los lamentos del viento fueran aún más atroces, que la penumbra se ennegreciera del todo y que la confusión que reinaba en el interior aumentara de intensidad hasta convertirse en un clamor ensordecedor.

Saltando entre los bancos y corriendo bajo las mesas, llegué hasta una de las

chimeneas. Arrodillada frente al fuego, Burns parecía absorta en la lectura de un libro a la luz de las brasas.

—¿Todavía estás leyendo *Rasselas*? —pregunté, acercándome a ella.

—Sí, estoy a punto de terminarlo.

No tardó más de cinco minutos en cerrarlo. Me alegré.

«Ahora, quizá pueda entablar conversación con ella», pensé mientras me sentaba en el suelo a su lado.

—¿Cuál es tu nombre de pila? —pregunté.

—Helen.

—¿Vivías muy lejos de aquí?

—En el norte, casi en el límite con Escocia.

—¿Volverás algún día?

—Eso espero, pero nadie puede saber qué le deparará el futuro.

—Debes estar deseando marcharte de Lowood...

—No, ¿por qué? Me enviaron a Lowood con el fin de educarme, y no tendría ningún sentido que me marchara antes de haber logrado este objetivo.

—Pero esa maestra, la señorita Scatcherd, es tan cruel contigo...

—¿Cruel? En absoluto. Es dura conmigo porque aborrece mis defectos.

—Si yo estuviera en tu lugar, la odiaría. Si intentara golpearme con ese látigo se lo quitaría de las manos y lo partiría en dos ante sus narices.

—No creo que te atrevieras a eso, pero si lo hicieras, el señor Brocklehurst te expulsaría del colegio y eso sería una vergüenza para tus familiares. Es mucho mejor aguantar pacientemente un castigo que solo sientes tú misma que cometer una mala acción cuyas consecuencias se harían extensivas a todos cuantos te rodean. Además, la Biblia nos enseña a devolver bien por mal.

—Pero también es vergonzoso que te azoten y te hagan estar de pie en el centro de una habitación llena de gente, sobre todo siendo tan mayor como tú. Yo soy mucho más joven y creo que no podría soportarlo.

—Lo resistirías si no tuvieras otro remedio, si fuera tu obligación hacerlo. Es débil y estúpido decir que no puedes soportar lo que está escrito en tu destino.

Sus palabras me sorprendían. El sentido de esa doctrina de resistencia se me escapaba, y aún entendía menos esa indulgencia hacia alguien que la había castigado con tanta crueldad. Presentí que Helen Burns veía las cosas bajo una luz que a mí me resultaba inaccesible. Tal vez ella tuviera razón y fuera yo la equivocada, pero decidí dejar el asunto para otro momento.

—¿Puedes explicarme cuáles son tus defectos, Helen? A mí me pareces muy buena.

—Entonces aprende a no dejarte llevar por las apariencias. Tal y como dijo la señorita Scatcherd, soy una dejada. No consigo tener en orden mis cosas: soy descuidada y olvido las reglas. Cuando debería estar estudiando me dedico a leer. Carezco de hábitos de estudio y, a veces, como tú, afirmo que no puedo soportar estar

sujeta a controles sistemáticos. Todo esto resulta intolerable para la señorita Scatcherd, que es de natural limpio, aseado y puntual.

—Y malhumorado y cruel —añadí, pero Helen Burns no hizo ninguna señal de asentir a mi aportación; se mantuvo en silencio.

—¿La señorita Temple es tan severa contigo como la señorita Scatcherd?

El nombre de la señorita Temple trajo una sonrisa al serio semblante de Helen.

—La señorita Temple es muy buena; le duele ser severa con nadie, aunque se trate de la peor alumna del colegio. Ella se da cuenta de mis errores, me los explica con amabilidad y, cuando hago algo digno de elogio, no escatima alabanzas. La prueba de que soy mala por naturaleza es que sus razonamientos suaves y racionales no tienen el menor efecto en mi conducta, ni sus alabanzas consiguen mantenerme en el buen camino, pese al gran valor que les concedo.

—Es curioso —dije yo—. Resulta tan fácil ser cuidadosa.

—No me cabe duda de que lo es para ti. Te observé en clase esta mañana y vi que seguías con gran atención las explicaciones de la señorita Miller. Tu mente no se apartaba del tema. En cambio, la mía no para de vagar de un punto a otro. A menudo, cuando debiera estar escuchando a la señorita Scatcherd y anotando lo que dice con suma atención, pierdo hasta el sonido de su voz, caigo en una especie de letargo. A veces, creo que estoy en Northumberland y que los ruidos que me rodean no son más que el arroyo que corre a través de Deepden, cerca de nuestra casa. Entonces, cuando me llega el turno de contestar, como he estado embobada y no he oído ni una palabra de lo que ha dicho, no tengo la menor idea de la respuesta.

—¡Pero esta tarde contestaste a la perfección!

—Fue casualidad: me interesaba el tema de la lectura. Esta tarde, en lugar de soñar con Deepden, me preguntaba cómo un hombre cuyo deseo era hacer el bien pudo actuar de manera tan injusta e insensata como Carlos I. Pensaba que era una lástima que, pese a su integridad y su atención, no hubiera logrado ver más allá de los intereses de la corona. ¡Si hubiera sido capaz de distanciarse y descubrir hacia dónde se encaminaba el espíritu de esa época! Sin embargo, me agrada Carlos I; le respeto y siento pena por él, ¡pobre rey asesinado! Sus enemigos eran aún peores que él: derramaron su sangre sin ningún derecho. ¿Cómo se atrevieron a hacerlo?

En ese momento, Helen hablaba consigo misma. Había olvidado que yo apenas podía entenderla, ya que no sabía nada del tema en cuestión. Volví al asunto que me interesaba.

—¿Y tus pensamientos también vagan cuando la clase la da la señorita Temple?

—La verdad es que no. La señorita Temple siempre tiene algo nuevo que decir, algo que se adelanta a mis propias reflexiones. Su forma de hablar me resulta muy agradable y la información que da es justo la que yo deseo obtener.

—Entonces, ¿eres buena con la señorita Temple?

—Sí, pero de un modo pasivo. No me cuesta el menor esfuerzo, me limito a dejarme llevar. Esta bondad carece de mérito.

—Eres buena con quien te trata bien. Eso es cuanto yo deseo. Si la gente fuera amable y obediente con aquellos que son crueles e injustos, los malvados siempre se saldrían con la suya; nunca sentirían miedo ni cambiarían, sino que irían volviéndose peores cada vez. Si alguien nos golpea sin el menor motivo, lo que debemos hacer es devolver el golpe aún con más fuerza, para asegurarnos de que la persona no repita su mala acción.

—Cambiarás de opinión en cuanto crezcas. Aún eres una chiquilla inexperta.

—Pero hay algo que sé, Helen: debo odiar a aquellos que, pese a mis esfuerzos por agradecerles, se empeñan en aborrecerme; debo oponerme a los que me castigan sin razón. Es tan natural como sentir amor por aquellos que te aman o aceptar el castigo cuando crees que lo mereces.

—Los bárbaros y las tribus salvajes siguen esta doctrina, pero no los cristianos ni las naciones civilizadas.

—No logro entenderlo.

—La violencia no es la mejor arma contra el odio, ni la venganza el mejor bálsamo para las heridas.

—Entonces, ¿cuál es?

—Lee el Nuevo Testamento, observa lo que dijo Jesús y cuáles fueron sus actos. Haz de sus palabras ley y de su conducta un ejemplo.

—¿Qué dijo Jesús?

—Ama a tus enemigos, bendice a quienes te maldicen, sé bueno con aquellos que te odian y que te utilizan con absoluto desprecio.

—En ese caso, debería sentir amor por la señora Reed y bendecir a su hijo John, y ambas cosas me resultan del todo imposibles.

Fue Helen ahora quien me pidió una explicación y yo di rienda suelta al relato de mis pasados sufrimientos. Llevada por la amargura que sentía, hablé sin la menor reserva y sin suavizar los peores aspectos de mi experiencia.

Helen me escuchó con paciencia hasta el final. Esperé que dijera algo, pero se mantuvo callada.

—Y bien —pregunté ansiosa—, ¿es o no es la señora Reed una mujer malvada y sin corazón?

—No tengo la menor duda de que no te ha tratado bien. Ella no puede soportar tu carácter, al igual que la señorita Scatcherd no aguanta el mío. Lo que me extraña es la minuciosidad con que recuerdas todo lo que te ha dicho y hecho. ¡Qué impresión debe de haber causado en tu corazón el sentimiento de injusticia! No creo que nada pudiera hacer tal mella en mis sentimientos. ¿No sería mejor que intentaras olvidar su severidad y al mismo tiempo las turbias pasiones que despertaba en ti? La vida me parece demasiado corta para perderla alimentando animosidad o recordando los errores de los otros. Todos cargamos con nuestras faltas en este mundo, pero llegará el día en que nos libraremos de ese peso. Algún día, con el final de nuestros cuerpos corruptos desaparecerá el pecado y la degradación, y solo la chispa del espíritu

permanecerá: el principio inmaterial de toda vida y de todo pensamiento, pura como cuando sirvió de inspiración al Creador. Entonces el alma se elevará hasta un lugar muy por encima de este mundo de hombres, ascendiendo los gloriosos escalones que la conducirán hasta los ángeles y compartirá con ellos su brillo. Seguro que nadie pasará jamás de ser hombre a ser diablo. No puedo creerlo. Es más, sostengo otra creencia que nadie me enseñó y que no suelo mencionar, pero a la que me aferro con entusiasmo porque llena mi vida de esperanza. Sé que la eternidad no es otra cosa que un lugar de reposo, un hogar rebosante de cariño, y no un abismo lleno de terror. Esta creencia me permite distinguir al criminal del crimen cometido, y así me veo capaz de perdonar al primero con toda sinceridad, sin olvidarme del segundo. La venganza nunca me inquieta, la degradación nunca consigue disgustarme demasiado, la injusticia nunca me indigna. Vivo en paz, esperando el final.

La cabeza de Helen, siempre baja, se hundió un poco más con el fin de la frase. En su mirada vi que no tenía deseos de seguir hablando conmigo, sino de ahondar en sus propios pensamientos. Pero no se le concedió demasiado tiempo para meditar. Una monitora llegó al momento, exclamando con un fuerte acento de Cumberland:

—Helen Burns, si no pones en orden tu cajón y doblas tu ropa en los próximos minutos, tendré que informar de ello a la señorita Scatcherd.

Helen suspiró y volvió en sí, apresurándose a obedecer las órdenes de la monitora sin decir una sola palabra.

El primer trimestre que pasé en Lowood pareció durar una eternidad, y no precisamente debido a las maravillas del lugar. Tuve que hacer un gran esfuerzo por asumir las nuevas reglas y por enfrentarme a las difíciles tareas. Me preocupaba más el temor a fallar en ellas que las adversidades puramente físicas, aunque estas tampoco eran desdeñables.

A lo largo de enero, febrero y parte de marzo, las intensas nevadas y el deshielo posterior dejaron los caminos intransitables y nos impidieron ir más allá de los muros del jardín, excepto para acudir a la iglesia. Sin embargo, cada día pasábamos una hora al aire libre. Nuestras ropas apenas nos protegían de los rigores del frío: como carecíamos de botas, la nieve se nos metía en los zapatos y se fundía allí, y la falta de guantes nos llenó las manos de sabañones. Recuerdo perfectamente la tremenda tortura que soportaba por las noches, con los pies inflamados y el dolor de introducir esos dedos despellejados y rígidos en los zapatos cada mañana, así como la humedad que penetraba por ellos a media tarde. Además, la escasez de comida era alarmante. Pese a que éramos niñas en edad de crecer, lo que nos daban apenas habría permitido saciar el apetito de un anciano inválido. El resultado era un abuso constante por parte de las mayores hacia las más pequeñas: siempre que tenían oportunidad, amenazaban a las más débiles para apoderarse de su ración. Muchas veces me vi obligada a compartir el precioso pedazo de pan moreno y el café que nos daban por las tardes con otras dos chicas, y a tragarme las migas con la ayuda de las lágrimas silenciosas que el hambre hacía brotar en mis ojos.

Los domingos eran los días más temidos del invierno. Teníamos que recorrer a pie los tres kilómetros que nos separaban de la iglesia de Brocklehurst donde oficiaba nuestro director. Salíamos con frío, llegábamos más frías aún y durante el sermón nos quedábamos casi paralizadas. Acabábamos demasiado tarde para volver a almorzar, así que tomábamos allí mismo una ración de carne fría y un poco de pan, servidos en la cantidad ínfima que caracterizaba todas nuestras comidas.

Después del servicio de la tarde emprendíamos el regreso a través del sinuoso camino, expuestas al cortante viento invernal que soplaba desde las cimas nevadas del norte y que casi conseguía arrancarnos la piel del rostro.

Recuerdo que la señorita Temple caminaba con paso ligero a nuestro lado, mientras el viento agitaba la capa que la envolvía, exhortándonos con su ejemplo a avanzar con el espíritu alto, «como valientes soldados». Las otras profesoras estaban demasiado agotadas para infundir ánimos.

¡Cómo ansiábamos llegar y calentarnos a la lumbre del fuego! Pero, para las más pequeñas, esto último estaba vedado. Cada una de las dos chimeneas de la sala de estudio quedaba automáticamente rodeada por dos filas de muchachas mayores, y lo único que podíamos hacer nosotras era agruparnos y cubrirnos los helados brazos con los delantales.

A la hora del té disfrutábamos de una alegría menor, que llegaba en forma de una doble ración de pan —es decir, una rebanada completa en lugar de media— cubierta de una fina capa de mantequilla. Era lo que más esperábamos de domingo a domingo. Normalmente, me las arreglaba para quedarme con parte de este succulento botín, pero solía verme obligada a compartir el resto.

El domingo por la tarde se dedicaba a repetir de memoria el Catecismo, y los capítulos quinto, sexto y séptimo del Evangelio de San Mateo, y a escuchar la lectura de un largo sermón por parte de la señorita Miller, cuyos irreprimibles bostezos daban buena prueba de su aburrimiento. A menudo, una media docena de las niñas más pequeñas se encargaban de representar la parte del Eutychus; las pobres, medio muertas de sueño, caían al suelo y entonces la única solución consistía en colocarlas en el centro de la sala y obligarlas a permanecer de pie hasta que el sermón hubiera finalizado. A veces, les fallaban los pies y acababan todas en el suelo, y solo en esos casos se les permitía apoyar la espalda en los altos taburetes de las monitoras.

No he mencionado aún las visitas del señor Brocklehurst. Lo cierto es que dicho caballero no pasó por la casa hasta casi un mes después de mi llegada a Lowood, debido, según deduje, a una prolongación de su estancia en casa de su amigo, el archidiácono. Su ausencia supuso para mí un gran alivio. No hace falta que recuerde al lector que yo tenía mis propias razones para temer su aparición. Una aparición que, inevitablemente, tenía que llegar.

Una tarde (ya en mi tercera semana en Lowood), estaba sentada con un pizarrín en las manos mientras intentaba resolver una larga división, cuando al posar los ojos en la ventana capté la imagen de una silueta que acababa de pasar. Reconocí de manera instintiva su fúnebre figura, y cuando dos minutos más tarde alumnas y profesoras se pusieron de pie a la vez, no tuve que levantar la mirada para cerciorarme de a quien estaban saludando. Aquella columna oscura que tan mal me había tratado en Gateshead cruzó la sala a grandes zancadas para detenerse frente a la señorita Temple, quien también se había levantado de su asiento para recibir al recién llegado. Observé de reojo a esa pieza arquitectónica vestida de negro. No había la menor duda: se trataba del señor Brocklehurst, con el abrigo completamente abrochado y con un aspecto más alargado, más delgado y más rígido que nunca.

Yo tenía mis motivos para temer esta aparición. Recordaba a la perfección las insinuaciones vertidas por la señora Reed acerca de mis perversas tendencias, así como la promesa del señor Brocklehurst de avisar a la señorita Temple y a las demás profesoras de la verdadera naturaleza de mi carácter. Había temido el cumplimiento de esta promesa desde el momento en que llegué, esperando en todo momento que ese hombre, cuya información me dejaría señalada para siempre como alguien malvado, apareciera por el colegio. Y ahora él estaba allí, al lado de la señorita Temple, hablándole al oído en voz baja. No me cabía la menor duda de que le estaba dando todo lujo de detalles acerca de mi vida pasada, y miré a los ojos de la profesora llena de ansiedad, esperando ver en ellos una expresión de repugnancia y condena

hacia mí. Al estar sentada en una de las primeras filas, podía oír lo que decían y el contenido de su charla alivió mis primeros temores.

—Señorita Temple, supongo que la tela que compré en Lowton le irá bien. Creo que es de la calidad adecuada para confeccionar las camisas de calicó, y por lo tanto adquiriré también las agujas necesarias. Acuérdesse de decir a la señorita Smith que olvidé hacer un memorándum de las agujas de zurcir, pero que ya se lo enviaré la semana próxima. Sobre todo, recuérdeme que bajo ningún concepto dé a las niñas más de una aguja: el exceso de prodigalidad favorece el descuido y la pérdida. ¡Y, por cierto, señora, desearía que se prestara más atención al estado de las medias de lana! La última vez que estuve aquí salí al jardín trasero para examinar la ropa tendida y descubrí que muchas estaban llenas de agujeros, lo que demuestra que no habían sido zurcidas como es debido.

—Me ocuparé de que se cumplan sus indicaciones —señaló la señorita Temple.

—Y, señora, la lavandera me ha informado que algunas chicas han pedido más de un cuello limpio a la semana. Dos son demasiados, y le recuerdo que las reglas de la casa dicen claramente que uno debe ser suficiente.

—Creo que puedo explicárselo, señor. El pasado jueves, Agnes y Catherine Johnstone fueron invitadas a tomar el té en casa de unos amigos de Lowton y yo les concedí permiso para ponerse cuellos limpios para la ocasión.

El señor Brocklehurst asintió con la cabeza.

—Bien, pase por esta vez, pero, por favor, ocúpese de que no suceda con excesiva frecuencia. Hay otro hecho que ha despertado mi sorpresa: al pasar cuentas con el ama de llaves he hallado que, en dos ocasiones en quince días, se ha servido un almuerzo consistente en pan con queso. ¿Cómo puede ser? He revisado mis órdenes y no he hallado ninguna mención de un almuerzo en ellas. ¿Puedo saber quién introdujo esta innovación y bajo qué autoridad?

—Yo asumo la responsabilidad de ello, señor —replicó la señorita Temple—. En ambas ocasiones el desayuno estaba preparado de forma tan deficiente que las alumnas apenas pudieron comerlo, y no creí que fuera adecuado dejarlas en ayunas hasta la hora de comer.

—¡Permítame un instante, señora! Usted sabe que mis planes en la educación de estas niñas no incluyen acostumbrarlas a los lujos y la indolencia, sino lograr que sean pacientes, sufridas y abnegadas. Si se da alguna circunstancia accidental en lo que se refiere a las comidas, lo que no debemos hacer es compensar ese incidente reemplazando la pérdida con algo más delicado: eso traicionaría el espíritu que rige esta institución. Lo que debe hacerse es aprovecharlo como ejemplo edificante para las alumnas, animándolas a fortalecerse ante las privaciones transitorias. No sería una pérdida de tiempo dedicar unos minutos a reflexionar sobre los sufrimientos de los primeros cristianos, sobre los tormentos de los mártires... En especial, sobre lo que nuestro Señor predicaba cuando dijo a sus discípulos que tomaran la cruz a cuestas y le siguieran, cuando señaló que no solo de pan vive el hombre sino de las palabras

que salen de la boca de Dios, cuando consoló a los pobres diciendo «Si sufres hambre o sed por mí, alégrate». ¡Oh, señora, cuando pone pan con queso en el interior de los estómagos de esas niñas en sustitución de las gachas quemadas tal vez alimente sus viles cuerpos, pero no piensa en que está dejando en ayunas a sus almas inmortales!

El señor Brocklehurst se detuvo, tal vez anonadado por la fluidez de su propio discurso. La señorita Temple había bajado la vista cuando él empezó a hablar pero ahora le miraba francamente, y su rostro, normalmente pálido como el mármol, parecía ir tomando también la rigidez y la frialdad de ese material: mantenía los labios tan apretados que habría sido necesario un cincel de escultor para poder abrirlos, y su rostro iba tomando una expresión petrificada de severidad.

Mientras tanto, el señor Brocklehurst se situó de pie en medio de la clase con las manos a la espalda y examinaba con aire solemne todo el colegio. De repente sus ojos brillaron, como si hubieran topado con algo que le resultara increíble, y volviéndose hacia la señorita Temple, exclamó:

—¡Señorita Temple, señorita Temple... ¿qué es esa cosa con el cabello rizado? La pelirroja, con la cabeza llena de bucles...! —gritó, señalando con la punta de su bastón el objeto de su disgusto, con la mano temblando de indignación.

—Es Julia Severn —respondió la señorita Temple con la mayor tranquilidad.

—¡Julia Severn! ¿Y por qué ella, o cualquier otra, tiene el pelo rizado? ¿Por qué, desafiando todos y cada uno de los principios de esta casa, se atreve a rendirse ante las costumbres del mundo exterior, aquí, en un establecimiento evangélico y caritativo, llevando en la cabeza esa infame masa de rizos?

—Los rizos de Julia son naturales —explicó la señorita Temple, mostrando aún más serenidad.

—¡Naturales! Pero nosotros no nos conformamos con los dictados de la naturaleza. Deseo que esas niñas sean educadas en la Gracia del Señor. ¿Y a qué viene esa abundancia? He repetido una y otra vez el deseo de que las chicas se arreglen de forma sencilla y modesta, nada ostentosa. Señorita Temple, el cabello de esa chica debe ser cortado por completo. Mañana enviaré a un barbero. Veo a otras que también presentan una cabellera excesiva... Esa chica alta, dígame que se dé la vuelta. Diga a todas las chicas de la primera clase que se levanten y vuelvan sus rostros hacia la pared.

La señorita Temple se pasó el pañuelo por los labios, intentando ocultar la sonrisa que pugnaba por dibujarse en ellos. En cualquier caso dio la orden y las alumnas, cuando lograron comprender qué debían hacer, obedecieron. Inclinandome un poco en el banco, conseguí ver las muecas que se dibujaban en sus caras. Era una lástima que el señor Brocklehurst no pudiera verlas: tal vez así habrá comprendido que, aunque podía cambiar cuanto quisiera el aspecto exterior de esas jóvenes, el interior se hallaba completamente fuera de su alcance.

Examinó la parte posterior de los peinados de las muchachas durante unos cinco minutos antes de dictar sentencia. Sus palabras sonaron como el toque de difuntos.

—Todos esos moños deben ser cortados.

La señorita Temple pareció oponerse.

—Señora —prosiguió él—, sirvo a un Señor cuyo reino no se encuentra en este mundo. Tengo la misión de mortificar en estas chicas los pecados de la carne, enseñarlas a vestirse con decoro y sobriedad, no con cintas en el pelo y costosos atavíos. Cada una de estas jóvenes lleva una trenza, una inmensa muestra de vanidad. Repito que deben cortarse. Piense en la pérdida de tiempo que supone...

Las palabras del señor Brocklehurst quedaron interrumpidas por la irrupción de tres damas en la sala. Deberían haber llegado un poco antes para haber escuchado su discurso acerca de la modestia en el vestir, ya que iban espléndidamente ataviadas con terciopelos, sedas y pieles. Las dos más jóvenes (unas bellas chicas que debían de rondar los dieciséis o diecisiete años) lucían sombreros de castor gris, muy en boga en esa época, adornados con plumas de avestruz, por los que asomaba una cascada de bucles, rizados artificialmente. La dama de mayor edad iba envuelta en un costoso chal de terciopelo violeta, con adornos de armiño, y lucía en la cabeza un postizo lleno de pequeños rizos.

Estas damiselas fueron recibidas con todo tipo de deferencias por parte de la señorita Temple, quien las saludó como señora y señoritas Brocklehurst, y acompañadas hasta los asientos preferentes de la sala. Al parecer habían llegado con el reverendo y se habían dedicado a examinar las habitaciones del piso de arriba mientras él pasaba cuentas con el ama de llaves, interrogaba a la lavandera y amonestaba a la supervisora. Había llegado el turno de la señorita Smith: las damas procedieron a dirigirle todo tipo de críticas a la encargada de la ropa blanca y de la inspección de los dormitorios. Pero no tuve tiempo de atender a lo que decían, otros asuntos reclamaron mi inmediata atención.

Hasta este momento, pese a seguir con todo detalle el discurso del señor Brocklehurst, no había descuidado mis precauciones para mantenerme a salvo, intentando por todos los medios permanecer oculta. Para este fin me había sentado lo más abajo posible y había colocado el pizarrín de forma que cubriera mi rostro, aparentando estar muy ocupada. El truco habría resultado si no hubiera sido porque el pizarrín, traicionero, logró resbalar de mis manos y cayó al suelo, partiéndose en dos y logrando que todas las miradas se volvieran hacia mí. Supe que todo había terminado y, mientras me inclinaba para recoger los dos fragmentos de pizarra, hice acopio de fuerzas para enfrentarme a lo peor. No tardó en llegar.

—¡Una niña descuidada! —dijo el señor Brocklehurst, añadiendo de inmediato, antes de que yo pudiera tomar aliento—: Me parece que es la nueva alumna. Esto me recuerda que tengo algo que decir acerca de ella. ¡Que se acerque la niña que ha roto la pizarra! —Hablabla en voz alta, que a mí me pareció un trueno.

No habría sido capaz de levantarme por voluntad propia: las piernas no me respondían, pero dos de las chicas mayores que se sentaban a mi lado me pusieron de pie y me empujaron hacia el pavoroso juez. La señorita Temple me acompañó hasta

él mientras me murmuraba al oído:

—No tengas miedo, Jane. Ha sido un accidente. Nadie va a castigarte.

El amable consejo se clavó en mi corazón como si se tratara de una daga.

«Un minuto más y ella pensará de mí que soy una hipócrita, y me despreciará», pensé, sintiendo en las sienes un temblor lleno de rabia hacia los Reed, los Brocklehurst y todos los de su especie. Yo no era Helen Burns.

—Traed ese taburete —dijo el señor Brocklehurst señalando uno muy alto, y alguien obedeció—. Colocad a la niña encima.

Ignoro quién me subió ahí: no estaba en condiciones de prestar atención a los detalles. De repente me vi a la altura de la nariz del señor Brocklehurst, a pocos centímetros de él, mientras una especie de manto anaranjado y púrpura coronado por plumas plateadas se extendía a mis pies.

El señor Brocklehurst comenzó su sermón.

—Señoras —dijo, volviéndose a su familia—, señorita Temple, profesoras, alumnas, ¿veis a esta niña?

Claro que me veían: sentía sus ojos como cristales horadándome la piel.

—Veis que aún es joven; observáis que es como cualquier otra niña: Dios la ha hecho igual a las demás, sin ninguna deformidad que la distinga del resto. ¿Quién podría pensar que el Maligno la ha tomado como servidora, como agente del mal? Sin embargo, y aunque me pese, debo afirmar que esto que acabo de decir es absolutamente cierto.

Hizo una pausa, en la que comencé a controlar los nervios, a sentir que el Rubicón ya había sido cruzado y que tendría la fuerza suficiente como para soportar el inevitable juicio.

—Mis queridas niñas —prosiguió el clérigo de mármol negro en tono solemne—, me enfrento a una tarea triste y penosa: debo preveniros contra esta niña. Ella, que podría ser uno de los corderos de Dios, es una pequeña infame: alguien que no pertenece al rebaño, una intrusa, una extraña. No os acerquéis a ella; si es necesario, evitad su compañía, excludla de vuestros juegos y alejadla de vuestras conversaciones. Vosotras, profesoras, debéis vigilarla: no la perdáis de vista, mesurad sus palabras, examinad sus acciones, castigad su cuerpo para así salvar su alma, si es que dicha salvación aún es posible ya que (la lengua se resiste a pronunciar estas palabras) esta niña, nacida en tierra cristiana, es peor que todos aquellos bárbaros que elevan sus plegarias a Brahma y se arrodillan ante Juggernaut. Esta niña es... ¡una embustera!

Hizo una pausa de al menos diez minutos en la que observé, ya en plena posesión de todos mis sentidos, cómo los miembros femeninos de la familia Brocklehurst sacaban los pañuelos bordados con el fin de limpiar los cristales de sus gafas. Mientras su madre no paraba de balancearse, las dos jóvenes susurraron: «¡Qué horror!».

El señor Brocklehurst tomó de nuevo la palabra.

—Supe todo esto a través de su benefactora, la dama piadosa y caritativa que la adoptó al quedar huérfana, acogiéndola como si fuera su propia hija; su amabilidad y generosidad solo obtuvieron de esta niña la peor de las ingratitudes, hasta tal punto que la señora se vio obligada a aislarla de sus hijos, temerosa de que el ejemplo de esta viciosa criatura contaminase la pureza de espíritu de los suyos. La ha enviado aquí para intentar curarla, ya que hasta los judíos de antes enviaban a sus enfermos a las aguas de Bethesda. Profesoras, supervisora, os pido que no dejéis que las aguas se estanquen a su alrededor.

Con esta sublime conclusión, el señor Brocklehurst se ajustó el botón superior del sobretodo y se dirigió en voz muy baja a sus familiares, que se levantaron para despedirse de la señorita Temple y desfilaron majestuosamente hacia la puerta. Cuando estaba a punto de salir, mi juez se volvió y dijo:

—Que permanezca en ese taburete durante media hora más, y que nadie le hable en todo el día.

Y ahí me quedé, a la vista de todas. Yo, que había jurado que no podría soportar la vergüenza de ser castigada de pie en el centro de la clase, me veía expuesta a las miradas de todo el mundo desde un infamante pedestal. No hay palabras que puedan describir cuáles fueron mis sensaciones, pero justo en el momento en que se formaba en mi garganta un nudo que me impedía respirar, alguien pasó por delante de mí y, al hacerlo, alzó los ojos. ¡Qué intensa luz desprendían! ¡Qué extraordinario consuelo significó para mí! Sentí que me invadía una fuerza inmensa, como si un héroe o un mártir me la hubiera contagiado al pasar. Controlé mi creciente histerismo, levanté la cabeza y permanecí firmemente erguida sobre el taburete. Helen Burns hizo una pregunta trivial a la señorita Smith, quien se molestó por la falta de trascendencia de la duda, antes de volver a su sitio y sonreírme tal y como había hecho en su camino de ida. ¡Recuerdo esa sonrisa! Expresaba inteligencia y auténtico valor; iluminaba sus marcados rasgos, su rostro macilento y sus hundidos ojos grises, hasta conferirle el aspecto de un ángel. Y, sin embargo, en ese momento, Helen Burns llevaba pegada al brazo la banda que distinguía a las «alumnas desordenadas»; había oído cómo la señorita Scatcherd la había castigado a comer solo pan y agua por haber emborronado de tinta uno de los ejercicios que escribía. ¡Así de imperfecta es la naturaleza humana! Hasta los mejores planetas presentan manchas, pero los ojos de la señorita Scatcherd solo podían advertir esos defectos menores y estaban ciegos al brillo de su órbita.

Por fin acabó la media hora. El reloj anunció las cinco, se acabaron las clases y todas fueron al refectorio para el té. Solo entonces me atreví a bajar. La sala estaba a oscuras; busqué un rincón y me senté en el suelo. La fuerza que me había ayudado a soportar el castigo comenzó a desvanecerse. La reacción a los nervios apareció en forma de una pena abrumadora que me hizo postrarme boca abajo y llorar con amargura. Helen Burns ya no estaba cerca, así que no tenía a nadie en quien apoyarme. Sola y desamparada, dejé que las lágrimas regaran las baldosas. Me había propuesto ser tan buena y lograr tantas cosas en Lowood... Hacer amigas, ganarme el respeto y el afecto de quienes me rodeaban. Y ya había hecho progresos visibles en este sentido: esa misma mañana había alcanzado a la primera de mi clase, la señorita Miller había elogiado mis esfuerzos y la señorita Temple me había dirigido una sonrisa de aprobación. Me había prometido que si seguía así durante los dos meses siguientes, me enseñaría a dibujar y me permitiría tomar lecciones de francés. Mis compañeras me habían aceptado bien, me trataban como a una igual y nadie me molestaba. Pero ahora todo había empezado de nuevo. Ahí estaba, derrotada y sin osar levantarme. ¿Podría volver a ponerme en pie alguna vez?

«Nunca», pensé, y deseé la muerte con todas mis fuerzas. Mientras me repetía entre sollozos este anhelo, alguien se acercó a mí. Era Helen Burns. Los restos del fuego alumbraron su sombra recorriendo la gran sala vacía. Me traía el café y un poco de pan.

—Ven a comer algo —me dijo.

Yo lo aparté, segura de que una sola gota, una simple miga, me harían vomitar. Helen me miró, y sus ojos mostraron una cierta sorpresa: a pesar de sus esfuerzos yo era incapaz de controlar mi agitación, no podía reprimir el llanto. Ella se sentó a mi lado, con las manos alrededor de las rodillas, y apoyó la cabeza en ellas; permaneció silenciosa como un monje hindú hasta que yo me decidí a hablar.

—Helen, ¿por qué te preocupas de alguien a quien todo el mundo cree una mentirosa?

—¿Todo el mundo, Jane? Cuando te acusaron de serlo había en la habitación ochenta personas a lo sumo, y en la tierra viven cientos de millones.

—Pero ¿qué me importan a mí esos millones si las ochenta únicas personas que conozco me desprecian?

—Te equivocas, Jane. Lo más probable es que no haya una sola persona en el colegio que te desprecie. Estoy segura de que la mayoría siente una profunda lástima por ti.

—¿Cómo pueden apiadarse de mí después de lo que ha dicho el señor Brocklehurst?

—El señor Brocklehurst no es un dios; ni siquiera es un gran hombre digno de admiración. Pocas le aprecian aquí; nunca se ha tomado la molestia de despertar

nuestras simpatías. Si te hubiera tratado como a una de sus favoritas, de inmediato te habrías ganado enemigas, más o menos solapadas. En cambio, ahora la mayoría de las chicas vendrían a consolarte si se atrevieran. Tal vez las niñas y las profesoras te miren con frialdad durante un par de días, pero en el fondo de sus corazones simpatizan contigo y, si te esfuerzas en ser buena, ese sentimiento cobrará aún más fuerza por el hecho de haber sido reprimido por un tiempo. Además, Jane...

—¿Qué, Helen? —pregunté, poniendo la mano entre las suyas; ella me acarició los dedos para darme calor.

—Aunque todo el mundo te odiara y creyera que eres malvada, mientras tu conciencia aprobara tus actos y te absolviera de toda culpa, seguirías teniendo amigos.

—No. Ya sé que debería pensar bien de mí misma, pero eso no basta. Si los otros no me quieren, prefiero morir. No puedo soportar la soledad y el desamor, Helen. Para ganarme tu afecto, o el de la señorita Temple, o el de cualquier persona a quien amara de verdad, aceptaría romperme el brazo, o dejaría que un buey me derribara, o me pondría detrás de un caballo salvaje y soportaría sus coces en el pecho.

—¡Cállate, Jane! Te preocupas demasiado por el amor de los seres humanos. Eres demasiado impulsiva, demasiado apasionada. La mano que te creó y te dio vida te ha proporcionado otros recursos al margen de ti misma o de los que te rodean, seres tan débiles como tú. Más allá de esta tierra y de los hombres, hay un mundo invisible en el que reinan los espíritus. Este mundo nos rodea, está por todas partes, y esos espíritus tienen la misión de vigilarnos. Si estuviéramos muriendo de dolor y de vergüenza, si el desprecio nos acechara por todas partes y el odio se clavara en nosotros, los ángeles serían testigos de nuestras torturas y reconocerían nuestra inocencia (si fuéramos de verdad inocentes, como yo sé que lo eres de los cargos de los que tan pomposamente te ha acusado el señor Brocklehurst, repitiendo lo que le dijo de ti la señora Reed, porque puedo leer la sinceridad en tu rostro). Dios espera que se produzca la separación entre el alma y el cuerpo para otorgarnos la recompensa definitiva. Entonces, ¿por qué hundirnos en la desesperación, cuando la vida es muy corta y la muerte supone un paso hacia la felicidad, hacia la gloria...?

Yo la escuchaba en silencio. Helen había conseguido serenarme, pero esa tranquilidad no estaba exenta de una indescriptible tristeza; sus palabras expresaban dolor, pero yo era incapaz de adivinar su causa. Una vez hubo terminado de hablar, su respiración se aceleró y sufrió un breve acceso de tos, por lo que una leve preocupación relegó mis penas a un segundo plano.

Apoyé la cabeza en su hombro y la abracé por la cintura; ella me apretó contra su pecho y permanecimos así, descansando en silencio. No llevábamos mucho tiempo sentadas cuando alguien entró en la habitación. El viento se había encargado de barrer las nubes y la desnuda luna vertía su luz a través de la ventana, iluminándonos a las dos y a la figura que se acercaba, la señorita Temple.

—Te estaba buscando, Jane Eyre —dijo—. Quiero que me acompañes a mi

alcoba. Si Helen Burns está contigo, puede acompañarte.

La seguimos a través de intrincados pasillos y empinadas escaleras. Sus aposentos estaban provistos de un fuego vivo y en ellos se respiraba alegría. La señorita Temple dijo a Helen que tomara asiento en un sillón situado a un lado de la chimenea y después de sentarse ella al otro lado, me pidió que me acercara.

—¿Ya se te ha pasado el disgusto? —preguntó, mirándome a la cara—. ¿Ya has derramado todas las lágrimas que tenías?

—Temo que nunca se acabarán.

—¿Por qué razón?

—He sido víctima de una falsa acusación, señora. Ahora usted y todas las demás pensarán de mí que soy perversa.

—Nos formaremos una opinión de ti en función de lo que tú nos muestres. Sigue portándote como una buena chica, y yo estaré satisfecha.

—¿Podré?

—Claro que sí —afirmó, rodeándome con su brazo—. Y ahora, ¿quieres explicarme quién es esa dama a la que el señor Brocklehurst llamó tu benefactora?

—La señora Reed, la esposa de mi tío. Quedé a su cargo cuando él murió.

—Entonces, ¿no fue ella quien te adoptó por voluntad propia?

—No, señora. Ella lamentó verse obligada a ello, pero mi tío, como a menudo explicaban los criados, le hizo prometer antes de su muerte que siempre se ocuparía de mí.

—Bien, Jane, como debes de saber, todo presunto culpable tiene derecho a hablar en su propia defensa. Has sido acusada de ser una mentirosa; defiéndete ante mí tan bien como seas capaz. Explica todo lo que tu mente recuerde como cierto, pero no añadas nada ni exageres los detalles.

Desde lo más profundo de mi corazón, decidí ser lo más moderada y exacta posible en mi relato. Me tomé un par de minutos de reflexión para organizarlo de manera coherente y luego le expliqué mi triste infancia. Sobrecogida por la emoción, el lenguaje que usé fue más comedido de lo habitual y, recordando los avisos de Helen acerca de mi tendencia a dejarme llevar por el resentimiento, narré los hechos con más frialdad que de costumbre. Así, contenida y simplificada, el resultado era una historia mucho más creíble, y pude advertir que convencía por completo a la señorita Temple.

En el transcurso de la historia mencioné el ataque de nervios y la posterior visita del señor Lloyd. Nada podía suavizar las emociones que me embargaban al recordar el pavoroso incidente de la habitación roja, ni el espasmo de agonía que me invadió cuando la señora Reed desestimó mis desesperadas súplicas de perdón y me encerró de nuevo en aquella sala oscura y fantasmagórica.

Al terminar el relato, la señorita Temple me miró fijamente durante unos minutos.

—Conozco al señor Lloyd —dijo al fin—. Le escribiré, y si su respuesta confirma tu declaración, yo misma te absolveré de todas las acusaciones delante de todo el

colegio. Por lo que a mí respecta, Jane Eyre, ahora ya estás libre de culpa.

Me besó y, sin apartarme de su lado (un lugar privilegiado desde el que podía observar con gran placer su rostro, su vestido, sus accesorios, sus ondulados cabellos y sus centelleantes ojos oscuros), se dirigió a Helen Burns.

—¿Cómo te encuentras esta noche, Helen? ¿Has tosido mucho hoy?

—Creo que no demasiado, señora.

—¿Y qué tal va el dolor del pecho?

—Un poco mejor.

La señorita Temple se puso en pie, cogió su mano y le tomó el pulso; después volvió a sentarse y dejó escapar un leve suspiro. Se mantuvo pensativa durante unos minutos y luego exclamó con voz alegre, mientras hacía sonar el timbre:

—Esta noche sois mis invitadas y seréis tratadas como tales. Barbara —dijo dirigiéndose a la criada que había acudido en respuesta de la llamada—, todavía no he tomado el té; trae la bandeja y tazas para estas dos damiselas.

La bandeja no tardó en aparecer. Mis ojos contemplaron extasiados las hermosas tazas de porcelana y la brillante tetera, colocadas sobre la mesilla redonda que había junto al fuego. ¡Qué delicioso aroma desprendían las bebidas y el pan tostado! Desilusionada (porque estaba empezando a recobrar el apetito), observé que se trataba de una ración muy pequeña. Lo mismo opinó la señorita Temple.

—Barbara —comentó—, ¿puedes traernos un poco más de pan con mantequilla? Esta ración no es suficiente para las tres.

Barbara salió y volvió enseguida.

—La señora Harden dice que ha hecho subir la ración habitual.

Permítanme señalar que la señora Harden era el ama de llaves, una mujer que compartía con el señor Brocklehurst la dureza de corazón y la frialdad.

—¡De acuerdo! —contestó la señorita Temple—. Tendremos que pasar con este, Barbara. —Y cuando la criada se marchó añadió, sonriente—: Afortunadamente tengo provisiones para suplir lo que falta.

Habiéndonos pedido a Helen y a mí que nos acercáramos a la mesa, nos sirvió una taza de té y una rebanada de pan con una fina capa de mantequilla: después se levantó, abrió un cajón y sacó de él un paquete envuelto. Al romper el papel, apareció ante nuestros ojos un enorme pastel.

—Había pensado que os podíais llevar un pedazo de tarta, pero hay tan poco pan que será mejor tomarlo ahora.

Y nos cortó unas generosas raciones.

Esa tarde nos alimentamos con manjares que nos parecieron néctar y ambrosía, encantadas por la sonrisa de complacencia que mostraba el rostro de nuestra anfitriona al ver cómo satisfacíamos el hambre atrasada. Cuando terminamos la merienda y la bandeja fue retirada, nos sentamos de nuevo con ella frente al fuego y dio comienzo una conversación entre Helen y la señorita Temple a la que para mí fue todo un privilegio asistir.

En la señorita Temple existía un aire de serenidad y de precisión en el lenguaje que excluía el ardor, la excitación y el ansia; un aire imponente que despertaba admiración en quienes la observaban y escuchaban. Ese era mi estado en ese momento, pero la sorpresa más maravillosa se produjo al oír hablar a Helen Burns.

Sus sentidos parecieron activarse debido a la deliciosa merienda, al resplandor del fuego y a la amable presencia de su profesora más querida. Se activaron para luego estallar: al principio, el brillo se extendió por sus mejillas, que hasta el momento yo había visto siempre pálidas y marchitas; luego alcanzó sus ojos, que de repente adquirieron una belleza mayor que los de la señorita Temple, una belleza que no provenía del color o de la longitud de las pestañas, sino del interior, de su movimiento y de su fulgor. Después, el alma se le posó en los labios e hizo fluir las palabras de ellos. Ignoro de dónde procedía la inspiración de su discurso, elocuente, lleno de vida y de pureza, demasiado intenso para el corazón de una niña de catorce años. Así fue el discurso de Helen al que asistí en esa tarde memorable; su espíritu parecía decidido a vivir en un breve intervalo de tiempo lo que otros viven a lo largo de una prolongada existencia.

Conversaron de temas que yo nunca había oído: naciones y épocas del pasado, lejanos países, secretos de la naturaleza. Hablaron de libros. ¡Habían leído tantos...! ¡Cuántos conocimientos poseían! Parecían muy familiarizadas con los autores franceses y los nombres de ese país, pero mi sorpresa alcanzó el grado máximo cuando la señorita Temple preguntó a Helen si había tenido tiempo para repasar las enseñanzas de latín que su padre le había proporcionado. Después de coger un libro de un estante, le pidió que leyera y tradujera una página completa de Virgilio, y Helen obedeció, logrando que mi admiración hacia ella aumentara considerablemente a medida que avanzaba en la lectura. Justo acababa de terminar cuando el timbre anunció la hora de acostarse. Era imposible demorarnos más. La señorita Temple nos abrazó a las dos, apretándonos contra su corazón.

—¡Que Dios os bendiga, niñas!

Fue a Helen a quien estrechó con más fuerza y durante más tiempo; sus ojos siguieron a la niña hasta la puerta, y sus labios dejaron escapar un segundo suspiro de tristeza, mientras se limpiaba una lágrima furtiva.

Al llegar al dormitorio, oímos la voz de la señorita Scatcherd. Estaba revisando los cajones, y acababa de abrir el correspondiente a Helen Burns. Cuando entramos, Helen fue recibida con una fría reprimenda y la promesa de que al día siguiente debería llevar media docena de papeles sucios pegados en la espalda.

—Lo cierto es que el desorden del cajón era vergonzoso —murmuró Helen en voz baja—. Me había propuesto arreglarlo pero lo olvidé por completo.

A la mañana siguiente, la señorita Scatcherd escribió en letras enormes la palabra «Cerdeja» sobre un pedazo de cartón y lo colgó alrededor de la amplia, inteligente y bondadosa frente de Helen, como si previniera a todo el mundo de un mal contagioso. Ella lo llevó hasta la tarde, con paciencia y sin resentimiento, asumiendo que era un

castigo merecido. En el mismo momento en que la señorita Scatcherd finalizó las clases de la tarde, corrí hacia Helen, le arranqué el cartel y lo lancé al fuego. La furia que ella era incapaz de sentir me había estado ardiendo en el pecho durante todo el día, y apenas había logrado contener las lágrimas que pugnaban por bañar mis mejillas ante la triste resignación con que ella aceptaba esa afrenta.

Una semana después de los acontecimientos que acabo de narrar, la señorita Temple recibió respuesta a la carta que había escrito al señor Lloyd. Al parecer, en ella corroboraba mi versión de los hechos. La señorita Temple, después de reunir en asamblea a todo el colegio, anunció a todas que había realizado una investigación acerca de los cargos imputados a Jane Eyre y que estaba encantada de declararla absolutamente inocente de todos ellos. Las profesoras me dieron la mano y me besaron, y un murmullo de satisfacción recorrió las filas donde se sentaban mis compañeras.

Aliviada de un peso tan lamentable, decidí empezar de nuevo, resuelta a superar todas las dificultades. Trabajé duro y conseguí un éxito proporcional a mis esfuerzos: mi memoria, perezosa por naturaleza, mejoró con la práctica, al igual que la inteligencia y la comprensión. En pocas semanas, fui trasladada a la clase superior y en menos de dos meses obtuve permiso para comenzar las clases de francés y de dibujo. En un día aprendí los dos primeros tiempos del verbo *être* y dibujé mi primera casa (cuyos muros, todo hay que decirlo, rivalizaban en inclinación con los de la famosa torre de Pisa). Esa noche, al acostarme, olvidé preparar en la mente esa cena imaginaria consistente en patatas asadas, pan blanco y leche fresca que solía amenizar mis sueños; en su lugar, tracé dibujos fantásticos en la oscuridad: casas y árboles dibujados al carboncillo, rocas y ruinas pintorescas, grupos de ganado, dulces mariposas que se posaban sobre capullos de rosa, pájaros que picoteaban las cerezas, nidos de cigüeñas que envolvían huevos del tamaño de perlas separados por ramas tiernas. En mi pensamiento, examiné la posibilidad de traducir del francés un libro de relatos que madame Pierrot me había mostrado ese día. En cuanto hube resuelto satisfactoriamente ese problema, me sumergí en el más dulce de los sueños.

Ya lo dijo Salomón: «Sabe mejor una comida sencilla hecha con amor que un festín suculento aderezado con odio».

No habría cambiado las privaciones de Lowood por todos los lujos de Gateshead.

Pero lo cierto es que esas privaciones, o, mejor dicho, las miserias de Lowood, fueron remitiendo. Con la proximidad de la primavera cesaron las heladas invernales, la nieve se fundió y amainaron los afilados vientos. Mis lastimados pies, tan despellejados e hinchados por el frío que casi me impedían andar con normalidad, comenzaron a mejorar gracias a las templadas brisas del mes de abril. Las temperaturas nocturnas ya no nos congelaban la sangre en las venas, y hasta la hora de recreo que pasábamos en el jardín empezaba a ser soportable. Es más, si hacía sol, incluso llegaba a resultar agradable y divertida: ahora que los brotes de verdor crecían entre los parterres, daba la impresión de que una capa de esperanza los visitaba cada noche y dejaba a su paso rastros de frescura aún perceptibles por la mañana. Las flores apuntaban su presencia entre las hojas: campanillas, azaleas, prímulas de color violeta y pensamientos salpicados de motas doradas. Los jueves por la tarde los dedicábamos a dar paseos y a recoger las flores más bellas que abrían sus pétalos bajo los setos, en los márgenes del camino.

También descubrí que un enorme placer, un goce solo limitado por la línea del horizonte, se extendía más allá de los muros y de las rejas que cercaban nuestro jardín. Dicho placer tomaba la forma de majestuosas montañas situadas en torno a un inmenso valle, rico en sombra y vegetación, de un riachuelo radiante lleno de piedras oscuras y de centelleantes remolinos. ¡Qué aspecto tan distinto tenía este paisaje bajo el gris acerado del cielo invernal, entumecido por la escarcha y sepultado por la nieve! Aquellos días en que la bruma, helada como la muerte, deambulaba a merced de los vientos hasta rodear las cimas moradas, para luego caer rodando por las laderas hasta reunirse con la niebla que cubría el arroyo. En esos momentos, el riachuelo era un torrente, turbio e irrefrenable que partía el bosque en dos, rasgando el silencio con su rugido delirante, a menudo agravado por las salvajes lluvias o las tormentas de aguanieve, mientras que los esqueletos desnudos de los árboles constituían la única vegetación del paisaje.

Abril dio paso a mayo. Fue un mes de mayo brillante y sereno, compuesto por días de cielo azul, plácidos atardeceres y suaves vientos procedentes del oeste o del sur. Y la naturaleza floreció con vigor. Lowood se soltó el pelo, y todo se volvió verde, rebosante de flores. Aquellos esqueletos pertenecientes a álamos, robles y fresnos, fueron poco a poco cobrando vida, invadidos por las plantas silvestres que crecían en sus surcos y por las incontables variedades de musgo que rellenaban todos sus huecos. La luz del sol iluminaba las primorosas plantas que cubrían el suelo, y puedo asegurar que fui testigo de cómo sus rayos dorados se colaban hasta en los lugares más sombríos, derramando en ellos su brillo más intenso. A menudo disfruté de este espectáculo, libre, sin trabas ni vigilancia y casi en absoluta soledad. Sin embargo, había una causa que explicaba tanta libertad y tanto placer, una causa que debo explicar.

¿No creéis que el lugar que he descrito, protegido entre colinas y árboles y al borde de un riachuelo, resulta un entorno de lo más placentero para una casa? Seguro que sí, bonito lo era. El problema no radicaba tanto en la belleza del paraje, sino en su salubridad.

La hondonada en la que se construyó Lowood era una cuna de niebla y de la pestilencia que esta genera, que, avivada por la fulminante llegada de la primavera, escaló los muros del asilo de huérfanas, esparciendo el tifus por el dormitorio y las salas de estudio. A principios de mayo, el seminario se convirtió en un hospital improvisado.

La escasez de alimentos y los resfriados mal curados habían predispuesto a la mayoría de las alumnas a contraer la infección: cuarenta y cinco de las ochenta niñas cayeron enfermas a la vez. Las clases se suspendieron y se relajó la disciplina. Las pocas que no nos contagiarnos disfrutamos de un permiso ilimitado; de hecho, las recomendaciones del doctor incluían hacer mucho ejercicio, pero, aunque no hubiera sido así, nadie disponía de tiempo para vigilarnos. Toda la atención de la señorita Temple se concentraba en las enfermas: pasaba el día con ellas, solo se movía de su lado durante unas horas por la noche para descansar un poco. Las profesoras estaban ocupadas haciendo los equipajes y preparando los viajes de aquellas niñas que eran lo bastante afortunadas como para que sus familiares quisieran alejarlas de ese foco de infección. Muchas, ya enfermas, viajaron a casa solo para morir. Algunas murieron en la escuela y tuvieron un entierro silencioso y rápido, ya que la naturaleza del mal no permitía retrasos.

Ahora que la enfermedad se había convertido en una habitante de Lowood y la muerte en su visitante más asidua, ahora que la oscuridad y el miedo habían penetrado en sus muros, ahora que las habitaciones y los pasillos apestabán a hospital, mientras se intentaba en vano paliar los efluvios mortales con medicinas y pastillas, en el exterior, el mes de mayo resplandecía sin nubes por encima de las colinas y del hermoso paisaje. El jardín había florecido: las malvalocas habían crecido altas como árboles, las violetas se habían abierto, los tulipanes y las rosas estaban en flor; las margaritas rosadas alegraban los bordes del camino y las eglantinas esparcían sus intensas fragancias a especias y manzana. Tesoros que eran inservibles para la mayoría de niñas y que al final solo servían para adornar los ataúdes de las fallecidas.

No obstante, tanto yo como el resto de las chicas sanas disfrutamos plenamente de la belleza del paisaje y de la estación. Nos permitían vagar por el bosque como gitanas, de la mañana a la noche; hacíamos lo que nos venía en gana e íbamos donde nos apetecía. El señor Brocklehurst y su familia no se acercaban a Lowood para nada, ni siquiera para ocuparse de las cuentas de la casa. La severa ama de llaves se había marchado por miedo al contagio, y su sucesora, que había trabajado como comadrona en el dispensario de Lowton, desconocedora de los métodos de ahorro de la anterior se comportaba con relativa prodigalidad. Además, el número de bocas a alimentar

había disminuido y las enfermas comían poco, de manera que nuestras raciones de desayuno eran mucho más generosas, y, cuando no había tiempo para preparar la comida, hecho que ocurría con cierta frecuencia, nos daba un enorme pedazo de pastel frío o una gruesa rebanada de pan con queso, para que fuéramos a comer al bosque, a los lugares que ya habíamos elegido previamente como el perfecto escenario para tan suculento festín.

Mi asiento favorito era una piedra amplia y sin aristas que se alzaba blanca y seca en medio del riachuelo, y a la que solo se podía acceder cruzando las aguas, una hazaña que yo solía acometer descalza. La piedra era un espacio lo bastante grande como para que otra chica y yo pudiéramos instalarnos de manera confortable. En esos días, mi compañera habitual se llamaba Mary Ann Wilson, una niña perspicaz y observadora con la que intimé bastante, en parte porque era ingeniosa y original, y en parte porque con ella me sentía muy cómoda. Era unos años mayor que yo, por lo que sabía más cosas del mundo y era capaz de explicarme todo cuanto yo deseara averiguar. Con ella logré satisfacer mi curiosidad, y nunca me recriminó ningún defecto ni se burló de mis preguntas. Poseía el don de narrar bien; yo aportaba el análisis; a ella le gustaba informar, yo prefería preguntar. Juntas lo pasábamos bien, y si nuestra amistad no constituía una fuente de mejora mutua, al menos nos proporcionaba ratos de gran entretenimiento.

¿Y entretanto qué había sido de Helen Burns? ¿Por qué no pasaba esos días de libertad en su compañía? ¿Ya la había olvidado, o es que yo era una persona tan desagradecida que había acabado cansándome de su amistad? Supongo que Mary Ann Wilson era a todas luces inferior a mi primera amiga en Lowood: las conversaciones con ella solían ser divertidas y girar en torno a chispeantes cotilleos, mientras que las palabras de Helen tenían la capacidad de hacerte sentir otros valores de naturaleza más profunda.

Cierto, lector. Yo lo sabía y lo sentía así; y aunque soy un ser imperfecto, lleno de fallos y con pocas virtudes que los rediman, debo decir que jamás me cansé de Helen Burns, ni dejé de sentirme ligada a ella por los lazos más fuertes, tiernos y llenos de respeto que mi corazón ha sido capaz de trenzar. ¿Cómo podía ser de otro modo cuando Helen, en todo momento y bajo cualquier circunstancia, me había demostrado una amistad sincera y serena, jamás turbada por cambios de humor ni arrebatos de irritación? Lo que sucedía es que Helen llevaba semanas ocupando una de las habitaciones del piso de arriba, enferma y lejos de mi vista. No se encontraba en el sector de la casa que había sido destinado a las enfermas de fiebres, ya que su mal era la consunción, no el tifus. Yo, en mi ignorancia, creí que se trataba de algo más leve, una afección que podía curarse a base de tiempo y de cuidados.

Me confirmó esta idea el hecho de haberla visto bajar al jardín en un par de ocasiones, cuando la tarde era soleada, de la mano de la señorita Temple. No se me permitió acercarme a hablar con ella, por lo que la observé de lejos desde la ventana de la sala de estudio. Apenas se la distinguía: las dos veces la sacaron envuelta en una

manta y la sentaron a distancia, bajo el porche.

Una tarde de principios de junio volví del bosque acompañada de Mary Ann. Habíamos estado fuera hasta muy tarde y, como de costumbre, nos habíamos alejado del resto del grupo para vagar a nuestras anchas. Nos apartamos tanto que acabamos perdidas y tuvimos que detenernos a preguntar en una casa solitaria, cuyos únicos habitantes eran un matrimonio que se dedicaba a cuidar de una piara de cerdos salvajes, a los que alimentaban con bellotas silvestres. Ya era de noche cuando llegamos al orfanato y descubrimos el pony del médico atado en el porche. Mary Ann señaló que si habían avisado al médico a esa hora intempestiva es que una de las niñas debía estar muy grave. Ella entró en la casa y yo me quedé unos minutos en el jardín, plantando unas raíces que había arrancado del bosque y que temía que murieran si aguardaba hasta la mañana siguiente. Una vez terminada la tarea, aún me demoré un poco más: el dulce aroma de las flores se hacía más profundo con la oscuridad y la noche era maravillosa, plácida y cálida. El brillo del oeste auguraba un nuevo día tan luminoso como el anterior y la luna se elevaba majestuosa por el este. Yo lo observaba todo y disfrutaba como solo puede hacerlo una niña, cuando una idea me asaltó de repente, un pensamiento que jamás había tenido: «¡Qué triste debe de ser yacer en cama enferma, en peligro de muerte! Este mundo es tan bello que sería terrible tener que abandonarlo para ir a Dios sabe dónde».

Y fue entonces cuando mi mente hizo por primera vez un serio esfuerzo por comprender todo lo relativo al cielo y al infierno que me había sido inculcado; y por primera vez mi espíritu retrocedió, sorprendido; y por primera vez, mirando a ambos lados y frente a él, vi que lo rodeaba un abismo insondable. Estaba ahí, en el presente, el resto no era más que nubes sin forma y el vacío más profundo; y me estremecí ante el pensamiento de tambalearme y hundirme en el caos. Mientras reflexionaba sobre esta nueva idea, oí abrirse la puerta principal, de la que salió el señor Bates, acompañado de una enfermera. Después de que él hubo partido a lomos del caballo, corrí hacia ella antes de que cerrara la puerta.

—¿Cómo está Helen Burns?

—Muy mal.

—¿Es por ella que ha venido el señor Bates?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Dice que no estará aquí mucho tiempo más.

Si me lo hubiera dicho el día anterior, habría entendido que Helen estaba a punto de ser trasladada a su hogar en Northumberland. Jamás habría sospechado que estuviera al borde de la muerte, pero en ese momento lo supe. Percibí con total claridad que los días de Helen Burns en este mundo estaban contados: pronto emprendería el camino hacia el lugar donde moran las almas, si es que ese lugar existía de verdad. La terrible noticia me causó una honda impresión, que fue dando paso a un profundo sentimiento de tristeza, y al deseo, o mejor dicho, la necesidad, de

volver a verla. Pregunté en qué habitación estaba.

—En la habitación de la señorita Temple.

—¿Puedo subir a hablar con ella?

—Oh, no, querida. Será mejor que no. Y ahora, entra en casa. Acabarás cayendo enferma si te quedas a la intemperie al anochecer.

La enfermera cerró la puerta principal y yo me dirigí a la entrada lateral que conducía a la sala de estudio. Llegué justo a tiempo: eran las nueve en punto y la señorita Miller anunciaba que era hora de acostarse.

Debieron de transcurrir al menos dos horas, eran ya casi las once, y yo aún no había logrado dormirme; cuando, del absoluto silencio del dormitorio, deduje que todas mis compañeras descansaban profundamente, me levanté sin hacer ruido, me puse el vestido encima del camisón y, descalza, caminé en dirección a la alcoba de la señorita Temple. Estaba casi al otro extremo de la casa, pero yo conocía bien el camino y avancé sin dificultad gracias a la luz de la luna que, libre de nubes, se colaba por las ventanas del pasillo. Un olor de alcanfor y vinagre quemado me anunció la proximidad de la enfermería y me apresuré a pasar por delante, temerosa de que la mujer que velaba a las niñas toda la noche pudiera oírme. Temía ser descubierta y obligada a volver a la cama. Tenía que ver a Helen, abrazarla antes de que muriera. Debía darle un beso de despedida, hablar con ella por última vez.

Después de descender por una escalera, crucé un sector de la casa y me las arreglé para abrir y cerrar dos puertas sin hacer ruido y subir otro tramo de escalones, que me llevaron directamente frente al cuarto de la señorita Temple. Un leve resplandor se escapaba por el ojo de la cerradura y por debajo de la puerta; una profunda quietud envolvía el ambiente. Al acercarme, vi que la puerta estaba ligeramente entornada, supongo que con el fin de ventilar un poco la viciada atmósfera del interior. La vacilación no era un rasgo de mi naturaleza, así que apremiada por impulsos de impaciencia, con el alma y los sentidos temblando de agonía, empujé la puerta y entré. Mis ojos buscaron a Helen, temiendo hallarla muerta.

Al lado de la cama de la señorita Temple, y cubierto a medias por unas blancas cortinas, había un pequeño lecho. Distinguí una silueta bajo la colcha, pero las cortinas ocultaban el rostro. La enfermera con la que había hablado en el jardín se había dormido en un sillón. Poco a poco la cera de la vela iba manchando la superficie de la mesa. No había rastro de la señorita Temple. Luego supe que había acudido a la enfermería para atender los delirios de una de las niñas. Di un paso hacia el lecho y puse la mano sobre la cortina, pero preferí hablar antes de correrla. La idea de ver un cadáver me aterraba.

—¡Helen! —susurré—. ¿Estás despierta?

Ella se removió y corrió la cortina. Su rostro apareció ante mí, pálido y demacrado, pero bastante sereno. Había cambiado tan poco que mis temores se disiparon al instante.

—¿Eres tú, Jane? —preguntó con su voz dulce.

«¡Oh! No va a morir —pensé—. Todos se equivocan: ella no podría hablar con tanta calma si estuviera a punto de morir.»

Me senté en el lecho y la besé. La frente, al igual que las flácidas mejillas, la mano y la muñeca estaban frías, pero su sonrisa seguía siendo la misma de siempre.

—¿Qué haces aquí, Jane? Son más de las once. Oí las campanadas del reloj hace unos minutos.

—He venido a verte. Me dijeron que estabas muy enferma y no podía dormirme sin hablar antes contigo.

—Estás aquí para decirme adiós. Creo que has llegado justo a tiempo.

—¿Te marchas a algún sitio, Helen? ¿Te mandan a casa?

—Sí, a mi última casa. A mi última morada.

—¡No, no, Helen! —la interrumpí, angustiada.

Mientras luchaba por tragarme las lágrimas, un ataque de tos sacudió el cuerpo de Helen, pero no despertó a la enfermera. Cuando remitió, Helen se dejó caer sobre el lecho, agotada.

—Jane —susurró—, vas descalza. Échate a mi lado y tápate con la colcha.

Eso hice. Ella me rodeó con el brazo y yo me acurruqué contra su pecho. Después de un largo silencio, ella volvió a hablar en voz muy baja.

—Soy muy feliz, Jane. Recuérdalo cuando te enteres de mi muerte, y no sufras por ella. No hay nada que lamentar. Todos moriremos algún día, y la enfermedad que sufro no es dolorosa. Se me lleva de una forma lenta y gradual. Mi mente está en paz. Nadie me echará mucho de menos. Mi padre acaba de casarse de nuevo y no notará mi ausencia. Morir joven me permite escapar de enormes sufrimientos. Carezco de cualidades que me faciliten el camino en este mundo. Siempre habría estado cometiendo errores.

—Pero ¿adónde vas, Helen? ¿Puedes verlo? ¿Lo sabes?

—Yo tengo fe, creo en Dios. Voy a reunirme con Él.

—¿Dónde está Dios? ¿Qué es?

—Es mi Creador y también el tuyo; nunca destruirá a sus propias criaturas. Confío en su poder y en su bondad. Cuento las horas que faltan para que la muerte me lleve junto a Él, y me revele su esencia.

—Entonces, ¿estás segura de la existencia del cielo, un lugar donde nuestras almas viven después de la muerte?

—Estoy segura de que nos aguarda otra vida. Creo que Dios es bueno y le ofrezco mi parte inmortal sin ningún temor. Dios es mi padre, mi amigo. Le amo y creo que Él me ama.

—¿Volveré a verte cuando muera, Helen?

—Te reunirás conmigo en la misma región de felicidad, serás recibida por el mismo Padre todopoderoso. No lo dudes, querida Jane.

Volví a preguntar, pero esta vez solo para mis adentros: «¿Dónde está esa región? ¿Existe de verdad?». Y cerré los brazos alrededor de Helen, sintiendo por ella más

amor que nunca. No quería soltarla, no quería perderla, y hundí mi cara en su pecho. Ella adoptó su tono más dulce.

—¡Qué bien estoy ahora! El último golpe de tos me ha cansado un poco. Tengo sueño, Jane. Pero no te vayas. Me gusta tenerte cerca.

—Me quedaré contigo, querida Helen. Nadie podrá arrancarme de tu lado.

—¿Estás cómoda?

—Sí.

—Buenas noches, Jane.

—Buenas noches, Helen.

Nos besamos y no tardamos en caer dormidas.

Cuando abrí los ojos ya era de día. Agitada por movimientos inusuales, alcé la mirada. Alguien me llevaba en brazos: la enfermera me trasladaba al dormitorio a través del corredor. Nadie me regañó por haber abandonado la cama a medianoche. La gente tenía otras cosas en que pensar y nadie parecía tener tiempo para responder a mis preguntas, pero un par de días más tarde me enteré de que la señorita Temple, al regresar a su alcoba al amanecer, me halló tendida junto a Helen, con la cara apoyada en su hombro y los brazos en torno a su cuerpo. Yo estaba dormida. Helen había muerto.

Sus restos descansan en el cementerio de Brocklehurst. Durante quince años después de su muerte, solo los cubrió un montículo de hierba; pero ahora, una lápida de mármol gris señala el lugar. En ella puede leerse su nombre y una sola palabra: *Resurgam*.

Hasta el momento he relatado con todo detalle todos los acontecimientos de mi insignificante existencia. He dedicado a los diez primeros años de mi vida casi el mismo número de capítulos. Sin embargo, esta no es una autobiografía al uso: solo pretendo narrar aquellos recuerdos que posean un cierto grado de interés, y por ello voy a dejar en blanco un espacio de casi ocho años. Solo son necesarias unas cuantas líneas para que no se pierda el hilo de la historia.

El tifus fue desapareciendo gradualmente de Lowood, pero no hasta haber cumplido con su devastadora misión, provocando que la atención pública se fijara en la virulencia de la epidemia y en el elevado número de víctimas. Se investigó el foco de la infección y salieron a la luz varios hechos que suscitaron un alto grado de indignación pública. La insalubre naturaleza del lugar, la cantidad y la calidad de la alimentación de las niñas, el agua medio salada y contaminada que se usaba en la preparación de las comidas, las miserables condiciones de la ropa y del alojamiento: todo se destapó, y el resultado de dicho hallazgo fue una maldición para el señor Brocklehurst, pero una bendición para la institución.

Algunos individuos del condado, de buena familia y buen corazón, realizaron importantes donaciones para la construcción de un edificio en un emplazamiento más adecuado. Se instauraron nuevas reglas que mejoraban la dieta y el estado de la ropa y los fondos de la escuela fueron confiados a manos de un comité. El señor Brocklehurst mantuvo su puesto de tesorero gracias a su riqueza y a las influencias familiares, pero se contrató a una persona que le descargara de todas sus obligaciones: un caballero de mentalidad más amplia y compasiva, que compartía sus tareas de inspección con otros que sabían combinar la razón y la severidad, el confort con la economía y la compasión con el sentido común. Realizadas todas estas mejoras, la escuela llegó a ser una institución verdaderamente útil y digna. Después de las reformas, permanecí dentro de sus muros durante ocho años: seis de ellos como alumna y dos como profesora, y desde ambos puestos puedo dar testimonio de su valor y de su gran labor educativa.

A lo largo de estos ocho años, llevé una vida rutinaria pero no infeliz, ya que siempre me mantuve activa. Tuve a mi alcance los medios para adquirir una excelente educación. Disfrutaba de verdad aprendiendo y deseaba sobresalir en todas las materias y complacer a las profesoras, en especial a aquellas por quienes sentía afecto. Aproveché, pues, todas las ventajas que se me ofrecieron, y con el tiempo llegué a ser la primera alumna del colegio. Más tarde, se me concedió el empleo de profesora, puesto que desempeñé con celo durante dos años. Pero, transcurrido este tiempo, algo cambió.

Pese a todas las innovaciones, la señorita Temple había conservado su cargo como supervisora de la institución. Debo a sus enseñanzas la mayor parte de mis logros, y su amistad y compañía supusieron una fuente de continuo placer. Para mí,

ella ocupó sucesivamente el lugar de una madre, una institutriz, y por último el de una amiga. Fue en este último periodo cuando se casó y se fue a vivir a un condado lejano en compañía de su marido (un clérigo, un caballero excelente casi digno de una esposa como ella). Por tanto, nuestros caminos se separaron.

Todo cambió en el mismo día de su partida: con ella se habían marchado todas las sensaciones que me unían a Lowood, todos los sentimientos que habían convertido la escuela en algo parecido a un hogar. Durante años había tomado prestados aspectos del carácter de la señorita Temple y adoptado la mayor parte de sus hábitos: mis pensamientos ganaron en serenidad y mis sentimientos perdieron el ímpetu infantil. Yo había abierto las puertas de mi mente a la obligación y al orden. Estaba tranquila. Creía que era feliz: tanto a los ojos de los demás como a los míos propios, yo aparentaba ser una persona de carácter disciplinado y sumiso.

Pero el destino, en forma del reverendo Nasmyth, se interpuso entre la señorita Temple y yo. La vi montar en el carruaje, vestida de novia, poco después de la ceremonia nupcial; vi cómo el coche se perdía tras las colinas y luego me retiré a mi habitación. Allí pasé la mayor parte del medio día de fiesta que nos habían concedido en honor a la ocasión.

Dediqué el tiempo a dar vueltas por el cuarto, regodeándome en la pena que sentía por la ausencia de mi amiga y meditando en qué podría hacer para repararla, pero, cuando concluí estas reflexiones, alcé los ojos y vi que la noche había traído consigo un nuevo descubrimiento. En una sola tarde, había sufrido un proceso de transformación: mi mente había olvidado todo lo que había aprendido de la señorita Temple, o mejor dicho, la atmósfera de serenidad que se respiraba en su compañía se había esfumado con ella, y, ahora mi naturaleza bullía bajo el tumulto de viejas y conocidas emociones. Me habían arrebatado la razón que sustentaba mi sumisión; no me fallaba la capacidad de sentirme en paz, pero el motivo de esa paz se había perdido. Mi mundo había girado alrededor de Lowood durante años: toda mi experiencia se reducía a sus reglas y métodos. Ahora, de repente, recordaba que el mundo era enorme, y que todo un abanico de sensaciones, de esperanzas y de temores, aguardaban a quienes tenían el valor de lanzarse a por todas y buscar la auténtica sabiduría de la vida sorteando sus peligros.

Fui hacia la ventana, la abrí y miré al exterior. Ahí estaban las dos alas del edificio, el jardín, los confines montañosos de Lowood, y luego, mas allá, el horizonte. Mis ojos fueron a posarse en el punto más remoto, las cimas azuladas. Quería rebasar esas colinas, ese cerco de rocas y brezo que parecía formar los muros de una cárcel, los límites del exilio. Seguí con la mirada el blanco sendero, que llegaba hasta la base de una montaña para luego desaparecer por una garganta entre dos picos. ¡Cómo deseaba alejarme por él! Recordé el anochecer en que yo recorrí ese mismo camino, a bordo de un carruaje. Parecía que había pasado una eternidad desde el día en que viera Lowood por vez primera: desde ese momento, nunca había salido de este lugar. Había pasado en él todas las vacaciones. La señora Reed jamás

me había invitado a volver a Gateshead. Ni ella, ni nadie de su familia, vino nunca a visitarme. No mantuve correspondencia con ninguna persona ajena al colegio: solo reglas del colegio, obligaciones del colegio, hábitos y responsabilidades del colegio; las voces, las caras, las frases, las costumbres, las simpatías y las antipatías de alumnas y profesoras, habían conformado toda mi existencia. Y ahora sentía que no era bastante: el peso de ocho años de rutina cayó sobre mi en una sola tarde. La falta de libertad me ahogaba, y por ella elevaba mis súplicas en forma de oración, pero el suave viento parecía dispersarlas sin respuesta. Fue entonces cuando opté por una petición más humilde: algún estímulo que supusiera un cambio, pero este deseo también se desvaneció en el espacio. «¡Entonces —grité al borde de las lágrimas—, concédeme al menos una nueva servidumbre!»

Justo en ese momento sonó el timbre que anunciaba la cena.

No pude retomar mis reflexiones hasta la hora de acostarme, e incluso entonces la insulsa charla de la profesora que compartía habitación conmigo me mantuvo alejada del tema que tanto ansiaba meditar. ¡Qué ganas tenía de que se durmiera! Estaba segura de que, si pudiera volver a la idea que había penetrado en mi mente mientras estaba junto a la ventana, lograría hallar una solución al problema.

Por fin, los ronquidos de la señorita Gryce llenaron la habitación. Era una robusta galesa, cuyos sonidos nasales siempre habían sido percibidos por mí como una verdadera molestia. Esa noche, sin embargo, escuché las primeras notas con satisfacción. Ya estaba libre de interrupciones y las ideas aletargadas volvieron a mi mente.

«¡Una nueva servidumbre! Eso es una posibilidad», hablaba conmigo misma (mentalmente, se entiende, y no en voz alta). «Sé que lo es porque no suena tan placentero como Libertad, Excitación o Diversión, palabras deliciosas, pero que para mí no son más que meros sonidos, tan profundos y efímeros que escucharlos no es sino una pérdida de tiempo. ¡Pero Servidumbre! Eso es algo real. Una debe servir a alguien: yo lo he hecho aquí durante ocho años. Lo único que quiero es servir en otro lugar. ¿Es que no puedo conseguirlo? ¿No es algo factible? Sí, sí lo es: el fin buscado no es tan difícil. Si tuviera una mente lo bastante activa como para descubrir el medio de lograrlo...»

Me senté en la cama, intentando poner en marcha ese cerebro medio atontado. La noche era muy fría; me cubrí los hombros con un chal y luego me dediqué a estrujar el cerebro con todas mis fuerzas.

«¿Qué es lo que quiero? Un nuevo puesto, en una casa nueva, entre caras nuevas y en nuevas circunstancias. Desear algo mejor es absurdo. ¿Cómo logra la gente un empleo? Acuden a sus amistades, supongo. Yo no tengo amigos. Debe de haber otros muchos en mi misma situación, sin nadie a quien recurrir. ¿Cómo se las arreglan?»

No tenía respuesta. Puse orden en mis ideas con el fin de obtener una solución lo antes posible. Mi cerebro trabajaba cada vez más rápido, sentía cómo el pulso latía en mis sienes, pero pasé casi una hora en medio de la mayor confusión, sin sacar ningún

resultado del esfuerzo. Agotada por tan arduo e inútil trabajo, me levanté y caminé por la habitación; corrí la cortina, vislumbré un par de estrellas, me estremecí de frío y opté por volver a la cama.

En mi ausencia, un hada buena debía de haber depositado la respuesta en la almohada, ya que al echarme de nuevo esta surgió en mi mente de la forma más tranquila y natural: «Aquellos que desean cambiar de trabajo se anuncian en un periódico. Tú debes hacerlo en el *Herald* del condado».

«¿Cómo? No sé una sola palabra de anuncios.»

La respuesta llegó rauda y veloz:

«Debes introducir el anuncio y el dinero en un sobre a nombre del editor del periódico; debes depositarlo lo antes posible en la oficina de correos de Lowton, indicando que las respuestas deben dirigirse a J. E. A la misma oficina de correos. Una semana después de haber enviado el anuncio, vas a preguntar si has recibido alguna carta a tu nombre, y en caso de que así sea, actúas en consecuencia.»

Repasé este plan varias veces, hasta que mi mente lo asumió por completo. Podía ponerlo en práctica con los ojos cerrados. Orgullosa de mí misma, me dormí.

Me levanté al amanecer. Antes de que el primer timbre despertara al resto del colegio, ya había redactado el anuncio, lo había metido en un sobre y había escrito la dirección. Decía lo siguiente:

Una joven señorita habituada a la enseñanza (¿no llevaba dos años siendo maestra de Lowood?) desea encontrar un puesto de institutriz en una casa particular, con niños menores de catorce años (creí que mi edad, acababa de cumplir los dieciocho, me impedía tomar las riendas de la educación de pupilos mayores). Está cualificada para dar lecciones de las materias que conforman la educación inglesa tradicional, además de francés, dibujo y música (lector, puedo asegurarte de que en esos días este limitado abanico de conocimientos era relativamente aceptable). Dirigir las respuestas a J. E. Oficina de correos de Lowton, condado de...

El documento permaneció todo el día en el interior del cajón. Después del té, pedí permiso a la nueva supervisora para ir hasta Lowton con el fin de realizar algunos encargos propios y un par que me habían solicitado algunas compañeras. Mi petición no halló oposición alguna. Era un paseo de más de tres kilómetros y la tarde se presentaba húmeda, pero los días aún eran largos. Visité varias tiendas y dejé la carta en la estafeta de correos, volviendo a casa bajo una intensa lluvia. Llegué con la ropa chorreando, pero con el corazón satisfecho.

La semana siguiente se me hizo eterna. Por fin acabó, como todas las cosas que se rigen por el movimiento de la luna, y una vez más, al atardecer de un agradable día de otoño, me encontré recorriendo el camino hacia Lowton. Lo cierto es que se trataba de una senda pintoresca que avanzaba a orillas del riachuelo siguiendo las suaves curvas del valle, pero ese día mi único pensamiento eran las cartas que tal vez me aguardaban en el pueblo.

La excusa que me había permitido salir en esta ocasión era la necesidad de que me tomaran las medidas para unos zapatos nuevos, así que lo primero que hice fue

quitarme de encima ese asunto para luego encaminar mis pasos a la oficina de correos que se encontraba enfrente de la zapatería. La encargada era una dama de avanzada edad, con gafas de pasta y mitones negros.

—¿Hay alguna carta para J. E.? —pregunté.

Me miró por encima de las gafas, abrió un cajón y revisó el contenido de este durante un buen rato, tan largo que mis esperanzas empezaron a desvanecerse. Por fin, después de sostener un documento delante de sus narices por más de cinco minutos, lo dejó sobre el mostrador, acompañando su acción con otra mirada inquisitiva y desconfiada. En el sobre estaban escritas las iniciales J. E.

—¿Solo hay una?

—No hay ninguna más —respondió.

Guardé la misiva en el bolsillo y volví a casa a toda prisa. No tenía tiempo para abrirla en ese momento: eran casi las siete y media, y las reglas me obligaban a estar de vuelta a las ocho en punto.

Varias obligaciones me esperaban a mi llegada: primero tuve que vigilar la hora de estudio de las niñas, después me tocó leer las oraciones y acompañarlas al dormitorio; luego tuve que cenar con las otras profesoras. Incluso cuando llegó la ansiada hora de retirarnos a descansar, me aguardaba la compañía de la inevitable señorita Gryce. Disponíamos solo de una mecha muy corta en el candelabro, y temí que su insistente charla habitual se prolongase hasta consumir la vela por completo. Por suerte, la copiosa cena le produjo unos efectos soporíferos casi inmediatos: ya roncaba cuando me metí en la cama. Quedaba aún un minúsculo pedazo de mecha. Saqué el sobre, sellado con la inicial F., y lo rasgué. El contenido era breve:

Si J. E., cuyo anuncio apareció en el *Herald* del condado de... del pasado jueves, posee las cualificaciones que especifica en él, y se halla en posición de ofrecer referencias satisfactorias acerca de su carácter y experiencia, puede acceder a un empleo en el que debería encargarse de la enseñanza de una única pupila de diez años de edad, por un salario de treinta libras al año. Se requiere que J. E. envíe por correo sus referencias, su nombre, dirección y todos los demás pormenores a la siguiente dirección:

Señora Fairfax, Thornfield, cerca de Millcote, condado de...

Dediqué un largo rato a examinar el documento. El estilo de la escritura era anticuado y bastante confuso, como si correspondiera a una señora mayor. Este hecho me resultaba satisfactorio: me había atenazado el temor de acabar envuelta en algún lío ahora que me decidía a actuar por mi cuenta y riesgo. Sobre todas las cosas, deseaba que el resultado de mis esfuerzos fuera respetable, adecuado, *en règle*, y me daba la impresión de que una dama de avanzada edad confería una cierta dignidad al asunto que me traía entre manos. ¡La señora Fairfax! El nombre suscitaba la imagen de una dama vestida de negro, con velo de viuda; de aire distante, tal vez, pero no antipático: el modelo de respetabilidad inglesa. ¡Thornfield! Sin duda era el nombre de una casa: un lugar limpio y ordenado, de eso estaba segura, aunque no lograba diseñar un plan correcto acorde a esas premisas. Millcote, condado de...: me esforcé por recordar el mapa de Inglaterra. Sí, ahí estaba, unos cien kilómetros más cerca de

Londres que este remoto lugar en el que me encontraba. Eso ya era un punto a su favor. Ansiaba vida y movimiento, y Millcote era una gran ciudad industrial situada a orillas del A...; un lugar muy animado, sin duda. Tanto mejor, al menos supondría un cambio radical en mi vida. No es que me atrajera especialmente la idea de estar rodeada de altas chimeneas y nubes de humo, «pero —pensé—, lo más probable es que Thornfield se halle bastante lejos de la ciudad».

La mecha de la vela se extinguió, dejándome a oscuras.

Al día siguiente me decidí a actuar. Ya no podía seguir guardando en secreto mis planes: el éxito de mi empresa pasaba por hacerlos públicos. Obtuve una cita con la supervisora durante el recreo del mediodía y le comuniqué que me había surgido la posibilidad de obtener una nueva colocación donde el salario sería el doble del que cobraba entonces (quince libras al año); le pedí después que expusiera el asunto al señor Brocklehurst o a algún otro miembro del comité y averiguara si me permitirían usar sus nombres en mis referencias. Ella se avino de buena gana a mediar en el asunto y se lo transmitió al día siguiente al señor Brocklehurst. Este dijo que era forzoso comunicárselo por escrito a la señora Reed, ya que seguía siendo mi tutora. La respuesta de dicha dama no tardó en llegar afirmando que «yo podía hacer mi santa voluntad, ya que hacía mucho tiempo que ella había renunciado a interferir en mis asuntos». Esta nota fue leída por todo el comité y, por fin, después de una demora que se me hizo casi insoportable, recibí el permiso formal para buscar una mejora en mis condiciones laborales, junto con la promesa de que me facilitarían un certificado, firmado por los inspectores de la institución, que dejara constancia de mi buen comportamiento en Lowood, tanto en los días de alumna como de profesora, alabando mi carácter y mis habilidades.

Una semana después, dicho documento llegaba a mis manos. Envié una copia a la señora Fairfax y la respuesta de esta dama no se hizo esperar. En ella afirmaba que se sentía satisfecha con la información recibida y fijaba para dos semanas más tarde el día en que debería incorporarme a su hogar en calidad de institutriz.

A partir de ese instante los preparativos ocuparon todo mi tiempo. Los quince días pasaron a toda velocidad. No disponía de demasiada ropa, solo la imprescindible para mis necesidades, y bastó un solo día para meterla en el baúl, el mismo que había transportado mis pertenencias ocho años antes, cuando llegué allí, procedente de Gateshead.

El baúl fue atado y etiquetado con mi nombre. El cochero debía trasladarlo a Lowton en media hora, donde yo lo recogería a la mañana siguiente muy temprano. Había cepillado el vestido de viaje de paño negro y preparado el sombrero, los guantes y los manguitos. Después revisé los cajones para asegurarme de no olvidar nada en ellos. Ya estaba todo hecho. Podía sentarme e intentar descansar, pero esto último me resultó imposible. Aunque llevaba todo el día de pie, estaba demasiado nerviosa para permanecer quieta. Esa noche cerraba una fase de mi vida, y el nuevo día abriría otra. ¿Cómo iba a dormir tranquilamente? Debía mantenerme alerta,

vigilando que todo saliera como estaba previsto.

—Señorita —dijo una criada con la que me crucé en el salón que yo recorría como un alma en pena—, abajo hay alguien que desea verla.

«El cochero, sin duda», pensé, y corrí escaleras abajo sin más preguntas. Estaba cruzando la sala trasera, el lugar donde las profesoras recibíamos a las visitas, cuando alguien salió de ella a través de la puerta entreabierta.

—¡Estoy segura de que es ella! La habría reconocido en cualquier parte —gritó una mujer, deteniéndome y tomándome de la mano.

La miré: ante mí tenía a una mujer vestida como una criada de buena casa, con aire maternal aunque todavía joven. Era muy atractiva: tenía el cabello y los ojos negros, y un aire muy enérgico.

—Bueno, ¿quién soy? —preguntó en un tono que me era vagamente familiar, y luciendo en su rostro una media sonrisa—. ¿No se habrá olvidado de mí, señorita Jane?

En un segundo nos fundimos en un abrazo, mientras yo la besaba una y otra vez sin poder contenerme. No podía decir nada aparte de: «¡Bessie! Bessie!», a lo que ella respondía riendo y llorando a la vez. Entramos en la sala. Junto al fuego, había un chico de unos tres años vestido con un pantalón y una chaqueta a cuadros.

—Este es mi hijo —dijo Bessie.

—¿Te has casado?

—Sí. Hace ya cinco años, con Robert Leaven, el cochero. Además de Bobby, tengo una niña a la que he puesto el nombre de Jane.

—¿Sigues viviendo en Gateshead?

—Vivo en la portería. El antiguo portero se marchó.

—¿Y cómo les va a todos por allí? Tienes que contármelo todo, Bessie. Pero siéntate primero. Bobby, ven a sentarte sobre mis rodillas, ¿quieres?

Pero Bobby prefirió seguir al lado de su madre.

—No se ha hecho muy alta, señorita Jane, ni muy corpulenta —prosiguió la señora Leaven—. Me atrevería a decir que no la han tratado demasiado bien en el colegio: no le llega ni al hombro a la señorita Eliza, y la señorita Georgiana abulta el doble que usted.

—Georgiana debe de ser toda una belleza, ¿verdad?

—En efecto. El invierno pasado viajó a Londres con su mamá, y allí fue la admiración de todos. Un joven lord se enamoró de ella, pero la familia de él se opuso a esta relación, ¡y nunca adivinaría lo que hicieron! Él y la señorita Georgiana trazaron planes para huir juntos, pero fueron descubiertos y la fuga no llegó a producirse. Fue Eliza quien lo descubrió todo. Creo que tenía envidia de su hermana. Ahora se pasan el día peleándose como el perro y el gato.

—¿Y qué ha sido de John Reed?

—Bueno, no se ha convertido en lo que su mamá esperaba de él. Fue a la universidad, pero le expulsaron... Creo que lo dicen así. Entonces sus tíos quisieron

hacer de él un abogado y que estudiara derecho, pero es un joven tan disipado que nunca sacarán de él nada bueno.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es muy alto y algunas personas le consideran atractivo, pero tiene esos labios tan gruesos...

—¿Y la señora Reed?

—La señora se conserva fuerte y sin muchas arrugas, pero creo que no está demasiado tranquila: la conducta del señor John la preocupa. Él gasta el dinero a espuestas.

—¿Fue ella quien te envió, Bessie?

—No. Pero tenía muchas ganas de verla y, al enterarme de que había llegado una carta suya diciendo que se mudaría al otro lado del país, me decidí a visitarla antes de que fuera demasiado tarde.

—Me temo que te he decepcionado —dije, riendo. Percibí que la mirada de Bessie expresaba afecto, pero no admiración.

—No, señorita Jane. No exactamente: usted se ha convertido en toda una dama, y eso es todo lo que esperé de usted. De niña ya no era ninguna belleza.

Sonreí ante la franqueza de Bessie. Supuse que era la verdad, aunque debo confesar que no me sentó del todo bien: la mayoría de chicas de dieciocho años desean agradar, y la confirmación de que su aspecto no es capaz de suscitar ese sentimiento no resulta un plato de buen gusto.

—Pero estoy segura de que es usted muy inteligente —prosiguió Bessie, a modo de consuelo—. ¿Qué sabe hacer? ¿Toca el piano?

—Un poco.

Había uno en la habitación. Bessie levantó la tapa y me pidió que tocara algo para ella. Yo interpreté un par de vales y ella quedó encantada.

—¡Las señoritas Reed no tocan ni la mitad de bien! —exclamó entusiasmada—. Siempre dije que las sobrepasaría en conocimientos. ¿Sabe usted dibujar?

—Sobre la chimenea hay uno de mis cuadros.

Era la acuarela de un paisaje que había pintado como regalo a la supervisora en reconocimiento a su desinteresada mediación ante el comité. Ella lo había hecho enmarcar y lo había colgado en la sala.

—¡Es precioso, señorita Jane! Sabía que lo conseguiría, dijeran lo que dijeran sus parientes. Por cierto, hay algo que deseo preguntarle: ¿ha tenido alguna noticia de la familia de su padre, los Eyre?

—Ninguna.

—Bien, ya sabe que la señora siempre dice que eran gente pobre y despreciable. Tal vez carecieran de dinero, pero creo que su linaje nada tenía que envidiar al de los Reed. Un día, hace casi siete años, un tal señor Eyre llegó a Gateshead preguntando por usted; la señora le informó de que usted estaba en el colegio a más de ochenta kilómetros de distancia. El hombre se mostró muy apenado, ya que no podía quedarse

por más tiempo: se iba de viaje a un país extranjero y el barco zarpaba de Londres al día siguiente. Su aspecto era el de un caballero. Creo que se trataba del hermano de su padre.

—¿A qué país se dirigía, Bessie?

—A una isla a cientos de kilómetros. Un lugar donde hacen vino, según me dijo el mayordomo.

—¿Madeira? —sugerí.

—En efecto. ¡Ese es el nombre que dijo!

—¿Y se marchó?

—Sí, no permaneció más de unos minutos en la casa. La señora fue muy altanera, y después se refirió a él llamándole «vulgar vendedor». Mi Robert cree que era un comerciante de vinos.

—Es muy probable —contesté.

Bessie y yo conversamos durante una hora más sobre los viejos tiempos. Transcurrido ese tiempo, ella tuvo que marcharse. La vi de nuevo en Lowton a la mañana siguiente mientras esperaba al coche. Finalmente nos despedimos a la puerta del Brocklehurst Arms, y cada una tomó su camino: ella partió hacia las montañas de Lowood para tomar el carruaje que la llevaría de vuelta a Gateshead, y yo subí en el vehículo que iba a transportarme hacia nuevas obligaciones y hacia una nueva vida en los desconocidos alrededores de Millcote.

El nuevo capítulo de una novela es algo parecido al nuevo acto de una representación. Por lo tanto, lector, cuando suba el telón, imagínate que ante tus ojos hay una de las habitaciones de la posada George de Millcote. Es el típico cuarto que puede verse en esa clase de lugares: las paredes empapeladas con grandes dibujos, la alfombra, los muebles, los clásicos adornos sobre la chimenea. Y los cuadros, que incluyen un retrato de Jorge III, otro del príncipe de Gales y un grabado sobre la muerte de Wolfe. Todo esto resulta visible gracias a la luz que desprende una lámpara de aceite que cuelga del techo y de la que proporciona un fuego abundante, cerca del cual estoy sentada, todavía con el sombrero y la capa puestos. Los manguitos y el paraguas están encima de la mesa y yo intento mitigar el frío y el entumecimiento, fruto de dieciséis horas de exposición a la crudeza de un día de octubre. Salí de Lowton a las cuatro de la tarde, y en el reloj del campanario de Millcote acaban de dar las ocho de la mañana.

Lector, aunque dé la impresión de estar cómodamente instalada, mi mente no está en absoluto tranquila. Pensaba que habría alguien esperándome a mi llegada. Mientras descendía los escalones de madera que los mozos habían dispuesto para mí, no cesaba de mirar a mi alrededor aguardando oír mi nombre de labios de quien había de conducirme hasta Thornfield. No sucedió nada de todo esto, y cuando pregunté a un camarero si había llegado alguien preguntando por la señorita Eyre, su respuesta fue negativa, así que no tuve más remedio que solicitar una habitación en la posada. Y aquí sigo, expectante, con la mente nublada por un sinfín de dudas y malos presagios.

Para una joven inexperta resulta una sensación muy extraña el verse sola en el mundo: separada de todo lo que le es familiar, insegura de poder alcanzar el puerto al que se dirige, pero consciente de la imposibilidad de volver atrás. El amor por el riesgo endulza el sabor de esa sensación, y el brillo del orgullo te anima a seguir, pero de repente te asalta la brisa del miedo. Y, media hora después, sin ninguna noticia, puedo afirmar que el pavor me dominaba. Me obligué a hacer sonar el timbre.

—¿Existe algún lugar por las cercanías que responda al nombre de Thornfield? — pregunté al camarero que acudió a mi llamada.

—¿Thornfield? Lo ignoro, señora, pero lo preguntaré en el bar. —Se esfumó, pero reapareció al instante—. ¿Se llama usted Eyre, señorita?

—Sí.

—Alguien la espera abajo.

De un salto recogí los manguitos y el paraguas, y me dirigí a toda prisa hacia el pasillo de la posada. Había un hombre junto a la puerta y a la luz de las farolas pude distinguir un coche tirado por un único caballo.

—Supongo que esto debe de ser su equipaje —dijo el hombre, en tono bastante brusco, señalando el baúl que estaba en la entrada.

Asentí y él lo subió en el vehículo, que visto de cerca recordaba más a una carreta. Entré en él, pero antes de que cerrara la portezuela le pregunté a qué distancia estábamos de Thornfield.

—A unos diez kilómetros.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Alrededor de hora y media.

Cerró con fuerza la puerta del coche, se encaramó al pescante y partimos. El paso era tan lento que me permitió entregarme a mis cavilaciones: estaba contenta de que el viaje tocara a su fin, y mientras me acomodaba en el asiento, confortable aunque carente de elegancia, pude meditar a placer.

«A juzgar por la sencillez del vehículo y del criado —pensé—, debo suponer que la señora Fairfax no es una persona demasiado elegante. Tanto mejor; solo he vivido una vez entre gente fina y me sentí muy desgraciada. Me pregunto si vive con la única compañía de esa niña. Si es así, y si resulta una señora amable, estoy segura de que nos llevaremos bien. Al menos lo intentaré. Es una pena que solo con intentarlo una no consiga siempre el resultado que desea. En Lowood tomé esa decisión, la mantuve, y logré hacerme querer; pero con la señora Reed, mis esfuerzos siempre fueron recompensados con el más absoluto de los desprecios. Rezo a Dios para que la señora Fairfax no se convierta en una segunda señora Reed, pero, si se produce lo peor, tampoco debo desesperarme. Pongo otro anuncio. ¿Cuánto faltará para llegar?»

Bajé la ventanilla y me asomé: habíamos dejado Millcote a nuestras espaldas. A juzgar por el número de luces debía de ser un lugar de considerable tamaño, mucho más grande que Lowton. Por lo que podía ver, ahora nos encontrábamos en medio del campo, aunque había casas diseminadas por el lugar. Tuve la impresión de estar en una región totalmente diferente a Lowton, más poblada y menos pintoresca, más movida pero menos romántica.

Había mucha niebla y los caminos eran pedregosos, así que el conductor dejó que el caballo fuera caminando, con lo que la hora y media se convirtió en cerca de dos. Por fin, me gritó desde su asiento:

—Ya no estamos lejos de Thornfield.

Volví a asomarme. Estábamos pasando por delante de una iglesia. Vi la amplia torre recortada sobre el cielo y oí que las campanas tocaban el cuarto. Sobre una colina, vislumbré un conjunto de luces que parecían pertenecer a un pueblo o a un caserío. Pasados diez minutos, el conductor bajó del pescante para abrir una gran verja. La cruzamos, y esta se cerró con un sonido metálico. Subimos por un sendero que iba a parar a la parte frontal de la casa. Esta se hallaba a oscuras, excepto por el brillo de una vela que parpadeaba detrás de los cortinajes de una ventana. El coche se detuvo frente a la puerta principal y una doncella se encargó de abrirnos. Bajé del coche y entré en la casa.

—Haga usted el favor de seguirme, señora —dijo la chica.

Recorrimos el recibidor, cuadrado y provisto de gran cantidad de puertas. Me

condujo hasta una estancia, provista de tal profusión de velas encendidas y con un fuego tan vivo en el hogar, que el brillo me deslumbró, tal era su contraste con la oscuridad que me había rodeado en las últimas dos horas. Sin embargo, cuando la vista se acostumbró a la luz, la imagen que apareció ante mí fue de lo más acogedora.

Era una salita pequeña y confortable, en la que había una mesa redonda junto al fuego y un anticuado butacón de respaldo alto. En él se sentaba la anciana más diminuta que nadie pudiera imaginar, ataviada con un sombrero negro, un vestido de seda del mismo color y un níveo delantal de muselina, exactamente como yo la había dibujado en mi mente, aunque menos imponente y de aspecto más dulce. La dama estaba haciendo punto y tenía a un enorme gato dormido a sus pies. Era la viva estampa de un ambiente hogareño, y apenas podía concebirse un recibimiento más tranquilizador para una institutriz: no había nada abrumador, ninguna rigidez destinada a marcar distancias. Cuando entré, la anciana se levantó y se acercó a saludarme.

—¿Cómo está, querida? Me temo que ha tenido que soportar un trayecto muy aburrido. John conduce tan despacio... Debe de estar helada, venga junto al fuego.

—¿Usted es la señora Fairfax?

—Efectivamente. Ahora, siéntese.

Me llevó hasta su silla, y luego comenzó a despojarme del chal y a deshacer los lazos del sombrero. Le pregunté si no se estaba tomando demasiadas molestias.

—No es molestia. Me atrevería a decir que sus manos deben de estar paralizadas de frío. Leah, haz un poco de té y prepara uno o dos emparedados. Aquí tienes las llaves de la despensa.

Y del bolsillo de su vestido sacó el manojito de llaves típico de un ama de casa y se lo entregó a la criada.

—Ahora, acérquese más al fuego —prosiguió—. ¿Ha traído equipaje, querida?

—Sí, señora.

—Me ocuparé de que lo suban a sus aposentos —dijo, y fue a encargarse de ello.

«Me trata como si fuera una invitada —pensé—. Poco esperaba yo una recepción como esta. Más bien preveía un recibimiento frío y rígido. Esto no es lo que me han explicado acerca del trato que reciben las institutrices, aunque aún es pronto para cantar victoria.»

Volvió y con sus propias manos retiró los útiles de la labor y un par de libros que había sobre la mesa, con el fin de hacer sitio a la bandeja que traía Leah. La misma señora se encargó de servirme la bebida. Me sentía bastante confundida al ser objeto de tantas atenciones, más de las que había recibido en toda mi vida (y eso sin contar que era un superior a mí quien las prodigaba); sin embargo, actuaba con tanta naturalidad que decidí aceptar su amabilidad sin protestar.

—¿Tendré el placer de conocer esta noche a la señorita Fairfax? —pregunté, después de dar buena cuenta de lo que me ofrecían.

—¿Qué ha dicho, querida? Me temo que estoy un poco sorda —replicó la buena

señora, acercando su oído a mi boca.

Repetí la pregunta en tono alto y claro.

—¿La señorita Fairfax? ¡Oh, debe de referirse a la señorita Varens! Ella es su futura discípula.

—Entonces, ¿no se trata de su hija?

—No. Yo no tengo familia.

Con gusto habría seguido preguntando, con el fin de aclarar qué relación la unía a la señorita Varens, pero recordé que el exceso de preguntas no se consideraba de buena educación. Además, estaba segura de que no tardaría en saberlo.

—Estoy tan contenta... —prosiguió la dama. Se sentó frente a mí y se subió al gato sobre su regazo—. Tan contenta de que haya venido... Será muy agradable vivir aquí con un poco de compañía. No es que no fuera agradable hasta ahora, no. Thornfield es una hermosa mansión antigua, algo descuidada en los últimos años quizá, pero que sigue siendo un lugar confortable. ¡Pero los inviernos son tan largos! Una no puede por menos que sentirse sola. Digo sola, cuando lo cierto es que Leah es una buena chica y tanto John como su esposa son personas muy decentes, pero usted ya me entiende: al fin y al cabo, no son más que criados, y una no puede ponerse a su altura y entablar conversación con ellos. Hay que mantener las distancias o se corre el riesgo de perder la autoridad. Puedo afirmar con seguridad que a lo largo del pasado invierno (que como usted recordará fue de los más rigurosos: no paró de llover y nevar durante meses) ni una sola persona, a excepción del carnicero y el cartero, se acercó a la casa desde noviembre hasta febrero. Y la verdad es que una acaba embargada por la melancolía, sentada noche tras noche en esta sala, siempre sola. A veces pedía a Leah que me leyera un rato, pero creo que a la chica no le hacía demasiada gracia: se sentía encerrada. En primavera y en verano todo se hace más llevadero: luce el sol y los días son más largos, y entonces, justo a principios de otoño, llegó la pequeña Adela Varens con su niñera. ¡No hay nada que alegre tanto una casa como los niños! Y ahora que está usted aquí, todo será mucho más divertido.

Agradecí de todo corazón la animada bienvenida de la dama y acerqué mi silla a la suya para expresarle el sincero deseo de que hallara mi compañía tan agradable como esperaba.

—No voy a tenerla despierta hasta muy tarde esta noche —dijo la anciana—. Van a dar las doce, y usted ha tenido un día muy duro. Seguro que está cansada. Si sus pies ya han entrado en calor, la llevaré a su dormitorio. He ordenado que preparen para usted la habitación que hay junto a la mía. Es un cuarto pequeño, pero creí que le gustaría más que uno de los enormes cuartos que dan a la fachada principal. Están provistos de muebles más bellos, pero son tan oscuros y solitarios que yo misma evito dormir en ellos.

Le di las gracias por las molestias que se había tomado; lo cierto es que el largo viaje me había fatigado, así que expresé el deseo de retirarme. Ella cogió la vela, y yo la seguí. Primero, se aseguró de que la puerta del recibidor estuviera bien cerrada;

sacó la llave de la cerradura y me guió escaleras arriba. Tanto los escalones como las barandillas eran de roble. La ventana enrejada que había en lo alto de la escalera era más propia de un monasterio que de una casa, y lo mismo puede decirse del larguísimo corredor al que daban los dormitorios. Un aire frío, casi conventual, flotaba por las escaleras y por el corredor, dejando una estela de vacío y malos presagios. Me alegré de dejarla atrás al meterme en mi habitación, no muy grande y amueblada en un estilo moderno y práctico.

Después de que la señora Fairfax me hubo deseado buenas noches, cerré la puerta y observé satisfecha lo que me rodeaba: la acogedora imagen de mi habitación contribuyó a disipar la atmósfera fantasmal que se respiraba en las amplias escaleras y en el largo y frío corredor. Por fin, después de un día repleto de fatiga y ansiedad, me sentía a salvo. Mi corazón abrigaba un gran impulso de gratitud y me arrodillé a los pies de la cama para dar gracias al responsable de tantos favores, sin olvidarme de solicitar su ayuda en el nuevo camino que había emprendido, así como energía suficiente para hacerme merecedora de tanta bondad. No había espinos^[1] en mi cama aquella noche, ni la solitaria habitación inspiró en mí temor alguno. Tranquila y complacida, no tardé en quedarme profundamente dormida y ya era de día cuando desperté.

La brillante luz del sol que penetraba a través de las cortinas de cretona azul me mostró una pequeña y alegre habitación, con las paredes empapeladas y el suelo cubierto por una alfombra, tan distinto de los desnudos tablones manchados de yeso que había en Lowood que su mera visión tuvo la virtud de animarme. El aspecto externo causa un gran efecto en la gente joven, y pensé que empezaba para mí una época más hermosa, una época repleta de rosas y placeres, de espinas y quebrantos. Todos mis sentidos parecían haberse activado, espoleados por el cambio de escenario y las esperanzas que este les ofrecía. No soy capaz de definir con precisión qué es lo que esperaban, pero se trataba de algo agradable, que no tenía por qué suceder ese día ni ese mes, sino más tarde, en un futuro indefinido.

Me levanté de la cama y me vestí con esmero. Pese a que me veía obligada a ser sencilla —ni una sola de las prendas que conformaban mi guardarropa podía considerarse bonita en modo alguno—, era pulcra por naturaleza. Mi aspecto no me era indiferente, ni tampoco la impresión que causara en los demás. Al contrario, siempre tuve el deseo de ofrecer la mejor imagen posible y de gustar tanto como me permitiera mi escasa belleza. A menudo lamentaba no ser más hermosa: hubiera deseado tener las mejillas sonrosadas, la nariz recta y la boca pequeña y roja como una cereza; ansiaba ser alta, de porte elegante y de buena figura. Me sentía desgraciada siendo tan bajita, tan pálida y con rasgos tan irregulares y marcados. ¿Y a qué venían esas aspiraciones y esas quejas? Me resultaba difícil decirlo: no lograba distinguir la razón con claridad, aunque esta razón existía, y era lógica y natural. En cualquier caso, me cepillé el pelo hasta dejarlo suave, me puse el vestido negro —el cual, pese a su severo aspecto, se ajustaba a mi cuerpo como un guante— y me

abroché el cuello blanco, pensando que mi imagen era lo bastante respetable como para aparecer delante de la señora Fairfax, y evitar que mi nueva discípula me mirara con antipatía desde el primer momento. Después de abrir la ventana de la habitación y de echar una última mirada al tocador para asegurarme que todo quedaba limpio y ordenado, me decidí a salir.

Crucé la larga galería cubierta y descendí por los resbaladizos escalones de roble; después llegué al recibidor, donde me detuve unos minutos para admirar los cuadros de las paredes (recuerdo uno que representaba a un hombre de porte severo con una coraza, y otro de una dama con una peluca empolvada que lucía un collar de perlas), la lámpara de bronce que colgaba del techo y un gran reloj metido en una caja de roble provista de curiosos grabados, negra como el ébano por el roce y el paso del tiempo. Todo me resultaba majestuoso e imponente, pero hay que reconocer que en esos días yo estaba muy poco acostumbrada al lujo. La puerta del recibidor, que era medio de cristal, estaba abierta y por ella me asomé al exterior. Era una hermosa mañana de otoño; los primeros rayos del sol derramaban su luz serena sobre el mustio arbolado y los campos todavía verdes. Al avanzar hacia la pradera, levanté la mirada para inspeccionar la fachada de la mansión. Era una casa de tres pisos, de proporciones considerables aunque no excesivas: parecía la casa de campo de un caballero, no la residencia de un noble. Las almenas que la coronaban le conferían un aspecto de lo más pintoresco. La fachada gris se recortaba sobre un nido de grajos, cuyos habitantes se dedicaban a sobrevolar la pradera y los campos hasta llegar a un claro enorme en el prado, separado del resto por una valla hundida, donde un conjunto de viejos y poderosos espinos, fuertes, nudosos y anchos como robles, daban sentido al nombre de la casa. A lo lejos se avistaban montañas, no tan elevadas como las que rodeaban Lowood, ni tan escarpadas: no se alzaban como barreras separándonos del mundo exterior sino que eran colinas tranquilas y solitarias. Sin embargo, su presencia parecía aislar Thornfield de un modo que yo no habría creído posible, dada la proximidad de una ciudad tan bulliciosa como Millcote. En la ladera de una de esas colinas había una aldea, cuyos tejados asomaban entre los árboles; la iglesia del distrito quedaba dentro de los márgenes de Thornfield, y la antigua torre sobresalía por un montículo situado entre la casa y las verjas.

Yo aún estaba disfrutando de la tranquilidad y del agradable aire fresco, a ratos escuchando con deleite el canto de los grajos, a ratos contemplando la amplia y vieja fachada de la casa, mientras pensaba en lo enorme que era para una pequeña dama solitaria como la señora Fairfax, cuando esta apareció en la puerta.

—¡Vaya! ¿Ya está levantada? —exclamó—. Veo que es usted madrugadora.

Me acerqué a ella y fui recibida con un cariñoso beso y un apretón de manos.

—Y qué, ¿le gusta Thornfield? —preguntó.

Le respondí que me parecía un lugar muy agradable.

—Sí —prosiguió—, es bonito, pero me temo que acabará deteriorándose a no ser que el señor Rochester se meta en la cabeza la idea de residir aquí de manera

permanente, o, en su defecto, de realizar visitas más frecuentes: estos caserones rodeados de tanto terreno requieren la presencia del propietario.

—¿El señor Rochester? —exclamé—. ¿Quién es?

—El dueño de Thornfield —respondió tranquilamente—. ¿No sabía que se llama Rochester?

Por supuesto que lo ignoraba. Era la primera vez que oía ese nombre en mi vida, pero la anciana dama parecía considerar su existencia como un hecho universalmente asumido, del que todo el mundo debía estar al corriente por puro instinto.

—Yo creí —continué diciendo— que Thornfield le pertenecía a usted.

—¿A mí? ¡Dios la bendiga, chiquilla! ¡Vaya ocurrencia! Yo solo soy el ama de llaves, la encargada de la casa. Cierto que me une un lejano parentesco con los Rochester por parte de madre, o al menos unía a mi marido. Era clérigo, titular de la parroquia de Hay, esa pequeña aldea que se distingue en la colina, y de la iglesia que hay junto a la verja. La madre del actual señor Rochester era una Fairfax, prima segunda de mi esposo, pero yo nunca presumo del parentesco. De hecho, para mí carece por completo de importancia: me veo a mí misma como un ama de llaves corriente. El señor siempre se porta conmigo con gran educación y no espero nada más por su parte.

—¿Y la niña, mi pupila?

—Se halla bajo la tutela del señor Rochester y él me encargó que le buscara una institutriz. Creo que su intención es criarla en este condado. Ahí viene, acompañada de su «bonne», como ella llama a la niñera.

Las palabras de la señora habían aclarado por completo el enigma: esta afable y cariñosa viuda estaba en la misma posición que yo, era una empleada y no una gran dama. No me gustó menos por ello. Al contrario, me sentí más complacida que nunca. La igualdad entre nosotras era un hecho real, no el resultado de una cierta condescendencia por su parte. Tanto mejor: podía así comportarme con ella con mayor libertad.

Mientras daba vueltas a este descubrimiento, una niña pequeña seguida por una criada llegó corriendo por el jardín. Miré a mi pupila, quien al principio no pareció advertir mi presencia. Era aún una cría, no contaría más de siete u ocho años, de complexión delgada, con un rostro pálido de rasgos pequeños y una cascada de rizos que le llegaba a la cintura.

—Buenos días, señorita Adela —dijo la señora Fairfax—. Venga a conocer a la dama que será su profesora y la ayudará a convertirse en el futuro en una mujer culta e inteligente.

La niña se acercó a mí.

—*C'est là ma gouvernante?*^[2] —dijo, dirigiéndose a la niñera y señalándome.

—*Mais oui, certainement.*^[3]

—¿Son extranjeras? —pregunté, sorprendida de oírlas hablar en francés.

—La niñera es extranjera: Adela nació en el continente y, según creo, no lo

abandonó hasta hace seis meses. Cuando llegó no sabía ni una palabra de inglés, pero ahora ya empieza a chapurrearlo. Yo soy incapaz de entender lo que dice, lo mezcla todo con el francés, pero supongo que usted podrá captar el significado de sus palabras.

Afortunadamente, yo había disfrutado de la ventaja de aprender francés de la mano de una profesora nativa. Siempre mostré un gran interés por conversar con madame Pierrot tan a menudo como era posible, y durante los últimos siete años dediqué horas cada día a memorizar palabras y expresiones (obligándome a luchar contra el acento y a imitar con la mayor fidelidad posible la pronunciación de la maestra); de manera que había llegado a adquirir un cierto grado de fluidez y corrección en dicha lengua, algo que sin duda iba a serme de provecho con la señorita Adela. Al oír que yo sería su institutriz, la niña vino y me estrechó la mano. Mientras la acompañaba a desayunar, le dirigí varias frases en su lengua natal, a las que respondió, aunque de manera escueta. Sin embargo, una vez sentadas a la mesa y después de observarme atentamente con sus ojos de gacela durante más de diez minutos, se lanzó de repente a charlar sin parar.

—¡Ah! —gritó en francés—. Usted habla mi idioma tan bien como el señor Rochester. Podemos hablar igual que con él, tanto yo como Sophie. Ella estará encantada: aquí nadie la entiende. La señora Fairfax solo sabe inglés. Sophie es mi niñera, vino conmigo en un barco que tenía una chimenea muy grande que echaba humo. ¡Y cuánto humo! Y yo estaba enferma, y Sophie también, y el señor Rochester. El señor Rochester se tumbaba en el sofá de una bonita habitación a la que llamaban el salón, y Sophie y yo teníamos camas en otra parte. La mía era como un estante y estuve a punto de caerme. Y mademoiselle... ¿cómo se llama?

—Eyre, Jane Eyre.

—¿Aire? ¡Bah! No puedo decirlo. Bueno, nuestro barco se detuvo de madrugada, antes de que saliera el sol, en una gran ciudad. Era un lugar enorme, lleno de casas oscuras y de humo. No se parecía en nada a la pequeña y limpia ciudad de la que procedo, y el señor Rochester me cogió en brazos para cruzar por un tablón y llegar a tierra. Sophie cruzó después y todos nos metimos en un coche que nos llevó a una casa grande y bonita, más grande y más bonita que esta, llamada hotel. Permanecimos allí durante casi una semana. Yo y Sophie solíamos dar paseos por un lugar lleno de árboles al que llamaban el parque. Había montones de niños y un estanque en el que se posaban preciosos pájaros, y yo les tiraba migas de pan para que comieran.

—¿La entiende cuando habla tan rápido? —preguntó la señora Fairfax.

La comprendía perfectamente ya que estaba acostumbrada a la ágil lengua de madame Pierrot.

—Desearía que le hiciera un par de preguntas sobre sus padres —prosiguió la buena señora—. Me pregunto si se acuerda de ellos.

—Adèle, ¿con quién vivías cuando estabas en esa pequeña y limpia ciudad de la

que hablaste?

—Hace tiempo vivía con mamá, pero ahora ella está en el cielo. Mamá me enseñaba a cantar y a bailar, y a recitar poemas. Mamá recibía las visitas de multitud de damas y de caballeros, y yo solía bailar para ellos o me sentaba en sus rodillas para cantar. Me encantaba. ¿Quiere oírme cantar ahora?

Había terminado de desayunar, así que le di permiso para ofrecernos una muestra de sus habilidades. Descendió de la silla y vino a sentarse sobre mis rodillas. Entonces, entrelazando los dedos en un gesto de disimulada coquetería, echó los rizos hacia atrás y, con la mirada perdida en las alturas, entonó un fragmento de alguna ópera. Representaba el lamento de una dama traicionada que, tras llorar por la perfidia de su amante, invoca a su orgullo; pide a su criada que traiga ante ella sus mejores joyas y sus más ricos vestidos, a la vez que decide encontrarse con el perverso amante en un baile esa misma noche y fingir ante él una absoluta indiferencia, para que este no advierta lo mucho que le ha afectado su traición.

El tema no era el más adecuado para ser cantado por una niña, pero supongo que la gracia de la exhibición residía en oír esas notas de amor y celos moduladas por una voz infantil. Una gracia de bastante mal gusto, en mi opinión.

Adèle entonó la canción sin desafinar y con la inocencia propia de su edad. Cuando acabó, se puso en pie de un salto y dijo:

—Ahora, mademoiselle, voy a recitarle un poema.

Se puso en situación e inició «La Ligue des Rats», *fable* de La Fontaine. Declamó la breve obra poniendo una gran atención en la puntuación y la entonación, cambiando de voz cuando el texto lo requería y ajustando sus gestos al sentido de la historia. Todo ello era inusual para una niña de su edad y demostraba que había sido bien enseñada.

—¿Fue tu mamá quien te enseñó este poema? —pregunté.

—Sí, y ella siempre solía decirlo así: «*Qu'avez vous donc? Lui dit un des ces rats; parlez!*».^[4] Ella me hacía alzar la mano, así, para recordarme que debía marcar el tono en la pregunta. ¿Le apetece verme bailar?

—No, ya es suficiente. Pero, después de que tu mamá se fuera al cielo, como tú dices, ¿con quién vivías?

—Con madame Frédéric y su marido. Ella cuidaba de mí, pero no somos parientes. Creo que es pobre, porque su casa no era tan bonita como la de mamá. No estuve en ella mucho tiempo: el señor Rochester me preguntó si me gustaría vivir con él en Inglaterra y yo le dije que sí. Conocía al señor Rochester desde antes que a madame Frédéric, y él siempre había sido amable conmigo y me regalaba vestidos y juguetes. Pero no ha cumplido su promesa: me ha traído a Inglaterra y él ha regresado, así que nunca le veo.

Después del desayuno, Adèle y yo entramos en la biblioteca. Al parecer, el señor Rochester había dado órdenes directas de que fuera utilizada como sala de estudio. La mayoría de los libros permanecían cerrados detrás de puertas de cristal, pero había

unos estantes abiertos que contenían todo lo necesario para la enseñanza elemental, además de varios volúmenes de literatura variada, poesía, biografías, relatos de viajes y unas cuantas novelas. Supongo que él había creído que eran todo lo que una institutriz podía desear para distraerse y, de hecho, la selección me dejó bastante satisfecha. Comparados con los escasos libros que había conseguido en Lowood, estos parecían ofrecer una amplia variedad de entretenimiento e información. En la habitación también había un piano, bastante nuevo y afinado, un caballete de pintor y un par de globos terráqueos.

Descubrí que mi alumna era bastante dócil, aunque poco inclinada al estudio. No estaba habituada a ningún esfuerzo constante. Sentí que sería contraproducente exigirle demasiado al principio, así que al mediodía, después de haber hablado mucho con ella y conseguido que aprendiera un par de cosas, le di permiso para que fuera en busca de su niñera. Luego decidí mantenerme ocupada hasta la hora de comer esbozando algunos dibujos que podían sernos útiles para las clases.

Cuando subía a buscar la carpeta y los lápices, la señora Fairfax me llamó.

—Supongo que ha terminado la clase de la mañana.

Se dirigió a mí desde una habitación cuyas puertas estaban abiertas. Entré al oír su voz: era una sala amplia y lujosa con la tapicería y las cortinas de color violeta, en la que podía verse una alfombra turca, las paredes cubiertas de nogal, cristales policromados en las ventanas y un techo altísimo finamente moldeado. La señora Fairfax quitaba el polvo de unos jarrones de color violeta que había sobre un aparador.

—¡Qué hermosa habitación! —exclamé, mientras mis ojos recorrían la estancia. En la vida había visto una sala la mitad de majestuosa que aquella.

—Sí, es el comedor. Acabo de abrir las ventanas para que se airee un poco. Estas habitaciones cogen mucho olor a cerrado si se usan poco. El estudio del señor, por ejemplo, parece una cripta.

Señalaba a un amplio arco, frente a la ventana, del que colgaba una cortina de color violeta, ahora recogida por encima de la arcada. Llegué hacia él a través de dos anchos escalones, maravillada por lo que veía. Por un momento pensé que me encontraba en el escenario de un cuento de hadas, de tan fantástica que resultó la imagen a mis ojos inexpertos. Y eso que se trataba únicamente de un bonito salón con un gabinete incluido. En ambos había alfombras blancas estampadas con brillantes guirnalda de flores; ambos techos estaban decorados con níveas molduras que representaban racimos de uva y hojas de parra, formando un vivo contraste con el púrpura que centelleaba en los cojines y otomanas. Los adornos de la chimenea eran de reluciente cristal de Bohemia, rojo rubí, y los grandes espejos colgados entre las ventanas se encargaban de reflejar aquella mezcla de fuego y nieve.

—¡Qué ordenadas tiene usted estas habitaciones, señora Fairfax! Sin polvo, sin telas que cubran los muebles. Si no fuera por el frío que hace, se diría que se usan a diario.

—¿Sabe una cosa, señorita Eyre? La verdad es que aunque el señor Rochester no suele visitarnos muy a menudo, su llegada siempre se produce de manera inesperada. Como observé que le molestaba mucho encontrar los muebles enfundados y que su súbita aparición desencadenase un torbellino de frenética actividad, decidí mantener las habitaciones siempre a punto.

—¿Es el señor Rochester un hombre maniático y exigente?

—No demasiado, pero posee las costumbres y los gustos de un caballero y espera que las cosas se hagan conforme a sus deseos.

—¿A usted le resulta simpático? ¿Cae bien a la gente?

—Oh, sí. La familia siempre ha gozado de mucho respeto aquí. Casi toda la tierra de este condado, hasta donde le alcance la vista, ha pertenecido a los Rochester desde tiempos inmemoriales.

—Ya, pero dejando las tierras al margen, ¿usted le aprecia? ¿La gente le quiere por sí mismo?

—No existe ninguna razón para que no le aprecien, y creo que sus arrendatarios le consideran un amo justo y liberal, pero lo cierto es que nunca ha pasado demasiado tiempo con ellos.

—Pero ¿no tiene algún rasgo peculiar? Me refiero a cómo es su carácter.

—Bueno, puede decirse que es un hombre de carácter impecable. Tal vez sea algo especial: sus múltiples viajes le han llevado por casi todo el mundo. Me atrevería a decir que es un hombre inteligente, aunque nunca he entablado largas conversaciones con él.

—¿En qué sentido es especial?

—No sé, no resulta fácil describirlo... Nada que llame en exceso la atención; no obstante, cuando te habla, nunca estás segura de si lo hace en serio o en broma, de si está contento o disgustado. En definitiva, cuesta comprenderlo, al menos, a mí. Pero no importa: es un buen amo.

Esa es toda la información que pude obtener de la señora Fairfax acerca del señor. Hay personas así, incapaces de describir un carácter y de observar los aspectos más llamativos tanto de personas como de objetos. La buena señora era una de ellas. Mis preguntas se limitaban a confundirla. A sus ojos, el señor Rochester era el señor Rochester: un caballero, un terrateniente. Eso era todo lo que le interesaba averiguar, y era evidente que mis esfuerzos por hacerme una idea de la forma de ser del señor le resultaban bastante extraños.

Cuando salimos del comedor, se ofreció a mostrarme el resto de la casa. La seguí, subiendo y bajando escaleras, y admirando al pasar el buen gusto que destilaba cada uno de sus rincones. Hallé especialmente lujosas las amplias habitaciones de la parte delantera, y me atrajo el aire de antigüedad que se respiraba en algunas del tercer piso, pese a ser estancias mas bien oscuras y de techos bajos. Con el paso de los años las modas cambiaban, y los muebles que antaño adornaron las salas principales habían ido llenando los cuartos superiores. La débil luz que se colaba por las

estrechas ventanas mostraba lechos de más de cien años; baúles de roble y nogal con grabados de hojas de palma y cabezas de ángeles, que hacían pensar en el Arca de la Alianza; filas de sillas de venerable aspecto, de respaldo alto y estrecho; banquetas aún más antiguas en cuyos cojines podían vislumbrarse restos de bordados, realizados por manos que ya llevaban dos generaciones enterradas. Todas estas reliquias daban al tercer piso de Thornfield Hall el aspecto de un hogar del pasado, un sepulcro de recuerdos. A la luz del día transmitían una atmósfera de silencio, penumbra y sosiego, pero por nada del mundo habría pasado una noche en una de esas anchas y sólidas camas: algunas cerradas detrás de puertas de roble; otras ocultas bajo antiguos cortinajes ingleses, repletos de bordados con la forma de extrañas flores, extrañas aves y extraños rostros, a los que la pálida luz de la luna conferiría un aire sobrecogedor.

—¿Los criados duermen en estas habitaciones? —pregunté.

—No, ocupan unos cuartos más pequeños en la parte de atrás. Nadie duerme aquí. Una diría que, de haber un fantasma en Thornfield Hall, esta sería su guarida.

—Lo creo. ¿Y no hay ningún fantasma?

—Ninguno del que yo haya oído hablar —respondió sonriente la señora Fairfax.

—¿Ni siquiera leyendas o relatos del pasado? ¿Alguna tradición?

—No lo creo. Y eso que se dice que los Rochester han sido una estirpe violenta. Tal vez sea por eso que ahora descansan tranquilamente en sus tumbas.

—Sí. «Tras la intensa fiebre de la vida llega el reposo más plácido» —murmuré. Vi que la señora Fairfax se alejaba y le pregunté adónde se dirigía.

—Al tejado. ¿Quiere acompañarme y contemplar el paisaje desde allí?

La seguí de nuevo, subimos una empinada escalera hasta el ático; una vez allí, ascendimos otra escalera y salimos al tejado a través de una trampilla. Ahora estaba al mismo nivel que la colonia de grajos y podía observar sus nidos. Apoyada en las almenas, dejé que mi mirada recorriese los campos como si se tratara de un mapa: la hierba brillante y aterciopelada que se extendía hasta la base de la gris mansión; el campo, amplio como un parque y salpicado de viejos árboles; el bosque, seco y amarillento, dividido por un sendero desdibujado por causa de la maleza que mostraba un verde aún más intenso que el de las copas de los árboles; la iglesia junto a la verja, el camino, las tranquilas colinas reposando bajo el sol otoñal... Todo ello delimitado por un cielo azul con perlas de mármol blanco. No había nada extraordinario en la escena, pero el conjunto era agradable. Al retomar el descenso por la escalera apenas podía distinguir dónde ponía los pies. El ático parecía oscuro como una tumba comparado con la claridad azulada del exterior, con aquel paisaje crepuscular formado por el bosque, los prados y la verde colina, que yo había estado contemplando con ávido placer.

La señora Fairfax se detuvo unos instantes para cerrar la trampilla. A tientas, conseguí hallar la salida del ático y descendí por la estrecha escalera, que me condujo hasta un largo corredor que separaba las habitaciones delanteras y traseras del tercer

piso. Era estrecho, oscuro y de techo bajo, con solo una ventana en uno de los extremos; las dos filas de negras puertas cerradas, a ambos lados, recordaban al castillo de Barba Azul.

Mientras avanzaba lentamente por él, llegó a mis oídos una carcajada, el último sonido que yo esperaba escuchar en una zona tan solitaria. Fue una risa peculiar, inconfundible, triste y solemne. Me detuve, y el sonido cesó durante un momento, para luego repetirse con más fuerza que antes, ya que al principio, aunque audible, había sido una risa grave. Recorrió el pasillo como un grito clamoroso, despertando ecos en los rincones solitarios. Pese a ello, habría jurado que procedía de una sola habitación y habría podido señalar la puerta tras la que se ocultaba.

—¡Señora Fairfax! —grité al escuchar sus pasos por las escaleras—. ¿Ha oído esa risa? ¿A quién pertenece?

—Debe de ser alguna criada, —respondió—. Grace Poole, seguramente.

—¿La ha oído?

—Oh, sí. Con toda claridad. No es la primera vez que la oigo. Grace cose en una de esas habitaciones; a veces Leah sube a hacerle compañía y acaban haciendo mucho ruido.

La risa se repitió, en un tono más bajo, casi gutural, acabando en un extraño murmullo.

—¡Grace! —exclamó la señora Fairfax.

La verdad es que yo no esperaba que contestara ninguna Grace. La risa era tan trágica, tan sobrenatural, que no parecía proceder de una garganta humana. Suerte que era mediodía y que no había rastro de fantasmas que provocaran temor, o de lo contrario me habría dejado llevar por un pánico cervical. De hecho, no hay duda de que el acontecimiento me había asustado como a una tonta.

Se abrió una puerta cercana y por ella salió una criada. Era una mujer de entre treinta y cuarenta años, de complexión cuadrada, pelirroja, y con un rostro que no mostraba la menor expresión. Apenas podía imaginarse una figura menos fantasmagórica o romántica que aquella.

—Haces demasiado ruido, Grace —reconvino la señora Fairfax—. ¡Recuerda las órdenes!

Grace hizo una silenciosa reverencia y volvió a meterse en el cuarto.

—Viene a coser y a ayudar a Leah con las tareas de casa —prosiguió la viuda—. Tiene algunos defectos, pero en general cumple con sus obligaciones. Por cierto, ¿cómo le ha ido el primer día de clase con su pupila?

La conversación versó entonces sobre Adèle, y continuó hasta que llegamos abajo, a la zona alegre e iluminada de la casa. Adèle llegó corriendo hasta nosotras.

—*Mesdames, vous êtes servies! J'ai bien faim, moi!*^[5] —añadió.

La comida nos esperaba en la habitación de la señora Fairfax.

En consonancia con mi plácida llegada a Thornfield Hall, el augurio de un trabajo sin sobresaltos no fue traicionado a medida que fui conociendo mejor el lugar y las personas que lo habitaban. La señora Fairfax hacía honor a su aspecto: era una mujer de temperamento afable y tranquilo, educada y de inteligencia media. Mi alumna era una niña vivaz, tal vez demasiado consentida y un poco caprichosa. Sin embargo, el hecho de que yo fuera la única encargada de su cuidado, sin interferencias externas que contrariaran mis decisiones, hizo que pronto olvidara sus pequeñas manías y se convirtiera en una pupila dócil y fácil de enseñar. No poseía talentos destacables, ni marcados rasgos de carácter, ni daba muestras de un gusto singular que la elevara por encima de la media, pero tampoco había nada en ella ningún vicio o deficiencia que la situara por debajo. Sus progresos eran razonables, sentía por mí un afecto espontáneo aunque no demasiado profundo, y su simplicidad, su alegre charla y sus constantes esfuerzos por agradar, me inspiraban a cambio el cariño suficiente para que los ratos que pasábamos juntas transcurrieran de forma agradable.

Estas palabras, *par parenthèse*, pueden sonar muy frías para aquellos que sostienen solemnes doctrinas referentes a la naturaleza angelical de los niños y al deber que tienen sus educadores de sentir por ellos una devoción rayana en la idolatría. Pero yo no estoy escribiendo para halagar el egoísmo de los padres, para hacerme eco de opiniones pomposas ni para corroborar una farsa. Me limito a decir la verdad: me preocupaban el bienestar y los progresos de Adèle y sentía afecto por ella, al igual que agradecía las amabilidades de la señora Fairfax, disfrutando de la paz que me reportaba su compañía y la moderación que se desprendía de su pensamiento y de su conducta.

Muchos me criticarán cuando añada que, en ocasiones —cuando iba sola a dar un paseo por el campo, cuando bajaba hasta la verja y miraba el camino por entre sus barrotes, o cuando aprovechaba los ratos en que Adèle estuviera jugando a preparar mermelada con su niñera y la señora Fairfax, para subir hasta el ático, levantar la trampilla y asomarme a contemplar los campos, la colina y la frágil línea del horizonte—, ansiara atravesar con la mirada los límites impuestos para alcanzar ese mundo bullicioso y lleno de vida del que tanto había oído hablar, pero que jamás había visto. Deseaba adquirir más experiencia, relacionarme con gente más parecida a mí, de caracteres distintos a los de aquellos que formaban mi entorno. Valoraba las virtudes de la señora Fairfax y de Adèle, pero estaba convencida de que existían otras clases de bondades más emocionantes, y quería descubrir si mis creencias eran ciertas.

¿Quién puede censurarme? Muchos, sin duda, me acusarán de desagradecida. No podía evitarlo: la agitación bullía en mi naturaleza con tanta fuerza que a veces llegaba a dolerme. En esas ocasiones, mi único consuelo consistía en recorrer el pasillo del tercer piso de un lado a otro, sintiéndome segura en medio de la soledad y

el silencio que rezumaba el lugar. Allí, dejaba que mi mente construyera brillantes visiones, emociones imaginarias que me sacudían el corazón al mismo tiempo que lo llenaban de vida, y, lo mejor de todo, abría mis oídos hacia un cuento interminable, un relato que mi imaginación había inventado y que no paraba de narrarme a mí misma. Un relato que contenía los incidentes, la vida, el fuego y la pasión que hubiera deseado sentir en mi existencia actual.

Resulta absurdo decir que la calma satisface a los seres humanos. En sus vidas debe haber acción, y si no la tienen, acabarán buscándola. Millones de personas se ven condenadas a una vida más monótona que la mía, y son millones los que se rebelan en silencio contra ese destino. Nadie sabe cuántas rebeliones, al margen de las políticas, fermentan en la masa de seres vivos que habita la tierra. Se supone que las mujeres aspiran a la calma, pero lo cierto es que mujeres y hombres comparten los mismos sentimientos. Ellas, al igual que sus hermanos, también necesitan ejercitar sus facultades y un campo donde poder concentrar sus esfuerzos. Las rígidas represiones y el estancamiento absoluto les causan el mismo sufrimiento que provocaría en los hombres, y resulta patético que esos compañeros más privilegiados las confinen en el hogar, a hornear pasteles o zurcir medias, a tocar el piano o bordar bolsas. Es injusto criticarlas o reírse de sus empeños por llegar más allá, por aprender cosas que la costumbre les ha negado, tachándolas de innecesarias para las de su sexo.

En esos ratos de soledad a menudo oía la extraña risa de Grace Poole: el mismo timbre, el mismo tono lento y grave que tanto me sorprendió la primera vez que llegó hasta mí. También escuchaba sus excéntricos murmullos, aún más peculiares que su risa. Había días en los que estaba en relativo silencio, pero había otros en que producía incontables sonidos. A veces la veía: salía de la habitación llevando en las manos una palangana, un plato o una bandeja; bajaba a la cocina para volver al poco rato, provista (oh, lector romántico, perdóname por contarte la verdad sin adornos) de una jarra de cerveza negra. Sus apariciones servían siempre de revulsivo ante la curiosidad que generaban sus extravagantes sonidos: de rasgos bastos y serios, no había en ella nada que lograra despertar el menor interés. Varias veces intenté entablar conversación con ella, pero era una mujer de pocas palabras: una réplica monosilábica solía atajar cualquier esfuerzo de esa índole.

El resto del personal de la casa, es decir, John y su esposa, la doncella Leah y Sophie, la niñera francesa, eran gente decente, pero no había en ellos ningún rasgo destacable. Solía hablar con Sophie en francés, y a veces le hacía preguntas acerca de su tierra natal, pero la chica no tenía ninguna facilidad para la descripción o la narración y sus respuestas eran tan vagas y confusas que una acababa perdiendo el interés.

Pasaron los meses de octubre, noviembre y diciembre. Una tarde de enero, la señora Fairfax me pidió que disculpara a Adèle de la clase ya que estaba resfriada. Como Adèle secundara la propuesta con un ardor que me recordó lo maravillosas que

me habían parecido de pequeña las fiestas inesperadas, accedí a sus deseos pensando que hacía bien en mostrar una cierta flexibilidad. Era un día sereno, aunque muy frío. Llevaba toda la mañana sentada en la biblioteca y ya estaba cansada. Aproveché la necesidad de que alguien echara al correo una carta de la señora Fairfax para ponerme el sombrero y la capa, y me ofrecí a caminar hasta Hay. Los tres kilómetros de distancia supondrían un agradable paseo de sobremesa. Tras dejar a Adèle confortablemente instalada en su silla junto a la chimenea, y haberle dado su mejor muñeca de cera para que jugara (una muñeca que normalmente mantenía envuelta en papel de plata dentro de un cajón), y un libro de cuentos por si se aburría más tarde, respondí con un beso a su despedida, «*Revenez bientôt ma bonne amie, ma chère mlle. Jeanette*»,^[6] y salí de la casa.

El suelo era duro, el día sereno y el camino solitario. Caminé deprisa hasta entrar en calor, y luego acorté el paso para analizar y disfrutar de las placenteras sensaciones que el lugar y el momento provocaban en mí. Eran las tres de la tarde, el reloj de la iglesia sonó justo cuando pasaba por debajo del campanario. El encanto de la hora consistía en la proximidad del crepúsculo, en la agonizante luz del sol, que palidecía al ocultarse tras el horizonte. Estaba a unos dos kilómetros de Thornfield, en un prado que solía llenarse de rosas en verano, de avellanas y moras en otoño, y que incluso ahora poseía tesoros en forma de bayas y escaramujos silvestres. Su mayor atractivo en invierno, sin embargo, residía en la soledad que emanaba del desnudo paisaje. Ni una ráfaga de viento lograba arrancarle el menor ruido: no había un solo acebo ni ninguna otra hoja que crujiera a su paso; los desnudos espinos y los arbustos permanecían tan inmóviles como las blancas y gastadas piedras desperdigadas por el camino. A ambos lados se extendían solo campos, yermos de ganado, y los pequeños pájaros de color castaño que de vez en cuando se posaban sobre el seto asemejaban hojas secas que habían olvidado caer.

Era un camino empinado y, al llegar a la mitad, me senté en unos escalones que conducían a uno de los campos. Abrigada bajo la capa y con las manos metidas en los manguitos, apenas sentía frío, aunque el gélido ambiente se advertía en la alfombra de escarcha que cubría la calzada. Un riachuelo, desbordado por las lluvias días atrás, había vuelto a congelarse. Thornfield quedaba a mis pies: el gran caserón gris y almenado se recortaba sobre el valle; los bosques y los nidos de grajos se distinguían al oeste. Permanecí allí hasta que el sol se ocultó detrás de los árboles, dejando a su paso una estela escarlata. Entonces dirigí la mirada hacia el este.

Ante mí, sobre la colina, la luna iniciaba su ascenso. Su luz era aún pálida como la de una nube, pero poco a poco iba cobrando vida. Vislumbré el humo que procedía de las chimeneas de la aldea de Hay, medio perdida entre la espesura de los árboles. Estaba a más de un kilómetro de distancia, pero el silencio reinante me permitía distinguir con toda claridad los rumores de vida que emanaban de aquel pueblo. También llegaba a mi oído el fluir de las aguas, aunque ignoraba por qué valles o desfiladeros discurrían: muchas eran las colinas que se alzaban detrás de Hay y sin

duda las atravesaban múltiples riachuelos. La tranquilidad vespertina revelaba el tintineo de los arroyos cercanos y el sordo murmullo de las aguas remotas.

Un ruido brusco irrumpió entre los agradables susurros, tan lejanos y nítidos a la vez: eran pisadas fuertes acompañadas de un martilleo metálico que sofocaban la dulce suavidad del entorno, al igual que, en un cuadro, los trazos dominantes que representan la solidez de un monte o el tronco nudoso de un roble viejo eclipsan los matices de las colinas azuladas, el horizonte soleado y las ligeras nubes, relegándolas al fondo, en una tenue masa de difusos colores.

El estrépito provenía de la calzada: un caballo se acercaba. Los recovecos del camino escondían la silueta, pero el ruido se oía cada vez más cerca. Como el sendero era estrecho, permanecí sentada para dejarlo pasar. Yo era joven en esos días, y todo tipo de fantasías, alegres y tenebrosas, asaltaban mi mente: surgían los viejos cuentos de la niñera, entre otras bobadas por el estilo y, al hacerlo, la imaginación juvenil les añadía un vigor y un realismo que la infancia fue incapaz de incorporar. A medida que el caballo se aproximaba, y mientras esperaba que apareciera a la luz del crepúsculo, recordé uno de los relatos de Bessie: el que narraba las correrías de un espíritu del norte de Inglaterra llamado «Gytrash» que, bajo la forma de un caballo, una mula o un enorme perro, acechaba a los viajeros imprudentes que, como yo, se aventuraban por los caminos al anochecer.

Ya estaba muy cerca, pero aún no podía verle. Fue entonces cuando, además de las pisadas, llegó a mis oídos un jadeo nervioso que provenía del seto y apareció entre los avellanos la figura de un perro gigante, blanco y negro, perfectamente visible sobre los árboles. Era la representación exacta de un Gytrash, una criatura parecida a un león, de pelo largo e inmensa cabeza. Pasó a mi lado sin hacer ruido, sin dirigirme ninguna de esas miradas sobrenaturales que yo había esperado. Le seguía el caballo: un corcel alto, montado por un jinete. El hombre rompió el hechizo: nadie cabalgó nunca sobre un Gytrash, este siempre iba solo. Y, hasta donde me alcanzaba el conocimiento, los trasgos, aunque a veces conseguían adoptar formas de animales, jamás habían logrado transformarse en seres humanos. No estaba ante ningún Gytrash: era solo un viajero que tomaba el atajo más corto hacia Millcote. Siguió su camino, y lo mismo hice yo. Había dado solo unos pasos cuando me volví, alarmada por el grito de «¿Qué demonios es esto?», seguido de un fuerte estruendo. El hombre y el caballo rodaron por los suelos: habían resbalado sobre la capa de hielo que cubría la calzada. El perro retrocedió hasta ellos y, al ver a su amo en apuros y oír los gruñidos del corcel, ladró hasta que las colinas se hicieron eco de sus aullidos y se los devolvieron en forma de rugidos aún más profundos. Olfateó al grupo que yacía en el suelo y luego corrió hacia mí. Era todo cuanto el pobre podía hacer por ellos, no había nadie más a quien acudir. Lo seguí hasta el lugar donde se hallaba el viajero, que en ese momento luchaba consigo mismo para liberarse de su montura. Tan vigorosos eran sus esfuerzos que deduje que sus heridas no debían de ser muy graves, pero me sentí obligada a preguntar:

—¿Está herido, señor?

Creo que estaba maldiciendo, pero no estoy segura. En cualquier caso, pronunciaba algo que le impidió dar una respuesta inmediata a mi demanda.

—¿Puedo hacer algo por usted? —insistí.

—Quédese a un lado —respondió mientras se incorporaba, apoyándose primero en las rodillas y luego ya sobre sus pies.

Le obedecí. Entonces el caballo intentó levantarse, formando un barullo en el que se mezclaban los relinchos con ruidos de pezuñas y los ladridos del perro. Me situé a una prudente distancia, pero no tenía ninguna intención de irme sin saber cómo terminaba todo aquello. El incidente tuvo un final feliz: el caballo logró recuperar su postura habitual y una brusca orden del jinete, «¡Silencio, Pilot!», sirvió para acallar al perro. Tambaleante, el viajero se palpó la pierna y el pie, como si intentara cerciorarse de su estado. Al parecer sintió una punzada de dolor, porque se acercó cojeando a los escalones que habían sido mi lugar de reposo y se sentó allí.

Quería sentirme útil, o al menos ofrecer mi ayuda, así que fui hacia él de nuevo.

—Señor, si está herido y necesita algo, puedo acercarme a Thornfield Hall o a la aldea de Hay.

—Gracias, pero no es necesario. No tengo ningún hueso roto, es solo una torcedura.

De nuevo se levantó, pero el esfuerzo le provocó un involuntario gemido de dolor.

Aún no se había puesto el sol y ya la luna empezaba a brillar, de manera que pude verle con toda claridad. Su cuerpo iba envuelto en una capa de montar, con el cuello de piel y abrochada por hebillas metálicas. Dicho atuendo ocultaba los detalles, pero pude trazar los rasgos generales del caballero, advirtiéndome que era de estatura media y muy ancho de espaldas. Su rostro era moreno, de expresión dura y pobladas cejas que en ese momento ensombrecían unos ojos brillantes de ira. Ya no era muy joven, pero aún no había alcanzado la mediana edad: debía de rondar los treinta y cinco. No me inspiraba el menor temor, tan solo una leve timidez. De haberse tratado de un caballero joven y apuesto, seguro que no me habría mostrado tan solícita, ni habría insistido en ofrecer una ayuda que nadie me pedía. No recordaba haber visto nunca a un joven atractivo y jamás había hablado con ninguno. En mi mente albergaba una reverencia por la belleza, la elegancia, la galantería y la fascinación, pero si hubiera descubierto esas cualidades en un hombre de carne y hueso, habría sabido de manera instintiva que nada había en mí que pudiera despertar su interés y me habría alejado de él como del fuego, el rayo o cualquier otro fenómeno natural, atrayente pero a la vez peligroso.

Si el extraño me hubiera sonreído y respondido con amabilidad cuando me acerqué a él, si hubiera rechazado mi ofrecimiento de forma alegre y agradecida, ya me habría alejado sin más insistencia. Pero la dureza y el mal humor del viajero me hacían sentir a mis anchas. Él me hizo un gesto de despedida, pero yo, sin moverme, exclamé:

—No pienso abandonarle a estas horas, en este rincón solitario, hasta que no vea por mí misma que se encuentra lo bastante bien como para montar a caballo.

Me miró al oír mis palabras; antes de ellas, apenas había alzado los ojos hacia mí.

—Me atrevería a decir que es usted la que debería estar en casa, si es que vive por aquí. ¿De dónde viene?

—De ahí abajo. Y no tengo ningún miedo por estar fuera de casa cuando hay luna. Le acompañaré hasta Hay con el mayor placer si lo desea. De hecho, voy hacia allí a enviar una carta.

—Dice que vive ahí abajo. ¿Se refiere a la casa de las almenas? —inquirió señalando hacia Thornfield Hall, que resaltaba en el bosque bajo la pálida luz de la luna que, en contraste con el cielo de poniente, ahora aparecía escoltada por una densa masa de nubes.

—Sí, señor.

—¿A quién pertenece la casa?

—Al señor Rochester.

—¿Le conoce?

—No le he visto nunca.

—Entonces, ¿es él quien no reside en ella?

—Efectivamente.

—¿Podría usted decirme donde se encuentra?

—Lo ignoro.

—Usted no es una de las criadas, ¿verdad que no? Debe de ser...

Se detuvo, y su mirada se posó sobre mi vestido, bastante sencillo, como era habitual: una capa de lana negra y un sombrero de castor del mismo color. Ambas prendas no eran en absoluto adecuadas para la doncella de una dama, y como él parecía incapaz de adivinar cuál era mi posición en la casa, le ayudé.

—Soy la institutriz.

—¡Ah, la institutriz! —repitió—. ¡Que el diablo me lleve si me acordaba de ella! ¡La institutriz!

Volvió a examinar con atención mi atuendo. Dos minutos después, se puso en pie: su rostro reflejó un gesto de dolor.

—No puedo consentir que se tome la molestia de ir en busca de ayuda —dijo—, pero puede hacerme un favor, si es usted tan amable.

—Por supuesto, señor.

—¿No tendrá un paraguas que pueda usar como bastón?

—No.

—Intente coger la brida del caballo y traerlo hasta aquí. ¿No le dará miedo?

Jamás se me habría pasado por la cabeza acercarme a un caballo, pero dado que no había nadie más estaba dispuesta a obedecer sus órdenes. Dejé los manguitos sobre el seto y fui hacia el enorme animal; intenté hacerme con la brida, pero el caballo era de temperamento agitado y no permitía que me acercara a su cabeza. Mis

esfuerzos resultaban vanos, y en mi interior crecía el pánico ante la idea de que ese nervioso bicho acabara soltándose una coza. El viajero me observaba, atento a mis actos, y finalmente se echó a reír.

—Veo que la montaña jamás llegará hasta Mahoma, así que deberá ayudar a Mahoma a ir hasta la montaña. Acérquese, por favor.

Eso hice.

—Disculpe —prosiguió—, la necesidad me obliga a abusar de su amabilidad.

Puso su pesada mano sobre mi hombro y apoyado en él llegó cojeando hasta el caballo. Una vez hubo cogido la brida, se dio impulso para montar sobre la silla, sin poder evitar que una mueca de dolor le contrajera las facciones.

—Solo una cosa más —dijo, dejando por un momento de morderse el labio inferior— acérqueme el látigo. Está bajo la cerca.

No tardé en encontrarlo y se lo di.

—Gracias. Ahora dese prisa en llegar a Hay y regrese tan rápido como pueda.

Espoleó al caballo y este se encabritó, pero enseguida partió al galope. El can los siguió y pronto los tres se perdieron en la oscuridad.

*Como el brezo, arrancado del bosque
por una ráfaga de viento salvaje.*

Recogí el manguito y proseguí mi camino. El incidente ya había terminado: no había en él la menor emoción, carecía por completo de interés. Había supuesto, eso sí, una hora de interrupción en la monotonía de mi vida cotidiana. Alguien había requerido mi ayuda y yo se la había prestado. Me complacía haber hecho algo que, aunque trivial y transitorio, no dejaba de ser todo un cambio en una existencia tan pasiva como la mía. El nuevo rostro entraba así a formar parte de la galería de mis recuerdos, y era un rostro distinto a cuantos había en ella: primero, porque era el de un hombre; y en segundo lugar, porque se trataba de un varón moreno, fuerte y enérgico. No había logrado apartarlo de mi mente cuando llegué a Hay a echar la carta al correo y seguí viéndolo durante todo el camino de regreso. Al pasar cerca del seto me detuve unos minutos, miré a mi alrededor y escuché, como si esperara volver a oír el eco de las pisadas de un caballo montado por un jinete envuelto en una capa y acompañado de un enorme perro parecido al Gytrash. Pero ante mis ojos solo había el seto y un sauce mutilado que extendía sus ramas hacia los rayos de luna. El murmullo del viento era lo único que llegaba hasta mis oídos, susurrando entre los árboles que rodeaban Thornfield Hall, a más de un kilómetro de distancia. Al mirar hacia la casa, una luz encendida tras una ventana me hizo ver lo tarde de la hora y apresuré el paso.

No me apetecía volver a entrar en Thornfield. Cruzar el umbral era como retornar a un pantano estancado: recorrer el silencioso recibidor, subir la oscura escalera, penetrar en mi habitación, pequeña y solitaria, para luego reunirme con la plácida señora Fairfax y pasar la velada con ella como única compañía. Todo eso significaba

ahogar la excitación despertada durante el paseo, encadenar de nuevo mis facultades con los grilletes invisibles que sujetaban mi existencia tranquila y rutinaria a cambio de seguridad y comodidad, privilegios que yo me estaba volviendo incapaz de apreciar. ¡Qué bien me habría sentado en ese momento sumergirme en los remolinos tumultuosos de una vida incierta, y que ellos me enseñaran a añorar esa calma de la que ahora me quejaba! Sí, el mismo bien que reportaría un largo paseo a un hombre cansado de estar sentado en un sillón demasiado cómodo. Ese ansia de movimiento era tan natural en su caso como en el mío.

Me entretuve en la verja, crucé el prado tan despacio como pude. Avanzaba para luego desandar lo andado. Los postigos de la vidriera estaban cerrados y me impedían ver el interior. Tanto mis ojos como mi espíritu parecían querer huir de aquella casa oscura, que se me antojaba una cueva gris llena de celdas en las que jamás entraban los rayos del sol, y dirigirse hacia el cielo que ahora se desplegaba ante mí cual mar azul carente de nubes. La luna ascendía majestuosa y, a medida que se alzaba, dejaba atrás las colinas que habían sido su refugio, avanzando hacia el cenit, negro en su insondable profundidad y en su dimensión infinita. Las temblorosas estrellas que la seguían en su camino hacían que mi corazón palpitara con más fuerza; al mirar hacia ellas, la sangre me hervía en las venas. Pero son las pequeñas cosas las que te devuelven a la tierra: el reloj del vestíbulo anunció la hora, y eso fue suficiente. Bajé de la luna y de las estrellas, abrí una puerta lateral y entré en la casa.

El vestíbulo no estaba oscuro, sino que aparecía alumbrado no solo por la lámpara de bronce que colgaba del techo sino también por una claridad cálida que se extendía por él y llegaba a los primeros peldaños de la escalera de roble. Aquella luz rojiza procedía del comedor grande; sus dos puertas estaban abiertas de par en par y mostraban un intenso fuego que crepitaba en el hogar, reflejándose en la chimenea de mármol y en los atizadores de cobre, y dotando de un radiante brillo a las cortinas de color púrpura y a la noble madera del mobiliario. A la vez, revelaba la presencia de un grupo de personas junto a la chimenea; apenas había podido verlos, aunque distinguí entre el alegre murmullo la voz infantil de Adèle, cuando la puerta se cerró.

Subí a la habitación de la señora Fairfax. En ella, el fuego también estaba encendido, pero no había ninguna vela ni el menor rastro de su propietaria. En su lugar, solo, sentado sobre la alfombra, contemplando con seriedad las llamas, me encontré con un perro de color blanco y negro, de largo pelaje, muy parecido al Gytrash que había visto en el sendero. Se parecía tanto a él que me acerqué y dije:

—¡Pilot!

El animal se levantó y caminó hacia mí, sin dejar de olisquearme. Lo acaricié y él movió el rabo en señal de saludo. Su aspecto era el de una criatura fantasmal y yo no comprendía cómo se las había apañado para llegar hasta el saloncito de la señora Fairfax. Hice sonar el timbre, ya que quería que alguien me trajera una vela y asimismo obtener información de ese visitante. Leah apareció.

—¿De quién es este perro?

—Ha venido con el señor.

—¿Con quién?

—Con el amo, el señor Rochester. Acaba de llegar.

—Ya veo. ¿La señora Fairfax está con él?

—Sí, y también la señorita Adela. Están en el comedor, y John ha ido en busca de un médico. El amo ha sufrido un accidente: el caballo se cayó y él se ha torcido un tobillo.

—¿El caballo cayó en el camino de Hay?

—Sí, al bajar la colina. Al parecer resbaló sobre el hielo.

—¡Vaya! ¿Te importa traerme una vela?

Leah lo hizo. Entró acompañada de la señora Fairfax, quien me repitió la noticia añadiendo que el señor Carter, el doctor, ya había llegado y en esos momentos atendía al señor Rochester. Luego se marchó a toda prisa a dar las órdenes oportunas para el té, y yo subí a mi habitación a cambiarme de ropa.

Al parecer, y siguiendo las instrucciones del médico, el señor Rochester se acostó temprano y se levantó bastante tarde a la mañana siguiente. Cuando bajó, se dedicó a resolver asuntos de negocios: su administrador y algunos aparceros le esperaban para hablar con él.

Adèle y yo nos vimos obligadas a abandonar la biblioteca, ya que de ahora en adelante se utilizaría como sala de espera. Habían encendido un fuego en una de las habitaciones del piso de arriba, y allí trasladé nuestros libros con el fin de convertirla en nuestra futura aula. A lo largo de la mañana comprendí que Thornfield Hall era un lugar distinto. El silencio sepulcral había terminado: cada dos horas alguien golpeaba la puerta o hacía sonar el timbre; también se oían pasos que cruzaban el vestíbulo y voces desconocidas que hablaban abajo en diferentes tonos. Una corriente del mundo exterior se iba filtrando en la casa. El amo había llegado y, por mi parte, prefería el nuevo estado de las cosas a la monotonía anterior.

Aquel día no hubo forma de que Adèle se concentrara en sus lecciones: no paraba de correr hacia la puerta y mirar por encima de la barandilla en busca del señor Rochester; pergeñaba pretextos para bajar, supongo que con el fin de entrar en la biblioteca, pese a que sabía que no debía ir allí. Por fin, acabé enfadándome un poco y la obligué a estarse quieta, pero ella no cesó de hablar de su «ami, monsieur Edouard Fairfax de Rochester», como ella le llamaba (era la primera vez que yo oía su nombre completo), y de hacer conjeturas acerca de los regalos que él le habría traído. Al parecer, la noche anterior él le había dicho que tal vez, entre el equipaje que debía recibir desde Millcote, se hallara una caja cuyo contenido pudiera ser de su interés.

—*Et cela doit signifier* —dijo ella—, *qu'il y aura là dedans un cadeau pour moi, et peut-être pour vous aussi, mademoiselle. Monsieur a parlé de vous: il m'a demandé le nom de ma gouvernante, et si elle n'était pas une petite personne, assez mince et un peu pâle. J'ai dit qu'oui: car c'est vrai, n'est-ce pas, mademoiselle?*^[7]

Como de costumbre, mi alumna y yo comimos en el salón de la señora Fairfax; hacía mucho viento y nevaba, así que pasamos la tarde en la sala de estudio. Al anochecer di permiso a Adèle para que guardara los libros y corriera abajo, puesto que el relativo silencio que llegaba desde la biblioteca me hizo suponer que el señor Rochester ya estaba libre. Cuando me quedé sola miré por la ventana, pero nada podía verse: el crepúsculo y los copos de nieve oscurecían el aire, ocultando toda la imagen del prado. Solté la cortina y recuperé mi sitio junto al fuego.

En medio de las claras brasas dibujé un paisaje que se parecía mucho a un cuadro que había visto del castillo de Heidelberg, a orillas del Rin. Entonces entró la señora Fairfax, rompiendo con su presencia el radiante mosaico que yo había estado formando, y disipó de mi mente algunos tristes pensamientos que comenzaban a

pesar sobre mi soledad.

—Al señor Rochester le complacería mucho que usted y su pupila tomaran el té con él esta tarde —anunció—. Ha estado tan ocupado durante todo el día que no ha podido decírselo antes.

—¿A qué hora toma el té?

—A las seis en punto. Cuando está en el campo, prefiere cenar temprano. Es mejor que vaya a cambiarse de ropa, yo la ayudaré a vestirse. Coja la vela.

—¿Es necesario que me cambie?

—Sí, será mejor. Yo siempre me visto por la tarde si está aquí el señor Rochester.

Tanta ceremonia me pareció una exageración, pero fui a mi cuarto y, con la ayuda de la señora Fairfax, me quité el vestido negro de lana y me puse el de seda del mismo color. Era el mejor que tenía, sin contar con uno de color gris perla que, a tenor de las ideas sobre la elegancia que había adquirido en Lowood, consideraba demasiado bonito y reservaba para ocasiones especiales.

—Un broche le quedaría bien —dijo la señora Fairfax.

Yo tenía un único adorno de perlas que la señorita Temple me había dado como regalo de despedida; me lo puse y bajé al salón. Estaba tan poco habituada a la presencia de extraños que me abrumaba la idea de un encuentro formal con el señor Rochester. Dejé que la señora Fairfax me precediera, y me mantuve a su sombra mientras cruzábamos la estancia y pasábamos por debajo del arco (las cortinas que colgaban de él habían sido retiradas) que conducía a aquel sobrio comedor anexo.

Dos candelabros alumbraban la mesa y otros dos el hogar; frente a él, tumbado a la luz de las llamas de un fuego muy vivo, yacía Pilot, mientras que Adèle se hallaba de rodillas a su lado. Medio reclinado sobre un sofá estaba el señor Rochester, quien, con los pies apoyados sobre un cojín, contemplaba la estampa formada por la niña y el perro. El reflejo de la lumbre iluminaba su rostro y me permitió reconocer en él al viajero de anchas y pobladas cejas: la línea horizontal de su pelo negro hacía más cuadrada su frente y la nariz pronunciada le confería más personalidad que belleza, ya que sus aletas parecían indicar mal genio. La misma dureza se extendía a la boca, la barbilla y la mandíbula. Su figura, ahora sin el abrigo, armonizaba con la solidez de su rostro. Supongo que tenía un buen cuerpo desde un punto de vista atlético, con el pecho ancho y caderas estrechas, pero carecía de altura y de gracia.

El señor Rochester debió de darse cuenta de nuestra aparición, pero al parecer no estaba de muy buen humor y no se molestó en levantar la cabeza para mirarnos.

—Esta es la señorita Eyre, señor —dijo la señora Fairfax en su plácido tono habitual.

Él me dedicó un gesto de saludo, sin apartar todavía los ojos del grupo formado por la niña y el perro.

—Pues que se siente la señorita Eyre —dijo él, y hubo una cierta impaciencia en su tono de voz, pese al barniz formal, que parecía expresar: «¿Y a mí que me importa si la señorita Eyre está o no aquí? En este momento, no puedo prestarle atención».

Me senté tranquilamente. Un recibimiento más amable me habría puesto nerviosa, ya que me habría visto incapaz de responder con el ingenio y la elegancia apropiados, pero este brusco saludo no me obligaba a nada. Al contrario: mis buenos modales me ponían en una situación ventajosa. Además, sentía curiosidad por su conducta excéntrica y quería saber qué me depararía la velada.

Él se mantuvo quieto como una estatua, sin hablar ni moverse. La señora Fairfax pareció asumir la responsabilidad de entablar conversación y comenzó a hablar. Tan gentil como siempre —y, me temo, haciendo gala de la banalidad que era habitual en ella—, se lamentó de lo ocupado que había estado el señor durante todo el día y de las dolorosas molestias que debía de haberle causado el tobillo, para luego pedirle que tuviera paciencia y aceptara los hechos con resignación.

—Me apetecería tomar una taza de té, señora Fairfax —dijo él como única respuesta.

La pobre mujer se apresuró a hacer sonar la campana y, cuando trajeron la bandeja, organizó el servicio con la mayor diligencia. Adèle y yo fuimos hacia la mesa, pero el señor no abandonó el sillón.

—¿Le importa acercarle su taza al señor Rochester? —dijo la señora Fairfax dirigiéndose a mí—. Adèle podría derramarlo.

Obedecí. En el momento en que él tomaba la taza de mi mano, Adèle, pensando que era un buen momento para intervenir en mi favor, exclamó:

—*N'est-ce pas, Monsieur, qu'il y a un cadeau pour mademoiselle Eyre, dans votre petit coffre?*^[8]

—¿Quién ha hablado de «cadeaux»? —dijo él, de mal humor—. ¿Esperaba usted un regalo, señorita Eyre? ¿Le gustan los regalos?

Y clavó en mi rostro sus ojos, oscuros, airados y penetrantes.

—Lo cierto es que lo ignoro, señor. No tengo demasiada experiencia, pero creo que, en términos generales, se considera agradable recibir regalos.

—¡En términos generales! Pero ¿qué es lo que opina usted?

—Debería concederme un poco de tiempo antes de darle una respuesta adecuada, señor: un regalo posee muchas caras, ¿verdad?, y debería considerarlas todas antes de pronunciarme sobre el tema.

—Señorita Eyre, usted es más complicada que Adèle. Ella pide a gritos un «cadeau» en el mismo momento en que me ve aparecer; usted, en cambio, se va por las ramas.

—Es que no estoy tan segura de merecerlo como Adèle, señor. Ella apela a una vieja amistad y también al derecho que da la costumbre, ya que afirma que usted siempre le ha regalado numerosos juguetes. En cambio, en mi caso sería toda una sorpresa: soy una extraña aquí y no he hecho nada que merezca una recompensa.

—¡Oh, no caiga en un exceso de modestia! He hablado con Adèle y he notado que se ha tomado usted grandes molestias con ella: la niña no es brillante y carece de talentos, pero en un corto periodo de tiempo ha realizado progresos considerables.

—Señor, acaba usted de entregarme mi «cadeau». Se lo agradezco; es el mejor regalo que un maestro puede recibir: que nos elogien los progresos de nuestros alumnos.

El señor Rochester emitió un extraño sonido y siguió bebiendo el té en silencio.

—Acérquese al fuego —dijo el señor cuando hubieron retirado la bandeja y la señora Fairfax se hubo sentado en un rincón a proseguir con su labor de punto.

Adèle me llevaba de la mano por la sala, enseñándome los hermosos libros y los adornos que lucían sobre las consolas y los estantes. Obedecimos; Adèle intentó sentarse en mi regazo, pero él le ordenó que fuera a jugar con Pilot.

—¿Lleva usted ya tres meses viviendo en mi casa?

—Sí, señor.

—¿Y procede usted de...?

—Del colegio Lowood, en el condado de... shire.

—¡Ah, una institución benéfica! ¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Ocho años.

—¡Ocho años! Debe de tener un poderoso instinto de supervivencia. ¡Creía que una institución como esa podía acabar con la vida de cualquiera en la mitad de ese tiempo! No me extraña que parezca venir de otro mundo. Me maravillaba dónde habría podido adoptar una expresión así. Cuando la vi en el camino de Hay la pasada noche me hizo pensar en los cuentos de hadas y casi estuve a punto de preguntarle si había embrujado al caballo, de lo cual, por cierto, aún tengo mis dudas. ¿Quiénes son sus padres?

—No tengo.

—Ni tuvo, supongo. ¿Los recuerda?

—No.

—Ya me lo imaginaba. ¿Esperaba a su gente sentada en ese escalón del camino?

—¿A quién, señor?

—A los hombrecillos de verde. Era un anochecer propicio para ellos. ¿Heló usted el camino porque yo crucé sin querer alguno de sus círculos mágicos?

Sacudí la cabeza.

—Los hombrecillos de verde huyeron de Inglaterra hace cien años —dije, en un tono de voz tan serio como el suyo—. Y no hallará rastro de ellos en el camino de Hay, ni en los bosques de los alrededores. No creo que ni el sol del verano ni la luna invernal vuelvan a lucir sobre sus cabezas.

La señora Fairfax había dejado caer su labor, y con las cejas alzadas parecía preguntarse qué clase de conversación era aquella.

—Bien —resumió el señor Rochester—, aunque carezca de padres, debe usted tener algún pariente. ¿Tíos, tías?

—Nadie que yo conozca.

—¿Y su hogar?

—No tengo hogar.

—¿Dónde viven sus hermanos o hermanas?

—No tengo hermanos ni hermanas, señor.

—¿Quién la recomendó para este puesto?

—Puse un anuncio y la señora Fairfax respondió a él.

—Sí —intervino la buena mujer, que ahora sabía qué terreno pisábamos—, y doy gracias cada día por la elección que la Providencia me aconsejó. La señorita Eyre ha sido una valiosa compañía para mí, y una maestra solícita y atenta para Adèle.

—No se moleste en elogiarla —respondió el señor Rochester—. Las alabanzas no me causan el menor efecto, prefiero juzgar por mí mismo. Para empezar, ella hizo que mi caballo resbalara.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó la señora Fairfax.

—Es a ella a quien debo agradecer la torcedura.

La viuda parecía inquieta.

—¿Ha vivido alguna vez en una ciudad, señorita Eyre?

—No, señor.

—¿Ha tenido mucha vida social?

—Ninguna, excepto con las alumnas y profesoras de Lowood, y ahora con los habitantes de Thornfield.

—¿Ha leído muchos libros?

—Solo los que se han cruzado en mi camino, y no han sido demasiados ni tampoco muy interesantes.

—Ha vivido como una monja, y no me cabe duda que posee una sólida formación religiosa. Si no me equivoco, ese tal Brocklehurst, el director de Lowood, es clérigo, ¿no es así?

—En efecto, señor.

—Y estoy seguro de que todas las niñas le adoraban, como las monjas del convento adoran al sacerdote.

—No.

—¿Es usted muy fría! ¡No! ¿Una novicia que no venera a su sacerdote? ¡Eso suena a blasfemia!

—Me disgustaba el señor Brocklehurst, y no era la única que albergaba ese tipo de sentimiento hacia él. Es un hombre duro, pomposo y entrometido: hacía que nos cortaran el pelo y, con la excusa del ahorro, nos compraba hilo y agujas de tan mala calidad que apenas podíamos coser.

—Entonces era un falso ahorro —intervino la señora Fairfax, que había vuelto a enganchar el hilo de la conversación.

—¿Y esos eran los principales defectos de ese caballero? —inquirió el señor Rochester.

—Mientras fue el único administrador, antes de que se formara un comité de dirección, nos mataba de hambre; nos aburría con interminables sermones una vez por semana, y al atardecer nos leía textos redactados por él mismo que hablaban de

muertes súbitas y castigos divinos, textos que nos provocaban un enorme pánico a la hora de acostarnos.

—¿A qué edad fue usted a Lowood?

—A los diez años.

—Si permaneció ocho años allí, debe de rondar los dieciocho, ¿me equivoco?

Asentí.

—La aritmética es una ciencia útil; sin ella habría tenido dificultades en adivinar su edad. Resulta complicado determinarla cuando la expresión de un rostro es tan especial como en su caso. Y, dígame, ¿qué aprendió en Lowood? ¿Toca usted el piano?

—Un poco.

—Por supuesto. La respuesta clásica. Entre en la biblioteca, si lo desea, por supuesto. Debe usted disculpar mi tono autoritario: estoy acostumbrado a que se me obedezca de inmediato y no puedo alterar mis hábitos por una recién llegada. Así que vaya a la biblioteca, coja una vela, deje la puerta abierta, siéntese al piano y toque algo.

Hice lo que me ordenaba.

—¡Ya es suficiente! —gritó unos minutos después—. Tenía usted razón. Toca un poco, como cualquier otra estudiante inglesa; quizá mejor que algunas, pero no bien.

Cerré el piano y regresé. El señor Rochester siguió hablando.

—Adèle me mostró algunos dibujos esta mañana, y me dijo que eran obra suya. Ignoro si los realizó usted sola o con la ayuda de alguna maestra...

—¡Por supuesto que no!

—¡He arañado su orgullo! Bien, si me promete que su obra es totalmente original, traiga su carpeta, pero no me dé su palabra si no está segura. ¡Puedo reconocer las copias!

—Entonces me abstendré de hacer ningún comentario y dejaré que usted juzgue por sí mismo.

Traje la carpeta de la biblioteca.

—Acerque esa mesa —dijo él, y yo la moví hasta el sillón.

Adèle y la señora Fairfax se aproximaron a ver los cuadros.

—¡No se amontonen! —dijo el señor Rochester—. Cojan los dibujos de mis manos cuando yo haya terminado con ellos, pero no se abalancen sobre mí.

Estudió cada uno de los esbozos y pinturas con atenta deliberación. Dejó tres a un lado y apartó el resto.

—Llévelos a la otra mesa, señora Fairfax —dijo él—, y mírelos con Adèle. Usted —dijo dirigiéndose a mí—, vuelva a sentarse y conteste a mis preguntas. Es evidente que esos cuadros fueron realizados por una sola mano. ¿Era la suya?

—Sí.

—¿Y cuándo encontró tiempo para hacerlos? Deben haberle llevado muchos ratos, y también preparación.

—Los pinté en los dos últimos periodos de vacaciones que pasé en Lowood, cuando no tenía otra cosa que hacer.

—¿De dónde sacó los modelos?

—De mi cabeza.

—¿La misma que lleva ahora sobre los hombros?

—Sí, señor.

—¿Y está amueblada con otras piezas del mismo estilo?

—Debería pensar que sí. Es decir, eso espero.

Él volvió a examinar las láminas con atención.

Mientras él se mantiene ocupado, yo te explicaré, lector, qué hay en ellas. Lo primero que debo advertirte es que no son nada especial. Los temas surgieron con fuerza en el interior de mi mente, y, mientras los veía con los ojos de la imaginación, antes de intentar plasmarlos, eran fantásticos; pero mi mano no lograba obedecer las órdenes de la mente, y las ejecuciones finales suponen solo un débil reflejo de lo que yo había concebido en mi interior.

Eran acuarelas. La primera representaba unas nubes bajas y lívidas que rodaban sobre un mar enfurecido; el horizonte estaba difuminado, y también el primer plano, mejor dicho, las olas que formaban el primer plano, porque no había tierra. Un rayo de luz mostraba el mástil de un barco medio hundido, en el que se había apoyado un cuervo, grande y negro, con las alas salpicadas de espuma. Sujetaba con el pico un brazalete de oro y piedras preciosas, al que yo había dotado de tanto brillo como me permitieron los colores de la paleta, y un contorno tan marcado como el lápiz pudo lograr. Por debajo del mástil y el cuervo podía distinguirse un cadáver medio sumergido en las verdes aguas; solo un brazo quedaba en la superficie, el miembro del que el cuervo había arrancado el brazalete.

El segundo cuadro contenía como único motivo el pico desolado de una colina, con la hierba y las hojas volando empujadas por el viento. Solo el cielo envolvía la montaña: una bóveda azul, oscura como si fuera la hora del crepúsculo; frente al cielo, en los matices más débiles que pude conseguir, se alzaba la silueta de una mujer. Una estrella coronaba su frente; sus rasgos se veían a través de una luz difusa: los ojos poseían un brillo salvaje y los cabellos ondeaban entre las sombras formando una nube oscura, desgarrada por una tormenta o por la electricidad de un relámpago. La luz de la luna se reflejaba en su cuello y alcanzaba a alumbrar unos jirones de nubes entre los que surgía esta visión de la Estrella de la Noche.

La tercera mostraba el extremo de un iceberg que rasgaba un frío cielo de invierno en el polo: un grupo de luces alzaba al norte sus lanzas contra el horizonte. En primer plano aparecía una cabeza colosal, inclinada hacia el iceberg como si quisiera descansar apoyada en él. Dos manos muy finas se unían bajo la frente, sosteniéndola, y cubriendo el rostro con un velo de color negro; solo quedaba a la vista la frente —exangüe, pálida como el hueso— y un único ojo, fijo y hundido, mostrando una expresión de vidriosa desesperación. Sobre las sienes, entre los

pliegues de un negro turbante, con la consistencia de una nube, centelleaba un anillo de llamas blancas, salpicado por chispas de un tono mucho más brillante. Esta pálida media luna era «el símbolo de una corona real», que se ceñía sobre «aquella forma informe».

—¿Disfrutó mientras pintaba estos cuadros? —preguntó de repente el señor Rochester.

—La tarea me absorbía, señor, y sí, me sentía feliz. En realidad, pintarlos ha supuesto uno de los mayores placeres de toda mi vida.

—Eso no es decir mucho. Si nos basamos en su propio relato, sus placeres han sido más bien escasos. Sin embargo, me atrevería a decir que mientras preparaba estos extraños cuadros su mente se perdía en el paraíso soñado de los artistas. ¿Les dedicaba muchas horas cada día?

—No tenía nada más que hacer. Estábamos de vacaciones, así que trabajaba en ellos de la mañana a la noche. Los días son más largos en verano y me permitían dedicar aún más tiempo a mi tarea.

—¿Y se sentía satisfecha con el resultado de sus arduos esfuerzos?

—En absoluto. Me atormentaba el contraste que existía entre la idea que tenía en la mente y el resultado de mi trabajo. En todos y cada uno de los casos había imaginado algo muy distinto, que no conseguía plasmar.

—Lo que dice no es del todo cierto: ha logrado reflejar la sombra de su pensamiento, aunque tal vez no mucho más. Carece de la técnica y de la habilidad suficiente como para desarrollarlo plenamente. Sin embargo, para una colegiala, estos cuadros son bastante peculiares. Los pensamientos que muestran poseen un aire fantasmagórico y misterioso: esos ojos de la Estrella de la Noche debe de haberlos visto en sueños. ¿Cómo pudo pintarlos tan claros y a la vez tan opacos? ¿Tal vez el planeta que hay sobre ellos apaga esos rayos? ¿Y cuál es la idea que subyace bajo su solemne profundidad? ¿Quién le enseñó a pintar el viento? Sopla una galerna en ese cielo y en la cumbre de esa colina. ¿Dónde vio Latmos? Porque eso es Latmos... Pero ya está bien, ¡guarde los dibujos!

Apenas había terminado de atar las cintas de la carpeta cuando, mirando el reloj, el señor Rochester dijo en tono brusco:

—Son las nueve. ¿En qué está pensando, señorita Eyre, para dejar que Adèle siga levantada a estas horas? Llévela a la cama.

Adèle fue a darle un beso antes de acostarse. Él soportó el gesto, pero su respuesta fue menos expresiva de la que hubiera dado Pilot, por ejemplo.

—Buenas noches a todas —dijo, haciendo un gesto con la mano hacia la puerta, como si estuviera ya cansado de nuestra compañía y deseara que nos retiráramos.

La señora Fairfax dobló su labor, yo recogí mi carpeta. Nos despedimos con una pequeña inclinación, a la que él respondió con un frío ademán, y salimos de la sala.

—Usted me había dicho que el señor Rochester no era un caballero demasiado especial, señora Fairfax —comenté, al reunirme con ella en su habitación después de

haber acostado a Adèle.

—¿Y lo es?

—Creo que sí: es un hombre variable y brusco.

—No dudo que pueda parecerlo a una extraña, pero yo ya estoy tan acostumbrada a sus maneras que no les doy importancia. Además, si tiene alguna rareza debemos excusársela.

—¿Por qué?

—En parte porque es así, y poco puede hacer uno para modificar su naturaleza, y en parte porque su mente alberga pensamientos dolorosos que le acosan y alteran su espíritu.

—¿Por qué motivo?

—Problemas de familia, sobre todo.

—Pero si no tiene familia.

—Ahora no, pero la tuvo; al menos tuvo parientes. Perdió a su hermano mayor hace solo unos años.

—¿Su hermano *mayor*?

—Sí. El actual señor Rochester solo lleva nueve años como propietario de la finca.

—Nueve años es un periodo de tiempo considerable. ¿Tanto quería a su hermano que aún no ha podido recuperarse de su pérdida?

—No, no es eso. Creo que existieron varios malentendidos entre ellos. El señor Rowland Rochester no fue muy justo con el señor Edward, y quizá predispuso en su contra al padre de ambos. El anciano caballero era muy avaro y deseaba con todas sus fuerzas mantener unidas las propiedades familiares. No quería dividir la herencia, pero a la vez ansiaba que el señor Edward fuera lo bastante rico como para llevar el estilo de vida que merecía por su apellido. Poco después de su mayoría de edad, se tomaron algunas medidas no demasiado justas que le hicieron mucho daño. El anciano señor y el joven Rowland se aliaron para dejar al señor Edward en lo que este consideró como una situación de inferioridad que le obligó a buscar fortuna por sí mismo. Nunca supe cuál fue el motivo de la decisión, pero sí que supuso una gran humillación para su espíritu. No es un hombre inclinado al perdón: rompió todos los lazos con su familia y ha llevado una vida inestable durante muchos años. No creo que haya pasado más de dos semanas en Thornfield desde que volvió a vivir aquí, cuando la muerte de su hermano, que falleció sin haber hecho testamento, lo convirtió en el único heredero. No hay duda de que se siente agobiado en este lugar.

—¿Y por qué?

—Quizá encuentre el lugar muy lúgubre.

La respuesta era evasiva. Me habría gustado oír algo más concreto, pero la señora Fairfax no pudo, o no quiso, proporcionarme más explicaciones acerca de las penas del señor Rochester. Afirmó que eran un misterio para ella y que todo lo que sabía no eran más que meras conjeturas. Como también resultaba evidente que prefería que

dejásemos el tema, opté por no insistir.

Durante los días siguientes apenas me crucé con el señor Rochester. Por las mañanas parecía muy ocupado con los negocios, y por las tardes atendía las visitas de algunos caballeros de Millcote o de otros pueblos cercanos que a veces se quedaban a cenar. Cuando su tobillo se recuperó lo bastante como para poder montar a caballo, se dedicó a devolver las visitas y a menudo no regresaba hasta bien entrada la noche.

Ni siquiera Adèle fue llamada a su presencia en ese intervalo, y cualquier contacto con él por mi parte se redujo a ocasionales encuentros en el recibidor, en las escaleras o en la galería. A veces pasaba ante mí sin prestarme atención, dirigiéndome solo una fría mirada o una seca inclinación de cabeza; otras me sonreía con la amabilidad de un auténtico caballero. Sus cambios de humor no me ofendían en lo más mínimo, ya que era obvio que no tenían nada que ver conmigo: sus altibajos dependían de causas totalmente ajenas a mi persona.

Una tarde que tenía compañía para cenar mandó llevar a la sala la carpeta con mis dibujos, sin duda con la intención de exhibirlos. Los invitados se marcharon temprano porque debían asistir a una reunión en Millcote, según me informó la señora Fairfax, pero la noche, húmeda y desapacible, disuadió al señor Rochester de acompañarlos. Poco después de su partida, el señor hizo sonar la campanilla: nos llegó el mensaje de que Adèle y yo debíamos bajar a verle. Cepillé el cabello de Adèle y la asee; una vez me hube asegurado que yo presentaba mi austero aspecto habitual, ambas bajamos las escaleras. Adèle se preguntaba si habría llegado ya su *petit coffre*: debido a algún error, el retraso había sido considerable. Sus deseos se vieron satisfechos y, cuando entramos en el comedor, la caja de cartón la esperaba sobre la mesa. Su instinto no la había engañado.

—*Ma boîte! Ma boîte!* —exclamó, corriendo hacia ella.

—Sí, por fin ha llegado tu dichosa *boîte*. Llévatela a un rincón, genuina hija de París, y diviértete operándola y extrayendo su contenido —dijo la profunda y sarcástica voz del señor Rochester desde la enorme butaca que estaba junto al fuego—. E intenta no molestarme con detalles del proceso anatómico o del estado de las entrañas de la caja: en otras palabras, realiza la operación en el más absoluto silencio. *Tiens-toi tranquille, enfant; comprends-tu?*^[9]

La advertencia era absolutamente innecesaria: Adèle ya se había sentado en el sofá con el tesoro en las manos y se afanaba en deshacer la cuerda que sujetaba la tapa. Después de vencer ese obstáculo y de retirar algunos papeles de seda plateados, se limitó a exclamar:

—*Oh, Ciel! Que c'est beau!*

Y permaneció absorta en estática contemplación.

—Señorita Eyre, ¿está usted ahí? —inquirió el señor, incorporándose levemente de su asiento con el fin de atisbar detrás de la puerta, donde yo esperaba de pie—.

¡Ah, bien! Acérquese, siéntese aquí.

Al decir estas palabras, acercó una silla a la suya.

—No soporto demasiado bien la charla de los niños —prosiguió—. Siendo como soy un viejo solterón, sus palabras carecen para mí del menor interés. Me resultaría intolerable tener que pasar una velada a solas con un chiquillo. No aparte la silla, señorita Eyre; siéntese exactamente donde yo la he puesto... si le apetece, claro está. ¡Malditos modales! Siempre los olvido. Tampoco me siento excesivamente atraído por las viejas bobaliconas. Por cierto, no debemos olvidar a la nuestra. Al fin y al cabo, es una Fairfax, o al menos se casó con uno. La sangre es más espesa que el agua, ya sabe.

Hizo sonar la campanilla e invitó a la señora Fairfax a que se uniera a nosotros. Esta no tardó en bajar, provista de su cesta de costura.

—Buenas tardes, señora. He mandado a buscarla por un propósito caritativo: he prohibido a Adèle que me hable de sus regalos y ella está a punto de estallar de deseos de compartir las noticias con alguien. Si tiene usted la bondad de servirle de audiencia y de interlocutora, será una de las acciones más misericordiosas que haya realizado en su vida.

Tan pronto como Adèle vio a la señora Fairfax, la llamó a su lado y le llenó el regazo con los contenidos de su *boîte* —objetos de porcelana, marfil y cera—, mientras prorrumpía en exclamaciones y explicaciones en su entrecortado inglés habitual.

—Y ahora que he cumplido con mis deberes de anfitrión —continuó el señor Rochester—, logrando que mis invitados se diviertan, debería quedar libre para atender a mi propio placer. Señorita Eyre, avance su silla un poco más: aún está demasiado alejada. No consigo verla desde el lugar que ocupo en esta cómoda silla y no tengo la menor intención de cambiar de postura.

Hice lo que me pedía, aunque hubiera preferido permanecer algo más en la sombra. Sin embargo, el señor Rochester tenía una forma de dar órdenes que no admitía réplica.

Como he dicho, nos encontrábamos en el comedor: la araña de cristal que habían encendido a la hora de la cena confería a la estancia un resplandor festivo. Las llamas ardían vivamente en el hogar y las cortinas de color púrpura colgaban suntuosas ante la elevada ventana y el arco. A excepción de los susurros de Adèle, que no se atrevía a hablar en voz alta, y del rumor de la lluvia contra los cristales, ningún otro ruido turbaba la paz del momento.

El aspecto del señor Rochester era esa noche distinto al habitual: sentado en la silla forrada de damasco, no parecía tan duro, ni tan amargado. Sus labios sonreían y le brillaban los ojos; tal vez, aunque no puedo asegurarlo, por causa del vino. En resumen, después de cenar estaba de buen humor; en comparación con la seriedad y severidad de las que hacía gala por las mañanas, su talante nocturno era más expansivo e ingenioso, más desinhibido. No obstante, su rostro no llegaba a ser

agradable. Mantenía la cabeza apoyada en el mullido respaldo del asiento; la luz del fuego alumbraba sus graníticos rasgos y los ojos grandes y oscuros, porque también hay que decir que tenía los ojos muy grandes y muy oscuros, hermosos, con algo en ellos que, si bien no podía tomarse como dulzura, al menos recordaba a ese sentimiento.

Había estado absorto en la contemplación del fuego durante dos minutos, el mismo tiempo que yo había dedicado a observarle a él, pero se giró de repente y advirtió que yo tenía los ojos fijos en sus rasgos.

—Me mira usted con suma atención, señorita Eyre —dijo—. ¿Acaso me encuentra atractivo?

De haberlo pensado antes, estoy segura de que habría ideado una respuesta conforme a lo que mandan los buenos modales, pero las palabras se escaparon de mis labios antes de que fuera consciente de ellas.

—No, señor.

—¡Válgame Dios! No se puede negar que es usted una mujer singular. A primera vista parece una novicia: su porte al sentarse, con las manos dobladas en el regazo y la mirada clavada en la alfombra, revela una personalidad austera, serena, grave y sencilla, excepto cuando levanta los penetrantes ojos y los dirige hacia mi cara, como sucedía hace un momento. Y, en las ocasiones en que se le formula una pregunta o se ve obligada a responder al comentario de otro, se descuelga con una respuesta contundente que, si no puede calificarse como grosera, sí es, cuando menos, brusca. ¿Qué significa esto?

—Me temo que he sido demasiado sincera, señor, y le pido disculpas por ello. Debería haber contestado que no resulta fácil dar respuesta inmediata a las cuestiones que se refieren a la apariencia externa, que los gustos difieren en función de las personas, que la belleza no tiene ninguna importancia, o algo por el estilo.

—¡Ni se le ocurra darme ese tipo de respuestas! ¡Que la belleza no tiene ninguna importancia...! Y así, con este intento de suavizar el ultraje previo, usted me clava un nuevo dardo en el oído. ¡Prosiga! ¿Qué defectos encuentra en mí? Quiero suponer que tengo brazos y piernas, como cualquier otro hombre.

—Señor Rochester, permítame que retire la primera respuesta. No era mi intención ser brusca. Fue una grosería.

—¡Absolutamente de acuerdo! Pero ahora deberá pagar por ello. Critíqueme, señorita Eyre. ¿Acaso es mi frente lo que no la complace?

Se levantó los mechones de cabello que le caían horizontalmente sobre las cejas, dejando a la vista una masa bastante sólida de órganos intelectuales, que carecía, sin embargo, de la suavidad que suele ser indicativa de benevolencia.

—Dígame, señorita. ¿Cree que estoy chiflado?

—Ni por asomo, señor. ¿Me consideraría una maleducada si le pregunto si es usted un filántropo?

—¡Otra vez! Cuando creo que va a revolverme el pelo con cariño, me suelta un

nuevo dardo... Y solo porque le dije que no disfrutaba en compañía de críos y ancianas (¡bajemos el tono, que nadie se entere de ello!). No, jovencita, no soy el clásico filántropo, pero sí tengo conciencia. —Y señaló la prominencia que, según el dicho popular, señala esa facultad y que, por fortuna para él, estaba bastante desarrollada y confería una gran amplitud a la parte superior de su cabeza—. Además, en el pasado fui un hombre rudo, pero tierno. Cuando tenía su edad, era un sujeto bastante sentimental: los pobres, los abandonados y los desgraciados despertaban mi compasión. Pero la fortuna se ha comportado conmigo de forma cruel; me ha curtido a base de pescozones y ahora puedo enorgullecerme de ser tan duro como una pelota de caucho, aunque en esa masa compacta quedan aún un par de grietas y un punto sensible, justamente en el centro de esa sólida bola. ¿Significa eso que todavía puedo albergar alguna esperanza?

—¿Esperanza de qué, señor?

—De convertirme de nuevo en un ser de carne y hueso.

«No hay duda de que ha bebido demasiado», pensé, sin saber qué respuesta dar a esta pregunta: ¿cómo podía yo saber si era él o no capaz de recuperar la humanidad?

—La veo confundida, señorita Eyre. Y, aunque sus encantos no son mayores que los míos, ese aire de perplejidad le sienta bien; además, comporta un beneficio adicional: aparta sus inquisitivos ojos de mi fisonomía y los mantiene entretenidos con las ajadas flores de la alfombra. Así que ya puede seguir desconcertada, jovencita. Esta noche me siento amistoso y comunicativo.

Con esta declaración se levantó de la silla y se quedó de pie, con el brazo apoyado en el dintel de mármol de la chimenea. En aquella postura, todo su cuerpo quedaba visible ante mis ojos: el pecho amplio, desproporcionado hasta alcanzar la longitud de uno de sus brazos. Estoy segura de que muchos le habrían calificado sin ambages como a un hombre feo, pero había tal altivez en su porte, tanta naturalidad en su postura, una indiferencia tan marcada hacia su apariencia externa y una confianza tan profunda en la existencia de otras cualidades, intrínsecas o aprendidas, que relegaban a un segundo plano la falta de atractivo físico, que una acababa compartiendo su indiferencia e incluso se dejaba arrastrar de forma ciega por esa corriente de seguridad que emanaba de sus imperfecciones.

—Esta noche me siento amistoso y comunicativo —repitió—, y por eso la mandé llamar. El fuego y el candelabro no eran suficientes; ni tampoco Pilot, porque no sabe hablar. Adèle se sitúa ligeramente por encima, pero la separa aún una gran distancia del mínimo necesario, y lo mismo puede decirse de la señora Fairfax. Estoy convencido de que usted puede servir para mis propósitos. Me confundió la primera noche que la invité a sentarse. Desde entonces, casi la había olvidado: he tenido la cabeza ocupada. Pero esta noche estoy decidido a estar a gusto, a apartar todo lo molesto y dar la bienvenida a lo que me resulta placentero. Y ahora me complacería oírla hablar, saber más cosas de usted, así que, hable.

En lugar de obedecer, opté por sonreír, y me temo que la sonrisa no indicaba

placer ni sumisión.

—¡Hable! —ordenó.

—¿De qué, señor?

—De lo que le apetezca. Le dejo elegir el tema y el tono de la conversación.

En consecuencia, decidí permanecer callada. «Si lo que espera es que empiece a charlar por el mero placer de hacerlo o con el fin de darme importancia, me temo que se ha equivocado de persona», pensé.

—¿Se le ha comido la lengua el gato, señorita Eyre?

Yo seguí sin decir palabra. Se inclinó hacia mí y con una mirada pareció sumergirse en mis pensamientos.

—¿Tozuda? —dijo—. Sí, y algo enojada. ¡Y con razón! He expresado mi petición de un modo absurdo, casi insolente. Señorita Eyre, le pido perdón. Lo que sucede es que, de una vez por todas, deseo dejar de tratarla como una inferior, es decir —rectificó—, que la única superioridad que reclamo es la que se deriva del hecho de llevarle veinte años de edad y casi un siglo de experiencia. Es algo legítimo, *et j'y tiens*,^[10] como diría Adèle. Y es en virtud de esa única superioridad que deseo disfrutar de su conversación durante un rato, y tal vez así consiga apartar de mi mente ciertos pensamientos que se empeñan en aferrarse a ella, en horadarme el cerebro como clavos oxidados.

Se había dignado a darme una explicación que casi podía tomarse como una disculpa. Su actitud no me dejó insensible y quise demostrárselo.

—Estoy dispuesta a entretenerlo, señor, si es que puedo. Pero no me veo capaz de proponer un tema, ya que desconozco cuáles son sus intereses. En cambio, si me hace preguntas, estaré encantada de responderlas lo mejor posible.

—Entonces, en primer lugar, ¿está usted de acuerdo conmigo en que me invade el derecho de ser dominante y brusco, quizá hasta un poco exigente, en función de los razonamientos que expuse antes? Por un lado, la edad, que me convierte en lo bastante mayor como para ser su padre; y por otro, el hecho de habérmelas visto con un sinfín de experiencias distintas, haberme encontrado con hombres de muchas naciones y haber recorrido medio mundo, mientras usted vivía tranquilamente en una sola casa rodeada siempre de las mismas personas.

—Si usted lo cree así, señor.

—Eso no es una respuesta. O, mejor dicho, es una respuesta evasiva e irritante. Haga el favor de contestar sin ambages.

—Bien, señor, no creo que tenga usted derecho a darme órdenes simplemente por ser mayor que yo o por haber visto más mundo; la superioridad, en todo caso, vendría dada por el provecho que haya extraído de ese tiempo y esas experiencias.

—¡Hummm! Es usted de respuesta rápida. Pero no voy a admitirla, porque no sirve en mi defensa de forma alguna: debo reconocer que he hecho un uso neutro, por no decir malo, de ambas ventajas. Dejando pues a un lado la superioridad, ¿sigue aviniéndose a recibir mis órdenes de vez en cuando, sin sentirse molesta o herida por

el tono de mando?

Sonreí, diciéndome para mis adentros: «Se trata sin duda de un caballero muy peculiar, puesto que parece olvidar que me paga treinta libras al año justamente para obedecer sus órdenes».

—Me gusta esa sonrisa —dijo, captando la fugaz expresión que cruzó mi rostro—, pero diga algo.

—Señor, pensaba que pocos amos se preocuparían por averiguar si sus subordinados se sentían molestos antes sus órdenes.

—¡Empleados! ¿Qué quiere decir? ¿Es usted mi asalariada? ¡Ah, claro! Se me olvidaba el detalle del sueldo. Bien, ya que parte de esa base absolutamente mercenaria, ¿me dejará asumir el papel de mentor?

—No, señor. No en base a ello, sino en base a que usted tuvo la delicadeza de olvidarlo y se tomó la molestia de interesarse por si alguien que depende de usted se siente o no a gusto en esa posición.

—¿Y me consentirá que prescinda de ciertas formas y frases convencionales, sin pensar que dicha omisión es fruto de la insolencia?

—Estoy segura de que nunca confundiré la falta de formalidad con la insolencia, señor. Una me resulta agradable y a la otra, en cambio, ningún ser que haya nacido libre debería someterse ni siquiera por dinero.

—¡Ja! Me temo que son muchos los que han nacido libres y están dispuestos a someterse a lo que sea a cambio de un salario, así que límitese a hablar en su propio nombre y absténgase de generalizar en temas que desconoce por completo. De todos modos, mentalmente estoy de acuerdo con su respuesta, pese a la falta de exactitud, tanto en la forma en que se expresó como en el contenido de sus palabras: ha sido honesta y sincera, algo que no es muy habitual. No, al contrario, hoy día la respuesta más común suele estar teñida de afectación, frialdad o de una estúpida y mezquina falta de comprensión. De tres mil institutrices, ni tres me habían contestado de esa forma. Pero no estoy intentando adularla: el hecho de que su naturaleza sea distinta a la de las otras tampoco implica ningún mérito por su parte. Y, después de todo, tal vez me precipite en mis conclusiones. Por lo que sé, usted podría no ser mejor que el resto; tal vez oculte defectos intolerables que anulen esas escasas virtudes.

«Exactamente igual que usted», pensé. Nuestros ojos se encontraron al mismo tiempo que esta idea cruzaba mi mente. Él pareció leer en ellos y respondió como si el pensamiento se hubiera expresado en voz alta.

—Sí, sí, tiene usted razón —dijo—. Tengo muchos defectos; soy consciente de ellos y no tengo la menor intención de esconderlos. Dios sabe que no puedo permitirme el lujo de ser muy severo con el prójimo, ya que poseo un pasado, unas obras y una forma de ver la vida que atraerían el menosprecio y la censura despiadada de mis vecinos. Empecé a desviarme (puesto que, como buen pecador, me gusta achacar las culpas mitad a la mala fortuna y mitad a las circunstancias adversas) cuando tenía veintiún años, y desde entonces no he vuelto a retomar el buen camino.

Pero podría haber sido una persona muy distinta, podría haber sido tan bueno como usted, más listo y con su misma pureza de espíritu. Envidio la serenidad de su juicio, su conciencia limpia y su memoria impoluta. Pequeña, una memoria carente de manchas e impurezas debe ser un tesoro exquisito, una inagotable fuente de fresco placer. ¿No es así?

—¿Cómo era su memoria a los dieciocho años, señor?

—Blanca y diáfana, libre de sucias corrientes que la pudrieran. A los dieciocho años, yo era como usted, señorita Eyre. La naturaleza me dotó de lo necesario para ser un buen hombre, uno de los mejores, pero, como puede apreciar, el tiempo me ha cambiado. Me dirá que no lo ve en ningún sitio, al menos eso es lo que creo ver en sus ojos en este momento (por cierto, tenga cuidado con lo que esos órganos expresan porque soy rápido en leer su lenguaje). Fíese de mi palabra: no crea que soy un canalla, ni piense en atribuirme acciones de una intensa maldad. Debido más a las circunstancias que a mi disposición natural, pertenezco a la estirpe más común de los pecadores, y he incurrido en todos los excesos que caracterizan las vidas de los ricos ociosos. ¿Se pregunta por qué le explico todo esto? Sepa que en el curso de su vida futura será usted elegida a menudo como la confidente involuntaria de los secretos de aquellos que la rodean. La gente descubrirá de forma instintiva, tal y como me ha sucedido a mí, que su punto fuerte no es hablar de sí misma, sino escuchar lo que los demás cuentan sobre sus propias vidas; notarán, también, que usted atiende a sus indiscreciones sin malicia, con una especie de compasión innata, que no resulta menos alentadora por manifestarse de forma sumamente discreta.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede adivinar todo esto, señor?

—No tengo la menor duda al respecto y, por lo tanto, voy a expresarme con la misma libertad con que confiaría mis pensamientos a un diario personal. Usted dirá que debí sobreponerme a las circunstancias. Y tiene razón; sí, la tiene. Pero no lo conseguí. Cuando el destino me traicionó no tuve la sabiduría suficiente como para mantenerme firme; la esperanza se esfumó y la degeneración ocupó su lugar. Ahora, cuando la infecta conducta de un bribón cualquiera despierta en mí sentimientos de ira y asco, no puedo jactarme de ser mejor que él. Me veo obligado a confesar que estamos al mismo nivel. Ojalá me hubiera mantenido firme, ¡solo Dios sabe cuánto lo desearía ahora! Si alguna vez el error la tienta, señorita Eyre, piense en los remordimientos antes de cometer esa acción indigna. Los remordimientos son el veneno de la vida.

—Y el arrepentimiento su único antídoto, señor.

—No es cierto. El hecho de reformarse puede ser una cura, y siento que todavía me quedan fuerzas para lograrlo, pero ¿de qué sirve pensar en ello cuando uno está como yo, asqueado, agobiado y envilecido? Además, ya que la felicidad me ha sido negada sin remisión, tengo derecho a extraer de la vida todo el placer que pueda ofrecermelo. Y lo obtendré, a cualquier precio.

—En este caso, se irá hundiendo en la degeneración cada vez más, señor.

—Es posible. Aunque, ¿por qué voy a hacerlo si busco nuevas y frescas fuentes de placer? Puedo conseguir un alimento tan dulce como la mejor miel que las abejas almacenan en el panal.

—Su sabor será amargo a sus labios, señor. Le escocerá.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Acaso la ha probado? ¡Debería verse la expresión, tan seria, tan solemne...! Y, sin embargo, sabe usted tanto de la vida como este camafeo —dijo, cogiendo uno de encima de la mesa—. No tiene ningún derecho a sermonearme: usted, una novata que aún no ha cruzado el umbral de la vida e ignora por completo los enigmas que la aguardan al otro lado de la puerta.

—Me limito a citar sus propias palabras, señor. Fue usted quien dijo que el error trae consigo el remordimiento y que este era el peor veneno de la vida.

—¿Y quién habla de errores ahora? No creo que la idea que pasó por mi cerebro fuera un error. Más bien me atrevería a calificarla de inspiración: era genial, reconfortante, estoy seguro de ello. ¡Aquí viene de nuevo! Puedo afirmar que no se trata de ningún demonio, o, en el caso de que lo sea, se ha ocultado bajo las ropas de un ángel de luz. Creo que lo más justo sería admitir a ese huésped que llama a las puertas de mi corazón.

—Desconfíe de él, señor. No es un verdadero ángel.

—Una vez más, ¿cómo lo sabe? ¿Gracias a qué instinto pretende distinguir entre un ángel que se ha precipitado en el abismo y un mensajero del trono eterno, entre un guía auténtico y un falso seductor?

—Soy capaz de deducirlo de la expresión de su rostro, señor, que reflejó turbación al admitir que la sugerencia regresaba a su mente. Estoy segura de que lo único que obtendrá si sigue adelante es hundirse aún más en la desdicha.

—En absoluto. Esa imagen lleva consigo el mensaje más gratificante del mundo. Además, no es usted la voz de mi conciencia, así que no se preocupe en exceso. ¡Venga, acércate, precioso vagabundo!

Lo dijo como si estuviera llamando a una visión que solo él era capaz de conjurar. Después, cruzando los brazos sobre el pecho, hizo como si abrazara a ese ser invisible.

—Ahora —prosiguió, dirigiéndose a mí de nuevo—, acabo de recibir al peregrino, una deidad disfrazada, seguro. Y ya me ha hecho bien: mi corazón, que era una especie de fosa común, se ha convertido en un hermoso sepulcro.

—Si quiere que le sea sincera, señor, debo decirle que no entiendo nada. Me siento incapaz de seguir con una conversación que está fuera de mi alcance. Solo sé una cosa: usted dijo que no era tan bueno como habría deseado ser y que lamentaba sus propias imperfecciones. Esto es algo que puedo comprender. E insinuó que una memoria embrutecida era el peor de los castigos. Pues bien, creo que, si se esforzara en ello, vería que con el tiempo aún podría convertirse en aquella persona que usted deseaba haber sido, alguien a quien usted mismo pudiera apreciar. Y que, si a partir de hoy mismo tomara la firme decisión de corregirse, en unos años habría ganado un

nuevo grupo de recuerdos sin mácula del que disfrutar con satisfacción.

—Bien pensado y aún mejor expresado, señorita Eyre. En este momento, estoy pavimentando el infierno con mi energía.

—¿Qué quiere decir?

—Estoy colocando las buenas intenciones, a las que considero duraderas como piedras. Ciertamente, tanto mis socios como las tareas a acometer deben ser diferentes a las que me han ocupado hasta ahora.

—Diferentes y mejores, señor.

—En efecto, mucho mejores, tan distintas en calidad como la distancia que separa el oro puro de la escoria más inmundada. Parece dudar de mí; sin embargo, yo no dudo en absoluto de mí mismo. Sé cuál es la meta y qué motivos me impulsan, y en este momento proclamo una ley, tan inalterable como las que regían las vidas de medos y persas, que dice que ambos son correctos.

—No pueden serlo tanto, señor, si hace falta dictar una nueva ley para regularlos.

—Pues lo son, señorita Eyre, aunque necesiten un estatuto nuevo: la combinación de circunstancias desconocidas hasta el momento exige reglas de las que nadie había oído hablar.

—Esa máxima suena peligrosa, señor. Es fácil advertir el abuso que subyace a esas palabras.

—¡Sabia conclusión! Pero juro por los dioses del hogar que no caeré en dicho abuso.

—Usted es humano y, por tanto, susceptible de errar.

—Lo soy. Y también usted. ¿Qué me dice ahora?

—Los seres humanos y falibles no deberían otorgarse el poder que está reservado a seres divinos y perfectos.

—¿A qué poder se refiere?

—Ese que le autoriza a decir de todo comportamiento extraño a la costumbre «eso está bien».

—«Eso está bien.» Acaba usted de pronunciar las palabras justas.

—Entonces, tal vez tenga razón —dije, poniéndome de pie. Creía inútil proseguir con una conversación en la que avanzaba a tientas. Además, percibía que el carácter de este interlocutor estaba más allá de mi comprensión, al menos en ese momento de mi vida, y eso me intranquilizaba, llenándome de ese sentimiento de inseguridad que suele ir unido a la constatación de los propios límites.

—¿Dónde va ahora?

—A acostar a Adèle. Es ya muy tarde.

—Le doy miedo porque hablo como una Esfinge.

—Debo reconocer que su lenguaje es enigmático, señor, y que causa en mí una cierta perplejidad, pero no temor.

—Está asustada. Su amor propio teme cometer un error.

—En ese sentido sí, señor. No tengo el menor deseo de decir tonterías.

—Si las dijera, lo haría de una forma tan sensata y tranquila que lograría confundirme. ¿No se ríe nunca, señorita Eyre? No se moleste en contestar, yo lo haré por usted: no suele reír a menudo, pero intuyo que puede hacerlo alegremente. Créame, no es usted de natural austero, al igual que yo no soy vicioso de nacimiento. La represión de Lowood sigue pegada a usted de algún modo: controla su expresión, acalla su voz y le paraliza los miembros y, en presencia de un hombre —ya sea padre, hermano o señor—, no se atreve a sonreír con demasiada alegría, ni a hablar con demasiada libertad, ni a moverse demasiado deprisa. Pero con el tiempo, y puesto que yo me confieso incapaz de tratarla de manera convencional, creo que aprenderá a ser espontánea conmigo, y entonces su aspecto y sus movimientos ganarán en espontaneidad. De vez en cuando vislumbro entre los gruesos barrotes de la jaula la mirada de un pajarillo curioso: ahí dentro hay un alma inquieta, viva y decidida. Si fuera libre, emprendería el vuelo hacia las nubes. ¿Sigue insistiendo en retirarse?

—Han dado ya las nueve, señor.

—No se preocupe. Espere un minuto, seguro que Adèle aún no está preparada para acostarse. La posición en la que me encuentro, señorita Eyre, de espaldas al fuego y de cara a la sala, favorece la observación. Mientras hablaba con usted, he ido observando a Adèle de vez en cuando. Debo reconocer que tengo mis propias razones para pensar que la niña es un caso digno de estudio, razones que tal vez comparta con usted algún día. No hará más de diez minutos que sacó de la caja un vestido de seda de color rosado. La expresión de su rostro se ha iluminado al verlo, pues la coquetería corre por sus venas, llega hasta su cerebro y penetra en el interior de sus huesos. «Il faut que je l'essaie! —gritó—, et a l'instant même!»^[11] y ha salido corriendo de la habitación. Ahora está con Sophie, en plena operación de vestirse. En unos minutos hará su entrada triunfal con el aspecto de una Céline Varens en miniatura, tal y como a esta le gustaba aparecer en el escenario de... Pero no se inquiete. Mis más tiernos sentimientos están a punto de recibir un fuerte sobresalto, o al menos eso presiento. Quédese a ver si mi presagio se cumple.

Poco después oímos los ligeros pasos de Adèle por el pasillo. Entró, transformada como su tutor había predicho. El lugar de la bata marrón que llevaba unos minutos antes lo ocupaba ahora un vestido de satén rosado, muy corto, con la falda de volantes y mucho vuelo. Una diadema de rosas coronaba su frente; unas medias de seda y unas sandalias de satén blanco completaban su atuendo.

—*Est-ce que ma robe va bien?* —exclamó, haciendo una reverencia—; *et mes souliers? Et mes bas? Tenez, je crois que je vais danser!*^[12]

Y, después de estirarse el vestido, cruzó la habitación girando sin parar hasta llegar al señor Rochester. Una vez junto a él, dio un par de vueltas de puntillas; luego se arrodilló a sus pies y exclamó:

—*Monsieur, je vous remercie mille fois de votre bonté.* —Entonces se puso de pie y añadió—: *C'est comme cela que maman faisait, n'est-ce pas, Monsieur?*^[13]

—Exac-ta-men-te —recalcó este— y, *comme celà*, sacó todo el oro inglés de mis

bolsillos. Yo también fui joven, señorita Eyre, joven e incauto. No crea que los frescos matices que la adornan a usted ahora son tan distintos de los que me cubrieron un día. Mi primavera ya ha acabado, pero ha dejado tras de sí esta florecilla francesa, a la que en algunos momentos de mal humor me gustaría perder de vista. No aprecio la rama de la que brotó, ya que era de una clase que solo puede crecer a base de oro en polvo, pero debo confesar que siento un cierto aprecio por la flor, en especial cuando luce unos colores tan artificiales como ahora. La mantengo y la educo siguiendo el principio de la iglesia católica que nos promete la expiación de los pecados, ya sean mortales o veniales, si se compensan con una buena obra. Algún día se lo explicaré todo. Buenas noches.

Tal y como había prometido, el señor Rochester me lo explicó todo. Sucedió una tarde en que el azar quiso que nos encontráramos en el jardín. Yo iba con Adèle y, mientras ella se entretenía jugando con Pilot y con el aro, él me invitó a recorrer en su compañía la larga avenida de fresnos que cruzaba el parque, desde donde podíamos vigilar a la niña.

Fue entonces cuando me dijo que Adèle era la hija de una bailarina francesa, Céline Varens, por la que había sentido lo que él calificó como una *grande passion*. Pasión que, al parecer, devoraba a la citada Céline con más ardor aún si cabe. Él, feo como era, tuvo la osadía de creerse lo que ella le decía: que era su ídolo, que prefería su *taille d'athlete* a la elegancia del Apolo de Belvedere.

—Y, señorita Eyre, me halagaba tanto la predilección que esa sílfide gala demostraba por este gnomo británico que la instalé en un hotel, contraté para ella todo un séquito de sirvientes, le compré un carruaje, cachemires, diamantes y encajes. En resumen, empecé a arruinarme de la forma más clásica: como cualquier otro necio. Al parecer, ni siquiera tuve la originalidad de buscar una nueva vía hacia la vergüenza y la destrucción; me limité a recorrer la vieja senda con estúpida exactitud, sin desviarme ni un centímetro de la tradición. Y tuve, como merecía, el mismo final que los demás necios. Una tarde en que Céline no me esperaba fui a verla, pero ella no estaba. La noche era cálida y el bullicio de las calles de París me había fatigado, así que me senté en su habitación, feliz de respirar el mismo aire que ella había consagrado con su presencia. No, exagero, jamás le atribuí la menor virtud mística: era más bien una especie de perfume que ella solía usar, una mezcla de ámbar y almizcle que flotaba en el aire, y no olor a santidad. La fragancia de las flores secas y de las esencias era muy penetrante y pronto comencé a marearme, así que abrí el ventanal y salí al balcón. La noche era serena, hermosa y clara, pues la iluminaban tanto la luna como las farolas encendidas de la calle. Decidí sentarme en una de las sillas del balcón a disfrutar de un cigarro, lo mismo que voy a hacer ahora, si no le molesta.

Hizo una pausa en su relato para buscar y encender un cigarro; una vez se lo hubo puesto en los labios, soltó una bocanada de humo de la Habana en aquel aire frío y nublado y prosiguió:

—Los bombones eran otra de mis aficiones de la época, señorita Eyre, así que iba *croquant* (y perdone la pedantería) confites de chocolate y fumando alternativamente, mientras me distraía con los carruajes que circulaban por la conocida avenida en dirección al teatro cercano, cuando distinguí en medio del brillo de la noche el coche que había regalado a Céline, un elegante carruaje cerrado tirado por dos caballos ingleses. Ella volvía a casa; como es lógico, mi corazón botaba de impaciencia al ritmo de las ruedas del vehículo. Tal y como era de esperar el coche se detuvo frente a la puerta y mi llama (esa es la mejor descripción del enamoramiento en términos de

opereta) se prendió. Aunque iba envuelta en una capa, del todo innecesaria dada la suave temperatura de aquella noche de junio, reconocí al instante los pies diminutos que bajaban del carruaje. Inclinado sobre la barandilla, estuve a punto de murmurar, *mon ange*, en un tono solo perceptible para oídos enamorados, cuando, tras ella, descendió otra figura, también cubierta por una capa. Pero las espuelas de acero resonaban contra el pavimento y la cabeza que se inclinó para cruzar *la porte cochère* del hotel iba tocada por un sombrero.

»Nunca ha sentido celos, ¿verdad, señorita Eyre? Por supuesto que no. No hacía falta preguntárselo porque nunca ha estado enamorada. Aún debe experimentar los dos sentimientos: su alma sigue dormida y el sobresalto que ha de despertarla aún no se ha producido. Piensa que toda la existencia fluye con la misma tranquilidad que ha teñido su juventud hasta el momento. Se deja llevar por la corriente con los ojos cerrados y las orejas tapadas, no presta la menor atención a las rocas que amenazan su viaje cerca del lecho del río ni oye el ruido de las olas que chocan contra su base. Pero le digo (y puede creer a ciegas en mis palabras) que algún día una corriente traidora agitará las aguas del canal, y el suave arroyo de su vida se transformará en un remolino turbulento y ensordecedor; en ese momento, las rocas traicioneras la despedazarán o, tal vez una ola liberadora la elevará por encima de los escollos y la arrastrará hasta aguas más serenas, las aguas por las que yo navego ahora.

»Me gusta el día que hace: me gusta este cielo de plomo, me gusta la quietud y la solemnidad del mundo bajo la escarcha. Me gusta Thornfield, su antigüedad, la soledad que se respira, los espinos y los nidos de grajos, la fachada gris y las ventanas oscuras que se alinean reflejando el cielo metálico; y, en cambio, ¡cuánto tiempo he pasado aborreciéndolo, deseando olvidar su existencia como si se tratara de un gran caserón maldito! ¡Cómo odio aún...!

Apretó los dientes y permaneció en silencio. Se detuvo y clavó en el suelo la suela de su bota, como si algún odioso pensamiento se hubiera adueñado de su voluntad y le impidiera avanzar.

Íbamos subiendo la avenida de cara a la casa. Levantando la vista hacia las almenas, les dirigió una mirada que yo nunca había visto antes, ni volví a ver después. Dolor, vergüenza, ira, impaciencia, asco y aborrecimiento... todas estas emociones parecieron mantener una lucha denodada en sus pupilas, dilatadas bajo las cejas de ébano. Fue una lucha salvaje en pos de la victoria, pero otro sentimiento surgió triunfante y acabó la contienda: una mezcla de dureza y cinismo, testarudez y decisión, calmó la pasión y petrificó su rostro. Entonces prosiguió:

—En este momento de silencio, señorita Eyre, he estado arreglando las cuentas con el destino. Ha surgido allí, de repente, cerca de ese tronco, como una de las brujas que se aparecieron ante Macbeth en el bosque de Forres. «¿Amas a Thornfield?», me ha preguntado, señalando la casa con el dedo. Entonces ha dibujado en el aire unos jeroglíficos pavorosos por toda la fachada, entre las dos filas de ventanas. «¡Ámalo si puedes! ¡Ámalo si puedes!»

»“Lo amo”, le he dicho, “me atrevo a amarlo.” Y —añadió con rabia— mantendré mi palabra. Derribaré las barreras que me separan de la felicidad y la bondad: sí, de la bondad, puesto que desearía ser un hombre mejor de lo que he sido, de lo que soy ahora. Exactamente igual que el leviatán de Job rompió la lanza, la flecha y la coraza, los obstáculos que para otros son de hierro y cobre para mí no serán más que paja y madera podrida.

En este momento Adèle corrió hacia él con el aro en la mano.

—¡Lárgate! —gritó él con dureza—. ¡Manténte a distancia o vete con Sophie!

Como proseguimos el paseo en silencio, me arriesgué a recordarle el punto del relato donde se produjo la brusca interrupción.

—¿Siguió usted en el balcón, señor, cuando entró mademoiselle Varens?

Casi esperaba un chasco por atreverme a formular esta pregunta, pero, al contrario, él salió de su abstracción, volvió los ojos hacia mí y su mirada pareció aclararse.

—¡Oh, me había olvidado de Céline! Bien, seré breve. Cuando vi que mi hechicera venía acompañada de un caballero, casi pude oír el zumbido de la verde serpiente de los celos que reptaba con sinuosos movimientos desde el balcón, penetraba bajo mi abrigo y ascendía en dirección a mi corazón. ¡Qué extraño! —exclamó de repente, lanzándose a una nueva y repentina digresión—. Es extraño que la haya elegido a usted para ser la confidente de toda esta historia, y más extraño aún es que me escuche con ese aire grave, como si fuera lo más normal del mundo que un hombre como yo narre sus lances amorosos con una bailarina a una chica inexperta y seria como usted. Pero este último hecho singular explica el primero, como ya le confié la otra noche: usted, con su aire de seriedad, educación y cautela ha sido creada para convertirse en depositaria de múltiples confianzas. Además, soy consciente de la mente que he puesto en contacto con la mía, sé que no es susceptible de contagiarse de ninguna infección, es una mente única. Felizmente tampoco albergo ningún deseo de dañarla, pero aunque lo tuviera, a usted no la afectaría para nada. Cuanto más conversemos usted y yo, mejor, puesto que, aunque usted es inmune a mi influencia, yo no lo soy a su frescura.

Tras este discurso, continuó:

—Sí, me quedé en el balcón. Pensé: vienen hacia sus aposentos, no hay duda; les prepararé una emboscada. Y, desde el exterior, corrí la cortina del ventanal, dejando el espacio suficiente como para poder observar lo que sucedía en la estancia; después ajusté la contraventana, dejando abierto un resquicio para oír sus arrullos amorosos. Volví a mi asiento justo cuando ellos entraban en la habitación. Clavé el ojo en la rendija: la doncella de Céline entró, encendió una lámpara, la dejó sobre la mesa y se retiró. Fue entonces cuando pude ver a la pareja con claridad: ambos se despojaron de las capas, y ahí estaba «la Varens», deslumbrante de satén y joyas (todas compradas por mí, por supuesto), y ahí estaba su acompañante, un individuo vestido con el uniforme de los oficiales, cuyo rostro no me era desconocido. Era un joven vizconde

que solía frecuentar la vida social, un tipo vicioso y rastrero a quien nunca me había molestado en odiar, tal era el desprecio que despertaba en mí. Al reconocerlo la serpiente de los celos se partió en dos al instante, al mismo tiempo que se extinguía mi amor por Céline. Una mujer capaz de engañarme con un rival de esa calaña no merecía enojo, sino desprecio. Aunque no tanto como yo, que me había comportado como una estúpida marioneta.

»Comenzaron a hablar, y su conversación acabó de revelarme la verdad sin tapujos: era frívola, materialista, despiadada y patética, más digna de lástima que de indignación. Había una tarjeta mía encima de la mesa y esto sacó mi nombre a colación. Ninguno de ambos poseía la energía o el ingenio suficiente para criticarme con acierto, pero me insultaron de la forma más baja que pudieron encontrar; sobre todo Céline, quien hizo gala de un cierto ingenio a la hora de poner en evidencia mis defectos físicos, o deformidades, como las llamaba ella. Y eso que cuando estábamos juntos solía afirmar que admiraba mi *beauté mâle*, algo por cierto que la distingue de usted, quien no tuvo ningún reparo de decir que no me encontraba atractivo en nuestro segundo encuentro. El contraste entre ambas me sorprendió entonces y...

Adèle llegó corriendo hasta nosotros.

—Monsieur, John me acaba de decir que su administrador está aquí y desea verle.

—En este caso, iré al grano. Abrí la ventana y me dirigí hacia ellos; liberé a Céline de mi protección, le ordené que abandonara la casa y le ofrecí una suma de dinero para que hiciera frente a los primeros gastos. Hice caso omiso a los gritos y lamentos de protesta, a las peticiones histéricas y las convulsiones, y concerté una cita con el vizconde en el bosque de Boulogne. A la mañana siguiente, tuve el placer de batirme con él: le dejé de recuerdo una bala en uno de esos débiles brazos, frágiles como las patas de una gallina, y di por zanjado el asunto. Pero, desgraciadamente, hacía seis meses que la Varens había dado a luz a esta niña, Adèle, asegurando que era hija mía. Quizá lo sea, aunque debo decir que no advierto en ella el menor rastro que confirme mi paternidad. Incluso Pilot guarda más parecido conmigo que esa cría. Unos años después de nuestra ruptura, Céline abandonó a su hija y huyó a Italia con un cantante o un músico. No me sentía en absoluto obligado a cuidar de Adèle, ni entonces ni ahora, porque no creo que sea su padre, pero al enterarme de que vivía en la indigencia decidí arrancarla del fango de París y trasplantarla aquí, en la fértil tierra que caracteriza a los jardines británicos, para que creciera sana. La señora Fairfax la contrató a usted para educarla, pero ahora que sabe que no es más que el fruto ilegítimo de una bailarina francesa, tal vez cambie de opinión acerca de su puesto y de su alumna. Ahora no tardará en venir ante mí con la noticia de que ha encontrado otra casa y ya podré ir buscando a otra institutriz. ¿O no?

—Por supuesto que no. Adèle no es en absoluto responsable de los errores de su madre ni de los de usted. Le he tomado cariño, y ahora que sé que es, en cierto sentido, huérfana, pues su madre la abandonó y usted no la ha reconocido como hija, aún me siento más unida a ella que antes. ¿Cómo podría preferir al cachorro

consentido de una familia rica que trata a la institutriz como si fuera un estorbo, a una pequeña huérfana que la considera su amiga?

—¡Si lo ve bajo ese prisma! Bien, ahora debo irme, y usted también. Oscurece.

Pero yo me quedé unos minutos más, con Adèle y Pilot: hicimos carreras y jugamos un rato al aro y a la pelota. Cuando entramos, le quité el sombrero y el abrigo y la senté sobre mis rodillas. La tuve allí durante una hora, dejándola que charlara sin parar, sin siquiera corregir las pequeñas libertades y comentarios intrascendentes en los que solía incurrir cuando se creía el centro de atención, y que revelaban en ella una cierta superficialidad de carácter, probablemente heredada de su madre, que eran poco compatibles con el temperamento inglés. Pese a todo, eran muchas sus gracias, y yo me sentía predispuesta a apreciar lo mejor de ella. Busqué en su rostro restos de alguna semejanza con el señor Rochester, pero no hallé ninguno: ni un solo rasgo, ni un gesto, denotaban el menor parentesco. Era una pena, pues si ella se hubiera parecido en algo a él, la relación entre ambos habría sido distinta.

Aquella noche, cuando me retiré a la soledad de mi habitación, recordé con atención la historia que me había contado el señor Rochester. Como él mismo había dicho, el tema no tenía nada de extraordinario: la pasión de un adinerado caballero inglés por una danzarina francesa y la posterior traición de la joven, eran moneda común en la alta sociedad de la época, pero había algo decididamente extraño en el arranque de emoción que le había sacudido de repente, cuando estaba expresando la tranquilidad de su ánimo en la actualidad y el sentimiento de cariño que le embargaba hacia la vieja mansión y sus alrededores. Dedicué un rato a reflexionar sobre este incidente, pero, al no hallarle explicación, volví mis pensamientos hacia el trato que me dispensaba el señor. La confianza depositada en mí parecía ser un tributo a mi discreción, y la acepté como tal. Su actitud había sido más constante conmigo en estas últimas semanas que al principio. Ya no daba la impresión de molestarse cuando me encontraba, ni se dejaba llevar por gélidos ataques de altivez. Cuando nos cruzábamos por casualidad, el encuentro parecía gustarle y solía dirigirme una sonrisa o una palabra amable; cuando me citaba ante su presencia, me recibía con tal cordialidad que quedaba claro que tenía el poder de divertirle y que esas confianzas vespertinas eran una fuente de placer tanto para mí como para él.

Eso que yo, en comparación, hablaba poco. Pero le escuchaba hablar con entusiasmo. Era de natural comunicativo y disfrutaba abriendo una mente inexperta a los secretos del mundo (y no me refiero a escenas de vicio y corrupción, sino a aquellas cuyo contenido o singularidad podían despertar mi interés). Por mi parte, aceptaba encantada la llegada de esas nuevas ideas, me esforzaba en dibujar en mi mente las imágenes que él describía para mí y le seguía a través de su camino por esas nuevas rutas, sin que nunca hubiera ninguna alusión que me hiciera sentir incómoda.

La franqueza de sus maneras me liberó de la dolorosa represión: la sinceridad

amistosa de su trato, a la vez correcto y cordial, me acercó a él. A veces, creía ver en él a un amigo, en lugar de a mi señor. En otras ocasiones él seguía exhibiendo un talante exigente, pero ya no me importaba: era su forma de ser. Estaba tan contenta, tan agradecida a ese nuevo aliciente que dejé de lamentar el hecho de no tener una familia: mi angosto destino daba la impresión de crecer, las horas muertas de la existencia se llenaban, la salud de mi cuerpo mejoraba. Gané fuerza física y espiritual.

¿Seguía siendo a mis ojos un hombre feo? No, lector; la gratitud y muchas otras ideas asociadas, todas placenteras y estimulantes, convirtieron su rostro en el objeto que más ansiaba ver. Su presencia en una habitación alumbraba más que la luz de las llamas. No había olvidado sus defectos, por supuesto; tampoco hubiera podido, porque a él le agradaba sacarlos a relucir a menudo. Era orgulloso, irónico, duro en el trato con sus inferiores; en el fondo de mi alma, sabía que su dulzura conmigo quedaba compensada por la injusta severidad que dedicaba a otros. Era también un hombre de temperamento variable: más de una vez, cuando me llamaba para que le leyera en voz alta, le encontré sentado en la biblioteca, solo, con la cabeza oculta entre sus brazos, y, cuando levantaba la vista, había en ella una mirada mezquina, casi malvada, que ensombrecía sus facciones. Pero yo estaba convencida de que sus cambios de humor, su actitud y los fallos morales que habían caracterizado su vida (y lo digo en pasado, pues ahora parecía haberse corregido) tenían su origen en alguna cruz que el destino le había cargado a las espaldas. Creía firmemente que era un hombre de natural bondadoso, altos principios y gustos más puros que los sobrevenidos por las circunstancias, instigados por la educación o alentados por el destino. Pensé que estaba hecho de excelentes materiales, aunque la vida los hubiera estropeado. No voy a negar que lamentaba su pena, cualquiera que esta fuese, y habría dado cualquier cosa por aliviarla.

Aunque ya había apagado la vela y me había acurrucado en la cama, no podía dejar de ver en la oscuridad la expresión de su rostro al detenerse en la avenida y oír el relato del destino que surgía ante él y le desafiaba a ser feliz en Thornfield.

«¿Por qué no? —me pregunté—. ¿Qué le separa de esta casa? ¿Se marchará pronto? La señora Fairfax dijo que nunca se quedaba más de dos semanas, y ya va a hacer dos meses que está aquí. Si se va, el cambio será doloroso. Supón que está ausente durante la primavera, el verano y el otoño, ¡qué melancólicos me parecerán esos hermosos días de sol!»

Apenas recuerdo si dormí o no después de haber considerado estas tristes ideas, pero en algún momento me despertó un murmullo vago, lúgubre y peculiar, que procedía, o al menos eso pensé, de la habitación que estaba justo encima de la mía. Deseé haber tenido la vela encendida, pues la noche era terriblemente oscura y el miedo atenazó mi ánimo. Me incorporé y me senté en la cama, dispuesta a escuchar. El ruido había desaparecido.

Intenté conciliar de nuevo el sueño, pero el corazón me latía a toda prisa; el

sosiego estaba roto. Abajo el reloj dio las dos. Justo en ese momento, noté que alguien rozaba la puerta de mi habitación, como si unos dedos se hubieran apoyado en ella al recorrer la galería. Grité: «¿Quién anda ahí?». No hubo respuesta. Yo temblaba de miedo.

De pronto pensé que podía ser Pilot; no era raro que, si alguien dejaba la puerta de la cocina abierta, el animal subiera a los aposentos de su amo. Yo misma lo había visto dormido allí algunas mañanas. La idea tuvo la virtud de serenarme un poco y me tumbé. El silencio calma los nervios, y, dado que una quietud absoluta había vuelto a invadir la casa, empecé a sentir los efectos del sueño. Pero estaba escrito que aquella noche no podría dormir. Apenas la somnolencia se había posado sobre mis ojos, cuando se vio forzada a huir, aterrada, por culpa de un incidente macabro, algo capaz de helar la sangre en las venas.

Fue el sonido de una risa demoníaca —sorda, sofocada y profunda— que procedía de la cerradura de mi puerta. La cabecera de la cama estaba cerca de la puerta, y al principio pensé que el espíritu estaba cerca de mí, incluso escondido bajo la almohada. Me levanté de un salto, miré alrededor y no pude ver a nadie. Mientras inspeccionaba la habitación, se repitió ese sonido macabro y supe que procedía del exterior. Mi primer impulso fue correr hacia la puerta y girar la llave; el siguiente, volver a gritar: «¿Quién es?».

Algo lanzó un gemido ronco. Poco después, los pasos se alejaron por el pasillo hacia la escalera que llevaba al tercer piso. Hacía poco tiempo que se había colocado una puerta frente a dichas escaleras. Oí cómo se abría y se cerraba de nuevo. Después, se hizo el silencio.

«¿Es acaso Grace Poole, poseída por algún demonio?», pensé. Me resultaba imposible seguir sola y decidí ir a la habitación de la señora Fairfax. Me eché encima el vestido y un chal, di la vuelta a la llave y abrí la puerta con el pulso tembloroso. Una vela ardía en el exterior, alguien la había dejado encima de la alfombra del corredor. Esto me sorprendió, pero aún me inquietó más el aire denso que llenaba el ambiente. Miré a ambos lados en busca del origen de esas hebras azuladas y percibí un penetrante olor a quemado.

Algo crujió: había una puerta entreabierta, la de la habitación del señor Rochester, y una nube de humo salía del interior. Ya no pensé en la señora Fairfax, ni en Grace Poole, ni en la risa. En un instante, había entrado en la estancia: lenguas de fuego lamían la cama y engullían las cortinas. En medio del incendio, inconsciente por el humo, yacía inconsciente el señor Rochester.

—¡Despierte! ¡Despierte! —grité.

Lo zarandeé, pero él se limitó a murmurar algo y volverse a dormir: el humo le había atontado. No había un momento que perder: las sábanas empezaban a arder. Corrí hacia el lavabo. Por fortuna, tanto la jofaina como la jarra estaban llenas de agua. Las vacié sobre la cama y sobre su ocupante, volé hacia mi propio cuarto, cogí la jarra y proseguí con aquel bautismo que, gracias a Dios, logró apagar el incendio.

El silbido del fuego al apagarse, la rotura de una jarra que se me escapó de las manos después de vaciarla y, sobre todo, el chorro de agua que le había caído encima, consiguieron espabilar al señor Rochester. Aunque estaba oscuro, supe que había vuelto en sí porque hasta mí llegaba su voz profiriendo juramentos al despertar en medio de un charco de agua.

—¿Qué es esto?! ¿Una inundación?! —gritaba.

—No, señor —respondí—. Pero ha habido un incendio. Levántese, señor, debe estar calado. Le acercaré una vela.

—En nombre de todos los santos de la Cristiandad, ¿es usted, Jane Eyre? —preguntó—. ¿Qué me ha hecho, bruja, hechicera? ¿Quién está con usted? ¿Acaso intentaba ahogarme?

—Sostenga la vela, señor. Y, por amor de Dios, levántese. Alguien ha provocado este fuego, pero ignoro quién ni por qué.

—Bien, ya estoy en pie, pero no me hago responsable de lo que vea si enciende una vela. Espere dos minutos, hasta que encuentre algo seco que ponerme, si es que hay algo seco en toda la habitación... Sí, aquí está el batín. Ahora sí puede ir a por la vela. ¡Venga, dese prisa!

Lo hice. Regresé enseguida con la vela del corredor, todavía encendida. Él la cogió de mis manos, la levantó e inspeccionó la cama, chamuscada y ennegrecida, las sábanas húmedas y la alfombra convertida en un lago.

—¿Se puede saber qué es esto? ¿Quién lo hizo? —inquirió.

Relaté brevemente lo que sabía, empezando por la extraña risa que había oído en el pasillo, los pasos que subían hacia el tercer piso, el humo y el olor a quemado que me habían conducido hasta su cuarto, la escena que me había encontrado al entrar y mi reacción de lanzarle encima toda el agua que pude conseguir.

Me escuchó con el semblante grave. Su rostro expresaba más preocupación que sorpresa y tardó unos instantes en decir algo cuando yo acabé de contarle lo sucedido.

—¿Desea que avise a la señora Fairfax? —pregunté.

—¿A la señora Fairfax? No, ¿para qué demonios la quiere? ¿Es que hay algo que ella pueda hacer? ¡Déjela dormir tranquila!

—Entonces iré en busca de Leah, y despertaré a John y a su esposa.

—No hará nada de eso: límitese a quedarse quieta. Veo que lleva puesto un chal, pero si tiene frío coja mi capa, envuélvase con ella y siéntese en el sillón. Así, yo mismo la taparé. Y ahora apoye los pies en la banqueta para que no se mojen. La dejaré sola unos minutos y me llevaré la vela. No se mueva de aquí hasta que vuelva: quédese silenciosa como un ratón. Debo subir al tercer piso. Recuerde: no se mueva ni llame a nadie.

Se marchó; vi como la luz desaparecía con él. Cruzó el pasillo casi de puntillas, abrió y cerró la puerta de la escalera haciendo el menor ruido posible, y el rayo de luz se esfumó. Me rodeaba una profunda oscuridad. Presté atención para distinguir algún sonido, pero no oí nada. Transcurrió un buen rato, en el que mi humor fue agriándose

cada vez más: pese al abrigo, seguía teniendo frío, y no veía ninguna necesidad de quedarme allí sin decir nada a nadie. Estaba a punto de arriesgarme a desobedecer las órdenes dadas por el señor Rochester cuando volví a ver el reflejo de la luz en la pared del corredor y oí sus pisadas sobre la alfombra. «Espero que sea él —pensé—, y no algo peor.»

Regresó a la habitación con el semblante pálido y consternado.

—Ya he descubierto lo que sucedió —dijo, apoyando la vela en la palmatoria—; ya me lo temía.

—¿Qué, señor?

No respondió, pero se quedó mirando al suelo con los brazos cruzados. Unos minutos después, se dirigió a mí en un tono muy peculiar:

—He olvidado si comenté haber visto algo cuando abrió la puerta de su habitación.

—No vi nada, señor, solo el candelabro en el suelo.

—Pero sí oyó una risa extraña, ¿no es cierto? La había oído antes, supongo...

—Sí, señor. Una de las costureras, una mujer llamada Grace Poole, tiene una risa parecida. Es una mujer muy especial.

—Sí, Grace Poole. Veo que lo ha adivinado. Como usted acaba de decir, es una mujer especial, muy especial. Bien, meditaré sobre todo esto. Mientras tanto, debo decirle que estoy contento de que sea usted, aparte de mí mismo, la única persona de la casa que está al corriente de lo sucedido esta noche. Sé que el exceso de charla no es uno de sus defectos: no comente nada de ello. Yo me encargaré de justificar todo esto —dijo, señalando la cama—. Ahora, vaya a descansar a su habitación. Yo me las apañaré en el sofá de la biblioteca para lo que queda de noche. Son casi las cuatro; en dos horas los criados ya estarán en pie.

—Buenas noches, señor —dije, antes de salir.

Pareció sorprendido, lo que me dejó perpleja: ¿no acababa de decir que podía irme?

—¿Qué? —exclamó—. ¿Se va usted ya? ¿Y de este modo?

—Usted dijo que podía retirarme, señor.

—Pero no sin despedirse de mí adecuadamente, no sin una palabra o dos de reconocimiento y buena voluntad. En definitiva, no de esa forma seca y fría. ¡Dios, usted me ha salvado la vida! ¡Me ha evitado una muerte dolorosa y terrible! Y ahora se marcha como si fuéramos dos extraños. Al menos, permítame que le dé la mano.

Extendió la mano y yo se la estreché. La rodeó entonces con ambas manos y dijo:

—Me ha salvado la vida. Y me siento halagado de deberle un favor tan inmenso. No puedo decir más. Nada en mi carácter propicia que me sienta bien por estar en deuda con alguien, pero si se trata de usted... En su caso es distinto, Jane. Su favor no pesa en mí como un fardo insoportable.

Hizo una pausa para mirarme a los ojos: casi podía leer las palabras en sus temblorosos labios, pero la voz no tuvo fuerzas para seguir.

—Buenas noches de nuevo, señor. Y permítame que le diga que no hubo tal favor, ni existe tal carga, ni espero a cambio ningún beneficio.

—Sabía —prosiguió— que su presencia me haría bien algún día, de algún modo; lo leí en sus ojos la primera vez que la vi: la expresión que había en ellos y su sonrisa no... —sus palabras se detuvieron de nuevo—, no... causaron en mí un impacto tan intenso por nada. La gente habla de simpatías espontáneas, y yo he oído contar cosas sobre genios buenos. Ahora veo que hay algo de verdad hasta en las fábulas más fantásticas. ¡Mi dulce salvadora, buenas noches!

Una extraña energía dominaba su voz; un extraño fuego iluminaba sus ojos.

—Me alegro de haber estado despierta —dije, avanzando hacia la puerta.

—Así, ¿se marcha?

—Tengo frío, señor.

—¿Frío? Claro, y además está usted de pie encima de un charco. ¡Váyase, Jane!

—Pero seguía sin soltarme la mano y yo no podía arrancarla de las suyas. Inventé rápidamente una excusa.

—Creo que oigo a la señora Fairfax, señor.

—¡Bueno, váyase!

Aflojó la presión de sus dedos y me marché.

Volví a acostarme, pero ni siquiera pensé en dormirme. Hasta el amanecer, estuve navegando en un mar exaltado e inquieto, donde olas de zozobra se alternaban con otras de alegría. En algunos momentos creí ver la orilla, suave como la línea que dibujan las colinas de Beulah, que supondría para mí el refugio de esas aguas salvajes. De vez en cuando, una fría galerna, alentada por la esperanza, elevaba a mi espíritu triunfante por encima de los remolinos en dirección a tierra. Pero no podía alcanzarla, ni siquiera con la imaginación, porque una brisa traidora se complacía en apartarme de la orilla y me obligaba a retroceder. El sentido común se resistía al delirio; el buen juicio calmaría la pasión. Demasiado nerviosa para dormir, me levanté con los primeros rayos del sol.

Tras una larga noche de insomnio, la idea de ver al señor Rochester me inspiraba a la vez deseo y aprensión: quería volver a oír su voz, pero temía cruzarme con su mirada. Durante las primeras horas de la mañana esperé que irrumpiera en la sala de estudios de Adèle; no es que lo tuviera por costumbre, pero lo había hecho algunas veces anteriormente y yo estaba convencida de que ese día nos visitaría.

Sin embargo, la mañana transcurrió sin sobresaltos, sin que nada ni nadie interrumpiera el sosegado transcurso de las lecciones. Lo único extraordinario fue un cierto bullicio que llegó hasta nosotras poco después de desayunar, procedente de la habitación del señor Rochester. Distinguimos la voz de la señora Fairfax, la de Leah y la de la cocinera —la esposa de John—, e incluso el tono brusco de este último, cuando pronunciaban frases del estilo de: «¡Fue una suerte que el señor no ardiera en su cama!», «Siempre resulta peligroso dejar una vela encendida durante la noche», «¡Gracias a Dios que tuvo la suficiente serenidad como para acordarse del agua de la jarra!», «Me extraña que no despertara a nadie», «Esperemos que la noche en el sofá de la biblioteca no tenga como consecuencia un mal resfriado», etcétera.

Estas exclamaciones fueron seguidas por el rumor de escobas y otros útiles de limpieza, y cuando pasé por delante de la habitación para ir a comer, vi a través de la puerta que todo el aposento, a excepción de la cama sin hacer, había recuperado su aspecto habitual. Leah estaba encaramada al alféizar de la ventana, fregando los cristales que el humo había ennegrecido. Fui hacia ella porque me intrigaba saber qué explicación se había dado al asunto. Sin embargo, mientras avanzaba, descubrí que había una segunda persona en la sala, una mujer sentada junto a la cama, ocupada en la tarea de coser las anillas a las cortinas nuevas. Esta mujer no era otra que Grace Poole.

Estaba allí, con aquel aire formal y taciturno típico de ella, enfundada en su bata marrón, con el delantal a cuadros, el pañuelo blanco y la cofia. Parecía absorta en su cometido y nada había en sus vulgares facciones que revelara el pánico o la desesperación que cabría esperar ver reflejados en el semblante de una asesina que había sido descubierta, seguida hasta su guarida y (según yo creía) acusada por su presunta víctima del crimen que había intentado cometer. Yo no salía de mi asombro. Ella levantó los ojos y nuestras miradas se cruzaron: no se ruborizó ni perdió la compostura; nada en su expresión traicionaba la menor emoción, ya fuera culpabilidad o temor a las consecuencias.

—Buenos días, señorita —dijo en su habitual tono conciso y flemático antes de proseguir con su tarea.

«Esa absoluta frialdad está más allá de mi comprensión», pensé, y al momento decidí ponerla a prueba.

—Buenos días, Grace. ¿Ha pasado algo extraño? —pregunté—. Me pareció oír voces hace un rato.

—El señor, que estuvo leyendo en su cama y se durmió con la vela encendida. El fuego prendió en las cortinas; por suerte se despertó antes de que las llamas alcanzaran las sábanas o los muebles, y consiguió sofocarlas con el agua de la palangana.

—¡Qué raro! —dije en voz baja; luego, sin dejar de mirarla, continué—: ¿No despertó a nadie el señor Rochester? ¿Nadie le oyó moverse?

Ella volvió a alzar los ojos hacia mí, y esta vez pude vislumbrar en su expresión un rastro de sospecha. Antes de responder, se tomó la molestia de observarme con gran cautela.

—Señorita, usted ya sabe que el área del servicio está demasiado apartada; es improbable que los criados oyeran nada. Las habitaciones de la señora Fairfax y de usted son las que quedan más próximas a la del señor, pero la señora Fairfax dice que no oyó ningún ruido. La gente mayor suele tener el sueño pesado. —Se detuvo, y luego añadió con fingida indiferencia, pero en un tono significativamente marcado—: Sin embargo, usted es joven, señorita, y yo diría que tiene el sueño ligero. ¿Tal vez escuchó algo fuera de lo habitual?

—Sí —dije bajando la voz, para que Leah, que seguía enfrascada en los cristales, no pudiera oírme—, y al principio pensé que se trataba de Pilot, pero Pilot es incapaz de reírse y yo estoy segura de que fue una risa lo que llegó hasta mis oídos: una risa muy extraña.

Grace cogió un nuevo ovillo de hilo, lo deshizo cuidadosamente, enhebró la aguja con mano firme, y después replicó, sin dar la menor muestra de agitación:

—En mi opinión, es poco probable que el señor se riera en medio de esa situación de peligro. Debió de soñarlo, señorita.

—No fue un sueño —repuse, irritada por su cínica frialdad.

Ella volvió a mirarme, y en sus ojos penetrantes brillaba otra vez ese destello de sospecha.

—¿Le ha contado al señor que oyó esa risa? —preguntó.

—No he tenido oportunidad de hablar con él esta mañana.

—¿No se le ocurrió abrir la puerta de su habitación y asomarse al corredor? —siguió preguntando.

Parecía un interrogatorio; intentaba sonsacarme sin que yo me diera cuenta. Esa idea me hizo pensar de repente que, si dejaba traslucir mis sospechas, podría convertirme en la siguiente víctima de sus bromas macabras. Decidí, por lo tanto, proceder con cautela.

—Al contrario —contesté—. Cerré la puerta con llave.

—¿Es que no suele cerrar su puerta con llave antes de acostarse?

«¡Diablos! ¡Quiere conocer mis costumbres y así poder trazar sus planes!» La indignación pudo más que la prudencia y respondí en tono cortante:

—A menudo olvidaba hacerlo. La verdad es que nunca creí que fuera necesario, ni temí que nada malo pudiera sucederme en el interior de Thornfield Hall. No

obstante, en el futuro —y enfaticé cuanto pude estas tres palabras—, me aseguraré de hacerlo antes de meterme en la cama.

—Hará usted muy bien —respondió—. Este vecindario es de los más tranquilos que conozco y nunca se han oído por aquí historias de ladrones, pese a que todo el mundo sabe que la plata del aparador vale cientos de libras. Además, a pesar de ser una casa grande, el servicio es escaso, debido principalmente a las frecuentes ausencias del señor y a que, siendo soltero, no requiere demasiado personal. Pero yo siempre me inclino por pecar de prudente: no cuesta nada correr el cerrojo, y siempre es mejor que haya una puerta cerrada entre una y cualquier peligro que pueda acecharla. Mucha gente prefiere confiar sus vidas a la Providencia, señorita, pero lo que yo digo es que la Providencia no prescinde de los medios, sino que a menudo los bendice cuando se usan con inteligencia.

Así puso fin al discurso, que por otro lado había sido de una longitud sorprendente para una persona de tan pocas palabras, y se hundió después en un silencio tan solemne como el de un pastor cuáquero.

Todavía no me había recuperado de la perplejidad que despertaron en mí su milagroso autocontrol y su tremenda hipocresía cuando la cocinera entró en la habitación.

—Señora Poole —dijo, dirigiéndose a Grace—, la comida de los criados pronto estará lista. ¿Bajará a comer con nosotros?

—No. Sírvame solo una jarra de cerveza negra y un pedazo de pudding; póngalo en una bandeja y yo me encargaré de subirlo.

—¿Quiere un poco de carne?

—Un pedazo muy pequeño, y una loncha de queso. Nada más.

—¿Y el sagú?

—De momento no se preocupe. Bajaré antes del té y yo misma lo prepararé.

La cocinera se volvió hacia mí para informarme que la señora Fairfax me esperaba, así que fui a su encuentro.

Durante la comida, apenas escuché una palabra del relato que hizo la señora Fairfax sobre el incidente de las cortinas. Mi mente estaba demasiado ocupada intentando desentrañar el misterio que rodeaba a la enigmática personalidad de Grace Poole, y las razones que explicaban por qué mantenía aún su posición en la casa en lugar de haber sido entregada a la policía esa misma mañana, o cuando menos despedida sin remisión. Él casi había admitido la culpabilidad de la criada: ¿a qué venía entonces tanta magnanimidad? ¿Por qué me había ordenado que guardara el secreto? Todo era muy extraño: él era un caballero rico, arrogante y vengativo, y sin embargo estaba a merced de la más humilde de sus sirvientas; tan a su merced que, pese al intento de asesinato perpetrado por la mujer, ni siquiera se atrevía a acusarla del crimen, y mucho menos a castigarla.

Si Grace hubiera sido joven y guapa, yo habría pensado que eran otros sentimientos al margen de la prudencia los que influían en la benevolencia del señor

Rochester, pero la falta de atractivos físicos y la gruesa figura de la criada descartaban por completo esa idea. «Sin embargo —reflexioné—, ella también fue joven, y su juventud coincidió con la del señor; la señora Fairfax me dijo una vez que Grace llevaba muchos años en la casa. No creo que haya sido nunca guapa, pero tal vez poseyó la originalidad y la fuerza de carácter necesarios para compensar la falta de belleza. El señor Rochester se siente atraído por las personas decididas y excéntricas, y Grace es, al menos, excéntrica. ¿Y si un antiguo romance (un fenómeno muy posible dada la naturaleza impetuosa y caprichosa del señor) le ata a esa mujer, y ella hace su voluntad a cambio de mantener en secreto esa indiscreción?» Pero, al llegar a este punto, la imagen de la señora Poole acudió a mi mente —el cuerpo robusto y plano; el rostro seco, de facciones toscas e incluso groseras— y desdeñé esa suposición de inmediato. «Sin embargo —se empeñaba en sugerir esa vocecilla que habla desde el fondo del corazón—, tú tampoco eres bella y el señor Rochester se encuentra a gusto a tu lado, o al menos eso has creído en alguna ocasión, y anoche... recuerda sus palabras, su mirada. ¡Recuerda su voz!»

Lo recordaba todo: revivía las palabras, sus ojos y el tono en el que me hablaba. En ese momento estaba en la sala de estudio: Adèle dibujaba y yo me incliné para corregir el trazado de su lápiz. Ella me miró, inquieta.

—*Qu'avez-vous, mademoiselle?* —preguntó—. *Vos doigts tremblent comme la feuille, et vos joues sont rouges: mais, rouges comme des cerises!*^[14]

—Es por el esfuerzo de inclinarme, Adèle. —Ella prosiguió con su dibujo, y yo con mis pensamientos.

Me apresuré a alejar de mi mente la odiosa idea que me comparaba con Grace Poole. Entre ella y yo había grandes diferencias. Bessie Leaven me había descrito como a una dama, y no había mentido: lo era. Y en este momento mi aspecto era mucho mejor que el día de mi encuentro con Bessie. Mi piel presentaba mejor color y mi cuerpo había engordado un poco; mi vida era más divertida y las esperanzas de un futuro mejor teñían mis rasgos de animación y alegría.

«Se acerca la tarde —me dije mientras miraba por la ventana—. No he oído en todo el día la voz ni los pasos del señor Rochester, pero estoy segura de que le veré antes de que caiga la noche. Aunque por la mañana temía el encuentro, ahora lo deseo. Tantas horas de desconcierto me han vuelto impaciente.»

Cuando se hizo de noche y Adèle se fue a jugar con Sophie, el ansia de verle se hizo más fuerte. Esperé oír el timbre llamándome desde abajo, esperé que Leah entrara en cualquier momento con un mensaje del señor. En un par de ocasiones me pareció oír los pasos del propio señor Rochester y me volví hacia la puerta, segura de que él aparecería por ella. Sin embargo, la puerta siguió cerrada y lo único que entraba en la habitación era la oscuridad procedente de la ventana. No era muy tarde: acababan de dar las seis, y a menudo no mandaba a buscarme hasta las siete o las ocho. Seguro que no me decepcionaría precisamente esa noche en la que tenía que explicarle tantas cosas... Quería sacar de nuevo el tema de Grace Poole y oír sus

respuestas, quería preguntarle con toda franqueza si él creía que ella era la culpable del horrible acto de la noche anterior y, si era así, por qué mantenía su tremenda fechoría en secreto. No me importaba que mi curiosidad le molestase: había descubierto el placer de fastidiarle y luego calmarle, alternativamente. Era algo que me encantaba hacer, y poseía un instinto infalible que me hacía parar antes de ir demasiado lejos; jamás me atreví a provocarle, pero me gustaba poner en práctica mi habilidad y llevarla al límite. Podía discutir con él con franqueza y sin miedo, sin perder en ningún momento el respeto y las formas a las que mi posición me obligaba. Era una situación en la que ambos estábamos cómodos.

Por fin oí unas pisadas en las escaleras. Leah hizo su aparición, pero era solo para informarme de que el té estaba servido en la habitación de la señora Fairfax. Me apresuré a bajar, pensando, en mi ignorancia, que eso me acercaba al señor Rochester.

—Debía de estar esperando el té —dijo la buena señora al verme entrar—. Comió tan poco al mediodía... Me temo que hoy no se encuentra muy bien —prosiguió—; parece tener fiebre.

—Oh, estoy perfectamente. ¡Nunca me he sentido mejor!

—Entonces debe calmar mi preocupación comiéndoselo todo. ¿Le importa llenar la tetera mientras acabo de guardar la labor?

Después de completar su tarea, se levantó y bajó las persianas que aún seguían subidas para aprovechar al máximo la luz del día, aunque ya hacía rato, pensé yo, que solo cedían paso a la oscuridad.

—Hace una noche clara —dijo ella observando el exterior a través de los cristales—, pero no hay estrellas. Al final, el señor Rochester habrá tenido un día favorable para su viaje.

—¡Su viaje! ¿Acaso el señor Rochester se ha ido? No lo sabía.

—Oh, partió justo después de desayunar. Se ha ido a los Leas, a casa del señor Eshton, a seis kilómetros de Millcote. Creo que se reunía un buen grupo de gente allí: lord Ingram, sir George Lynn, el coronel Dent, y algunos más.

—¿Espera que vuelva esta noche?

—No, ni tampoco mañana: siempre que va suele quedarse al menos una semana. Cuando se reúnen los jóvenes de buena cuna, se ven rodeados de tanta elegancia y tan bien provistos de placeres y entretenimientos que no tienen ninguna prisa por separarse. En especial, tales ocasiones requieren la presencia de caballeros, y el señor Rochester es tan animado y agradable en el trato social que todas las damas se lo disputan. Y eso que usted pensará que su apariencia no es la más deseable a los ojos femeninos. Supongo que las habilidades y conocimientos que posee, además de la riqueza y la nobleza de su linaje, compensan con creces la falta de atractivos físicos.

—¿Hay damas invitadas a los Leas?

—Están la señora Eshton y sus tres hijas, unas damas muy elegantes, y también las honorables Blanche y Mary Ingram, dos jóvenes preciosas. Aunque hace seis o siete años que no veo a Blanche, estoy segura que debe de haberse convertido en toda

una belleza. Vino aquí cuando tenía dieciocho años, a una fiesta que el señor Rochester ofreció en Navidad. Debería haber visto el comedor ese día. ¡Qué riqueza de decoración! ¡Qué luces tan hermosas! Había al menos cincuenta invitados, todos pertenecientes a las mejores familias del condado, y la señorita Ingram fue sin duda la sensación de la noche.

—Usted la vio, ¿verdad, señora Fairfax? ¿Cómo era?

—Sí, la vi. Las puertas del comedor estaban abiertas de par en par, y como era Navidad se autorizó que los criados escucháramos desde el vestíbulo el concierto que ofrecieron algunas señoritas. El señor Rochester me invitó a entrar, y yo me senté en un rincón tranquilo para observarlos a mis anchas. Nunca había visto una escena tan espléndida: los vestidos de las señoras eran magníficos, y todas ellas, sobre todo las de menor edad, estaban muy guapas. Pero no hay duda que la señorita Ingram destacaba sobre las otras como una reina.

—¿Cómo era?

—Alta, de talle fino y hombros redondeados; su cuello era largo y gracioso, tenía el cutis oliváceo, moreno y terso, y los rasgos nobles. Los ojos grandes y oscuros, parecidos a los del señor Rochester, despedían el mismo brillo que sus joyas. Y su cabello... negro como ala de cuervo y elegantemente peinado: con una corona de gruesas trenzas en la parte posterior y los bucles más rizados que yo había visto en mi vida cayéndole sobre la frente. Su vestido era todo blanco y llevaba sobre los hombros un pañuelo del color del ámbar, que le cruzaba el busto hasta quedar anudado a un lado, de manera que los extremos le colgaran hasta las rodillas. También llevaba una flor amarilla en el pelo, que contrastaba con su oscura cabellera.

—Tuvo que ser la admiración de todos los asistentes.

—Por supuesto, y no solo por su belleza sino también por su talento. Fue una de las damas que cantó, acompañada al piano por un caballero. Ella y el señor Rochester cantaron a dúo.

—¡El señor Rochester! Ignoraba que supiera cantar.

—Posee una hermosa voz de bajo y un gusto exquisito para la música.

—¿Y qué clase de voz posee la señorita Ingram?

—Rica y delicada a la vez. Cantó de maravilla y fue un placer escucharla. Después tocó el piano. No es que yo entienda mucho de música, pero el señor Rochester es todo un experto y le oí alabar efusivamente la interpretación de la joven.

—¿Y esta bella y capacitada dama aún no se ha casado?

—Pues no. Me temo que ni ella ni su hermana poseen una gran fortuna. Las propiedades del viejo lord Ingram estaban vinculadas, y el hijo menor se quedó prácticamente con todo.

—Pero me extraña que ningún noble o rico caballero se haya prendado de ella. El señor Rochester, por ejemplo. Él es rico, ¿no?

—Oh, sí. Pero la diferencia de edad entre ambos es considerable: el señor ronda los cuarenta y ella no tendrá más de veinticinco.

—¿Qué tiene que ver? Enlaces más desiguales se conciertan todos los días.

—Eso es cierto, aunque no creo que el señor Rochester piense en ese tipo de cosas... Pero no ha comido casi nada, señorita Eyre, apenas ha probado bocado desde que servimos el té.

—Tengo demasiada sed para comer. ¿Me permite que tome otra taza?

Estaba a punto de continuar especulando sobre la posible unión entre el señor Rochester y la hermosa Blanche, pero la entrada de Adèle en la habitación nos obligó a cambiar de tema.

Cuando volví a quedarme sola, revisé la información que había obtenido y me asomé al fondo de mi corazón para examinar sus pensamientos y sensaciones. Decidí juzgarme con firmeza: apartar de mi mente todo lo que perteneciera al terreno de la imaginación y de la especulación, y admitir solo aquellos datos que mi sentido común diera por buenos.

Las esperanzas, deseos y sentimientos que yo había albergado desde la noche pasada —en realidad, durante las últimas dos semanas— eran la evidencia que la Memoria presentaba contra mí en el juicio; pero después la Razón expuso sus argumentos de la forma más simple y llana, demostrándome la rapidez con que yo había rechazado la realidad en aras de aferrarme a un romántico ideal. Pronuncié mi propio veredicto:

No hay en el mundo ser vivo que sobrepase en locura a Jane Eyre, ni ningún idiota que se haya saciado como ella de dulces mentiras, tragándose el veneno como si de néctar se tratase.

«Tú —me dije—, ¿la favorita del señor Rochester? ¿Tú creíste poseer el don de agradarle? ¿Tú pensaste que tenías alguna importancia para él? ¡Dios! Tanta estupidez me pone enferma: has confundido el placer con unas simples muestras de cortesía, muestras equívocas procedentes de un caballero, un hombre de mundo, hacia una criada inexperta. ¿Cómo te has atrevido a pensarlo? ¡Pobre idiota! ¿Ni siquiera el egoísmo te hizo ser más lista? Esta mañana te repetías la escena que tuvo lugar la noche pasada. ¡Deberías avergonzarte de ti misma! Él elogió tus ojos, ¿recuerdas, tonta? Pues ábrelos bien y observa tu propia falta de sentido común. No hace ningún bien a una mujer el ser adulada por su superior, que nunca llegará a casarse con ella, y es una locura dejar que la llama de un amor secreto prenda entre ellos ya que, si se mantiene oculto sin poder expresarse, este sentimiento acaba devorando la vida de quien lo alimenta, y en el caso de que sea descubierto y correspondido, conduce inexorablemente a un lodazal del que es imposible salir.

»Así que escucha tu sentencia, Jane Eyre: mañana, te pondrás delante de un espejo y copiarás fielmente lo que veas en él, sin omitir ningún trazo irregular ni suavizar un solo defecto, y luego escribirás estas palabras debajo: “Retrato de una pobre institutriz, ridícula, boba y carente de gracia”.

»Luego busca un pedazo de papel en tu caja de pintura; coge la paleta y prepara en ella los colores más frescos y bellos; elige los lápices más delicados y úsalos para

dibujar el rostro más hermoso que puedas imaginar. Píntalo usando los matices más suaves, teniendo en mente la descripción que la señora Fairfax hizo de Blanche Ingram: sus cabellos como el ébano, sus ojos rasgados... ¡Alto! ¡Sin lloriqueos, ni sentimentalismos! ¡Fuera lamentaciones! Solo voy a permitirte sensatez y decisión. Recuerda sus armoniosos y augustos rasgos, la perfección griega de su cuello y de su talle, muestra en el dibujo el brazo redondo y bien formado y la delicada forma de las manos; omite el anillo de diamantes y el brazalete de oro, límitate a retratar su atuendo, de encaje fino y brillante satén, la gracia del pañuelo y la rosa dorada que llevaba en el pelo. Llámalo: “Blanche, retrato de una dama de alta cuna”.

»Cuando, en el futuro, pienses que el señor Rochester siente algún aprecio por ti, saca estos dos dibujos y compáralos. Te dirás a ti misma: “Un señor que podría ganarse el corazón de esta noble dama si se lo propusiera, ¿dedicaría uno solo de sus pensamientos a esta plebeya miserable e insignificante?”

Decidí que cumpliría la condena y, algo más calmada después de haber tomado esta determinación, me dormí.

Mantuve mi palabra. Un par de horas fueron suficientes para esbozar a lápiz mi autorretrato, y necesité casi dos semanas para completar la supuesta imagen de Blanche Ingram. Su rostro era suficientemente hermoso, y cuando lo comparaba con el otro, el contraste era tan grande como mi conciencia podía desear. La tarea me reportó más de un beneficio: mantuvo ocupadas mi cabeza y mis manos, y aumentó la fuerza y la consistencia de las nuevas impresiones que yo quería grabar en mi corazón de forma indeleble.

Incluso ahora tengo razones para felicitarme por la disciplina a la que sometí a mis sentimientos; gracias a ella fui capaz de enfrentarme a lo que sucedió después con una serenidad que habría sido incapaz de fingir, ni siquiera exteriormente, si el futuro me hubiese pillado desprevenida.

Transcurrió una semana, y luego diez días, sin que tuviéramos noticias del señor Rochester. La señora Fairfax afirmó que no le extrañaría que viajara directamente de los Leas hasta Londres, y desde esa ciudad al continente, y que por tanto no volviéramos a verle hasta el año siguiente. No sería la primera vez que desaparecía de una forma tan brusca e inesperada. Al oírla, me sentí desfallecer. Me estaba dejando arrastrar por una enfermiza sensación de desengaño, pero, fiel a mis principios y controlando las emociones que intentaban dominarme, no tardé en recuperarme. Era maravilloso cómo había logrado superar el error de creer que yo tenía alguna importancia en la vida del señor Rochester, sin dejarme llevar por un sentimiento de inferioridad.

«Tú no tienes nada que ver con el señor de Thornfield —me decía—, si exceptuamos que recibes el salario que él te paga por educar a su pupila, y que debes estarle agradecida por el amable y respetuoso trato que te dispensa; algo natural, por otro lado, si tú cumples bien con tus obligaciones. Puedes estar segura de que este es el único lazo serio que existe entre los dos, así que no lo conviertas en objeto de tus sentimientos, de tus arrebatos o de tus agonías. Él no está a tu alcance: quédate en el lugar que te corresponde, piensa en lo que más te conviene y elimina todo rastro de amor del corazón, del alma y de todo tu ser, ya que como no lo han buscado, tampoco lo necesitan.»

Retomé mis tareas cotidianas tranquilamente, pero de vez en cuando me asaltaba la idea de que tal vez sería mejor que me fuera de Thornfield, y sin querer venía a mi mente el deseo de poner un nuevo anuncio que me proporcionara un cambio de escenario. No creí necesario examinar más a fondo estos pensamientos; el tiempo se encargaría de ver si germinaban y daban sus frutos.

El señor Rochester llevaba ausente cerca de dos semanas cuando el correo trajo una carta para la señora Fairfax.

—Es del señor —dijo al ver la procedencia de la misiva—. Supongo que ahora sabremos si debemos esperar su regreso o no.

Y, mientras ella rompía el sello y sacaba el documento, yo seguí tomando el café del desayuno. Hacía calor, aunque atribuí esa circunstancia al ardiente y súbito arrebol que se apoderó de mis mejillas. Preferí no preguntarme cuál era la explicación del temblor de mi mano, que provocó que acabara derramando sobre el plato la mitad del contenido de la taza.

—Bien, a veces pienso que hay demasiada calma en esta casa, pero pronto tendremos la oportunidad de disfrutar de un poco de movimiento, al menos por un corto periodo de tiempo —dijo la señora Fairfax, sosteniendo aún la nota delante de sus gafas.

Antes de atreverme a averiguar algo más, anudé con fuerza el delantal de Adèle, que estaba algo flojo. Después de servirle a la niña otro bollo y un segundo tazón de

leche, dije en tono indiferente:

—Supongo que el señor Rochester no estará pensando en volver tan pronto, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí; dentro de tres días, según su carta. Eso significa el próximo jueves, y no vendrá solo, por cierto. No sé cuántos invitados lo acompañarán desde los Leas, pero el señor ordena que se preparen los mejores dormitorios y que se limpien a fondo la biblioteca y los salones. Me sugiere que pida ayuda extra para la cocina en la posada de Millcote, o donde considere oportuno. Las damas traerán consigo a sus doncellas y los caballeros a sus ayudas de cámara, así que tendremos la casa llena de gente.

La señora Fairfax engulló el desayuno y se apresuró a poner manos a la obra.

Tal como había predicho, los tres días siguientes fueron bastante agotadores. Aunque yo siempre había creído que todas las habitaciones de Thornfield estaban limpias y bellamente dispuestas, al parecer me equivocaba. Se hizo venir a tres mujeres para que colaboraran en las tareas domésticas, y yo nunca vi, ni antes ni después, una limpieza más a fondo que esa: se barrieron las habitaciones, se cepillaron las cortinas, se sacudieron y lavaron las alfombras, los cuadros fueron descolgados y luego vueltos a colocar en su sitio, los cristales fueron brillantados, se encendieron fuegos en todos los dormitorios de la casa, se airearon las sábanas, y se mulleron los colchones y las almohadas de plumas. Adèle corría de un lado a otro: los preparativos para recibir a los invitados parecían sumirla en un estado de éxtasis. Hizo que Sophie se ocupara de toda su *toilette*, como ella llamaba a su vestuario, que guardara todo lo que estuviera *passée*, y que lavara y planchara lo nuevo. En cuanto a ella, se limitó a jugar por todas las habitaciones, saltar por las camas y tumbarse sobre las montañas de colchones y cojines que se acumulaban frente a los enormes fuegos de las chimeneas. Había quedado exonerada de toda obligación escolar, ya que la señora Fairfax me había puesto a su servicio y yo me pasaba el día en la despensa, ayudándolas (o quizá sería mejor decir estorbando) a ella y a la cocinera en el arte de hacer crema, hornear pasteles de queso y repostería francesa, atar la caza y aderezar los platos de postre.

La llegada del grupo estaba prevista para el jueves por la tarde, alrededor de las seis. Mientras duraron los preparativos no dispuse de tiempo para alimentar fantasías de ningún tipo, y creo que me mostré tan alegre y activa como todos, aunque sin llegar al frenesí que embargaba a Adèle. Sin embargo, en ocasiones me asaltaba un sobresalto desalentador que volvía a hundirme en la región de las dudas, los malos presagios y las más tenebrosas conjeturas: dicha sensación de angustia me atenazaba siempre que se abría la puerta de la escalera que conducía al tercer piso (que se había mantenido cerrada con llave en los últimos tiempos) para dar paso a Grace Poole, siempre con su cofia, el delantal blanco y el pañuelo; cuando la veía deslizarse por el corredor, dejando en el aire el eco del roce de sus zapatillas contra el suelo, para observar el bullicioso desorden de los dormitorios y dirigirse a las señoras que

limpiaban, dándoles consejos sobre cómo sacar brillo a los metales, limpiar la repisa de mármol de la chimenea o quitar las manchas del papel que cubría las paredes. Luego se marchaba. Esos días, bajaba a la cocina una vez al día, comía, se fumaba una pipa frente al fuego, y volvía a su solitaria guarida del piso superior provista de una jarra de cerveza negra. Pasaba solo una hora en compañía de los demás sirvientes, las veintitrés restantes transcurrían en esa habitación de techo bajo y muebles de roble situada en el tercer piso. Allí se sentaba y cosía —y probablemente se reía a carcajadas—, tan aislada como un prisionero en su calabozo.

Lo más curioso de todo era que nadie, excepto yo, parecía extrañarse ante esos hábitos de conducta; nadie discutía la posición que ocupaba en la casa, ni se apiadaba de su soledad o de su aislamiento. Solo una vez pude oír parte de una charla que Leah mantenía con una de las mujeres que limpiaba, en la que Grace era el tema de conversación. La mujer respondía a algo que Leah le había dicho, pero que yo no había llegado a entender:

—Le pagan un buen sueldo, ¿verdad?

—Sí —dijo Leah—. ¡Ojalá el mío fuera igual! Y no es que tenga motivos de queja, no son nada tacaños aquí en Thornfield, pero no es ni una quinta parte del que cobra la señora Poole. Va al banco de Millcote una vez cada tres meses a guardar sus ahorros y no me extrañaría que tuviera el suficiente dinero como para vivir ociosa el resto de sus días, pero supongo que se ha acostumbrado al lugar. Además, aún no ha cumplido los cuarenta, le queda fuerza y capacidad para esto y mucho más. Es demasiado joven para retirarse.

—Tengo la impresión de que es una mujer muy útil —comentó la otra.

—Bueno —enfaticó Leah—, sabe lo que tiene que hacer mejor que nadie. Y no todo el mundo querría ocupar su puesto, ni siquiera a cambio de todo ese dinero.

—¡Eso seguro! —fue la respuesta—. Me pregunto si el señor...

La mujer continuaba hablando, pero Leah se volvió; al percatarse de mi presencia dio un rápido codazo a su compañera.

—¿Ella no lo sabe? —murmuró la mujer.

Leah negó con la cabeza y ahí acabó la conversación. Lo único que yo había logrado deducir de todo aquello era que existía un misterio en Thornfield Hall, un secreto del cual yo había sido excluida a propósito.

Llegó el jueves. Todo el trabajo había quedado finalizado la tarde anterior: las alfombras ocupaban su lugar habitual, se habían sacado de los armarios las mejores sábanas y colchas; los tocadores estaban provistos de todo lo necesario, los muebles encerados y las habitaciones perfumadas por el aroma de las flores que adornaban los rincones. Tanto los aposentos como los salones presentaban un aspecto fresco y reluciente. También el vestíbulo había sufrido los embates domésticos: se había limpiado el gran reloj grabado, y tanto los escalones como la barandilla de la escalera relucían como si estuvieran hechos de cristal. En el comedor, la plata resplandecía desde la vitrina y algunas flores exóticas esparcían su fragancia por toda la sala.

Por fin llegó la tarde. La señora Fairfax, encargada de recibir al grupo y conducir a las damas a sus aposentos, se vistió con su mejor traje de satén negro y se puso los guantes y el reloj de oro. También Adèle llevaba un vestido especial, aunque yo no creía que fuera presentada a los invitados, al menos el primer día. Sin embargo, para no decepcionarla, dejé que Sophie la ataviara con uno de sus trajes cortos de muselina. No tenía que preocuparme por mi apariencia; nadie me pediría que abandonara el refugio en que se había convertido para mí la sala de estudio, mi guarida frente a la agitación que se avecinaba.

Había sido un día de primavera templado y sereno, uno de aquellos días de finales de marzo o principios de abril en que el sol empieza a anunciar con su intenso brillo la llegada del verano. Aunque a esa hora ya se ponía, seguía sin hacer frío, así que me senté a trabajar en la sala de estudio con la ventana abierta.

—Se hace tarde —dijo la señora Fairfax, empezando a inquietarse—. Suerte que pedí la cena para una hora más tarde de la que mencionó el señor Rochester. Ahora ya son las seis pasadas. He enviado a John a la verja para que vea si hay alguien en el camino: se alcanza a distinguir un buen trecho en dirección a Millcote. —Se dirigió a la ventana—: ¡Aquí está John! ¿Alguna noticia?

—Ya llegan, señora —respondió él—. Estarán aquí dentro de diez minutos.

Adèle voló hasta la ventana y yo la seguí, aunque tuve la precaución de quedarme a un lado, oculta tras la cortina, de modo que pudiera ver sin ser vista.

Los diez minutos se convirtieron en una eternidad, pero por fin llegó hasta nosotros el crujido de las ruedas: cuatro jinetes galopaban por la avenida, seguidos por dos carruajes descubiertos, rodeados por una estela de velos flotantes y plumas mecidas por el aire. Dos de los jinetes eran jóvenes y apuestos caballeros; el tercero era el señor Rochester, montado sobre su negro caballo Mesrour, con Pilot trotando frente a él, y el cuarto era una dama que cabalgaba a su lado: ambos encabezaban el grupo. La mujer llevaba un traje de color violeta que casi rozaba el suelo, y la brisa hacía ondear su velo transparente, permitiéndonos apreciar el brillo de unos rizos negros como el ébano.

—¡Es la señorita Ingram! —exclamó la señora Fairfax, antes de apresurarse a ocupar su puesto en la entrada.

La comitiva recorrió el camino y no tardó en girar hacia la entrada principal, con lo que desapareció de mi vista. Adèle me suplicó que la dejara bajar, pero yo la senté sobre mis rodillas y le expliqué que no debía presentarse a las damas, en ese ni en ningún otro momento, a no ser que el señor Rochester lo ordenara de manera explícita; si no obedecía, este se enfadaría mucho con ella. La niña derramó algunas lágrimas lógicas al oírlo, pero se las enjugó al notar que yo empezaba a enfadarme.

El alegre revuelo del recibidor llegaba con toda claridad hasta nuestros oídos: los tonos graves de los señores y las voces argentinas de las damas se fundían en un todo armonioso; sobre todas ellas destacaba la sonora bienvenida que el señor de Thornfield Hall dedicaba a sus encantadores y atractivos huéspedes. A dicha

recepción le siguió el tenue sonido de las pisadas que subían las escaleras y recorrían el corredor, de las alegres risas que no cesaban, y del abrir y cerrar de puertas. Después se hizo el silencio.

—*Elles changent de toilettes* —dijo Adèle, que no se había perdido ni un detalle, antes de exhalar un profundo suspiro—. *Chez maman, quand il y avait du monde, je les suivais partout, au salon et à leurs chambres; souvent je regardais les femmes de chambre coiffer et habiller les dames, et c'était si amusant: comme cela on apprend.*
[15]

—¿No tienes hambre, Adèle?

—*Mais oui, mademoiselle: voilà cinq ou six heures que nous n'avons pas mangé.*
[16]

—Muy bien. Mientras las damas descansan en sus habitaciones, bajaré a buscarte algo de comer.

Y, abandonando mi refugio, descendí directamente a la cocina a través de la escalera posterior con la intención de pasar inadvertida. El lugar parecía una zona de guerra: las cacerolas bullían llenas de sopa de pescado, y la cocinera se inclinaba ante sus marmitas mostrando una agitación física y mental que parecía situarla al borde de la combustión espontánea. En la parte de los sirvientes, dos cocheros y tres lacayos de los caballeros estaban sentados junto al fuego; supuse que las doncellas estarían arriba, con las señoras. Los criados contratados en Millcote para la ocasión corrían de un lado a otro. En medio de ese caos, conseguí llegar hasta la despensa, donde me apoderé de una ración de pollo frío, pan, tartas, y un par de platos con sus cuchillos y tenedores respectivos. Con el botín en las manos, me batí en retirada. Estando ya en el corredor, justo cuando acababa de cerrar la puerta de atrás, un zumbido acelerado me avisó de que las damas estaban a punto de salir de sus aposentos. Y, puesto que no podía volver a la sala de estudio sin pasar por delante de dichas habitaciones, corriendo el riesgo de verme sorprendida con el cargamento de víveres, decidí quedarme quieta en un extremo del pasillo, ya que este, al carecer de ventanas, se hallaba a oscuras; de hecho estaba bastante oscuro: hacía rato que se había puesto el sol.

Los ocupantes de las habitaciones salían uno tras otro. Caminaban alegres, con paso ligero, vestidos con trajes que destacaban sobre la noche. Se agruparon durante un momento al otro extremo del corredor, charlando con una suave vivacidad, y luego descendieron las escaleras, silenciosos como la niebla que envuelve las colinas. Nunca antes había presenciado a un grupo de personas de tal alcurnia y elegancia.

Encontré a Adèle espiando a través de la puerta de la sala de estudio que yo había dejado entreabierta.

—¡Qué damas tan hermosas! —exclamó en inglés—. Me encantaría verlas de cerca. ¿Usted cree que el señor Rochester nos llamará después de la cena?

—No lo creo. El señor Rochester tiene otras cosas de que preocuparse. No pienses en las damas esta noche; quizá las veas mañana. Aquí tienes la cena.

Lo cierto es que Adèle estaba hambrienta, y se distrajo durante un rato con el pollo y las tartas. Suerte que se me ocurrió la idea de ir en busca del botín, porque de lo contrario, ni ella, ni yo, ni Sophie (con la que compartimos parte de nuestra cena) habríamos comido nada esa noche: el personal de la cocina estaba demasiado ocupado para acordarse de nosotras. No se sirvió el postre hasta después de las nueve, y a las diez los camareros seguían haciendo viajes a la cocina, cargados con bandejas y tazas de café. Permití que Adèle se acostara más tarde, ya que aseguró que el ruido de puertas y voces del comedor le impediría conciliar el sueño. Además, había añadido, tal vez llegara un aviso del señor Rochester y, si la encontraba desvestida, «*alors quel dommage!*».^[17]

La entretuve un buen rato a base de cuentos, pero al final tuve que ceder a sus súplicas y la saqué al corredor. La lámpara del vestíbulo estaba encendida y ella se divertía mirando el ir y venir de los criados desde el borde de la balaustrada. Después nos sentamos en el peldaño superior de las escaleras para escuchar la música que procedía del salón, donde había sido dispuesto el piano. Acompañando la melodía del instrumento podía distinguirse la voz de una dama que entonaba las notas de una dulce canción. Al solo le siguió un dúo, y a este un jubiloso murmullo de conversaciones. Me sorprendí a mí misma al descubrir que mi oído estaba intentando analizar las voces y distinguir entre ellas la del señor Rochester. Lo logré enseguida y me entretuve tratando de adivinar qué decía, ya que la distancia hacía difícil entender las palabras.

El reloj dio las once. Miré a Adèle, que se había dormido con la cabeza apoyada en mi hombro, y la llevé a la cama. Los invitados no se retiraron hasta casi la una.

Amaneció un día tan espléndido como el anterior y el grupo lo aprovechó para realizar una excursión a un lugar cercano. Salieron poco después del mediodía, algunos a caballo y otros en carruajes. Fui testigo de su partida y también de su retorno. Como la otra vez, la señorita Ingram era la única dama que montaba, y también como la otra vez, el señor Rochester cabalgaba a su lado. Ambos iban algo apartados del resto. Señalé este detalle a la señora Fairfax, quien estaba conmigo junto a la ventana:

—Usted afirmó que el matrimonio no entraba en sus planes —dije yo—, pero resulta evidente que el señor Rochester siente una predilección especial por la señorita Blanche Ingram.

—Sí. Me atrevería a decir que la admira mucho.

—Y ella a él —añadí—. ¡Mire cómo acerca su rostro al del señor, como si estuvieran manteniendo una conversación confidencial! Ojalá pudiera ver bien su rostro; aún no he tenido la oportunidad de hacerlo.

—La verá hoy mismo —contestó la señora Fairfax—. Comenté al señor Rochester las ganas que tenía Adèle de ser presentada a las damas y él me dijo: «Que venga al salón esta tarde, después de cenar, y pídale a la señorita Eyre que la acompañe».

—Estoy segura de que lo dijo por pura cortesía —respondí—. No es necesario que yo vaya.

—Verá, cuando le comenté que usted no estaba acostumbrada a las reuniones sociales y que tal vez no se sintiera cómoda entre un grupo tan bullicioso de desconocidos, replicó, en ese tono cortante tan típico de él: «¡Tonterías! Si pone alguna objeción, dígame que es una orden, y, si persiste en su negativa, añada que iré a buscarla personalmente».

—No voy a darle tanto trabajo. Iré, si eso es lo que quiere, pero la verdad es que no me apetece. ¿Estará usted allí, señora Fairfax?

—No. Me excusé y él aceptó mis excusas. Le diré lo que debe hacer para evitar la vergüenza de realizar una entrada formal, que es lo más desagradable de todo. Entre en el salón cuando aún esté vacío, antes de que las damas abandonen el comedor, y elija un asiento en un discreto rincón. No es necesario que permanezca allí mucho rato una vez que hayan entrado los caballeros. Asegúrese de que el señor Rochester la haya visto y luego deslícese hacia el exterior. Nadie se dará cuenta.

—¿Cree usted que los invitados se quedarán mucho tiempo?

—Quizá unas dos o tres semanas, no más. Después del receso de Pascua, sir George Lynn, que fue recientemente elegido representante por Millcote, debe volver a la ciudad y ocupar su escaño. Creo que el señor Rochester lo acompañará: de hecho, me sorprende que esté pasando una temporada tan larga en Thornfield.

No pude evitar sentir un cierto nerviosismo a medida que se acercaba la hora de mi aparición en el salón. Después de saber que sería presentada a las damas, Adèle se había pasado el día en un estado semejante al éxtasis, y no se calmó hasta que Sophie comenzó a vestirla y la importancia del proceso absorbió por completo su interés. Con los rizos dispuestos en forma de racimos cubriéndole los hombros, el traje de satén rosa sobre su cuerpo, la faja ceñida y los mitones de encaje ajustados, su aspecto era tan solemne como el de un juez. No hubo necesidad de advertirle que no estropeará su atuendo: una vez vestida, se sentó en su silla, tomando la precaución de levantarse la falda por temor a arrugarla, y me aseguró que no se movería de allí hasta que yo estuviese lista. No tuvo que esperar mucho: no necesité demasiado tiempo para ponerme el vestido gris, que solo había llevado en la boda de la señorita Temple, ni para peinarme y prender en el pecho el único adorno que poseía, el broche de perlas.

Por suerte era posible entrar en el salón sin tener que cruzar el comedor donde estaban todos los invitados en plena cena. Hallamos la sala vacía. Solo el fuego ardía en la chimenea de mármol, y las velas de cera ardían en vistosa soledad entre las flores exquisitas que embellecían las mesas. La cortina carmesí colgaba frente al arco, constituyendo la única separación entre nosotras y los invitados. Pese a ello, la conversación del salón era apenas audible y solo un leve susurro llegaba hasta nosotras.

Adèle, quien todavía parecía estar bajo la influencia de una gran impresión, se

sentó sin decir palabra sobre el taburete que yo había elegido para ella. Por mi parte, ocupé un asiento junto a la ventana, y me esforcé en leer un libro que cogí de una mesa cercana. Adèle vino a mis pies con el taburete en la mano y no tardó en tocar mi rodilla.

—¿Qué quieres, Adèle?

—*Est-ce que je ne puis pas prendre une seule de ces fleurs magnifiques, mademoiselle? Seulement pour compléter ma toilette.*^[18]

—Te preocupas demasiado por tu *toilette*, Adèle. Pero toma esta flor.

Cogí una de las rosas del jarro y la até a su faja. La niña suspiró satisfecha, como si la copa de la felicidad estuviera ahora a punto de rebosar. Me giré para que no viera la irreprimible sonrisa que se dibujaba en mi rostro: había algo ridículo en la devoción innata que aquella pequeña parisiense sentía por su apariencia.

El sonido que llegaba era inconfundible: se corrió la cortina y pudimos ver las luces del comedor reflejadas en los vasos de cristal y en la plata del servicio de postre que cubría la mesa. Un grupo de damas entró en el salón y la cortina cayó a sus espaldas.

No eran más de ocho, pero daba la impresión de ser un grupo mucho más numeroso. Algunas eran muy altas, muchas iban vestidas de blanco, y todas llevaban tal cantidad de adornos que sus cuerpos resaltaban como la luna destaca sobre la niebla. Me levanté y me incliné ante ellas y hubo un par de damas que me dirigió un leve movimiento de cabeza; las otras se limitaron a mirarme.

Se dispersaron por la sala: sus gestos desprendían una ligereza y un optimismo que me hizo pensar en el vuelo de una bandada de pájaros. Algunas se dejaron caer sobre las otomanas y los sofás; otras daban vueltas por las mesas, observando los libros y las flores que había en ellas; el resto formó un grupo frente al fuego. Todas hablaban en ese tono de voz claro y suave que al parecer era habitual en ellas. Supe sus nombres después, pero tal vez sea mejor que las describa ahora.

En primer lugar estaban la señora Eshton y dos de sus hijas. Estaba claro que ella había sido una mujer hermosa que todavía conservaba parte de su atractivo. Su hija mayor, Amy, era de pequeña estatura y tanto su rostro como sus maneras ingenuas le conferían un aire infantil y a veces provocativo; el vestido de muselina blanca y la faja azul que llevaba le sentaban bien. La segunda hija, Louisa, tenía una figura más esbelta y elegante, un rostro más bello, delicado y atractivo, pero de rasgos un tanto irregulares. Ambas hermanas tenían el cabello del color de los lirios.

Lady Lynn era un personaje grande y fuerte que debía de rondar los cuarenta años: se sentaba muy erguida, con aire severo, e iba ricamente ataviada con un vestido de satén tornasolado. Su cabello oscuro, recogido por una corona de gemas, brillaba a la sombra de una pluma azul celeste.

El aspecto de la esposa del coronel Dent era menos ostentoso, pero, en mi opinión, más señorial. Poseía una figura frágil, un semblante amable y pálido, y rubios cabellos. Vestida de satén negro, con un pañuelo de rico encaje extranjero y

unos sencillos adornos de perlas, su apariencia me agradó más que la amalgama de color que refulgía en el atuendo de la dama anterior.

Pero las tres mujeres que más llamaban la atención, en parte debido a su altura, eran lady Ingram y sus hijas, Blanche y Mary. La viuda debía de estar entre los cuarenta y los cincuenta años, pero su figura era todavía hermosa y su pelo, al menos a la escasa luz de las velas, seguía siendo negro; también sus dientes eran en apariencia perfectos. La mayoría de la gente la habría descrito como una mujer espléndida para su edad, y no hay duda que habrían estado en lo cierto, en lo que se refiere al aspecto físico. Sin embargo, la expresión de arrogancia que emanaba tanto de su semblante como de sus gestos resultaba casi insoportable a la vista. Sus rasgos eran clásicos, y la barbilla daba paso a un cuello largo y estirado. El orgullo teñía todo su rostro, especialmente la barbilla, erguida en un estado de altivez casi sobrenatural. Tenía, además, una mirada fiera y dura que me recordó a la de la señora Reed, y hablaba muy despacio, pronunciando cada palabra con una voz profunda, pomposa, dogmática y, en resumen, intolerable. Un vestido de terciopelo carmesí y un chal de tela india la investían (o al menos eso pensaba ella) de una dignidad imperial.

Blanche y Mary eran de la misma estatura, esbeltas como álamos. Mary era demasiado delgada para su altura, pero el cuerpo de Blanche recordaba al de Diana cazadora. No negaré que le dediqué toda mi atención. En primer lugar, deseaba comprobar si su apariencia concordaba con la descripción de la señora Fairfax; en segundo, si su aspecto se parecía al de la hermosa miniatura que yo había pintado; y por último, ¡cómo no!, si había en ella algo susceptible de agradar al señor Rochester de un modo especial.

Su figura respondía punto por punto tanto a mi retrato como a la descripción del ama de llaves: el talle noble, los hombros redondeados, el cuello largo y elegante, los ojos oscuros y los rizos negros. Todo estaba allí. Pero ¿y su rostro? Su rostro era como el de su madre, más juvenil pero con el mismo ceño fruncido, la misma frente, la misma altivez en los rasgos y el mismo orgullo. Sin embargo, este no era tan solemne, sino que se expresaba a través de una risa continua y sarcástica, y del mohín desdeñoso que elevaba la comisura de sus labios.

Se dice que el genio va siempre parejo al egoísmo. Yo no podía afirmar si la señorita Ingram era o no un genio, pero su egoísmo era a todas luces evidente. Entabló conversación sobre botánica con la gentil señora Dent. Al parecer, esta última no era una experta en dicha ciencia, aunque estaba interesada en las flores, sobre todo en las que crecían silvestres en el campo. La señorita Ingram poseía conocimientos sobre el tema y utilizaba términos técnicos con un aire de absoluta prepotencia. Pude percibir que se burlaba de la señora Dent; es decir, que jugaba con su ignorancia. La mofa podía ser señal de inteligencia, pero no de bondad. Tocaba el piano, y su interpretación era notable; cantaba, y poseía una hermosa voz; se dirigía en francés a su madre, y lo hablaba correctamente, con fluidez y buen acento.

Mary tenía un semblante más apacible y abierto que Blanche, sus rasgos eran más suaves y su piel bastante más pálida (su hermana tenía la piel morena de una española), pero el conjunto carecía de toda animación. Su rostro adolecía de una falta total de expresión, al igual que sus apagados ojos. No parecía tener nada que decir, así que una vez se hubo sentado permaneció inmóvil cual estatua en un sepulcro. Ambas hermanas vestían de blanco inmaculado.

Y, por último, ¿creía yo que la señorita Ingram era una candidata probable a ocupar el puesto de esposa del señor Rochester? Eso no podía saberlo, ya que ignoraba cuáles eran sus gustos en lo que a belleza femenina se refería. Si se sentía atraído por la majestuosidad, ella cumplía ese requisito a la perfección. Muchos caballeros la hallarían atractiva, pensé, y tenía pruebas fehacientes de que el señor estaba entre ellos; solo había que verlos juntos para que se disipara toda sombra de duda.

No debes suponer, lector, que Adèle ha estado todo este tiempo sentada frente a mí en el taburete. No, en cuanto entraron las damas, se alzó, fue a recibirlas, hizo una profunda reverencia y dijo con gran seriedad:

—*Bon jour, mesdames.*

—¡Oh, qué linda muñeca! —exclamó la señorita Ingram, mirándola con fingida afectación.

—Debe de ser la protegida del señor Rochester, —señaló lady Lynn—, la niña francesa de quien nos habló.

La señora Dent tomó a la niña de la mano y le dio un beso, mientras las hermanas Eshton gritaban al unísono:

—¡Qué monada de niña!

Y, tras esta exclamación, se la llevaron a un sofá. Adèle se sentó entre ellas y habló alternativamente en francés y en un inglés entrecortado, acaparando no solo la atención de esas dos jóvenes sino también la de la señora Eshton y lady Lynn, mientras su corazón se hinchaba ante los mimos y halagos de las damas.

Por fin se ha servido el café, y se ha convocado a los caballeros. Yo sigo en la sombra, si es que podía clasificarse como tal algún rincón de la iluminada sala, protegida por la cortina del ventanal. Cruje de nuevo la puerta del salón, y entran los caballeros, cuya imagen, junto a las damas, acaba de conferir al grupo un aspecto imponente. Todos van vestidos de negro, la mayoría son altos y algunos bastante jóvenes. Henry y Frederick Lynn son dos jóvenes apuestos, y no puede negarse que el coronel Dent tiene un refinado aire militar. El señor Eshton, el juez del distrito, es todo un señor: el contraste entre el cabello blanco con las cejas y patillas aún oscuras le dan un aspecto de *père noble de théâtre*.^[19] Al igual que sus hermanas, también lord Ingram es un joven alto y atractivo, pero, como Mary, su rostro revela una expresión apática e indiferente: parece tener más longitud de miembros que vigor en la sangre o agudeza de cerebro.

¿Y dónde está el señor Rochester?

Es el último en entrar. Aunque no estoy de cara al arco, distingo su silueta cruzando el umbral. Intento concentrar toda la atención en estas agujas de hacer punto y en el bolso que estoy tejiendo; desearía poder pensar solo en el trabajo que tengo entre manos, fijarme únicamente en los hilos de seda y los adornos plateados que hay sobre mi regazo, pero cuando observo su figura no puedo dejar de pensar en el momento exacto en que le vi por última vez: justo después de haberle prestado lo que él denominó un servicio de gran valor, mientras me tomaba la mano y recorría mi rostro con sus ojos, que revelaban la existencia de un corazón lleno de emociones a punto de desbordarse, emociones en las que yo jugaba un definitivo papel. ¡Qué cerca le había sentido en aquel momento! ¿Qué había ocurrido desde entonces para que variara tanto su actitud hacia mí? Ahora actuábamos de forma distante, como si fuéramos dos extraños. Tanto que ni siquiera se me pasó por la cabeza que viniera a saludarme. Por lo tanto, no me extrañó que tomara asiento en el extremo opuesto de la estancia y comenzara a charlar con algunas damas.

Tan pronto como percibí que dichas damas reclamaban por completo su atención, y que por tanto yo podía observarle a placer sin que se diera cuenta de ello, mis ojos se posaron involuntariamente en su rostro. Era incapaz de controlar las pupilas, empeñadas en fijarse en él. Lo miré, obteniendo un penetrante placer al hacerlo, un placer exquisito y a la vez doloroso, oro puro con un acerado punto de agonía: un placer como el que debe de sentir alguien que, a punto de morir de sed, descubre que las aguas del pozo están envenenadas, pero no puede resistirse a beberlas y colma su ansia de líquido con amargos tragos que le saben a gloria.

¡Qué gran verdad es que «la belleza está en los ojos de quien mira»! El semblante de mi señor, pálido, oliváceo; la amplitud de su frente y sus pobladas cejas, los ojos de mirada profunda, los marcados rasgos; aquella boca firme, que expresaba decisión y fuerza de voluntad... De ningún modo podía decirse que fueran bellos en función de ningún canon, pero para mí eran más que hermosos: estaban llenos de un interés que tenía la virtud de dominarme casi por completo, arrebatándome el control de los sentimientos. Yo me había hecho el firme propósito de no amarle: el lector sabe con qué empeño intenté extirpar de mi corazón las semillas de amor que detecté en él; en cambio, solo con verle de lejos, el sentimiento había brotado de nuevo de manera espontánea, con el vigor de la savia joven. Conseguía que le amara aun sin mirarme.

Lo comparé con sus invitados. ¿Qué era la gallardía que caracterizaba a los Lynn y la languidez de lord Ingram, incluso la distinción militar de la que hacía gala el coronel Dent, si las contrastábamos con su poderosa energía vital? No me llamaba la atención ni su elegancia ni su distinción, aunque adivino que muchos observadores les calificarían de hombres atractivos, apuestos e imponentes, mientras que sin duda dirían que los rasgos del señor Rochester eran duros y melancólicos. Los veía sonreír, reír, pero su alegría no me decía nada: la luz de las velas tenía más alma que su sonrisa, el tintineo de la campanilla tenía más significado que sus carcajadas. Vi cómo el señor Rochester sonreía: en el acto, la dureza de sus facciones se suavizó, su

mirada ganó en brillo y gentileza, despidiendo un fulgor que denotaba dulzura y curiosidad a la vez. En ese momento estaba hablando con Louisa y Amy Eshton. Me extrañó verlas recibir con tanta calma una mirada que a mí me parecía tan desasosegante: esperaba que las damas se ruborizaran, que apartaran los ojos, pero debo confesar que me alegró comprobar que no les causaba el menor efecto. «Para ellas no es lo mismo que para mí —pensé—, él no es como ellas. Nos parecemos. Estoy segura de ello. Me siento igual a él; pese a la distancia en rango y riqueza que nos separa, comprendo el lenguaje de su semblante y de sus gestos: hay algo en mi corazón y en mi cerebro, en mi sangre y en mis nervios, que me conecta mentalmente con él. ¿Dije, hace solo unos días, que lo único que me unía a él era el hecho de recibir un salario de sus manos? ¿Me prohibí verle bajo cualquier otra luz que no fuera la de un patrón? ¡Blasfemia contra natura! Todo lo bueno, auténtico y fuerte que poseo siente el impulso de correr hacia él. Sé que debo reprimir estos sentimientos: debo renunciar a la esperanza, debo recordar que él no puede estar por mí. Puesto que, cuando afirmo que soy igual a él, no quiero decir que comparta el influjo que él posee ni su capacidad de seducción. Lo único que eso significa es que tenemos ciertos gustos y sentimientos comunes. Debo, pues, repetirme hasta la saciedad que nunca estaremos juntos... Y reconocer que, mientras sea capaz de pensar y de respirar, no dejaré de amarlo.»

Se sirve el café. Desde que los señores entraron, las damas parecen vivas como alondras: la conversación fluye alegre y espontánea. El coronel Dent y el señor Eshton discuten de política. Las dos altivas viudas, lady Lynn y lady Ingram, conspiran juntas. Sir George —a quien, por cierto, he olvidado describir: un hacendado campesino muy grande y rubicundo— se halla de pie ante el sofá de las damas con la taza de café en la mano, y de vez en cuando mete baza en la conversación. El señor Frederick Lynn ha tomado asiento junto a Mary Ingram y le está mostrando los grabados de un espléndido libro; por su parte, ella mira y sonrío a ratos, pero en apariencia habla poco. El alto y flemático lord Ingram, con los brazos cruzados, se apoya en el respaldo de la silla donde se sienta la vivaz y menuda Amy Eshton; ella no deja de mirarle y charla como una cotorra. Resulta evidente que se siente mucho más atraída por él que por el señor Rochester. Henry Lynn comparte con Adèle una otomana a los pies de Louisa; él intenta hablar francés y Louisa se ríe de sus meteduras de pata. ¿Con quién formará pareja Blanche Ingram? Está de pie junto a la mesa, graciosamente inclinada sobre un libro. Parece esperar que alguien vaya a buscarla, pero no esperará demasiado: pronto ella misma elige compañero.

Una vez finalizada su conversación con las Eshton, el señor Rochester observa el fuego, tan solo como ella frente a la mesa. Ella se dirige hacia él y se coloca al otro lado de la chimenea.

—Señor Rochester, creí entender que no le gustaban los niños.

—Y así es.

—Entonces —dijo señalando a Adèle—, ¿qué fue lo que le indujo a hacerse cargo

de una muñequita como esa? ¿De dónde la sacó?

—No la saqué de ningún sitio; alguien la puso bajo mi tutela.

—Debería haberla enviado al colegio.

—No podría permitírmelo: las escuelas son demasiado caras.

—Bien, supongo que tiene una institutriz. Me pareció ver a una persona con ella hace unos minutos. ¿Sigue aquí? ¡Oh, no! Sí, ahí está, detrás de la cortina. Usted le paga, por supuesto. Diría que es igual de caro, quizá más, puesto que además debe mantenerlas a las dos.

Temí —¿o tal vez debería decir esperé?— que esta alusión provocara que el señor Rochester mirara en mi dirección, y sin querer me sumergí aún más en la sombra, pero fue innecesario: él ni siquiera se volvió.

—No lo había considerado desde este punto de vista —dijo en tono de marcada indiferencia, sin dejar de mirar al frente.

—¡Claro que no! Los hombres carecen por completo de sentido del ahorro. Debería preguntar a mamá lo que piensa de las institutrices. Mary y yo tuvimos al menos una docena: la mitad eran completamente odiosas y la otra mitad, absolutamente ridículas. En conjunto, sin excepción, eran una verdadera peste, ¿no es así, mamá?

—¿Me decías algo, cielo?

La joven y apreciada dama repitió la explicación y la pregunta.

—¡Querida, no saques ese tema! Su mera mención me pone nerviosa. Hay que ver el martirio que he tenido que soportar por culpa de su incompetencia y sus caprichos. ¡Doy gracias al cielo por haber pasado página a esa etapa de mi vida!

En este punto de la conversación la señora Dent se inclinó hacia la piadosa dama y le susurró algo al oído. Por la respuesta que originó deduje que se trataba de un aviso que indicaba la presencia en la misma habitación de un ejemplar de tan denostada raza.

—*Tant pis!*^[20] —exclamó su interlocutora—. ¡Quizá oírme le resulte provechoso!

Y después, en un tono de voz más bajo pero que aún me resultaba audible, prosiguió:

—Ya me había fijado en ella: soy muy buena analizando fisonomías y en la suya pude distinguir todos los defectos de las de su clase.

—¿Y cuáles son, señora? —inquirió el señor Rochester en voz alta.

—Se lo diré en privado —replicó ella, moviendo el turbante tres veces de forma harto significativa.

—Pero mi curiosidad no aguantará la espera: es ahora cuando reclama alimento.

—Pregúntele a Blanche: ella está más cerca de usted que yo.

—¡Oh, ahora no me pases a mí el problema! Yo solo tengo una cosa que decir de toda esa tribu: son un engorro. Y no es que haya tenido que sufrir mucho por su culpa, que ya me ocupaba yo de ponerlas en su sitio. ¡La de bromas que solíamos gastar Theodore y yo a las señoritas Wilson, señoras Grey o madames Joubert de

turno! Mary estaba siempre demasiado cansada para intervenir en nuestros planes. Las mejores jugarretas se las ganó madame Joubert. La señorita Wilson era como un animalito patético, desanimada y siempre al borde del llanto; en resumen, no merecía la pena esforzarse por enojarla. Y en cuanto a la señora Gray, era tan brusca e insensible que nada conseguía alterarla. ¡Pero la pobre madame Joubert...! Todavía puedo verla cuando ya estaba fuera de sí después de toda una tarde con nosotros: ya habíamos derramado el té, hecho migajas el pan con mantequilla, lanzado los libros una y otra vez contra el techo... ¡Y jugábamos a hacer música con la regla y el pupitre, con la parrilla y las tenazas de la chimenea! Theodore, ¿te acuerdas de esos días felices?

—Claaaro que me acuerdo —dijo lord Ingram arrastrando las sílabas—: y la pobre vieja solía gritar: «¡Oh, qué niños tan *malvado!*». Y entonces la regañábamos por atreverse a enseñar algo a unos niños tan listos como nosotros cuando ella no era más que una ignorante que ni siquiera sabía hablar como es debido.

—Así es. Y, Tedo, recuerda cómo te ayudé a acosar a tu tutor, el señor Vining; el aprendiz de cura, como solíamos llamarle. Él y la señorita Wilson se tomaron la libertad de enamorarse, o al menos eso creímos Tedo y yo. Les sorprendimos en pleno intercambio de miradas tiernas y de suspiros, que enseguida interpretamos como signos de una *belle passion*. Os prometo que tardamos poco en hacer público nuestro descubrimiento: lo usamos como una palanca para sacarnos de encima a esos dos pesos muertos. Nuestra querida mamá, aquí presente, tomó medidas para frenar aquella conducta inmoral en cuanto tuvo noticias de ella. ¿No es así, señora madre?

—Por supuesto, cielo. E hice lo correcto. Las relaciones amorosas entre tutores e institutrices no deberían tolerarse en ninguna casa como es debido. En primer lugar...

—¡Mamá, ahórranos la lista completa, por favor! Además, todos la conocemos: es un mal ejemplo que puede corromper a unos niños inocentes; supone una distracción de sus obligaciones y una alianza mutua contra sus señores, que da como resultado un atrevimiento rayano en la insolencia susceptible de desatar un motín entre el servicio. En resumen, un absoluto desastre. ¿No tengo razón, baronesa Ingram de Ingram Park?

—Mi querida flor, tú siempre tienes razón.

—Entonces no hace falta añadir nada más. Cambiemos de tema.

Amy Eshton, que o bien no había oído la conclusión o prefirió hacer caso omiso de ella, prosiguió con su tono de voz suave e infantil:

—Louisa y yo también solíamos reírnos de nuestra institutriz, pero ella era tan buena que lo aguantaba todo. No había forma de ponerla nerviosa. Nunca se enfadaba con nosotras, ¿no es cierto, Louisa?

—No, nunca. Podíamos hacerle lo que quisiéramos: registrar su pupitre y su cesta de costura, o revolver los cajones de su cómoda. ¡Era tan bondadosa que nos concedía todo lo que le pedíamos!

—Supongo que ahora —intervino la señorita Ingram arqueando los labios

sarcásticamente— tendremos que escuchar un alud de recuerdos relativos a todas las institutrices existentes. Con el fin de evitar tal enumeración, reitero mi petición de pasar a un nuevo tema. Señor Rochester, ¿secunda mi moción?

—Señorita, os secundo en esto, como en todo.

—Entonces encarguémonos de llevarla a buen puerto. Signior Eduardo, ¿andáis bien de voz esta noche?

—Donna Bianca, mi voz está siempre a sus órdenes.

—Entonces, signior, mi real mandato os invoca a preparar los pulmones y otros órganos vocales, y a ponerlos a mi servicio.

—¿Quién no sería el Rizzio de una María tan divina?

—¡Olvidemos a ese Rizzio! —gritó ella, sacudiendo los rizos con decisión al tiempo que caminaba hacia el piano—. Creo que el violinista David Rizzio debió de ser un individuo increíblemente soso. Prefiero mil veces a Bothwell. Para mí, ningún hombre resulta interesante si no hay en él un punto de perversidad. La historia dirá lo que quiera de James Hepburn, pero intuyo que era uno de esos hombres salvajes y fieros, un bandido heroico a quien habría concedido mi mano sin dudarle.

—¡Caballeros, escuchen a la dama! ¿Cuál de ustedes se parece más a Bothwell? —exclamó el señor Rochester.

—Debo reconocer que usted es el más parecido a él —respondió el coronel Dent.

—Vuestra respuesta me honra, coronel —le respondió el señor Rochester.

La señorita Ingram, ya sentada frente al piano con porte altivo, la nívea falda cayendo desde el asiento en amplios y majestuosos pliegues, inició un brillante preludio sin dejar de hablar. Aquella noche, su belleza estaba más radiante que nunca, y la elección de las palabras y el tono en que las pronunciaba obedecían a un deseo de seducir a su auditorio. Era evidente que intentaba escandalizarlos adoptando una conducta impulsiva y algo atrevida.

—¡Estoy tan harta de los jóvenes de hoy! —exclamó, mientras sus dedos se deslizaban sobre las teclas—. ¡No son más que tiernos corderitos, temerosos de poner un pie fuera de la puerta de casa a no ser que mamá les dé permiso para ello! Su única preocupación radica en la belleza de sus caras y el cuidado de sus blancas manos y de sus pequeños pies. ¡Como si el atractivo de un hombre tuviera algo que ver con la belleza! Como si el encanto no fuera prerrogativa de las mujeres, su aspiración legítima, su herencia... Creo que una mujer fea es una mancha en el hermoso rostro de la creación. Sin embargo, por lo que se refiere a los caballeros, es mejor que se preocupen por poseer virtudes como la fuerza y el valor. ¡Caza, dispara y lucha, puesto que el resto no tiene la menor importancia! Ese sería mi lema si yo fuera un hombre.

»Si algún día me caso —continuó, tras hacer una pausa que nadie interrumpió—, estoy decidida a ver a mi esposo no como a un rival, sino como a un contraste. No voy a soportar a nadie que compita por el trono, sino que exigiré una entrega total: su devoción no podrá dividirse entre mi persona y la imagen que le devuelve el espejo.

Y ahora cante, señor Rochester; yo le acompañaré al piano.

—Como desee —fue la respuesta de este.

—Empecemos, pues, por una canción de corsarios. Sepa que me fascinan los piratas, así que cántela «con espíritu».

—Las órdenes que salen de los labios de la señorita Ingram infundirían ánimo a una taza llena de leche aguada.

—Entonces haga el favor de prestar atención: si su interpretación no me complace, le avergonzaré delante de todos mostrándole cómo deben hacerse las cosas.

—Acaba de ofrecer un premio al error; ahora me siento tentado a defraudarla.

—*Gardez-vous en bien!* Si erráis a propósito, os infligiré un castigo proporcional a vuestro fallo.

—La señorita Ingram debería mostrarse clemente, ya que tiene poder para imponer castigos que superan de largo la resistencia humana.

—¡Ja, ja! Explíquese —ordenó la dama.

—Disculpe, señora, pero mis palabras no necesitan explicación. La inteligencia que la caracteriza le indicará sin duda que un solo gesto de disgusto en su rostro sería un sustituto eficaz de la pena capital.

—¡Cante! —dijo ella, y emprendió un enérgico acompañamiento al piano.

«Ha llegado el momento de irse», pensé. Pero la voz que invadía el aire me detuvo. La señora Fairfax ya me había dicho que el señor Rochester poseía una hermosa voz, y era cierto: era un bajo grave y poderoso que se entregaba con pasión a la melodía, le aportaba su fuerza y su sentimiento, abriéndose paso hacia el corazón a través del oído y despertando en él extrañas sensaciones. Esperé hasta que se extinguió la última vibración; hasta que, un instante después, la marea de la charla ocupó el ambiente. Entonces abandoné mi refugio y salí a través de la puerta lateral, que por fortuna quedaba cerca. Un corredor estrecho me llevó al vestíbulo. Al cruzarlo, noté que llevaba la sandalia suelta y me arrodillé junto al borde de la escalera para abrocharla. Desde allí pude oír la puerta del comedor y los pasos de un caballero que se acercaban. Me incorporé con rapidez y topé cara a cara con él: era el señor Rochester.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Muy bien, señor.

—¿Por qué no se acercó a hablar conmigo en el salón?

Pensé que bien podía devolverle exactamente la misma pregunta, pero no me atreví.

—El señor parecía ocupado y no quise molestarle —respondí en su lugar.

—¿Y qué ha estado haciendo durante mi ausencia?

—Nada especial: dando clases a Adèle, como de costumbre.

—¿Pilló algún resfriado la noche que casi me ahoga?

—No, señor.

—Regrese al salón; es demasiado temprano para retirarse.

—Estoy cansada, señor.

Me miró durante un minuto.

—Y un poco deprimida —dijo—. ¿Por qué motivo? Cuénteme.

—Nada, no es nada, señor. No me siento deprimida.

—Pues yo afirmo lo contrario: tan deprimida que unas cuantas palabras más le llenarían los ojos de lágrimas. En realidad, ya asoman: brillan pugnando por salir. Una gota se le ha escapado y ha caído sobre la alfombra. Si dispusiera de tiempo, y no me asaltara el temor de que algún criado cotilla nos sorprendiera al pasar, me ocuparía de averiguar a qué viene todo esto. Bien, la disculpo por esta noche, pero comprenda que mientras dure la estancia de mis invitados espero verla aparecer en el salón cada tarde. Es mi expreso deseo, no lo olvide. Ahora, váyase y diga a Sophie que venga en busca de Adèle. Buenas noches, mi...

Se interrumpió, mordiéndose el labio, y se fue sin decir nada más.

Fueron días felices en Thornfield, y también muy atareados. ¡Qué distintos de los primeros tres meses de quietud, monotonía y soledad que yo había sufrido bajo ese techo! Toda la tristeza parecía haberse desvanecido de la casa, y cualquier idea sombría había quedado relegada al olvido: se respiraba vida por todas partes, el bullicio era constante. No podías cruzar el corredor, antes tan silencioso, ni entrar en las habitaciones delanteras, antes tan desoladas, sin hallar en ellos a la doncella de una de las damas o al ayuda de cámara de algún caballero.

La actividad se extendía también a la cocina, a la despensa del mayordomo, a la sala del servicio y al vestíbulo; los salones quedaban vacíos únicamente cuando el azul del cielo y el brillante sol de primavera invitaban a sus ocupantes a disfrutar del aire libre. Ni siquiera un cambio de tiempo pudo acabar con la alegría de la casa; la lluvia incesante que cayó durante días solo consiguió avivar las distracciones de salón para compensar la imposibilidad de salir al exterior.

Me pregunté a qué se referirían la primera tarde que les oí hablar de un juego nuevo: mencionaron algo que sonaba como el «juego de las charadas», pero yo, en mi ignorancia, no los comprendí. Llamaron a los criados, se desplazaron las mesas del comedor, se varió la disposición de las luces y se colocaron las sillas delante del arco en forma de semicírculo. Mientras el señor Rochester y los demás caballeros dirigían todos estos movimientos, las damas corrieron escaleras arriba en busca de sus doncellas. Se pidió información a la señora Fairfax acerca de los recursos de la casa en lo que se refería a chales, vestidos y cualquier otro tipo de telas; se revolvieron algunos armarios del tercer piso y las doncellas bajaron con los brazos llenos de enaguas bordadas, retales de seda, retazos de color negro y piezas de encaje. Después, las damas escogieron lo que les pareció oportuno y llevaron la ropa seleccionada al tocador que había junto al salón.

Mientras tanto, el señor Rochester había vuelto a convocar a las señoras a su alrededor y procedió a seleccionar a algunas para formar su equipo.

—Por supuesto, me quedo con la señorita Ingram —dijo.

Y después nombró a las dos señoritas Eshton y a la señora Dent. Me miró: yo andaba cerca, ocupada en ayudar a la señora Dent a abrocharse la pulsera.

—¿Le apetece jugar? —preguntó.

Negué con la cabeza. A pesar de mis temores, no insistió y permitió que recuperara en silencio mi asiento habitual.

Él y sus ayudantes se retiraron detrás de la cortina; el otro grupo, comandado por el coronel Dent, ocupó las sillas dispuestas en forma de media luna. Uno de los caballeros, el señor Eshton, vio que yo estaba allí y dio la impresión de proponer que me invitaran a participar, pero lady Ingram se opuso de inmediato:

—Ni hablar —oí que decía—. Parece demasiado tonta para un juego como este.

Poco después sonó una campana y la cortina se alzó. Bajo el arco, la maciza

figura de sir George Lynn, a quien el señor Rochester también había elegido para su equipo, apareció envuelta en una sábana blanca; frente a él había una mesa, con un libro abierto encima, y a su lado, Amy Eshton, disfrazada con la capa del señor Rochester, sostenía otro libro en las manos. Alguien a quien no podíamos ver hizo sonar la campana alegremente; entonces, Adèle (que se había empeñado en jugar en el equipo de su tutor) avanzó, esparciendo a su paso las flores de una cesta que llevaba colgada del brazo. Luego apareció la magnífica silueta de la señorita Ingram, vestida de blanco, con un velo largo en la cabeza y una diadema de rosas alrededor de la frente; a su lado caminaba el señor Rochester, y juntos se acercaron hasta la mesa. Se arrodillaron, mientras la señora Dent y Louisa Eshton ocupaban sus posiciones detrás de ambos. A esto le siguió una ceremonia muda, en la que no era difícil reconocer la pantomima de una boda. Cuando acabó, el coronel Dent y su grupo susurraron durante unos minutos y luego el jefe del equipo gritó:

—¡Novia!

El señor Rochester se inclinó ante su auditorio y cayó el telón. Hubo una pausa considerable antes de que la cortina se elevara de nuevo. Cuando lo hizo, dio paso a una escenografía más elaborada que la anterior. Como ya había señalado cuando describí la casa, el salón estaba dos escalones por encima del comedor, y en el más alto de los dos apareció un gran cuenco de mármol, que reconocí como uno de los adornos habituales del invernadero —donde solía estar lleno de agua y peces exóticos—, cuyo peso y volumen debieron hacer muy difícil el transporte.

Sentado en la alfombra, al lado del cuenco, estaba el señor Rochester, disfrazado con chales y con un turbante en la cabeza. Sus oscuros ojos, la piel morena y las facciones sombrías completaban el atuendo a la perfección: era la réplica exacta de un sultán oriental, ya fuera el verdugo o la próxima víctima de la soga. Entonces la señorita Ingram se dejó ver. También ella vestía al estilo oriental: llevaba un pañuelo de color carmesí atado a la cintura, como si fuera una faja, y un pañuelo bordado anudado alrededor de las sienes; los brazos, bien formados, estaban desnudos y uno de ellos sujetaba un jarrón que tenía apoyado en la cabeza. Tanto la ropa como el semblante y el aire general sugerían la idea de una princesa hebrea sacada de la época de los patriarcas, y ese era sin duda el papel que pretendía representar.

Se acercó al cuenco y fingió llenar la jarra con agua, para después devolverla a su posición anterior. El personaje que había a su lado pareció pedirle algo. «Y ella se detuvo, bajó la jarra y le dio de beber.» Entonces, el hombre rebuscó en los pliegues de su ropaje y sacó de ellos un pequeño cofre, cuyo interior estaba lleno de magníficas pulseras y pendientes; ella simuló sorpresa y admiración; él, cayendo de rodillas, puso el tesoro a sus pies. La mujer hacía gestos expresivos de incredulidad y agradecimiento. El extraño le cubrió los brazos de pulseras y le colocó los pendientes en las orejas. Eran Eliezer y Rebeca; solo faltaban los camellos.

El grupo encargado de adivinar deliberó de nuevo, pero esta vez no parecieron llegar a un acuerdo acerca de la palabra o sílaba que la escena pretendía ilustrar. El

coronel, asumiendo las funciones de portavoz, solicitó ver una tercera escena que ilustrara el significado. La cortina descendió de nuevo.

El tercer telón solo desveló parte del salón: el resto permanecía oculto por una pantalla, confeccionada con una tela oscura y basta. El lugar del cuenco de mármol había sido ocupado por una mesa de madera y una silla de cocina; solo una débil luz procedente de un candil revelaba la presencia de estos objetos, ya que todas las velas se habían apagado.

En medio de este sórdido escenario se sentaba un hombre con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza inclinada hacia el suelo. Pese al rostro embadurnado de negro y al desorden de su atuendo (una de las mangas del abrigo colgaba por fuera del brazo como si hubiera sido rasgada durante una pelea), pese al semblante desesperado y sombrío y el cabello alborotado, reconocí en él al señor Rochester. Cuando se movió, se oyó el ruido metálico de una cadena: llevaba grilletes en los pies.

—¡La cárcel de Bridewell! —exclamó el coronel Dent, resolviendo el acertijo.

Los actores se tomaron el tiempo necesario para recuperar su aspecto habitual antes de entrar de nuevo en el comedor. El señor Rochester acompañaba del brazo a la señorita Ingram mientras ella elogiaba su actuación.

—¿Sabe —decía— que de los tres personajes me gustó mucho más en el último? ¡Oh, de haber vivido hace algunos años, estoy segura de que habría sido la perfecta estampa del bandolero galante!

—¿Tengo restos de hollín en la cara? —preguntó él, volviéndose hacia ella.

—Pues no, y no sabe cuánto lo lamento. Ese disfraz de salteador de caminos le sentaba muy bien.

—¿Le gustan a usted los salteadores callejeros?

—Un salteador inglés es la mejor opción, una vez descartado el bandido italiano; y solo un pirata levantino les aventajaría a ambos.

—Bien, sea lo que sea, recuerde que es usted mi esposa; nos casamos delante de todos estos testigos hace apenas una hora. —Ella se rió y el rubor tiñó sus mejillas.

—Y ahora es vuestro turno, Dent —prosiguió el señor Rochester.

Y ocuparon los sitios que los otros dejaron libres para ir a preparar su actuación. La señorita Ingram se situó a la derecha del jefe de grupo y los otros miembros se sentaron en las sillas restantes. Yo no observé a los actores: no tenía el menor interés por lo que sucedía detrás de la cortina. Mi atención estaba puesta en los espectadores; mis ojos, antes fijos en el arco, estaban ahora irremisiblemente clavados en las sillas. No recuerdo qué charada representaron el coronel Dent y su equipo, ni qué palabra eligieron, ni cómo se disfrazaron; pero aún puedo ver la deliberación que siguió a cada una de las escenas: veo al señor Rochester volviéndose hacia la señorita Ingram, y a esta mirándole; la veo inclinar la cabeza hacia él hasta rozar su hombro con los rizos o acariciar con ellos su mejilla; oigo sus murmullos de complicidad y recuerdo las miradas que se intercambiaron, y todos los sentimientos que el espectáculo

despertaba en mí me asaltan en este instante.

Ya te he dicho, lector, que había aprendido a amar al señor Rochester, y ese sentimiento no podía morir solo porque él hubiera dejado de hacerme caso, porque nunca me mirara aunque estuviera en su presencia durante horas, o porque una gran dama se apropiara de todas sus atenciones. Una dama que no se dignaba ni a rozarme con el borde de su vestido al pasar a mi lado; una dama que cuando posaba por casualidad sus ojos sobre mí, apartaba la vista al instante, como si yo fuera un objeto demasiado miserable para merecer ni un segundo de su tiempo. No podía dejar de amarle aunque él estuviera a punto de casarse con esta señorita, aunque ella llevara escrita en el rostro la seguridad de conseguir sus propósitos, aunque yo fuera testigo mudo de un estilo de cortejo masculino que, pese a ser tosco y más tendente a seguir el juego que a provocarlo, era, en su misma indolencia, fascinante, y en el orgullo que dejaba entrever, irresistible.

Ninguna de esas circunstancias conseguía enfriar o arrebatar me el amor que sentía por él, aunque sí lograban sumirme en la desesperación. Imaginarás, lector, que fueron muchas las razones susceptibles de engendrar en mí el sentimiento de los celos, si es que una mujer en mi posición podía siquiera permitirse el lujo de sentirse celosa de una dama como la señorita Ingram. Pero no era eso; la naturaleza del dolor que sentía no podía ser explicada por esa palabra. La señorita Ingram estaba fuera del alcance de ese sentimiento: era demasiado inferior para suscitar ese tipo de emociones. Perdonen lo que parece una paradoja: he dicho exactamente lo que quería decir. Blanche Ingram era brillante, pero no auténtica; poseía una bella figura y la adornaban otros muchos talentos, pero su cerebro era mediocre y su corazón yermo por naturaleza: nada podía florecer espontáneamente de aquella base estéril, y artificiales eran los frutos de esa supuesta frescura. No era buena, no era original: solía repetir citas grandilocuentes extraídas de libros, pero jamás ofrecía una opinión propia por la sencilla razón de que no las tenía. Invocaba sentimientos nobles y elevados, pero desconocía sensaciones como la compasión o la piedad. Jamás conoció la ternura ni la verdad. Y a menudo estos sentimientos la traicionaban, y se dejaba llevar, por ejemplo, por una antipatía absurda hacia la pequeña Adèle, apartándola con un insulto brusco si la niña se cruzaba en su camino: a veces incluso llegaba a echarla de la habitación y siempre la trataba con frialdad y acritud. Estas manifestaciones no eran solo evidentes ante mis ojos; también los del novio, el señor Rochester, la observaban de cerca. Sí: el futuro marido se mostraba atento a cualquier detalle, y era fruto de esa sagacidad, del absoluto reconocimiento de los defectos de la dama y de la obvia ausencia de pasión en los sentimientos que él abrigaba hacia ella, de donde surgía ese dolor que me torturaba sin cesar.

Vi que él iba a casarse con ella, por razones familiares o conveniencias sociales, porque su rango o contactos le resultaban beneficiosos; presentía que él no la amaba y que los atributos de ella eran incapaces de conquistar ese tesoro. Ese era el punto débil —era ahí donde me dolía—, la base que sustentaba y alimentaba mi fiebre: ella

no podía enamorarle.

Si ella se hubiera alzado victoriosa y hubiera logrado que él cayera rendido a sus pies, yo me habría cubierto la cara, me habría girado hacia la pared y me habría enterrado en ella (en sentido figurado, naturalmente). Si la señorita Ingram hubiera sido una mujer buena y noble, provista de fuerza, fervor, amabilidad y sentido común, yo habría mantenido una lucha a muerte contra dos tigres: los celos y la desesperación. Después, con el corazón hecho pedazos, la habría admirado, habría reconocido sus virtudes y guardado silencio durante el resto de mis días. Cuanto más absoluta fuera su superioridad, más profunda habría sido mi admiración y más muda mi aquiescencia. Pero, en esos momentos, presenciar los esfuerzos de la señorita Ingram por seducir al señor Rochester, y ser testigo de sus repetidos fallos (que ella seguía cometiendo sin darse cuenta, movida por la vana presunción de que todos sus dardos daban en la diana cuando lo cierto era que su orgullo y vanidad repelían cada vez más a aquello que querían atraer) implicaba vivir bajo un nerviosismo constante y en un incesante estado de tensión.

Porque, cada vez que ella fallaba, yo sabía cómo podría haber triunfado. Las flechas que rebotaban sobre el pecho del señor Rochester y caían exangües a sus pies podrían, de haber sido disparadas por una mano más firme, haberse clavado directamente en su corazón, haber despertado el amor en sus severos ojos y haber suavizado la ironía de su rostro. O, mejor aún, la conquista podría haberse realizado en silencio, sin usar ningún tipo de armas.

«¿Por qué es incapaz de ejercer una mayor influencia sobre él, ella que goza del privilegio de estar tan cerca? —me preguntaba—. Ella no le ama, sus gestos carecen de la menor sinceridad. Si le amara, no tendría que sonreír de forma tan provocativa, dirigirle esas miradas de soslayo, darse tantos aires de importancia ni coquetear con tanto descaro. Creo que le causaría una impresión más profunda si se limitara a permanecer tranquilamente sentada a su lado, hablando poco y mirando menos. He visto en el rostro del señor Rochester una expresión muy distinta de esa que ahora endurece sus rasgos mientras ella no deja de acosarle, pero fue una reacción espontánea, no la respuesta a sofisticadas artimañas y calculadas maniobras. Lo único que tuve que hacer fue aceptarle —contestar a sus preguntas sin pretensiones; dirigirme a él cuando era necesario, sin ostentación— para que su semblante se hiciera más gentil y afable, y calentara a quienes le rodeaban como un rayo de sol. ¿Cómo se las arreglará cuando se casen? No creo que consiga manejarlo, y sin embargo es posible, lo creo sinceramente, llegar a ser a su lado la mujer más feliz del mundo.»

Todavía no he expresado mi condena por las razones que movían al señor Rochester al matrimonio. Me sorprendió descubrir que pretendía casarse por interés: le había considerado inmune a motivos tan vulgares en un tema tan importante como la elección de una esposa, pero cuanto más tenía en cuenta la posición, educación y demás atributos de ambas partes, menos justificada veía mi tendencia a juzgar a

ninguno de ellos; ni a culparle, a él o a la señorita Ingram, por comportarse de acuerdo con unas ideas y principios que les habían sido inculcados, sin duda, desde la más tierna infancia. Todos los de su clase compartían esos mismos principios; supuse, por tanto, que debían existir razones para ello que a mí se me escapaban. Yo creía que, si fuera un caballero como él, contraería matrimonio solo con una mujer a la que pudiera amar; pero la obviedad de las ventajas para la propia felicidad del esposo que ofrecía este plan me convencieron de que debían existir argumentos que yo ignoraba en contra de este supuesto lógico. De otro modo estaba segura de que todo el mundo habría seguido mi misma línea de actuación.

Pero debo confesar que me estaba volviendo muy indulgente con muchos aspectos relacionados con el señor: olvidaba todos sus defectos, para los que en el pasado había tenido el ojo presto. Mi primera intención había sido esforzarme por estudiar todas las caras de su personalidad: apreciar en él lo bueno y lo malo, y solo después de valorarlo todo, formarme una opinión justa. Ahora no veía en él nada malo. El sarcasmo que me había repelido, la dureza que me sublevó en el pasado, eran solo especias que condimentaban el plato: dejaban un sabor penetrante a algo que, sin su presencia, habría resultado insípido. Y en cuanto a esa sensación imprecisa —ese algo siniestro, melancólico, la expresión de una pena o de un misterio— que un observador atento podía descubrir en sus ojos, durante un segundo, antes de que se desvaneciera sin que nadie pudiera averiguar cuál era su causa; ese algo que solía asustarme y estremecerme, como si estuviera avanzando entre cráteres de volcán y sintiera un temblor en el suelo y una grieta se abriera a mis pies; bien, aunque ese algo siguiera presente y a veces me provocara palpitaciones, mis nervios ya se habían serenado. Sin embargo, en lugar de desear huir de ello, mi único anhelo era tener la oportunidad de resolver el enigma, y pensaba que la señorita Ingram podía considerarse feliz porque algún día tendría la oportunidad de asomarse a placer a ese abismo, explorar sus secretos y analizar su naturaleza.

Durante esos días, mientras que yo solo tenía ojos para mi señor y su futura prometida —me fijaba solo en ellos, escuchaba sus charlas y daba importancia únicamente a sus actos—, el resto del grupo se mantenía ocupado entregándose a sus propios placeres e intereses. Lady Lynn y lady Ingram seguían absortas en sus propias conversaciones, salpicadas de gestos solemnes y fuertes asentimientos de cabeza: alzaban las manos para expresar horror, sorpresa, misterio, o cualquiera de las sensaciones que suscitara el cotilleo que tenían entre manos, dando la impresión de ser dos elegantes marionetas. La amable señora Dent se entretenía charlando con la simpática señora Eshton, y en ocasiones me dirigían alguna palabra amable o una sonrisa. Sir George Lynn, el coronel Dent y el señor Eshton discutían a todas horas de política, de los asuntos del condado o de temas legales. Lord Ingram coqueteaba con Amy Eshton; Louisa tocaba el piano y cantaba acompañada de uno de los jóvenes Lynn, y Mary Ingram, escuchaba con apatía las galanterías del otro. En ocasiones, todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, hacían una pausa en sus actividades

para observar y escuchar lo que acontecía a los dos actores principales; puesto que, después de todo, el señor Rochester y —debido a la intimidad que se respiraba entre ambos— la señorita Ingram, eran el alma de la reunión. Si él se ausentaba de la habitación durante una hora, una aburrida languidez se apoderaba de los presentes, y solo su reaparición era capaz de inyectar vivacidad a la conversación.

El efecto que provocaba su enérgica influencia se hizo notar especialmente el día en que unos asuntos en Millcote reclamaron su atención y le obligaron a ausentarse durante toda una jornada. Llovió toda la tarde, por lo que el paseo previsto para visitar el campamento de gitanos que se había instalado a las afueras de Hay tuvo que ser aplazado. Algunos caballeros optaron por ir a los establos; los más jóvenes jugaban al billar con las chicas. Las viudas empezaron una tranquila partida de cartas. Blanche Ingram, tras haber rechazado con altiva indiferencia los intentos de las señoras Dent y Eshton por entablar conversación con ella, había pasado un rato al piano, tarareando melodías sentimentales, para después coger una novela de la biblioteca y dejarse caer sobre el sofá, dispuesta, con aire taciturno, a llenar esas tediosas horas de ausencia con el hechizo de la ficción. Tanto el salón como la casa estaban en silencio, solo interrumpido por las exclamaciones de alegría de los jugadores de billar procedentes del piso superior.

Oscurecía, y ya el reloj había anunciado la hora de vestirse para cenar cuando la pequeña Adèle, que estaba arrodillada junto a mí en la repisa de la ventana, exclamó:

—*Voilà, Monsieur Rochester, qui revient!*^[21]

Me volví, y la señorita Ingram se levantó de un salto del sofá; también los otros interrumpieron durante un instante sus respectivos entretenimientos, ya que llegó hasta todos el inconfundible ruido de unas ruedas y unos cascos de caballo al chocar contra la húmeda grava del camino. Se acercaba un coche de postas.

—¿Por qué habrá vuelto a casa de esta manera? —dijo la señorita Ingram—. Cuando salí, montaba a Mesrour, el caballo negro, ¿no es así?, y Pilot le acompañaba. ¿Qué se ha hecho de los animales?

Mientras decía estas palabras, su alta figura y sus amplios atavíos se acercaron a la ventana con tal brusquedad que me vi obligada a hacerme a un lado: mi gesto fue tan brusco que casi me partí el espinazo. Al principio, dominada por la impaciencia, no me había visto, pero cuando advirtió mi presencia hizo con los labios un gesto de desdén y se fue a otra ventana. El coche se detuvo; el conductor hizo sonar el timbre y un caballero, vestido con ropa de viaje, descendió del carruaje. No era, sin embargo, el señor Rochester: era un desconocido, alto y vestido a la moda.

—¡Mentirosa! —exclamó la señorita Ingram, dirigiéndose a Adèle—. ¡Sí, tú, mico entrometido! ¿Quién te ha dicho que te pongas en la ventana para dar informaciones falsas? —Y me lanzó una mirada de enojo, como si yo tuviera la culpa.

Se oyó el rumor de una conversación en el vestíbulo y el recién llegado no tardó en entrar. Se inclinó ante lady Ingram, juzgando que era la dama de más edad de

todas las presentes.

—Parece que llego en un momento inoportuno, señora —dijo el caballero—, dado que mi amigo, el señor Rochester, está ausente. Pero he hecho un largo viaje, y creo que la antigua amistad que nos une me autoriza a esperarle aquí.

Sus maneras eran educadas y su acento me sorprendió al principio: no era precisamente el de un extranjero, pero tampoco podía considerarse el de un inglés nativo. Calculé que tendría la misma edad que el señor Rochester, entre treinta y cuarenta años, y, a primera vista, me pareció un hombre atractivo aunque de cutis excepcionalmente bronceado. Un examen más atento reveló algo desagradable en su rostro, o quizá no del todo desagradable pero que no me acababa de gustar. Sus rasgos eran correctos, aunque demasiado lacios: tenía los ojos grandes y bien dibujados, pero en ellos se reflejaba una vida vacía y lánguida. O al menos eso me pareció.

El sonido de la campanilla que anunciaba la hora de vestirse dispersó al grupo. No volví a verle hasta después de cenar: para entonces ya parecía estar a sus anchas. Pero su rostro me disgustó aún más que antes: me desazonaba esa mezcla de inquietud y desidia. No paraba de mover los ojos, gesto que le confería una expresión distinta a todas las que yo había visto hasta el momento. Para ser un hombre más bien guapo y simpático me repelía de forma exagerada: en la fina piel que formaba su rostro ovalado no se distinguía la menor fuerza; no había firmeza en la nariz aquilina ni en la boca pequeña del color de las cerezas; la frente plana parecía completamente yerma de pensamientos y los apagados ojos castaños carecían de toda autoridad.

Sentada en mi rincón habitual, le observé a la luz de los candelabros colocados sobre la repisa de la chimenea. Él seguía temblando de frío, aunque ocupaba un sillón junto al fuego. Mentalmente, le comparé con el señor Rochester. Con el mayor de los respetos, creo que el contraste no podría ser mayor si comparáramos a un ganso estofado con un halcón de caza, o a un manso corderito con el perro de pelo áspero y ojos sagaces que le hace de guardián.

Había hablado del señor Rochester como de un antiguo amigo. Debió de ser una curiosa amistad: un ejemplo más de ese viejo refrán que dice: «Los extremos se atraen».

Dos o tres caballeros se sentaron cerca de él y conseguí captar retazos de su conversación. Al principio no pude comprender lo que oía, puesto que la charla entre Louisa Eshton y Mary Ingram, sentadas junto a mí, se confundía con las frases fragmentadas de los caballeros. Las dos hablaban del extranjero, y ambas coincidieron en que se trataba de un «hombre apuesto». Louisa dijo que era «un encanto de criatura» y que «le adoraba», mientras que Mary elogió «esa boca pequeña y esa bonita nariz», calificándolas como su ideal de la belleza.

—¿Y has visto la frente tan dulce que tiene? —exclamó Louisa—. Tan suave... Libre de esas irregularidades que tanto me disgustan. ¡Y qué placidez se advierte en sus ojos y en su sonrisa!

Entonces, para alivio mío, el señor Henry Lynn reclamó la presencia de ambas damas al otro extremo de la habitación con el fin de concretar algunos cabos sueltos relativos a la aplazada excursión al campamento de Hay.

A partir de ese momento, pude concentrarme en el grupo sentado junto al fuego, y así me enteré de que el desconocido respondía al nombre de señor Mason. También supe que acababa de llegar a Inglaterra procedente de algún país cálido, lo que explicaba, sin duda, su piel morena y el frío que le empujaba a sentarse casi encima del fuego y a llevar puesto el sobretodo en el interior de la casa. Nombres como Jamaica, Kingston, o Spanish Town, me hicieron pensar que su lugar de residencia debía de ser las Antillas, y, no sin asombro, oí decir que fue allí donde conoció y trabó relación con el señor Rochester. Habló de lo poco que le gustaban a su amigo las ardientes temperaturas, los huracanes y las temporadas de lluvias típicas de esa zona. Yo ya estaba al corriente de que el señor Rochester había viajado mucho —la señora Fairfax me había informado de ello—, pero siempre creí que sus viajes se habían limitado a recorrer Europa. No se me había ocurrido pensar que hubiera visitado lugares tan remotos.

Me hallaba entregada a dichas cavilaciones cuando un incidente inesperado interrumpió el curso de mis pensamientos. El señor Mason, que tiritaba siempre que alguien abría la puerta, pidió más carbón para avivar las llamas, pese a que las brasas encendidas aún proporcionaban bastante calor. El criado que trajo el carbón se paró al salir junto a la silla del señor Eshton y le explicó algo en voz baja. Solo oí las palabras «anciana» y «muy insistente».

—¡Dile que acabará encerrada en un calabozo si no se marcha! —respondió el magistrado.

—¡No! —interrumpió el coronel Dent—. No la despida tan rápidamente, Eshton. Podemos aprovechar su presencia. Será mejor que lo consultemos con las damas.

Y, dirigiéndose a ellas, dijo en un tono de voz más alto:

—Señoras, hemos estado planeando una excursión al condado de Hay para visitar el campamento gitano. Bien, pues Sam, aquí presente, ha venido a decirnos que una de las comadres está en este momento en el cuarto de los criados e insiste en que se le conceda el honor de decir la buena fortuna a un grupo tan selecto. ¿Les apetece verla?

—Estoy segura, coronel —protestó lady Ingram—, de que no está en su ánimo fomentar ese tipo de engaños. ¡Échela inmediatamente de la casa!

—Pero es que no hay modo humano de echarla, señora —intervino el criado—. Nadie ha logrado convencerla; ahora está con ella la señora Fairfax, tratando de hacer que se vaya, pero la vieja se ha sentado en una silla junto a la chimenea y afirma que nada la sacará de aquí hasta que se la autorice a cumplir con sus propósitos.

—¿Y qué es lo que quiere? —preguntó la señora Eshton.

—Desea dar la buenaventura a los nobles, señora, y jura y perjura que no se irá hasta que lo consiga.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntaron las señoritas Eshton al unísono.

—¡Es una vieja increíblemente horrorosa, señorita! Negra como un cuervo...

—¡Vaya! Entonces es una bruja de verdad —exclamó Frederick Lynn—. ¡Que entre!

—Claro que sí —confirmó su hermano—. Sería una lástima desperdiciar una oportunidad como esta de divertirnos.

—¡Queridos chicos! ¿Se puede saber en qué estáis pensando? —gritó lady Lynn.

—No tengo la menor intención de permitir este tipo de comportamientos —sentenció la viuda Ingram.

—Tal vez no la tengas, mamá, pero lo harás —intervino Blanche con un deje de arrogancia en la voz, girando lentamente sobre el taburete del piano donde había permanecido sentada en silencio hasta el momento, dedicada, en apariencia, a examinar viejas partituras—. Siento una gran curiosidad por conocer mi futuro, así que, Sam, haz entrar a la bruja.

—Mi querida Blanche, por favor, recuerda...

—¡Recuerdo, mamá! Recuerdo todo lo que tú quieras, pero estoy decidida a hacer mi voluntad. ¡Rápido, Sam!

—Sí, sí —corearon las voces de los jóvenes, tanto las femeninas como las masculinas—. ¡Hazla pasar! ¡Será divertido!

El criado no acababa de decidirse.

—Es tan horrorosa... —dijo.

—¡Ve de una vez! —ordenó la señorita Ingram, y el hombre obedeció.

El nerviosismo se apoderó del grupo al instante; los invitados intercambiaban bromas e indirectas más o menos maliciosas, cuando Sam regresó.

—Dice que no quiere venir —explicó—. Asegura que no está dispuesta a aparecer delante de todo el «vulgar rebaño». —Lo dijo con estas mismas palabras—. Debo encargarme de proporcionarle una habitación para ella sola donde recibir, de uno en uno, a aquellos que deseen consultarle algo.

—¿Lo ves, Blanche, cielo? —empezó lady Ingram—. ¿Ves cómo no se puede ceder ante esa gente, ángel mío?

—Llévala a la biblioteca —atajó el «ángel». Tampoco a mí me apetece conocer el futuro que me aguarda delante de todo el rebaño; prefiero estar a solas con ella. ¿Está encendido el fuego de la biblioteca?

—Sí, señora. Pero parece tan mugrienta...

—¡Cállate de una vez, imbécil! ¡Y haz lo que te digo!

Sam se esfumó de nuevo, y el misterio y la excitación crecieron al instante.

—Ya está lista —anunció el lacayo—. Desea saber quién será el primero.

—Creo que lo mejor será que le eche un vistazo antes de que vaya ninguna de las damas —dijo el coronel Dent—. Sam, dile que el primero en entrar será un caballero.

Sam se fue y regresó.

—La vieja dice, señor, que no recibirá a ningún caballero, así que no hace falta que se molesten en ir. Ni tampoco —añadió, esforzándose por reprimir una sonrisa de

burla— las damas, a no ser que sean jóvenes y solteras.

—¡Por Dios que tiene buen gusto! —exclamó Henry Lynn.

La señorita Ingram se levantó con aire solemne.

—Yo seré la primera —anunció, con el mismo tono que habría usado el cabecilla de un ejército al borde de la derrota mientras se abría paso entre sus hombres para llegar a la línea de fuego.

—¡Oh, mi reina! ¡Mi amor! Piénsatelo bien... —sollozó su madre, pero ella caminó en un silencio mayestático, cruzó la puerta que el coronel Dent aún no había cerrado y entró en la biblioteca.

Le siguieron unos instantes de relativa calma. Lady Ingram consideró oportuno retorcerse las manos, y eso hizo. La señorita Mary declaró que nunca se atrevería a entrar, mientras Amy y Louisa Eshton se estremecían con aire asustado.

Transcurrieron lentamente unos minutos; quince hasta que la puerta de la biblioteca volvió a abrirse. La señorita Ingram cruzó el arco y se reunió con nosotros.

¿Cuál sería su reacción? ¿Se reiría, tomándolo todo a broma? Todos los ojos la observaron curiosos, interés que ella pagó con una mirada que expresaba frialdad y desdén; no parecía inquieta ni tampoco contenta. Se limitó a caminar hasta su asiento y ocuparlo sin decir una palabra.

—¿Y bien, Blanche? —dijo lord Ingram.

—Dinos qué te ha dicho, hermana —pidió Mary.

—¿Qué opinas? ¿Cómo te sientes ahora? ¿Es una verdadera adivina? —cloquearon las señoritas Eshton.

—Vale, ya es suficiente —contestó la señorita Ingram—. ¡No me agobiéis! Veo que los órganos que rigen en vosotros la credulidad y el asombro se alteran ante el menor estímulo. Por la importancia que todos le dais, incluida tú, querida mamá, se diría que tenemos en la casa a una auténtica bruja, a una aliada del Maligno. La mujer que he visto no era más que una vagabunda gitana que me ha leído la mano y me ha contado lo que esas mujeres suelen decir. Ahora que he satisfecho mi capricho, creo que el señor Eshton podría cumplir ya con su amenaza de encerrarla en un calabozo.

La señorita Ingram cogió un libro, se tumbó en el sillón y se abstuvo de hacer ningún comentario más. La observé durante casi media hora; en todo este tiempo, no pasó ni una sola hoja y su semblante fue ensombreciéndose por momentos, pasando de la mera insatisfacción a un intenso disgusto. Resultaba evidente que lo que acababa de oír no había sido de su agrado, y me dio la impresión de que ese aire taciturno se debía a que también ella, pese a su fingida indiferencia, concedía una importancia indebida a las revelaciones de la adivina, fueran cuales fueran.

Mientras tanto, Mary Ingram, y Amy y Louisa Eshton se declararon incapaces de entrar solas, pese a que en el fondo se morían por acudir. Se iniciaron conversaciones con el embajador de la médium, que dieron como resultado, después de múltiples idas y venidas, el permiso de la rigurosa sibila para que las tres entraran en grupo.

Su visita no fue tan silenciosa como la de la señorita Ingram. Desde el exterior

oíamos risas histéricas y gritos de sorpresa procedentes de la biblioteca. Tras unos veinte minutos, se abrió la puerta y las tres salieron corriendo, como almas que huyen del diablo.

—¡Estoy segura de que tiene poderes! —gritaban sin cesar—. ¡Nos dijo unas cosas...! ¡Lo sabe todo de nosotras!

Y, sin aliento, se dejaron caer sobre los asientos que los caballeros se apresuraron a ofrecerles.

Ante la insistencia de los demás invitados, declararon que la mujer les había hablado de cosas que habían dicho y hecho en la infancia; había descrito los adornos que lucían en los aposentos de su hogar, así como los regalos que habían recibido de algunos parientes. Afirmaron que había llegado a adivinar lo que pensaban, que había murmurado en su oído el nombre de la persona que más les gustaba del mundo y que les había acertado sus deseos más íntimos.

En este punto los caballeros las apremiaron solicitando más detalles, pero lo único que consiguieron fueron sonrojos, balbuceos incoherentes y risas entrecortadas. Las madres, mientras tanto, se afanaban en ofrecer sales y agitar los abanicos para reanimar a las recién llegadas, sin dejar de aprovechar la ocasión para recordar las advertencias que ellas mismas habían pronunciado y que habían sido desobedecidas. Los caballeros de más edad se reían, mientras los más jóvenes se esforzaban por ser de alguna utilidad para esas tres damiselas anonadadas.

En medio de aquel tumulto, y mientras toda mi atención se centraba en la escena que se representaba ante mis ojos y oídos, noté que alguien me tiraba suavemente del codo. Cuando me volví, descubrí a Sam.

—Señorita, la gitana afirma que hay en la sala una joven soltera a la que no ha visto aún, y jura que no está dispuesta a irse hasta haberlas visto a todas. Pensé que se refería a usted: no puede ser nadie más. ¿Qué quiere que le diga?

—¡Oh, iré! —contesté, apreciando la inesperada oportunidad de satisfacer mi enorme curiosidad.

Me deslicé al exterior del salón sin que nadie advirtiera mis movimientos —puesto que todo el grupo se arremolinaba en torno al trío tembloroso que acababa de regresar— y cerré la puerta quedamente.

—Si lo desea, señorita —se ofreció Sam—, la esperaré en el vestíbulo. Si la asusta, grite y yo entraré.

—No hace falta, Sam. Vuelve a la cocina. No tengo ningún miedo.

Y no lo tenía: su lugar lo ocupaban la emoción y un gran interés.

La biblioteca parecía tranquila cuando entré, y la sibila —si es que en verdad se trataba de una— estaba tendida en una butaca justo al lado del hogar. Llevaba una capa roja y un bonete negro, o, mejor dicho, un sombrero de gitana de ala ancha, anudado a la barbilla con un pañuelo de rayas. Sobre la mesa había una vela apagada. La vieja se inclinaba sobre el fuego, como si buscara su luz para leer un librito negro, parecido a un misal. Murmuraba las palabras para sí, como suelen hacer las ancianas mientras leen. Mi entrada no tuvo la virtud de hacerla parar, sino que prosiguió con su lectura hasta llegar al final de un párrafo.

Me quedé de pie sobre la alfombra y acerqué las manos al fuego; en el salón había estado sentada tan lejos de la chimenea que se me habían quedado heladas. Me invadía una absoluta calma: nada había en la gitana susceptible de provocar turbación. Cerró el libro y, muy despacio, levantó la vista; el ala del sombrero le ocultaba parte del rostro, pero pude comprobar que se trataba de un semblante poco común. Era muy oscuro, casi negro: unos mechones rebeldes parecidos a los de un duende se escapaban de la banda blanca que llevaba atada bajo la barbilla y le cubrían unas mejillas que más bien parecían quijadas. Sus ojos me observaron de repente, con una mirada directa e insolente.

—Bien, ¿usted también desea conocer su porvenir? —dijo en una voz tan resuelta como su mirada y tan tosca como sus facciones.

—No me importa, abuela. Haga lo que desee, pero debo advertirle que no creo en absoluto en estas cosas.

—Es una imprudencia por su parte decir esto. Lo esperaba, sin embargo: lo noté en sus pasos al cruzar el umbral.

—¿De verdad? Debe usted de poseer un oído agudo.

—Así es, y también es aguda mi vista, y mi cerebro.

—Lo necesita todo para ejercer su oficio.

—Cierto. En especial cuando me enfrento a clientes como usted. ¿Por qué no tiembla?

—No tengo frío.

—¿Por qué no palidece?

—No estoy enferma.

—¿Por qué no me consulta algo?

—Porque no soy tonta.

La anciana bruja sofocó una risa bajo su sombrero; después buscó una pipa corta y negra y, tras encenderla, comenzó a fumar. Tras dedicar unos minutos a disfrutar de ese sedante placer, se incorporó, se sacó la pipa de los labios y, sin apartar la vista del fuego, dijo solemnemente:

—Tiene usted frío, está enferma y es tonta.

—¡Demuéstrémelo! —repliqué.

—Lo haré, en pocas palabras. Tiene frío porque está sola: ningún contacto enciende el fuego que late en su interior. Está enferma, porque aparta lejos de usted el mejor de los sentimientos, el más dulce y elevado. Y es tonta, porque, sufriendo como sufre, no deja que se le acerque ni da un paso para acercarse al lugar donde este la espera.

De nuevo apoyó la pipa en los labios y fumó de ella con entusiasmo.

—Lo mismo podría decirse de casi todos aquellos que sirven solos en una gran casa.

—Podría decirlo a casi todos, cierto, pero ¿sería verdad en casi todos los casos?

—Sí, en mis circunstancias.

—Sí, en sus circunstancias. Pero la desafío a que encuentre a otra como usted.

—Sería sencillo hallar miles.

—Apenas podría encontrar una sola. Por si le interesa, está usted en una posición muy peculiar: muy cerca de la felicidad. Sí, la tiene a su alcance. Todos los materiales están listos, solo se requiere un movimiento que los combine. El azar los ha dispersado un poco: si deja que se unan, el resultado será muy beneficioso.

—Soy incapaz de entender este tipo de enigmas. No he podido resolver una adivinanza en toda mi vida.

—Si quiere que le hable con mayor sencillez, déjeme ver su mano.

—Que antes deberé adornar con un poco de plata...

—Por supuesto.

Le di un chelín. Ella lo guardó en una media que extrajo del bolsillo y, después de anudarla y devolverla a su lugar, me pidió que extendiera la mano. Eso hice. Acercó el rostro a la palma y la examinó sin tocarla.

—Es demasiado fina —decidió—. No puedo hacer nada con una mano como esa, casi carente de líneas. Además, ¿qué es una mano, al fin y al cabo? El destino no está escrito en ellas.

—En eso estamos de acuerdo —confirmé.

—No —continuó—, es en la cara donde podemos hallarlo: en la frente, en torno a los ojos, en las pupilas, en las líneas que rodean la boca. Arrodíllate y alza la cabeza.

—Ahora empieza a acercarse a la realidad —le dije al mismo tiempo que la obedecía—. Acabará teniendo cierta fe en usted.

Me arrodillé a sus pies. Ella atizó el fuego y una chispa de luz brotó del carbón: su brillo solo consiguió ensombrecer aún más el rostro de la anciana cuando esta volvió a sentarse, e iluminar el mío.

—Me pregunto con qué sentimientos ha entrado aquí esta noche —dijo, después de observarme durante un rato—. Me pregunto qué pensamientos ocupan su corazón durante todas las horas en las que yace sentada en la habitación de al lado, con todas esas personas finas mariposeando a su alrededor como imágenes salidas de una linterna mágica. Veo una corriente de antipatía mutua, como si para usted fueran meras sombras con forma humana, absolutamente faltos de la sustancia que les da

vida.

—Pues a menudo me siento cansada y a veces soñolienta, pero casi nunca triste.

—Entonces, ¿alberga alguna esperanza secreta que logra animarla y le susurra un futuro más feliz?

—No. Mi mayor esperanza consiste en ahorrar el suficiente dinero como para alquilar una casa y abrir algún día una escuela propia.

—¡Mísero alimento para alimentar a su espíritu durante tantas tardes de confinamiento junto a la ventana! Como verá, sus hábitos no me son desconocidos.

—Los criados deben de haberla puesto al corriente de ellos.

—¡Ah! Veo que se considera una chica lista. Bien, quizá lo hayan hecho. Para ser sincera, debo reconocer que me une cierta amistad con una de las criadas: la señora Poole.

Me puse en pie al oír ese nombre.

—¿Es eso cierto?

Y pensé: «Entonces hay algo diabólico en todo ese asunto, después de todo».

—¡No se alarme! —continuó el extraño ser—. La señora Poole es una buena mujer, callada y discreta, en la que se puede confiar. Pero, como iba diciendo: cuando se sienta en la ventana, ¿es esa futura escuela lo único que le ronda por la mente? ¿No tiene ningún interés en las personas que ocupan los sofás y las sillas? ¿No hay nada en sus rostros que atraiga su atención? ¿Ninguna figura cuyos movimientos siga con, al menos, una pizca de curiosidad?

—Me gusta observar todas las caras y todas las figuras.

—Pero nunca separa una del resto, ¿o debería decir dos?

—Lo hago con frecuencia. Cuando los gestos o miradas de una pareja parecen contarme una historia. Me divierte observarlos.

—¿Y qué tipo de historias prefiere oír?

—¡Bueno, tampoco hay mucho donde elegir! Todas suelen versar sobre el mismo tema, el noviazgo, y suelen acabar en la misma catástrofe, el matrimonio.

—¿Y le gusta ese tema tan monótono?

—La verdad es que no me importa en absoluto: no significa nada para mí.

—¿No significa nada para usted? Cuando una dama joven, rebotante de vida y de salud, dotada de belleza y de los dones que aportan el rango y la fortuna, se sienta y sonrío ante un caballero por quien usted...

—¿Yo qué?

—Ya sabe a qué me refiero, un señor de quien usted tiene una buena opinión.

—No conozco a los caballeros de la casa. Apenas he cruzado una palabra con ninguno. Y en cuanto a la opinión que me merecen, debo decir que creo que algunos son amables y respetables, aunque de mediana edad; y otros jóvenes, ingeniosos, guapos y alegres. Le juro que todos pueden recibir tantas sonrisas como deseen sin que eso me afecte lo más mínimo.

—¿No conoce a los caballeros de la casa? ¿No ha cruzado apenas palabra con

ellos? ¿También diría lo mismo del señor de la casa?

—No está en casa en este momento.

—¡Una observación muy aguda! ¡Un subterfugio de lo más ocurrente! Se fue a Millcote esta mañana y regresará esta misma noche o a primera hora de mañana. ¿Acaso esta circunstancia lo excluye de la lista de sus conocidos, borrándole, por así decirlo, de su existencia?

—No, pero no veo qué relación tiene el señor Rochester con el tema que tratábamos.

—Hablaba de damas que sonrían a los ojos de un caballero, y recientemente se han vertido tantas sonrisas en los ojos del señor Rochester que estos han quedado desbordados, como dos copas rebosantes de líquido. ¿No lo había notado?

—El señor Rochester tiene todo el derecho de disfrutar de la compañía de sus invitados.

—Nadie cuestiona ese derecho. Pero ¿no ha observado que, de todas las historias de matrimonio explicadas aquí, el señor Rochester se ha visto favorecido con la más vivaz e insistente?

—La ansiedad del oyente acelera la lengua de quien habla —dije, más para mí que para la gitana, cuya charla extraña, voz y maneras me envolvían como en una especie de sueño. De sus labios salían frases inesperadas, una tras otra, hasta conseguir enredarme en esa telaraña verbal. Me preguntaba qué espíritu invisible había estado sentado junto a mi corazón durante semanas, observando su funcionamiento y anotando fielmente todos y cada uno de sus latidos.

—¡La ansiedad del oyente! —repitió—. Sí, el señor Rochester se ha sentado durante horas, con la oreja puesta en esos labios seductores que se complacen en comunicarse con él, deseoso de recibir estas nuevas y aparentemente agradecido al pasatiempo que se le ofrecía. ¿No lo ha notado?

—¡Agradecido! No recuerdo la menor señal de gratitud en su rostro.

—¡Lo notó! Eso quiere decir que ha reflexionado sobre ello. ¿Y qué advirtió en él, si no fue gratitud?

No respondí.

—¿Quizá fue amor lo que vio? ¿Y ha deseado verle casado, acompañado por una novia radiante de felicidad?

—No exactamente. Su instinto de bruja no es infalible.

—Entonces, ¿qué diablos vio?

—No le importa; he venido aquí a preguntar, no a confesarme. ¿Se sabe si el señor Rochester piensa casarse?

—Sí, con la hermosa señorita Ingram.

—¿En breve?

—Eso parecen indicar las apariencias. Y, seguramente, (aunque usted, con un atrevimiento francamente poco adecuado, lo ponga en duda) formarán una pareja feliz. Él no puede por menos que amar a una dama tan maravillosa, noble, seductora

y virtuosa; en cuanto a ella, es probable que también le ame, sino a él en persona sí al menos a su fortuna. Sé que se muere por poner las manos en las propiedades de los Rochester, aunque (¡que Dios me perdone!) le dije algo al respecto hace menos de una hora que la dejó bastante perpleja: los bordes de sus labios descendieron un par de milímetros. De tener delante de mí a su pretendiente, le aconsejaría que se mantuviera alerta: si en el camino de la dama se cruza otro con mayor fortuna, ya puede darla por perdida.

—Pero, anciana, no estoy aquí para oír cuál será el provenir del señor Rochester; he venido para averiguar el mío y no me ha dicho ni una sola palabra al respecto.

—Su porvenir es dudoso. Cuando le examiné el rostro, cada rasgo contradecía al anterior. La suerte le reserva una cierta cantidad de felicidad, de eso estoy segura. Lo sabía antes de entrar aquí esta tarde. Vi cómo la apartaba especialmente para usted. Depende solo de usted el hecho de alargar la mano y apoderarse de ella, pero aún no he decidido si lo hará o no. Arrodílese de nuevo en la alfombra.

—No me tenga mucho rato. El fuego me quema...

Obedecí. No se inclinó hacia mí, sino que se limitó a observar con la espalda apoyada en el respaldo de la silla. Comenzó a murmurar:

—La llama palpita en los ojos, los ojos brillan como el rocío; parecen suaves y llenos de sentimiento, y en apariencia se ríen de mi jerga, pero son susceptibles a ella: las impresiones se suceden en su nítida esfera. Cuando de ellos se borra la sonrisa, aparece la tristeza: una languidez inconsciente parece sobrecargar las pestañas, eso es una señal de la melancolía que provoca la soledad. Se aparta de mí: no está dispuesta a dejarse estudiar con más profundidad; parece negar mis descubrimientos, despreciarlos con su mirada burlona, rechazar las acusaciones de sensibilidad y tristeza. Ese orgullo y esa reserva que muestran confirman mi juicio: los ojos son favorables.

»En cuanto a la boca, en ocasiones se entrega con alegría a la risa: está dispuesta a explicar todo lo que le pasa por la mente, aunque me atrevería a decir que guarda un estricto silencio para todo lo que sucede en el corazón. Es móvil y flexible, nunca fue pensada para verse oprimida en el silencio eterno que comporta la soledad: es una boca de palabra pronta y sonrisa fácil, capaz de expresar afecto por su interlocutor. También ese rasgo, pues, le es propicio.

»Solo en la frente veo a un enemigo de su felicidad. Una frente que afirma, orgullosa: “Puedo vivir sola, si el respeto a mí misma y las circunstancias lo requieren. No necesito vender el alma para lograr compañía. Poseo un tesoro interior, innato, que puede mantenerme viva si todas las satisfacciones externas me fueran negadas, u ofrecidas a cambio de un precio que no estoy dispuesta a pagar”. La frente declara: “La razón se sienta firme en la silla y agarra con fuerza las riendas, sin dejar que los sentimientos se desboquen y acaben arrojándola al abismo. Tal vez las pasiones soplen con furia, como corresponde a su bárbara naturaleza, y la lleven a imaginar todo tipo de necedades, pero la sensatez tendrá siempre la última palabra y

su voto será decisivo a la hora de tomar cualquier decisión. Ya puede desencadenarse a su alrededor un viento huracanado, un terremoto o un incendio, que seguirá atenta a los dictados de esa vocecilla que interpreta lo que la conciencia le dice”.

»¡Bien dicho, frente! Tus declaraciones merecen respeto. Afirma: “Yo tengo mis propios planes —me atrevería a decir que acertados— y en ellos he atendido las peticiones de la conciencia y los consejos de la razón. Sé que la juventud no tardaría en desvanecerse, y con ella el brillo que comporta, si en esa copa de felicidad se colara una sola gota de vergüenza, una simple pizca de remordimiento. Y no deseo el sacrificio, ni la pena, ni el desengaño: no son de mi agrado. Deseo ayudar, no hundir a nadie; despertar gratitud en lugar de lágrimas de sangre o de salmuera. La cosecha que deseo recibir debe tomar forma de sonrisas, de ternura... solo eso me sirve”. Caigo en un delirio exquisito. Desearía prolongar este momento hasta el infinito, pero no me atrevo. Hasta el momento me he controlado con eficacia. He actuado como juré que haría, pero no creo tener fuerzas para seguir adelante. Levántese, señorita Eyre. Déjeme sola: “Que baje el telón”.

¿Dónde me encontraba? ¿Estaba despierta o dormida? ¿Había sido todo un sueño? ¿Un sueño en el que aún me hallaba inmersa? La voz de la vieja había cambiado: su acento, su tono, todo me era tan familiar como mi propio rostro reflejado en un espejo, como si fuera mi propia voz la que hablara. Me puse de pie, pero no me fui. La observé, aticé el fuego y volví a mirarla, pero ella seguía llevando puesto el sombrero y la banda que ocultaba su cara, y de nuevo me ordenó que me marchara. La llama iluminó su mano, y mi mente, ya alerta ante cualquier detalle sospechoso, se fijó en ella de repente. Nada en ella indicaba mayor vejez que en las mías: era un miembro redondeado y ágil, de dedos finos y simétricamente moldeados; un anillo ancho centelleaba en el meñique y, al observarlo con atención, vi la piedra preciosa que tantas veces había tenido ante mis ojos. De nuevo observé su rostro, que ya no se escondía en las sombras. Al contrario, la figura se había quitado el sombrero, apartado la banda y alzaba la cabeza directamente hacia mí.

—Y bien, Jane, ¿no me reconoce?

—Quítese esa capa, señor y ya...

—Eso intento pero se ha hecho un nudo en las cintas. ¡Ayúdeme!

—¡Rómpalas, señor!

—Muy bien. ¡Sin miramientos!

Y el señor Rochester se despojó del disfraz.

—Señor, ¿cómo se le ha ocurrido...?

—Lo he hecho bien, ¿eh? ¿No está de acuerdo?

—Ha logrado engañar a las damas.

—Pero ¿a usted no?

—Conmigo no representó el papel de una gitana.

—¿Y qué papel representé? ¿El mío propio?

—No, algo que no se puede contar. En resumen, creo que ha estado intentando

sonsacarme. Ha dicho tonterías con la intención de que yo también las dijera. Eso no es justo, señor.

—¿Me perdona, Jane?

—No lo sé, señor. No, hasta que haya pensado en ello. Si cuando repase la conversación descubro que no he hecho demasiado el ridículo, tal vez llegue a perdonarle. Pero sigo pensando que no ha estado bien.

—¡Oh, no tiene de qué preocuparse! Ha sido muy discreta y muy sensata.

Al pensar en toda la charla me di cuenta que tenía razón. Era un consuelo, pero, en realidad, había estado a la defensiva desde el inicio de la conversación, como si intuyera la existencia de una farsa oculta. Sabía que las gitanas y adivinatoras no se expresaban como esta anciana; además, había notado su voz grave, los intentos por ocultar sus rasgos. Pero mi mente había volado hacia Grace Poole, ese enigma viviente, el misterio de los misterios. Ni por un instante se me había ocurrido pensar en el señor Rochester.

—Bien —dijo él—, ¿qué la divierte tanto? ¿Qué significa esa sonrisa tan seria?

—Asombro y autocomplacencia, señor. ¿Me concede su permiso para retirarme?

—No, quédese un momento, y dígame de qué hablaba la gente del salón.

—Seguro que siguen charlando de la gitana, señor.

—¡Siéntese, siéntese! Cuénteme qué decían de mí.

—Será mejor que no me quede mucho rato, señor. Son casi las once. Por cierto, ¿está al corriente de la llegada de un desconocido a la casa?

—¿Un desconocido? No, ¿quién será? No espero a nadie. ¿Ya se ha ido?

—No. Dijo que era un viejo amigo y que por eso se tomaba la libertad de instalarse en su ausencia.

—¡Que el diablo le confunda! ¿Dio algún nombre?

—Dijo que se llamaba Mason, señor. Viene de las Antillas, de Spanish Town, Jamaica, según creo.

El señor Rochester estaba de pie junto a mí; me había cogido de la mano para convencerme de que me sentara durante un rato. Al oír mis palabras, me apretó con fuerza la muñeca y la sonrisa se le heló en los labios. Una especie de espasmo le robó el aliento.

—¡Mason! ¡Las Antillas! —repetía sin cesar con el tono que uno esperaría oír en un autómatas hablante—. ¡Mason! ¡Las Antillas! —repitió; pronunció esas sílabas tres veces más, mientras la palidez de su rostro crecía por momentos: parecía haber perdido la razón.

—¿Se encuentra bien, señor? —pregunté.

—Es un duro golpe, Jane... ¡Un duro golpe! —Se tambaleó.

—Apóyese en mí, señor.

—Jane, ya me ofreció su hombro una vez, ¿se acuerda? Ahora le tomo la palabra.

—Claro, señor. Cójase del brazo.

Se sentó y me hizo sentar a su lado. Sus dos manos acariciaban la mía, mientras

me miraba con una expresión teñida de inquietud y temor.

—¡Amiga mía! Ojalá estuviera en una isla desierta sin más compañía que la suya, lejos de los problemas, del peligro y de los malos recuerdos.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor? Daría la vida por ayudarle.

—Si necesito ayuda, Jane, se lo diré. Lo prometo.

—Gracias, señor. Dígame que debo hacer, y al menos lo intentaré.

—Vaya al comedor y tráigame un vaso de vino. Deben de estar cenando; fíjese en si Mason les acompaña y qué es lo que hace.

Fui al comedor, donde, como había predicho el señor Rochester, se había servido la cena. Los invitados habían preferido, sin embargo, elegir cada uno lo que les apeteciese y sentarse en grupos por el salón con los platos y vasos en las manos. Todos parecían alegres: se oía rumor de risas y de animadas conversaciones. El señor Mason seguía junto al fuego, charlando con el coronel Dent y su esposa, y daba la impresión de sentirse tan a gusto como el resto. Llené un vaso de vino (por cierto que la señorita Ingram, a quien no se le escapaba detalle, me observó con atención; de su mirada deduje que creía que estaba tomándome libertades que no me correspondían), y regresé a la biblioteca.

La palidez extrema del señor Rochester se había desvanecido casi por completo y su aspecto era de nuevo firme y seguro de sí. Cogió el vaso que yo le daba.

—¡A su salud, espíritu amable! —Bebió de un trago su contenido y me lo devolvió—. ¿Qué están haciendo, Jane?

—Hablan y se ríen, señor.

—¿No flota entre ellos un aire misterioso, propio de personas que acaban de oír una extraña historia?

—Todo lo contrario, señor. Se muestran alegres y animados.

—¿Y Mason?

—También se reía.

—Si todas esas personas se acercaran a mí y comenzaran a escupirme, ¿usted qué haría, Jane?

—Los echaría de la habitación, señor, con todas mis fuerzas.

Una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—Pero si fuera yo quien me acercara, y ellos se limitaran a mirarme con frialdad y a murmurar maliciosamente para luego abandonarme uno a uno, ¿qué haría entonces? ¿Se iría con ellos?

—Me atrevería a asegurar que no, señor. Hallaría mayor placer en quedarme con usted.

—¿Para consolarme?

—Pues sí, señor. Para consolarle en la medida de mis posibilidades.

—¿Y si la despreciaran por seguir a mi lado?

—Creo que difícilmente llegaría a enterarme de su desprecio y, si lo hiciera, no le daría la menor importancia.

—Entonces, ¿correría el riesgo de soportar por mí la censura de los otros?

—Lo haría por cualquier amigo que mereciera mi adhesión; igual que usted, estoy segura.

—Ahora vuelva al comedor: acérquese en silencio al señor Mason y murmúrele al oído que el señor Rochester ha llegado y desea verle. Tráigale aquí y después márchese.

—Sí, señor.

Cumplí sus órdenes. Todo el grupo de invitados me vio cruzar el salón y dirigirme al señor Mason. Le di el mensaje y le acompañé hasta la puerta de la biblioteca, para después subir a mi cuarto.

Ya llevaba mucho tiempo acostada cuando oí que los visitantes se retiraban a descansar. Distinguí la voz del señor Rochester, que decía: «Por aquí, Mason; esta es su habitación».

La alegría que se desprendía de su tono me tranquilizó. No tardé en dormirme.

Había olvidado correr las cortinas y bajar la persiana, algo que hacía todas las noches. En consecuencia, cuando la luna, llena y brillante porque la noche era hermosa, ocupó su lugar en el pedazo de cielo que caía enfrente de mi ventana y me observó a través de los cristales, su resplandor interrumpió mi sueño. Despierta en mitad de la noche, fijé los ojos en la silueta redonda, plateada y cristalina. Era bella, pero demasiado solemne: me incorporé a medias, lo bastante como para correr la cortina.

¡Buen Dios! ¡Qué grito!

El silencio y la calma de la noche habían sido partidos en dos por un sonido salvaje y agudo, un alarido pavoroso que recorrió Thornfield Hall de extremo a extremo.

Se me paró el pulso; el corazón dejó de latir y el brazo se me quedó petrificado en el aire. El lamento agonizó, y se hizo el silencio. En realidad, nadie que pudiera emitir ese chillido pavoroso sería capaz de repetirlo enseguida, ni siquiera el cóndor más grande de los Andes podría lanzar al aire desde las nubes que cubrían su nido dos gritos como aquel. Fuera quien fuera el causante de ese sonido, debía tomar aliento si quería repetir un esfuerzo semejante.

Procedía del tercer piso, ya que lo había oído justo encima de mi cabeza. Y allí, sobre el techo de mi habitación, se libraba ahora algo parecido a una batalla, que, a juzgar por el tumulto, era una lucha a muerte. Una voz sofocada gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! ¿Nadie vendrá en mi ayuda? —exclamó. Y entonces, a medida que aumentaba el ruido de golpes y objetos que se caían, distinguí unas palabras más—: ¡Rochester! ¡Rochester! ¡Venga, por el amor de Dios!

Se abrió la puerta de una habitación y alguien corrió por el pasillo. En el piso de arriba, algo cayó sobre el suelo con un gran estruendo. Luego volvió la calma.

Pese a que el terror casi me impedía coordinar los movimientos, me las arreglé para echarme encima algo de ropa y salir de mi cuarto. Los invitados estaban despiertos: se oían exclamaciones y murmullos de pánico por todas partes; las puertas se abrieron una tras otra, sus ocupantes sacaban la cabeza y pronto el corredor se llenó de gente. Tanto los caballeros como las damas habían saltado de la cama y una profusión de preguntas nerviosas cortaba el aire a ráfagas: «¿Qué ha pasado?», «¿Hay alguien herido?», «¡Tráeme una vela!», «¿Es un incendio?», «¿Ladrones?», «¿Qué vamos a hacer?». Nadie daba respuestas. De no haber sido por la luz de la luna, la oscuridad habría sido absoluta. Corrían de un lado a otro, se agrupaban; proferían sollozos y juramentos. Reinaba una total confusión.

—¿Dónde demonios se ha metido Rochester? —gritó el coronel Dent—. ¡No está en su cama!

—¡Estoy aquí! —se oyó su voz de repente—. Tranquilícense. Ya voy.

Se abrió la puerta del extremo del corredor y de ella salió el señor Rochester con una vela en la mano: procedía del piso de arriba. Una de las damas corrió hacia él y lo

cogió del brazo. Era la señorita Ingram.

—¿Qué terrible acontecimiento ha sucedido? —dijo—. ¡Hable! ¡Estamos preparados para lo peor!

—¡No me agobien, por favor! ¡Apártense! —replicó él, porque las señoritas Eshton le zarandeaban, y las dos viudas, envueltas en bastas telas blancas, surcaban el pasillo a toda vela.

—¡No pasa nada! ¡No pasa nada! —gritó—. No ha sido más que un ensayo de *Mucho ruido y pocas nueces*. Señoras, por favor, no se acerquen o me convertiré en un ser peligroso.

Y su aspecto confirmaba la amenaza: sus ojos oscuros despedían chispas. Haciendo un esfuerzo para serenarse, añadió:

—Una criada ha sido víctima de una pesadilla, eso es todo. Es una mujer nerviosa y excitable, que creyó ver en su cuarto lo que estaba soñando y sufrió un ataque de histeria. Y ahora quiero que todos vuelvan a sus habitaciones. No podremos ocuparnos de ella hasta que toda la casa haya vuelto a la normalidad. Caballeros, tengan la bondad de dar ejemplo a las damas. Señorita Ingram, estoy seguro de que no es de la clase de mujeres que se dejan llevar por temores absurdos. Amy, Louisa, regresen a sus nidos como dos palomas buenas, que es lo que son. Señoras —dijo dirigiéndose a las viudas—, si siguen en este pasillo helado pillarán un resfriado mortal.

Y así, alternando el elogio con el sarcasmo, logró que todos volvieran a sus dormitorios. No esperé a que me ordenara retirarme; lo hice sin que nadie se diera cuenta de ello, de la misma forma que había salido.

Sin embargo, no me acosté. Al contrario, empecé a vestirme. Era muy probable que hubiera sido la única en oír el barullo de golpes y exclamaciones que siguió al grito, ya que estos procedían de la habitación que estaba justo sobre la mía. Pero sí podía afirmar con seguridad que no pertenecían a la pesadilla de ninguna criada y que, por tanto, la explicación que él había dado no era más que una excusa inventada para serenar los ánimos. Me vestí, pues, para atender cualquier emergencia y me senté junto a la ventana; estuve observando los campos silenciosos teñidos de plata, mientras esperaba que algo sucediera, sin saber muy bien qué. Tenía el presentimiento de que las emociones de la noche no habían acabado todavía.

Pero, al parecer, me equivocaba. La quietud invadió Thornfield Hall de nuevo; en menos de una hora cesaron todos los murmullos y la casa quedó tan silenciosa como un desierto. El poder del sueño había recuperado su imperio. Mientras tanto, la luna menguaba: estaba ya a punto de desaparecer. No era agradable permanecer sentada en medio de la fría oscuridad, así que opté por tumbarme en la cama vestida. Abandoné la ventana y caminé sobre la alfombra sin hacer ruido. Cuando me agachaba para quitarme los zapatos, una mano golpeó la puerta con suavidad.

—¿Alguien pregunta por mí? —pregunté.

—¿Está levantada? —preguntó la voz que esperaba oír, es decir, la del señor.

—Sí, señor.

—¿Y vestida?

—Sí.

—Salga en silencio.

Le obedecí. El señor Rochester me esperaba al otro lado de la puerta, con una vela en la mano.

—La necesito —susurró—. Sígame. No tenga prisa y, sobre todo, no haga ruido.

Mis zapatillas eran tan ligeras que me permitían deslizarme por la alfombra con la suavidad de un gato. Me guió hasta el final del corredor y luego escaleras arriba, y se detuvo en el pasillo lóbrego y asfixiante del fatídico tercer piso. Durante todo este tiempo, me limité a caminar a su lado.

—¿Tiene una esponja en su habitación? —preguntó en un susurro.

—Sí, señor.

—¿Y sales?

—Sí.

—Vuelva a buscar ambas cosas.

Regresé, cogí la esponja del lavamanos y el frasco de sales del cajón, y recorrí de nuevo el mismo camino. Me aguardaba; en la mano tenía una llave y, acercándose a una de las puertecillas negras, la introdujo en la cerradura. Hizo una pausa y se dirigió de nuevo a mí:

—No se mareará al ver sangre, ¿verdad?

—Supongo que no, señor. Nunca me he visto en esa situación.

Sentí un estremecimiento al responderle; pero no era pánico, ni el aviso de un mareo.

—Deme la mano —dijo—. No puedo correr el riesgo de que se desmaye.

Puse mis dedos entre los suyos.

—Firmes y cálidos —observó.

Giró la llave y abrió la puerta.

Ante mí tenía una estancia que recordaba haber visto antes, el día en que la señora Fairfax me enseñó la casa: las paredes estaban forradas de tela, pero, en un lado, parte del tejido había sido levantado y dejaba ver una puerta que antes permaneciera oculta. Estaba abierta, y una luz centelleaba en el cuarto siguiente. De él salía un gruñido sordo y rabioso, que recordaba al de un perro salvaje. El señor Rochester dejó la vela, murmuró «espere un minuto», y se metió en ese cuartito interior. Una carcajada le dio la bienvenida, estridente al principio, y acabando con la risa de duende maligno de Grace Poole. Por tanto, era ella, estaba allí... Él hizo algo sin decir palabra, aunque hasta mí llegaba el murmullo de alguien que le hablaba. Salió, cerrando la puerta tras él.

—¡Acérquese, Jane! —ordenó.

Y caminé hacia el otro lado de una gran cama, que, junto con las cortinas que pendían de ella, ocupaba gran parte de la estancia. Junto a la cabecera del lecho había

una butaca en la que se sentaba un hombre vestido. Solo le faltaba el abrigo para que su atuendo fuera completo. Estaba inmóvil, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. A la luz de la vela, reconocí el rostro pálido y exangüe del extranjero, Mason. También vi que las sábanas y uno de sus brazos estaban empapados de sangre.

—Sostenga la vela —dijo el señor Rochester, y eso hice.

Él llenó una palangana de agua y me dijo que la aguantara. Le obedecí. Cogió la esponja, la humedeció y la pasó por aquella faz cadavérica; me pidió el frasco de sales y se lo acercó a la nariz. Poco después, el señor Mason abrió los ojos y suspiró. El señor Rochester abrió la camisa del herido, que llevaba un vendaje alrededor del brazo y el hombro, y limpió la sangre que caía con movimientos rápidos.

—¿Es muy grave? —murmuró el señor Mason.

—No, no es más que un rasguño. ¡Anímate, hombre! ¡No seas gallina! Yo mismo iré a buscar a un cirujano: te trasladaremos por la mañana. Jane, espero...

—¿Señor?

—Me veo obligado a dejarla aquí con este caballero durante una hora, o quizás dos. Vaya limpiando su herida como hacía yo; si se marea, sírvale un poco de agua y acérquesela a los labios, o use las sales. Y tú, Richard, no hables con ella bajo ninguna circunstancia. Si abres la boca o haces el menor movimiento, no respondo de las consecuencias.

El pobre hombre volvió a gemir. No parecía albergar la menor intención de moverse: el miedo, a la muerte o a alguna otra cosa, había conseguido paralizarlo casi por completo. El señor Rochester puso en mis manos la esponja, ya enrojecida por la sangre, y yo repetí lo que él había hecho antes. Me observó durante un segundo.

—¡Recuerda: nada de charla! —avisó a Mason antes de salir.

El ruido de la llave al girar y el rumor de sus pasos, cada vez más débil, me llenaron de una extraña inquietud.

Aquí estaba yo, en el tercer piso, encerrada en una de esas celdas monásticas; rodeada de noche, ante un espectáculo pálido y sangriento, y separada por una simple puerta de una asesina. Sí, eso era lo que me asustaba; podía con todo lo demás, pero temblaba al imaginar el ataque de una Grace Poole enfurecida.

Sin embargo, debía cumplir la misión que me había sido encomendada. Debía vigilar ese rostro fantasmal, esos labios aún morados incapaces de cerrarse, esos ojos entornados que de vez en cuando se abrían y recorrían ansiosos los rincones de la habitación con la mirada teñida de horror. Debía hundir la mano una y otra vez en ese cuenco lleno de agua y sangre, y limpiar la herida. Debía ver cómo la luz de la vela era cada vez más débil, cómo las sombras se apoderaban de los antiguos tapices que cubrían las paredes, cómo ennegrecían los cortinajes de ese antiguo lecho y danzaban grotescas sobre las puertas del mueble que tenía enfrente, cuyo frontal, dividido en doce láminas, representaba a cada uno de los apóstoles y culminaba con un crucifijo de ébano, el símbolo de la agonía de Cristo.

Así, según los fugaces movimientos de la luz alumbraran un extremo u otro, distinguía la figura de Lucas, el médico de larga barba, o la melena de San Juan, y, sobresaliendo del panel, dispuesto a cobrar vida para anunciar la llegada de Satán, surgía el diabólico rostro de Judas, el gran traidor.

Y no solo veía, sino que también debía escuchar: prestar atención a los movimientos de aquello que se ocultaba detrás de la puerta, ya fuera una bestia salvaje o un demonio. Pero desde que el señor Rochester entrara daba la impresión de haber sido hechizada: en toda la noche no oí más que tres sonidos, separados en el tiempo por tres largos intervalos: el crujido de una pisada, una momentánea repetición de aquel gruñido canino y un gemido humano que parecía salir del fondo de sus entrañas.

Fueron entonces mis propios pensamientos los que me turbaron. ¿Qué clase de bestia era esta que, secuestrada en esta solitaria mansión, no podía ser expulsada ni dominada por el propietario? ¿Qué misterio acontecía a altas horas de la noche, manifestándose en forma de fuego y de sangre? ¿Qué criatura se escondía bajo los vulgares rasgos de una mujer que era capaz de asumir la voz de un demonio y el temible gruñido de un ave carroñera?

Y en cuanto a este hombre sobre el que me inclinaba, aquel extraño inofensivo, ¿cómo se había visto envuelto en esta red de horror? ¿Por qué le había atacado la Furia? ¿Qué le hizo acercarse hasta esta parte de la casa a horas tan poco adecuadas cuando debería haber estado durmiendo en su cama? Yo misma había oído cómo el señor Rochester le asignaba una de las habitaciones del piso inferior; ¿qué le había traído hasta aquí? ¿Y por qué se mostraba tan dócil después de haber sido víctima de un acto de violencia semejante? ¿Por qué cedía tan fácilmente a la propuesta del señor Rochester? ¿Y por qué el señor Rochester abogaba por el silencio? Habían atacado a uno de sus invitados, se había atentado previamente contra su propia vida... ¡Y ambos crímenes quedaban impunes, sumergidos en las aguas del secreto! Decidí por fin que el señor Mason, dócil por naturaleza, se sometía a la impetuosa voluntad del señor Rochester: las pocas palabras que se cruzaron confirmaron esta idea. Era obvio que a lo largo de sus años de relación, la tendencia a la pasividad de uno había sido influida por la activa energía del otro. Pero entonces, ¿a qué venía el sobresalto que sufrió el señor Rochester al enterarse de la llegada de Mason? ¿Por qué la mera mención de este manso individuo, a quien podía controlar solo con la palabra como si de un niño se tratara, había provocado en él, horas antes, los mismo efectos que un relámpago al caer sobre un roble?

Recordaba con claridad su mirada y la palidez que le invadió el semblante cuando murmuró: «¡Es un duro golpe, Jane! ¡Un golpe muy duro...!» No podía olvidar el temblor de su brazo al apoyarse sobre mi hombro; ningún asunto intrascendente era capaz de doblegar así el resuelto espíritu de un Fairfax Rochester.

«¿Cuándo volverá? ¿Cuándo volverá?», gritaba en mi interior, harta de aquella noche inacabable, de aquel paciente sangrante que gemía, se removía y parecía

empeorar a ojos vista. Pero nada llegaba, ni el día ni ninguna ayuda. Seguí dándole de beber, acercando el vaso de agua a sus labios, y de vez en cuando apliqué las sales; mis esfuerzos, sin embargo, fueron inútiles: algo —ya fuera una dolencia física o mental, la pérdida de sangre, o las tres cosas a la vez— iba menguando sus fuerzas. Gemía; y su aspecto era tan débil y revelaba tal nerviosismo, que temí que estuviera muriendo y apenas me atreví a hablarle.

La vela se consumió. Al mismo tiempo rachas grisáceas de luz se reflejaron en las cortinas de la ventana: amanecía. De inmediato oí el ladrido lejano de Pilot, fuera de la caseta del patio, y la esperanza revivió. No hubo decepción: en solo cinco minutos el crujido de la llave en la cerradura y el giro del pestillo significaron el relevo de mi vigilancia. No podían haber pasado más de dos horas, pero a mí me había parecido una eternidad.

Entró el señor Rochester, acompañado del cirujano que había ido a buscar.

—Carter, escúcheme con atención —dijo Rochester—: le doy media hora para desinfectar la herida, ajustar los vendajes y llevarse al paciente.

—Pero ¿está en condiciones de ser trasladado, señor?

—Sin duda: no es nada grave. Está nervioso, debemos animarle. ¡Venga, manos a la obra!

El señor Rochester corrió la gruesa cortina y subió la persiana para que entrara el máximo de luz. Sorprendida, contemplé el avanzado estado del amanecer; mi espíritu se alegró al observar los apuntes rosados que brillaban por el este. Después, se acercó a Mason, a quien el cirujano ya atendía.

—Bien, compañero, ¿cómo te sientes ahora? —preguntó.

—Me temo que ella ha acabado conmigo —respondió Mason casi sin voz.

—¡Por supuesto que no! ¡Ten valor! En quince días habrás olvidado todo esto. Has perdido un poco de sangre, eso es todo. Carter, asegúrale que no corre peligro.

—Puedo afirmarlo de forma absoluta —dijo Carter, que ya había retirado los vendajes—; desearía haber llegado antes: no habría perdido tanta sangre. Pero ¿qué es esto? No solo hay cortes en el hombro; la carne ha sido desgarrada, como si alguien le hubiera mordido.

—Ella me mordió —susurró él—. Me atacó como una tigresa cuando Rochester le arrebató el cuchillo.

—No debiste rendirte: deberías haberle plantado cara desde el principio —dijo el señor Rochester.

—¿Qué podía hacer en esas circunstancias? —replicó Mason, y añadió tembloroso—: ¡Fue terrible! E inesperado. Parecía tan tranquila al principio...

—Ya te avisé —recordó su amigo—. Te lo dije: no confíes en ella. Además, debiste haber esperado hasta mañana y yo te habría acompañado. Fue una locura intentar verla de noche y solo.

—¡Pensé que podría ayudarla!

—¡Pensaste, pensaste! Sí, oírte me impacienta. Pero ya has sufrido bastante por

no seguir mi consejo, de manera que no diré más. Carter, ¡dese prisa! El sol saldrá pronto y para entonces él debe estar fuera.

—Ya casi estamos, señor; acabo de vendar el hombro. Debo echar un vistazo a la herida del brazo; creo que ella también le ha mordido allí.

—Me chupó la sangre, dijo que así me secaría el corazón —dijo Mason.

Vi cómo el señor Rochester se estremecía: una marcada expresión de disgusto, horror y odio se extendió por su rostro hasta casi distorsionar sus rasgos, pero se limitó a decir:

—Vamos, Richard, cállate. No des importancia a sus palabras y no las repitas.

—Ojalá pudiera olvidarlas —fue la respuesta.

—Podrás cuando abandones el país. Cuando regreses a Spanish Town pensarás en ella como en alguien muerto y enterrado, o no pensarás en ella en absoluto.

—¡Es imposible olvidar lo que ha sucedido esta noche!

—No lo es; muestra un poco de energía, hombre. Hace solo dos horas te veías muerto y ahora ya eres capaz de hablar. ¡Vamos! Carter casi ha acabado; te arreglaré en un minuto. Jane —dijo, volviéndose hacia mí por primera vez desde su reaparición—, coja esta llave, baje a mi habitación y entre en el vestidor; abra el cajón superior del armario y saque una camisa limpia y un pañuelo de cuello. Tráigalos aquí sin perder tiempo.

Fui, encontré lo que me pidió y volví con ello.

—Bien —me dijo—, colóquese al otro lado de la cama mientras yo le visto, pero no se vaya. Podría necesitarla de nuevo.

Me aparté tal y como me ordenaba.

—¿Vio a alguien al bajar, Jane? —preguntó el señor Rochester.

—No, señor. Todo estaba en silencio.

—Te sacaremos de aquí sin ser vistos, Dick. Esto será lo mejor para ti y para la pobre criatura de ahí dentro. He luchado mucho para mantenerla oculta y no me gustaría fallar ahora. Carter, por favor, ayúdele a ponerse el chaleco. ¿Dónde dejaste el abrigo de piel? No eres capaz de viajar un kilómetro sin él bajo este clima tan frío, ya lo sé. ¿En tu habitación? Jane, vaya al cuarto del señor Mason, el contiguo al mío, y traiga un abrigo que verá allí.

De nuevo bajé corriendo, y de nuevo regresé, transportando un mantón enorme, forrado de piel.

—Y ahora tengo que hacerle otro encargo —dijo mi incansable señor—: debe volver a mi habitación. Es una suerte que tenga los pies de terciopelo, Jane, un mensajero más ruidoso no me serviría para nada. Abra el cajón intermedio de la cómoda; allí verá un frasco pequeño y un vaso. ¡Tráigalos, rápido!

Fui y volví a toda prisa con los objetos pedidos.

—¡Así me gusta! Doctor, me tomo la libertad de administrarle al herido una dosis de esto y asumo toda la responsabilidad. Conseguí este licor en Roma, me lo vendió un embaucador italiano, un tipo al que usted habría echado a patadas, Carter. No es

algo para ser usado de forma indiscriminada, pero resulta muy útil en ciertas ocasiones. Como esta, por ejemplo. Jane, un poco de agua.

Me acercó el vasito y lo llené de agua hasta la mitad de la botella que había en el lavabo.

—Ya es suficiente. Ahora, quite el tapón del frasco.

Eso hice: él echó doce gotas de un líquido rojizo y pasó la mezcla a Mason.

—Bebe, Richard. Te dará las fuerzas que necesitas, al menos durante un par de horas.

—¿Me hará daño? ¿Es venenoso?

—¡Bebe! ¡Bebe de una vez!

El señor Mason obedeció, porque resistirse habría sido inútil. Ya estaba vestido: seguía pálido, pero ya no había manchas de sangre en su ropa. El señor Rochester le dejó descansar durante unos tres minutos después de ingerir el líquido. Transcurrido este tiempo, le cogió del brazo.

—Estoy seguro de que será capaz de ponerse en pie —dijo—. Inténtelo.

El paciente se incorporó.

—Carter, cójale por debajo del otro hombro. Ánimo, Richard, camina. ¡Así! Ya está...

—Me siento mejor —observó el señor Mason.

—Estoy seguro de ello. Jane, precédanos por las escaleras; corra el pestillo de la puerta del pasillo y diga al conductor del coche de postas que se prepare, que ya vamos hacia allá. Le encontrará en el patio o en el exterior de la verja, ya que di órdenes al cochero de que evitara hacer ruido con las ruedas sobre la calzada. Y, Jane, si se encuentra a alguien, venga hasta la escalera y tosa.

Eran ya las cinco y media, y el sol estaba a punto de salir. Sin embargo, la cocina seguía oscura y silenciosa. La puerta lateral del pasillo estaba cerrada y la abrí haciendo el menor ruido posible; en el patio se respiraba la misma quietud, pero la verja estaba abierta de par en par; vi el coche de postas fuera, con los caballos ya dispuestos y el conductor sentado en el pescante. Me acerqué a él y le dije que los caballeros ya llegaban; él asintió con la cabeza. Después, eché un atento vistazo alrededor y presté atención. La tranquilidad de la madrugada dominaba la casa: las cortinas de las habitaciones del servicio seguían corridas, algunos pájaros gorjeaban en los árboles en flor, cuyas ramas se curvaban sobre el muro que cercaba el patio como guirnalda blancas. Los caballos piafaban de vez en cuando en los establos. Por lo demás, el silencio era total.

Los caballeros aparecieron por fin. Mason, sostenido por el señor Rochester y el cirujano, parecía andar con bastante facilidad. Le acomodaron en el asiento y Carter subió tras él.

—Cuídele —dijo el señor Rochester a este último—, y téngale en su casa hasta que se haya recuperado. Iré en un par de días a ver cómo se encuentra. Richard, ¿cómo vas?

—El aire fresco me sienta bien, Fairfax.

—Deje la ventana abierta por su lado, Carter. No hace nada de viento. Adiós, Dick.

—Fairfax...

—Dime.

—Deja que alguien se ocupe de ella, que se la trate con la mayor ternura, deja que... —se interrumpió y prorrumpió en sollozos.

—Hago lo que puedo: lo he hecho hasta ahora y seguiré haciéndolo en el futuro —respondió.

Y, dichas estas palabras, el señor Rochester cerró la puerta del coche; el vehículo se alejó.

—¡Ojalá Dios pusiera fin a todo esto! —añadió el señor Rochester mientras ajustaba la pesada verja del patio.

Después caminó con aire ausente y paso lento hacia la puerta del muro que bordeaba el huerto. Creyendo que mi presencia allí ya no era requerida, me dispuse a volver a la casa; sin embargo, oí que me llamaba. Acababa de abrir la puerta y parecía esperarme.

—Venga a tomar un poco de aire fresco —dijo—. Esta casa parece un calabozo, ¿no cree?

—A mí me parece una mansión espléndida, señor.

—El brillo de la inexperiencia la deslumbra —repuso él— y hace que la vea a través de un velo hechizado: no es capaz de discernir que el oro es en realidad barro, que las cortinas de seda no son más que telarañas, que el mármol es en verdad pizarra sórdida y las maderas nobles, simples virutas de corteza basta. En cambio, aquí —señaló el recinto arbolado en el que nos encontrábamos— todo es real, dulce y puro.

Deambulaba por un sendero bordeado de boj, con manzanos, perales y cerezos en un lado, y en el otro una profusión de flores pasadas de moda: alhelíes, minutisas, primaverales y pensamientos, que se alternaban con magnolias, escaramujos y otras hierbas aromáticas. Estaban en su momento de mayor frescor: acababan de recibir las lluvias de abril y, en una magnífica mañana primaverales, se abrían radiantes para acoger los inminentes rayos de sol que despuntaban desde el este encapotado, arrancando destellos a las gotas que el rocío había depositado sobre los árboles y en los senderos que surcaban el huerto.

—Jane, ¿quiere una flor?

Cogió un capullo de rosa, el primero del rosal, y me lo ofreció.

—Gracias, señor.

—¿Le gusta este amanecer, Jane? ¿Ese cielo poblado de nubes altas y ligeras, que se desvanecerán cuando el sol caldee el día, este ambiente plácido y sereno?

—Sí, mucho.

—Ha vivido una noche extraña, Jane.

—Sí, señor.

—Y por eso ahora está pálida. ¿Tuvo miedo cuando la dejé a solas con Mason?

—Temía que alguien saliera del cuarto del fondo.

—Pero yo había cerrado la puerta y tenía la llave en el bolsillo. Habría sido un pastor descuidado si dejara a un cordero, mi cordero preferido, tan cerca de la guarida del lobo y sin vigilancia. Estaba a salvo.

—¿Grace Poole seguirá viviendo en la casa, señor?

—¡Oh, sí! No se preocupe por ella. Bórrela de sus pensamientos.

—Creo que la vida de usted corre peligro mientras ella esté aquí.

—No tenga miedo. Sé cuidarme.

—¿El peligro que intuía ayer noche ya se ha ido, señor?

—No puedo asegurarlo hasta que Mason esté fuera de Inglaterra. Y ni aún así. Para mí, Jane, vivir es mantener el equilibrio sobre un cráter que en cualquier momento puede entrar en erupción y escupir fuego.

—Pero el señor Mason parece un hombre fácil de manejar. Usted, señor, ejerce una fuerte influencia sobre él: nunca se atrevería a desafiarle o a injuriarle voluntariamente.

—¡Oh, no! Mason jamás me retaría, ni me haría daño de forma deliberada, pero, sin quererlo, con una sola palabra, en un momento, podría privarme para siempre, sino de la vida, sí de la felicidad.

—Dígale que sea cauto, señor. Hágale partícipe de sus temores y muéstrele cómo evitar el peligro.

Soltó una risa irónica y me cogió de la mano súbitamente, soltándome enseguida.

—Si pudiera hacer eso, alma cándida, ¿dónde estaría el peligro? Lo habría aniquilado en un instante. Desde el primer momento en que conocí a Mason, solo he tenido que expresar una orden para que este la cumpliera de inmediato. Pero en este caso, no puedo exigirle nada. No puedo decirle que vaya con cuidado, que puede hacerme daño, puesto que es de vital importancia que él ignore la posibilidad de herirme. La veo confundida, y lo estará aún más. Usted es mi pequeña amiga, ¿no?

—Me gusta servirle, señor, y obedecerle en todo lo que sea correcto.

—Ya lo veo. Advierto una sincera alegría siempre que me ayuda en algo, se aprecia en su rostro cuando hace algo que me es útil o me complace, cuando trabaja junto a mí o para mí en lo que usted llama, «algo que sea correcto». Porque si le pidiera un favor que usted considerara erróneo, no habría corridizas silenciosas, ni manos prestas a colaborar, ni miradas alegres, ni semblantes satisfechos. Mi amiga se volvería hacia mí, silenciosa y pálida, para decir: «No, señor. Eso es imposible. No puedo hacerlo, no está bien». Tan impasible como una estrella fija en el cielo. Bien, también usted tiene poder sobre mí y podría injuriarme, así que no le mostraré cuál es mi punto vulnerable, por miedo a que su fe y su amistad hacia mí se esfumen de repente.

—Si lo que le asusta del señor Mason es comparable con el temor que siento de mí, señor, está usted totalmente a salvo.

—¡Que Dios lo quiera! Jane, aquí hay un lugar donde sentarse.

Ese lugar no era más que un arco de la pared, cubierto de hiedra, del que salía un asiento rústico. El señor Rochester se sentó dejando espacio para que yo también lo hiciera, pero yo seguí de pie frente a él.

—Siéntese —dijo—; hay banco suficiente para ambos. No le importa sentarse a mi lado, ¿verdad? ¿Ve algo incorrecto en ello?

Respondí tomando asiento: presentí que negarme habría sido inoportuno.

—Bien, mi joven amiga, mientras el sol se bebe el rocío, mientras todas las flores de este viejo jardín se despiertan y desperezan, los pájaros van en busca del desayuno de sus crías por las cercanías de Thornfield y las abejas se disponen a iniciar sus primeros cometidos, le expondré un caso para que lo considere con todo interés. Pero, antes que nada, míreme y dígame que se encuentra a gusto, que no hay nada malo en que yo le pida que se quede, ni en que usted acepte.

—No, señor. Estoy muy bien.

—Bien, Jane, recurra a la imaginación: suponga que ya no es usted una niña bien criada y educada, sino un muchacho rebelde, consentido desde su más tierna infancia; imagine que está en una tierra remota, donde ha cometido un error capital, no importa de qué naturaleza ni por qué razones, uno cuyas consecuencias afectarán a toda su vida y marcarán su existencia. No me refiero a un hecho criminal: no hablo de derramar la sangre de otros ni de ningún otro acto delictivo que convertiría a su ejecutor en alguien susceptible de sufrir el peso de la ley. Hablo de un error. Con el tiempo, las consecuencias de lo que ha hecho se vuelven insoportables y usted toma medidas que las alivien: medidas poco habituales, pero igualmente legales y desprovistas de culpa. Sin embargo, sigue sintiéndose desgraciado, ya que la esperanza le ha abandonado justo al principio de su vida: un eclipse oscurece el sol del mediodía, y usted presiente que no se apartará del astro hasta que este se haya puesto. El único alimento de su memoria es la amargura y la mezquindad; vaga de un lado a otro, buscando la paz en el exilio y la felicidad en el placer sensual, ese que no tiene corazón, embota el intelecto y seca los sentimientos. Imagínese que regresa a casa después de años de retiro voluntario con el corazón endurecido y el alma marchita, y entonces conoce a alguien; no importa cómo ni dónde: en esa persona encuentra todas las cualidades que ha estado buscando durante veinte años sin hallarlas jamás: frescas, saludables, sin mácula. La compañía de esa persona le hace revivir, regenerarse: siente que los buenos tiempos han regresado, y con ellos sentimientos más elevados, los deseos más puros. Ansía reiniciar su vida y pasar el tiempo que le queda de una forma digna. Si desea conseguir este fin, ¿está usted justificada a saltarse un obstáculo impuesto por la costumbre, un impedimento convencional en el que su conciencia no cree y su razón rechaza?

Hizo una pausa en espera de una respuesta. ¿Qué podía decirle? ¡Ojalá un espíritu bondadoso me sugiriera unas palabras juiciosas y satisfactorias! ¡Qué vana aspiración! El viento del oeste susurraba entre la hiedra, pero no había ningún gentil

Ariel que lo usara para comunicarse conmigo; los pájaros cantaban en las copas de los árboles, pero su canto, aunque hermoso, llegaba vacío.

De nuevo el señor Rochester insistió en su petición:

—¿Está justificado que un vagabundo pecador, un ser arrepentido que busca el sosiego, se arriesgue a desafiar a la opinión pública con el fin de unirse para siempre a esta amable, virtuosa e inteligente extraña, asegurando así su propia paz de espíritu y la regeneración de su vida?

—Señor —contesté—, el reposo de un alma errante o la exculpación de un pecador nunca deberían depender de un semejante. Los hombres y las mujeres mueren; los filósofos flaquean en sabiduría tanto como los cristianos en bondad: si alguien a quien conoce ha sufrido y errado, deje que busque la fuerza para enmendarse y el bálsamo que le cure en instancias más altas que su prójimo.

—Pero ¿y el instrumento? ¡El instrumento! Dios, que creó el mundo, elige el instrumento. Yo he sido —se lo digo sin tapujos— un vividor disipado e inquieto, pero creo que he encontrado el instrumento para mi cura en...

Se detuvo. Los pájaros siguieron gorjeando, el viento silbaba entre las hojas. Casi me extrañó que no interrumpieran sus murmullos para así escuchar la revelación que estaba a punto de pronunciarse. Pero tendrían que haber aguardado durante muchos minutos, tantos como duró el silencio. Por fin, levanté la cabeza hacia ese silencioso interlocutor que me miraba con afecto.

—Pequeña amiga —dijo en un tono de voz muy distinto al anterior, mientras su rostro también cambiaba, perdiendo toda su dulzura y suavidad para recobrar la dureza y el sarcasmo—, habrá notado los tiernos sentimientos que la señorita Ingram despierta en mí. ¿No cree que, si nos casáramos, ella me regeneraría de una vez por todas?

Se levantó instantáneamente, se fue al otro extremo del paseo y, cuando regresó, venía canturreando una melodía.

—Jane, Jane —dijo, parándose frente a mí—, todas estas noches en vela la han dejado pálida. ¿No me odia por interrumpir su descanso?

—¿Odiarle? No, señor.

—Deme la mano como prueba de sus palabras. ¡Qué dedos tan fríos! Estaban más calientes la noche pasada cuando los toqué en la puerta de la cámara misteriosa. Jane, ¿cuándo nos dedicaremos a vigilar de nuevo?

—Siempre que pueda serle útil, señor.

—¿Por ejemplo, la noche anterior a mi boda? Estoy seguro de que seré incapaz de dormir. ¿Me promete que se sentará junto a mí para hacerme compañía? Con usted puedo hablar de la mujer que quiero, porque la ha visto y la conoce.

—Sí, señor.

—Ella es una mujer singular, ¿no cree, Jane?

—Sí, señor.

—Es una mujer magnífica, Jane, realmente espléndida: alta, morena y alegre; sus

cabellos son como debieron de ser los de las cartaginesas. ¡Vaya por Dios! Dent y Lynn están en los establos. Entre en casa por detrás de los arbustos, por ahí.

Así, mientras yo iba en una dirección, él tomó la contraria. Su voz llegó hasta mí procedente del patio, diciendo en tono animado:

—Mason les ha ganado esta mañana; se fue antes del alba: me he levantado a las cuatro para decirle adiós.

¡Qué extraños son los presentimientos! Lo mismo sucede con las simpatías espontáneas y las señales de que algo va a suceder: las tres cosas forman un misterio indescifrable para la humanidad. Nunca me he reído de los presagios porque yo misma los he tenido. Y creo que existe ese entendimiento inexplicable (por ejemplo, entre parientes lejanos que, pese a no conocerse, sienten entre sí una afinidad que desafía a la razón, prueba de su origen común) cuyos efectos superan la capacidad de comprensión del ser humano. Las señales, hasta donde sabemos, podrían ser una expresión de simpatía de la naturaleza hacia el hombre.

Cuando tenía seis años, una noche oí cómo Bessie Leaven decía a Martha Abbot que había soñado con un niño pequeño y que este tipo de sueños indicaba la inminencia de un problema, ya fuera para uno mismo o para un allegado. La frase se me habría borrado de la memoria de no haber sido por una extraordinaria circunstancia que lo fijó en ella de forma indeleble. Al día siguiente Bessie tuvo que partir a toda prisa: su hermana menor agonizaba.

En los últimos días a menudo había recordado ese trágico incidente: durante la semana anterior apenas hubo una noche en la que mis sueños no forjaran la imagen de un niño, al que a veces mecía en mis brazos o sobre las rodillas, mientras que otras le veía jugando con las margaritas en el prado o con las manos sumergidas en el agua de un riachuelo. El niño lloraba una noche y se reía a la siguiente; ora se acurrucaba junto a mí, ora huía de mis brazos. Sin embargo, fuera cual fuera el humor de la aparición, fuera cual fuera su aspecto, no faltó a nuestra cita nocturna en siete noches consecutivas.

Me desazonaba la continua repetición de la misma idea, esa constante recurrencia de una imagen. El temor se extendió a las horas anteriores al sueño, ya que sabía que la visión se acercaba y con ella la aparición de este bebé fantasmal. El grito me despertó una noche de luna llena, y a media tarde del día siguiente recibí el aviso de que alguien me esperaba en la habitación de la señora Fairfax. Al entrar encontré a un hombre esperándome: daba la impresión de ser el criado de un caballero, vestía de luto riguroso y una cinta negra adornaba el sombrero que sostenía en la mano.

—Me atrevería a decir que no se acordará de mí, señorita —dijo, levantándose en cuanto entré—, pero me llamo Leaven. Fui cochero en casa de la señora Reed cuando usted aún estaba en Gateshead, hace ocho o nueve años, y ahí sigo viviendo.

—¡Robert! ¿Cómo estás? Claro que me acuerdo de ti: a veces me dejabas montar el pony de la señorita Georgiana. ¿Y cómo está Bessie? Te casaste con ella, ¿verdad?

—Sí, señorita. Mi esposa está perfectamente, gracias. Trajo al mundo a otro pequeño hace dos meses: con este ya son tres, y todos están sanos y fuertes.

—¿Y la familia de la casa, Robert?

—Lamento no poder darle buenas noticias, señorita. Están pasando una racha muy mala.

—Espero que no haya muerto nadie —comenté, fijándome en sus negros ropajes. También él observó la banda oscura del sombrero y replicó:

—El señor John murió hace ocho días en sus aposentos de Londres.

—¿El señor John?

—Sí.

—¿Y cómo lo lleva su madre?

—Verá, señorita Eyre, no ha sido una muerte común: ha llevado una vida sin control. En estos últimos tres años se entregó a costumbres peligrosas y tuvo una muerte atroz.

—Bessie me contó que las cosas no le iban muy bien.

—¿Muy bien? No podían irle peor: dilapidó salud y herencia entre hombres y mujeres de la peor calaña. Se endeudó y acabó en la cárcel; su madre le ayudó en dos ocasiones, pero tan pronto como estaba en la calle regresaba a sus compañías y hábitos habituales. No era un hombre listo: los canallas que le rodeaban le embaucaron más de lo que nadie podría creer. Se presentó en Gateshead hará unas tres semanas con la intención de que la señora le cediera todo su dinero, pero esta se negó. A la pobre ya no le quedaba mucho que dar: las excentricidades de su hijo casi la habían llevado a la ruina. Se marchó, pues, y lo siguiente que supimos de él es que había muerto. ¡Solo Dios sabe cómo murió! Dicen que fue un suicidio.

No dije nada: la marea traía nuevas terribles.

—La salud de la señora ha empeorado mucho en los últimos tiempos —prosiguió Robert Leaven—: siempre fue una mujer fuerte, pero todo esto ha sido demasiado para ella, y la falta de dinero y el miedo a la pobreza acabaron de hundirla. La noticia de la muerte del señor John, y la forma en que tuvo lugar, supusieron para ella un duro golpe y le provocaron una embolia. Estuvo tres días sin hablar, pero el martes pasado su aspecto mejoró. Daba la impresión de querer decir algo, y no paraba de murmurar y de hacerle señales a mi esposa. Pero no fue hasta ayer por la mañana cuando Bessie comprendió lo que decía: era su nombre, señorita. «Traed a Jane, a Jane Eyre. Quiero hablar con ella.» Bessie no está segura de que su cerebro rija como Dios manda, pero se lo dijo a la señorita Reed y a la señorita Georgiana, para que la avisaran. Las damas se negaron al principio, pero su madre estaba tan inquieta y repitió su nombre tantas veces que por fin consintieron. Ayer salí de Gateshead, y, si puede usted venir, señorita, me gustaría llevarla conmigo de regreso a primera hora de mañana.

—Sí, Robert. Estaré lista. Creo que debo ir.

—Yo también lo creo, señorita. Bessie dijo que estaba segura de que usted no se negaría, pero supongo que debe pedir permiso antes de ausentarse...

—Sí, y lo haré ahora mismo. —Y, tras acompañarle a la sala de los criados y dejarle en manos de John y su esposa, fui a buscar al señor Rochester.

No le encontré en ninguno de los salones de la planta baja; no estaba tampoco en los establos ni en el jardín. Pregunté a la señora Fairfax por él y, sí, creía haberlo

visto jugando al billar con la señorita Ingram. Me acerqué a la sala de billar: el choque de las bolas y el murmullo de voces me indicaron que estaban allí. El señor Rochester, la señorita Ingram y las dos señoritas Eshton parecían absortos en el juego. Hacía falta valor para interrumpir a un grupo tan enfrascado, pero mi misión no admitía retrasos. Me aproximé al señor, que estaba al lado de la señorita Ingram. Ella se volvió al verme y me miró con impaciencia. Sus ojos parecían decir: ¿qué querrá ahora esta sigilosa criatura? Cuando dije en voz baja, «señor Rochester», a punto estuvo de mandarme callar. Recuerdo su aspecto en ese momento: una mujer hermosa, impresionante. Llevaba un vestido de día de crespón azul celeste y un pañuelo de seda grisáceo atado en el pelo. Se divertía mucho con el juego, y su buen humor no se vio enturbiado por la irritación que le causó mi interrupción inesperada.

—¿Esa persona pregunta por usted? —inquirió al señor Rochester, y este se volvió para ver de qué «persona» se trataba.

Él hizo un gesto curioso —una de sus muecas extrañas y ambiguas—, soltó el taco de billar y me siguió al exterior de la sala.

—Dígame, Jane —dijo, apoyándose sobre la puerta de la sala de lecciones, que él había cerrado.

—Con su permiso, señor, me gustaría ausentarme durante un par de semanas.

—¿Para hacer qué? ¿Adónde va?

—A visitar a una dama enferma que me ha hecho llamar.

—¿Y quién es esa dama? ¿Dónde vive?

—Gateshead, en ...shire.

—¡Eso está a más de cien kilómetros! ¿Quién puede ser la persona que pretende que la visiten a una distancia tan grande?

—Se llama Reed, señor. La señora Reed.

—¿De los Reed de Gateshead? Me suena un Reed en Gateshead, un juez.

—Se trata de su viuda, señor.

—¿Y qué tiene que ver con ella? ¿De qué la conoce?

—El señor Reed era mi tío, el hermano de mi madre.

—¡Vaya por Dios! Nunca me habló de esto: siempre me dijo que no tenía parientes.

—Ninguno mío, en realidad, señor. El señor Reed murió y su esposa me echó de la casa.

—¿Por qué?

—Porque era pobre, y un estorbo para ella. Le resultaba antipática.

—Pero ¿Reed dejó hijos? Usted debe de tener primos. Sir George Lynn estuvo hablando de un tal Reed de Gateshead ayer mismo, de quien dijo que era uno de los mayores truhanes de la ciudad; y el señor Ingram mencionó a Georgiana Reed, cuya belleza fue muy admirada en Londres hace un par de temporadas.

—John Reed ha muerto, señor. Se arruinó y casi arruina a su familia; aparentemente, se suicidó. La noticia afectó tanto a su madre que sufrió una

apoplejía.

—¿Y qué bien puede usted hacerle? ¡No diga tonterías, Jane! Jamás en la vida me plantearía viajar más de cien kilómetros para ver a una vieja dama que quizás haya muerto antes de que llegue. Además, ¿no me ha dicho que la echó de su casa?

—Sí, señor, pero eso fue hace mucho y en circunstancias muy distintas. No podría quedarme tranquila si no cumpliera con sus deseos.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Lo menos posible, señor.

—Prométame que no estará fuera más de una semana...

—Es mejor que no le dé mi palabra, señor. Podría verme obligada a romper el trato.

—Pase lo que pase, ¿volverá aquí? ¿No se dejará convencer para fijar su residencia allí de forma permanente?

—¡Oh, no! Puedo asegurarle que tengo la intención de regresar cuanto antes.

—¿Y quién la acompañará? ¿No pensará viajar tan lejos sola?

—No, señor. Han enviado al cochero para que vaya conmigo.

—¿Es un hombre de fiar?

—Sí, señor. Lleva más de diez años a su servicio.

El señor Rochester meditaba.

—¿Cuándo quiere irse?

—Mañana temprano, señor.

—Bien, necesitaré dinero. No puede viajar sin él y me atrevería a decir que no dispone de mucho: aún no le he pagado ningún salario. ¿A cuánto asciende todo su capital en el mundo, Jane? —preguntó, con una sonrisa.

Saqué el monedero: bastante vacío, la verdad.

—Cinco chelines, señor.

Lo cogió y lo sacudió sobre la palma de su mano como si la escasez de contenido le complaciera. No tardó en sacar su cartera.

—Aquí tiene —dijo, y me ofreció un billete de cincuenta libras cuando su deuda conmigo no ascendía a más de quince. Le dije que no tenía cambio.

—Ya sabe que no deseo cambio. Tome su salario.

Me negué a aceptar más de lo que me correspondía. Al principio gruñó, pero después, como si se le ocurriera algo de repente, dijo:

—¡Muy bien, muy bien! Será mejor no dárselo todo ahora. Tal vez no volviera en tres meses si tuviera cincuenta libras a su disposición. Ahí van diez. ¿Será suficiente?

—Sí, señor. Pero entonces me deberá usted cinco.

—¡Vuelva a por ellas! Seré el banquero de sus cuarenta libras.

—Señor Rochester, ahora que tengo la oportunidad me gustaría mencionar otro asunto de naturaleza económica.

—¿Un asunto de naturaleza económica? Ha despertado usted mi curiosidad.

—El señor ha tenido a bien informarme de que está planeando casarse en breve.

—Sí, ¿y qué?

—En ese caso, señor, Adèle debería ser enviada a un colegio. Estoy segura de que usted estará de acuerdo conmigo.

—Para apartarla del camino de mi esposa que, de otro modo, podría pisotearla como a un insecto. Es una sugerencia sensata, no me cabe duda. Como usted dice, Adèle debe ir al colegio. Y usted, por supuesto, también se irá directamente a... ¿al infierno?

—Espero que no, señor, pero me vería obligada a buscar una nueva ocupación en otro lugar.

—Por supuesto —exclamó impostando la voz, al mismo tiempo que hacía unas muecas curiosas y muy cómicas. Dedicó unos minutos a mirarme.

—¿Y pedirá a la vieja señora Reed, o a sus hijas, que le busquen un nuevo empleo?

—No, señor. Mis relaciones con ellas no me permiten pedirles favores, pero sí puedo poner un anuncio.

—¡Podría usted escalar las pirámides de Egipto si se lo propusiera! —gritó—. ¡Usted misma, ponga un anuncio si quiere! Ojalá le hubiera dado solo un soberano en lugar de diez libras. Devuélvame nueve, Jane, las necesito.

—También yo, señor —repliqué, ocultando las manos y el monedero detrás de la espalda—. No puedo prescindir de este dinero por nada del mundo.

—¡Pequeña rata! —dijo él—. ¡Se niega a hacerme un favor puramente económico! Necesito cinco libras, Jane.

—No pienso darle ni cinco chelines, señor; ni siquiera cinco peniques.

—Solo déjeme echar un vistazo al dinero.

—No, señor. Temo que no puedo fiarme de usted.

—¡Jane!

—¿Señor?

—Prométame una sola cosa.

—Le prometeré cualquier cosa, señor, que esté dentro de mis posibilidades.

—No ponga ningún anuncio: confíe en mí para resolver esta situación. Yo me ocuparé de todo cuando sea preciso.

—No tengo el menor inconveniente en hacerle esta promesa, señor, si usted a su vez me promete que tanto Adèle como yo estaremos sanas y salvas fuera de esta casa antes de que su esposa entre en ella como tal.

—¡Muy bien! Le doy mi palabra. Entonces, ¿se va mañana?

—Sí, señor. A primera hora.

—¿Bajará al salón después de cenar?

—No, señor. Debo prepararme para el viaje.

—Por tanto, ¿tenemos que despedirnos aquí?

—Supongo que sí, señor.

—¿Y cómo representa la gente la ceremonia de la separación, Jane? Enséñeme:

no estoy acostumbrado a esto.

—Pues se dicen adiós, o cualquier otra frase hecha.

—Entonces, hable.

—Adiós, señor Rochester. Hasta pronto.

—¿Y qué debo decir yo?

—Lo mismo, señor, si le parece oportuno.

—Adiós, señorita Eyre. Hasta pronto. ¿Eso es todo?

—Sí.

—Me parece seco, doloroso y austero. Me gustaría añadir algo más a este rito. Un apretón de manos... Pero no, tampoco me convence. ¿Así que nos despedimos con un simple «adiós», Jane?

—Es suficiente, señor: una sola palabra puede contener más buenos deseos que cientos de ellas.

—Tiene razón, pero «adiós» es una expresión tan fría, tan vulgar...

«¿Cuánto tiempo más seguiré apoyado en la puerta? —me pregunté—. Quiero empezar a preparar el equipaje.» Por fortuna, el repentino sonido del timbre de la cena le hizo marcharse sin añadir nada más. No volví a verle en todo el día y partí antes de que se levantara a la mañana siguiente.

Llegaba a la portería de Gateshead a las cinco de la tarde del día uno de mayo. Pasé por allí antes de ir a la casa principal. Estaba muy limpia y ordenada: blancas cortinas colgaban de las ventanas, no había una sola mancha en el suelo, los metales habían sido bruñidos y el fuego ardía con ganas. Bessie estaba sentada frente a la lumbre, alimentando al menor de sus hijos, mientras Robert y su hermana jugaban apaciblemente en un rincón.

—¡Que Dios la bendiga! ¡Sabía que vendría! —exclamó la señora Leaven al verme.

—Claro que sí, Bessie —dije, después de besarla—. Solo espero no haber llegado demasiado tarde. ¿Cómo está la señora Reed? ¿Aún vive?

—Sí, está viva. Y se encuentra un poco mejor: su mente está más lúcida. El doctor dice que puede durar aún una o dos semanas, pero no cree que logre salir de esta.

—¿Ha vuelto a mencionarme?

—Esta misma mañana habló de usted, diciendo que deseaba que viniera, pero ahora duerme, o al menos dormía hace unos diez minutos cuando subí a verla. Suele pasarse toda la tarde sumida en una especie de letargo y no se despierta hasta las seis o las siete. ¿Desea descansar un rato aquí, señorita Eyre? Luego yo misma la acompañaré arriba.

En este momento entró Robert, y Bessie dejó al bebé en la cuna para ir a darle la bienvenida. Después insistió en que me quitara el sombrero y tomara una taza de té: según ella, mi rostro denotaba fatiga. Acepté de buen grado su ofrecimiento y dejé que me despojara de la capa y el sombrero con la misma mansedumbre con que me

dejaba desvestir por ella cuando era una niña.

Los recuerdos me asaltaron con rapidez al verla moverse por la casa, disponiendo el servicio de té en la bandeja, cortando rebanadas de pan con mantequilla, tostando las galletas y, de vez en cuando, dando algún cachete a Robert o a Jane, exactamente como solía hacer conmigo en el pasado. Bessie conservaba el genio vivo, los pies ligeros y el buen aspecto de antes.

El té ya estaba listo y fui a servirme en la mesa, pero ella me ordenó en su habitual tono exigente que me quedara sentada junto al fuego. Ella misma me trajo una pequeña bandeja redonda con la taza y un plato de galletas, exactamente igual que solía hacer en la sala de juegos, cuando robaba para mí alguna golosina de la despensa. Le respondí con la misma sonrisa y docilidad de antaño.

Quiso saber si era feliz en Thornfield Hall y cómo era la señora de la casa. Cuando le dije que era un amo, me preguntó si me gustaba. Le dije que era un hombre bastante feo, pero todo un caballero, que me trataba con gentileza, y que, por tanto, estaba contenta. Después pasé a describir la alegre compañía que habíamos tenido en las últimas semanas, detalles que Bessie escuchó con atención pues eran precisamente la clase de acontecimientos que le interesaban.

La conversación era tan amena que transcurrió una hora sin que me diera cuenta. Entonces Bessie me devolvió el sombrero y el abrigo, y juntas nos dirigimos hacia la casa. También a su lado, nueve años atrás, había bajado por el mismo sendero que ahora subía. Aquella oscura, húmeda y dura madrugada de enero abandoné un techo hostil con el corazón embargado de desesperación, llevando en mis carnes el recuerdo de la marginación y los constantes castigos sufridos, para buscar cobijo en los helados muros de Lowood, un lugar remoto y desconocido. Ante mí se alzaba ahora el mismo techo hostil: mis perspectivas eran inciertas, y el corazón aún se me encogía. Seguía sintiéndome como una vagabunda en la faz de la tierra, pero había aumentado la seguridad que tenía en mí misma y en mis capacidades, y había disminuido el temor a ser oprimida. Las heridas del pasado ya estaban casi curadas y la llama del resentimiento se había extinguido.

—Vaya primero al salón del desayuno —dijo Bessie, y salió delante de mí—; las señoritas están allí.

Un momento después me vi en esa estancia. Todo se mantenía idéntico a cómo estaba aquella mañana en que vi por primera vez al señor Brocklehurst. Incluso la alfombra seguía allí, frente al fuego. Al mirar hacia la biblioteca pensé que podría encontrar con facilidad los dos tomos de *Historia de las aves*, de Bewick: en el tercer estante, justo debajo de *Los viajes de Gulliver* y las *Noches árabes*. Pero, si bien los objetos inanimados no habían cambiado, apenas habría sido capaz de reconocer a los seres vivos que había en la sala.

Eran dos damas jóvenes: una muy alta, casi tanto como la señorita Ingram, y muy delgada, de piel macilenta y rostro severo. De su persona emanaba un aire ascético, que quedaba enfatizado por la extrema sencillez de un vestido recto de lana negra con

el cuello de lino almidonado, el cabello recogido dejando al aire las sienes y, como único adorno, un collar de bolitas de ébano del que pendía un crucifijo que bien podría haber llevado una novicia. Tenía que ser Eliza, aunque era escaso el parecido que podía trazar entre aquel semblante alargado y exangüe con el de la niña que yo había conocido años atrás.

La otra era Georgiana, por supuesto. Pero no la Georgiana que yo recordaba, aquella niña rubia y angelical de once años que parecía sacada de un cuento de hadas. Tenía delante a una mujer madura, bella, con la tez del color de la cera y los rasgos armoniosos, lánguidos ojos azules y rubios cabellos peinados en bucles. También llevaba un vestido de color negro, pero su corte era muy distinto del de su hermana: mucho más favorecedor y vaporoso, menos puritano y más elegante.

Ambas hermanas conservaban un rasgo de su madre, y solo uno: la hija mayor, delgada y pálida, había heredado sus ojos fríos como cristal; la radiante y lozana hermana menor, la línea característica de su mandíbula y barbilla, tal vez de trazo algo más suave, pero aún capaz de conferir a su semblante una dureza indescriptible, una arista que contrastaba con el resto de su persona, más bien voluptuosa y de formas redondeadas.

Las dos se levantaron al verme entrar y vinieron a saludarme; ambas se dirigieron a mí llamándome señorita Eyre. Eliza me dio la bienvenida en un tono de voz cortante, sin sonreír; luego volvió a sentarse, fijó la mirada en el fuego y dio la impresión de olvidarse de mí. Georgiana añadió al saludo inicial unas cuantas frases convencionales acerca del viaje y el tiempo, dichas en un tono muy afectado y acompañadas de miradas de soslayo que me recorrían de arriba abajo, deteniéndose un segundo en los pliegues de la chaqueta de lana para luego posarse en la sencillez de los adornos de mi sombrero. Las damiselas de buena cuna poseen una gran habilidad para hacerte saber que te consideran una pobre campesina sin tener que decirlo con palabras. Expresan sus sentimientos con una mirada desdeñosa, una cierta frialdad en las formas y un deje de indiferencia en la voz, sin verse obligadas a recurrir a ninguna muestra de rudeza, ni de palabra ni de hecho.

Sin embargo, aquel desprecio más o menos encubierto ya no me afectaba como antes. Sentada entre mis dos primas, me sorprendió lo bien que podía manejar el absoluto desdén de una y las falsas atenciones de la otra: Eliza no me mortificaba, ni Georgiana despertaba en mí la menor indignación. La verdad era que tenía otras cosas en que pensar; en los últimos tiempos otros sentimientos mucho más poderosos habían sacudido mi mente, había sufrido dolores y placeres mucho más exquisitos y agudos de los que ellas jamás podrían infligirme. Sus aires, pues, no me causaban el menor efecto, ni para bien ni para mal.

—¿Cómo está la señora Reed? —pregunté enseguida dirigiéndome a Georgiana, que creyó oportuno sentirse ofendida por una pregunta tan directa, como si me hubiera tomado una libertad que no me correspondía.

—¿La señora Reed? ¡Ah, te refieres a mamá! Está muy grave; no creo que puedas

verla esta noche.

—Te agradecería mucho que subieras a su cuarto y le dijeras que estoy aquí —le pedí.

Georgiana casi sufrió un ataque y sus ojos azules se abrieron de par en par.

—Sé que manifestó sus deseos de verme —añadí—, y no me gustaría retrasar el cumplimiento de estos más de lo estrictamente necesario.

—A mamá no le gusta que la molesten por la tarde —intervino Eliza.

Me levanté, recogí despacio el sombrero y los guantes, y sin que nadie me preguntara expuse que iría en busca de Bessie —que estaba, seguro, en la cocina— y le pediría que averiguara si la señora Reed estaba o no en condiciones de recibirme esa noche. Encontré a Bessie y le transmití mi encargo, dispuesta a hacer unas cuantas cosas mientras aguardaba la respuesta de mi tía. En el pasado, a menudo me había dejado vencer por la arrogancia ajena: si hace un año mis primas me hubieran recibido de la misma forma, habría decidido irme de Gateshead a la mañana siguiente. En cambio, ese día me di cuenta de que sería una locura: acababa de recorrer más de cien kilómetros para ver a mi tía y pensaba quedarme hasta que estuviera mejor, o muerta, lo que implicaba hacer caso omiso de las tonterías y los actos de orgullo de sus hijas. Así que me dirigí a la gobernanta y le pedí que me asignara una habitación, añadiendo que probablemente me quedaría en la casa durante una o dos semanas; luego hice que subieran el baúl a mi aposento y yo misma supervisé el traslado. En el descansillo me crucé con Bessie.

—La señora está despierta —me dijo—. Le he dicho que usted está aquí. Veremos si la reconoce.

No hacía falta que nadie me mostrara el camino que conducía hacia esa conocida habitación, a la que a menudo tuve que ir para ser regañada o castigada. Avancé delante de Bessie y abrí la puerta con suavidad: había una luz débil sobre la mesa porque ya empezaba a oscurecer. Ahí estaba la gran cama con los mismos cortinajes del color del ámbar, el tocador, el sillón y la banqueta para los pies, donde cientos de veces tuve que arrodillarme como castigo de travesuras que no creía haber cometido. Miré hacia una de las esquinas, esperando ver dibujada en la pared la línea de la vara que solía reposar allí, agazapada como un demonio, siempre dispuesta a saltarme encima para herirme en la mano y en los hombros. Me acerqué a la cama, corrí la cortina y me incliné hacia la montaña de almohadones.

Como recordaba a la perfección el rostro de la señora Reed, me afané por buscar aquella imagen familiar. Es una suerte que el tiempo extinga los deseos de venganza y sofoque los arrebatos de ira y aversión: la última vez que había visto a aquella mujer la había odiado con todas mis fuerzas; en cambio ahora lo único que sentía hacia ella era algo parecido a la compasión por lo mucho que había sufrido. Abrigaba la resuelta intención de olvidar y perdonar todas las injurias, de reconciliarme con ella y darle la mano en prueba de amistad.

La cara que tan bien conocía estaba allí: dura, despiadada como siempre, con

aquella mirada tan peculiar que nada podía suavizar y las cejas alzadas, imperiosas y exigentes. ¡Cuántas veces me habían mirado amenazadoras, con expresión de odio! ¡Qué cerca parecían todos esos recuerdos ahora que volvía a repasar con la mirada las líneas de su semblante! Y sin embargo me agaché para besarla. Ella me miró.

—¿Eres Jane Eyre? —preguntó.

—Sí, tía. ¿Cómo está, querida?

Aunque una vez juré que nunca volvería a llamarla tía, no vi ningún motivo para mantener mi palabra en un momento como este. Acerqué los dedos a su mano, que yacía sobre la sábana; nada me habría proporcionado mayor placer que el hecho de que ella la apretara con gentileza. Pero las naturalezas insensibles no se suavizan con tanta facilidad, ni las antipatías se eliminan de forma tan inmediata. La señora Reed apartó la mano y, mirando hacia otro lado, comentó que hacía calor. Sus ojos demostraban tanta frialdad que supe que no había cambiado la opinión que tenía de mí, que los sentimientos que le inspiraba eran los mismos que albergó en el pasado y que estos se mantendrían inmutables para siempre. Sus ojos, incapaces de expresar ternura o de ceder a las lágrimas, me decían que estaba decidida a considerarme mala hasta el final: creerme buena no le reportaría el menor placer, solo una emoción parecida al remordimiento.

Sentí primero dolor y después ira; pero ambas dejaron paso a la determinación de dominarla, de superar tanto su naturaleza como sus deseos. Había conseguido hacerme llorar de nuevo, pero me propuse tragar esas lágrimas. Acerqué una silla hasta la cabecera del lecho, tomé asiento y me incliné sobre la almohada.

—Usted preguntó por mí —dije—, y aquí estoy, con la intención de quedarme hasta que se recupere.

—¡Naturalmente! ¿Has visto a mis hijas?

—Sí.

—Bien, diles que debes quedarte hasta que pueda decirte algunas cosas que me rondan por la mente. Esta noche se ha hecho muy tarde y no consigo recordarlas. Pero había algo que quería explicarte. Déjame pensar...

Una mirada desvalida me mostró que la enfermedad se había apoderado de esa mente, antes vigorosa. Inquieta, se removió en la cama, arrastrando las sábanas; yo tenía el codo apoyado en ellas por lo que no se movieron. Esto la irritó.

—¡Aparta! —dijo—. No sujetes las sábanas. ¡Me molesta! ¿Eres tú, Jane Eyre?

—Sí, soy Jane Eyre.

—Esa niña me dio tantos problemas... Era una carga tan pesada: me molestaba continuamente, día a día, hora tras hora, con esos modales incomprensibles y esos súbitos ataques de furia... ¡Y esos ojos que no paraban de acecharnos! Afirmo que me habló una vez como si estuviera loca, como si fuera un demonio. Ningún niño ha tenido jamás ese aspecto. Me alegré de alejarla de la casa. ¿Qué harían con ella en Lowood? Hubo una epidemia allí y muchas alumnas murieron. Pero ella no. Sin embargo, yo dije que sí. ¡Deseaba tanto su muerte...!

—Un deseo extraño, señora Reed. ¿Por qué la odiaba tanto?

—Nunca me gustó su madre: era la única hermana de mi marido y él la adoraba. Se opuso a que la familia la desheredara cuando ella contrajo ese matrimonio inconveniente, y al enterarse de su muerte, la lloró como un bobo. Hizo traer a la criatura, desoyendo mis advertencias de buscar a alguien que la cuidara y hacernos cargo de los gastos. Odié a ese niña desde la primera vez que la vi. ¡Era un animalillo enfermizo, llorón y quejica! Se pasaba toda la noche lloriqueando en la cuna; pero no era un llanto vigoroso, como el de cualquier otro bebé, no... Eran solo gemidos y suspiros. Mi marido sentía lástima por ella, y solía encargarse de alimentarla y de vestirla como si de su propia hija se tratara, dedicándole incluso mayor atención que a los propios. Intentó que mis hijos se hicieran amigos de aquella pequeña pordiosera: ellos, pobres, no podían soportarla, y él se enfadaba cuando demostraban su disgusto con franqueza. Durante su última enfermedad no paraba de pedir que la llevaran hasta su lecho, y una hora antes de morir me hizo prometer que me ocuparía de ella. ¡Habría cargado más fácilmente con un huérfano piojoso sacado de cualquier hospicio! Pero él era un hombre débil por naturaleza. John no se parece en nada a su padre: es como mis hermanos o yo misma, todo un Gibson. ¡Oh, ojalá dejara de atormentarme con cartas pidiéndome dinero! Ya no tengo más dinero que darle: nos está arruinando. Debo despedir a la mitad del servicio y cerrar una parte de la casa, o dejar que se caiga a pedazos. No puedo permitir que esto suceda, pero ¿cómo saldremos adelante? He invertido ya dos tercios de mis rentas en pagar los intereses de las deudas. John juega a todas horas, y siempre pierde. ¡Pobrecillo! Está rodeado de alimañas, hundido en el vicio y la degeneración. Su aspecto da miedo. ¡Cuando le veo me avergüenzo de él!

Se estaba excitando mucho.

—Es mejor que me vaya ahora —dije a Bessie que estaba en el otro extremo de la habitación.

—Como quiera, señorita, pero a menudo divaga así cuando cae la noche. Por las mañanas se encuentra más tranquila.

Me levanté.

—¡Detente! —exclamó la señora Reed—. Hay algo más que quiero decir. Él me amenaza, me amenaza a todas horas con su muerte o la mía, y a veces sueño que le veo tendido con un tajo en la garganta o con el rostro amoratado. He llegado a un callejón sin salida: los problemas me abruman. ¿Qué debo hacer? ¿De dónde sacaré el dinero?

Bessie se empeñó entonces en convencerla de que tomara un sedante y lo logró, no sin dificultad. La señora Reed empezó a calmarse y se sumergió en un estado de sopor. Yo opté por irme.

Tuvieron que pasar más de diez días antes de que volviera a hablar con ella. La enferma oscilaba entre el delirio y la somnolencia, y el doctor había prohibido cualquier visita que pudiera alterarla. En ese tiempo, me las arreglé para convivir con

Eliza y Georgiana. Al principio se mostraron muy frías. Eliza pasaba la mitad del día cosiendo, leyendo o escribiendo, y apenas se dirigía para nada ni a mí ni a su hermana; Georgiana podía dedicar horas a hablar de tonterías con el canario sin hacerme ningún caso. Pero yo estaba decidida a evitar sentirme perdida por no tener nada que hacer ni a nadie que me prestara atención: había traído conmigo los útiles de dibujo y estos me sirvieron de tarea y entretenimiento.

Provista de una caja de lápices y unas cuantas hojas de papel, me sentaba lejos de ellas, cerca de la ventana, y me enfrascaba en la realización de viñetas fantásticas que representaban las escenas creadas por el caleidoscópico torbellino de la imaginación: el destello del mar visible entre dos rocas; la luna creciente sobre un barco; un conjunto de juncos y nenúfares entre los que se asomaba la cabeza de una ninfa, coronada con una diadema de flores de loto; un duende sentado en el nido de un gorrión, a la sombra de unos espinos en flor.

Una mañana me puse a dibujar un rostro: no me preocupaba de quién sería, ni sabía qué tipo de cara iba a plasmar en el papel. Cogí un lápiz blando y negro, le saqué punta y me puse manos a la obra. Poco después, ya había trazado una frente amplia y prominente y el contorno de un semblante cuadrado. El resultado me gustaba y procedí a dibujar los rasgos. Dos cejas muy pronunciadas surcaron la frente, a las que siguió, naturalmente, una nariz bien definida, recta y acabada en amplios agujeros. Después, dibujé una boca de trazo flexible, en absoluto estrecha; luego una barbilla firme, con un hoyuelo justo en el centro; faltaban, por supuesto, las patillas negras y el cabello, ondulado en las sienes y con unos cuantos mechones rebeldes esparcidos sobre la frente. Era el turno de los ojos: los había dejado para el final porque requerían mucha atención. Los dibujé bien grandes y les di forma: tracé las pestañas, largas y oscuras, y las pupilas, brillantes y anchas. «Está bien, pero no acaba de gustarme —pensé al contemplar el resultado—. Le falta fuerza, espíritu.» Y realcé las sombras, para que el brillo de los ojos aumentara. Un par de toques afortunados aseguraron el efecto. Tenía ante mí la cara de un amigo. ¿Y qué me importaba que aquellas dos damiselas me miraran por encima del hombro? Observé el dibujo y sonreí ante el evidente parecido: estaba alegre, totalmente absorta en la tarea.

—¿Se trata de alguien a quien conoces? —preguntó Eliza, que se había acercado hasta mí sin que me diera cuenta.

Respondí que se trataba de una cara inventada y me apresuré a esconderla debajo de los otros papeles. Mentía, naturalmente: de hecho, era un esbozo muy bien conseguido del rostro del señor Rochester. Pero ¿qué podía significar eso para ella o para cualquier otra persona, excepto para mí misma? También Georgiana se acercó a curiosear. Alabó el resto de dibujos, pero de este dijo que no era más que «un hombre feo». Ambas parecieron sorprendidas por mi habilidad. Me ofrecí a hacerles un retrato y las dos posaron para mí por turnos. Luego Georgiana me mostró su álbum, y prometí contribuir a él con una acuarela, ofrecimiento que tuvo la virtud de ponerla

de buen humor. Me invitó a dar un paseo por los campos, y en menos de dos horas ya estábamos enfrascadas en una conversación íntima: ella me contó el magnífico invierno que había pasado en Londres dos años antes, la admiración que había despertado allí y las múltiples atenciones recibidas; incluso llegó a darme algunos detalles del noble a quien había conquistado. A lo largo de la tarde estos detalles fueron ampliándose: me repitió sus palabras de amor y representó para mí las escenas más emotivas. En resumen, esa tarde obtuve una útil entrega del libro de la vida social. La comunicación entre nosotras se mantuvo en los días siguientes: por supuesto, siempre giraba en torno a ella, sus amores y sus deseos. Por extraño que parezca, jamás aludió a la muerte de su hermano, a la enfermedad de su madre ni a las nefastas perspectivas económicas de la familia. Su mente parecía haber quedado anclada en los recuerdos de un pasado feliz y en las aspiraciones que seguían a aquel desengaño. No pasaba más de cinco minutos al día en la habitación de su madre.

Eliza continuaba hundida en su mutismo: era obvio que no disponía de tiempo para hablar. Nunca vi a una persona con más actividad que ella, aunque era difícil decidir qué es lo que hacía o descubrir ningún resultado de sus constantes idas y venidas. Su despertador sonaba muy temprano. Ignoro a qué se dedicaba antes del desayuno, pero después solía dividir el día en tres partes más o menos iguales, en las que realizaba una u otra tarea. Leía un libro —luego descubrí que era un libro de oraciones de la iglesia anglicana— tres veces al día. En una ocasión le pregunté cuál era el atractivo de esa obra y ella me contestó: «la Rúbrica». Se pasaba tres horas bordando con hilo de oro el dobladillo de una tela cuadrada de color púrpura, del tamaño de una alfombra. A mis preguntas sobre la finalidad de este artículo, respondió que era un mantel para el altar de la nueva iglesia de Gateshead. Invertía dos horas en su diario, dos a trabajar en provecho propio en el huerto y una a poner al día las cuentas. No parecía ansiar compañía ni conversación. Creo que a su manera era feliz: esta vida la satisfacía y no había nada en el mundo que pudiera variar la precisión mecánica que regía su rutina cotidiana.

Una tarde en que estaba de talante más comunicativo de lo habitual me explicó que la conducta de John y la amenaza de ruina en la familia habían supuesto para ella un hondo motivo de preocupación; pero ahora, me dijo, ya había logrado tranquilizarse y tomar una decisión. Se había asegurado de poner a salvo su fortuna personal, así que cuando su madre muriera —ya que, señaló con absoluta calma, era improbable que se recuperara o viviera durante mucho más tiempo— llevaría a cabo un proyecto largo tiempo acariciado: retirarse a un lugar donde la existencia de unas costumbres estrictas la mantuvieran alejada del bullicio externo y donde pudiera vivir al margen de la frivolidad que imperaba en el mundo. Pregunté si Georgiana iría con ella.

Por supuesto que no. Georgiana y ella no tenían casi nada en común, nunca lo habían tenido. Eliza no pensaba soportar el peso de su compañía más de lo necesario: Georgiana debía emprender su propio camino, y ella, Eliza, haría lo propio.

Cuando Georgiana no se dedicaba a abrimme su corazón, solía pasar el rato tumbada en el sofá, quejándose del aburrimiento que se respiraba en aquella casa y expresando su deseo, una y otra vez, de que su tía Gibson la invitara a la ciudad.

—Sería mejor —decía— que abandonara la casa durante un par de meses, hasta que todo haya acabado.

No le pregunté a qué se refería cuando hablaba de que «todo hubiera acabado», pero supongo que era una alusión al anunciado fallecimiento de su madre y a la sombría secuela de ritos funerarios. Eliza no solía prestar demasiada atención a las quejas indolentes de su hermana, como si la persona que no cesaba de murmurar y refunfuñar ante sus ojos no fuera un ser real. Sin embargo, una tarde, mientras guardaba el libro de cuentas y sacaba su labor, se dirigió a ella de repente:

—Georgiana, no creo que haya sobre la faz de la tierra una criatura más vanidosa y absurda que tú. No tenías derecho a nacer, porque no aprovechas para nada la vida. En lugar de vivir para ti misma, por ti misma y en tu interior, como haría cualquier ser humano razonable, lo único que haces es apoyar tus debilidades en la fuerza de otros. Y, si no logras encontrar a nadie que quiera cargar con un peso grueso, débil, hinchado e inútil, te lamentas a voces de que la vida es injusta y de que nadie se preocupa por ti. Para ti la existencia debe ser un escenario en continuo cambio, rebosante de emociones; si no, se convierte en una mazmorra. Necesitas que alguien te admire, que alguien te halague, que alguien te corteje entre bailes, música y amigos, y cuando no es así languideces hasta agonizar. ¿No tienes suficiente sentido común para idear unos hábitos que te conviertan en un ser independiente de todo esfuerzo y deseo que no sea el tuyo propio? Coge el día, repártelo en horas; asigna una tarea a cada una de ellas. No dejes que los minutos sobrantes se diluyan: emplea todo tu tiempo y realiza cada cometido metódicamente, con rígida regularidad. El día habrá pasado antes de que te des cuenta de ello sin que te halles en deuda con nadie: tú sola lo habrás llenado. No necesitarás buscar compañía, conversación, consuelo o indulgencia. Habrás vivido, en definitiva, como debe hacerlo un ente independiente. Aplica este consejo, el primero y el último que voy a darte, y no me necesitarás ni a mí ni a nadie suceda lo que suceda; recházalo (sigue como siempre, quejumbrosa y holgazana), y sufrirás los resultados de tu estupidez por insoportables o terribles que sean. Seré muy clara contigo, y escúchame bien porque juro que no repetiré estas palabras una segunda vez: a partir de que mamá muera, me lavo las manos de ti. Desde el mismo día en que su ataúd entre en la iglesia de Gateshead tú y yo estaremos tan separadas como si nunca nos hubiéramos conocido. No creas que por haber nacido de los mismos padres estoy dispuesta a soportar tus constantes estupideces. Y te diré algo más: si toda la raza humana se extinguiera y solo quedáramos nosotras dos sobre la tierra, te dejaría en el viejo mundo y partiría sin dudarle hacia el nuevo.

Cerró los labios.

—Podrías haberte ahorrado el esfuerzo de pronunciar todo este discurso —

contestó Georgiana—. Todos sabemos que eres la criatura más egoísta y despiadada del mundo. Y soy perfectamente consciente de lo mucho que me odias: ya tuve pruebas de ello en el pasado, cuando me la jugaste en el asunto con lord Edwin Vere. No podías soportar que llegara más lejos que tú, que fuera recibida en círculos donde ni siquiera te atreverías a asomarte, y por eso te convertiste en una espía, una chivata, y arruinaste mi futuro para siempre.

Dicho esto, Georgiana sacó el pañuelo y estuvo una hora sonándose la nariz; Eliza, por su parte, prosiguió con su costura, fría, impasible y diligente.

Cierto es que pocos valoran la sinceridad y la generosidad de sentimientos, pero la carencia absoluta de ambas virtudes generaba allí dos naturalezas opuestas: una, ácida hasta ser intragable, y la otra insípida hasta la extenuación. La emoción sin juicio es como una bebida aguada, pero el juicio sin los matices que le aporta la emoción se convierte en un trago amargo e indigesto.

Fue una tarde húmeda y ventosa: Georgiana acabó dormida en el sofá con un libro en el regazo. Eliza se marchó a oír misa en la nueva iglesia, ya que en el tema religioso se mostraba rígidamente escrupulosa: no había tormenta capaz de disuadirla de cumplir con sus deberes eclesiásticos. Lloviera o hiciera sol, asistía a los servicios tres veces cada domingo y todos los días que hubiera oración.

Me propuse subir a ver a la mujer que agonizaba en el piso de arriba, que yacía casi abandonada la mayor parte del tiempo. Los criados no se preocupaban mucho por ella y nadie controlaba a la enfermera que habían contratado para cuidarla, por lo que esta se escabullía de la habitación siempre que podía. Bessie seguía siéndole fiel, pero tenía su propia familia que atender y era poco el tiempo libre que le quedaba para acercarse a la casa. Como era de esperar, encontré la habitación desatendida: la enfermera estaba ausente y la paciente yacía quieta, aparentemente dormida, con el rostro lívido hundido en la almohada. El fuego languidecía en la chimenea. Lo avivé, arreglé las mantas y la contemplé durante un rato, ahora que ella no podía verme. Luego, me fui hacia la ventana.

La lluvia golpeaba con fuerza los cristales y el viento soplaba tempestuoso. «Aquí hay alguien que pronto estará a salvo de la furia de la naturaleza —pensé—. ¿Adónde irá este espíritu, que ahora se debate para abandonar su encarnación material, cuando se libere al fin de su prisión?»

Al reflexionar sobre este gran misterio, vino a mi mente Helen Burns. Recordé sus últimas palabras, su fe y su doctrina sobre la igualdad de las almas. Aún me hallaba entregada a revivir su voz —mientras dibujaba en la memoria el semblante pálido y espiritual, fatigado y sublime, como lo vi en su plácido lecho de muerte, y deseaba en un murmullo que se hubiera reunido con el Padre celestial—, cuando una voz débil procedente de la cama susurró:

—¿Quién hay ahí?

Sabía que la señora Reed llevaba días sin pronunciar palabra. ¿Era señal de que se sentía mejor? Corrí a su lado.

—Soy yo, tía.

—¿Quién es yo? ¿Quién eres? —dijo, mirándome con sorpresa y una cierta alarma, pero sin ira—. No te conozco. ¿Dónde está Bessie?

—En la portería, tía.

—¡Tía! —repitió—. ¿Quién me llama tía? Tú no eres de la familia Gibson, y sin embargo tu rostro me es familiar: esa cara, los ojos y la frente me resultan conocidos. Me recuerdas a... ¡Dios, me recuerdas a Jane Eyre!

No dije nada; temía alterarla si le confirmaba mi identidad.

—Temo —prosiguió— que esto no sea más que un error, un espejismo de los sentimientos. Quería ver a Jane Eyre e imagino un parecido que no existe en realidad. Además, su aspecto debe haber cambiado mucho en ocho años.

Supuse entonces que yo era la persona que ella deseaba ver en ese instante y, advirtiéndome que me comprendía y que su mente parecía lúcida, le expliqué que Bessie había enviado a su marido a buscarme.

—Estoy muy enferma, lo sé —dijo después—. Hace un minuto intenté darme la vuelta y no fui capaz de mover un solo miembro. Por eso quiero descargar mi alma antes de morir: aquello a lo que apenas concedemos un minuto cuando estamos sanos nos oprime en un momento como este. ¿Está la enfermera en la habitación? ¿O solo estamos tú y yo?

Le aseguré que estábamos solas.

—Bien, lamento haberme portado mal contigo en dos ocasiones. Una fue al romper la promesa que hice a mi marido de criarte como si fueras mi propia hija; la otra... —Se detuvo y murmuró para sí—: Después de todo, ya no tiene ninguna importancia, y luego tal vez me reponga y me arrepienta de haberme humillado ante ella.

Hizo un esfuerzo por cambiar de postura pero no pudo: su semblante cambió, parecía estar experimentando una sensación interna, el aviso, quizás, del último suspiro.

—Debo hacerlo. La eternidad se abre a mis pies. Es mejor que se lo diga. Ve al tocador, ábrelo y coge una carta que encontrarás allí.

Obedecí sus indicaciones.

—Lee la carta —dijo.

Era corta, y decía así:

Apreciada señora:

¿Será usted tan amable de hacerme llegar la dirección de mi sobrina, Jane Eyre, e informarme de cómo se encuentra? Tengo la intención de invitarla a reunirse conmigo en Madeira. La Providencia ha bendecido mis esfuerzos con la prosperidad y, al ser un hombre soltero y sin descendencia, desearía adoptarla y dejarle en herencia los bienes que posea en el momento de mi muerte.

Siempre suyo,

John Eyre, Madeira

La fecha indicaba que había sido escrita tres años atrás.

—¿Por qué nunca tuve noticias de esto? —pregunté.

—Porque te odiaba con tal intensidad que fui incapaz de mover un solo dedo para beneficiarte. No podía olvidar cómo te habías portado conmigo, Jane, la furia con que te dirigiste hacia mí una vez, el tono con el que afirmaste que me aborrecías como a nadie en el mundo; aquella mirada y aquella voz impropias de una niña, gritando que el mero hecho de pensar en mí te ponía enferma y reivindicando que te había tratado con la más miserable crueldad. No podía olvidar las sensaciones que me invadieron cuando soltaste todo el veneno que acumulabas en el corazón: me asusté, como si un animal al que hubiera golpeado se hubiera vuelto hacia mí con los ojos de un ser humano y me hablara con la voz de un hombre. ¡Trae un poco de agua! ¡Date prisa!

—Querida señora Reed —le dije mientras le ofrecía la bebida—, no piense más en eso, olvídalo. Perdone aquel lenguaje tan apasionado: no era más que una niña. Ya han pasado ocho o nueve años desde entonces.

No hizo ningún caso de lo que le decía, pero, tras beberse el agua y tomar aliento, siguió hablando:

—Te he dicho que no podía olvidarlo. Y me vengué: la idea de que tu tío te adoptara y te instalara cómodamente en su casa era algo que no podía soportar. Le escribí una carta. En ella decía que lamentaba transmitirle malas noticias, pero que Jane Eyre estaba muerta: había fallecido en Lowood, víctima del tifus. Ahora puedes hacer lo que te plazca: escríbele y niega lo que yo le dije, saca a la luz mis mentiras tan pronto como quieras. Creo que naciste solo para atormentarme: hasta mi última hora está teñida de amargura por el recuerdo de un acto que jamás habría tenido la tentación de cometer de no haber sido por ti.

—Si pudiera convencerse de dejar de darle vueltas, tía, y tratar de quererme y perdonarme...

—Eres mala por naturaleza —dijo—, alguien a quien he sido incapaz de comprender. Cómo pudiste aguantar durante nueve años todo lo que te hice con paciencia y resignación, para en el décimo estallar en un arrebató de ira y violencia, es algo que escapa a mi entendimiento.

—No soy tan mala como piensa: apasionada, sí, pero no vengativa. Hubo muchas veces en que me habría gustado amarla si usted lo hubiera permitido. Deseo reconciliarme con usted, tía. Béseme.

Acerqué la mejilla a sus labios, pero ella ni los rozó. Se quejó de que la agobiaba, de que le impedía respirar, y volvió a pedir agua. Mientras la ayudaba a tumbarse de nuevo —porque la había incorporado y le había dado de beber en mis brazos— cubrí su mano helada con la mía: sus débiles dedos rehuyeron el contacto y la mirada vidriosa se apartó de mis ojos.

—Ámeme u ódieme, como desee —dije por fin—. Tiene usted mi absoluto y libre perdón. Pida ahora el de Dios y descanse en paz.

¡Pobre mujer! Era ya demasiado tarde para cambiar de opinión. Si en vida me había odiado siempre, ahora, a las puertas de la muerte, debía seguir odiándome.

En ese momento entró la enfermera, seguida de Bessie. Permanecí allí media hora más esperando descubrir en ella alguna señal de arrepentimiento, pero fue en vano. Volvió a sumergirse enseguida en el letargo y su mente ya no se recuperó: murió a las doce de esa misma noche. Yo no estaba presente para cerrarle los ojos, ni tampoco sus hijas. A la mañana siguiente nos dijeron que todo había acabado. A esa hora ya estaba amortajada. Eliza y yo entramos a verla; Georgiana, sacudida por ruidosos sollozos, dijo que no se atrevía a acompañarnos. Ahí estaba, rígido e inmóvil, el cuerpo antes robusto y activo de Sarah Reed: tanto los ojos de piedra bajo los párpados fríos como las facciones de su rígido semblante aún conservaban vestigios de su alma implacable. Para mí su cadáver era un objeto solemne y extraño. Lo miré con aprensión y dolor: no inspiraba pena, ni dulzura, ni compasión. Solo sentí angustia por el sufrimiento que ella había soportado, no por la pérdida que su fallecimiento significaba para mí, y una tremenda y fría consternación ante una muerte como aquella.

Eliza observó a su madre con calma. Después de unos minutos de silencio, comentó:

—Con su constitución podría haber vivido mucho más: los disgustos acortaron su vida.

Y un espasmo contrajo su rostro durante un instante. No tardó en darse la vuelta para abandonar la habitación y yo la seguí. Ninguna de las dos había derramado una lágrima.

El señor Rochester me había concedido un permiso de una semana, pero hubo de transcurrir casi un mes antes de que pudiera abandonar Gateshead. Mi intención era partir inmediatamente después del funeral, pero Georgiana me pidió que me quedara hasta que ella emprendiera el viaje a Londres, donde había sido por fin invitada por su tío, el señor Gibson, quien había venido a ocuparse de las exequias de su hermana y a arreglar los asuntos de la familia. Georgiana me dijo que tenía miedo de permanecer a solas con Eliza, de la que no obtenía consuelo para sus desgracias, ánimo para sus momentos de angustia, ni ayuda en sus inminentes preparativos. Así que hice acopio de paciencia: toleré sus absurdas inquietudes y sus banales quejas tan bien como pude, y me dediqué a coser y embalar sus vestidos mientras ella permanecía ociosa. «Si tú y yo estuviéramos destinadas a vivir juntas, prima —pensaba yo—, las cosas empezarían a cambiar desde este momento. No iba a aceptar sin más el papel de criada: te asignaría los cometidos que te corresponden y te obligaría a cumplirlos, o de lo contrario quedarían sin hacer. Insistiría, también, en que te guardaras para ti la mayor parte de esas quejas tontas e imaginarias. Consiento en asumir una actitud tan amable contigo debido únicamente a que nuestra relación tiene una duración determinada y a que se produce en un momento especialmente delicado.»

Por fin partió Georgiana, pero entonces fue Eliza quien me pidió que me quedara una semana más. Según me explicó, sus planes requerían todo el tiempo y atención que pudiera dedicarles. Estaba a punto de partir hacia un lugar lejano y se pasaba el día encerrada en su cuarto, con la llave echada, llenando baúles, vaciando cajones, quemando documentos y absteniéndose de hablar con nadie. Deseaba que me ocupara de la casa, atendiera a las visitas y respondiera a las cartas de pésame.

Una mañana me liberó de mis tareas.

—Y —añadió— te agradezco mucho tu ayuda y discreción. Hay una gran diferencia entre convivir contigo y con alguien como Georgiana: te ocupas de lo que te corresponde y no molestas a nadie. Mañana me iré al continente —prosiguió—. Me estableceré en un lugar de oración cerca de Lisle, en un convento como lo llama la gente. Allí estaré tranquila y podré dedicarme al estudio de los dogmas de la iglesia católica romana. Si decido, como preveo ahora, que se trata de un sistema que asegura el orden y la decencia, abrazaré la doctrina de Roma y, probablemente, tomaré los hábitos.

No expresé sorpresa por su decisión ni intenté disuadirla en modo alguno. «La vocación te va como anillo al dedo —pensé—. ¡Que te aproveche!»

Cuando nos separamos, me dijo:

—Adiós, prima Jane. Te deseo lo mejor. Sensatez no te falta.

—Tampoco a ti, prima Eliza —respondí entonces—, pero toda la que tengas estará dentro de un año encerrada en los muros de un convento francés. De todos

modos, no es asunto mío; si a ti te parece bien, allá tú.

—Tienes razón —me dijo.

Y con estas palabras emprendimos dos caminos distintos. Puesto que no tendré ocasión de referirme a ella o a su hermana en las páginas restantes, aprovecho para decir que Georgiana contrajo un ventajoso matrimonio con un caballero rico y viejo, mientras que Eliza tomó los hábitos y llegó a ser la superiora del convento donde hizo el noviciado y al que legó su fortuna.

Nunca antes había experimentado la sensación que embarga a alguien cuando regresa a casa después de un periodo de ausencia, sea largo o corto. De niña, había conocido lo que era volver a Gateshead después de un prolongado paseo para tener que enfrentarme a una reprimenda por mi aspecto malhumorado y taciturno, y más tarde supe lo que era volver a Lowood desde la iglesia ansiando en vano recibir una buena comida y algo de calor. No puedo calificar como agradables ninguno de estos retornos: el destino al que me dirigía no ejercía sobre mí el menor magnetismo. Por lo tanto desconocía aquel nerviosismo que te invade al llegar al último tramo de un viaje. Claro que aún no había regresado nunca a Thornfield.

El viaje me pareció tedioso: ochenta kilómetros un día, una noche en la posada, y otros ochenta kilómetros al día siguiente. Durante las primeras doce horas, reflexioné sobre la muerte de la señora Reed: recordé su rostro desfigurado y exangüe, y oí su voz, extrañamente alterada. Reviví el día de su entierro, el ataúd, el coche fúnebre, la negra comitiva de sirvientes y arrendatarios —el número de parientes era escaso—, la entrada en la capilla, la iglesia silenciosa y el solemne servicio. Después, mis pensamientos se posaron en Eliza y Georgiana: imaginé a una en el centro de un salón de baile y a la otra en el interior de una austera celda, y dediqué un buen rato a analizar las peculiaridades de sus personalidades. La tarde de mi llegada a la gran ciudad de... estos pensamientos comenzaron a esfumarse; la noche los apartó del todo y mi mente abandonó los recuerdos para centrarse en las expectativas.

Volvía a Thornfield, pero ¿por cuánto tiempo? No mucho, estaba segura de ello. En mi ausencia había recibido noticias de parte de la señora Fairfax: el grupo se había dispersado. El señor Rochester se había marchado a Londres tres semanas atrás, pero se esperaba su retorno en quince días. La señora Fairfax suponía que el viaje se debía a los preparativos del matrimonio, ya que antes de su partida había mencionado que se disponía a comprar un carruaje nuevo. Aunque la señora Fairfax no acababa de creerse al principio la noticia de la boda con la señorita Ingram, los comentarios de todo el mundo y sus propias observaciones ya no le permitían poner en duda la inminencia del acontecimiento. «Sería usted una mujer muy incrédula si aún abrigara alguna duda —pensé—. No es mi caso.»

Y la siguiente cuestión surgía de inmediato: «¿Qué será de mí?». Pasé toda la noche soñando con la señorita Ingram: de madrugada la vi entrar en Thornfield con absoluta claridad, señalándome un camino que partía en dirección opuesta, mientras el señor Rochester, de brazos cruzados, observaba la escena con una irónica sonrisa

en los labios.

No había informado a la señora Fairfax del día exacto de mi regreso, ya que no quería que ningún coche me esperara en Millcote. Me dispuse a recorrer el camino sola, dando un paseo. Y así, en silencio, me deslicé por la puerta de la posada de George a las seis de una tarde de junio y tomé el viejo camino que conducía hasta Thornfield, un sendero que cruzaba los campos poco frecuentado ya esos días.

Aunque no puede decirse que hiciera una tarde espléndida, el tiempo era plácido y agradable: me complacía la imagen de los campesinos acumulando pilas de heno; el color del cielo, no exento de nubes, auguraba una futura bonanza. Su azul, en los retazos que resultaban visibles, era dulce y nítido, y los cúmulos que lo empañaban eran ligeros, débiles. También el oeste irradiaba calor, alejando la amenaza de la lluvia. Era como si un fuego, un altar encendido tras la vaporosa pantalla blanca, aprovechara las grietas de la niebla para lanzar sus rayos de un rojo dorado.

La alegría me invadía a medida que avanzaba en el camino. Me sentía tan contenta que me detuve para preguntarme a qué se debía tanta satisfacción, y para recordarme que el lugar al que me dirigía no era mi hogar, ni siquiera un alojamiento permanente o un lugar donde ningún amigo esperara con ansia mi llegada. «La señora Fairfax me recibirá con una sonrisa —me dije— y la pequeña Adèle aplaudirá y saltará sobre ti, pero tú sabes que no es en ellas en quienes piensas, y también que ese en quien piensas no piensa para nada en ti.»

¿Hay algo más tenaz que la juventud? ¿Más ciego que la inexperiencia? Ambas afirmaban que el mero placer de volver a ver al señor Rochester era ya todo un privilegio, sin importarles si él me prestaba atención. Y añadían: ¡Corre! ¡Corre! Sigue a su lado mientras puedas, ya que en unos días, unas semanas a lo sumo, te separarás de él para siempre. Entonces sofoqué el nacimiento de una nueva agonía, un doloroso sentimiento con el que no me veía capaz de convivir, y seguí adelante.

También recogen el heno en los prados de Thornfield. Mejor dicho, a estas horas los jornaleros ya dejan los campos y vuelven a casa con los cestos sobre los hombros. Solo me quedan un par de prados por cruzar para llegar a la verja. ¡Cómo han florecido los rosales! Pero ahora no hay tiempo para rosas. Quiero llegar a casa. Paso junto a un gran zarzal que ha invadido el sendero con sus ramas en flor. Ya veo la escalera estrecha con peldaños de piedra y a... Sí, es el señor Rochester, sentado, con un libro y un lápiz en la mano. Está escribiendo.

Bueno, no se trata de un fantasma, y sin embargo durante unos momentos todos los nervios se paralizan y soy incapaz de dominar la emoción. ¿Qué voy a hacer? No pensaba que me asaltaría este temblor al verle, que perdería la voz al tenerlo delante. Volveré cuando me haya calmado: no hay necesidad de comportarme como una tonta en su presencia. Existe otro camino que conduce a la casa. Podría conocer veinte caminos en lugar de uno: ahora ya no hay remedio. Acaba de verme.

—¡Hola! —grita, soltando el libro y el lápiz—. ¡Ya ha llegado! Acérquese, por favor.

Supongo que debo ir, aunque ignoro qué impresión voy a causarle: apenas soy consciente de lo que hago y mi única preocupación es controlar las emociones que pugnan por asomarse a mi rostro. Lucho, pues, contra mis rasgos, que parecen dispuestos a revelar lo que tanto deseo esconder. ¡Que se corra el velo! Debo hacer todo lo posible para comportarme con decoro.

—¿Es usted, Jane Eyre? ¿Viene a pie desde Millcote? Sí, claro: uno de sus trucos. No pedir un carruaje y llegar montada en él como hace todo el mundo, sino volver a casa sola, aliándose con la luz del crepúsculo, para aparecer como un sueño o una sombra. ¿Qué diablos ha hecho durante todo un mes?

—He estado con mi tía, señor, hasta su muerte.

—¡La típica respuesta de Jane! ¡Que los ángeles me protejan! Viene del más allá, del mundo de los muertos, y me lo anuncia al atardecer. Si me atreviera a tocarla, lo haría para comprobar si es usted de carne y hueso o un espíritu. ¡Pero antes me atrevería a capturar a un duende azul del lago! ¡Ha estado holgazaneando! —añadió, tras una pequeña pausa—. ¡No ha venido a trabajar en todo un mes! Ni siquiera se ha acordado de mí, estoy seguro.

Yo sabía que volver a ver al señor me causaría placer, pese al temor de que pronto iba a dejar de ser el amo y la plena conciencia de que yo no significaba nada para él; sin embargo, había siempre en el señor Rochester (o al menos eso pensaba yo) una capacidad tan apabullante de transmitir alegría que probar las migajas que ofrecía a los pajarillos perdidos como yo suponía ya la degustación de un manjar exquisito. Sus últimas palabras actuaron como un bálsamo para mi angustia: parecían indicar que el hecho de haberle recordado o no tenía alguna importancia para él. ¡Y había hablado de Thornfield como de mi casa! ¡Cómo desearía yo que lo fuera!

No se apartó de la escalera y yo apenas me atrevía a hablar. Le pregunté por su viaje a Londres.

—Fui y volví, sí. Supongo que lo ha leído en mi mente.

—La señora Fairfax lo comentó en una de sus cartas.

—¿Y también la informó del motivo de mi viaje?

—¡Oh, sí, señor! Todo el mundo está al corriente de ello.

—Debe usted ver el coche, Jane, y decirme si no cree que será el más adecuado para la señora Rochester: su aspecto al sentarse en él con la espalda apoyada en los cojines de color púrpura será tan majestuoso como el de la reina Boadicea. Ojalá yo fuera algo más agraciado para no desentonar a su lado. Dime, ahora, hada del bosque, ¿no puedes darme un filtro, o algo parecido, que me convierta en un hombre bello?

—Eso estaría más allá del poder de la magia, señor. —Y, tras pensármelo mejor, añadí—: Lo único que necesita es que le miren con ojos de enamorada: para ellos usted es lo bastante bello; o, cuanto menos, la dureza de su rostro posee más atractivo que la mera belleza.

En otras ocasiones el señor Rochester me había sorprendido adivinándome el pensamiento con una agudeza que me resultaba incomprensible. Ese día, en cambio,

pareció no advertir la brusquedad de mi respuesta y me brindó aquella sonrisa propia de él que solo esbozaba en raras ocasiones. Daba la impresión de que temía malgastarla en momentos vulgares, pero ahora me regalaba con esa luz que acariciaba el alma.

—Pase, Jane —dijo, apartándose para que pudiera cruzar la escalera—, suba a casa y descanse sus fatigados piecitos de vagabunda bajo el techo de un amigo.

Lo único que podía hacer era obedecerle en silencio: no había ninguna necesidad de prolongar la charla. Subí la escalera sin decir una palabra, dispuesta a dejarle atrás tranquilamente. Un impulso me dominó y una fuerza desconocida me hizo dar la vuelta. Dije, o más bien alguien lo dijo por mí desde mi interior sin que pudiera evitarlo:

—Gracias, señor Rochester, por su amabilidad. Estoy extrañamente contenta de volver a su casa, porque cualquier lugar donde usted esté es mi casa, la única que tengo.

Caminé tan deprisa que no habría podido alcanzarme aunque lo hubiera intentado. La pequeña Adèle casi se muere de la alegría de verme. La señora Fairfax me recibió con su habitual amabilidad. Leah sonrió, e incluso Sophie me dirigió un amistoso *bon soir*. Me sentí bien: no hay mayor felicidad que ser amado por quienes te rodean y notar que tu presencia contribuye a su alegría.

Esa tarde decidí cerrar los ojos al futuro; hice oídos sordos a la voz que me anunciaba el dolor que comportaría la próxima separación. Después del té, la señora Fairfax se puso a coser y yo me senté a su lado; Adèle, arrodillada sobre la alfombra, se acurrucó en mis brazos, y una corriente de mutuo afecto pareció envolvernos en un aura de dorada paz. Entonces, recé en silencio una oración para que la separación fuera lejana. Es más, cuando el señor Rochester entró en la sala sin que nadie le anunciara y contempló con deleite la estampa formada por un grupo tan bien avenido —cuando dijo que suponía que la anciana dama ya estaría contenta ahora que tenía en casa a su hija adoptiva y añadió que Adèle estaba *prête a coquer sa petite maman Anglaise*—,^[22] me atreví a desear que nos mantuviera juntas en algún lugar, después de su boda, bajo su protección, sin desterrarnos lejos de la luz que emanaba de su presencia.

Mi retorno a Thornfield fue seguido de dos semanas de relativa calma. No se decía nada de la boda del señor y tampoco advertí que se hiciera ningún preparativo en tal sentido. Casi cada día preguntaba a la señora Fairfax si ella ya había oído algo en firme; su respuesta era siempre negativa. En una ocasión, me dijo, había preguntado al señor Rochester cuándo pensaba traer a casa a la novia, pero él le había contestado con una broma y una mirada maliciosa, y ella no había sabido a qué atenerse.

Hubo algo que me sorprendió especialmente. No había idas y venidas, ni visitas a Ingram Park. Era cierto que estaba a más de treinta kilómetros, en los límites del condado vecino, pero ¿qué significaba esa distancia para un corazón enamorado?

Para un jinete experto e incansable como el señor Rochester el trayecto no supondría más que una mañana a caballo. Comencé a albergar esperanzas sin ningún derecho a ello: imaginé que el compromiso se había roto, que el rumor había sido un error, que ambas partes, o solo una, habían cambiado de opinión. Solía mirar la cara del señor para distinguir en ella rastros de ira o de tristeza, pero no recuerdo ningún momento anterior en que su expresión fuera más apacible y más diáfana. Si, durante los ratos que mi pupila y yo pasábamos en su compañía, notaba que las fuerzas me flaqueaban y me rondaba el desánimo, se volvía hasta alegre. Nunca antes me había llamado tan a menudo, nunca había sido tan amable conmigo y nunca, ¡Dios lo sabe!, le había amado yo tanto.

Aquel año el verano fue espléndido en toda Inglaterra: hacía tiempo que no se veían en nuestra isla, normalmente azotada por las tormentas, unos cielos tan nítidos ni un sol tan radiante. Era como si una estela de días italianos hubiera llegado hasta nosotros desde el sur, cual aves migratorias, y hubiera decidido posarse en los acantilados de Albión. El heno había sido cortado, se habían segado los verdes campos de Thornfield; los senderos estaban blancos y despejados, y los árboles rebosantes de verdor. El oscuro manto que cubría el bosque y los setos contrastaba con los matices claros de los prados bañados por el sol.

La víspera de San Juan, Adèle, agotada tras haber pasado la mitad de la jornada recogiendo fresas en Hay Lane, se acostó al ponerse el sol. Esperé a que se durmiera y luego salí al jardín.

Era la hora más dulce del día, cuando el fuego del sol se ha consumido y el rocío comienza a refrescar los campos sedientos y las cimas abrasadas. Ahora que el sol se había puesto a solas —libre del cortejo de las nubes—, un resplandor de color púrpura se extendía sobre las colinas, encendiendo un punto con la intensidad del rubí o de la llama de una caldera para ir difuminándose en matices rojizos hasta teñir la mitad del cielo. El este desplegaba su propia belleza: una capa de azul profundo con una modesta y única gema, una estrella solitaria que no tardaría en alcanzar a la luna que aún se ocultaba bajo el horizonte.

Dediqué un rato a recorrer el paseo, pero de repente llegó hasta mí un sutil aroma —el olor de un cigarro— que conocía muy bien, y vi que la ventana de la biblioteca estaba entreabierta. No quería ser vista, así que me fui al huerto. No había lugar en los campos más acogedor y hermoso que este pequeño jardín del Edén, lleno de árboles y perfumado por la intensa fragancia que esparcen al aire las flores. Un muro muy alto lo separaba del patio por un lado, y por el otro una hilera de hayas marcaba el inicio del prado. Al fondo, había una valla hundida, la única señal que indicaba el paso a los campos solitarios, y un sendero serpenteante, bordeado de laurel, que conducía hasta un enorme castaño de Indias con un banco en torno a la base. Aquí era posible deambular sin que nadie te viera. A esa hora en que el rocío derramaba su miel, era tal el silencio y tan profunda la oscuridad que envolvía el entorno, que por un momento temí que esas mudas sombras me abrazaran para siempre. Sin embargo, al alcanzar los parterres de frutas de la parte más elevada del recinto, hechizada allí por la luz que la luna naciente proyectaba en este lugar más libre de vegetación, detuve de nuevo el paso, no debido a un sonido, ni por haber visto algo, sino, una vez más, a causa del aromático aviso que flotaba en el aire.

Ya hacía rato que las minutisas, los jazmines, los claveles y las rosas habían realizado el sacrificio nocturno que perfuma la atmósfera. El olor que noté entonces no era el de una flor; procedía —estaba segura— del cigarro del señor Rochester. Miré alrededor, y agucé el oído. Vi árboles cargados de frutos. Oí el canto de un

ruiseñor a lo lejos. No distinguí ninguna forma en movimiento ni llegó hasta mí el menor rumor de pasos, pero el aroma se tornó más penetrante. Debía huir. Pero cuando corría hacia una portezuela que llevaba al bosque vi que el señor Rochester entraba por ella. Me escondí en un recodo cubierto de hiedra, pensando que él no estaría mucho tiempo: pronto regresaría por donde había venido y yo habría pasado inadvertida.

Pero no, al parecer la tarde era tan agradable para él como para mí y en este antiguo jardín se sentía tan a gusto como yo. Deambulaba por él: alzaba las ramas de un grosello para ver las frutas, grandes como ciruelas; cogió una cereza del árbol que crecía junto al muro; se detuvo delante de un macizo de flores, ya fuera para aspirar su fragancia o para admirar el brillo que el rocío dejó en sus pétalos. Una mariposa que antes revoloteaba cerca de mí se posó entonces sobre una planta a los pies del señor Rochester. Él la vio y se agachó para observarla.

«Ahora que está de espaldas a mí —pensé— y distraído, podré escabullirme sin ser vista.»

Y así, procurando pisar sobre los trozos de turba para que el sonido de los pies sobre las piedrecitas no delatara mi presencia, emprendí la huida. Él parecía enfrascado en la contemplación del insecto. «Puedo lograrlo», me dije. Cuando cruzaba sobre la alargada sombra que la luna reflejaba en el jardín, dijo tranquilamente sin darse la vuelta:

—Jane, acérquese a ver a esta compañera.

Yo no había hecho ningún ruido; él no tenía ojos en la espalda... ¿Acaso su sombra estaba viva? Al principio me sobresalté, pero luego fui hacia él.

—Mire sus alas —dijo—; me recuerda a un insecto de las Indias Occidentales, uno que no suele verse en Inglaterra, al menos con un tamaño tan grande y colores tan alegres. ¡Vaya! Se ha ido.

La mariposa había emprendido el vuelo. Yo también hice ademán de retirarme, pero el señor Rochester me siguió y, cuando llegamos a la portezuela, me dijo:

—Quédese. Es un pecado meterse en casa en una noche como esta, y estoy seguro de que nadie puede acostarse precisamente ahora, cuando, solo durante un instante, se dan cita el sol y la luna.

Pese a que suelo tener facilidad de palabra, hay ocasiones en que soy absolutamente incapaz de improvisar una excusa. Es uno de mis defectos, y suele darse justo cuando más necesito ese pretexto plausible para escapar de alguna situación embarazosa. No me atraía la idea de dar un paseo con el señor Rochester a esas horas en un huerto poblado de sombras, pero no se me ocurrió nada que justificara el hecho de irme. Le seguí con el paso vacilante y el pensamiento empeñado en pergeñar una salida digna; sin embargo, su aspecto era tan serio y sosegado que de repente me sentí avergonzada de mis temores: el mal —si es que había alguno— había que buscarlo en mí misma. Él se mostraba abstraído y sereno.

—Jane —prosiguió cuando llegamos al paseo salpicado de laurel y descendimos

en dirección a la valla hundida y el castaño centenario—, Thornfield es hermoso en verano, ¿no cree?

—Sí, señor.

—Una persona como usted, sensible a la belleza y de natural afectuoso, debe haber llegado a sentir un cierto aprecio por la casa.

—Es cierto, señor.

—Y, aunque el hecho escapa a mi comprensión, parece haber desarrollado un cierto cariño por esa bobalicona de Adèle, e incluso por la inocente señora Fairfax.

—Pues sí, señor, siento un gran aprecio por ambas.

—¿Y lamentaría tener que separarse de ellas?

—Sí.

—¡Qué pena! —dijo; hizo una pausa y respiró profundamente—. Así es la vida: tan pronto como uno se establece en un cómodo lugar de reposo, surge una voz que le invoca a moverse y pone punto final al descanso.

—¿Está diciendo que debo marcharme, señor? ¿Que debo abandonar Thornfield?

—Sí, Jane, eso creo. Lo siento, pero creo que debe irse.

Sus palabras fueron un duro golpe, pero no me arredré.

—Bien, señor. Cuando llegue el momento, estaré lista para partir.

—El momento ha llegado ya: debo decírselo esta noche.

—Entonces, señor, ¿va usted a casarse?

—E-xac-ta-men-te. Pre-ci-sa-men-te. Con su habitual intuición, acaba de dar en el clavo.

—¿En breve, señor?

—Muy pronto, mi... quiero decir, señorita Eyre. Recordará, Jane, que la primera vez que le sugerí la posibilidad de poner mi cuello de soltero en el tajo sagrado del matrimonio, de abrazar contra mi pecho a la señorita Ingram... alguien a quien, por cierto, no resulta fácil abarcar, aunque eso no importa: uno nunca se cansa de un ser tan exquisito como mi hermosa Blanche... Bien, como iba diciendo... ¡Haga el favor de escucharme! No me diga que vuelve la cabeza en busca de más mariposas gigantes... Eso de ahí no era más que una mariquita huyendo del hogar. Deseo recordarle que fue usted quien me dijo, con la discreción, buen ojo, prudencia y humildad que corresponde a su posición de empleada responsable y que tanto aprecio en usted, que, en el caso de que me casara con la señorita Ingram, tanto usted como la pequeña Adèle debían desaparecer de la casa. Prefiero ignorar la velada crítica sobre el carácter de mi amada implícita en ese comentario; en realidad, cuando no la tengo cerca, Jane, trato de olvidarla: me concentro solo en la sabiduría de ese consejo, que me dicta la forma correcta de proceder. Adèle debe irse al colegio, y usted, señorita Eyre, necesita una nueva colocación.

—Sí, señor. Pondré un anuncio de inmediato. Mientras tanto, supongo que...

Iba a decir que suponía que podía quedarme en la casa hasta encontrar otro techo donde cobijarme, pero me callé, presintiendo que mi voz no aguantaría una frase tan

larga sin quebrarse.

—Espero ser un hombre casado en el plazo de un mes —prosiguió el señor Rochester—, y en el ínterin me ocuparé de buscarle casa y empleo.

—Gracias, señor. Lamento darle...

—¡No tiene de qué disculparse! Creo firmemente que alguien que ha cumplido con su trabajo tan bien como lo ha hecho usted tiene derecho a pedir al señor que use toda la influencia que posee en su beneficio. En realidad, mi futura suegra me sugirió un lugar que creo que podrá ajustarse a lo que busca: se trata de la educación de las cinco hijas de la señora de Dionysius O’Gall, de Bitternut Lodge, en Connaught, Irlanda. Creo que Irlanda le gustará. Dicen que sus habitantes son gente muy hospitalaria.

—Está muy lejos, señor.

—Eso no es ningún problema: una joven tan sensata no puede albergar ningún temor a un simple viaje.

—No al viaje, pero sí a la distancia. Y, además, en medio está la barrera del mar...

—¿De qué la separará esa barrera, Jane?

—De Inglaterra, de Thornfield. Y...

—¿Sí?

—De usted, señor.

Lo dije casi sin querer y, de forma involuntaria, también las lágrimas traicionaron mi voluntad. Por suerte, era un llanto quedo, libre de sollozos. La idea de una señora O’Gall de Bitternut Lodge me heló el corazón, pero más me lo helaba la corriente de acontecimientos conjurados para separarme del señor, a cuyo lado paseaba ahora, y más aún el recuerdo de la inmensidad del océano: la riqueza, la clase social y la costumbre se aliaban en contra de mí y de aquel hombre, alzando entre los dos un muro sólido e inexpugnable.

—Está muy lejos —repetí.

—Sí, lo está. Tiene usted razón: cuando se aloje usted en Bitternut Lodge, no volveremos a vernos, Jane. Eso no puedo negarlo. Nunca voy a Irlanda; es un país que no despierta en mí ninguna atracción. Y nos hemos hecho buenos amigos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y cuando los amigos están al borde de la separación, gustan de pasar muy cerca el poco tiempo que les queda. Venga: hablaremos del viaje y de la despedida con calma, durante una media hora, mientras las estrellas se abren a la vida y comienzan a alumbrar el firmamento. Aquí está el castaño de Indias, y el banco situado sobre sus viejas raíces. Sentémonos en paz esta noche aunque sepamos que esta escena no va a repetirse, que nunca volveremos a sentarnos juntos.

Tomó asiento y me ayudó a hacerlo.

—Hay un largo camino hasta Irlanda, querida Jane, y lamento enviar a mi joven

amiga a un viaje tan agotador, pero si no se me ocurre nada mejor, ¿cómo puedo evitarlo? ¿Siente usted que nos une algún lazo, Jane?

En este momento no pude arriesgarme a responder: tenía el corazón a punto de desbordarse.

—Lo pregunto —continuó— porque a veces tengo una sensación extraña respecto a usted, especialmente cuando está cerca de mí como ahora: es como si hubiera una cuerda debajo de mis costillas que me uniera de forma ineludible con otra que su cuerpecillo tiene en ese mismo lugar. Y si quedamos separados por un tortuoso canal y miles de kilómetros de océano, temo que esa cuerda se rompa y presiento que, cuando eso suceda, el desgarrón me hará sangrar por dentro... Usted, usted me olvidará.

—Eso nunca, señor. Sabe que... —Era incapaz de seguir hablando.

—Jane, ¿oye el canto de un ruiseñor en el bosque? ¡Preste atención!

Ya no pude soportarlo más. Me abandoné a un llanto convulso, rendida por todas aquellas emociones que me sacudían de la cabeza a los pies. Cuando logré articular palabra, fue solo para expresar el impetuoso deseo de no haber nacido jamás, de no haber pisado nunca Thornfield.

—¿Tanto siente irse?

La vehemencia de la emoción, acentuada por la pena y el amor que sentía, clamaba a gritos por dominarme y reivindicaba su derecho a darse a conocer, a sobrevivir, a levantarse en armas y reinar por fin. ¡Y sí, a hablar!

—Lamento dejar Thornfield. Amo este lugar. Lo amo porque he vivido en él una vida deliciosa y plena, aunque haya sido por poco tiempo. Nadie me ha impuesto nada. Nadie me ha asustado. No me han asaltado sentimientos de inferioridad ni he sido excluida de la proximidad de todo lo que es brillante, hermoso, fuerte y elevado. He hablado con plena libertad, cara a cara, con alguien a quien admiro y con quien me divierto... con una mente original e ingeniosa. Le he conocido a usted, señor Rochester. Y la idea de separarme de usted para siempre me llena de terror y de angustia. Quiero creer que mi partida es tan necesaria como inevitable es la muerte.

—¿Dónde radica esa necesidad? —inquirió de repente.

—¿Dónde? Ha sido usted, señor, quien la ha puesto ante mis ojos.

—¿Cuándo?

—Cuando me habló de la señorita Ingram, una hermosa mujer de buena cuna, su esposa.

—¡Mi esposa! ¿Qué esposa? ¡No estoy casado!

—Pero lo estará.

—Sí, lo estaré. ¡Lo estaré! —dijo con los dientes apretados.

—Entonces, debo irme. Usted mismo lo dijo.

—¡No, quédese! Le juro que no la dejaré marchar.

—¡Le digo que debo irme! —repliqué, encendida por algo parecido a la pasión—. ¿Cree que puedo quedarme aquí si no significo nada para usted? ¿Cree que soy una

especie de autómatas, una máquina sin sentimientos que puede vivir sin un mísero pedazo de carne ni una gota de agua? ¿Cree que porque soy pobre, silenciosa, discreta y menuda soy también un ser carente de corazón y de alma? Pues se equivoca: ¡mi alma es tan real como la suya, y también mi corazón! Y si Dios me hubiera dotado de un poco más de belleza y de mucho más dinero, le habría puesto tan difícil abandonarme como lo es para mí ahora tener que dejarle. No le hablo de costumbres, ni de formalismos, ni siquiera de la carne mortal: es mi espíritu el que se dirige al suyo, como si ya ambos hubieran cruzado el umbral de la muerte y se encontraran como iguales postrados ante Dios. ¡Porque así somos, iguales!

—¡Así somos! —repitió el señor Rochester—. Iguales —añadió, rodeándome con sus brazos, acercándose a su pecho y apretando sus labios contra los míos—, ¡iguales, Jane...!

—Sí, señor. Lo somos y no lo somos: porque usted está a punto de casarse con alguien inferior, alguien por quien no siente aprecio ni amor, porque si despertara en usted alguna de estas emociones, no podría ridiculizarla como le he visto hacerlo. Yo jamás aceptaría una unión como esa, señor. Por lo tanto, en realidad soy mejor que usted. ¡Suélteme!

—¿Adónde irá, Jane? ¿A Irlanda?

—Sí, a Irlanda. Ahora que le he dicho lo que pensaba ya puedo irme a cualquier sitio.

—Cálmese, Jane. Parece un pájaro atrapado que lucha frenéticamente por huir, dejándose las plumas en el intento.

—Yo no soy ningún pájaro, ni estoy atrapada en red alguna. Soy un ser humano libre, con voluntad propia, que ahora quiere apartarse de usted.

Un nuevo esfuerzo logró liberarme y me planté de pie ante él.

—Y es su voluntad la que decidirá su destino —dijo—. Yo le ofrezco mi mano, mi corazón y la posibilidad de compartir todas mis posesiones.

—Esta farsa solo me provoca risa.

—Le pido que pase toda la vida a mi lado, que sea mi otro yo y mi compañera en esta vida.

—Ya eligió usted a su compañera, señor. Aténgase a su decisión.

—Jane, tranquilícese. Está demasiado nerviosa. Yo también debo calmarme.

Una ráfaga de viento se deslizó por el paseo de laureles y movió las ramas del castaño; luego se fue, lejos... hasta morir. El canto del ruiseñor se convirtió entonces en el único sonido del momento. Al escucharlo, volví a llorar. El señor Rochester seguía sentado, más sereno, mirándome con ojos gentiles y serios.

—Venga a mi lado, Jane —dijo por fin—, e intentemos entendernos.

—Nunca volveré a su lado. Me he apartado y no puedo volver.

—Pero, Jane, se lo pido como a mi esposa. Es usted la única persona con quien pienso casarme.

Seguí en silencio. Pensé que se reía de mí.

—Vamos, Jane, acérquese.

—Su esposa se interpone entre ambos.

Saltó a mi lado.

—Mi esposa está aquí —dijo, tomándome de nuevo en sus brazos—, porque aquí está mi igual, aquí está la mujer a quien amo. Jane, ¿se casará conmigo?

No respondí y volví a zafarme de su abrazo. No podía creerle.

—¿Duda de mí, Jane?

—Completamente.

—¿No tiene usted fe en mí?

—Ni un ápice.

—Así, ¿a sus ojos no soy más que un mentiroso? —preguntó apasionadamente—. Pequeña escéptica, acabaré convenciéndola. ¿Qué amor siento yo por la señorita Ingram? Ninguno, y usted lo sabe. ¿Qué amor siente ella por mí? Ninguno, como ha demostrado: divulgué el rumor de que mi fortuna ascendía a un tercio de lo que se suponía y después fui a verla. La entrevista con ella y su madre no pudo ser más gélida. Nunca me casaría con la señorita Ingram, no podría. Es a usted, criatura extraña y sobrenatural, a quien quiero más que a mí mismo. A usted, pobre, sencilla y menuda, es a quien pido que me acepte como esposo.

—¿A mí? —farfullé, porque su ansia y su falta de moderación comenzaban a confirmarme la sinceridad de su propuesta—. ¿A mí, que no tengo otro amigo en el mundo aparte de usted, si es que lo es, ni poseo más dinero que el que usted me ha dado?

—A usted, Jane. La quiero para mí, solo para mí. ¿Será mía? Diga que sí, rápido.

—Señor Rochester, vuélvase hacia la luz de la luna. Quiero ver su rostro.

—¿Para qué?

—Porque quiero ver su expresión. ¡Vuélvase!

—No leerá en ella mejor que en los fragmentos de una página rota. Lea, pues. Solo le pido que lo haga de prisa, porque el sufrimiento me acucia.

Tenía el semblante alterado y el color teñía sus mejillas, sus facciones estaban tensas y los ojos despedían extraños destellos.

—¡Oh, Jane! Me tortura —exclamó—. Me hace sufrir con esa escrutadora mirada.

—¿Cómo puede ser? Si es usted sincero y el ofrecimiento que me hace es auténtico, los únicos sentimientos que puedo albergar hacia usted son la gratitud y la devoción, y ambos son incapaces de causar dolor.

—¡Gratitud! —farfulló, y dejándose llevar por un arrebató añadió—: Jane, acépteme ya, por favor. Diga: Edward —llámeme por mi nombre—, Edward, me casaré contigo.

—¿Está hablando en serio? ¿Me ama de verdad? ¿Desea sinceramente que sea su esposa?

—Sí, y si necesita que lo jure, lo haré. Se lo juro.

—Entonces, señor, me casaré con usted.

—¡Llámame Edward!

—¡Querido Edward!

—Ven hacia mí, entrégate a mí del todo —dijo. Y añadió, en su tono de voz más profundo, musitando las palabras junto a mi oído, con su mejilla rozando la mía—: Hazme feliz. Yo prometo que serás feliz a mi lado. ¡Que Dios me perdone! Y que nadie se atreva a interponerse entre nosotros: eres mía y te conservaré a mi lado.

—Nadie puede hacer nada, señor. No tengo parientes que puedan interferir.

—No, eso es lo mejor de todo —dijo.

Y, si le hubiera amado menos, habría pensado que su acento y la mirada de alegría salvaje que brillaba en sus ojos indicaban algo extraño; sin embargo, sentada junto a él, libre de la pesadilla que suponía la separación y convocada al paraíso del matrimonio, solo podía pensar en esa copa rebosante de felicidad que tenía a mi alcance. No dejaba de preguntarme: «¿Eres feliz, Jane?». Y yo siempre le respondía: «Sí».

—Expiaré mis pecados —proseguía entonces—. Los expiaré. ¿Acaso no te encontré sola, fría y desamparada? ¿Acaso no te cuidaré y te haré feliz? ¿No es amor lo que siente mi corazón y decisión lo que guía mi mente? Expiaré mis pecados en el tribunal de Dios. Sé que el Creador castiga lo que voy a hacer. Del juicio del mundo me lavo las manos. Desafío la condena de los hombres.

¿Qué sucedía aquella noche? La luna seguía en el cielo, pero la oscuridad era absoluta. Apenas podía ver la cara del señor, pese a lo cerca que estaba. ¿Y qué agitaba al castaño? Susurraba y gemía sin pausa, mientras el viento rugía entre los laureles como si quisiera barrernos del lugar.

—Será mejor que entremos —dijo el señor Rochester—. El tiempo está cambiando. Podría haberme quedado aquí contigo toda la noche.

«Y yo también», pensé. Quizá debiera haberlo dicho, pero el intenso resplandor de un relámpago agujereó una nube, y se oyó un fuerte estallido, un estrépito terrible que acabó en un redoble de truenos. Me asusté y hundí la cara en el pecho del señor Rochester. Comenzó a llover. Él me arrastró por el paseo que cruzaba los campos, pero para cuando conseguimos alcanzar el umbral de la casa, el agua nos había empapado. Una vez en el vestíbulo, él me despojó del chal mojado y me ayudó a secarme el cabello, cuando de repente la señora Fairfax salió del saloncito. Al principio no la vimos, ni yo ni el señor Rochester. La luz estaba encendida. El reloj dio las doce.

—No tardes en quitarte esa ropa mojada —me dijo—, pero antes de irte, déjame que te desee buenas noches, querida.

Y me besó repetidas veces. Cuando alcé la mirada y me solté de su abrazo, distinguí la figura de la viuda, pálida, seria y atónita. Yo me limité a sonreír y subí a mi habitación. «Dejaremos las explicaciones para otro momento», pensé. Sin embargo, al llegar a mi cuarto, me asaltó la idea de que la mujer pudiera

malinterpretar lo que había visto, aunque fuera temporalmente. Pero pronto la alegría sofocó cualquier otro sentimiento y, pese al bramido furioso del viento, pese al estruendo cercano de los truenos, pese a los pertinaces relámpagos que rasgaban el cielo y pese a la lluvia torrencial que cayó durante más de dos horas, no sufrí temor ni inquietud. El señor Rochester acudió tres veces a mi puerta para asegurarse de que estaba bien, y eso me dio consuelo y fuerza para soportarlo todo.

Antes de que me levantara, Adèle vino corriendo a decirme que había caído un rayo sobre el gran castaño de Indias que había al fondo del huerto y lo había partido en dos.

Mientras me vestía no pude dejar de recordar la noche anterior y preguntarme si no habría sido un sueño. No podría estar del todo segura hasta que viera de nuevo al señor Rochester y le oyera repetir sus promesas de amor.

Fui a peinarme y el espejo del tocador me devolvió un rostro que ya no era feo: en sus rasgos brillaba la esperanza, y los ojos parecían haberse llenado de la visión de la fuente de la vida y haber robado algunos destellos de sus aguas mágicas. A menudo había deseado que el señor no me mirara porque temía no agradarle, pero estaba segura de que ese rostro que ahora veía no enfriaría el amor que sentía por mí. Me puse un vestido de verano ligero y sencillo, aunque limpio: ninguna otra prenda se había ajustado nunca mejor a mi cuerpo, porque ninguna había sido llevada en un día tan feliz como aquel.

Cuando bajé al vestíbulo, contemplé sin sorpresa que la tormenta de la noche anterior había dado paso a una resplandeciente mañana de junio, y sentí una brisa fresca y aromática que penetraba por la ventana. La naturaleza mostraba su satisfacción ante mi alegría. Por el paseo subía una mendiga acompañada de su hijo —dos figuras pálidas y harapientas— y bajé a darles todo el dinero que llevaba en el monedero, unos tres o cuatro chelines: los merecieran o no, necesitaba que todos los que me rodeaban compartieran mi felicidad. Los grajos graznaban y un coro de múltiples pájaros entonaba bellos cantos, pero ninguno podía compararse con la melodía que resonaba en mi corazón.

Me extrañó encontrar a la señora Fairfax mirando por la ventana con el semblante triste.

—Señorita Eyre, ¿viene usted a desayunar? —preguntó muy seria.

Permaneció en silencio mientras duró el desayuno, pero nada podía hacer yo para tranquilizarla en esos momentos. Tanto ella como yo debíamos esperar a que el señor diera las explicaciones pertinentes. Comí todo lo que pude y me apresuré a subir al piso superior. Entonces me crucé con Adèle, que salía de la sala de estudio.

—¿Dónde vas? Es hora de clase.

—El señor Rochester me ha dicho que fuera al cuarto de jugar.

—¿Y dónde está él?

—Ahí dentro —dijo, señalando la sala que acababa de abandonar.

Entré y le vi allí.

—Ven a darme los buenos días —me dijo.

Y yo me acerqué contenta: no me esperaba un frío saludo ni un apretón de manos, sino un abrazo seguido de un beso. Esa caricia me pareció natural. Era maravilloso ser amada y protegida por alguien como él.

—Jane, tienes un aspecto magnífico esta mañana. Estás maravillosa y sonriente; realmente preciosa. ¿Es este el pálido duendecillo que solía vivir aquí? ¿Es esta mi Semilla de Mostaza particular? ¿Esta muchacha lozana, de mejillas sonrosadas y

labios brillantes, de sedosos cabellos y ojos de gacela? (Lector, pido tu indulgencia: debo aclararte que siempre tuve los ojos de color verde, pero al parecer la pasión le nublabla la vista.)

—Soy Jane Eyre, señor.

—Pronto pasarás a ser Jane Rochester —añadió—. Dentro de cuatro semanas, Janet, ni un día más. ¿Me oyes?

Sí, lo oía. Y, de una forma incomprensible, sentí una oleada de vértigo. Esa noticia, el anuncio de la boda, era más fuerte que la alegría: era un impacto que me abrumaba y, sí, me llenaba de una sensación parecida al miedo.

—Primero te has ruborizado, y ahora estás pálida. ¿A qué viene eso, Jane?

—A que usted acaba de darme un nuevo nombre, Jane Rochester, y me suena extraño...

—Sí, señora Rochester —repitió—. La joven señora Rochester, la esposa de Fairfax Rochester.

—No puede ser cierto, señor: todo esto no puede ser real. Los seres humanos nunca disfrutan de la felicidad absoluta en este mundo. No nací yo distinta del resto de mis semejantes: la simple intuición de tanta felicidad me parece un cuento de hadas, un sueño divino del que temo despertar.

—Un sueño que hoy mismo empieza a ser real. Esta mañana he pedido por carta a mi banquero de Londres que me envíe algunas joyas que tiene en custodia, joyas que han pertenecido a las anteriores dueñas de Thornfield. En un par de días a lo sumo, espero poder depositarlas en tu regazo: deseo que goces de todos los privilegios y atenciones, como si fuera la hija de un noble la que está a punto de casarse conmigo.

—¡Oh, señor! Nunca me importaron las joyas. Ni siquiera quiero oír hablar de ellas. ¿Joyas para Jane Eyre? Hasta la frase tiene algo ilógico y extraño. Prefiero no tenerlas.

—Yo mismo te colocaré el collar de diamantes alrededor del cuello, y ceñiré la diadema sobre la frente a la que pertenece. La naturaleza se ha encargado de conferir nobleza a ese rostro, pero yo rodearé tus muñecas de pulseras y cubriré de anillos esos dedos de hada.

—¡No, señor! ¡Por favor, piense en otra cosa! Cambie de tema. No se dirija a mí como si yo fuera una belleza. No soy más que una vulgar institutriz.

—A mis ojos eres bella, con una hermosura que va más allá del deseo del corazón: hay en ti algo exquisito y etéreo.

—Querrá decir menudo e insignificante. Está usted soñando, señor, o burlándose de mí. ¡Por el amor de Dios, deje la ironía para otro momento!

—Haré que el mundo se rinda ante tu belleza —prosiguió, causándome una cierta inquietud, ya que sentía que se estaba engañando a sí mismo, o intentando engañarme a mí—. Vestiré a mi Jane de seda y encaje, y le pondré rosas en el pelo, y cubriré esa cabeza que tanto amo con un velo de incalculable valor.

—Y entonces no me reconocerá, señor, y yo habré dejado de ser su Jane Eyre y

me habré convertido en un mico vestido de arlequín, un arrendajo que ha tomado prestadas las plumas de otra ave. Preferiría verle a usted disfrazado de payaso que a mí misma ataviada como una cortesana. Y, señor, yo le amo, pero no le diré por ello que es usted guapo. Le quiero demasiado para caer en la adulación. Haga lo mismo, por favor.

Sin embargo él prosiguió, sin prestar la menor atención a mi sermón:

—Hoy mismo te llevaré a Millcote en el carruaje para que elijas los vestidos que desees. Te dije que nos casaríamos dentro de cuatro semanas. Será una ceremonia tranquila, en la capilla, y luego nos iremos a la capital. Tras una breve estancia, llevaré a mi más preciado tesoro a lugares dignos de ella: a los viñedos franceses y a las llanuras de Italia, para que vea todos los lugares célebres de los que habla la Historia, para que deguste la vida en la ciudad y aprenda a valorarse a sí misma al compararse con las demás.

—¿Viajar...? ¿Con usted, señor?

—Veremos París, Roma, Nápoles, Florencia, Venecia y Viena. Deseo recorrer contigo las capitales que yo he visto antes: quiero que dejes tu huella de sílfide en los lugares donde yo estampé mi basta pezuña. Hace diez años, recorrí toda Europa: iba como un loco, rebosante de odio y de rabia, al igual que los que me acompañaban. Ahora quiero volver a verlo todo desde la paz y el sosiego, con el consuelo de este ángel que tengo junto a mí.

Me reí al oír sus palabras.

—Yo no soy un ángel, señor —aseguré—. Y no llegaré a serlo hasta que me muera. Soy solo yo, señor Rochester. No busque en mí nada celestial, porque no lo hay; como tampoco lo hay en usted, ni yo lo espero.

—¿Qué esperas de mí?

—Durante un tiempo, no demasiado, seguiré como ahora, pero luego empezará a enfriarse y a mostrarse caprichoso. Con el tiempo, su carácter se hará más duro y difícil de complacer. Sin embargo, una vez se haya acostumbrado a mí, tal vez vuelva a apreciarme, y conste que he dicho aprecio y no amor. Supongo que la pasión se evaporará en seis meses o quizá menos. He observado que esa es la duración máxima que asignan los libros al ardor de un marido. Pese a todo, espero que, como amiga y compañera, mi presencia nunca se convierta en algo desagradable para mi querido señor.

—¡Desagradable! ¡Gustarme de nuevo! Creo que nunca dejaré de adorarte. Es más, tengo que confesarte que no será solo cariño: te amaré, con un amor sincero, devoto y constante.

—¿Y no es usted un hombre caprichoso, señor?

—Soy el peor de los demonios para aquellas mujeres de rostro bonito que carecen de alma y corazón, que se revelan como seres aburridos, frívolos, a veces incluso imbéciles, despiadados y de mal carácter; sin embargo, con quienes tienen la mirada diáfana y la lengua elocuente, fuego en el alma, y un carácter flexible que se inclina

pero nunca se rompe, personas a la vez dúctiles y tiernas, tratables y coherentes, soy siempre considerado y sincero.

—¿Ha encontrado alguna vez a alguien así, señor? ¿Ha amado a una mujer como la que describe?

—La amo ahora.

—Pero ¿y antes de mí? Si es que yo puedo de alguna forma responder a ese elevado modelo.

—Nunca encontré a nadie como tú, Jane: me complaces y a la vez me dominas; pareces someterte y me gusta la sensación de docilidad que emana de ti, pero cuando acaricio un mechón sedoso de tus cabellos, siento un escalofrío que me sube por el brazo directamente hasta el corazón. Me has conquistado, me has dominado, y ejerces sobre mí un poder más dulce del que soy capaz de expresar. Me dejo llevar por tu hechizo, la muestra de una brujería a la que no sé resistirme. ¿Por qué sonríes, Jane? ¿Qué significa esa mueca inexplicable que se extiende por tu rostro?

—Sus palabras me hicieron pensar, y espero que sepa disculparme, señor, porque ha sido sin querer, en Hércules y Sansón, y en las mujeres que los vencieron.

—¿Era eso, pequeña bruja?

—¡Silencio, señor! No está obrando de forma sensata, como tampoco lo hicieron esos héroes. Si ellos se hubieran casado, estoy segura de que la severidad que suele poseer a los maridos no habría tardado en vencer la dulzura de su amor de solteros. Y lo mismo le sucederá a usted, señor. Me pregunto cuál será su respuesta dentro de un año cuando le pida un favor que no sea de su agrado o de su conveniencia.

—Pídeme lo que quieras, Jane. Prometo concederte lo que desees.

—Pues bien, señor, mi petición está lista.

—¡Habla! Pero si sigues mirándome con esa sonrisa, te juro que te concederé todo lo que solicites antes incluso de saber de qué se trata. Acabará pareciendo un bobo.

—De ninguna manera, señor. Solo le pido una cosa: no haga traer las joyas ni cubra mi cabeza con rosas. Sería como bordar con hilo de oro ese sencillo pañuelo que lleva en el bolsillo.

—Tienes razón: sería como sobrecargar el oro puro con piedras preciosas. Puedes confiar en que cumpliré lo que pides. Pero no me has pedido nada; te has limitado a rechazar un regalo. Te concedo otro deseo.

—Bien, señor. Haga usted el favor de satisfacer mi curiosidad en relación a un punto.

Mis palabras parecieron turbarle.

—¿Sobre qué? —dijo con avidez—. ¿Sobre qué? La curiosidad es un amo peligroso; he hecho bien en no jurar dar respuesta a todas tus preguntas...

—Pero no hay nada malo en contestar a esta, señor.

—Adelante, Jane, pero preferiría que, en lugar de pedirme la resolución de algún enigma, me exigieras la mitad de mi herencia.

—¡Vaya por Dios! ¿Y para qué quiero yo la mitad de su herencia, rey Asnero? ¿Acaso cree que soy un usurero judío que desea hacer una buena inversión? Preferiría disponer de toda su confianza. Ahora que me ha admitido dentro de su corazón, espero que no me la niegue...

—Tienes toda la confianza que desees tomarte, Jane. ¡Pero, por el amor de Dios, no pidas una carga tan inútil! No ansíes el veneno. ¡No te vuelvas una miserable Eva al caer en mis manos!

—¿Por qué no, señor? Ha estado diciéndome cuánto le gusta sentirse conquistado y cómo le complace verme insistir para convencerle de algo. ¿No cree que sería mejor que me aprovechara de esto que acaba de confesarme y comenzara a pedir algo, gritando y pataleando si es preciso, solo para ver hasta dónde llega este poder que ejerzo sobre usted?

—Te desafío a que lo intentes. Trata de aprovecharte de mí y verás en qué acaba el juego.

—¿Ha visto, señor? ¡Qué pronto ha vuelto a las andadas! ¡Qué aspecto tan serio tiene ahora! Ese ceño fruncido y esa frente me recuerdan al verso de un poema que leí hace tiempo: «un cielo rebosante de truenos». ¿Será este su aspecto cuando nos casemos?

—Si este será el aspecto que tú tendrás cuando nos casemos, yo, como cristiano, debo rechazar la posibilidad de unir mi vida a la de un espíritu o a una culebra. ¡Pero suelta de una vez lo que quieres saber!

—Vaya, ya ha olvidado sus modales. Aunque debo confesar que prefiero esta rudeza a la adulación anterior. Prefiero ser tratada de bicho que de ángel. Ahí va mi pregunta: ¿por qué se tomó tantas molestias en hacerme creer que deseaba casarse con la señorita Ingram?

—¿Eso es todo? ¡Podría haber sido peor! —Y entonces se suavizó la línea que dibujaban sus cejas; me miró, sonriente, y me revolvió el pelo como si acabara de escapar de algún peligro—. Creo que debo confesarme, Jane, aunque esto te indigne... Y debo reconocer que siento un cierto temor al hacerlo, ya que he visto de lo que ese cuerpecillo es capaz cuando le mueve la ira. Pero anoche resplandecías a la luz de la luna, te rebelaste contra el destino y te proclamaste mi igual. Por cierto, Jane, te recuerdo que fuiste tú quien me propuso esta unión.

—Por supuesto, señor. Pero no cambie de tema. ¡Hábleme de la señorita Ingram!

—Está bien: fingí cortejar a la señorita Ingram porque deseaba que te enamoraras de mí tan apasionadamente como lo estaba yo de ti, e intuí que los celos serían un buen acicate en este empeño.

—¡Excelente! Le veo ahora como a un ser tan bajo que apenas llega a ocupar el espacio de mi dedo meñique. Actuar así es una muestra de egoísmo y desvergüenza. ¿Nunca se preocupó por lo que la señorita Ingram pudiera sentir?

—Todos sus sentimientos se reducían a uno solo: el orgullo. Y una dosis de humildad siempre sienta bien. ¿Te puse celosa, Jane?

—Eso no le incumbe, señor. Saberlo no tiene el menor interés para usted. ¿No pensó en que la señorita Ingram podía sufrir por culpa de ese flirteo deshonesto? ¿Que se sentiría traicionada y abandonada?

—¡Eso es imposible! Fue ella quien me abandonó: la reducción de mi herencia tuvo la virtud de enfriar, por no decir de extinguir, la llama de su pasión en un instante.

—Tiene usted una mente muy calculadora, señor Rochester. Me temo que sus principios rozan la excentricidad en algunos temas.

—Nadie me inculcó nunca principios, Jane; por tanto, es posible que hayan crecido algo desviados por la falta de atención.

—Hablo en serio, señor: ¿puedo disfrutar de toda esta felicidad que ha caído sobre mí sin creerla empañada por el sufrimiento que yo misma soportaba hace apenas un día?

—Claro que puedes, querida niña: nadie en el mundo siente por mí un amor tan puro como el tuyo. Porque creo en tu amor, Jane, mi alma no alberga ninguna duda al respecto.

Rocé con los labios la mano que tenía apoyada en mi hombro. Le quería mucho, más de lo que me habría atrevido a decir, más de lo que habría podido expresar con palabras.

—Pídeme algo más —me urgió—. Quiero complacerte, rendirme a tus deseos.

De nuevo tenía la petición lista:

—Comunique sus intenciones a la señora Fairfax, señor. Nos vio anoche en el vestíbulo y la escena la dejó perpleja. Por favor, explíqueme la verdad antes de que vuelva a encontrarme con ella. Me duele que otra mujer me juzgue mal.

—Ve a tu habitación y ponte el sombrero —replicó—. Ya te dije que quería que me acompañaras a Millcote esta mañana. Mientras te preparas para el trayecto, iluminaré con la verdad la estrecha mente de la señora Fairfax. ¿Acaso creyó que habías olvidado tus principios por amor, sin ningún remordimiento?

—Creo que pensó que me había olvidado de cuál era mi lugar, señor, y usted del suyo.

—¡Tu lugar, tu lugar! Tu lugar está en mi corazón. No hagas ningún caso a quienes te insulten a partir de ahora. ¡Ve, date prisa!

No tardé en vestirme. Cuando oí que el señor Rochester salía del saloncito, corrí a su interior. La buena señora había estado degustando su ración diaria de Sagradas Escrituras, ya que había una Biblia abierta en la mesa con sus gafas encima. Pero después de la noticia dada por el señor Rochester, esa tarea parecía haber quedado olvidada: tenía los ojos clavados en la pared de enfrente y estos expresaban la sorpresa de una mente tranquila que acaba de verse sacudida por una ola inesperada. Al verme, se puso de pie e hizo un esfuerzo por sonreír, pero la sonrisa expiró y la frase murió sin haber nacido. Cogió las gafas, cerró la Biblia y apartó la silla de la mesa.

—Me siento muy confusa —empezó a decir—. No sé qué decirle, señorita Eyre. ¿No habré soñado todo esto? A veces, cuando estoy sola, echo una cabezada e imagino cosas que no han sucedido. Más de una vez me ha parecido ver a mi esposo, que ya lleva más de quince años muerto, entrar y sentarse a mi lado, e incluso he creído oírle pronunciar mi nombre, Alice, en el mismo tono que solía usar. ¿Puede confirmarme si es verdad que el señor Rochester le ha pedido que se case con él? No se ría de mí. Pero estoy convencida de que entró en persona, no hace más de cinco minutos, y me dijo que serían marido y mujer en el plazo de un mes.

—A mí me ha dicho lo mismo —contesté.

—¿Entonces es cierto! ¿Y le cree? ¿Le ha aceptado?

—Sí.

Me miró como si no acabara de creerlo.

—Nunca lo habría imaginado. Es un hombre muy orgulloso. Le viene de familia, y a su padre le gustaba tanto el dinero... También se ha dicho siempre de él que era un hombre prudente. ¿Y ahora quiere casarse con usted?

—Eso me ha dicho.

Escrutó toda mi persona, de la cabeza a los pies, y en sus ojos leí que no veía ningún encanto que pudiera resolver el misterio.

—¿Esto me supera! —prosiguió—. Pero no dudo de su palabra. Cómo acabará, no lo sé. En este tipo de casos resulta conveniente una cierta igualdad de posición y fortuna. Y ustedes se llevan al menos veinte años. Casi podría ser su padre.

—¿No, señora Fairfax! —exclamé, un poco molesta—. ¡No se parece en nada a mi padre! Nadie que nos viera juntos lo diría. El señor Rochester tiene el aspecto de un joven, no aparenta más de veinticinco años.

—¿Y es verdaderamente el amor lo que le lleva a tomarla por esposa? —preguntó.

Su frialdad y su escepticismo me hicieron tanto daño que se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No quería ofenderla —dijo la viuda—, pero es usted tan joven y tan inexperta en relación con los hombres que creo que debería ponerla en guardia. Hay un dicho antiguo que afirma «No es oro todo lo que reluce», y en este caso me temo que puede acabar encontrándose con algo que no es lo que usted o yo esperamos.

—¿Por qué? ¿Acaso soy un monstruo? ¿Tan increíble resulta que el señor Rochester sienta un sincero aprecio por mí?

—No, usted ha mejorado mucho de un tiempo a esta parte. Ahora se la ve muy bien. Y he de admitir que el señor Rochester siempre ha demostrado por su compañía una cierta predilección, como si fuera usted su mascota, o algo parecido. Incluso hubo veces en que esta marcada preferencia me hizo sentir algo incómoda, y a punto estuve de ponerla en guardia, pero no quise ni siquiera sugerir la posibilidad de que existiera algo inconveniente. Sabía que esta idea la sorprendería, que quizá incluso podría ofenderla... Y usted es una persona tan sumamente discreta, tan virtuosamente

modesta y sensata, que creí poder confiar en que su propio buen criterio la protegería. No puedo decirle lo que llegué a sufrir la noche pasada cuando, tras recorrer toda la casa sin hallarla a usted ni al señor, los vi entrar a los dos a las doce en punto.

—Bueno, eso ahora ya no importa —interrumpí en tono impaciente—. Ya sabe que no pasaba nada malo.

—Espero que todo salga bien —dijo—. Créame, una nunca es demasiado precavida. Mantenga a distancia al señor Rochester: desconfíe de él tanto como de sí misma. Los caballeros de su posición no suelen casarse con institutrices.

La buena mujer empezaba a irritarme. Afortunadamente, la irrupción de Adèle puso fin a la conversación.

—¡Quiero ir! ¡Déjeme acompañarles a Millcote! —gritaba—. El señor Rochester me ha dicho que no, aunque hay sitio de sobra en el carruaje nuevo. Pídale que me deje ir con ustedes, mademoiselle.

—De acuerdo, Adèle.

Y salí con ella de la mano, aliviada de dejar atrás los malos augurios del ama de llaves. El coche avanzaba hacia la puerta principal y el señor recorría a pie la calzada con Pilot dando saltos a su alrededor.

—Adèle puede acompañarnos, ¿verdad, señor?

—Le he dicho que no. No quiero críos: solo a ti.

—Por favor, señor Rochester, déjela venir. Será mejor.

—No, lo único que hará es estorbar.

Su voz y su mirada indicaban tal grado de exigencia que los negros presagios de la señora Fairfax y sus tenebrosas dudas cayeron sobre mí: algo que podríamos llamar inseguridad se cernía sobre mis esperanzas. Ya casi había perdido el poder que ejercía sobre él. Estaba a punto de obedecerle de forma mecánica, sin más dilación, pero al ayudarme a subir al coche me miró a la cara:

—¿Qué te sucede? —preguntó—. Toda tu luz se ha apagado. ¿De verdad quieres que venga? ¿Tanto te molesta que la dejemos atrás?

—Estaría mucho más contenta si ella viniera, señor.

—Entonces, ¡corre a por tu sombrero y vuelve aquí como un rayo! —gritó a Adèle.

Ella le obedeció a la máxima velocidad que pudo.

—Después de todo —dijo él—, ¿qué importancia tiene que nos estropeen una mañana a solas cuando pronto tus pensamientos y conversaciones serán solo para mí?

Cuando Adèle subió al coche comenzó a llenarme de besos como muestra de gratitud. Al instante, él la separó de mí y la colocó a su lado. Ella insistió, dando la vuelta hasta volver junto a mí, pues tener un vecino tan serio no le gustaba demasiado: dado el estado del humor del señor, no era extraño que la niña no se atreviera a decirle nada.

—Déjela venir conmigo —pedí—. Acabará molestándole, señor, y hay mucho sitio en este lado.

Me la pasó como si fuera un perrito faldero.

—La enviaré al colegio —exclamó, pero ahora sonreía.

Adèle le oyó y preguntó si iba a ir al colegio *sans mademoiselle*.

—Sí —contestó él—, absolutamente *sans mademoiselle*, puesto que me propongo llevar a mademoiselle hasta la luna y buscar una cueva en uno de esos valles blanquecinos entre cráteres de volcán donde vivir con ella, solos ella y yo.

—No tendrá comida —señaló Adèle—. La matará de hambre.

—Pasaré todo el día recogiendo maná para ella: las llanuras y colinas de la luna están llenas de maná, Adèle.

—¿Y el frío? ¿Cómo encenderán el fuego?

—El fuego surge de las montañas lunares. Cuando tenga frío, la llevaré hasta la cima y la soltaré en medio del cráter.

—*Oh, qu'elle y sera mal, peu confortable!*^[23] Y, cuando se gasten sus ropas, ¿dónde comprará otras?

El señor Rochester fingió sorprenderse.

—¡Vaya! ¿Tú qué harías, Adèle? Exprímeme el cerebro y busca una solución. ¿Cómo crees que le sentaría un vestido hecho de nubes blancas o rosáceas? Y podría hacerse un bonito pañuelo con un retal de arco iris.

—Ella está mucho mejor así —concluyó Adèle, tras meditarlo durante unos minutos—. Además, se cansaría de vivir sola con usted en la luna. Si yo fuera mademoiselle, nunca consentiría en ir con usted.

—Ya ha consentido. Me ha dado su palabra.

—Pero no puede llevarla hasta allí: no hay ningún camino que llegue a la luna, solo el aire, y ni usted ni ella saben volar.

—Adèle, mira ese campo. —Acabábamos de salir de Thornfield y rodábamos sin prisa por el plácido sendero que llevaba hasta Millcote, libre de polvo debido a la tormenta de la noche anterior, y con los setos y árboles brillantes por el vivificante efecto de la lluvia—. Una tarde, hace dos semanas, aquel día en que me ayudaste a recoger heno de los prados, estaba tan cansado que me senté a descansar. Saqué un lápiz y un cuaderno y me puse a escribir sobre una desgracia que me sucedió hace mucho tiempo y sobre el deseo de vivir días mejores. Escribía deprisa, pues la luz del día se desvanecía, cuando algo subió por el sendero y se detuvo frente a mí. Lo miré. Era una cosa pequeña con un velo de telaraña en la cabeza. Le invité a acercarse y no tardó en subirse a mis rodillas. No hablamos, pero pudimos leernos los ojos y mantener una conversación sin palabras:

»Me dijo que era un hada que venía del reino de los elfos con la misión de hacerme feliz. Debía acompañarla lejos de este mundo hasta un lugar solitario, como puede ser la luna por ejemplo, e hizo un gesto con la cabeza señalando al astro que asomaba por detrás de las colinas de Hay. Me habló de la cueva de alabastro y de los valles plateados donde viviríamos. Le dije que me encantaría ir, pero le recordé, como tú hiciste hace un instante, que carecía de alas para volar.

»“¡Oh —me dijo el hada—, eso no importa! Aquí tienes un talismán que resolverá toda dificultad.” Entonces me dio un hermoso anillo de oro. “Ponlo —me dijo— en el cuarto dedo de mi mano izquierda, y seré tuya y tú serás mío, y ambos abandonaremos la tierra y viviremos más allá del cielo.” Y volvió a señalar hacia la luna. Ese anillo está en el bolsillo del pantalón, Adèle, oculto bajo la forma de un soberano, pero pronto lo transformaré de nuevo en anillo.

—¿Pero qué tiene que ver mademoiselle en todo esto? A mí no me importa el hada. Usted dijo que era a mademoiselle a quien quería llevar a la luna...

—Mademoiselle es un hada —dijo, bajando la voz en tono misterioso.

Ahí intervine yo, avisándola de que no creyera una sola palabra de todas esas bobadas; ella, por su lado, demostró poseer un fondo de genuino escepticismo francés: calificó al señor Rochester de *vrai menteur*,^[24] y le aseguró que no hacía el menor caso de sus *contes de fée*, y que, *du reste, il n’y avait pas de fées, et quand même il y en avait*.^[25] Estaba convencida de que nunca se le aparecerían a él, ni le darían anillos ni se ofrecerían a vivir con él en la luna.

La hora que pasamos en Millcote fue bastante embarazosa para mí. El señor Rochester me obligó a ir a una tienda de telas, donde me ordenó que eligiera media docena de vestidos. La verdad es que no me apetecía nada y le pedí dejarlo para otro día, pero no había opción: debíamos hacerlo ya. A fuerza de súplicas expresadas mediante enérgicos murmullos conseguí reducir a dos la media docena. Dos trajes cuya tela él se empeñó en escoger en persona. Observé nerviosa cómo recorría los coloridos estantes con la mirada. Acabó fijándose en una delicada seda de un brillante color de amatista y en un espléndido satén rosado. Con una nueva serie de murmullos, le informé que eso sería igual que comprarme un traje de oro o un sombrero de plata: nunca me atrevería a llevarlos. Con muchas dificultades (porque él era tozudo como una piedra), le convencí para que cambiara esos materiales por un sobrio satén de color negro y una seda en tono gris perla.

—Por hoy me conformo —dijo él—, pero quiero verla resplandeciente como un ramo de flores.

Me alegró salir por fin de la tienda, pero luego me llevó a una joyería. Cuantas más cosas compraba para mí, mayor era el ardor que cubría mis mejillas debido a un vergonzoso sentimiento de inferioridad. Mientras nos acomodábamos de nuevo en el carruaje y yo tomaba asiento, nerviosa y febril, recordé que en el tumulto de acontecimientos, tanto los buenos como los malos, había olvidado por completo la carta escrita por mi tío, John Eyre, a la señora Reed, en la que exponía su intención de adoptarme y hacerme heredera de su fortuna. «Lo cierto es que sería un consuelo disponer de un poco de independencia: no podré soportar que el señor Rochester me vista como a una muñeca o me sienta como una nueva Dánae bajo un chorro de oro. En cuanto llegue a casa, enviaré una carta a Madeira e informaré a mi tío John de que voy a casarme y con quién. Si sé que puedo aportar alguna dote a la fortuna del señor Rochester, soportaré mejor la idea de que él me mantenga», pensé. Y algo aliviada

por esta ocurrencia (que llevé a cabo ese mismo día), me atreví de nuevo a mirar a mi señor y enamorado a los ojos, que no cesaban de buscarme con insistencia mientras yo le rehuía. Sonrió, y pensé que su sonrisa era como la que un sultán satisfecho dirigiría a una de las esclavas a la que había cubierto de oro y joyas. Con decisión, estrujé su mano entre mis dedos y la aparté de la mía, roja de enfado.

—No hace falta que me mire así —dije—. Y, si lo hace, no me pondré otro vestido que no sean los que traje de Lowood hasta el fin de mis días. Me casaré con este sencillo traje de percal que llevo ahora: usted puede hacerse un traje nuevo con la seda de color gris perla y aprovechar el satén negro para confeccionarse una buena colección de chalecos.

Chasqueó la lengua y se frotó las manos.

—¡Oh, qué dulce resulta verte y oír tus palabras! —exclamó—. ¿No es original? ¿No es atrevida? No cambiaría a esta joven inglesa por todas las mujeres del harén de un sultán turco, por muchos ojos de gacela y formas voluptuosas que tuvieran.

La alusión oriental me molestó.

—Ni se le ocurra compararme con las mujeres de un serrallo, señor. Si es eso lo que busca, váyase a los bazares de Estambul sin perder tiempo y emplee todo su dinero en esclavas. ¡De la forma en que lo malgasta, da la impresión de no saber qué hacer con él!

—¿Y tú, Jane, qué harías mientras yo regateo para comprar tantas toneladas de carne y un surtido de ojos negros?

—Prepararme para ir de misionera a esos lares con el fin de inculcarles el sentimiento de libertad a todas esas mujeres, incluidas las que forman su harén. Haría que me admitieran y provocaría un motín. Y cuando usted, malvado pachá, acabara con las manos esposadas por gruesos grilletes, no accedería a cortar esas cadenas hasta que hubiera dictado la proclama más liberal que un tirano instauró jamás.

—No me importaría depender de tu piedad, Jane.

—No tendría la menor piedad, señor Rochester, si me suplicara con una mirada como esta. Con ese aspecto, no tendría dudas de que cualquier edicto que jurara bajo coacción quedaría sin valor en cuanto recobrarla la libertad.

—¿A qué viene todo esto, Jane? Temo que me obligues a celebrar una ceremonia privada, además de la boda ante el altar, en la que estipularás unas condiciones bastante peculiares. ¿Cuáles serían?

—Solo quiero tener libertad, señor, no sentirme obligada a usted por un exceso de obligaciones. ¿Recuerda lo que dijo de Céline Varens? ¿Los diamantes y los cachemires que le regalaba? No quiero ser su Céline Varens inglesa. Seguiré siendo la institutriz de Adèle: así me ganaré comida y alojamiento, además de treinta libras al año. Me ocuparé de llenar mi guardarropa con ese dinero y usted no tendrá que darme nada más que...

—¿Qué, Jane?

—Su atención, y si a cambio yo le concedo la mía, estaremos en paz.

—Desde luego, en lo que se refiere a imprudencia y orgullo no hay en el mundo otra como tú. ¿Te apetece cenar conmigo esta noche? —preguntó cuando cruzábamos la verja de Thornfield.

—No, señor, gracias.

—¿Y por qué ese «no, gracias», si me permite la pregunta?

—Nunca he cenado con usted, señor, y no veo ninguna razón para hacerlo si...

—¿Si qué? Te encanta dejar las frases a medias.

—Si puedo evitarlo.

—¿Acaso supones que en la mesa tengo las maneras de un ogro? ¿Te da miedo comer en mi compañía?

—No me he formado ninguna opinión al respecto, señor, pero prefiero seguir haciendo vida normal durante otro mes.

—Abandonarás tu esclavitud de institutriz ahora mismo.

—Pues, señor, y perdone, no pienso hacerlo. Tengo la intención de seguir con mi vida de siempre. Me mantendré lejos de su camino durante el día, como ha sido costumbre: si tiene ganas de verme, deberá esperar a la tarde y yo acudiré. Solo a esa hora.

—Quiero un cigarro, Jane, o una pizca de rapé, para consolarme de todo esto, *pour me donner une contenance*,^[26] como diría Adèle. Y, por desgracia, no llevo encima la pitillera o la caja de rapé. Escucha, ahora mandas tú, pequeña tirana, pero ya llegará mi hora: una vez te haya hecho mi esposa, te ataré, en sentido figurado, a una cadena como esta —dijo señalando la que sujetaba su reloj—. Sí, animalillo rebelde, te guardaré en el bolsillo, cerca del corazón, por miedo a perder una joya de tanto valor.

Mientras lo decía, me ayudó a bajar del coche. Le dejé ocupado en bajar a Adèle y me retiré escaleras arriba.

Aquella tarde volvió a llamarme a su presencia. Yo le tenía preparada una ocupación, ya que no me apetecía enfrascarme en una conversación *tête a tête*. No había olvidado lo bien que cantaba y sabía que, como a la mayoría de personas con buena voz, le encantaba hacerlo. Yo no era una solista, y según su fastidiosa opinión tampoco sabía tocar el piano, pero disfrutaba mucho con una buena actuación. Tan pronto como el crepúsculo, la hora del romance, empezó a desplegar su manto azul forrado de estrellas, fui hacia el piano, levanté la tapa y le pedí por favor que me dedicara una canción. Contestó que yo no era más que una bruja caprichosa, y que ya encontraríamos otro momento más adecuado para la música, pero le repliqué que nunca hay mejor momento que el presente.

—¿Te gusta mi voz? —preguntó.

—Mucho.

Nada más lejos de mi intención que hinchar su globo de vanidad, pero por una vez y por motivos de estricta conveniencia propia consentí en estimularlo.

—Solo si me acompañas al piano, Jane.

—Muy bien, señor. Lo intentaré.

Lo hice, pero no tardó en echarme de la banqueta llamándome «pequeña inútil». Y así, sin ceremonias, justo como deseaba, él ocupó mi lugar y se dispuso a acompañarse a sí mismo. Era tan buen pianista como cantante. Yo me senté en el alféizar de la ventana y observé el paisaje poblado de árboles serenos y prados en sombras mientras el aire se llenaba de una dulce melodía:

*Cuando el amor puro invade
al corazón con su manto,
la pasión recorre el cuerpo
en olas de miel y llanto.*

*Su llegada era el rocío,
su partida mi sequía,
un retraso, la tortura
que el corazón me oprimía.*

*¡Lo único que ansiaba
era tenerla a mi lado,
y a ello dediqué alma y cuerpo
sin reservas, sin engaños!*

*Pero nos separaba un trecho
escarpado y pedregoso,
un océano de espuma
violento, un negro foso.*

*Como un ladrón perseguido
por el bosque de la vida,
Poder, Razón, Pena y Enojo
entre ambos se interponían.*

*Desafié peligros, desoí advertencias
todo lo ignoraba por tenerla cerca,
ni las amenazas ni los peores llantos
pudieron quebrar mi decisión terca.*

*Mi paso se aceleraba
cabalgaba sobre el viento,
raudo como una centella,
frágil como un pensamiento.*

*Ahora sé que las nubes
enturbiarán nuestro trecho.
Pero no me importa, amor mío,
sé que el sol está al acecho.*

*No me atormentan pesares, ni dudas,
ni me embarga otro anhelo
que no sea el de abrazarte,
estrecharte contra el pecho.*

*Y, aunque mi condena sea el fuego eterno,
aunque la razón me arroje sus dudas
aunque el poderoso Dios decrete mi muerte,
soy feliz: ya nada me turba.*

*Ella me ha dado su mano,
ella me ha dicho, «sí, quiero.»
Y con esas palabras dulces, de compromiso sincero
hemos hecho un juramento:
Viviremos juntos, morirá conmigo,
de la mano iremos en el viaje eterno.
¡Que la eternidad acoja nuestro amor sin freno!*

Se levantó y vino hacia mí, y distinguí su rostro arrebatado y los destellos que refulgían en sus ojos de halcón, y la ternura y la pasión que se dibujaban en cada uno de sus rasgos. Por un momento me sentí desfallecer, pero enseguida me sobrepuse. No podía consentir una escena tan tierna, una demostración de amor tan sincera que nos ponía a ambos en peligro. Tenía que preparar un arma para defenderme; chasqué la lengua y, cuando llegó a mi lado, pregunté en tono áspero:

—¿Y se puede saber con quién planea casarse?

—Es una pregunta extraña viniendo de ti, querida Jane.

—¿Ah, sí? Pues yo la considero muy natural y necesaria: ha hablado de que su futura esposa morirá con él. ¿Qué quiere decir con esa frase pagana? Yo no tengo la menor intención de morir con nadie, de eso puede estar seguro.

—¡Todo lo que pedía, todo lo que ansiaba, era que viviera conmigo! La muerte no está hecha para hombres como yo.

—No importa: estoy dispuesta a morirme cuando llegue mi hora, pero tengo la intención de esperar a que esta llame a mi puerta, y no de acortar mi vida como suelen hacer las viudas orientales.

—¿Me perdonarás por esa idea egoísta? Dame un beso en señal de reconciliación.

—No, prefiero que me disculpe.

Me respondió llamándome «bestia sin corazón» y añadió que «cualquier otra mujer se habría deshecho al oír tales alabanzas cantadas en su honor».

Le aseguré que yo era de natural duro como una piedra, y que se lo demostraría a menudo. Es más, estaba dispuesta a dejarle ver algunos aspectos de mi carácter en esas cuatro semanas previas a la celebración de la boda: así conocería los defectos de la mercancía antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Te importaría calmarte y hablar como un ser racional?

Bien, me calmaría si era su deseo. En cuanto a la sensatez de mi discurso, me halagaba poder decir que, en mi opinión, este denotaba un excelente sentido común.

Resopló y masculló algo entre dientes dando evidentes muestras de impaciencia. «Muy bien —pensé—, puede echar todo el humo que quiera, pero estoy segura de que este es el mejor modo de tratarle. Me gusta mucho más de lo que puedo admitir, pero no me dejaré llevar por estas oleadas de sentimentalismo. Con el aguijón de la ironía, evitaré que usted caiga en el abismo. Además, el pinchazo le mantendrá a distancia, lo cual redundará en beneficio mutuo.»

Fui logrando que su irritación aumentara poco a poco hasta ponerle casi furioso. Después, cuando se retiró enfurruñado al otro extremo del salón, me levanté y me deslicé al exterior con un «buenas noches, señor», dicho en mi habitual tono respetuoso.

Apliqué este sistema durante las cuatro semanas de noviazgo y debo decir que fue todo un éxito. Pese a que él se mostraba enojado, yo sabía que en el fondo la situación le divertía extraordinariamente y que una actitud más dócil por mi parte, la típica sumisión de un cordero unida al sentimentalismo ñoño de una paloma, solo habría servido para alimentar su despotismo sin complacer a su buen juicio, ni a su sentido común, ni siquiera a su gusto personal.

En presencia de otras personas yo me comportaba de forma tranquila y respetuosa. Cualquier otra conducta habría estado fuera de lugar. Era solo durante las conversaciones vespertinas cuando me empeñaba en irritarle. Cada día me mandaba a llamar a las siete en punto; sin embargo, ahora ya no me recibía con palabras como «amor» y «cariño»: los mejores calificativos que me dedicaba eran «animalillo respondón», «duende malicioso», «espíritu burlón» o «atrevida». En lugar de caricias, me ofrecía muecas; en lugar de tomarme la mano, me pellizcaba el brazo; en lugar de un beso en la mejilla, me propinaba un tirón de orejas. Perfectamente: por el momento prefería este tipo de conducta malhumorada a otra más tierna. Constaté que la señora Fairfax lo aprobaba: comprobar como se esfumaba su ansiedad por mí, me confirmó que estaba obrando como es debido. Mientras tanto, el señor Rochester afirmaba que le estaba dejando en los huesos y amenazaba vengarse de mi conducta en un futuro próximo. Yo me reía de sus advertencias. «Si ahora puedo tenerle a raya —le señalaba—, no dudo que podré hacerlo después: si este método no funciona, ya buscaré otro.»

Pese a todo, no era una tarea fácil. A menudo habría cedido a la tentación de ser

amable en lugar de despectiva. Mi futuro esposo estaba convirtiéndose en todo mi mundo; más que eso, en la esperanza del cielo. Se interponía ante mí y la religión, como un eclipse oculta el sol de la mirada de hombres. En esos días no podía ver a Dios, porque había convertido en ídolo a una de sus criaturas.

El mes de noviazgo llegaba a su fin: estábamos en las últimas horas. Se acercaba el día de la boda y se habían realizado ya todos los preparativos. Al menos, yo lo tenía todo listo: mis baúles estaban llenos, cerrados, atados y alineados formando un ordenado grupo apoyado contra la pared de mi pequeña estancia. Mañana a estas horas, Dios mediante, estarían de camino a Londres, al igual que yo. Bueno, no yo: una tal Jane Rochester a quien aún no conocía. Lo único que faltaba era enganchar en ellos las etiquetas con mi nombre. Las cuatro estaban en el cajón; el propio señor Rochester las había relleno: «Señora Rochester, hotel...». Sin embargo, yo no me atrevía a utilizarlas. ¡La señora Rochester! No era alguien real: no nacería hasta el día siguiente, sobre las ocho de la mañana, y estaba decidida a esperar que hubiera visto la luz antes de asignarle ninguna propiedad. Ya era suficiente con que el armario que había junto al tocador estuviera lleno de unos vestidos propiedad de esa señora Rochester, y que habían substituido a mi austero traje de Lowood y al sombrero de paja. Porque no era a mí a quien pertenecía aquel vestido de novia de color gris perla, ni el velo vaporoso colgado de la percha. Cerré el armario para perder de vista su extraño y lujoso contenido que a esas horas confería un aspecto fantasmagórico a las sombras de la estancia. «Voy a dejarte solo, sueño blanco —dije—. Me inquietas: oigo el bramido del viento. Quiero salir al exterior y sentir su fuerza.»

No eran solo las prisas de los preparativos los causantes de esa inquietud, ni tampoco la intuición de la nueva vida que se abriría ante mí en pocas horas. Es obvio que ambas circunstancias contribuían a crear ese estado de nerviosismo que me hacía salir a esas horas a los oscuros campos, pero había algo más: una tercera causa que influía en mi estado de ánimo.

Un presagio extraño me atenazaba el corazón. Un acontecimiento que escapaba al alcance de mi comprensión había tenido lugar la noche anterior. Solo yo había sido testigo de ese suceso, ya que el señor Rochester se hallaba ausente y aún no había regresado: unos asuntos que quería dejar zanjados antes de nuestro viaje al continente habían reclamado su presencia en unas granjas que poseía a cincuenta kilómetros. Lo único que podía hacer era esperar su retorno, ansiosa de aliviar mi mente de las preocupaciones que la acechaban y de encontrar en él una solución al angustiante enigma. Quédate hasta que llegue, lector, y así, cuando le desvele el secreto, compartirás con él mis confidencias.

Me dirigí hacia el huerto para refugiarme del viento del sur, que no había parado de soplar en todo el día, sin traer a cambio ni una gota de lluvia. A medida que avanzaba la noche, el viento pareció enfurecerse y aumentar el brío de su rugido: los árboles llevaban más de una hora inclinados hacia un lado, incapaces de mantener las ramas erguidas ante aquella fuerza que las empujaba hacia el norte; las nubes se movían sin parar en una sucesión constante de masas oscuras resueltas a ocultar el sol durante todo aquel día de ese mes de julio.

Debo admitir que sentí un cierto placer salvaje en correr frente al viento, descargando mis dilemas en el potente torbellino de aire que sacudía el espacio. Al descender por el paseo de los laureles, me enfrenté a los restos del viejo castaño. Ahí estaba, partido y carbonizado. El tronco, cortado en dos, parecía un moribundo que ansiara respirar. Aunque las dos mitades no estaban del todo separadas —la fuerza de las raíces y la solidez de la base las mantenían ligadas por debajo del suelo—, todo signo de vida estaba destruido: ya no fluía por ellas ni una gota de savia. Las inmensas ramas estaban muertas; las tormentas del próximo invierno les darían el golpe de gracia, derribándolas al suelo. Pese a todo, aún podía decirse que era un árbol; tal vez arruinado y muerto, pero su esencia seguía allí.

«Hacéis bien en sosteneros una a otra —les dije, como si esos trozos de madera monstruosos fueran seres vivos y pudieran oírme—. Pese a vuestro aspecto herido, negro y derrotado, queda en vosotras algún signo de vida: os mantenéis unidas por las fieles y honestas raíces. Nunca volveréis a tener hojas verdes, los pájaros no anidarán de nuevo en vosotras ni entonarán melodías; el tiempo del amor y el placer ha terminado, pero al menos no estáis solas: ambas compartís esa decadencia.» Al levantar la mirada hacia la copa, la luna apareció por un instante en el fragmento de cielo que penetraba por la fisura del tronco. Era un disco rojo como la sangre y estaba parcialmente cubierto. Parecía lanzarme una mirada cargada de incertidumbre y de temor, pero enseguida se ocultó otra vez detrás de una gran masa de nubes. El viento dejó de soplar sobre Thornfield durante un segundo; a lo lejos, más allá del bosque y del agua, soltaba su gemido salvaje y melancólico. Me entristecía y huí de él.

Deambulé un rato por el huerto, recogiendo algunas manzanas que habían caído del árbol sobre la hierba que cubría las gruesas raíces. Más tarde, me dediqué a separar las maduras de las verdes, volví a casa y las dejé en la despensa. Luego pasé por la biblioteca para asegurarme de que el fuego siguiera encendido; estaba segura de que, aunque estábamos en verano, al señor Rochester le gustaría ver una buena lumbre cuando llegara. Sí, alguien había avivado el fuego y este ardía con fuerza. Coloqué su butaca en uno de los lados de la chimenea y arrastré la mesa junto a ella; corrí la cortina e hice que trajeran algunas velas. La inquietud que me atosigaba era tan grande que no pude sentarme una vez hube terminado de realizar estas pequeñas tareas; ni siquiera me sentía con ánimos de quedarme en el interior de la casa. El reloj pequeño de la biblioteca y el gran carrillón del vestíbulo dieron las diez al mismo tiempo.

«¡Qué tarde se está haciendo! —me dije—. Bajaré hasta la verja. A ratos sale la luna e ilumina el sendero. Él no puede tardar, y adelantarme a su llegada a la casa me ahorrará unos minutos de angustia.»

El viento rugía por encima de los enormes árboles que rodeaban la verja, pero, por lo que pude ver, los dos lados del camino seguían tranquilos y solitarios: habría sido una larga y pálida línea, inmóvil bajo la luna, si el paso de las nubes no lo hubiera ensombrecido de vez en cuando.

Una lágrima infantil se asomó a mis ojos mientras esperaba, una muestra de disgusto e impaciencia. Avergonzada, la enjuagué. Caminé sin rumbo. La luna decidió encerrarse en sus aposentos y corrió la cortina de densas nubes tras ella: la noche se hizo más oscura y la lluvia se acercó, cabalgando sobre el vendaval.

«¡Ojalá llegue pronto! ¡Ojalá ya estuviera aquí!», exclamé, agitada por un negro presagio. Debía llegar antes de la hora del té, y, sin embargo, no teníamos aún noticias suyas. ¿Qué podía retenerle hasta tan tarde? ¿Habría sufrido un accidente? Lo sucedido la noche anterior volvió a mi memoria y lo interpreté como el augurio de un desastre. Las esperanzas que albergaba eran demasiado hermosas para que se hicieran realidad. Eran tantas las alegrías que había vivido últimamente que supuse que mi fortuna había llegado al cenit y empezaba por tanto a declinar.

«No puedo volver a casa —pensé—. Soy incapaz de sentarme junto al fuego mientras él está a merced de este tiempo inclemente: prefiero fatigar las piernas a sentir ese peso que me oprime el corazón. Me adelantaré a recibirle.»

Salí a buen paso, pero no tuve que ir muy lejos. No habría recorrido ni quinientos metros cuando el inconfundible sonido de un caballo que se acercaba llegó a mis oídos. Un jinete se acercaba al galope con un perro trotando a su lado. ¡Adiós, malos presagios! Era él: ahí estaba, montado sobre Mesrour y seguido de Pilot. Me vio, pues la luna había dibujado un claro en el cielo y brillaba anunciando agua. Él me saludó moviendo el sombrero al viento. Yo corrí hacia él.

—¡Vaya! —exclamó, mientras me alargaba la mano y se inclinaba hacia mí—. Está claro que me echas de menos. Apóyate en la punta de la bota, dame las dos manos, ¡y sube!

Le obedecí. La alegría me había dado agilidad y salté a lomos del animal. Me recibió con un beso de bienvenida y otras manifestaciones de contento que soporté tan bien como pude. Interrumpió un momento sus exultantes muestras para preguntar:

—¿Ha sucedido algo, Jane, que te haya hecho venir a recibirme a estas horas? ¿Pasa algo malo?

—No. Pensé que no llegaría nunca, señor. No podía soportar seguir esperándole en la casa, con este tiempo lluvioso y desapacible.

—¡Sí, llueve y el viento es fuerte! Tiembles como una sirena. Ponte la capa alrededor. Creo que tienes fiebre, Jane. Te arde la mano, y también las mejillas. Repito la misma pregunta: ¿hay algo que quieras contarme?

—Ya nada. No tengo miedo ni me siento desgraciada.

—¿Sentiste ambas cosas?

—Sí. Pero temo que se reirá de mí cuando se lo cuente, señor.

—No me atreveré a reírme de ti hasta que el día de mañana haya pasado. Hoy todavía no tengo el premio seguro en mis manos. Un premio que se ha mostrado resbaladizo como una anguila durante todo este mes, doloroso como una rosa con espinas. Pusiera donde pusiera el dedo, me pinchaba... Y ahora, en cambio, tengo en brazos a un cordero asustado que se escapó de la granja en busca de su pastor, ¿no es

así, Jane?

—Quería verle. Pero no se enorgullezca tanto de ello. Ahora que hemos llegado a Thornfield, déjeme bajar.

Me depositó con suavidad en el suelo. Mientras John se ocupaba del caballo, caminamos hacia el vestíbulo. Él me dijo que fuera a ponerme algo seco y me hizo prometer que bajaría a la biblioteca cuanto antes. Cumplí la promesa: en cinco minutos me reuní con él. Le encontré cenando.

—Siéntate y hazme compañía, Jane. Si Dios quiere, esta es la última comida que tomaremos en Thornfield en mucho tiempo.

Tomé asiento a su lado, pero le dije que no tenía hambre.

—¿Son los nervios lo que te ha quitado el apetito, Jane? ¿La perspectiva de un largo viaje te inquieta?

—Esta noche no estoy muy segura de cuáles son mis perspectivas, señor, y apenas reconozco los pensamientos que me rondan por la cabeza. Toda mi vida parece algo irreal.

—Excepto yo. Soy un ente totalmente material. Tócame y lo verás.

—Usted, señor, es lo más fantasmal de todo... No es más que un sueño.

Extendió el brazo, riéndose.

—¿Es esto un sueño? —preguntó acercándolo a mis ojos. Tenía una mano grande y firme y un brazo largo y musculoso.

—Sí, lo es. Aunque pueda tocarlo —le respondí apartándolo de mí—. ¿Ha terminado de cenar, señor?

—Sí, Jane.

Hice sonar el timbre y ordené que retiraran el servicio. Cuando nos quedamos solos de nuevo, avivé el fuego y me senté en una banqueta baja a los pies de su sillón.

—Es casi medianoche —comenté.

—Sí, Jane. Pero te recuerdo que hace tiempo me prometiste pasar en vela conmigo la víspera de mi boda.

—Lo recuerdo, y estoy dispuesta a mantener la promesa, al menos durante un par de horas. No tengo ganas de acostarme.

—¿Ya has completado los preparativos?

—Todo está listo, señor.

—Por mi parte, también he resuelto todos los asuntos que tenía pendientes. Nos iremos de Thornfield mañana, media hora después de la ceremonia.

—Muy bien, señor.

—¡Con qué sonrisa tan extraordinaria has dicho esas palabras, Jane! ¡Qué hermoso brillo se extiende por tus mejillas y qué extraña luz despiden tus ojos! ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí.

—¡Crees! ¿Qué sucede? Dime cómo te sientes.

—No podría, señor. No hay palabras para describir mis sentimientos. Desearía

que este momento no acabara nunca. ¿Quién sabe qué destino nos deparará el nuevo día?

—No seas hipocondríaca, Jane. Has estado sometida a mucha excitación, has trabajado demasiado...

—Señor, ¿se siente sereno y feliz?

—¿Serenos? No... ¡Pero feliz! Feliz hasta la médula.

Le miré para descubrir en su rostro señales de esa felicidad. Le vi ardiente y enrojecido.

—Confía en mí, Jane. Cárgame con el peso que oprime tu mente. ¿Qué es lo que temes? ¿Qué no resulte ser un buen marido?

—Nada más lejos de mis pensamientos.

—¿Te pone nerviosa el hecho de acceder a una nueva esfera social, a un nuevo estilo de vida?

—No.

—Me confundes, Jane. Me inquieta el tono de tu voz, y esa mirada triste y desafiante a la vez. Quiero una explicación.

—Entonces, haga el favor de escucharme, señor. Usted no estuvo en casa la noche pasada.

—Así es. Ya sé: y recuerdo que has mencionado que se trata de algo que ha sucedido en mi ausencia. Nada importante, seguro, pero que en definitiva te ha afectado de algún modo. Cuéntamelo. ¿Se trata de un comentario de la señora Fairfax? ¿O acaso los cotilleos de los criados han herido tu sensibilidad?

—No, señor.

Dieron las doce. Esperé hasta que los dos relojes hubieron concluido sus cometidos, uno en forma de melódica serenata y el otro con golpes vibrantes y roncós. Solo entonces empecé a hablar.

—Ayer estuve muy ocupada durante todo el día, sintiéndome muy feliz de tener tanta actividad. No albergo ningún temor de los que usted mencionó antes: le amo, y por tanto creo que la posibilidad de vivir con usted es algo maravilloso. No, señor, no me acaricie ahora; déjeme hablar sin interrupciones. Ayer confiaba en la Providencia y creía que todo funcionaba a la perfección para los dos. Si recuerda, hizo un día precioso: la calma que se respiraba en el aire y el cielo alejaban de mí cualquier temor que pudiera sentir por su seguridad durante el viaje. Estuve un rato paseando por el jardín pensando en usted y me parecía tenerle tan cerca que apenas notaba su ausencia. Pensé en la vida que me aguardaba, la vida con usted, señor, una existencia más movida y emocionante que la mía: como turbulentas son las profundidades del mar hacia las que se dirige el arroyo en comparación con los recodos de su estrecho caudal. Me preguntaba por qué los moralistas claman que este mundo es salvaje y despiadado cuando ante mis ojos florecía como una rosa. Al atardecer, el aire se volvió frío y el cielo se nubló, por lo que decidí entrar. Sophie me llamó para que subiera a ver el vestido de novia que acababan de traer, y en el fondo de la caja hallé

su regalo: ese velo que, llevado por su extravagancia principesca, pidió usted a Londres, resuelto, supongo, a engañarme para que aceptara algo tan costoso a cambio del rechazo de las joyas. Sonreía mientras lo desdoblaba, anticipando cómo iba a reírme de sus gustos aristocráticos y de sus esfuerzos por disfrazar a una novia plebeya con atavíos de cortesana. Se me ocurrió enseñarle el pedazo de tela cuadrado y sin adorno ninguno que yo misma había hecho para cubrirme la cabeza de origen humilde y preguntarle si no le parecía lo bastante bueno para una mujer que no aportaba al matrimonio fortuna, belleza ni posición. Imaginé su cara al verlo, y sus impetuosas réplicas republicanas, y su afirmación contundente de que no se casaba para ganar fortuna o mejorar de ambiente social.

—¡Qué bien me conoces, bruja! —intervino el señor Rochester—. Dime, ¿qué encontraste en el velo aparte de los bordados? ¿Había en él veneno, una daga, algo que te entristeciera de este modo?

—No, señor. Además de la exquisitez y riqueza de la tela, no hallé en él más que una muestra del orgullo típico de un Fairfax Rochester, y eso no me asusta: a ese demonio ya sé cómo manejarle. Pero, señor, a medida que oscurecía, arreció el viento: no soplaba como ahora, fiero y elevado, sino con un silbido lúgubre y lastimero. Añoré su presencia en la casa. Entré en esta sala: la visión de la butaca vacía y la chimenea apagada me dejaron helada. Me acosté, pero no logré conciliar el sueño, agitada por una aprensión incómoda. La ventisca, cada vez más fuerte, parecía susurrarme al oído la letanía de un cortejo fúnebre. Si venía del interior de la casa o del exterior no sabría decirlo, pero proseguía, ganando en tristeza y desesperación a cada momento. Al final decidí que debía tratarse de un perro que aullaba a lo lejos y me alegré de que cesara. Sin embargo, el temor de la noche me persiguió en sueños. Y también el deseo de tenerle cerca. Tuve la extraña sensación de que una barrera nos separaba. Soñé que recorría un sendero serpenteante y desconocido, mientras la oscuridad me envolvía y la lluvia me calaba la ropa. Avanzaba con un bebé en los brazos, una criatura muy pequeña, demasiado débil para andar y que buscaba cobijo en mis fríos brazos sin parar de llorarme al oído. Señor, pensaba que usted iba por ese mismo camino y apresuré el paso para alcanzarle, haciendo esfuerzos incesantes por gritar su nombre y pedirle que se detuviera, pero mis pies no se despegaban del suelo y las palabras morían en la garganta, mientras usted se iba alejando y alejando, cada vez más.

—¿Y son estos los sueños que pesan sobre tu espíritu, Jane, ahora que ya estoy cerca de ti? ¡Animalillo nervioso! Olvida tus visiones nocturnas y límitate a pensar en la felicidad real. Has dicho que me amas, Janet. Sí, no lo olvidaré y ya es tarde para que lo niegues. Esas palabras no han muerto en tu garganta. Las he oído de forma clara y concisa, dichas en un tono demasiado solemne tal vez pero tan dulce como la más bella melodía: «Le amo y creo que es maravilloso tener la oportunidad de vivir con usted, Edward». ¿Me amas, Jane? Repítelo.

—Le amo, señor, con toda mi alma.

—Bien —dijo tras unos minutos de silencio—, resulta extraño, pero esa frase se ha clavado en mi pecho como un cuchillo. ¿Por qué? Tal vez por la devoción religiosa que evocaban tus palabras, o porque leo en tus ojos la expresión sublime de virtudes como la fe y la sinceridad... Es como si tuviera al lado a un espíritu. Prefiero que me mires con cara de malvada, como sueles hacer: dibuja en tus labios una de esas retorcidas sonrisas tuyas, Jane, a medio camino entre la timidez y la provocación; dime que me odias, ríete de mí, búrlate, haz lo que sea, pero provócame. Prefiero mil veces sentir ira que melancolía.

—Me burlaré de usted a placer cuando haya acabado con mi relato, pero, por favor, escúchelo hasta el final.

—Pensé que ya me lo habías contado todo, Jane. ¡Creía que ese sueño era la causa de tu tristeza!

Negué con la cabeza.

—¿Hay algo más? No creo que sea nada importante. Te advierto de mi incredulidad de antemano. Prosigue.

La inquietud que revelaban sus maneras y la impaciencia que leía en su rostro me sorprendieron un poco, pero seguí con mi historia.

—Tuve otro sueño, señor. Vi Thornfield Hall en ruinas, invadido por murciélagos y búhos. De la fachada principal solo quedaba un muro desconchado, alto y frágil. Había luna llena, y mientras deambulaba sobre los hierbajos que habían crecido alrededor, tropecé con un pedazo de la chimenea de mármol y luego con un trozo de la cornisa que se había desprendido del techo. Aún llevaba en los brazos aquel bebé desconocido, envuelto en un chal. Era incapaz de dejarlo en ningún sitio, por mucho que me pesara y por mucho que ese peso entorpeciera mi avance. Hasta mí llegó el rumor de un caballo lejano: estaba segura de que era usted, que partía al extranjero por mucho tiempo. Histérica, exponiéndome al peligro, escalé el muro, ansiosa por verle antes de que se fuera. En mi ascenso las piedras rodaban bajo mis pies y las ramas de hiedra me impedían el paso; el bebé se agarraba a mi cuello con fuerza, aterrado, hasta casi estrangularme. Por fin, llegué a la cima. Le vi, galopando como una flecha sobre el camino blanco, haciéndose más pequeño a cada momento. Estaba al límite de mis fuerzas, me senté en el borde del muro y coloqué al bebé en mi regazo. Entonces usted dobló un recodo del camino y yo me incliné para verle por última vez. El muro crujió y yo me agarré a él; el niño resbaló de mis rodillas, perdí el equilibrio, me caí y desperté.

—Bueno, Jane, ya ha pasado todo...

—Esto fue solo el principio, señor. La historia acaba de empezar. Cuando desperté, distinguí un resplandor. Pensé que ya era de día, pero me equivoqué: era solo la luz de una vela. Supuse que se trataba de Sophie. Había luz en el tocador, y la puerta del armario donde había colgado el vestido de novia antes de acostarme estaba abierta. Oí un crujido procedente de allí y grité: «¿Eres tú, Sophie? ¿Qué haces ahí?». Nadie respondió, pero una silueta emergió del armario. Cogió la vela, la sostuvo en lo

alto y contempló los adornos que colgaban de la percha. Volví a gritar «¡Sophie! ¡Sophie!», pero solo me respondió el silencio. Me incorporé en la cama y me incliné. Al principio me detuvo la sorpresa, señor, pero esta enseguida cedió el paso al terror y la sangre se me heló en las venas. Señor Rochester, no era Sophie, ni Leah, ni la señora Fairfax. Ni tampoco, y estoy segura de ello, era esa extraña mujer, Grace Poole.

—Tuvo que ser una de ellas —interrumpió el señor.

—No, señor. Se lo juro. No había visto esa silueta en todo el tiempo que llevo en Thornfield Hall. Tanto su altura como su aspecto me eran desconocidos.

—Descríbela, Jane.

—Me pareció una mujer, señor, alta y grande, con espesos y oscuros cabellos colgando a su espalda. Ignoro qué vestido llevaba: era blanco y recto, pero no puedo decir si era un camisón, una sábana o una mortaja.

—¿Le viste la cara?

—Al principio no. Pero entonces cogió el velo, lo levantó, lo observó con atención, se lo puso en la cabeza y se volvió hacia el espejo. En ese momento sus rasgos se proyectaron con absoluta nitidez en el oscuro cristal ovalado.

—¿Cómo eran?

—Terribles, pavorosos... ¡Señor, nunca había visto una cara como aquella! Carecía de color, había algo salvaje en ella. ¡Ojalá pudiera olvidar esos ojos enrojecidos y esa tremenda hinchazón que cubría su semblante!

—Los fantasmas suelen estar pálidos, Jane.

—Este no, señor. Era más bien violáceo. Tenía los labios hinchados y ennegrecidos; la frente arrugada y las cejas espesas dibujadas sobre unos ojos inyectados en sangre. ¿Le digo a quién me recordó?

—Como deseas.

—A ese espectro germánico, el Vampiro.

—¡Ah! ¿Y qué hizo?

—Señor, se quitó el velo de la cabeza, lo rasgó en dos mitades, las tiró al suelo y las pisoteó.

—¿Y después?

—Corrió la cortina de la ventana y miró al exterior. Quizá se diera cuenta de que no tardaría mucho en amanecer, y, cogiendo de nuevo la vela, se retiró hacia la puerta. Justo cuando pasaba por mi lado, la figura se detuvo: me miró con aquellos ojos enfebrecidos, me acercó la vela a la cara y la apagó bajo mis ojos. Era consciente de que tenía los ojos clavados en los míos. Me desmayé: por segunda vez en mi vida, el terror me venció.

—¿Quién estaba a tu lado cuando recobraste la consciencia?

—Nadie, señor. Era ya de día. Me levanté, metí la cabeza y la cara bajo el chorro de agua y luego bebí un buen trago. Me sentí débil, pero no enferma, y decidida a no contar a nadie lo sucedido excepto a usted. ¡Señor, dígame ahora quién o qué era esa

mujer!

—El resultado de un cerebro demasiado agitado, eso seguro. Debo tener cuidado contigo, querida. Unos nervios como los tuyos no están hechos para emociones fuertes.

—Señor, puedo asegurar que no les pasa nada malo a mis nervios. La imagen era real: el encuentro tuvo lugar.

—¿Y los sueños anteriores también fueron reales? ¿Thornfield Hall es ahora una ruina? ¿Existen obstáculos insalvables que nos separan? ¿Acaso te he abandonado sin soltar una lágrima, sin un beso de despedida, sin un adiós?

—Aún no.

—¿Y crees que voy a hacerlo? Una vez pasado el día en que nos unamos de forma indisoluble, juro que me ocuparé de que estos terrores imaginarios no vuelvan a afectarte.

—¡Terrores imaginarios! Ojalá fuera solo eso; desearía creerlo más que nunca, ahora que veo que ni siquiera usted es capaz de explicar esa horrenda aparición.

—Señal de que no es real, Jane.

—Pero, señor, lo mismo me he dicho yo esta mañana. He recorrido la habitación con la mirada buscando consuelo en los objetos familiares a la luz del día, y entonces, sobre la alfombra, he visto algo que contradecía esta tranquilizadora hipótesis: el velo, rasgado en dos mitades.

Advertí que el señor Rochester estaba temblando; me estrechó entre sus brazos con fuerza.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¡Si algo maligno se acercó hacia ti es una suerte que lo único dañado sea el velo! No quiero pensar en lo que podría haber pasado.

Jadeaba y me apretaba con tanta fuerza que yo apenas podía respirar. Tras unos minutos de silencio, comenzó a hablar en tono confiado.

—Bueno, Jane, creo que ha llegado la hora de explicarte todo esto. Fue medio sueño, medio realidad: no hay duda de que una mujer entró en tu habitación. Esa mujer era, tuvo que ser, Grace Poole. Tú misma has dicho muchas veces que es una mujer extraña y tienes motivos para pensarlo. Acuérdate de lo que me hizo, del ataque a Mason... En un estado entre el sueño y la vigilia, notaste su entrada y advertiste sus acciones; sin embargo, con una angustia extrema, rozando con el delirio, le diste una apariencia maligna bien distinta a la real: esos cabellos desordenados, la cara arrugada y oscura, una estatura gigantesca. Todo era producto de tu imaginación, el fruto de una pesadilla. La rotura del velo es un acto de despecho muy propio de ella. Veo que tienes ganas de preguntarme por qué mantengo en casa a una mujer como esa: te lo explicaré cuando llevemos casados un año y un día, no antes. ¿Estás satisfecha, Jane? ¿Aceptas mi solución del enigma?

Reflexioné, y me pareció que era la única explicación posible. No estaba satisfecha, pero fingí estarlo para complacerle. Al menos, me sentía aliviada, así que le dirigí una sonrisa. Eran ya más de la una y me dispuse a retirarme.

—Sophie comparte habitación con Adèle, ¿no? —me preguntó al ver que encendía una vela.

—Sí, señor.

—Y hay sitio de sobras para ti en la cama de la niña. Duerme con ella esta noche, Jane: no sería extraño que esa mala experiencia te afectara a los nervios, y preferiría que no durmieras sola. Prométeme que harás lo que te digo.

—Con mucho gusto, señor.

—Asegúrate de cerrar bien la puerta por dentro. Despierta a Sophie cuando subas bajo el pretexto de confirmar la hora a la que debe avisarte mañana. Recuerda que debes estar vestida y desayunada antes de las ocho. Y ahora, alejemos estos sombríos pensamientos: olvídate de toda preocupación, Jane. ¿No notas que el viento ha disminuido, que ahora es solo un leve murmullo? La lluvia ya no azota los cristales. ¡Mira! —dijo levantando la cortina—. Hace una noche preciosa.

Tenía razón. La mitad del cielo aparecía impoluto y nítido; las nubes, empujadas por el viento de poniente, avanzaban hacia levante en alargadas columnas plateadas. La luna brillaba serena.

—Y bien —dijo el señor Rochester, mirándome fijamente a los ojos—. ¿Cómo se siente ahora la pequeña Jane?

—La noche se ha calmado, señor, y también yo.

—Prométeme que esta noche no soñarás en separaciones y tragedias, sino en amores felices y uniones eternas.

La predicción se cumplió a medias: no hubo penas en mis sueños, aunque tampoco alegrías. La verdad es que no conseguí dormirme. Me pasé la noche abrazada a la pequeña Adèle, contemplando el brillo tranquilo, reposado e inocente que emana de la infancia, mientras esperaba que llegara el alba. Todas las expectativas se conjuraron para mantenerme despierta y me levanté con los primeros rayos de sol. Recuerdo que Adèle me abrazó con fuerza cuando fui a soltarme, recuerdo que le di un beso mientras apartaba sus manitas del cuello y que rompí a llorar, embargada por la emoción. Me marché, temiendo que mis sollozos acabaran interrumpiendo su plácido descanso. Ella era el símbolo de mi vida pasada, mientras que aquel con quien estaba a punto de reunirme, era la expresión, temida y adorada a la vez, del incierto futuro que comenzaba ese día.

Sophie vino a vestirme a las siete en punto, pero tardó mucho en hacerlo, tanto que el señor Rochester, impaciente ante mi retraso, hizo que alguien subiera a preguntar el motivo de mi tardanza. En ese momento, se disponía a sujetar el velo con un broche (al final, el sencillo adorno de percal) sobre mis cabellos. Me zafé de sus manos tan pronto como pude.

—¡Deténgase! —gritó en francés—. Mírese al espejo, aún no se ha visto ni una vez.

Me volví hacia la puerta: el cristal me devolvió la imagen de una figura ricamente ataviada y cubierta con un velo, tan distinta de la habitual que apenas pude reconocerme. «¡Jane!», gritó una voz desde abajo, y yo corrí hacia su propietario. A los pies de la escalera me esperaba el señor Rochester.

—¿Quieres volverme loco? —dijo—. ¡El cerebro me arde de impaciencia, y tú tardas horas en bajar!

Me acompañó al comedor, sin dejar de repasarme con los ojos. Su veredicto fue que «era bella como un lirio, alguien de quien podía a la vez sentirse orgulloso y desear con todo su cuerpo», y luego, tras informarme de que solo pensaba concederme diez minutos para el desayuno, hizo sonar el timbre. Uno de los criados que había entrado recientemente en la casa, un lacayo, acudió a la llamada.

—¿John tiene listo el carruaje?

—Sí, señor.

—¿Ya han bajado las maletas?

—Lo están haciendo ahora mismo, señor.

—Ve a la iglesia; comprueba que hayan llegado el señor Wood, el párroco, y el sacristán, y vuelve a informarme.

Como el lector ya sabe, la iglesia estaba justo pasada la verja. El lacayo regresó enseguida.

—El señor Wood está en la sacristía, señor, poniéndose la sobrepelliz.

—¿Y el carruaje?

—Están enganchando los caballos en este momento.

—No lo necesitaremos para ir a la iglesia, pero debe estar listo para cuando volvamos, con los baúles y maletas dispuestos en el interior y el cochero sentado en el pescante.

—Sí, señor.

—Jane, ¿preparada?

Me levanté. No había pajes, ni damas, ni parientes que formaran el cortejo, nadie excepto el señor Rochester y yo misma. La señora Fairfax nos vio pasar desde el vestíbulo. Me habría gustado detenerme para hablar con ella, pero una tenaza de acero me sujetaba la mano. Una tenaza que me arrastraba con tanta fuerza que apenas podía seguirla. El rostro del señor Rochester indicaba que no estaba dispuesto a

tolerar un segundo de retraso, bajo ningún pretexto. Me pregunto si algún otro novio compartió su aspecto, tan entregado a una causa, tan decidido a cumplir con su propósito, con los ojos echando fuego.

Ni siquiera sé si hacía buen día o no. Al bajar por el paseo, no miré ni al cielo ni al suelo: tenía los ojos puestos en el corazón, incapaces de ver nada que no fuera el señor Rochester. Quería descubrir al ser invisible que parecía nublar con tanta fuerza su mirada, dándole un aire tan fiero. Quería sentir los pensamientos que se agitaban en su mente, en lucha contra sí mismos.

Se detuvo frente a la reja del cementerio al notar que me faltaba el aliento.

—¿Me estoy comportando de forma cruel, amor mío? —dijo—. Parémonos un instante; apóyate en mí, Jane.

Y ahora recuerdo la imagen de la casa de Dios, de piedra gris, que se alzaba con serenidad ante mí, de un grajo que revoloteaba alrededor del campanario sobre el fondo de un cielo rojizo. También recuerdo algo más: las lápidas salpicadas de verde del cementerio. Y no he olvidado tampoco la presencia de dos figuras desconocidas que caminaban entre las tumbas, leyendo los epitafios grabados sobre la piedra enmohecida. Advertí que, cuando nos vieron, se encaminaron hacia la parte trasera de la iglesia, y no tuve ninguna duda de que iban a entrar por la puerta lateral para asistir a la ceremonia. El señor Rochester no los vio, puesto que sus ojos no se apartaban de mi cara, a la que daba la impresión de faltarle sangre. Sentía la frente húmeda, y los labios y las mejillas fríos. Cuando me recobré, unos segundos después, me acompañó con delicadeza y sin prisas por el sendero que conducía hasta el porche.

Entramos en el sereno y humilde templo. El pastor nos esperaba en el altar mayor, con la sobrepelliz blanca puesta, y el sacristán de pie a su lado. El silencio era absoluto: solo dos sombras se movieron en una esquina. Por tanto, mi suposición se confirmaba: los desconocidos se habían deslizado hacia el interior antes que nosotros y ahora se hallaban cerca de la cripta de los Rochester, de espaldas a nosotros, contemplando la antigua y gastada tumba de mármol que había tras las rejas y al ángel guardián que custodiaba de rodillas los restos de Damer de Rochester, muerto en Marston Moor durante las guerras civiles, y de su esposa Elizabeth.

Ocupamos nuestro lugar frente al altar. Oí el rumor de un paso precavido a mi espalda y lancé una mirada por encima del hombro: uno de los desconocidos, sin duda un caballero, avanzaba hacia el coro. Se inició el servicio. El pastor explicó en qué consistía el matrimonio y prosiguió, inclinándose ligeramente hacia el señor Rochester.

—Os pido que contestéis con sinceridad, teniendo en cuenta que deberéis responder de vuestras palabras en el día del Juicio, cuando reveléis a Dios los secretos de vuestros corazones: si alguno de vosotros conoce algún impedimento que impida que estas dos personas se unan legalmente en matrimonio, que lo diga ahora; porque habéis de saber que toda unión que no siga las normas impuestas por la palabra de Dios no es válida ante Él ni ante los hombres.

Hizo una pausa, como manda la costumbre. ¿Cuántas veces debe haberse roto ese silencio con una réplica? Quizás una en cien años. Y por tanto, el pastor, que no había alzado los ojos del libro, contuvo la respiración durante un momento dispuesto a continuar. Su mano ya estrechaba la del señor Rochester y sus labios se abrían para preguntar, «¿Acepta a esta mujer por esposa?», cuando una voz clara y cercana exclamó:

—No puedo permitir que esta boda siga adelante: declaro que existe un impedimento.

El pastor miró al hombre que había pronunciado estas palabras y se quedó mudo; lo mismo hizo el sacristán. El señor Rochester sufrió un leve temblor, como si un terremoto estuviera haciendo crujir el suelo bajo sus pies. Tenso, y sin volver la cabeza, ordenó:

—¡Prosiga!

Esta palabra, dicha en tono ronco, fue seguida de un profundo silencio. Finalmente, el señor Wood dijo:

—Me es imposible continuar con la ceremonia sin investigar antes la afirmación que acaba de hacerse en este lugar y aclarar su certeza o falsedad.

—La boda debe interrumpirse —subrayó la voz que hablaba desde atrás—. Estoy en condiciones de probar mis palabras: existe un obstáculo insuperable que impide la consagración de este enlace.

El señor Rochester lo oyó, pero no le hizo caso. Se mantuvo rígido, impasible; su único movimiento fue para coger mi mano y apretarla entre las suyas. ¡Qué agradable era sentir su calor! ¡Y qué intensa palidez cubría su frente hasta hacerle parecer una escultura de mármol! ¡Cómo le brillaban los ojos, salvajes como las de una bestia al acecho de su presa!

El señor Wood parecía perdido.

—¿Cuál es la naturaleza de ese impedimento? —preguntó—. Tal vez podamos resolverlo.

—Lo dudo —fue la respuesta—. Cuando he dicho que era insuperable lo he hecho con razón.

Por fin, el hombre que así hablaba se acercó. Siguió hablando, pronunciando cada palabra en tono firme y claro, pero sin levantar la voz.

—Consiste simplemente en la existencia de un matrimonio previo: el señor Rochester tiene una esposa que aún vive.

Mis nervios vibraron ante estas palabras dichas en voz baja como nunca habían vibrado frente a un trueno, y mi sangre sintió su violencia sutil como nunca había sentido el frío o el fuego. Pero mantuve la calma, no iba a desmayarme. Miré al señor Rochester e hice que él me devolviera la mirada. Todo su rostro era una pieza de piedra incolora, sus ojos eran a la vez pétreos y brillantes. No negaba nada, parecía dispuesto a desafiar al mundo. Sin una palabra, sin una sonrisa, sin aparentar reconocer en mí a un ser vivo, se limitó a cogerme por la cintura y atraerme a su lado.

—¿Quién es usted? —preguntó al intruso.

—Me llamo Briggs y soy un abogado de... Street, en Londres.

—¿Y afirma que tengo una esposa?

—Le recuerdo la existencia de una esposa, a la que la ley reconoce por mucho que le pese, señor.

—Hágame el favor de dar más detalles: su nombre, la familia de la que procede, su lugar de origen...

—Por supuesto. —El señor Briggs sacó tranquilamente un papel del bolsillo y leyó con voz de falsete, como quien recita una lección—: «Afirmo y puedo probar que el 20 de octubre del año... (hace quince años), Edward Fairfax Rochester, originario de Thornfield Hall, en el condado de ...shire y de Ferndean Manor en ...shire, Inglaterra, contrajo matrimonio con mi hermana, Bertha Antoinetta Mason, hija de Jonas Mason, comerciante, y de Antoinetta, su esposa, una criolla, en la iglesia de..., en Spanish Town, Jamaica. Pueden encontrar el acta de matrimonio en el registro de la iglesia, del cual poseo una copia. Firmado, Richard Mason».

—Si ese documento fuera auténtico, probaría que he estado casado, pero no aportaría ninguna prueba de que la mujer que se menciona en él como mi esposa siga viva.

—Estaba viva hace solo tres meses —replicó el abogado.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo un testigo de ello. Un testigo cuyo testimonio no podrá refutar, señor.

—¡Tráigalo, o váyase al infierno!

—Está aquí, señor. Señor Mason, tenga la bondad de acercarse.

Al oír este nombre, el señor Rochester apretó los dientes y sufrió una especie de convulsión nerviosa. Como yo estaba tan cerca de él, sentí el espasmo de ira que sacudió su cuerpo. El segundo desconocido que yo había visto al entrar se aproximó a nosotros: una cara pálida se asomó por encima del hombro del abogado. Sí, era el señor Mason. El señor Rochester se volvió y le miró fijamente. He comentado a menudo que sus ojos eran negros: pues ahora había en ellos un destello rojizo, una luz sanguinolenta que brillaba desde el abismo. Y su rostro —de piel olivácea y frente despejada— pareció quedar invadido por una rabia que ascendía desde el corazón. Se movió y estiró el brazo con fuerza, un brazo implacable que podría haber derribado a Mason al suelo sin dificultad matándole de un solo golpe, pero Mason se apartó, musitando un débil «¡Dios mío!». El desprecio se apoderó del señor Rochester y calmó su pasión; la violencia se esfumó como si un tornado la hubiera arrasado. Se limitó a preguntar:

—¿Qué tienes que decir?

Una respuesta inaudible se escapó de los labios de Mason.

—Que el demonio te lleve si no eres capaz de dar una respuesta a mi pregunta. Repito: ¿qué tienes que decir?

—Señor, por favor —interrumpió el pastor—, no olvide que estamos en un lugar

sagrado. —Y después, dirigiéndose a Mason, preguntó amablemente—: ¿Sabe usted con seguridad, señor, si la esposa de este caballero sigue viva?

—¡Valor! —apremió el abogado—. ¡Habla!

—Vive en Thornfield Hall —dijo Mason en un tono de voz más claro—. Yo mismo la vi allí el pasado mes de abril. Soy su hermano.

—¡En Thornfield Hall! —exclamó el pastor—. ¡Imposible! Hace mucho que vivo aquí cerca, señor, y nunca he tenido noticias de la existencia de ninguna señora Rochester.

Vi que los labios del señor Rochester dibujaban una mueca parecida a una sonrisa y murmuró:

—No, ¡por el amor de Dios! Ya me ocupé yo de que nadie tuviera noticias de ella, al menos bajo ese nombre —murmuró. Mantuvo un tenso diálogo consigo mismo durante unos diez minutos y luego tomó una decisión. La anunció a gritos—: ¡Basta! Ya es suficiente. Que salga todo de una vez, que la verdad resuene como un cañonazo. Wood, cierre el libro y sáquese la sobrepelliz; John Green, abandone la iglesia. ¡Hoy no habrá ninguna boda!

El hombre obedeció, y el señor Rochester siguió hablando, con valor y sin titubeos:

—Bigamia es una fea palabra, y, sin embargo, yo estaba a punto de convertirme en un bígamo. Pero el destino me ha traicionado, o tal vez ha sido la Providencia. En este momento no soy mucho mejor que un demonio, y, como el pastor no dudará en decirme, merezco que Dios me juzgue con la mayor severidad, que me condene al fuego eterno y a ser devorado por insaciables gusanos. Caballeros, mis planes se han frustrado. Lo que afirman estos señores es verdad. ¡Me casé, y la mujer con quien contraí matrimonio sigue viva! Dice que nunca ha oído hablar de una señora Rochester en la casa, Wood, pero me atrevería a asegurar que ha oído rumores sobre una loca misteriosa que está encerrada allí. Unos dicen que es mi hermanastra, otros afirman que es una amante despechada. Ahora informo a todos ustedes de que se trata de mi esposa, con quien me casé hace quince años. Su nombre es Bertha Mason, y es la hermana de este patético personaje que ahora, presa de temblor y palidez, les muestra todo lo que el corazón de un hombre fuerte puede soportar. ¡Ánimo, Dick! ¡No me tengas miedo! Antes golpearía a una mujer que a ti. Bertha Mason está loca, y proviene de una familia de locos cuya estela de imbéciles y maníacos se remonta a tres generaciones. Su madre, la criolla, era a la vez alcohólica y demente, pero de eso me enteré después de haber desposado a la hija. Todos mantuvieron el mayor silencio sobre los secretos de la familia. Y Bertha, como corresponde a una hija aplicada, imitó a su progenitora en ambos puntos. Imaginen qué tipo de compañera fue, pura, encantadora, discreta, y qué fantásticas escenas de felicidad conyugal disfruté junto a ella... ¡Qué horror...! Solo Dios sabe lo que he tenido que pasar. Pero no les debo más explicaciones. Briggs, Wood, Mason, les invito a todos a subir a la casa y saludar a la paciente de la señora Poole, ¡a mi esposa! Verán con qué tipo de ser me casaron a

base de engaños y podrán juzgar si tenía derecho de romper esos votos y buscar algo de felicidad con alguien humano. Esta joven —prosiguió, señalándome— no sabía más que usted, Wood. Ella pensaba que todo era legal y nunca imaginó que se vería atrapada en una ceremonia falsa con un ser desgraciado y estafado, unido ya a una mujer malvada, loca y embrutecida. ¡Síguenme todos!

Y, arrastrándome con fuerza, salió de la iglesia, seguido por los tres caballeros. El carruaje nos esperaba frente a la puerta principal de la casa.

—Llévalo a la cochera, John —dijo el señor Rochester en tono tajante—. No lo vamos a necesitar.

Cuando entramos, la señora Fairfax, Adèle, Sophie y Leah se precipitaron sobre nosotros para felicitarnos.

—¡Apartaos a un lado! ¡Todas! —gritó el señor—. Al diablo con vuestras felicitaciones. ¿Quién las quiere? ¡Yo no! ¡Me llegan quince años tarde!

Las dejó atrás y subió las escaleras, llevándome aún de la mano y exhortando a que los otros caballeros nos siguieran. Eso hicieron: juntos ascendimos las escaleras del piso superior, cruzamos el corredor y nos dirigimos hacia el tercer piso, donde la puerta baja y negra que el señor Rochester abrió con su llave maestra nos condujo hasta la sala de paredes tapizadas, con el gran lecho y el armario pintado.

—Este sitio debe resultarte familiar, Mason —dijo nuestro guía—. Fue aquí donde ella te mordió y te apuñaló.

Levantó las telas que colgaban del muro, ocultando la existencia de una segunda puerta. La abrió. Nos hallamos en una habitación sin ventanas en la que ardía un fuego, protegido por un guardafuegos muy alto y resistente; una lámpara pendía del techo sujeta a una cadena. Grace Poole estaba inclinada frente al fuego, aparentemente calentando algo de comer. En la penumbra, al fondo de la habitación, vimos una figura que no dejaba de correr de un lado a otro. A primera vista, uno era incapaz de decir si se trataba de un animal o de un ser humano: se movía a cuatro patas y aullaba como lo haría una bestia salvaje, pero iba vestida y una masa informe de pelo le ocultaba la cabeza y la cara.

—Buenos días, señora Poole —dijo el señor Rochester—. ¿Cómo está? ¿Cómo se encuentra hoy su paciente?

—Hemos tenido días peores, señor —replicó Grace, mientras apartaba del fuego la humeante vianda—: está agitada, pero no furiosa.

Un alarido fiero pareció desmentir ese informe favorable: la hiena vestida se incorporó y permaneció erguida sobre sus pies.

—¡Le ha visto, señor! —exclamó Grace—. Es mejor que se vaya.

—Solo serán unos minutos, Grace; permítame que me quede un momento.

—Tenga cuidado, señor. ¡Por el amor de Dios, no sea imprudente!

La loca emitió un aullido; se apartó los enmarañados cabellos de la cara y se enfrentó retadora a los visitantes. Reconocí perfectamente esa cara morada y esos rasgos embotados. La señora Poole dio un paso hacia ella.

—Salga de en medio —dijo el señor Rochester, apartándola a un lado—. No tiene ningún arma en su poder, ¿verdad? Y yo estoy en guardia.

—Una nunca puede estar segura de lo que tiene, señor. Es tan astuta que no hay forma humana de predecir sus actos.

—Es mejor que nos vayamos —susurró Mason.

—¡Vete al infierno! —fue la respuesta de su cuñado.

—¡Cuidado! —gritó Grace.

Los tres caballeros retrocedieron simultáneamente. El señor Rochester me protegió. La loca le saltó al cuello y lo apretó con saña, mientras le mordía en la mejilla: se produjo un forcejeo. Era una mujer grande, de estatura casi igual a la de su marido, y además robusta. Estaba en posesión de la fuerza de un hombre: pese a que él era un individuo atlético, a punto estuvo de derribarlo en más de una ocasión. Él podría haberla derrotado de un buen puñetazo, pero no quiso golpearla. Se limitaba a resistir el ataque. Al final logró dominarla y la sujetó por los brazos. Grace Poole le dio una cuerda y él se los ató a la espalda. Con otro pedazo de cuerda logró atarla a la silla. Toda la operación se produjo entre alaridos salvajes y tremendas patadas. Cuando hubo acabado, el señor Rochester se volvió hacia los espectadores, mirándoles con una sonrisa triste y amarga a la vez.

—Ahí tienen a mi esposa —dijo—. Ese es el único abrazo conyugal que he conocido, ¡esas son las tiernas caricias que deben llenar mis ratos de ocio! Y esta es a la que quiero —afirmó, colocando la mano sobre mi hombro—: esta joven que mantiene la serenidad pese a estar contemplando una visión que no es de este mundo, que consigue enfrentarse sin parpadear a algo que es más bien un diablo. La necesitaba, necesitaba un cambio después de esta fiera. ¡Briggs, Wood, observen la diferencia! Comparen estos ojos puros con esas bolas rojas, este rostro con esa máscara, este cuerpo con esa masa informe. Y ahora júzguenme, en nombre de Dios y de la ley, pero cuando lo hagan recuerden que la misma severidad de juicio se les aplicará en su momento. Márchense. Debo guardar mi tesoro bajo llave.

Todos salimos. El señor Rochester se quedó unos momentos dando instrucciones a Grace Poole. El abogado se dirigió hacia mí mientras bajábamos la escalera.

—Señora, su conducta está libre de toda sospecha. Su tío estará encantado de saberlo. Eso, si el señor Mason le encuentra con vida cuando regrese a Madeira.

—¡Mi tío! ¿Qué sabe de él? ¿Le conoce?

—El señor Mason le conoce. El señor Eyre ha sido el representante de su firma durante años. Cuando su tío recibió la carta en la que usted le comunicaba su futuro enlace con el señor Rochester, el señor Mason, que a la sazón estaba en Madeira recobrándose de un achaque de salud, se hallaba con él. El señor Eyre, a quien Mason había mencionado alguna vez a un conocido de nombre Rochester, le comentó la noticia. El señor Mason se sorprendió mucho y le reveló la verdad de los hechos. Lamento decirle que su tío está muy enfermo; es casi imposible que se reponga de la enfermedad que le ha postrado en el lecho. Ni siquiera podía emprender el viaje hasta

Inglaterra para rescatarla de la trampa en que había caído, pero imploró al señor Mason que hiciera lo posible por impedir la celebración de este falso matrimonio. Le dio mi nombre; yo me puse manos a la obra de inmediato y me alegro de haber llegado a tiempo de evitar el desastre. Si no tuviera la certeza de que su tío ya habría muerto cuando usted llegara a Madeira, le pediría que acompañase al señor Mason. Sin embargo, dado el precario estado de salud del señor Eyre, creo que será mejor que usted permanezca en Inglaterra hasta nuevo aviso, ya sea mío o del propio señor Eyre. ¿Hay algo más que nos retenga aquí? —preguntó a Mason.

—No, no. Marchémonos —fue la angustiada respuesta.

Y, sin esperar a despedirse del señor Rochester, ambos salieron por la puerta del vestíbulo. El pastor se quedó unos momentos, para dirigir unas palabras al señor, ya fueran de consuelo o de amonestación, y, una vez cumplido su deber, también se fue.

Le oí partir desde la puerta de mi habitación que había dejado entreabierta al retirarme. La casa se vació y yo me encerré, di la vuelta a la llave para evitar la entrada a ningún intruso y... no lloré, ni gemí. Estaba demasiado tranquila para ello: me quité el vestido de boda mecánicamente y lo reemplacé por el sencillo traje que el día anterior creí llevar por última vez. Luego me senté: me sentía débil, fatigada. Apoyé los brazos en la mesa y dejé caer la cabeza sobre ellos. Y pensé, porque hasta el momento solo había podido oír, ver, moverme, seguir el camino que los otros me marcaban, ir donde me arrastraban; había asistido a un hecho tras otro, a una revelación tras otra. Ahora, por fin, tenía tiempo para pensar.

La mañana había sido bastante silenciosa, si exceptuábamos la escena con aquella loca: el incidente de la iglesia se había producido sin excesivo ruido; no hubo arrebatos de pasión, ni altercados en voz alta, ni peleas, ni desafíos, ni lágrimas, ni sollozos. Solo unas cuantas palabras dichas en voz baja, una serena objeción al matrimonio que iba a celebrarse, algunas tensas preguntas por parte del señor Rochester, las correspondientes respuestas y aclaraciones, y luego la explicación de la evidencia. El señor no había negado la verdad; luego habíamos presenciado la prueba viviente de todo ello; los visitantes se habían ido y todo había terminado.

Yo estaba de nuevo en mi habitación, como de costumbre. Sola, sin que se hubiera producido en mí ningún cambio perceptible. Nadie me había castigado, ni herido, ni reprendido. Y, pese a todo, ¿dónde estaba la Jane Eyre de ayer? ¿Dónde había quedado su vida? ¿Adónde habían ido a parar sus perspectivas?

La Jane Eyre ilusionada, ardiente, casi una novia, había dejado paso de nuevo a una chica fría y solitaria, que se enfrentaba a una vida desvaída y a un futuro desolador. Una helada navideña había invadido el verano. Una tormenta de nieve había secuestrado el mes de junio: el hielo había petrificado los frutos del manzano, el viento había deshojado las rosas que despuntaban y una blanca mortaja había caído sobre los campos de heno y de maíz. Los prados que la noche anterior lucían rebosantes de flores eran hoy un páramo nevado, y los bosques que doce horas atrás eran frondosos y fragantes como una selva tropical se habían convertido en una

extensión de arbustos salvajes, blancos como un pinar de la Noruega invernal. Todas mis esperanzas habían muerto, devastadas por una misteriosa maldición, como aquella que acabó en una noche con los primogénitos de Egipto. Contemplé mis anhelos de felicidad, ayer tan luminosos y ardientes: yacían yertos, lívidos como cadáveres que ya nunca revivirían. Recordé el amor que había sentido: ese sentimiento que pertenecía al señor, porque él lo había creado, me temblaba en el corazón, como un niño enfermo que se agita en una cuna fría a merced de la angustia y el dolor. No podía acudir a los brazos del señor Rochester, ni encontrar calor en su pecho. No, ya no podría volverme hacia él nunca más, porque la fe había quedado rota, la confianza había sido destruida. El señor Rochester ya no significaba para mí lo mismo que antes porque no era como yo pensaba. No le acusaba de nada; nunca me consideraría una víctima de su traición, pero la idea de sinceridad sin mácula que yo le atribuía se había desvanecido. Y percibía con toda claridad que de su presencia debía huir. Aún no sabía cuándo, cómo, ni dónde... pero sería él mismo, estaba segura, quien me echaría de Thornfield. Al parecer, no sentía ningún afecto real por mí: solo un arrebató de pasión pasajera que las circunstancias se habían encargado de frustrar. Ya no le hacía ninguna falta. Incluso temía cruzarme en su camino: mi presencia debía de resultarle odiosa. ¡Oh, qué ciega había estado! ¡Qué débil había sido mi conducta!

Cerré los ojos, y la oscuridad más absoluta pareció arremolinarse en torno a mí; una corriente de pensamientos agitada y oscura fluía por mi mente. Abandonada, deshecha y exhausta, me sentía como si me hubiera tumbado a orillas de un gran río y escuchara el retumbar del agua que se acercaba sin tener fuerzas suficientes para huir. Yacía allí, deseando la muerte. En mi interior, solo latía con vida una idea: el recuerdo de Dios. Quería rezar, pero las palabras se perdían en las turbulencias de mi mente, como si me faltara energía para decirlas en voz alta.

«No te alejes de mí ahora que los problemas me acechan y no tengo a nadie a quien pedir ayuda.»

El torbellino ya estaba cerca. Y como no había pedido al cielo que lo apartara, como ni tan solo había unido las manos, ni me había arrodillado, ni había movido los labios, la fuerza del torrente me atrapó. La absoluta conciencia de una vida sin valor, de un amor perdido, de las esperanzas mutiladas y de una fe derribada a golpes, cayó sobre mí con la intensidad de un alud. No soy capaz de describir esa hora tan amarga: la única verdad es que «aquel mar siniestro invadió mi alma y me hundí en una ciénaga; rodeada de agua, sin encontrar un solo punto de apoyo, la corriente me arrastró hasta el fondo».

Tenía que ser ya media tarde cuando levanté la cabeza, porque al mirar a mi alrededor y ver el tenue brillo del sol que declinaba proyectado en la pared, me pregunté: «¿Qué voy a hacer ahora?».

Pero la respuesta que la mente dio a esta pregunta, «¡Abandonar Thornfield inmediatamente!», fue tan súbita, tan aterradora, que cerré los oídos. Me dije que no podía soportar esas palabras en aquel momento. «No haberme convertido en la señora de Edward Rochester es ahora la menor de mis preocupaciones —me dije—. Haberme despertado del sueño más glorioso feliz y haber advertido que no era más que un agujero hueco y vacío es un horror al que puedo enfrentarme e incluso dominar. Sin embargo, asumir que debo abandonarle, ahora mismo y para siempre, es algo superior a mis fuerzas, algo que no me siento con ánimos de hacer.»

Pero entonces una vocecilla interior me aseguró que sí podía y me advirtió que debía hacerlo. Luché contra mi propia decisión: deseaba que mi debilidad de carácter se impusiera a la conciencia y evitara así el sufrimiento que intuía próximo; mientras que la sensatez, por su lado, se convertía en una tirana sin piedad, agarraba a la pasión por la garganta y juraba que la hundiría con brazo de hierro en los insondables abismos de la agonía.

«¡Que alguien me saque de aquí! —grité—. ¡Que alguien me ayude!»

«No, eres tú quien debe salir: nadie puede ayudarte. Eres tú misma quien debe arrancarse el ojo derecho; tú misma quien debe amputarse la mano derecha. Tu corazón será la víctima y tú serás el sacerdote encargado del sacrificio.»

Me incorporé de repente, devastada por la soledad que implicaba un juicio tan despiadado, por esa horrenda voz que era la única que llenaba el silencio. La cabeza me daba vueltas. Estaba a punto de marearme de nerviosismo e inanición: mis labios no habían probado bocado en todo el día. Y, con extrañeza, advertí que en todo el tiempo que llevaba encerrada allí nadie había venido a preguntar cómo me encontraba ni a invitarme a bajar. Ni siquiera Adèle había llamado a la puerta con los nudillos, ni la señora Fairfax había subido a buscarme. «Los amigos siempre se olvidan de los desposeídos a los que abandona la fortuna», murmuré mientras daba la vuelta a la llave y me disponía a salir. Me enfrenté a un obstáculo: todo seguía girando a mi alrededor, no veía bien y me costaba andar. Aún no me había recuperado. Me caí, pero no llegué a tocar el suelo: un brazo fuerte me atrapó. Alcé los ojos. Era el señor Rochester quien me sostenía, sentado en una silla frente a la puerta.

—Por fin sales —dijo—. Llevo horas esperándote, atento al menor movimiento, pero no oía nada, ni siquiera un sollozo. Si este silencio mortal llega a prolongarse cinco minutos más, habría forzado la puerta como un vulgar ladrón. ¿Has decidido huir de mí? ¿Te encierras para llorar a solas? Hubiera preferido ser la víctima de tus vehementes insultos. Eres una mujer apasionada, capaz de hacer una escena de ese

estilo. Estaba preparado para enfrentarme a un cálido chorro de lágrimas: lo único que deseaba era que las vertieras sobre mi pecho, y en su lugar has regado con ellas el duro suelo, o ese sencillo pañuelo. ¿O quizá me equivoco? ¡No ha salido el menor llanto de tus ojos! Tus mejillas están pálidas y los ojos vidriosos, pero no advierto ningún rastro de lágrimas. ¿Debo suponer, pues, que tu corazón ha estado supurando sangre?

»Y bien, Jane, ¿ni una palabra de reproche? ¿Ningún comentario amargo o punzante? ¿Nada que lacere mis sentimientos o se clave en mi corazón? Te limitas a permanecer sentada donde te he dejado, mirándome con esos ojos fatigados y sin alma.

»Jane, nunca fue mi intención herirte de este modo. Si un pastor tuviera un único cordero, al que amara como a un hijo, con quien compartiera comida y bebida, y a quien dejara dormir en su regazo, y por error lo hubiera enviado al matadero, no habría lamentado su fallo más de lo que yo lamento el mío. ¿Serás capaz de perdonarme?

Lector, debo admitir que le perdoné en ese mismo momento y en ese lugar. Sus ojos expresaban un remordimiento tan profundo, su voz era tan lastimera y de su cuerpo emanaba una energía tan varonil y un amor tan inmenso, que en el fondo de mi corazón se lo perdoné todo, aunque no lo dije con palabras y guardé el sentimiento para mí.

—¿Sabes que no soy más que un canalla, Jane? —me preguntó ansioso, sufriendo debido a mi prolongado silencio y a mi falta de reacción, resultado tanto de la flaqueza como de la voluntad.

—Sí, señor.

—Entonces dímelo sin rodeos: no me ahorres tus insultos.

—No puedo. Estoy cansada y enferma. Quiero un poco de agua.

Lanzó un suspiro estremecedor y me llevó en brazos al piso de abajo. Al principio no supe en qué habitación estábamos. Mis ojos solo veían un contorno borroso, pero sentí el efecto vigorizador del fuego: aunque era verano, me había quedado helada en mi cuarto. Me acercó una copa de vino a los labios, lo probé y sentí su calor. Después de comer un poco, volvía a ser yo. Estaba en la biblioteca —sentada en su butaca—, muy cerca de él. «Si ahora me fuera de este mundo, sin sufrir el menor dolor, estaría satisfecha —pensé—. No tendría que hacer el esfuerzo de rasgar las cuerdas de mi corazón al separarme del señor Rochester. Sé que debo dejarle, pero no quiero. No puedo...»

—¿Cómo te encuentras, Jane?

—Mucho mejor, señor. Enseguida estaré bien.

—Toma un poco más de vino, Jane.

Le obedecí. Después él puso el vaso en la mesa, se quedó erguido ante mí y me miró con atención. De repente se alejó, murmurando algo que no logré entender, poseído por una emoción devoradora. Recorrió la habitación con paso rápido y

regresó. Se inclinó sobre mí como si fuera a besarme, pero recordé al instante que las caricias habían quedado prohibidas. Aparté la cara y le rechacé con un gesto.

—¿A qué viene esto? —exclamó con rudeza—. ¡Ah, ya sé! ¿No estás dispuesta a besar al marido de Bertha Mason? ¿Crees que mis brazos ya están llenos, que mi amor ya tiene propietaria?

—En cualquier caso, no hay sitio en ellos para mí, señor.

—¿Por qué, Jane? Te ahorraré el esfuerzo de una larga respuesta. Contestaré por ti: porque ya tengo una esposa, ¿no es así?

—Sí.

—Si crees eso, debes tenerme en una extraña opinión: me considerarás un individuo calculador, un tipo rastrero y sin escrúpulos que ha estado fingiendo un amor desinteresado con el fin de aprovecharse de tu inocencia, ultrajar tu honor y apoderarse de tu dignidad. ¿Qué dices a esto? Nada: en primer lugar, sigues exhausta y apenas puedes respirar; en segundo lugar, aún no puedes hacerte a la idea de que merezco tus insultos y acusaciones. Además, se han abierto las compuertas de las lágrimas y estas no tardarán en fluir si hablas demasiado, y tú no deseas perder la compostura, llorar o montar una escena: estás pensando en qué debes hacer. Crees que hablar no servirá de nada. Te conozco y estoy en guardia.

—Nada más lejos de mi ánimo que emprender acción alguna en su contra, señor —dije, y la vulnerabilidad que se apreciaba en mi voz sirvió para fortalecer el significado de la frase.

—No en el sentido que tú le das, pero tal y como yo lo entiendo estás planeando la forma de destruirme. Acabas de decir que soy un hombre casado, y por ello estás dispuesta a huir de mí, a apartarte de mi camino. Hace solo un momento te has negado a besarme. Pretendes convertirte en una extraña para mí, recuperar el papel de institutriz de Adèle. Si alguna vez me dirijo a ti con una frase amable, o despierto en ti alguna emoción placentera, te dirás de inmediato: «Ese hombre ha estado a punto de convertirme en su amante: debo ser de piedra y hielo». Y en piedra y hielo te convertirás.

Carraspeé y contesté con voz firme:

—Todo ha cambiado para mí, señor, y por tanto yo también debo cambiar. No tengo la menor duda sobre ello, y hay un único camino para evitar la debilidad en los sentimientos y los continuos combates contra los recuerdos: Adèle necesita una nueva institutriz, señor.

—Oh, Adèle se irá al colegio. Eso ya estaba decidido. No tengo ninguna intención de atormentarte con los terribles recuerdos de Thornfield Hall: este lugar maldito, esta tienda de Acán, esa cripta insolente que lanza al cielo el horror de los muertos en vida; este lóbrego infierno de piedra que encierra a un diablo real, mucho peor de los que nuestra imaginación pueda construir. No te quedarás aquí, Jane, ni tampoco yo. Fue un error traerte a Thornfield Hall sabiendo que estaba embrujado. Incluso antes de conocerte, pedí a todos que te ocultaran el menor rastro de la

maldición que invade este lugar, porque temí que nunca encontraría una institutriz para Adèle si la informaba de la habitante con quien conviviría en la casa. Podría haber trasladado a la maníaca a otro domicilio, y de hecho poseo una casa vieja, Ferndean Manor, más retirada y escondida que esta, donde pude alojarla con absoluta seguridad, de no haber albergado algún temor sobre la insalubridad del paraje, situado en el medio del bosque, que me previno contra esa ubicación. Es probable que esos muros cenagosos me hubieran liberado de su carga en poco tiempo, pero cada villano posee su propio vicio, y el mío no consiste en el asesinato indirecto, aunque sea el de la persona que más odio en el mundo.

»Esconderte la existencia de la loca era, sin embargo, algo parecido a cubrir a un niño con un abrigo y acostarlo cerca de un árbol venenoso: la proximidad del diablo es peligrosa y siempre lo ha sido. Por eso me dispongo a cerrar Thornfield Hall. Sellaré la puerta principal y tapiaré las ventanas del piso bajo. Daré a la señora Poole doscientas libras al año para que viva con mi esposa, como tú llamas a ese horrendo ser. Grace hace cualquier cosa por dinero, y así tendrá a su hijo, el guarda de Grimsby Retreat, para que le haga compañía y le eche una mano en los momentos de peligro, cuando los ataques de mi esposa la lleven a quemar a las personas en sus camas, o a apuñalarlas, o a morderlas hasta arrancarles la carne...

—Señor —le interrumpí—, no muestra usted la menor piedad por esa desgraciada mujer: habla de ella con odio, con ansias de venganza. Eso es cruel: ella no puede evitar su locura.

—Jane, querida (pienso seguir llamándote de ese modo, porque te quiero), ignoras de qué estás hablando. Vuelves a juzgarme mal. No la odio porque esté loca. ¿Crees que te odiaría si enloquecieras?

—Pues sí, señor.

—Entonces te equivocas, y eso me demuestra que no me conoces en absoluto ni sabes cuánto amor soy capaz de sentir. Amo cada átomo de tu carne como si fueran los míos propios: te querría en el dolor y en la enfermedad. Tu mente es mi tesoro y seguiría siéndolo aunque se quebrara. Si desvariaras, serían mis brazos los que te protegerían y no una camisa de fuerza; tu ataque furioso sería para mí una caricia encantadora. Si te abalanzaras contra mí como hizo esa mujer esta mañana, te estrecharía contra mi pecho con firmeza y cariño. No pensaría en ti con disgusto como hago cuando me acuerdo de ella. Nadie sino yo te velaría en los momentos de tranquilidad y sería capaz de tratarte con una ternura indestructible, aunque no recibiera a cambio ni una sonrisa. Nunca temería enfrentarme a tus ojos aunque en ellos no brillara ni un destello de reconocimiento hacia mí. Pero ¿por qué me dejo llevar por esta corriente de ideas? Estaba hablando de sacarte de Thornfield. Ya sabes que todo está listo para emprender un viaje inmediatamente: te irás mañana. Solo te pido que resistas una noche más bajo este techo, Jane. ¡Luego las miserias y el terror se habrán acabado para siempre! Tengo un lugar idóneo al que retirarme: un santuario seguro donde poder recobrarlos de estos odiosos recuerdos, de la intrusión de los

desconocidos, de la mentira y de la calumnia.

—Lleve a Adèle con usted señor —le interrumpí—. Ella le hará compañía.

—¿Qué quieres decir, Jane? Ya te he dicho que pensaba enviar a Adèle al colegio. Además, ¿para qué querría la compañía de una niña? Y ni siquiera de mi propia sangre, sino la hija bastarda de una bailarina francesa. ¿Por qué me incomodas mencionándola? Repito, ¿a qué viene asignarme a Adèle como compañera?

—Usted habló de retirarse, señor. Y el retiro y la soledad son aburridos, señor. Demasiado monótonos para usted.

—¡Soledad! ¡Soledad! —repitió irritado—. Intuyo que debo explicarme mejor, o no tendría delante esa expresión de esfinge. Eres tú quien va a compartir mi soledad. ¿Comprendes?

Asentí con la cabeza: hacía falta mucho valor para arriesgarme a contradecirle en el estado de excitación en que se encontraba. Había estado caminando a paso rápido por la estancia, y de repente se paró, como si le hubieran crecido raíces que le ataran a un lugar concreto. Escrutó mi rostro con dureza durante mucho tiempo; yo aparté la mirada, la fijé en el fuego e intenté aparentar un aspecto sereno y compuesto.

—Es ahora cuando sale el carácter de Jane —dijo por fin, con un tono de voz más calmado de lo que predecían sus ojos—. Hasta el momento el ovillo de seda se ha ido desenrollando con suavidad, pero siempre supe que encontraríamos un nudo. Y aquí está. ¡Ahora vendrán los insultos, la desesperación y los problemas! ¡Por Dios! ¡Lo daría todo por poseer parte de la fuerza de Sansón y desgarrar el nudo en dos como si fuera una hoja!

Reinició su frenético paseo, pero no tardó en detenerse, esta vez justo delante de mí.

—¿Atenderás a razones, Jane? —Se inclinó y acercó sus labios a mi oreja—. Porque si no, estoy dispuesto a usar la violencia.

Su voz era tensa; su mirada era la de un hombre que está a punto de estallar, de soltarse de un lazo insufrible y dejarse llevar por la furia más salvaje. Supe que si aguardaba un momento más y dejaba que su cólera creciera, no habría forma de manejarle. El presente, este segundo que estaba a punto de pasar, era todo lo que tenía para controlarle y reprimirle: un solo gesto de repulsión, de duda o de miedo habrían sellado mi destino y el suyo. Pero yo no tenía miedo; me sostenía una fuerza interior, la conciencia de mi influencia sobre él. La crisis era peligrosa, pero tenía su aliciente: el mismo que deben sentir los indios cuando se deslizan en canoa por los rápidos. Acerqué la mano a su puño cerrado y, mientras aflojaba la presión de sus dedos, le dije suavemente:

—Siéntese. Hablaré con usted durante tanto tiempo como desee y escucharé todo lo que tenga que decirme, me parezca lógico o no.

Se sentó, pero no tuvo tiempo de iniciar una frase. Yo llevaba un buen rato luchando con las lágrimas: había hecho un gran esfuerzo para reprimirlas porque sabía que esto le disgustaría. Sin embargo, creí llegado el momento de dar rienda

suelta al llanto y, si le molestaba, tanto mejor. Así que cedí a la presión y lloré con toda el alma.

Enseguida le oí suplicar que me calmase. Le dije que no podía si él no conseguía dominarse.

—Pero no estoy enojado, Jane. Es solo que te amo tanto, y tú habías revestido tu pálido rostro con una mirada de acero tan hermética que no era capaz de soportarla. Calla, enjúgate las lágrimas.

La dulzura de su voz me confirmó su rendición, así que también empecé a calmarme. De todos modos, cuando hizo el gesto de apoyar la cabeza en mi hombro, no se lo permití. Después me atrajo hacia él y de nuevo le rechacé.

—¡Jane! ¡Jane! —dijo, y la amarga tristeza de su acento puso en tensión cada uno de mis nervios—. ¿No me quieres? ¿Solo apreciabas mi posición y el rango al que accederías casándote conmigo? Ahora que sabes que no puedo ser tu marido, te apartas de mí como harías de unapestado o de un animal.

Estas palabras me hicieron daño, pero ¿qué podía responderle? Debería haber permanecido en silencio, sin hacer ningún movimiento, pero me torturaba un remordimiento tan grande por herirle de este modo que no pude evitar el deseo de esparcir un bálsamo sobre la cicatriz que yo había causado.

—Le amo más que nunca —afirmé—. Pero por nada del mundo debo ceder a la tentación de demostrar este sentimiento, y esta es la última vez que voy a expresarlo en voz alta.

—¡La última vez, Jane! ¿Acaso crees que podrás vivir conmigo, verme a diario y, pese al amor que sientes, mantener siempre conmigo una actitud tan fría y distante?

—No, señor. Estoy segura de ello. Y, por lo tanto, veo que solo hay una forma de proceder, pero se enfurecerá si la menciono.

—¡Oh, dila! Si me enojo, tus lágrimas se encargarán de apaciguar mi ira.

—Señor Rochester, es necesario que me vaya.

—¿Por cuánto tiempo, Jane? ¿Por unos minutos, para peinarte esos revueltos cabellos y lavarte esa cara que muestra aún rastros de fiebre?

—Debo alejarme de Adèle y de Thornfield. Debo separarme de usted para siempre. Debo empezar una nueva vida en un lugar distinto rodeada de caras desconocidas.

—Por supuesto. Ya te lo dije. Paso por alto esa locura de separarte de mí. Quieres decir que debes convertirte en parte de mí. Y en lo que se refiere a la necesidad de una nueva vida, tienes toda la razón. Serás mi mujer: yo no estoy casado. Serás la señora Rochester tanto de nombre como de hecho. Estaré contigo durante toda mi vida. Irás a una casa que tengo en el sur de Francia, una villa de blancas paredes a orillas del Mediterráneo. Allí podrás vivir una vida feliz, protegida e inocente. No albergues ningún temor acerca de mis intenciones: no deseo convertirte en mi amante. ¿Por qué sacudes la cabeza, Jane? Debes mostrarte razonable o montaré en cólera como antes.

Le temblaba la voz y también la mano; tenía las aletas de la nariz dilatadas y los ojos despedían chispas. Pese a ello, me atreví a hablar:

—Señor, su esposa está viva: es un hecho que usted mismo ha reconocido esta mañana. Vivir con usted en los términos que acaba de exponer sería convertirme en su amante. Negarlo sería un puro eufemismo, una falsedad.

—Jane, no soy un hombre de carácter dócil. No lo olvides. Ni tampoco me distingo por la paciencia: no soy frío, ni distante. ¡Apiádate de mí y de ti misma, pon el dedo sobre mi pulso y mira cómo late! ¡Y ten cuidado!

Tendió la muñeca hacia mí: la sangre parecía desvanecerse de su rostro y de sus labios hasta el punto de dejarlos lívidos. La desazón me dominaba. Era un acto de crueldad agitarle tan profundamente y someterle a esa odiosa tortura, pero la rendición era impensable. Hice lo que los seres humanos solemos hacer cuando nos llevan al límite de nuestras fuerzas: recurrir a una instancia más elevada. Las palabras «¡Dios mío, ayúdame!» se escaparon de mi boca.

—¡Soy un imbécil! —gritó el señor Rochester de repente—. Le repito una y otra vez que no estoy casado, pero no le explico por qué. Me olvido de que ella lo ignora todo acerca del carácter de esa mujer o de las circunstancias que concurrieron en nuestra desafortunada unión. ¡Estoy seguro de que Jane compartirá mi misma opinión cuando sepa todo lo que yo sé! Límitate a poner tu mano sobre la mía, Janet: así añadirás la evidencia del tacto a la de la vista y probarás que sigues cerca de mí. En pocas palabras te contaré cómo fueron las cosas. ¿Quieres escucharme?

—Sí, señor. Le escucharé durante horas si hace falta.

—Solo te pido unos minutos. Jane, ¿oíste decir alguna vez que yo no era el primogénito de la casa, que tenía un hermano mayor?

—Creo que la señora Fairfax lo comentó.

—¿Y no te dijo que mi padre era un individuo avaricioso y tacaño?

—Algo había oído, señor.

—Pues bien, Jane, la avaricia le llevó a la decisión de mantener todas sus propiedades juntas. No soportaba la idea de dividir la herencia y dejarme una parte justa, por lo que decidió que todo debía ir a manos de mi hermano Rowland. Pero tampoco podía resistir que uno de sus hijos viviera en la pobreza: mi futuro debía asegurarse mediante un matrimonio conveniente, y con ese fin me buscó una esposa. Tenía un viejo conocido en las Antillas, un tal señor Mason, plantador y comerciante. Hizo diligencias para confirmar la cuantía de su riqueza y averiguó que el señor Mason poseía vastas propiedades. Dicho caballero tenía un hijo y una hija, y supo de él que estaba dispuesto a conceder a la muchacha una dote de treinta mil libras. Eso era suficiente. Cuando acabé la universidad, me envió a Jamaica a desposar a una mujer que ya había elegido. Mi padre no mencionó el dinero, pero me dijo que la señorita Mason era famosa en Spanish Town por su belleza. No mentía, era una joven exquisita, al estilo de Blanche Ingram: alta, morena y escultural. Los suyos veían con buenos ojos nuestra unión porque ambos pertenecíamos a buenas familias. Me la

mostraron en fiestas, espléndidamente ataviada; apenas la vi a solas y mantuve solo alguna breve conversación con ella. Me halagaba el hecho de que desplegara ante mí todos sus encantos. Todos los hombres de su círculo parecían admirarla y al mismo tiempo envidiarme. Yo me sentía eufórico: todos mis sentidos estaban excitados. Era joven e inexperto, y pensé que eso era amor. No hay atenuante lo bastante grande como para justificar la rivalidad estúpida, la lascivia, la imprudencia y la ceguera que caracterizan a la juventud. Todo parecía conjurarse y conducirme a toda prisa hacia el altar: sus parientes me animaban, los competidores me desafiaban, ella intentaba seducirme. El matrimonio se produjo antes de que yo pudiera ser consciente de dónde me metía. ¡No siento el menor respeto por mí mismo cuando pienso en ese acto! Solo me invade la agonía que implica el absoluto desprecio por mí mismo. Yo no la amaba, jamás la aprecié, ni siquiera llegué a conocerla. No estaba seguro de que su naturaleza poseyera una sola virtud: no había advertido en ella bondad, candor, ni el menor refinamiento en sus pensamientos y maneras. ¡Y pese a todo me casé con ella! ¡Estúpido y ciego como un bloque de piedra! Habría hecho mejor en... ¡Debo recordar con quién estoy hablando!

»No había visto nunca a la madre de mi esposa. De hecho, creía que había muerto. Me enteré de mi error al regresar de la luna de miel: la mujer estaba loca, encerrada en un asilo para dementes. Había también un hermano menor, un absoluto retrasado mental. El mayor, a quien tú conoces, (y a quien soy incapaz de odiar, pese a que aborrezco a toda su estirpe, porque detecto en su débil mente la existencia de una semilla de bondad que se manifiesta en el interés que se toma por su desgraciada hermana y en la devoción casi perruna que en el pasado sintió por mí), acabará en el mismo estado cualquier día. Mi padre y mi hermano Rowland eran conscientes de todo esto, pero solo pensaron en las treinta mil libras y se unieron al complot urdido en mi contra.

»El descubrimiento de todo eso supuso un golpe terrible, pero lo único que reproché a mi esposa fue su engaño al ocultarlo. Incluso cuando me di cuenta de que nuestros caracteres no tenían nada en común, de que sus gustos me resultaban insoportables, y de que su mentalidad era baja, vulgar, incapaz de aspirar a cotas más elevadas o de buscar horizontes más amplios; incluso cuando supe con certeza que no podía pasar en su compañía ni una sola tarde, ni siquiera una hora del día, que era imposible mantener con ella una conversación normal porque, fuera cual fuera el tema que yo propusiera, su respuesta era acerada y zafia, imbécil y burda; cuando percibí que nunca disfrutaría de un hogar pacífico, porque ningún criado era capaz de aguantar sus estallidos de violencia, los constantes exabruptos, o las vejaciones implícitas en sus órdenes absurdas, contradictorias y exigentes; repito, incluso entonces reprimí las muestras de disgusto: evité los reproches, oculté mi malestar, me tragué el arrepentimiento que sentía por haberme ligado a alguien por quien solo sentía una profunda antipatía.

»Te ahorraré los detalles escabrosos, Jane: solo podría expresarlos con palabras

que prefiero no decir en tu presencia. Viví con esa mujer de arriba durante cuatro años, y me había hartado de ella mucho antes: su carácter se endureció y la locura se desarrolló a una velocidad terrorífica. Sus vicios alcanzaron cotas inexplicables: eran tan fuertes que solo mediante la violencia habría podido extirparlos. Y yo no estaba dispuesto a usar la violencia. ¡Qué mente tan limitada y qué tendencias tan excesivas! ¡Qué horribles eran las maldiciones que me lanzaba! Bertha Mason, la digna hija de una madre infame, me condujo por el agónico laberinto que solo un hombre casado con una mujer descontrolada y viciosa puede conocer.

»En ese tiempo, murió mi hermano, y al final de esos cuatro años, también mi padre. Entonces ya era lo bastante rico, aunque a la vez más pobre que el indigente más desgraciado: cargaba con una naturaleza impura, grosera y depravada. La ley y la sociedad decían que era parte de mí. Y no existía ningún procedimiento legal que pudiera cortar los lazos que me ataban a ella, porque los doctores habían descubierto que mi mujer estaba loca: los excesos no habían hecho más que acelerar los gérmenes de demencia que ya poseía. Jane, ¿quieres que me detenga? Mi historia te pone enferma. ¿Prefieres que deje el resto para otro día?

—No, señor. Acábela ahora. Siento lástima, una profunda lástima por usted.

—La compasión es a veces una ofensa, Jane, que debería rebotar hacia el rostro de quienes la ofrecen. Pero es esa una compasión que nace en corazones egoístas e insensibles, una especie de híbrido entre el dolor de escuchar las penas de alguien y la indiferencia ante el ser que ha tenido que sufrirlas. Sé que no es este tu caso, Jane. Tu mente revela otro sentimiento completamente distinto en este momento: tienes los ojos llorosos, el corazón angustiado, tu mano tiembla sobre la mía. Tu compasión, querida, es la dolorida madre del amor: su ansiedad es la auténtica pena que brota de la pasión divina. Y por ello la acepto, Jane: libera a la hija; la espero con los brazos abiertos.

—Prosiga, señor. ¿Qué hizo cuando descubrió que estaba loca?

—Había llegado al límite de mis fuerzas: solo una pizca de respeto por mí mismo me separaba del abismo. A los ojos del mundo, yo estaba cubierto por la más infame de las deshonras, pero decidí mantenerme al margen. Me negué a quedar contaminado por sus crímenes y repudié cualquier contacto con sus defectos mentales. Pese a ello, la sociedad seguía asociando mi nombre y mi persona a los suyos: la veía y la oía a diario, y su aliento se mezclaba con el aire que yo respiraba. Además, no podía olvidar que había sido su marido; un recuerdo que era, y es aún, inexpresablemente odioso. Había algo más: sabía que mientras ella viviera yo no podría tener una esposa mejor y, aunque tenía cinco años más que yo (su familia y la mía me habían mentido incluso en su edad), podía vivir durante muchos años, ya que su cuerpo era tan fuerte como débil su mente. Por lo tanto, a los veintiséis años yo me había convertido en un hombre sin esperanza.

»Desde que los médicos diagnosticaron su locura, ella permanecía encerrada. Una noche desperté alarmado por sus aullidos; era una noche salvaje típica de las Antillas,

una de esas noches que allí suele preceder a los huracanes. Incapaz de seguir en la cama, me levanté y abrí la ventana. El aire rezumaba vapor sulfúrico y era imposible refrescarse en sitio alguno. Los mosquitos zumbaban a mi alrededor por toda la habitación. Oía como el mar retumbaba como un terremoto mientras las nubes se arremolinaban sobre él y la luna se posaba sobre las olas, grande y roja, como la ardiente bala de un cañón, lanzando una última mirada sobre un mundo que pugnaba por resistirse a la inminente tormenta. La escena y el ambiente ejercieron una poderosa influencia sobre mí, mis oídos estaban llenos de las maldiciones que aquella maníaca vociferaba sin parar. ¡Pronunciaba mi nombre con un tono diabólico y odioso en un lenguaje terrible! Ninguna prostituta profesional habría usado palabras más obscenas: aunque nos separaban dos habitaciones, era capaz de oír todas y cada una de sus imprecaciones. Era poca la resistencia que podían oponer los débiles tabiques que construían por allí a los gritos de esa hiena loca.

»“Esta vida es un infierno —me dije—. ¡Es el aire y el ruido que deben oírse en la morada de los pecadores! Tengo derecho a huir de aquí si aún puedo. Los sufrimientos de esta vida mortal me abandonarán cuando muera la carne que ahora cubre mi alma. No temo a la ardiente eternidad: sé que no existe un estado futuro peor que este. ¡Libérame y déjame ir a la casa de Dios!”

»Pronuncié estas palabras mientras me arrodillaba y abría un baúl que contenía un juego de pistolas cargadas. Tenía la intención de poner fin a mi vida de un disparo. Solo acaricié esta idea durante un segundo, puesto que, no estando loco, esa crisis fruto de la desesperación que había originado el deseo de destruirme a mí mismo se desvaneció de inmediato.

»Un viento fresco procedente de Europa sopló sobre el océano y penetró por la ventana. La tormenta se desató, con rayos, truenos y lluvia, hasta purificar el aire. Entonces tomé una firme decisión. Mientras paseaba bajo las gotas que caían de los naranjos del jardín, entre granadas y piñas; mientras el brillo del amanecer tropical se alzaba ante mí, también la razón se iluminó, Jane. Y ahora escúchame, porque fue la auténtica sabiduría la que me consoló en esa hora y me mostró el camino a seguir.

»La leve brisa que llegaba de Europa aún susurraba sobre las hojas húmedas y el Atlántico tronaba en libertad. Mi corazón, que llevaba años reseco y estéril, se hinchó al oír su himno llenándose de sangre viva: era la renovación que esperaba mi ser, el líquido que anhelaba mi alma sedienta. Vi cómo revivía la Esperanza e intuí que la Regeneración era posible. Contemplé el mar desde una arcada revestida de flores que había al fondo del jardín: era más azul que el cielo. El viejo mundo quedaba atrás, y ante mí se abría un futuro luminoso...

»“Vete —dijo la Esperanza—, regresa a Europa, donde nadie sabe de la mancha que ensucia tu nombre, ni del fardo al que estás atado. Puedes llevarte a la loca a Inglaterra: tras instalarla en Thornfield al cuidado de alguien, podrás viajar donde desees y crear nuevos lazos con otras mujeres. Porque esa, que tanto sufrimiento te ha causado —que tanto ha ensuciado tu nombre, ultrajado tu honor y arruinado tu

juventud—, no es tu esposa, ni tú eres su marido. Ocúpate de que reciba las atenciones que su estado requiere, y habrás hecho todo lo que Dios y la humanidad pueden exigirte. Deja que su identidad y la relación que la une contigo queden enterradas en el olvido: no tienes por qué explicar la verdad a nadie. Límitate a buscarle un lugar donde sea tratada con dignidad y deja que el secreto envuelva su degradación.

»Y eso hice. Ni mi padre ni mi hermano habían hecho público mi enlace a sus conocidos porque, desde la primera carta que les escribí después de la ceremonia —y en la que ya expresaba ciertas muestras de disgusto hacia mi esposa y la tara que afectaba a la familia, y al mismo tiempo daba muestras de ansiedad por el futuro que me esperaba a su lado—, les pedí que mantuvieran el enlace en secreto. Poco después, la conducta de la esposa que mi padre había elegido para mí era tan infame que reconocer el parentesco le habría hecho enrojecer. No tuvo, pues, ningún interés en proclamar la relación que le unía a ella: deseaba ocultarla tanto como yo mismo.

»Así que la llevé a Inglaterra: trasladar a ese monstruo en el camarote de un barco supuso una experiencia aterradora. Estuve contento cuando por fin llegué a Thornfield y la vi instalada y segura en la habitación del tercer piso, cuya recámara ha sido durante años el cubil secreto de esa fiera salvaje. ¡La celda de un demonio! Me costó encontrar a alguien que se ocupara de ella: debía ser una persona en cuya discreción pudiera confiar, ya que los desvaríos de la enferma traicionarían mi secreto. Además, tenía intervalos de lucidez que a veces se prolongaban durante semanas en los que no paraba de insultarme. Finalmente contraté a Grace Poole, de Grimsby Retreat. Ella y el cirujano Carter (el que curó las heridas de Mason la noche en que fue atacado) son las dos únicas personas a las que he hecho partícipes de la verdad. Tal vez la señora Fairfax haya sospechado algo, pero no puede apoyar sus teorías en hecho alguno. En general, debo decir que Grace ha resultado ser una buena guardiana, aunque debido en parte a un defecto aparentemente incurable y que suele darse en las personas que se dedican a esa azarosa profesión, ha visto burlada su vigilancia en más de una ocasión. La loca es a la vez astuta y malvada, y nunca ha perdido la ocasión de aprovecharse de los despistes temporales de su guardiana: así consiguió ocultar el cuchillo con el que apuñaló a su hermano, o apoderarse de la llave de la celda para salir de ella impunemente en mitad de la noche. En la primera ocasión fue cuando intentó quemarme vivo en la cama; en la segunda te hizo esa terrible visita. Doy gracias a la Providencia de que descargara su furia en tus adornos nupciales, que tal vez trajeron a su mente recuerdos de los días de su propio noviazgo. No puedo resistir pensar en lo que podría haber sucedido. Cuando pienso en la bestia que me saltó al cuello esta mañana y acercó su rostro oscuro y trastornado al de mi inocente palomita, se me hiela la sangre.

—Señor —pregunté aprovechando que él hizo una pausa en su relato—, ¿qué hizo después de instalarla aquí? ¿Adónde fue?

—¿Quieres saber qué hice, Jane? Me convertí en una especie de espíritu

caprichoso y errante. ¿Adónde fui? Vagué como un alma en pena: recorrí el continente de extremo a extremo. Me empujaba el deseo de hallar una mujer buena e inteligente a la que poder amar: alguien absolutamente distinto de la fiera que había dejado atrás.

—Pero usted no podía casarse, señor.

—Había decidido lo contrario, y estaba convencido de que no solo podía sino que tenía todo el derecho a hacerlo. No era mi intención engañarla como te he engañado a ti. Pensaba explicarle mi situación con total sinceridad y plantear una propuesta con absoluta franqueza: la lógica me decía que era libre para amar y ser amado, y no dudaba de que encontraría a una mujer capaz de comprenderme y aceptarme, pese a la maldición que llevaba a mis espaldas.

—¿Y bien, señor?

—Cuando te pones inquisitiva siempre me haces sonreír. Abres los ojos como un pájaro hambriento y no paras de moverte, inquieta, como si las respuestas no fluyeran con suficiente rapidez y quisieras penetrar en el interior del corazón de tu interlocutor. Pero, antes de proseguir, dime qué quisiste decir con ese «¿Y bien, señor?». Es una frase breve muy propia de ti y que suele tener el efecto de desatar mi lengua durante horas, sin que sepa muy bien por qué.

—Quise decir: ¿Qué pasó después? ¿Cómo actuó? ¿Qué siguió a ese viaje?

—Ya. ¿Y qué desea saber ahora?

—Si encontró a alguna mujer a quien amar; si la pidió en matrimonio y si ella aceptó.

—Puedo responder que he conocido a una mujer que me agrada y que le he pedido que se case conmigo. El destino dirá cuál será su respuesta. Pasé diez largos años rodando por el mundo, viviendo primero en una ciudad y luego en otra: a veces en San Petersburgo, a menudo en París, y ocasionalmente en Roma, Nápoles y Florencia. Provisto de gran cantidad de dinero y de un apellido respetado, podía elegir a mis amistades: era bienvenido en todos los círculos sociales. Busqué a mi ideal de mujer entre las muchachas inglesas, las *comtesses* francesas, las *signoras* italianas y las *gräfinnen* alemanas. No la encontré. A veces, por un fugaz instante, creí capturar una mirada, oír una voz, percibir una silueta que anunciaran que mi sueño estaba a punto de hacerse realidad, pero todos los casos supusieron una decepción. Y no creas que buscaba en ellas la perfección física o mental. Solo anhelaba a alguien con quien poder convivir en paz, alguien totalmente opuesto a la criolla. Pero la búsqueda resultó infructuosa. Entre todas, no logré encontrar a una sola a quien, de haber sido un hombre libre —y avisado como estaba de los riesgos, horrores y consecuencias que conllevan las uniones precipitadas—, habría pedido en matrimonio. El desengaño me volvió impaciente: caí en la disipación, aunque nunca en la depravación, algo que odiaba y todavía aborrezco. Ese era el rasgo que más me repugnaba de la mesalina criolla: el disgusto estaba tan enraizado en mí que frenaba mis actos, incluso cuando me entregaba al placer. Cualquier diversión que bordeara el

desenfreno me recordaba a ella y a sus vicios, y eso me hacía parar.

»No obstante, como me era imposible vivir solo, opté por la compañía de amantes. La primera elegida fue Céline Varens, otro paso que hace enrojecer a un hombre cuando se acuerda de haberlo dado. Ya sabes cómo era y cómo acabó la relación. Tuvo dos sucesoras: una italiana, Giacinta, y una alemana, Clara; ambas, mujeres de gran belleza. ¿Qué significaba para mí esa hermosura al cabo de unas cuantas semanas? Giacinta era una mujer violenta y sin principios, de la que me cansé a los tres meses. Clara era honesta y callada, pero a la vez aburrida, necia e insensible; fui incapaz de vivir con ella. Me alegró donarle suficiente dinero como para que estableciera su propio negocio y así librarme de ella con dignidad. Pero, Jane, veo en tu rostro que no te estás formando una opinión muy buena de mí. Crees que soy un canalla sin sentimientos ni moral, ¿verdad?

—Es cierto que este aspecto de su carácter no resulta de mi agrado, señor. ¿Nunca pensó que ese estilo de vida, ir pasando de una amante a otra, estaba mal? Habla de ello como si fuera un asunto intrascendente.

—Lo era. Pero tienes razón, no me gustaba. Era una existencia embrutecedora a la que no desearía volver. La línea que separa tomar una amante de comprar una esclava es muy débil: ambas son inferiores, a menudo por naturaleza y siempre por posición, y la convivencia con inferiores acaba siendo degradante. Odio el tiempo que pasé con Céline, Giacinta y Clara.

Sentí el acento de la verdad en sus palabras, e inferí algo de ellas: si me dejaba llevar por la pasión y, amparándome bajo cualquier pretexto o justificación, me olvidaba de los principios que me habían inculcado desde la infancia y me convertía en el siguiente nombre de esa lista de desgraciadas, él me miraría algún día con el mismo desprecio con que las recordaba a todas ahora. No expresé esa idea en voz alta: sentirla en mi interior era suficiente. La grabé en el corazón para que me sirviera de ayuda en los momentos difíciles.

—Vamos, Jane, por qué no repites ahora ese «¿Y bien, señor?». Aún no he acabado. Te veo muy seria; creo que sigues desaprobando mi conducta. Pero déjame que llegue al final. El pasado enero, libre de toda amante, amargado y endurecido debido a la vida inútil, errante y solitaria que había llevado, corroído en mi interior por la disposición a odiar a toda la humanidad, en especial al sexo femenino, puesto que había llegado a la conclusión de que esa mujer intelectual, leal y cariñosa era un mero espejismo, los negocios me trajeron de regreso a Inglaterra.

»Llegué a Thornfield Hall en una helada tarde de invierno. ¡Cómo odiaba ese lugar! Mientras pensaba que no me aguardaba allí paz ni alegría, tomé el camino de Hay y vi a una figura tranquilamente sentada sobre una valla. Pasé por delante de ella sin prestarle ninguna atención: no presentí en ese momento lo mucho que significaría para mí. No hubo ningún aviso interior que me advirtiera que, bajo ese aspecto corriente, tenía delante a la mujer que se convertiría en guía de mi vida, para bien y para mal. Tampoco lo comprendí cuando se acercó muy seria hacia mí para

ofrecerme su ayuda después de que Mesrour se cayera. ¡Una criatura tan inocente y menuda! Era como si un pajarillo se hubiera posado en mi pie y se hubiera propuesto alzarme en sus alas diminutas. Le respondí con rudeza, pero no se arredró: se quedó a mi lado con una extraña perseverancia, hablando y mirándome con una cierta autoridad. Yo necesitaba ayuda, y era de su mano que debía recibirla. Así fue.

»Cuando me apoyé sobre su frágil hombro, fue como si una inyección de savia tonificante y nueva me recorriera el cuerpo. Suerte que sabía que volvería a encontrarme con ese duende bajo mi propio techo, o no habría podido ver cómo se fundía en las sombras sin haber experimentado una aguda sensación de pérdida. Te oí llegar a casa esa noche, Jane, aunque es probable que no supieras que yo pensaba en ti o vigilaba tus pasos. Al día siguiente te observé durante media hora sin que me vieras mientras jugabas con Adèle en la galería. Recuerdo que la nevada os impidió salir al jardín. Yo estaba en mi habitación con la puerta entreabierta, por lo que podía ver y oír. Adèle reclamó tu atención durante un rato: aunque pensé que tus pensamientos debían estar volando muy lejos, te mostraste muy paciente con ella, pequeña Jane. Le diste conversación y la entretuviste durante mucho rato. Cuando por fin se marchó, te sumiste de nuevo en un estado como de trance: te dedicaste a pasear lentamente por la galería. De vez en cuando te detenías frente a una de las ventanas y observabas cómo caía la nieve; escuchabas las ráfagas de viento y reemprendías tu paseo, sumergida de nuevo en tus sueños. Creo que tenías visiones agradables, porque a ratos se asomaba a tus ojos un resplandor de felicidad, y tu cuerpo parecía agitarse contento, sin rastro de amargura o malos presagios. Tu mirada revelaba las fantasías de un espíritu joven que sigue con alas ilusionadas el vuelo de la Esperanza hacia un cielo ideal. La voz de la señora Fairfax, que hablaba con una criada en el vestíbulo, te devolvió a la realidad. ¡Qué sonrisa tan extraña dibujaron tus labios, Jane! En ella se leía tanta sensatez. Parecía el fruto de tus pensamientos, como si quisiera decir: “He tenido hermosas fantasías, pero no debo olvidar que son completamente irreales. Aunque en los sueños exista un cielo rosado y un jardín del Edén verde y frondoso, soy absolutamente consciente de que en el mundo real me espera un camino lleno de obstáculos y un cielo rebosante de tormentas”. Entonces bajaste corriendo las escaleras y pediste a la señora Fairfax que te diera algo que hacer. Creo que te pusiste a repasar las cuentas de la semana o algo parecido, y yo me enfadé contigo porque te habías alejado de mi campo de visión.

»Anhelé con impaciencia la llegada de la noche para convocarte. Sospechaba que poseías un carácter distinto al de cualquier otra persona que hubiera conocido, y deseaba tener la oportunidad de profundizar en él para conocerte mejor. Entraste en el salón con aire tímido y a la vez independiente; tu vestido era singular, como lo es ahora. Te hice hablar y descubrí en ti contrastes muy marcados. Tu ropa y tu conducta parecían obedecer a una misma norma: a menudo adoptabas una actitud desconfiada, como la de una persona refinada por naturaleza, pero muy poco acostumbrada a la vida social, que alberga un tremendo temor a decir o hacer algo inconveniente. Sin

embargo, cuando se dirigían a ti, mirabas a tu interlocutor cara a cara, con los ojos brillantes, agudos y retadores: tus miradas rebosaban perspicacia y fuerza. Ante cualquier pregunta indiscreta, tú siempre tenías en los labios una respuesta contundente. No tardaste mucho en acostumbrarte a mí: creo que notaste que se establecía una corriente de simpatía entre tú y este malhumorado patrón, Jane, porque fue sorprendente ver con qué rapidez te relajabas. Ya podía gruñir cuanto quisiera que no mostrabas sorpresa, ni temor, ni enojo, ni disgusto; te limitabas a contemplarme y a sonreír de vez en cuando, y ese gesto reflejaba una sagacidad y una sencillez indescriptibles. Lo que veía me gustaba y estimulaba a la vez: deseaba ver más. Sin embargo, te traté con frialdad durante bastante tiempo y no busqué tu compañía con demasiada frecuencia. Me comportaba como un epicúreo intelectual, deseoso de prolongar la satisfacción que me reportaba esta relación nueva e interesante. Además, me asaltaba el miedo de estropear la flor con el tacto de mis manos: temía que el fresco candor de la inocencia desapareciera para siempre. Entonces aún no sabía que no se trataba de un fulgor transitorio, sino del indestructible brillo de un diamante. Por otro lado, quería ver si mi alejamiento provocaba tu acercamiento, pero no fue así: permanecías en tu sala de estudio, quieta como el escritorio o el caballete. Si por casualidad me cruzaba contigo, te esfumabas con rapidez y tus muestras de reconocimiento eran casi imperceptibles, apenas compatibles con los buenos modales. En esos días mostrabas un semblante pensativo: no reflejaba desánimo ni mala salud, pero le faltaba el optimismo que conlleva disfrutar de la esperanza y del placer. Me pregunté qué pensarías de mí, eso si es que dedicabas un solo segundo a pensar en tu señor. Para averiguarlo decidí hacerte caso de nuevo. Había algo alegre en tu mirada cuando conversabas, una expresión amistosa. Descubrí que eras una persona sociable: era por tanto el silencio de la sala de estudio y el tedio que teñía tu vida lo que te estaba volviendo taciturna. Me permití ser amable contigo y la gentileza despertó en ti nuevas emociones: la expresión de tu rostro se dulcificó y tu voz se hizo más suave. Me gustaba oírte decir mi nombre con un tono feliz y agradecido. Aprovechaba cualquier excusa para disfrutar de tu compañía, Jane. Tus maneras tenían un aire de duda, tus ojos reflejaban una ligera turbación. No estabas segura de qué papel me apetecería representar en cada ocasión: el de amo severo, el de amigo, o el de hombre benévolo. En esos días ya te apreciaba demasiado como para fingir el primer papel. Cuando te tendía la mano en señal de amistad, tus mejillas se iluminaban y a menudo tuve que contenerme para no estrecharte contra mi pecho.

—No mencione más esos días, señor —interrumpí, intentando esconder un par de lágrimas furtivas que se asomaban a mis ojos: esas palabras eran como una tortura, porque, aunque sabía lo que debía hacer (y sabía que era preciso actuar cuanto antes), todos estos recuerdos y la revelación de sus sentimientos de entonces solo servían para hacer más ardua mi tarea.

—Tienes razón, Jane —replicó—. ¿Qué necesidad hay de ahondar en el pasado cuando el presente es mucho más sólido y el futuro mucho más brillante?

Esa afirmación infundada me hizo estremecer.

—Ahora entiendes cuál es la situación, ¿verdad? —prosiguió—. Después de una juventud hundida en la peor de las miserias o en la más absoluta soledad, encontré por fin a alguien a quien amar de verdad. Te he encontrado a ti, Jane. Eres mi alma, mi bondad, mi ángel de la guarda; estoy unido a ti por un lazo que no puede romperse. Creo que eres buena, virtuosa y adorable. La intensa pasión que arde en mi corazón te convierte en el centro de mi vida y envuelve mi existencia alrededor de la tuya, sus llamas nos consumen en una hoguera hasta fundirnos en un solo ser.

»Precisamente por eso, porque era consciente de mis sentimientos, decidí casarme contigo. Que alguien me diga que ya tengo una esposa no es más que una simple burla: ya sabes que lo único que tengo es un demonio disfrazado. Estuvo mal que intentara engañarte, pero temía la tozudez de tu carácter. Me asustaban esos principios tan sólidos que posees. Deseaba estar seguro antes de arriesgarme a hacerte confidencias. Sé que fue un acto de cobardía: debería haber apelado a tu nobleza y magnanimidad desde el principio, como estoy haciendo ahora; haberte expuesto con franqueza la agonía que he sufrido en mi vida, haberte descrito el ansia de alcanzar una existencia más elevada; haberte mostrado no mi decisión (pues esa palabra es débil), sino mi capacidad de amar sinceramente cuando me siento amado del mismo modo. Y luego debí haberte pedido que aceptaras mi juramento de fidelidad y me concedieras el tuyo a cambio. Dámelo ahora, Jane.

Hubo una pausa.

—¿Por qué estás tan callada, Jane?

Estaba en medio de una vivencia desgarradora. Una mano de hierro me oprimía el corazón. Fue un momento terrible... ¡Lleno de lucha, de oscuridad, de ardor! Ningún ser humano podía esperar ser objeto de un amor como aquel que él sentía por mí. Y la amarga ironía consistía en que debía renunciar a ese hombre que tanto me quería y a quien yo idolatraba. Una sola palabra expresaba la insoportable tarea que debía acometer: «Alejarme».

—Jane, ¿comprendes lo que te pido? Solo esta promesa: «Seré suya, señor Rochester».

—Señor Rochester, no seré suya.

Se produjo otro largo silencio.

—¡Jane! —comenzó, con una ternura que me partió el corazón en dos y a la vez lo petrificó de miedo. Su voz era lastimera y a la vez amenazadora, como el aullido de un león nervioso—. Jane, ¿quieres decir que pretendes que nuestros caminos se separen?

—Así es.

—Jane —dijo, inclinándose hacia mí y abrazándome—, ¿desde este mismo momento?

—Sí.

—¿Y ahora?

Me besó con suavidad la frente y las mejillas.

—Sí —exclamé, y me desasí por completo de su abrazo.

—¡Jane! ¡No puede ser! ¡Eres cruel! Amarme no puede ser algo malo.

—Lo sería si le obedeciera.

Una nube de furor le enturbió la mirada y contrajo todos sus rasgos. Se incorporó, pero logró dominarse. Apoyé la mano en el respaldo de la silla para no caer, temblando de miedo, y sin embargo decidida a no rendirme.

—Atiende un momento, Jane. Echa una mirada a la horrible vida que me espera cuando te vayas. Si toda la felicidad parte contigo, ¿qué quedará entonces? ¿La esposa loca del piso de arriba? Sería lo mismo que compartir la vida con un cuerpo enterrado en el cementerio. ¿Qué voy a hacer, Jane? ¿A quién acudiré en busca de compañía y de consuelo?

—Haga lo mismo que yo: confíe en Dios y en usted mismo. Crea en el cielo. Mantenga la esperanza de reunirse allí conmigo algún día.

—Entonces, ¿tu decisión es firme?

—Sí.

—¿Me condenas, pues, a una vida desgraciada y a una muerte en pecado? —Su voz iba elevándose a medida que hablaba.

—Le aconsejo que lleve una vida libre de pecado y le deseo que muera en paz.

—¿Insistes en arrebatarle el amor y la inocencia para dejarme caer de nuevo en brazos del vicio y la lujuria?

—Señor Rochester, no le asignaría este destino a usted más que a mí. Todos hemos nacido para luchar y resignarnos. Estoy segura de que me olvidará mucho antes que yo a usted.

—Estas palabras me convierten en un mentiroso y mancillan mi honor. Pese a que he declarado que mi amor era eterno, tú me dices a la cara que no tardará en pasar. ¡Y qué perversidad revelan tanto tu juicio como tu conducta! ¿Es mejor empujar a un ser humano hasta la desesperación que transgredir una ley que los hombres han inventado, sin que eso cause sufrimiento a nadie? Porque no tienes parientes ni conocidos a quienes pueda ofender que vivas conmigo.

Eso era cierto. Y, mientras él hablaba, la conciencia y la razón se aliaron para traicionarme y acusarme del crimen de apartarlo de mí. Hablaban casi tan alto como los sentimientos, y su clamor decía: «¡Apiádate de él! Piensa en su desgracia; piensa en el peligro al que le expones, en el estado en que quedará cuando te vayas. Recuerda su naturaleza impetuosa y los errores que es capaz de cometer si se deja llevar por la desesperación: cuídalo, sálvalo, ámalo. Dile que le quieres y que serás suya. ¿Acaso alguien se preocupa de ti en este mundo o se sentirá herido por lo que hagas?».

Pero la respuesta surgió incontrolable: «Yo me preocupo. Cuanto más absoluta sea la soledad, cuanto más sufra debido a la falta de amistades, cuanto más desvalida esté en el mundo, mayor será el respeto que sienta por mí misma. Obedeceré una ley

otorgada por Dios y sancionada por los hombres. Me atenderé a los principios que aprendí cuando estaba sana, no loca como ahora. Las leyes y los principios no son solo para los momentos que están libres de tentaciones, sino para momentos como este, cuando el cuerpo y el alma se amotinan contra su rigor. Cuanto más severos me parezcan, menos debo violarlos. Si pudiera olvidarlos por mi propia conveniencia, ¿qué valor tendrían? Son valiosos, o al menos eso he creído siempre. Y si ahora no soy capaz de verlo es porque estoy trastornada, fuera de mí. Corre fuego por mis venas y el corazón me late a tal velocidad que apenas puedo contar sus latidos. Lo único que me queda en esta hora de agitación son las ideas que ya poseía y las decisiones que me inculcaron, y en ellas pienso apoyarme».

Eso hice. El señor Rochester lo notó en mi rostro. Su furia alcanzó las cotas más elevadas: la cólera era más fuerte que él. Cruzó la habitación y me agarró del brazo y de la cintura; el ardor de su mirada parecía querer devorarme. En ese momento me sentí físicamente débil, con la misma fuerza que una brizna de paja expuesta al calor de un horno. Sin embargo, mi alma seguía firme y en su firmeza radicaba la certeza de salvación. Por suerte, la mente dispone de un intérprete —a menudo inconsciente, pero fiel— en la mirada. Mis ojos se cruzaron con los suyos y, mientras me enfrentaba a su furioso semblante, solté un suspiro involuntario; su mano me hacía daño, mis exhaustas fuerzas estaban a punto de agotarse.

—Nunca en la vida —dijo él entre dientes— había tenido delante a alguien tan frágil e indómito a la vez. ¡En mis manos parece un junco! —Y me zarandeó como prueba de sus palabras—. Podría quebrarla con un solo dedo. ¿Y qué bien obtendría de doblegarla, de romperla en dos? Sus ojos despiden una mirada decidida, salvaje y libre, que me desafía con algo más que coraje... ¡Con la vanidad que conlleva el triunfo! Puedo hacer lo que desee con la jaula, porque nunca llegaré a poseer a la criatura hermosa y decidida que contiene. Si la rompo, si vulnero esos débiles barrotes, mi arrebató solo servirá para dejar libre a la cautiva. Seré el conquistador del castillo, pero su habitante huirá hacia el cielo antes de que pueda proclamar mi victoria. Y eres tú —espíritu con voluntad y energía, lleno de luz y de pureza— lo que deseo, y no el débil envoltorio que te protege. Si quisieras, podrías volar suavemente hasta mí y anidar en mi pecho; pero si tu voluntad se niega a ello, eludirás mi abrazo, evanescente como una fragancia, y te desvanecerás antes de que logre aspirar tu aroma. ¡Ven, Jane! ¡Ven a mí!

Al pronunciar estas palabras, sus brazos aflojaron la presión. Me miraba, y era más difícil resistirse a esa mirada que al abrazo frenético. Sin embargo, solo una imbécil habría sucumbido entonces. Si me había atrevido a desatar su furia, también debía mostrarme insensible a su dolor. Retrocedí hasta la puerta.

—¿Te vas, Jane?

—Me marcho, señor.

—¿Me abandonas?

—Sí.

—¿No volverás? ¿No serás mi consuelo y mi salvadora? ¿No significa nada para ti este amor intenso que siento, este sufrimiento salvaje, esta súplica desesperada?

Su voz expresaba un patetismo insoportable. Me costó un esfuerzo sobrehumano repetir con firmeza:

—Me voy.

—¡Jane!

—Señor Rochester.

—Vete, pues. Te dejo ir, pero no olvides que me dejas sumido en la angustia. Sube a tu habitación; piensa en todo lo que he dicho y en el sufrimiento que me espera. ¡Piensa en mí!

Se alejó, se dejó caer encima del sofá y sepultó el rostro en los cojines.

—¡Jane! ¡Amor mío, vida mía...! Mi única esperanza... —sollozaba.

Yo ya había llegado hasta la puerta, pero, lector, volví a entrar, regresé con la misma determinación con que me había alejado. Me arrodillé junto a él y atraje su cara hacia mí, le besé la mejilla y le acaricié los cabellos.

—Que Dios le bendiga, querido señor. Que le proteja de todo daño y de todo mal, que se convierta en su guía y su consuelo en recompensa por la amabilidad con que me ha tratado.

—El amor de la pequeña Jane habría sido mi mejor recompensa —respondió—. Sin él, mi corazón se parte en pedazos. Pero Jane me concederá su amor. Sí, un amor noble y generoso.

La sangre volvió a teñir sus mejillas. Se incorporó con fuego en la mirada y extendió los brazos, pero yo eludí el contacto y huí de la habitación.

«¡Adiós! —gritaba mi corazón al dejarle. Y la desesperación añadió—: ¡Adiós para siempre!»

No habría imaginado que esa noche fuera capaz de dormir, y sin embargo caí rendida tan pronto como me eché en la cama. Mis pensamientos volaron hacia escenas de mi infancia: soñé que yacía en la habitación roja de Gateshead en una noche oscura, con la mente poblada de extraños temores. La luz que tanto tiempo atrás me había provocado un ataque de pánico se me apareció de nuevo: parecía ascender por la pared y detenerse temblorosa en el centro del negro techo. Levanté la cabeza para verla: el tejado estaba formado de nubes, altas y ligeras. Su brillo recordaba al de la luna cuando penetra en los restos de niebla. La vi llegar: contemplé su aparición sacudida por un extraño presagio, como si llevara escrita una sentencia en su disco. Irrumpió en el cielo como jamás ninguna otra luna ha surgido de detrás de una nube: una mano corrió los pliegues oscuros de vapor y los deshizo, y entonces apareció, no una luna, sino una resplandeciente forma humana, que inclinaba hacia la tierra su frente inmaculada. Me miró fijamente durante un largo rato y al final le habló a mi espíritu: su tono era distante y a la vez muy cercano. Mi corazón oyó un susurro.

—¡Huye de la tentación, hija mía!

—Así lo haré, madre.

Esta fue mi respuesta cuando desperté de aquella especie de trance. Aún estaba oscuro, pero las noches de julio no son muy largas: el amanecer tarda poco en llegar. «No puede ser demasiado temprano para poner manos a la obra y hacer lo que debo hacer», pensé. Me levanté. Ya estaba vestida, solo me había quitado los zapatos. Sabía dónde encontrar mudas de ropa blanca en los cajones, así como el medallón y un anillo. Mientras buscaba estos objetos, encontré un collar de perlas que el señor Rochester me había obligado a aceptar unos días atrás. Lo dejé allí: no era mío, perteneció a aquella novia de humo que se había evaporado en el aire. Puse el resto de cosas en un bolso y guardé el monedero en el bolsillo, con veinte chelines como todo capital. Me ajusté el sombrero, me envolví en el chal, recogí el bolso y las zapatillas que aún no había guardado y salí de mi habitación.

—Adiós, amable señora Fairfax —murmuré al pasar ante su puerta—. ¡Adiós, querida Adèle! —dije, echando una mirada de despedida al cuarto de la niña.

No podía permitirme el lujo de entrar a abrazarla. Era preciso evitar que un fino oído percibiera mis pasos... Aunque tal vez la precaución fuera inútil; quizá no estuviera escuchando.

Habría pasado por delante de la habitación del señor Rochester sin detenerme, pero el corazón paró de latir por un instante cuando llegué al umbral y los pies siguieron su ejemplo. Nadie dormía en el interior: su ocupante caminaba inquieto de un extremo a otro, sin dejar de suspirar. Sabía que si me decidía a entrar, encontraría en esa habitación un paraíso: temporal sí, pero a la vez maravilloso. Solo tenía que abrir la puerta y decir «Señor Rochester, le amo y viviré con usted hasta la muerte», para que la fuente de la alegría me empapara los labios. La idea persistió en mí durante unos minutos.

Mi amable patrón, víctima a esas horas del insomnio, esperaba impaciente la llegada del nuevo día. Cuando me mandara llamar por la mañana, ya me habría ido. Sus esfuerzos por encontrarme serían vanos. Se sentiría traicionado, rechazado; sufriría hasta rozar la desesperación. Acerqué la mano a la cerradura, pero me eché atrás y seguí mi camino.

Bajé la escalera sumida en la tristeza. Sabía lo que tenía que hacer y lo hice de manera mecánica. Fui a la cocina a buscar la llave de la puerta lateral y unté con una pluma mojada en aceite tanto la llave como la cerradura. Cogí un trozo de pan y un poco de agua: me hallaba a las puertas de un largo viaje y no podía consentir que mis fuerzas, ya menguadas, desfallecieran del todo. Hice todo esto en el más absoluto silencio. Abrí la puerta, salí, y la cerré con suavidad. La palidez del alba iluminaba el patio. Las verjas estaban cerradas con llave, pero una de las portezuelas estaba solo ajustada. Por ella salí, la cerré a mi espalda: por ella escapé de Thornfield.

A casi dos kilómetros de distancia había un camino que cruzaba los campos en dirección contraria a Millcote, un sendero que había visto a menudo sin saber adónde se desembocaba. Encaminé mis pasos hacia allí. No podía permitirme el lujo de reflexionar, de volver la vista hacia lo que dejaba atrás o anticipar lo que me

esperaba. ¿Para qué dedicar un solo pensamiento al pasado o al futuro? El primero era una página tan dulce y a la vez tan triste que leer una sola línea serviría para hacer trizas mi coraje y acabar con mis fuerzas. Y el futuro, por su lado, era una hoja en blanco, algo parecido a lo que debió ser el mundo tras el diluvio.

Sorteé campos, setos y senderos hasta la salida del sol. Creo recordar que hacía una hermosa mañana de verano. Sé que los zapatos que me había puesto al salir de la casa pronto quedaron húmedos por el rocío. Pero para mí no había amanecer, ni cielo sonriente ni naturaleza despertando al calor. El condenado que camina hacia el patíbulo por un camino lleno de flores no piensa en la belleza del paraje, sino en el tajo y en el filo del hacha, en el desmembramiento de venas y huesos, en la tumba fría que le aguarda al final. Y yo me sentía como una vagabunda solitaria y desamparada, y el corazón me dolía al recordar lo que había dejado atrás. No podía evitarlo. Pensaba en él ahora, en su habitación, contemplando la salida del sol, esperando verme llegar para decirle que me quedaría a su lado y sería suya. Anhelaba ser suya. Ansiaba regresar: aún no era demasiado tarde y podría evitarle el amargo trago de sentirse abandonado. Estaba segura de que mi huida no había sido descubierta todavía: podía volver y ser su consuelo, su orgullo, la redención de sus desgracias y, tal vez, la salvación de su alma. Su desconsuelo me atormentaba más que el mío. Se me clavaba en el pecho como una flecha, desgarrándome la carne cuando intentaba extraerla, y me hacía desfallecer cuando el recuerdo la hundía aún más en mi interior. Los pájaros empezaron a cantar desde las ramas y desde los arbustos: ellos, que eran fieles a sus compañeros, representaban el símbolo del amor. ¿Qué era yo? Además del dolor que sacudía mi corazón y del intenso esfuerzo que hacía por mantener mis principios, comencé a albergar un profundo sentimiento de odio hacia mí misma. Ni siquiera me quedaba la satisfacción de aprobar mis actos, ese consuelo que proviene del respeto a uno mismo. Había herido a mi señor y le había dejado. Me veía como a un ser odioso. Y, sin embargo, regresar era imposible; no podía retroceder un solo paso, Dios me empujaba hacia delante. La pena asoladora que me agitaba entorpecía mi voluntad y me enturbiaba la conciencia. Iba regando con lágrimas el camino solitario: aceleré el paso, presa de una especie de delirio. La debilidad se abrió paso desde el interior y dominó mi cuerpo, paralizó mis piernas y me hizo caer al suelo. Allí me quedé durante unos minutos, con la cara apoyada contra la hierba húmeda. Temía, o mejor sería decir anhelaba, morir allí, pero no tardé en incorporarme: apoyé las manos y las rodillas en el suelo y me puse en pie, más decidida que nunca a alcanzar ese camino.

Cuando llegué, me vi obligada a sentarme junto a una valla. Mientras descansaba, oí un rumor de ruedas y vi que un carruaje se acercaba. Me levanté y alcé la mano para detenerlo. Pregunté al conductor adónde se dirigía y este mencionó el nombre de un remoto lugar, donde no era probable que el señor Rochester conociera a nadie. ¿Cuál era el precio del viaje? Treinta chelines. Respondí que no tenía más que veinte. Bien, veinte serían suficientes. Al fin y al cabo, el vehículo iba vacío. Entré, cerró la

puerta y comenzó a avanzar.

Amable lector, espero que nunca tengas que sentirte como yo me sentí entonces. Que tus ojos nunca viertan la tormenta de lágrimas hirvientes y amargas que brotaron de los míos. Que nunca tengas que elevar al cielo una plegaria tan desesperada y desoladora como la que en esa hora pronunciaron mis labios. Que nunca sepas, como sabía yo, que eres el instrumento de tortura de la persona que más amas en el mundo.

Han pasado dos días. Estamos en una tarde de verano; el cochero me ha dejado en un lugar llamado Whitcross, alegando que es todo lo lejos que podía llevarme por la suma pagada. No me queda un mísero chelín. La diligencia debe de estar ya a casi dos kilómetros de aquí y estoy sola. En este momento, me doy cuenta de que olvidé sacar el paquete del portaequipajes del vehículo, donde lo había dejado para mayor seguridad. Supongo que sigue allí, y ahora sí puedo afirmar con propiedad que no tengo absolutamente nada en el mundo.

Whitcross no es una ciudad, ni siquiera llega a la categoría de pueblo. No es más que un pilar de piedra erigido en el punto donde se cruzan cuatro caminos, rebozado en blanco para que sea visible de lejos y en la oscuridad. Del extremo del pilar emergen cuatro brazos: según las indicaciones, la ciudad más cercana está a unos dieciséis kilómetros y la más lejana a más de treinta. De los nombres de esos lugares, deduzco el condado al que he ido a parar: una región situada al norte de la zona central, oscurecida por los páramos y rodeada de montañas. Puedo dar fe de ambas cosas. Hay inmensos páramos a mis espaldas y a los lados; a lo lejos, más allá del profundo valle que se extiende a mis pies se levanta un océano rocoso. No parece una zona muy poblada y no se ve ni un solo transeúnte por los caminos, líneas amplias, blancas y solitarias que, bordeadas por enormes matas de arbustos salvajes, surcan los páramos en todas direcciones. En cualquier caso, podría aparecer alguien por allí y no tengo el menor deseo de ser vista: cualquiera se extrañaría al verme en medio de la nada, apoyada en la señal del camino, desorientada y perdida. Si me preguntara, mis respuestas no harían más que aumentar sus sospechas. En este momento me siento absolutamente desligada del resto de la gente, no tengo lugar donde acudir ni amigos que me reciban: nadie me dedicará un saludo ni rogará por mí. Puesto que mi único pariente es la madre universal, la naturaleza, buscaré reposo en su regazo.

Me dirigí decidida hacia los arbustos hasta alcanzar una hondonada que había visto desde el camino; vadeé el páramo cenagoso, hundiéndome en él hasta las rodillas, seguí sus recovecos, y por fin me hallé ante una gran roca ennegrecida por el musgo que se alzaba en uno de los ángulos. El lugar parecía a salvo de miradas curiosas y me senté bajo la piedra. Me rodeaban altos bancos de lodo y la roca me protegía la cabeza. Por encima, solo me cubría el infinito manto del cielo.

Sin embargo, tuvo que pasar algún tiempo antes de que me sintiera segura incluso en un lugar tan resguardado: tenía el vago temor de que se acercasen animales salvajes o de ser descubierta por algún excursionista o un cazador furtivo. Si una ráfaga de viento barría el páramo, alzaba la vista por miedo a que se tratara de una bestia; si percibía el silbido de un ave, pensaba que era un hombre el que se aproximaba. Pese a todo, por fin comprendí lo absurdo de mis miedos y me dejé tranquilizar por el silencio que acompaña a la llegada de la noche. Hasta ese momento no había tenido tiempo para pensar: me había limitado a escuchar, a

observar y a temer. Solo entonces era capaz de recobrar la capacidad de comprensión.

¿Qué iba a hacer? ¿Adónde iría? ¿Qué preguntas tan estúpidas: no podía ir a ningún lugar, no podía hacer nada! Este cuerpo tembloroso tendría que recorrer aún un buen trecho antes de llegar a un lugar habitado; tendría que depender de la fría caridad para conseguir alojamiento, despertar en los otros una piedad no exenta de recelos, un sentimiento de rechazo previo a la posibilidad de narrarles mi historia.

Toqué el brezo: estaba seco y aún desprendía el calor del día. Miré al cielo, nítido y puro, y una amable estrella me guiñó el ojo desde el borde de la roca. La noche caía, suave como un velo, sin una pizca de brisa. La naturaleza me pareció benévola y generosa: pensé que me amaba, a mí, pese a mi desamparo. Y yo, que de los hombres solo podía esperar desconfianza, rechazo e insultos, me aferré a ella con amor filial. Al menos por esa noche sería su huésped, además de su hija: mi madre me daría alojamiento sin necesidad de dinero. Tenía aún un pedazo de pan, los restos de un panecillo que había comprado al cruzar una ciudad con mi último penique. Arándanos como perlas negras brillaban sobre el brezo: cogí unos cuantos y me los comí con el pan. Esta frugal comida consiguió, si no acallar del todo la voz del hambre que me acuciaba, sí al menos mitigar sus demandas. Recé mis oraciones nocturnas y busqué un lugar donde acostarme.

Al lado de la roca el brezo era muy tupido: los pies se me hundieron al tumbarme y los arbustos se elevaron a ambos lados dejando un espacio muy estrecho para que pasara el aire. Doblé el chal y lo usé de colcha; un montón de musgo se convirtió en mi almohada, y me hice un ovillo, dispuesta a evitar el frío. Lo conseguí, al menos durante las primeras horas de la noche.

Habría podido descansar bastante bien, pero la tristeza del corazón me lo impidió. Se lamentaba de sus heridas abiertas, de la sangre que manaba de su interior, de sus fibras rasgadas. Temblaba por el señor Rochester y el destino que le aguardaba: le compadecía con amargura, añoraba su presencia en todo momento, e impotente como un pájaro con las alas rotas todavía intentaba emprender el vuelo en un vano intento de encontrarle.

Exhausta por esta tortura mental me puse de rodillas. La noche había llegado y traído consigo a sus acompañantes celestiales. Era una noche tranquila y silenciosa, demasiado serena para provocar miedo. Sabemos que Dios está en todas partes, pero no hay duda de que sentimos más su presencia cuando contemplamos sus obras a gran escala: es bajo la plácida y silenciosa oscuridad cuando somos más capaces de apreciar su infinitud, su poder y su omnipresencia. Me había arrodillado para rezar por el señor Rochester. Cuando levanté la vista con los ojos arrasados de lágrimas, observé la fulgurante Vía Láctea. El recuerdo de lo que era, de los incontables sistemas que se deslizaban por el espacio como una estela de luz, me hizo percibir el poder y la fuerza de Dios. Estaba tan segura de que Dios haría todo lo posible para conservar lo que Él había creado, tan convencida de que la tierra no moriría, ni tampoco ninguna de las almas que atesoraba en ella, que convertí la plegaria en una

oración de gracias: la Fuente de la Vida era también el Salvador de los Espíritus. El señor Rochester estaba a salvo: era una criatura de Dios y Él le protegería. Me acurruqué de nuevo en el repecho de la colina y dejé que el sueño me hiciera olvidar las penas.

Pero al día siguiente, la necesidad pura y dura se me apareció. Mucho después de que los pajarillos hubieran salido de sus nidos, mucho después de que las abejas hubieran aprovechado la hora más dulce del día para recoger la miel del brezo antes de que el rocío se secase, cuando las alargadas sombras de la mañana se esfumaron y el sol invadió el cielo y la tierra, me levanté y miré alrededor.

¡Qué día tan perfecto, caluroso y sereno! ¡Qué hermoso estaba el páramo, parecido a un desierto de oro! Todo refulgía. Ojalá pudiera vivir siempre allí. Vi cómo un lagarto corría por la piedra, vi a una abeja ocupada entre los arándanos, y en ese momento habría deseado ser abeja o lagarto para así conseguir allí alimento y cobijo para siempre. Pero yo era un ser humano y tenía las necesidades de mi especie: no podía permanecer donde no había nada para satisfacerlas. Me levanté, miré al lecho que acababa de abandonar. Sin esperanzas en el futuro, solo deseé que mi Creador hubiera tenido a bien requerir mi alma esa noche mientras dormía, y así mi fatigado cuerpo habría podido abandonar este combate contra el destino y se habría fundido en paz con el suelo del páramo. Sin embargo, seguía viva, con todo lo que eso implicaba: exigencias, dolor y responsabilidades. Debía cargar con el peso, satisfacer la necesidad, soportar el sufrimiento y cumplir con mi responsabilidad. Tenía que seguir.

Regresé a Whitcross, y desde allí tomé una carretera que iba de espaldas al sol, abrasador en esos momentos. Fue esa circunstancia lo que decidió el camino. Caminé durante un buen rato, y cuando consideré que ya había hecho bastante y podía rendirme a la fatiga que entorpecía mis pasos, me concedí un descanso y me senté en una piedra, dejándome llevar sin oponer resistencia por una apatía que me paralizaba el corazón y los miembros hasta que oí un repicar de campanas. Era la campana de una iglesia.

Me volví en dirección al sonido y allí, entre el romántico paraje montañoso, cuyos cambios y aspecto yo había dejado de advertir ya hacía más de una hora, vislumbré un pueblo y un campanario. Todo el valle a mi derecha estaba lleno de campos de pastos, de maíz y de extensiones de bosque. Un riachuelo brillante serpenteaba entre los distintos matices de verde, entre el maíz dorado, el bosque oscuro y el prado iluminado por el sol. El ruido de unas ruedas sobre el camino me hizo reaccionar: un carro muy cargado ascendía la colina y no muy lejos había dos vacas con su guía. La vida humana y el trabajo estaban cerca. No podía rendirme: debía luchar por vivir y ganarme el pan con el sudor de la frente, como hacía todo el mundo.

Llegué al pueblo alrededor de las dos de la tarde. Al fondo de su única calle había una pequeña tienda con algunos panecillos en el escaparate. Anhelaba comer un pedazo de pan. Tal vez ese refrigerio me otorgaría un cierto grado de energía; sin él,

continuar era imposible. El deseo de recobrar fuerza y vigor volvió a mí tan pronto como me encontré entre seres humanos. Sentí que sería degradante desmayarse de hambre en medio de la calle. ¿Qué podía ofrecer a cambio de uno de esos panecillos? Reflexioné. Llevaba un pañuelo de seda atado alrededor del cuello, y también tenía los guantes; pero no sabía cómo proceden los hombres y mujeres que se encuentran en la indigencia. Ignoraba si alguien aceptaría alguno de esos objetos como pago. Tal vez no, pero debía intentarlo de todos modos.

Entré en la tienda. La dependienta, viendo el aire respetable de la dama que tenía delante, se acercó a mí con una sonrisa educada. ¿Qué deseaba? Yo estaba muerta de vergüenza: la lengua era incapaz de emitir la respuesta que había preparado. No me atreví a ofrecerle esos guantes medio gastados o el raído pañuelo. Me limité a pedirle permiso para sentarme un momento porque estaba cansada. Decepcionada en sus expectativas de hacer negocio, accedió con frialdad a mi petición y me señaló una silla. Me dejé caer en ella con unos enormes deseos de romper a llorar, pero el temor me contuvo. Le pregunté si había en el pueblo algún sastre o alguna modista.

—Sí, dos o tres. Tantas como nos hacen falta.

Reflexioné. Había llegado al final: me enfrentaba cara a cara con la necesidad. Me hallaba sin recursos, sin amigos, sin un solo penique. Tenía que hacer algo. ¿Qué? Debía recurrir a alguien. ¿A quién?

—¿Conoce algún lugar en el pueblo donde necesiten una criada?

—No sabría decirle.

—¿Cuál es la principal actividad de la zona? ¿A qué se dedica la mayoría de la gente?

—Algunos trabajan en granjas, muchos en la fábrica de agujas del señor Oliver o en la fundición.

—¿El señor Oliver da trabajo a mujeres?

—No. Es tarea de hombres.

—¿Y qué hacen las mujeres?

—No sé... —fue la respuesta—. Unas hacen esto, otras aquello... Los pobres deben hacer lo que se les presenta.

Parecía cansada de mis preguntas. En realidad, ¿qué derecho tenía yo a importunarla? Entraron un par de clientas y era obvio que querían sentarse. Me fui.

Subí la calle sin dejar de mirar las casas que había a derecha e izquierda, pero no se me ocurrió ningún pretexto para entrar en ninguna. Deambulé por el pueblo durante más de una hora, alejándome a ratos y volviendo después. Agotada y mortificada por el hambre, me dirigí a un prado y me senté bajo una cerca. Sin embargo, en pocos minutos ya estaba de nuevo en pie buscando algo o a alguien. En la cima del prado había una preciosa casita provista de un jardín delantero, exquisitamente cuidado y rebosante de flores. Me detuve delante. ¿Qué excusa podía llevarme a caminar hasta la puerta blanca o hacer sonar el reluciente picaporte? ¿Por qué iban a querer ayudarme sus habitantes? Pese a ello, me acerqué a ella y llamé a la

puerta. La abrió una joven de aspecto amable y elegante atuendo. Con la voz baja y vacilante que podría esperarse de un corazón desesperado y un cuerpo débil, le pregunté si necesitaban una criada.

—No —dijo ella—. No tenemos servicio en la casa.

—¿Podría decirme dónde puedo encontrar algún empleo, de la clase que sea? —proseguí—. Acabo de llegar, no conozco a nadie en este lugar. Necesito trabajar, no importa en qué.

Pero preocuparse por mí no era asunto suyo. Además, a sus ojos, mi historia, mi carácter y mi posición debían parecerle muy poco de fiar. Sacudió la cabeza, lamentó no poder decirme nada al respecto, y cerró la puerta blanca con amabilidad y educación, pero dejándome a mí en la calle. Si la hubiera dejado abierta un poco más, creo que le habría mendigado un trozo de pan, porque en ese momento estaba a punto de desfallecer.

No podía soportar emprender el regreso a ese sórdido pueblo, en el que tampoco parecía haber ninguna posibilidad de ayuda. Habría preferido tomar el camino que llevaba hacia un bosque que había no muy lejos, cuya espesa sombra parecía ofrecer un cómodo refugio, pero me sentía tan débil y enferma, y tan vencida por las necesidades físicas, que el instinto me empujó a vagar por lugares donde hubiera alguna remota posibilidad de hallar comida. La soledad no sería soledad —ni podría existir descanso— hasta librarme del buitre del hambre que se aferraba a mi cuerpo con el pico y con las garras.

Me acerqué a unas casas, pasé de largo; volví a ellas y de nuevo las dejé atrás. Me detenía la conciencia de no tener ningún derecho a pedir nada, ni a esperar que nadie se tomara la menor molestia por el destino de una desgraciada desconocida. Mientras tanto, la tarde avanzaba y yo deambulaba por la calle como un perro hambriento. Al cruzar uno de los campos, vi la torre de la iglesia y fui hacia ella. Cerca del cementerio, en medio del jardín, se alzaba una casa pequeña y sólida, que era sin duda la rectoría. Recordé que los forasteros que llegan a un lugar donde no tienen amigos ni trabajo a veces acuden al párroco en busca de ayuda. Es tarea del párroco brindar consejo y apoyo a aquellos que han de velar por sí mismos. Creí tener derecho a buscar una mano amiga en ese lugar. Saqué fuerzas de flaqueza e hice acopio de toda mi energía para dirigirme a la casa y llamar a la puerta de la cocina. La abrió una vieja mujer y le pregunté si eso era la rectoría.

—Sí.

—¿Se halla el párroco en casa?

—No.

—¿Volverá pronto?

—No, ha tenido que ausentarse.

—¿Muy lejos?

—No demasiado, a unos cinco kilómetros. La súbita muerte de su padre le ha obligado a desplazarse. Está en Marsh End, y supongo que se quedará allí al menos

dos semanas.

—¿Está la señora de la casa?

—No, solo yo, el ama de llaves.

Lector, no pude soportar ponerme a mendigar por el alimento que mi cuerpo pedía a gritos. No tuve valor para pedírselo y me fui.

De nuevo cogí el pañuelo y mi mente recordó los panecillos de la tienda. ¡Habría dado lo que fuera por unas migas, por un mendrugo para aplacar el hambre! Instintivamente volví la mirada hacia el pueblo. Fui a la tienda, entré, y pese a que había otros clientes, me atreví a pedirle uno de los panecillos a cambio del pañuelo.

Me miró recelosa.

—No, no hago intercambios de ese tipo.

Al borde de la desesperación, probé con medio panecillo pero ella volvió a negarse. «¿Cómo sabía ella de dónde había sacado el pañuelo?»

—¡Quédese con los guantes!

—¡No! ¿Para qué los quiero?

Lector, recordar esos instantes no es en absoluto agradable. Hay quien dice que volver la vista hacia los malos momentos del pasado causa un cierto placer, pero ni siquiera hoy puedo soportar el relato de esos días: la degradación moral, unida al sufrimiento físico, forman una combinación demasiado dolorosa para ser revivida con tranquilidad. Ni siquiera podía culpar a los que me rechazaban. Sentía que eso era lo que podía esperarse, algo difícil de evitar. Un vulgar mendigo a menudo despierta sospechas, pero un mendigo bien vestido siempre provoca inquietud. Lo que yo pedía era un empleo, pero ¿quién iba a ocuparse de conseguirme uno? Desde luego, no unas personas que me veían por primera vez y que no sabían nada de mi carácter. Y en cuanto a la mujer que no quería aceptar el pañuelo a cambio del pan, estaba en su derecho si la oferta le parecía peligrosa o el intercambio poco provechoso. Permíteme pues que resuma la historia. Recordarla me pone enferma.

Un poco antes de que anoheciera pasé frente a una casa. El granjero estaba sentado en la puerta, abierta de par en par, tomando una cena consistente en pan con queso. Me detuve y le dije:

—¿Podría darme un poco de pan? Tengo mucha hambre.

Me lanzó una mirada de sorpresa, pero, sin decir nada, cortó una rebanada de pan y me la dio. Supongo que me tomó por una dama excéntrica que había sentido de repente el antojo de probar un pedazo de pan moreno. Tan pronto como perdí la casa de vista, me senté a comerlo.

No esperaba conseguir alojamiento bajo techado, así que me fui al bosque que mencioné antes. Pasé una noche terrible: la tierra estaba húmeda y el aire era frío. Además, varios caminantes pasaron muy cerca y me vi obligada a cambiar de lugar, buscando en vano un sitio tranquilo y seguro. De madrugada empezó a llover. La humedad se mantuvo durante todo el día siguiente. Por favor, lector, no me preguntes por ese día. Busqué trabajo como el día anterior y obtuve el mismo rechazo que ya

conocía; busqué comida como el día anterior y pasé la misma hambre. Solo en una ocasión conseguí algo que echarme a los labios. Vi a una niña que tiraba unas gachas frías a los cerdos.

—¿Me lo das? —pregunté.

Ella me miró.

—¡Mamá! —gritó—. Aquí hay una mujer que me pide las gachas.

—Bueno, dáselas —replicó una voz desde el interior—. Ni los cerdos las quieren. La niña volcó el mejunje maloliente en mis manos y yo lo devoré sin dejar rastro.

Se hacía de noche, la humedad persistía, y opté por detenerme en un camino muy solitario que había tomado hacía más de una hora.

«Me fallan las fuerzas —me dije—. Presiento que no podré continuar así durante mucho tiempo. ¿Tendré que dormir al raso también esta noche? ¿Tendré que apoyar la cabeza sobre el suelo frío y empapado mientras cae la lluvia? Sé que no puedo hacer otra cosa: ¿quién me acogerá? Pero será terrible: con este sentimiento de hambre, desmayo, frío y esta sensación de desaliento, esta absoluta mutilación de las esperanzas. Lo más probable es que muera antes de que amanezca. ¿Y por qué no puedo conformarme con la perspectiva de la muerte? ¿Por qué sigo luchando para prolongar esta vida sin valor? Porque sé, o quiero creer, que el señor Rochester aún vive; y por eso, morir de necesidad y de frío es un destino que mi naturaleza no puede admitir sin resistirse. ¡Oh, Providencia! Sosténme un poco más... ¡Que alguien me guíe!»

Mis ojos vidriosos enfocaron el lúgubre y difuso paisaje. Vi que me había alejado del pueblo hasta perderlo de vista. También las tierras de cultivo habían desaparecido. De nuevo me hallaba en los páramos; solo unos pocos campos, casi tan salvajes y estériles como el brezo que los había invadido, me separaban de la colina en sombras.

«Prefiero morir aquí que en una calle o en una carretera transitada —reflexioné—. Es mejor que los cuervos me arranquen la carne de los huesos que acabar metida en un ataúd barato y enterrada en la fosa común.»

Por lo tanto, caminé hasta la colina. La alcancé. Solo me faltaba encontrar un hoyo donde tumbarme y sentirme, si no a salvo, al menos oculta, pero la superficie del páramo era totalmente llana. No mostraba más variación que el color: verde, en los lugares donde crecían los arbustos y el musgo; negro, donde del árido suelo no nacía más que brezo. La oscuridad pronto me impediría apreciar estos matices, aunque eran fruto de la alternancia entre luz y sombra, porque la muerte del día se había llevado consigo el color.

Mis ojos seguían puestos en la siniestra montaña, recorriendo los márgenes del páramo y perdiéndose en ese salvaje escenario cuando, entre los picos y las marismas, se encendió una luz. «Debe tratarse de un duende, un *ignis-fatuus*», pensé al principio. Supuse que no tardaría en desvanecerse. Sin embargo, siguió brillando sin parpadear y sin moverse en ninguna dirección. «¿Será una hoguera recién encendida?», me pregunté. Intenté observar si el resplandor se extendía, pero no.

Tampoco disminuía ni aumentaba. «Debe de ser una vela que brilla desde el interior de una casa —conjeturé—, pero si lo es nunca podré alcanzarla. Está demasiado lejos, y aunque estuviera a pocos metros, ¿de qué serviría? Aunque llamara a la puerta, me la cerrarían en las narices.»

Y me hundí allí donde estaba, con la cara vuelta contra el suelo. Permanecí un rato sin dormirme: el viento nocturno azotaba la montaña, soplando sobre mí, muriendo a lo lejos con un gemido, y la lluvia que caía con fuerza, me caló hasta los huesos. Si la escarcha me hubiera invadido, paralizándome con la amable rigidez de la muerte, lo habría soportado sin darme cuenta, sin apenas sentirlo, pero mi cuerpo aún temblaba de frío. Me puse de pie enseguida.

La luz seguía allí, con un brillo débil pero constante que conseguía atravesar la cortina de lluvia. Intenté caminar: con las pocas fuerzas que me quedaban me dirigí lentamente hacia ella. Tuve que cruzar una ciénaga que habría sido intransitable en invierno y que incluso en pleno verano resultaba lodosa y resbaladiza. Por dos veces me caí entre el fango, las mismas en que me incorporé y seguí adelante. Esa luz era mi última esperanza: tenía que llegar hasta ella.

Una vez cruzado el páramo, distinguí un rastro blanco sobre el brezo. Me acerqué: era un camino que conducía directamente a la luz, cuyo brillo provenía de una colina y atravesaba las hojas de los árboles: abetos, por lo que pude deducir en la oscuridad. Mi estrella se desvaneció cuando me acerqué a ella; algún obstáculo se interponía entre ambas. Alargué una mano para palpar la masa en sombras que yacía ante mí: noté la rugosa superficie de piedra de un muro debajo del cual surgía una especie de empalizada que sostenía una cerca de pinchos. Avancé a tientas hasta que un nuevo objeto me impidió el paso: era una verja, una portezuela, que se cedió al ser empujada. A ambos lados crecían unos arbustos parecidos a los acebos.

Cuando traspasé la verja y dejé atrás los arbustos, apareció ante mis ojos la silueta de una casa: era negra, baja y bastante alargada, pero la luz que me guiaba había desaparecido. La oscuridad era completa. ¿Los dueños de la casa se habrían retirado ya a descansar? Temí que esta fuera la explicación. Buscando la puerta, doblé una esquina, y encontré de nuevo aquel resplandor familiar: cruzaba los cristales policromados de una pequeña ventana situada apenas a un palmo del suelo, cuyo tamaño disminuía aún más debido a las ramas de hiedra o de alguna otra planta trepadora que había invadido aquella parte de la pared. La abertura era tan diminuta y tan estrecha que nadie había visto la necesidad de utilizar persianas o cortinas, y cuando me agaché y aparté el espeso follaje que la cubría pude ver todo el interior. La ventana daba a una habitación de suelo bien pulido y muy limpio, unos estantes de nogal donde colgaba toda una serie de platos de estaño que reflejaban el brillo rojizo de un fuego de turba. Vi también un reloj, una mesa de madera blanca y unas cuantas sillas. La vela, cuyo rayo había constituido mi faro, ardía sobre la mesa. A su lado, una anciana de aspecto algo rústico pero escrupulosamente limpio, a juego con el resto de la estancia, se entretenía haciendo calceta.

No presté demasiada atención a los objetos, porque no tenían nada de extraordinario. En cambio, el grupo de personas iluminado por la lumbre plácida del fuego me atrajo de inmediato. Lo formaban dos mujeres jóvenes y agraciadas, sin duda alguna de buena familia: una de ellas estaba sentada en una mecedora baja y la otra en un taburete; ambas vestían de luto riguroso, con trajes de crespón negro que realizaban aún más la blancura de su piel. Un viejo perro perdiguero reposaba la cabeza sobre las rodillas de una de ellas; sobre el regazo de la otra dormitaba un gato negro.

¡Qué raro era encontrar esos ocupantes en una cocina tan humilde! ¿Quiénes serían? No era probable que fueran hijas de la anciana que tejía junto a la mesa, eran demasiado delicadas para provenir de una madre tan ordinaria. Nunca había visto unos rostros como los suyos y, sin embargo, a medida que los observaba, sus rasgos me resultaban familiares. No puedo decir que fueran hermosas; eran demasiado pálidas y serias para aplicarles esa palabra: inclinadas sobre las páginas de un libro su aire pensativo les confería un aspecto casi severo. Una mesita situada entre ellas sostenía otra vela y dos gruesos volúmenes a los que acudían con frecuencia, al parecer para compararlos con los libritos que tenían entre manos, como haría una traductora que se ayuda de un diccionario. La escena era silenciosa, como si las figuras fueran solo sombras y la estancia iluminada por el fuego, un cuadro. Había la quietud que podía percibirse el sonido de las cenizas que caían sobre la rejilla del fuego, el rumor del reloj de la esquina e incluso el choque de las agujas de tejer. Por lo tanto, cuando una voz rompió aquel silencio sobrecogedor, no tuve ningún problema en oír sus palabras.

—Escucha, Diana —dijo una de las concentradas lectoras—, Franz y el viejo Daniel están juntos durante la noche y Franz le está contando un sueño del que ha despertado muerto de miedo. ¡Escucha!

Y en un tono de voz no demasiado alto leyó un párrafo del que no entendí nada, ya que estaba escrito en una lengua que desconocía absolutamente: no era francés, ni latín. Tal vez fuera griego o alemán, no sabría decirlo.

—Tiene fuerza —dijo cuando hubo terminado—. Me encanta.

La otra chica, que había alzado la cabeza para atender a la lectura de su hermana, repitió una de las líneas con la mirada puesta en el fuego. Más adelante supe en qué idioma estaba escrito el libro, así que citaré aquí sus palabras, aunque, la primera vez que las oí, fueron para mí solo un ruido metálico y carente de significado.

—*Da trat hervor Einerm anzusehen wie die Sternen Nacht.* ¡Fantástico! ¡Fantástico! —exclamó, mientras los ojos oscuros y profundos echaban chispas—. ¡La aparición de un ángel poderoso y difuminado! Esa línea vale por cien páginas de paja. *Ich wäge die Gedanken in der Schale meines Zornes und die Werke mit dem Gewichte meines Grimms.*^[27] ¡Me gusta!

Ambas permanecieron en silencio.

—¿Existe algún país donde hablen así? —preguntó la anciana, alzando la cabeza

de su labor.

—Sí, Hannah, hay un país mucho más grande que Inglaterra donde hablan en este idioma.

—Bien, está claro que no sé cómo pueden entenderse unos a otros, pero supongo que vosotras los entenderíais si fuerais allí, ¿no es así?

—Es probable que pudiéramos comprender parte de lo que dijeran, pero no todo. No somos tan listas como tú nos consideras, Hannah. No hablamos alemán y solo podemos leerlo con la ayuda de un diccionario.

—¿Y qué bien os hace eso?

—Nos gustaría dar clases de ese idioma algún día, al menos a nivel elemental, y ganar así más dinero.

—Me parece muy bien. Pero ya basta por hoy. Ya habéis estudiado bastante esta noche.

—Creo que tienes razón. Al menos yo estoy cansada. ¿Y tú, Mary?

—Muerta: Después de todo, resulta duro aprender una lengua con el diccionario como único maestro.

—Así es. Y especialmente un idioma tan hermoso y enrevesado como el alemán. Me pregunto cuándo llegará a casa Saint John.

—Ya no creo que tarde: acaban de dar las diez —dijo Mary, echando una ojeada al pequeño reloj de oro que le colgaba del cinto—. Está lloviendo mucho. Hannah, ¿te importa mirar cómo está el fuego del salón?

La mujer se levantó y abrió una puerta, que conducía, por lo que pude ver, a un corredor. No tardé en oírla avivar el fuego de una de las estancias interiores. Volvió unos minutos después.

—¡Ay, niñas —dijo—, qué poco me gusta entrar en esa habitación: se ve tan vacía con la silla desocupada y arrinconada...!

Se enjugó las lágrimas con el delantal. Las dos chicas, antes serias, tenían ahora una expresión de tristeza en sus rostros.

—Pero él está en un lugar mejor —prosiguió Hannah—, no deberíamos desear que aún estuviera aquí. Además, nadie puede pedir una muerte más dulce.

—¿Nos dijiste que ni siquiera llegó a llamarnos? —preguntó una de las jóvenes damas.

—No tuvo tiempo, querida. Vuestro padre se fue en un minuto. Había estado un poco pachucho el día anterior, pero no parecía nada serio. Cuando el señor Saint John le preguntó si quería que os mandara llamar, se rió de él. Al día siguiente volvió a quejarse de que le pesaba la cabeza. De eso ya hace dos semanas: fue a acostarse y ya no se despertó. ¡Cuando vuestro hermano entró en su habitación lo encontró rígido! ¡Ay, niñas! Era el último que quedaba de la vieja casta, porque vosotras y el señor Saint John ya sois muy distintos. Os parecéis mucho más a vuestra madre, y sois tan cultos como ella. Eres su vivo retrato, Mary. En cambio, Diana ha salido a vuestro padre.

Yo las veía tan similares que no podía entender dónde estaban las diferencias apreciadas por la vieja criada (puesto que ya había deducido que esto es lo que era). Las dos eran de piel pálida y talle esbelto; las caras de ambas denotaban distinción e inteligencia. Una de ellas tenía los cabellos más oscuros que la otra, y también era distinta su forma de peinarlos: Mary los llevaba lisos y castaños, con raya en medio y trenzados a la espalda; los rizos de Diana, más oscuros, le cubrían el cuello de tirabuzones. El reloj dio las diez.

—Supongo que querréis cenar —comentó Hannah—, al igual que el señor Saint John cuando llegue.

Y se dispuso a preparar la cena. Las damas se incorporaron y parecían a punto de abandonar el salón. Hasta ese momento, yo había estado tan absorta en la tarea de observarlas, su apariencia y conversación habían llamado de tal modo mi atención, que casi había olvidado mi desgraciada situación, que ahora volvía con más fuerza, más desesperación si cabe debido al contraste. ¡Y qué imposible parecía despertar compasión en las habitantes de aquella casa, convencerlas de la sinceridad de mis necesidades y de mis súplicas, inducir las a que me dieran cobijo en aquella noche lluviosa! Mientras me acercaba a la puerta y llamaba sin convicción, sentí que la simple idea era ya una quimera. Abrió Hannah.

—¿Qué quiere? —preguntó en tono de sorpresa mientras me observaba a la luz de la vela que sostenía en la mano.

—¿Puedo hablar con las señoras? —dije.

—Es mejor que primero hable conmigo. ¿De dónde viene?

—No soy de por aquí.

—¿Y qué la trae por nuestra casa a estas horas?

—Necesito un lugar donde pasar la noche, en la casa o donde sea, y un poco de pan.

La desconfianza, el sentimiento que más temía ver, se dibujó en los rasgos de Hannah.

—Le daré un trozo de pan —dijo tras una pausa—, pero no podemos acoger en la casa a una vagabunda. No está bien.

—Por favor, déjeme hablar con sus señoras.

—Desde luego que no. ¿Qué pueden hacer ellas por usted? No debería andar por la calle a estas horas. Parece usted enferma.

—Pero ¿adónde voy a ir si usted me echa? ¿Qué voy a hacer?

—Oh, seguro que sabe dónde meterse y qué puede hacer. Aquí tiene un penique. Váyase.

—Con un penique no puedo comprar comida y no me quedan fuerzas para seguir. ¡No cierre la puerta! ¡No, por favor! ¡Por el amor de Dios!

—Tengo que cerrar. Llueve mucho y está entrando agua...

—Dígaselo a las damas jóvenes. Déjeme verlas...

—Ya le he dicho que no. Usted no es lo que aparenta o no metería todo este ruido.

¡Lárguese!

—Moriré si me obliga a irme.

—¡Qué se va a morir! Yo diría que ya tiene hechos sus planes, por eso llama a las puertas de las casas a estas horas de la noche. Si tiene detrás a una banda de ladrones al acecho, ya puede decirles que no estamos solas en la casa: hay en ella un caballero... ¡Y perros, y armas!

Con esta declaración la honesta e inflexible criada cerró la puerta y dio la vuelta a la llave.

Ese fue el punto álgido. Un espasmo de terrible sufrimiento —un ataque de verdadera desesperación— me desgarró el corazón. Estaba agotada, no podía dar un paso más. Me dejé caer en el húmedo suelo frente a la puerta. Gemí, me retorcí las manos, grité poseída por la angustia. ¡Oh, espectro de la muerte! ¡Oh, última hora que te acercas con todo este horror! ¡Que acabe esta soledad, este rechazo de mis iguales! Por un momento se esfumó no solo el ancla de la esperanza sino también la última brizna de fortaleza, pero hice esfuerzos para recobrarla.

—Solo me queda morir —dije en voz baja—. Creo en Dios. Esperaré su voluntad en silencio.

Con estas palabras empujé hacia el corazón toda la angustia que sentía y la obligué a permanecer allí, silenciosa y yerta.

—Todos moriremos —dijo una voz desde muy cerca—, pero no todos están condenados a una muerte lenta y prematura, como sería la suya en estas circunstancias.

—¿Quién habla? —pregunté, aterrada ante ese sonido inesperado e incapaz de esperar de él ninguna ayuda.

A mi lado distinguí una sombra, pero mi propia debilidad y la oscuridad de la noche me impedían verla bien. El recién llegado llamó a la puerta con energía.

—¿Es usted, señor Saint John?

—Sí, abre, rápido.

—¡Debe de estar aterido con este frío! Hace una noche espantosa. Entre, sus hermanas sufrían por su tardanza. Además, creo que hay mala gente por los alrededores. Acaba de llamar a la puerta una mendiga... ¡Pero si aún sigue ahí! ¡Tirada en el suelo! ¿No le da vergüenza? ¡Levántese y márchese de una vez!

—Cállate, Hannah. Quiero hablar con esta mujer. Tú has cumplido con tu obligación echándola, yo cumpliré con la mía acogiéndola. Estaba cerca y he oído vuestra conversación. Tengo la impresión de que se trata de un caso extraordinario; al menos quiero darle una oportunidad. Señorita, póngase en pie y entre en la casa delante de mí.

Le obedecí con dificultad. Me encontré en la limpia y reluciente cocina, pegada al fuego, temblorosa y mareada. Era consciente de que mi imagen debía ser lamentable, toda empapada y desaliñada. Las dos hermanas, el señor Saint John y la criada no apartaban sus ojos de mí.

—Saint John, ¿quién es? —oí que preguntaba una de ellas.

—No lo sé. La he encontrado en la puerta —respondió él.

—Está muy pálida —comentó Hannah.

—Blanca como la cera, como la muerte —fue la respuesta—. Se desmayará; es mejor que se siente.

Y era cierto: la cabeza me daba vueltas. Me caí, pero mis huesos dieron sobre una silla. Aún no estaba inconsciente, pese a que me era imposible articular palabra.

—A lo mejor un poco de agua la hace reaccionar. Hannah, trae un vaso de agua. Dios, está en los huesos. ¡Qué delgada y qué pálida!

—Parece un fantasma.

—¿Está enferma o solo hambrienta?

—Hambrienta, creo. Hannah, ¿eso es leche? Dámela, y un poco de pan.

Diana (la reconocí por los largos tirabuzones que colgaban entre el fuego y yo cuando se inclinó) cortó un poco de pan, lo mojó en la leche y me lo puso en los labios. Su cara estaba muy cerca de la mía: en ella advertí compasión, y su respiración entrecortada y las palabras que me dijo me transmitieron la misma emoción.

—Intente comer.

—Sí, haga un esfuerzo —repitió Mary en tono amable, mientras me despojaba del mugriento sombrero y me alzaba la cabeza.

Probé lo que me ofrecían, primero sin fuerzas, pero luego de forma voraz.

—No le deis demasiado al principio. Le sentará mal —dijo el hermano—. Ya es suficiente por el momento.

Y retiró el plato de pan y la taza de leche.

—Un poco más, Saint John. Fíjate en cómo lo mira.

—No más de momento, hermana. Veamos si puede hablar ahora. Pregúntale cómo se llama.

Sentí que era capaz de hablar y respondí:

—Me llamo Jane Elliott.

Estaba tan ansiosa de no ser identificada que decidí adoptar un alias.

—¿Y dónde vive? ¿Dónde están sus amigos?

Me mantuve en silencio.

—¿Podemos avisar a alguien de que está aquí?

Negué con la cabeza.

—¿Qué puede contarme de usted?

De algún modo el hecho de haber cruzado el umbral de esa casa y de hallarme cara a cara con sus habitantes borró de mí aquella sensación de ser una vagabunda, una proscrita, una desamparada. Me atreví a dejar de lado el papel de mendiga y recuperé mi carácter habitual. Comencé a reconocirme de nuevo a mí misma, y por tanto, cuando el señor Saint John me pidió unas explicaciones que en ese momento eran demasiado para mí, le dije tras una breve pausa:

—Señor, no puedo darle ningún detalle esta noche.

—Bien —repuso él—, entonces, ¿qué es lo que espera que haga por usted?

—Nada —respondí.

No conseguía dar más que respuestas muy breves. Diana tomó la palabra.

—¿Quiere decir que ya le hemos prestado toda la ayuda que necesita? ¿Qué ya podemos arrojarla a las fauces de esa noche fría y lluviosa?

La miré. Pensé que su rostro era muy expresivo, y que en él se leía bondad y energía. Hice acopio de valor y, respondiendo a su mirada compasiva con una sonrisa, le dije:

—Confío en ustedes. Si fuera un perro callejero, sé que no me apartarían del calor de su hogar en una noche como esta. Por ello, no albergo ningún temor. Hagan por mí lo que les dicte su conciencia, pero ahórrenme el esfuerzo de un discurso muy largo... Se me corta el aliento y me mareo cuando hablo durante mucho rato.

Todos me miraron fijamente sin decir una palabra.

—Hannah —dijo el señor Saint John por fin—, déjala aquí sentada de momento y no le hagas más preguntas. Dentro de diez minutos, dale el pan con leche que queda. Mary, Diana, vayamos al salón y discutamos el asunto.

Se marcharon. Una de las damas, no podría decir cuál, volvió enseguida. Allí, sentada cerca del fuego, un agradable sopor fue apoderándose de mí. La joven dio algunas instrucciones a Hannah en voz baja. Después, la criada me ayudó a subir una escalera: me despojaron de las ropas mojadas y pronto me acomodaron en una cama caliente y seca. Di gracias a Dios. La fatiga no me impidió experimentar un sentimiento de gloriosa alegría segundos antes de dormirme.

El recuerdo de los tres días y tres noches que vinieron después es más bien borroso. Lo único que puedo revivir en la memoria son algunas sensaciones momentáneas, pero no pensamientos ni acciones concretas. Era consciente de que estaba en una habitación pequeña y en una cama estrecha a la que parecía haber quedado sujeta: yacía en ella inmóvil como una piedra, y desgajarme de allí habría sido lo mismo que quitarme la vida. No tenía ninguna noción del paso del tiempo: de los cambios que se producían de la mañana a la tarde, o de la tarde a la noche. Observaba a las personas que entraban y salían de la estancia e incluso podría haber señalado de quién se trataba; entendía lo que decían cuando hablaban delante de mí, pero responder estaba fuera de mi alcance: abrir los labios era una tarea tan imposible como mover los miembros. Hannah, la criada, era quien me visitaba más a menudo. Su llegada me molestaba; tenía la sensación de que hubiera deseado verme lejos de allí, de que no sentía la menor comprensión hacia mí o mis circunstancias, de que albergaba prejuicios en mi contra. Diana y Mary se dejaban caer por la habitación un par de veces al día y solían sentarse junto a la cama y susurrar frases como estas:

—Hicimos muy bien en acogerla.

—Por supuesto. Si llega a pasar la noche a la intemperie, la pobre habría muerto de madrugada. Me pregunto cuántas desgracias habrá tenido que soportar.

—Estoy convencida de que esconde una extraña historia. ¡Pobre vagabunda, pálida y demacrada!

—Por su forma de hablar diría que no es una persona vulgar: su acento era claro y la ropa que llevaba, aunque empapada y sucia, era sin duda nueva y de buena calidad.

—Tiene un rostro peculiar, delgado y ojeroso, pero hay algo en él que me agrada; estoy convencida de que puede convertirse en un semblante agradable cuando recobre la salud y el color.

Ni una sola vez distinguí en sus conversaciones una sílaba de arrepentimiento por la hospitalidad que me brindaban, ni de sospecha o desconfianza en torno a mi persona. Eso me tranquilizaba.

El señor Saint John vino solo en una ocasión: me miró y afirmó que el estado de letargo era la reacción de mi cuerpo a un agotamiento excesivo y prolongado. Consideró que no hacía falta avisar a un médico: estaba seguro de que la naturaleza se las apañaría mejor sola. Dijo que mis nervios habían llegado al máximo de su resistencia y que ahora todo el sistema debía guardar reposo absoluto durante un tiempo. No estaba enferma, por lo que suponía que, en cuanto descansara, me recuperaría enseguida. Transmitió estas opiniones en pocas palabras, con una voz grave y serena, y añadió, después de una pausa, y en el tono de un hombre poco acostumbrado a la espontaneidad, «que mi rostro, aunque sin duda singular, no revelaba la menor vulgaridad o signos de una vida indigna».

—Más bien al contrario —respondió Diana—. Para ser sincera, Saint John, la

pobre me da muchísima pena. Ojalá pudiéramos ayudarla para siempre.

—Es poco probable —replicó su hermano—. Verás como se trata de una damisela que ha reñido con sus amigos y ha abandonado a los suyos en un arrebato. Tal vez, si se aviene a colaborar, podamos ayudarla a volver con ellos. Sin embargo, por algunas líneas de su rostro me atrevería a decir que se trata de una muchacha obstinada. —Se dedicó a observarme durante unos minutos y sentenció—: Parece una persona sensata, pero, desde luego, no es hermosa.

—Está enferma, Saint John, no lo olvides.

—Enferma o sana, nunca será bella. Sus rasgos carecen de gracia y de armonía.

Al tercer día me sentía mejor y al cuarto ya era capaz de hablar, moverme, incorporarme en la cama y cambiar de postura. Hannah me trajo una taza de caldo y una tostada, y deduje que debía ser la hora del almuerzo. Comí con ganas: la comida era buena, libre de aquel regusto de fiebre que acompañaba a todos los alimentos que había probado en los últimos días. Cuando la mujer me dejó sola, me sentí mucho más fuerte y animada; al cabo de un rato me cansé de tanto reposo y deseé un poco de acción. Me apetecía levantarme, pero no sabía qué ponerme. Solo tenía el vestido mojado y lleno de barro, el mismo que había arrastrado por el suelo y hundido en los páramos. Me daba vergüenza aparecer de esa guisa delante de mis anfitriones. Prefería ahorrarme la humillación.

Sobre una silla al lado de la cama estaban todas mis cosas, limpias y secas. El traje de seda negra colgaba en la pared: limpio y planchado, tenía un aspecto bastante decente. También habían cepillado los zapatos y lavado las medias hasta dejarlos al menos presentables. En la habitación había también todo lo necesario para el aseo, y un peine. El proceso de vestirme fue largo y fatigoso: tenía que descansar cada cinco minutos, pero al final logré completarlo. Había perdido peso y la ropa me venía grande, pero conseguí disimularlo con un chal, y una vez recuperado el aspecto limpio y respetable —sin rastros de suciedad ni signos del desaliño que tanto odiaba y que me parecía tan degradante—, descendí por una escalera de piedra, apoyada en la baranda, hasta llegar a un estrecho pasadizo de techo bajo que conducía a la cocina.

El aroma a pan recién hecho y el calor de un fuego generoso llenaban la estancia. Hannah estaba junto al horno. Todo el mundo sabe que los prejuicios se aferran más a las personas que no han sido suavizadas por el abono de la educación: crecen en ellas, firmes como la mala hierba entre las piedras. Hannah me había tratado con altivez y frialdad al principio; en los últimos días, sin embargo, había empezado a aflojar un poco la tirantez, y esa tarde, cuando me vio entrar, aseada y bien vestida, sus labios casi sonrieron.

—Vaya, ¿ya se ha levantado? —dijo—. Eso es que ya está mejor. Siéntese en mi silla, al lado de la lumbre.

Me señaló una mecedora y yo me senté. Ella no paraba de dar vueltas por la cocina, pero de vez en cuando me observaba de reojo. Volviéndose hacia mí, me dijo bruscamente mientras sacaba algunas barras de pan del horno:

—¿Ya mendigaba antes de venir aquí?

Durante un momento me sentí indignada, pero recordé que toda muestra de ira quedaba fuera de lugar: al fin y al cabo, creía que trataba con una vagabunda. Le respondí, pues, con una tranquilidad no exenta de firmeza:

—Se equivoca si cree que soy una mendiga. No lo soy más que usted o cualquiera de las señoras de esta casa.

—No la entiendo —dijo después de una pausa—: usted no tiene casa, ni plata, ¿o sí?

—La carencia de casa o de plata... creo entender que se refiere al dinero, ¿no es así?... no me convierten en una mendiga en el sentido que usted le da a ese término.

—¿Es usted muy leída? —preguntó al instante.

—Sí, mucho.

—Pero ¿no fue mucho a la escuela?

—Sí, pasé ocho años en un internado.

—Y entonces, ¿por qué no puede mantenerse? —inquirió con los ojos abiertos como naranjas.

—Me he mantenido, y espero volver a hacerlo. ¿Qué va a hacer con esas grosellas? —pregunté al ver que sacaba una cesta llena de esa fruta.

—Pasteles.

—Démelas, se las limpiaré.

—No, no quiero que haga nada.

—Pero yo sí deseo tener alguna ocupación. Déjemelas.

Por fin cedió, y hasta me trajo una toalla limpia para que no me manchara el vestido.

—No tiene manos de criada —señaló—. ¿Ha sido modista?

—No, se equivoca. Y ahora ya da igual lo que haya sido en el pasado. No se moleste por mí, pero, por favor, dígame el nombre de esta casa.

—Algunos la llaman Marsh End y otros Moor House.

—¿Y el caballero que vive aquí responde al nombre de señor Saint John?

—Quiá, él no vive aquí: solo está pasando una temporada. Su casa está en la parroquia de Morton.

—¿Un pueblo situado a pocos kilómetros de aquí?

—Ajá.

—¿Y qué hace allí?

—Es sacerdote.

Entonces recordé la respuesta de la vieja dama de llaves de la rectoría a la que fui en busca del párroco.

—¿Esta era, pues, la residencia de su padre?

—Ajá: el anciano señor Rivers vivía aquí, igual que su padre, y su abuelo y su «tatarabuelo».

—¿Y el nombre de ese caballero es señor Saint John Rivers?

—Ajá. Saint John es su nombre de pila.

—¿Y sus hermanas son Diana y Mary Rivers?

—Sí.

—¿Su padre murió?

—Hace tres semanas, de un ataque.

—¿No tienen madre?

—Este mes hace un año que murió la señora.

—¿Ha vivido con la familia durante mucho tiempo?

—¡Treinta años llevo con ellos! Los he criado a los tres.

—Eso demuestra que es usted una criada honesta y leal. Dice mucho de usted, aunque haya tenido la poca delicadeza de llamarme mendiga.

Me miró y en sus ojos había una expresión de sorpresa.

—Creo —dijo al fin— que igual me equivoqué con usted. Pero hoy día se oyen tantos trucos... Tendrá que perdonarme.

—Y aunque —proseguí severamente— decidió dejarme en la calle una noche en la que no habría echado de la casa ni a un perro.

—Bueno, es verdad que fui dura, pero ¿qué quería que hiciera? Temía por las niñas. ¡Pobrecillas! No tienen a nadie que las cuide excepto a mí, y por eso desconfío de todos.

Permanecí en silencio durante unos minutos.

—No piense mal de mí —repitió.

—Pues sí que pienso mal de usted —afirmé—, y voy a decirle por qué. No es tanto porque se negara a darme cobijo o me tratara como a una impostora, sino por el reproche que me ha dirigido hace solo un momento, cuando me dijo que no tenía «plata» ni casa. Algunas de las mejores personas que han existido en el mundo han estado tan desposeídas como yo estoy ahora. Si es usted cristiana, no debería considerar la pobreza como un crimen.

—Ya lo sé. El señor Saint John siempre me lo dice, y tiene razón, pero ahora tengo una opinión de usted muy distinta a la que tenía. Parece una persona decente.

—Muy bien. La perdono. Deme la mano.

Puso su mano enharinada y áspera sobre la mía, y una sonrisa de corazón iluminó sus rudos rasgos. A partir de ese momento fuimos amigas.

Era evidente que a Hannah le gustaba hablar. Mientras le limpiaba la fruta y ella hacía la masa para los pasteles, procedió a darme todo lujo de detalles acerca de su señor recientemente fallecido, de la señora y de los «niños», como ella llamaba a los jóvenes señores.

El viejo Rivers, me dijo, era un hombre muy sencillo, pero un caballero, y su familia era tan antigua como la que más. Marsh End había pertenecido a los Rivers desde su construcción, que tuvo lugar «hace al menos doscientos años, aunque entonces era un lugar humilde y pequeño, nada comparable con el caserón del señor Oliver allí, en Morton Vale. Pero ella recordaba al padre de Bill Oliver en la época en

que este era un fabricante de agujas; en cambio, el nombre de los Rivers se remontaba a la época del rey Enrique, como cualquiera podía comprobar si se molestaba en mirar el registro de la iglesia de Morton». Sin embargo, tenía que reconocer que el viejo señor era «un individuo corriente, nada del otro mundo: aficionado a la caza y al ganado, y cosas por el estilo». La señora era distinta: había sido una gran lectora, una mujer muy estudiosa; y sus retoños habían salido a ella. Nunca hubo nadie como ellos en aquellos lares: a los tres les gustaba estudiar, casi desde que tuvieron capacidad de hablar, y siempre habían «ido por libre». Cuando el señor Saint John se hizo mayor quiso ir al seminario para ordenarse sacerdote, y las niñas se vieron obligadas a buscar empleo como institutrices tan pronto como salieron del colegio: le dijeron que su padre había perdido prácticamente todo su dinero por culpa de un hombre en quien había confiado y que le había llevado a la ruina. Por lo tanto, ellas debían buscarse el sustento. Habían pasado muy poco tiempo en casa en los últimos tiempos y ahora estaban viviendo allí durante unas semanas debido a la muerte de su progenitor, pero se sentían muy a gusto en Marsh End y en los páramos y colinas que la rodeaban. Habían estado en Londres y en muchas otras ciudades grandes, pero siempre decían que no había sitio mejor que el hogar. Además, se llevaban tan bien... Nunca se peleaban ni discutían. No conocía a ninguna otra familia cuyos miembros estuvieran tan unidos.

Una vez finalizada la tarea de limpiar las grosellas, pregunté dónde se hallaban las señoritas y su hermano en ese momento.

—Han ido hasta Morton a dar un paseo, pero estarán de vuelta para el té, dentro de media hora.

Regresaron a la hora que Hannah había anunciado y entraron por la puerta de la cocina. Cuando me vio, el señor Saint John se limitó a saludarme con una inclinación y pasó de largo, pero las dos damas se detuvieron. En pocas palabras, Mary expresó su satisfacción al verme recuperada y capaz de levantarme de la cama, mientras que Diana me cogió de la mano e hizo ademán de regañarme con dulzura.

—Debería haber aguardado a que le diéramos permiso para bajar —dijo—. Aún está muy pálida, ¡y tan delgada! ¡Pobrecilla, pobrecilla!

La voz de Diana sonaba a mis oídos como el arrullo de una paloma. Era una delicia mirarla a los ojos, todo su rostro rebosaba encanto. El semblante de Mary revelaba también una gran inteligencia: sus rasgos eran igualmente bellos, aunque su expresión era más reservada y sus maneras, aunque amables, eran un poco más distantes. Diana miraba y hablaba con un tono de autoridad, y resultaba evidente que era una persona enérgica. En mi naturaleza estaba el sentir placer al ceder ante un temperamento dispuesto como el suyo y el doblegarme, hasta donde me lo permitía mi conciencia y el respeto por mí misma, ante una voluntad tan firme.

—¿Y qué está haciendo aquí? —prosiguió—. Este no es su sitio. Mary y yo nos sentamos de vez en cuando en la cocina porque nos gusta sentirnos libres y cómodas en nuestra casa, pero usted es una invitada y como tal su lugar está en el salón.

—Estoy bien aquí.

—¡No puede ser! Con Hannah dando vueltas todo el rato y llenándola a usted de harina...

—Además, el fuego arde aquí con demasiada fuerza para usted —añadió Mary.

—Por supuesto —confirmó su hermana—. ¡Pórtese como una chica obediente y venga con nosotras!

Y, sin soltarme de la mano, hizo que me levantara de la silla y me condujo hasta la habitación contigua.

—Siéntese aquí —dijo, guiándome hasta el sofá—, mientras nos ponemos cómodas y nos encargamos del té. Este es otro de los privilegios que nos gusta disfrutar en esta casita del páramo: prepararnos la comida cuando nos apetece, o cuando Hannah está ocupada con el pan, la plancha o la colada.

Cerró la puerta y me dejó a solas con el señor Saint John, que estaba sentado frente a mí. En las manos sostenía un libro o un periódico. Contemplé primero la sala y luego examiné con atención a su ocupante.

Era un salón de dimensiones reducidas y amueblado con sencillez, pero tan limpio y ordenado que resultaba confortable. Brillaba la madera de las sillas, pasadas de moda, y la mesa de castaño también relucía como un espejo. Colgados en las paredes desconchadas había retratos antiguos de hombres y mujeres de otros tiempos, y en el interior de un aparador con puertas de cristal podían verse algunos libros y un viejo juego de porcelana. No había en la estancia ningún adorno superfluo, ni un solo mueble en buen estado a excepción de un par de cajas de costura y un pequeño secreter de palisandro que estaban sobre la mesita auxiliar. El resto, incluyendo la alfombra y las cortinas, tenía un aspecto gastado aunque se conservaba bien.

El señor Saint John —sentado tan inmóvil como el protagonista de una de las polvorientas pinturas de las paredes, con la mirada fija en la página que estaba leyendo y los labios apretados— resultaba alguien fácil de observar. No habría sido más sencillo si se hubiera tratado de una estatua en lugar de un hombre. Era joven, debía de rondar los veintiocho o treinta años, alto y delgado. Su rostro llamaba la atención: recordaba a un busto griego de rasgos muy puros. Tenía una nariz recta y hermosa, y la boca y el mentón eran propios de un ateniense. Apenas podía calificarse como un rostro inglés aquel semblante de líneas tan clásicas. No me extrañaba que se hubiera sorprendido al contemplar mis rasgos irregulares siendo los suyos tan armoniosos. Tenía los ojos grandes y azules, con pestañas oscuras, y su frente alta, blanca como el marfil, quedaba parcialmente oculta bajo unos descuidados mechones rubios.

Es una descripción bastante amable, ¿no es así, lector? Pues pese a ello, no podía decirse que aquel individuo poseyera una naturaleza gentil, tierna, vulnerable, o ni tan siquiera plácida. Aunque en ese momento parecía relajado, percibí que había algo en las aletas de su nariz, en la boca o en las cejas, que indicaba una cierta falta de sosiego, un aire de dureza o de desazón. No me dirigió la palabra ni me lanzó una

sola mirada hasta el regreso de sus hermanas. Diana, que iba de un lado a otro enfrascada en la preparación del té, me trajo un pastelillo recién sacado del horno.

—Cómalo ahora —me dijo—, debe estar hambrienta. Hannah dice que solo ha tomado un poco de caldo desde el desayuno.

No lo rechacé porque se me había despertado el apetito. Entonces, el señor Rivers cerró su libro, se acercó a la mesa y, mientras tomaba asiento, fijó sus azules y solemnes ojos en mí. Su mirada directa, firme e inquisitiva, indicaba que se había propuesto evitarme justo hasta ese momento.

—Tiene usted mucha hambre —comentó.

—Sí, señor.

Siempre he tendido a dar respuestas concisas a los comentarios breves, a contestar a las preguntas directas con simplicidad.

—Ya le fue bien que la fiebre la obligara a pasar tres días de ayuno, porque en su estado un exceso de alimentación habría sido peligroso. Ahora ya puede comer, pero con moderación.

—Confío en que no tendré que alimentarme a sus expensas durante mucho tiempo —fue mi desafortunada y contrita respuesta.

—Por supuesto —dijo fríamente—, tan pronto como nos indique el lugar donde residen sus amigos, les escribiremos y así podrá volver a casa.

—Sinceramente, señor, debo decirle que me resulta imposible hacer lo que me pide: carezco completamente de hogar y de amigos.

Los tres me miraron, pero no había en ellos desconfianza. No vi rastros de sospecha en sus ojos, sino más bien curiosidad, especialmente en los de las damas: los de Saint John, aunque diáfanos en sentido literal, eran como un escudo que protegía su mente. En lugar de revelar sus propios pensamientos, constituían una herramienta útil para diseccionar las ideas del prójimo. Manifestaba una actitud que mezclaba amabilidad y reserva, más propensa a avergonzarse que a suscitar confidencias.

—¿Quiere decir —preguntó— que no tiene usted a nadie en el mundo?

—Así es. No existe ningún lazo que me ate a ningún ser vivo, ni un solo lugar que pueda reclamar como mío en toda Inglaterra.

—Debe reconocer que es una situación extraña para alguien de su edad.

Su mirada se puso directamente en mis manos, que seguían dobladas sobre la mesa. Me pregunté que buscaría en ellas y sus palabras no tardaron en aclarar mis dudas.

—¿No ha estado casada? ¿Es usted soltera?

—¡Por Dios, John! —se rió Diana—. Si no tiene más que diecisiete o dieciocho años.

—Estoy a punto de cumplir los diecinueve. Y no, no me he casado.

Sentí que el rubor se extendía por mis mejillas: la alusión al matrimonio despertaba en mí amargos e inquietantes recuerdos. Todos percibieron esta turbación.

Diana y Mary apartaron la mirada, deseando ahorrarme la vergüenza de saber que acababa de revelar mis sentimientos, pero la mirada de su hermano, fría y severa, siguió horadándome hasta lograr que las lágrimas regaran el rubor.

—¿Cuál fue su última dirección? —preguntó entonces.

—Estás siendo demasiado inquisitivo, Saint John —murmuró Mary en voz baja, pero él se apoyó en la mesa y su aguda mirada me comunicó sin resquicio de duda que esperaba una respuesta.

—El nombre del lugar donde he vivido y de la persona con quien compartí la casa es un secreto —repliqué firmemente.

—Un secreto que tiene todo el derecho del mundo a guardar, ante Saint John y ante quien desee —señaló Diana.

—Si ignoro toda su historia, no podré ayudarla —dijo él—. Y usted necesita ayuda, ¿no es así?

—La necesito y la he buscado hasta ahora, señor. He buscado a algún verdadero filántropo capaz de conseguirme un empleo que esté dentro de mis posibilidades y me reporte la remuneración imprescindible para vivir, lo mínimo suficiente para cubrir las necesidades básicas.

—Ignoro si soy o no un verdadero filántropo, pero sí sé que estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi mano para asistirle en un propósito tan honrado como este. Dígame primero dónde ha trabajado y qué tareas es capaz de desempeñar.

Ya me había bebido el té. El refrigerio me había animado tanto como a un gigante un buen trago de vino: dio energía a mis nervios destrozados y me permitió enfrentarme con serenidad a aquel juez joven y pertinaz.

—Señor Rivers —dije, volviéndome hacia él y devolviéndole la mirada abiertamente y sin atisbo de vergüenza—, usted y sus hermanas me han prestado una gran ayuda; han hecho por mí lo más grande que se puede hacer por otro ser humano: su amable hospitalidad me ha rescatado de los brazos de la muerte. Este favor les hace merecedores de mi más eterna gratitud y les autoriza, hasta cierto punto, a exigir que confíe en ustedes. Les contaré por tanto la historia de esta vagabunda a la que han dado cobijo, hasta donde me es posible sin comprometer mi propia paz de espíritu, mi propia seguridad física y moral, y la de los otros.

»Soy huérfana, hija de un clérigo. Mis padres murieron antes de que yo tuviera uso de razón. Unos familiares me recogieron y luego me enviaron a un asilo benéfico. Incluso puedo decirles el nombre de esa institución donde pasé seis años como alumna y dos como profesora, el Asilo de Huérfanas de Lowood, en ...shire, ¿ha oído hablar de él, señor Rivers? Su tesorero es el reverendo Robert Brocklehurst.

—He oído hablar del señor Brocklehurst y conozco personalmente el colegio.

—Me marché de Lowood hace casi un año para trabajar como institutriz. Obtuve un buen empleo y fui feliz en él. Me vi obligada a abandonar este lugar cuatro días antes de mi llegada aquí. No puedo ni debo explicarles la razón de mi partida: sería inútil y peligroso, y de hecho sonaría increíble. No se me puede achacar ninguna

culpa: estoy tan libre de responsabilidades como cualquiera de ustedes tres. Soy muy desgraciada y lo seré durante mucho tiempo, porque la catástrofe que me arrancó de un lugar donde había encontrado el paraíso fue de una naturaleza extraña y aterradora. En mi huida solo tuve en cuenta dos cosas: la rapidez y el secreto. Para asegurarme de ello, tuve que dejar atrás todas mis posesiones a excepción de un pequeño paquete, el cual, con las prisas y la turbación que agitaba mi mente, dejé olvidado en el carruaje que me trajo hasta Whitcross. Llegué, pues, a esta zona, completamente desposeída. Pasé dos noches durmiendo al raso y deambulé durante dos días sin que nadie me diera cobijo. Solo en dos ocasiones probé la comida. Fue entonces cuando, derrotada por el hambre, el cansancio y la desesperación, me encontró usted tirada ante su puerta, señor Rivers, y me dejó resguardarme en el interior de su casa. Sé lo que sus hermanas han hecho por mí en estos días, porque no estaba inconsciente, solo adormecida, y he contraído con su compasión auténtica y espontánea una deuda tan grande como con la evangélica caridad que usted me dedicó.

—No la hagas hablar más, Saint John —intervino Diana, aprovechando una pausa en mi discurso—: es evidente que no tiene fuerzas para soportar tantas emociones. Venga al sofá y tome asiento, señorita Elliott.

Dudé por un momento al oír aquel alias. Había olvidado que aquel era mi nuevo nombre. El hecho no se le escapó al señor Rivers, que parecía notarlo todo.

—Dijo que su nombre era Jane Elliott —afirmó.

—Lo dije, y es así como deseo ser llamada a partir de este momento, pero no es el verdadero, y cuando lo oigo aún me suena extraño.

—¿No piensa darnos su verdadero nombre?

—No. Lo que más temo en el mundo es que se descubra lo que quiero ocultar y por ello pienso evitar toda revelación que pueda arrojar la menor luz sobre mi pasado.

—Estoy segura de que obra con sentido común —dijo Diana—. Y ahora, hermano, déjala en paz durante un rato.

Pero Saint John, tras unos minutos de silencio, reemprendió el interrogatorio si cabe con más insistencia que antes.

—No querrá depender eternamente de nuestra hospitalidad. Tal y como lo veo, deseará quedar libre tan pronto como sea posible de la compasión que despierta en mis hermanas y, sobre todo, de la caridad que yo le dispenso (he percibido con absoluta claridad la distinción que ha hecho, pero no crea que me ofende: me parece justa). En definitiva, ¿deseará independizarse de nosotros?

—Claro que sí. Ya se lo he dicho. Muéstreme dónde trabajar o cómo buscar un empleo: eso es todo lo que pido. Después me iré, aunque sea a la cabaña más humilde que exista, pero, hasta que llegue ese momento, permítanme que me quede aquí: no podría soportar una nueva ración de los horrores que conlleva la miseria.

—Por supuesto que se quedará —dijo Diana, poniendo su blanca mano sobre la mía.

—No la dejaremos marchar —repitió Mary en aquel tono de sinceridad neutra característico en ella.

—Como puede ver, a mis hermanas les gusta tenerla en casa —intervino Saint John—, y cuidarla exactamente igual que a un pajarillo herido que hubiera entrado por la ventana empujado por una ventisca de invierno. En cambio, yo me siento más inclinado a buscarle el modo de ganarse la vida y puedo asegurarle que me esforzaré para lograrlo. Sin embargo, no olvide que mis posibilidades son limitadas. No soy más que el titular de una parroquia rural, así que la ayuda que pueda proporcionarle será más bien modesta. Si usted es de esas personas tendente a despreciar las cosas pequeñas, busque apoyo en instancias más elevadas.

—Ella ya ha dicho que está dispuesta a hacer cualquier cosa honesta para la que se sienta capacitada —respondió Diana en mi lugar—, y sabes de sobra, Saint John, que no tiene a ningún amigo que la ayude: se ve obligada, por tanto, a soportar a personas tan quisquillosas como tú.

—Seré modista, o trabajaré como criada si hace falta —respondí.

—Muy bien —dijo el señor Saint John fríamente—. Si es así, prometo ayudarla, cuando llegue el momento y a mi manera.

Y entonces retomó la lectura del libro que había ocupado su atención antes del té. Yo no tardé en retirarme: llevaba levantada y hablando más tiempo del que permitían mis débiles fuerzas.

Cuantas más cosas sabía de los habitantes de Moor House, más me gustaban. En unos días, mi estado había mejorado tanto que ya podía pasarme el día sentada e incluso dar cortos paseos. Pude unirme a Diana y Mary en todas sus actividades, conversar con ellas tanto como desearan y ayudarlas en las ocasiones en que me lo permitían. Había un placer vivificante en este intercambio, una sensación que era nueva para mí y que surgía de una perfecta comunión de gustos, sentimientos y principios.

Me gustaba leer lo mismo que a ellas; me encantaba lo que las divertía; respetaba lo que ellas consideraban sagrado. Ellas amaban aquella casa apartada del mundo, y yo también empezaba a sentir el poderoso encanto que desprendía aquella vieja casona de piedra gris, con su techo bajo, las ventanas enrejadas y las paredes desconchadas; con aquella avenida de abetos que se inclinaban por el efecto del viento que soplaba desde las montañas, y el jardín, oscurecido por tejos y acebos, en el que solo las especies de flores más resistentes se atrevían a brotar. Se sentían muy unidas al páramo purpúreo que se extendía en torno a la casa y a la hondonada a la que conducía el sendero que partía de su puerta. Un sendero que comenzaba salpicado de helechos pero que luego iba surcando pequeños campos de pasto, de los más agrestes que jamás hayan bordeado un páramo o dado alimento a un rebaño de ovejas grises que pastaban con sus crías con los morros manchados de musgo. Repito, pues, que las ligaba a aquel paraje un afecto íntimo y profundo que yo podía comprender e incluso compartir con fuerza y sinceridad. Era capaz de percibir la fascinación que surgía de ese abandonado paisaje, la sagrada soledad que se respiraba en él; mis ojos disfrutaban con el contorno que trazaban las cimas de las colinas y con los fuertes contrastes provocados por los colores del musgo y las campanillas, de los arbustos moteados de flores, los relucientes helechos y las rocas grisáceas. Para mí, estos detalles significaban lo mismo que para ellas: una fuente de placer dulce y pura. El despiadado viento y la brisa suave, los días tormentosos y los serenos, los amaneceres y los crepúsculos, la luz de la luna y la oscuridad de la noche, ejercían en mí la misma atracción que en ellas. Caí, por tanto, víctima del mismo embrujo que las hechizaba.

También en el interior de la casa nos llevábamos bien. Ambas eran más cultas que yo, pero con esfuerzo logré recorrer el camino de conocimiento por el que las dos habían avanzado antes. Devoraba los libros que me prestaban, y sentía una intensa satisfacción al poder comentar por la tarde lo que había leído durante el día. Los pensamientos se compenetraban y nuestras opiniones coincidían. En resumen, nuestra relación era inmejorable.

Si había alguien que destacara en el trío, esta era Diana. Físicamente era superior a mí, tanto en belleza como en vigor. Su espíritu estaba sacudido por una corriente de energía y una seguridad en sí misma que me seducía y, al mismo tiempo, escapaba a mi comprensión. Yo podía charlar durante un buen rato al principio de la velada, pero

agotado ese primer conato de fluidez y vivacidad, prefería sentarme a los pies de Diana, apoyar la cabeza en su regazo y escucharlas hablar, a ella y a Mary, mientras discutían en profundidad sobre un tema del que yo apenas había oído una palabra. Diana se ofreció a enseñarme alemán y me gustó aprender de ella: noté que el papel de profesora la complacía tanto como a mí el de alumna. Nuestras naturalezas se complementaban, y de esos momentos nació un sólido afecto mutuo. Un día descubrieron que yo sabía dibujar, y a partir de ese instante pusieron sus cajas de lápices de colores a mi disposición. Observaron encantadas que en este aspecto mi habilidad superaba a la suya. Mary solía sentarse a ver cómo dibujaba. Más tarde me propuso que le diera clases y se convirtió en una pupila dócil, inteligente y predispuesta. Así, ocupadas y entretenidas, las horas se hicieron días, y los días, semanas.

La intimidad que había surgido con tanta rapidez y espontaneidad con las hermanas Rivers no era en absoluto aplicable al señor Saint John. Una de las razones que explicaban esta distancia eran sus continuas ausencias de la casa, ya que dedicaba gran parte de su tiempo a visitar a las personas más pobres y enfermas de su dispersa parroquia.

No había inclemencia del tiempo que pudiera arredrarle en el cumplimiento de estas excursiones pastorales: lloviera o hiciera sol, después de las horas de estudio matutino, cogía el sombrero, y, seguido por Carlo, el viejo perro labrador de su padre, partía en esa misión de amor o deber; yo nunca llegué a saber bajo qué luz la veía. A veces, cuando el día era muy desfavorable y sus hermanas le pedían que se quedara en casa, él solía decirles, con una sonrisa más engreída que alegre dibujada en el rostro:

—Si dejara que una ráfaga de viento o un chaparrón de lluvia me apartaran de mi cometido, ¿no creéis que este sentimiento de pereza iría en contra de los propósitos que me he hecho de cara al futuro?

La respuesta habitual de Diana y Mary a esta pregunta solía ser un suspiro de resignación, precedido por unos minutos de aparente reflexión.

Pero, al margen de sus frecuentes ausencias, existía otra barrera que impedía trabar amistad con él: parecía un hombre de naturaleza reservada, abstraída y tendente a la melancolía. Aunque cumplía con celo con los deberes que le imponía su ministerio y llevaba una vida intachable, no daba la impresión de compartir esa sensación de serenidad mental, ese sosiego interior que debería ser la recompensa de todo cristiano sincero y practicante. A menudo, a última hora de la tarde, cuando se sentaba frente a la ventana con el escritorio lleno de papeles, dejaba de leer y de escribir, apoyaba la barbilla en la mano y se entregaba a pensamientos desconocidos, aunque sin duda emocionantes y perturbadores, a juzgar por el brillo de sus ojos y la dilatación momentánea de sus pupilas.

Además, creo que la Naturaleza no era para él la misma fuente inagotable de placer que suponía para sus hermanas. En una ocasión le oí expresar en voz alta el

afecto que sentía por aquellas rugosas montañas y por aquel amasijo de oscuro tejado y paredes débiles al que llamaban hogar, pero su tono al pronunciar estas palabras expresaba más tristeza que placer. Nunca vagaba por los páramos en busca de aquel bálsamo de silencio, ni se detenía a disfrutar de los mil encantos serenos que emanaban de aquel lugar.

Era tan poco comunicativo que tuvo que transcurrir bastante tiempo antes de poder formarme una opinión sobre él. La primera vez que intuí sus posibilidades fue cuando le oí predicar en su propia iglesia de Morton. Ojalá pudiera describir ese sermón, pero la tarea queda fuera de mi alcance. Ni siquiera puedo plasmar con fidelidad el efecto que produjo en mí.

Comenzó tranquilamente, y, en realidad, en cuanto a pronunciación y tono de voz, mantuvo ese aire calmado hasta el final. Sin embargo, aquel sermón diáfano no tardó en verse salpicado por un celo entusiasta que fue tensando el discurso. Así, sus palabras fueron ganando fuerza gracias a un lenguaje dramático y a la vez preciso. El poder del predicador era tal que sacudía al corazón y despertaba la mente. Sus palabras no desprendían la menor suavidad: al contrario, existía una profunda amargura y una extraña ausencia de esa calidez reconfortante que suele matizar los sermones eclesiásticos. Fueron múltiples sus severas alusiones a elementos como la elección, la predestinación y el castigo, típicos en la doctrina de Calvino, y cada una de estas referencias sonaba como una sentencia dictada desde el otro mundo. Cuando hubo terminado, en lugar de sentirme mejor, más serena e iluminada por sus palabras, experimenté una inexplicable pesadumbre. Tuve la impresión —aunque ignoro si los demás la compartían— de que la elocuencia de la que había sido testigo provenía de un abismo donde anidaba un profundo poso de desengaño, sacudido por impulsos incontrolables de anhelos no saciados e indómitas aspiraciones. Estaba segura de que, pese a su celo, su conciencia limpia y sus hábitos cristianos, Saint John Rivers aún no había hallado aquella paz de Dios que sobrepasa la comprensión. Como tampoco lo había hecho yo, atormentada por penas secretas, por la nostalgia del paraíso perdido y del ídolo caído, cargas a las que no he aludido últimamente, pero que aún me poseen y dominan con su tiranía implacable.

En todo esto transcurrió un mes. Diana y Mary abandonarían pronto Moor House para regresar a sus vidas habituales, tan distintas a la que llevaban en su casa: ambas trabajaban como institutrices de los vástagos de dos familias adineradas del sur de Inglaterra, cuyos miembros ricos y altivos las veían como a simples empleadas, sin ni siquiera intuir las cualidades que las adornaban: apreciaban su cultura de la misma forma en que reconocían la habilidad de la cocinera o el buen gusto del ama de llaves. El señor Saint John aún no me había dicho nada del empleo que había prometido buscarme, aunque el tema ya empezaba a ser urgente. Una mañana en que me quedé a solas con él en la sala, me aventuré a acercarme a su retiro junto a la ventana —la mesa, la silla y el escritorio formaban una especie de estudio aparte—, y fui a dirigirle la palabra, aunque sin saber muy bien cómo formular mi pregunta. Siempre

resulta difícil romper el hielo con personas de carácter tan reservado como era el suyo. En esa ocasión, sin embargo, me ahorró la preocupación iniciando él mismo la conversación.

Así, mirándome cuando me acerqué hasta él, dijo:

—¿Tiene usted algo que decirme?

—Pues sí. Desearía saber si ha tenido noticias de algún servicio para el que pueda ofrecerme.

—Oí hablar de algo hace tres semanas, pero como su presencia aquí era motivo de satisfacción para mis hermanas (es evidente que ambas gozan de su compañía), y también usted parecía feliz, consideré inapropiado poner punto final a ese estado de cosas hasta que su partida de Marsh End no nos deje otra alternativa.

—¿Se irán dentro de tres días?

—Sí, y cuando ellas partan yo volveré a la rectoría de Morton. Hannah me acompañará y esta vieja casa quedará cerrada.

Aguardé unos minutos, a la espera de que prosiguiera con el tema que había iniciado la charla, pero parecía haber entrado en otro de sus trances reflexivos: su mirada denotaba que estaba muy lejos de mí y de mis problemas. Me vi obligada a devolverle al asunto que me interesaba.

—¿Y cuál era el empleo que tenía previsto, señor Rivers? Espero que este retraso no haya puesto las cosas más difíciles.

—Oh, no, puesto que se trata de una colocación que depende únicamente de que yo se la ofrezca y de que usted la acepte.

Hizo una nueva pausa, como si algo le impidiera continuar. Empecé a sentirme impaciente: un par de gestos de inquietud y una mirada expectante y ansiosa a la vez transmitieron el sentimiento mejor de lo que lo habrían hecho las palabras, y con menos brusquedad.

—No hace falta que tenga tanta prisa por saberlo —dijo él—. Antes que nada, seamos claros: no tengo nada provechoso que sugerirle. Así que, antes de proseguir con las explicaciones, recuerde por favor esta clara advertencia: la ayuda que puedo prestarle es la misma que un ciego ofrecería a su perro. Soy un hombre pobre: una vez haya liquidado las deudas de mi padre, todo mi patrimonio se reducirá a esta granja en ruinas, a la fila de abetos, a los campos estériles que rodean la casa, a los tejos y los arbustos que crecen frente a ella. Nadie me conoce: el nombre de Rivers es muy antiguo, pero solo quedan tres descendientes de su linaje. De ellos, dos deben ganarse el sustento entre extraños y el tercero se considera a sí mismo un extranjero en su propio país natal, tanto en la vida como en la muerte. Pese a todo, se considera afortunado y no aspira más que a oír las palabras «Levántate y sígueme» cuando el Jefe supremo de la iglesia de la que es el más humilde de sus miembros se dirija a él después de que la cruz de la separación de sus ataduras carnales le caiga sobre los hombros.

Saint John dijo estas palabras en el mismo tono que usaba en sus sermones, con

una voz tranquila y profunda, las mejillas pálidas y fuego en la mirada.

—Y puesto que soy pobre e insignificante —prosiguió—, el único servicio que puedo ofrecerle es fruto forzosamente de la miseria y la precariedad. Tal vez crea que es algo degradante, ya que he podido ver que sus hábitos podrían calificarse como refinados; sus gustos son elevados y ha crecido entre personas cultivadas, pero mi opinión es que ningún trabajo susceptible de mejorar a la raza humana resulta degradante. Sostengo que cuanto más árido sea el suelo que el trabajador cristiano debe cultivar, y más escaso sea el fruto que reciba por sus esfuerzos, mayor es el honor. Este es el destino de los pioneros, y los primeros pioneros del Evangelio fueron los apóstoles, con el propio Jesús como capitán y redentor.

—¿Y bien? —pregunté al ver que se detenía de nuevo—. Continúe.

Me miró antes de seguir hablando. En realidad, daba la impresión de ser capaz de leer en mi rostro, como si los rasgos y las líneas que lo formaban fueran los caracteres de la página de un libro. Las observaciones que hizo a continuación expresaban parcialmente el resultado de dicho escrutinio.

—Creo que aceptará usted el puesto que voy a ofrecerle, y lo desempeñará durante un tiempo. No de forma permanente: no más de lo que yo podría soportar la estrechez de una parroquia tranquila y recóndita en un condado de la Inglaterra rural. Advierto en su naturaleza un elemento incompatible con la inactividad; lo mismo me sucede a mí, aunque de distinta forma.

—Explíquese —supliqué, viendo que volvía a apartarse del tema en cuestión.

—Lo haré. Y usted podrá oír cuán modesta es mi propuesta, cuán nimia e intrascendente. Ahora que mi padre ha muerto y no debo rendir cuentas a nadie, no tengo la intención de permanecer en Morton por mucho tiempo. Es probable que me marche en un periodo de doce meses, pero, mientras esté aquí, quiero esforzarme al máximo por mejorar el lugar. Cuando llegué hace dos años, Morton carecía de escuela: los niños pobres, por tanto, quedaban marginados de toda posibilidad de progreso. Fundé un colegio para niños, y tengo la intención de abrir otro para niñas. Con ese propósito he alquilado un edificio que tiene adosada una casita para que en ella viva la maestra. Su salario será de treinta libras al año. La casa ya está amueblada, sin lujos, pero con todo lo imprescindible, gracias a la gentil aportación de una dama, la señorita Oliver, hija del único feligrés rico que hay en mi parroquia, el señor Oliver, propietario de una fábrica de agujas y de una fundición de acero en el valle. La misma dama pagará la educación y la ropa de una huérfana del taller, con la condición de que ayude a la maestra en tareas menores del hogar que esta última no podrá atender en persona debido a sus ocupaciones docentes. ¿Quiere ser la maestra?

Hizo la pregunta a toda prisa. Parecía esperar una respuesta indignada o cuanto menos un comentario desdeñoso. Aunque había logrado adivinar algunos de mis sentimientos, ignoraba cuál sería mi reacción ante su propuesta. No se podía negar que era muy humilde, pero me concedía un techo donde resguardarme y eso era lo que yo quería: un refugio. Era un trabajo duro, pero, comparado con las tareas de una

institutriz en una casa rica, me dotaba de independencia; el temor de servir entre extraños penetró en mí como un punzón de acero. No había nada innoble, ni bajo, ni mentalmente degradante. Tomé una decisión.

—Le agradezco el ofrecimiento, señor Rivers, y lo acepto de todo corazón.

—Pero lo ha entendido bien, ¿no es así? Será una escuela rural: sus alumnas serán niñas pobres, las crías del pueblo; como mucho, hijas de los granjeros. Todo lo que tendrá que enseñarles será a coser, a hacer punto, a leer, a escribir y las cuatro reglas. ¿Qué hará con todos sus conocimientos? ¿Qué hará con su cultura, sus sentimientos y sus gustos refinados?

—Guardarlos para mejor ocasión. Sobrevivirán.

—¿Sabe a lo que se enfrentará?

—Lo sé.

Sonrió, y esta no fue una sonrisa amarga ni triste, sino rebosante de placer y de gratitud.

—¿Y cuándo tiene previsto emprender el desempeño de sus funciones?

—Me iré a mi casa mañana, y si le parece oportuno abriré la escuela la semana próxima.

—Perfectamente. Que así sea.

Se levantó y cruzó el salón. De repente, se detuvo para volver a mirarme e hizo un gesto con la cabeza.

—¿Qué es lo que desaprueba de mí, señor Rivers? —pregunté.

—No se quedará en Morton durante mucho tiempo. ¡No!

—¿Por qué? ¿Qué razones tiene para decir esto?

—Lo leo en sus ojos: no muestra la mirada de alguien que se conforma fácilmente con una vida sin alicientes.

—No soy ambiciosa.

Saltó al oír la palabra «ambiciosa».

—No —repitió—. ¿Qué le hizo pensar tal cosa? ¿Quién es ambicioso? Yo sé que lo soy, pero ¿cómo lo ha descubierto?

—Hablaba de mí misma.

—Bien, si no es ambiciosa, entonces es...

—¿Qué?

—Iba a decir apasionada, pero quizás habría malinterpretado esa palabra y la habría tomado como una ofensa. Quiero decir que los afectos y simpatías humanas ejercen una gran influencia en usted. Estoy seguro de que no puede estar contenta durante mucho tiempo pasando sus ratos de ocio en soledad y dedicando sus horas de trabajo a una labor monótona absolutamente carente de estímulo. Del mismo modo que yo tampoco puedo ser feliz —añadió, con un marcado énfasis— viviendo aquí, enterrado en un páramo y tras las rejas de estas montañas. Va en contra de la naturaleza que Dios dispuso para mí: mis facultades, concedidas por el cielo, se están paralizando hasta devenir inútiles. Sé que resulta difícil de entender que alguien como

yo, que predicaba la satisfacción con las cosas más humildes y justificaba en nombre del servicio a Dios tareas tan nimias como las de los leñadores y las de aquellos que vacían los pozos, en mi calidad de ministro suyo, me vea corroído por emociones como la inquietud y la impaciencia. Bien, supongo que de alguna forma hay que conciliar los principios de uno con sus tendencias naturales.

Tras estas palabras, salió de la sala. Aunque en esta hora escasa había aprendido más de él que en todo el mes anterior, su carácter seguía siendo un enigma para mí.

Diana y Mary Rivers se habían ido volviendo más tristes y silenciosas a medida que se acercaba el día en que debían separarse de su hermano y de su hogar. Ambas fingían estar como siempre, pero el dolor contra el que luchaban no era fácil de vencer ni de ocultar. Diana me comentó que esta separación iba a ser distinta de cualquier otra que hubieran vivido hasta el momento. Probablemente, al menos en lo referente a Saint John, el adiós duraría años, quizá toda la vida.

—Está dispuesto a sacrificarlo todo por una decisión que tomó hace mucho tiempo —explicó la joven—, incluso los sentimientos más fuertes. Saint John parece un hombre tranquilo, Jane, pero un fuego abrasador le devora las entrañas. Pese a su aparente amabilidad, en algunos temas se muestra tan implacable como la muerte. Lo peor de todo es que mi conciencia me impide disuadirle de llevar a cabo esa decisión tan severa; no hay nada reprobable en ella: es noble, cristiana y justa, pero me parte el corazón. —Y las lágrimas se asomaron a sus hermosos ojos.

—Estamos sin padre; pronto tampoco tendremos ni casa ni hermano —murmuró Mary, antes de bajar la cabeza y retomar su labor.

En ese momento sucedió algo que, dictado por el destino, venía a probar aquel viejo refrán que dice que «las desgracias nunca vienen solas» y a añadir a sus miserias esa gota que hace rebosar la copa ya llena. Saint John pasó por delante de la ventana: iba leyendo una carta. Entró en la habitación.

—Nuestro tío John ha muerto —anunció.

La noticia sobresaltó a las dos hermanas, aunque no las afectó ni las entristeció. Sus ojos expresaban más seriedad que aflicción.

—¿Muerto? —repitió Diana.

—Sí.

Ella dirigió una inquisitiva mirada a la cara de su hermano.

—¿Y bien? —preguntó en un tono de voz muy bajo.

—¿Y bien qué, Diana? —replicó él con los rasgos tan inmóviles como si hubieran sido tallados en mármol—. ¿Y bien qué? Nada. Lee...

Tiró la carta sobre el regazo de su hermana. Ella le echó un vistazo y se la pasó a Mary. Esta la leyó en silencio y la devolvió a manos de Saint John. Los tres se miraron y luego esbozaron una sonrisa lánguida y pensativa.

—¡Amén! Seguiremos viviendo igual —dijo Diana al fin.

—En cualquier caso, no estamos peor que antes —señaló Mary.

—Pero es imposible evitar el pensamiento de cómo pudimos haber estado —dijo

el señor Rivers—, y darnos cuenta del enorme contraste que existe con nuestra situación actual.

Dobló la carta, la guardó en el escritorio y volvió a salir.

Nadie habló durante unos minutos, hasta que Diana rompió el silencio dirigiéndose a mí.

—Jane, debes estar sorprendida ante tanto misterio, y pensarás que somos personas duras de corazón al no lamentar la muerte de un pariente tan cercano como es un tío. La verdad es que no le conocemos, ni le hemos visto nunca. Era el hermano de mamá. Mi padre y él discutieron hace mucho: fue debido a sus consejos por lo que mi padre arriesgó la mayor parte de sus propiedades en el negocio que acabó arruinándole. Se cruzaron recriminaciones, se separaron airados y nunca se reconciliaron. Después, mi tío se embarcó en negocios más prósperos y logró amasar una fortuna de veinte mil libras. Nunca se casó, ni tiene otros descendientes aparte de nosotros y otro pariente. Mi padre siempre abrigó la esperanza de que algún día repararía su error legándonos sus posesiones. Esta carta nos informa de que ha dejado hasta el último penique a ese otro pariente, con la excepción de treinta guineas que deben dividirse entre Saint John, Diana y Mary Rivers para que compren tres coronas de duelo. Estaba en su derecho a hacer lo que quisiera, por supuesto, pero no puedo negar que la noticia ha supuesto una desilusión. Mary y yo nos habríamos considerado ricos solo con un legado de mil libras, una cifra que para Saint John habría significado la posibilidad de hacer muchas obras de caridad.

Dada esta explicación, se dejó el tema y nadie volvió a referirse a él. Al día siguiente, me fui de Marsh End y me dirigí a Morton. Un día más tarde, Diana y Mary partieron hacia B... En una semana, el señor Rivers y Hannah volvieron a la rectoría. Y la vieja granja se quedó sola.

Mi casa —ahora que por fin tengo una— es muy pequeña: consiste en una pequeña habitación de paredes encaladas y el suelo de tierra, provista de cuatro sillas pintadas, una mesa, un reloj, un armario con dos o tres bandejas, unos cuantos platos y un juego de té. En el piso de arriba hay otra estancia de las mismas dimensiones que la cocina, con una cama de pino y una cómoda pequeña, aunque resulta grande para la escasa cantidad de ropas que poseo a pesar de que estas han aumentado un poco gracias a la generosidad de mis amables amigos que han hecho una modesta aportación a mi guardarropa.

Cae la tarde. Acabo de despedir, con una naranja como paga, a la pequeña huérfana que me hace de doncella. Estoy sola, sentada frente al fuego. Esa mañana había abierto las puertas de la escuela por primera vez. Asistieron veinte alumnas, de las que solo tres saben leer, ninguna es capaz de escribir o de contar, algunas saben hacer punto y unas pocas tienen nociones básicas de costura. Hablan con el acento más marcado de la región. La verdad es que de momento tenemos problemas para entendernos entre nosotras. Las hay maleducadas, ariscas e intratables, además de ignorantes; pero otras son dóciles, tienen ganas de aprender y evidencian una disposición que me complace. No debo olvidar que estas campesinas andrajosas son tan de carne y hueso como los vástagos de los mejores linajes, y que en ellas puede anidar la semilla de la finura, de la inteligencia y de la bondad, exactamente igual que en los niños de buena familia. Es mi deber hacer crecer estas semillas y estoy segura de que intentarlo me hará feliz. No espero grandes alegrías de la vida que se abre ante mí, aunque no me cabe duda de que, si domino mis pensamientos y ejerzo mis capacidades como es debido, será lo bastante satisfactoria como para resistir día a día.

¿Era alegría, serenidad o felicidad lo que había sentido ese primer día en mi humilde escuela? Me engañaría a mí misma si contestara a esta pregunta con un sí. No, la verdad es que me he sentido muy desgraciada. Sí, soy una imbécil, lo reconozco, pero me sentí degradada. Percibí que había dado un paso que me hundía en la escala social en lugar de elevarme. Me llenaba de desazón verme rodeada de tanta ignorancia, de tanta pobreza, de tanta brusquedad. Pero no voy a despreciarme demasiado por estas ideas: sé que están equivocadas, y eso es ya un gran avance, así que pienso luchar para superarlas. Confío en que mañana seré capaz de hallar algo bueno y así, en unos meses, habré conseguido dominarlas. Es posible que en ese tiempo los progresos de mis alumnas y los cambios en su conducta logren sustituir el disgusto por satisfacción.

Mientras tanto, permitidme que me pregunte algo. ¿Sería mejor haber cedido a la tentación, haber escuchado la voz de la pasión y haberme rendido sin presentar batalla, hundiéndome en una trampa de seda? ¿Haberme dormido sobre las flores que la cubrían para despertarme acariciada por el benigno clima del sur, rodeada de los lujos de una hermosa villa: ser ahora la amante del señor Rochester y dedicar la mitad

de mi tiempo a disfrutar de su amor? Porque sí, no lo dudo, su amor no se habría extinguido enseguida. Me amaba como nadie volverá nunca a amarme. Jamás nadie me verá otra vez bella, joven y encantadora. Me quería y estaba orgulloso de mí, me veía cómo ningún otro hombre me verá nunca. Pero ¿adónde voy con estas divagaciones? ¿Qué estoy diciendo? Y, sobre todo, ¿qué estoy sintiendo? ¿Acaso es mejor ser una esclava en un paraíso marsellés, alternando las horas de placer con las amargas lágrimas del remordimiento y la vergüenza, que una maestra rural libre y honesta en una aldea del corazón de Inglaterra perdida entre las montañas?

Sí, ahora sé que hice bien cuando seguí las indicaciones que marcan la ley y los principios y desprecié las delirantes tentaciones que me embargaron en un momento de locura. Dios me guió en la dirección correcta y le doy las gracias por ello.

Detuve la corriente de pensamientos vespertinos, me levanté, fui hacia la puerta y contemplé la puesta de sol en un día de cosecha y los campos que se extendían silenciosos ante mi casa, que estaba a menos de un kilómetro del pueblo. Los pájaros entonaban sus últimos trinos:

El aire era tibio; el rocío olía a perfume.^[28]

Al observar el paisaje me invadió una sensación de felicidad, y por ello me extrañó que un momento después las lágrimas se asomaran a mis ojos. ¿A qué venía aquel súbito ataque de llanto? Era por el destino que me había separado de mi señor, porque no volvería a verle, por la desesperación y la furia que le habrían embargado como consecuencia de mi huida, y que tal vez le habrían apartado tanto del buen camino que ya la salvación sería imposible. Con esta reflexión, aparté la mirada de aquel cielo hermoso y del solitario valle de Morton. Digo solitario porque en todo el tramo que podía verse de mi casa no había ni una sola construcción, excepto la iglesia y la rectoría que surgían medio escondidas por la arboleda. En los límites del valle se distinguía el tejado de Vale Hall, donde vivía el hombre rico del pueblo, el señor Oliver, en compañía de su hija. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el marco de piedra de la puerta, pero poco después un ligero ruido que provenía de la valla que separaba mi diminuto jardín de los campos me hizo levantar la vista. Un perro —el viejo Carlo, el perro de los Rivers— empujaba la verja con el hocico y el propio Saint John se inclinaba sobre ella con los brazos doblados, el ceño fruncido y los ojos fijos en mí con un semblante tan serio que casi expresaba ira. Le invité a entrar.

—No, no puedo quedarme. Solo he venido para traerle un paquete que mis hermanas dejaron para usted. Creo que contiene una caja de pinturas, lápices y papel.

Me acerqué a recoger un regalo tan apropiado. Pensé que me miraba con severidad al percibir el rastro de las lágrimas sobre mis mejillas.

—¿Ha encontrado su primer día más duro de lo que pensaba? —preguntó.

—¡Oh, no! Al contrario: creo que con el tiempo llegaré a llevarme bien con las alumnas.

—Pero quizá tiene quejas sobre el alojamiento, sobre los muebles. ¿Tal vez han defraudado sus expectativas? La verdad es que son bastante modestos, pero...

—La casa está limpia y el techo me protegerá de las inclemencias del tiempo — interrumpí—, y tengo los muebles que necesito para estar cómoda. Todo lo visto hasta ahora me lleva a expresar agradecimiento, no reproches. No soy tan superficial como para lamentar la falta de una alfombra, de un sofá y de una cubertería de plata. Además, hace cinco semanas no tenía nada: era una descastada, una vagabunda, una mendiga. Ahora tengo conocidos, una casa y un trabajo. Aprecio la bondad del Señor y la generosidad de mis amigos. No puedo quejarme de mi suerte.

—¿La oprime el peso de la soledad? ¿Cree que esa pequeña casa en la que vive es oscura y vacía?

—Si apenas he tenido tiempo para disfrutar de la tranquilidad, menos aún para padecer la impaciencia que se deriva de la soledad.

—Muy bien. Espero que esa satisfacción que dice sentir sea cierta. En cualquier caso, su sentido común le dirá que es demasiado pronto aún para rendirse a los vacilantes temores que invadieron a la esposa de Lot. Está claro que yo ignoro lo que dejó usted atrás antes de llegar aquí, pero mi consejo es que resista con firmeza toda tentación de mirar hacia el pasado: prosiga en el camino que ha iniciado aquí, al menos por unos meses.

—Esa es mi intención —respondí.

—Controlar las tendencias naturales supone un duro esfuerzo —continuó Saint John—, pero es algo que debe hacerse. Lo sé por experiencia. En cierta medida, Dios nos ha concedido el don de labrarnos nuestro propio destino. Cuando nuestra energía nos pide un sustento que no podemos darle, cuando nuestra voluntad emprende un camino lleno de dificultades, no podemos morir de inanición o caer en la desesperación: lo único que tenemos que hacer es buscar otro alimento para la mente, tan fuerte como la comida prohibida que ansía probar, y quizá más puro. Y así lograremos abrirnos camino a través de una ruta tan ancha y directa como la que nos ha negado la Fortuna, aunque suponga un camino más escarpado.

»Yo mismo, hace un año, me sentía muy desgraciado. Creía haber cometido un error al ordenarme: la monotonía de mis tareas me aburría soberanamente. Ardía en ganas de llevar una vida más activa: soñaba en las ambiciones intelectuales que conlleva la vida de un escritor, en el destino de un artista, ya sea autor u orador... Cualquier destino me parecía mejor que el de un simple sacerdote. Sí, bajo mi sotana latía el corazón de un político, de un soldado, de un buscador de gloria, de un amante célebre, de un poseído por el ansia de poder. Veía mi vida tan miserable que decidí que se imponía una elección: cambiarla o morir. Después de mucho tiempo hundido en las tinieblas y las dudas, la luz estalló ante mis ojos y trajo con ella la paz. Toda mi minúscula existencia pareció ampliarse a lo largo de un valle sin límites, mis capacidades escucharon una llamada del cielo para que se alzaran, tomaran fuerza, desplegaran las alas y emprendieran el vuelo. Dios tenía una misión para mí y su

correcto desempeño implicaba habilidad y fuerza, coraje y elocuencia, las cualidades de un soldado, de un estadista y de un orador. Porque es el conjunto de todas ellas lo que hace falta para ser un buen misionero.

»Y esa fue mi opción. Desde ese mismo momento, mi vida cambió: los grilletes que encadenaban mis facultades se abrieron y cayeron al suelo, dejando una profunda marca que solo el tiempo puede curar. Mi padre se opuso, por supuesto, pero ahora que ha muerto no existe ningún obstáculo legítimo que me impida llevar a cabo mis deseos. Una vez haya arreglado unos cuantos asuntos, obtenga un sucesor para la parroquia de Morton y deshaga o corte un par de lazos sentimentales (un último conflicto con la debilidad humana que estoy seguro de poder superar, porque me he propuesto hacerlo), abandonaré Europa para irme a Oriente.

Dijo todo esto en aquel tono de voz que le era propio, controlado y a la vez enfático. No me miraba a mí, sino al sol poniente. Yo también posé los ojos en él, de forma que ambos dábamos la espalda al sendero que surcaba los campos hasta la verja de mi casa. No oímos el menor ruido: el agua que discurría por el valle era el único arrullo de toda la escena. Por eso, casi nos asustamos al oír una voz, argentina como una campana de plata, que exclamaba:

—Buenas tardes, señor Rivers. Y hola a ti también, viejo Carlo. Este perro es más rápido que su amo a la hora de reconocer a sus amigos: levantó las orejas y sacudió el rabo cuando yo estaba aún al fondo del campo, y en cambio usted sigue dándome la espalda ahora que ya estoy aquí.

Era cierto. Aunque el señor Rivers se había sobresaltado al oír ese acento armonioso, como si un relámpago hubiera rasgado una nube justo sobre su cabeza, seguía en la misma postura que tenía cuando la recién llegada empezó a hablar: el brazo apoyado en la verja y la cara fija en algún punto del horizonte. Se volvió, por fin, con una calculada lentitud. Me pareció que a su lado había surgido una visión: a unos dos metros de él se alzaba una figura resplandeciente, vestida de blanco immaculado y con una silueta joven y encantadora, de curvas redondeadas, pero de talle esbelto. Cuando, tras acariciar a Carlo, levantó la cabeza y apartó el velo, apareció un rostro de belleza perfecta. Sé que hablar de belleza perfecta es decir mucho, pero es lo que merecía aquel semblante, más dulce que ningún otro surgido bajo los templados cielos de Albión, y aquella tez del color del lirio y la rosa, única en esta tierra de vientos húmedos y cielos encapotados. No le faltaba ningún encanto, ni podía achacársele el menor defecto a esos rasgos delicados y exquisitos. Los ojos, grandes, oscuros y profundos, tenían la forma y el matiz que solo se ve en los cuadros; las pestañas largas sombreaban la mirada confiriéndole fascinación y las perfiladas cejas la dotaban de claridad. La frente blanca y suave añadía a su expresión un toque de placidez, resaltando aun más si cabe la vivacidad de los ojos. Las mejillas ovaladas, lozanas y aterciopeladas, los labios frescos, rojos y bien dibujados, los dientes resplandecientes, la barbilla con un hoyuelo en el centro y las espesas trenzas, se combinaban para plasmar en la tierra el ideal de belleza. Al observarla, la admiré

con todo mi corazón. La naturaleza la había moldeado a su antojo y, dejando de lado la tacañería de madrastra de la que hace gala al repartir los dones, había tratado a esta criatura con la generosidad de una abuela cariñosa.

¿Y qué pensaba Saint John Rivers de este ángel terrenal? Me hice esta pregunta cuando le vi volverse hacia ella y mirarla, y como es lógico busqué la respuesta en el semblante del caballero. Sus ojos se posaron en un matojo humilde de margaritas que crecía junto a la valla.

—Hace un tiempo espléndido, pero tal vez sea demasiado tarde para que usted vaya sola —comentó él mientras aplastaba las flores con el pie.

—Oh, fui a S... —mencionó el nombre de una gran ciudad situada a unos treinta kilómetros de distancia— a pasar la tarde. Cuando volví a casa, papá me contó que usted había abierto la escuela y que la nueva maestra estaba aquí. Así que, después del té, me puse el sombrero y recorrí el valle para verla. ¿Es ella? —dijo, señalándome.

—En efecto —respondió Saint John.

—¿Cree que Morton resultará de su agrado? —Su tono sencillo, directo y algo ingenuo era el que usaría una niña que se esfuerza por agradar.

—Espero que sí. Tengo muchas razones para creerlo.

—¿Encontró a sus alumnas tan atentas como esperaba?

—Bastante, sí.

—¿Y la casa, le gusta?

—Mucho.

—¿Le parecen bonitos los muebles? Los elegí yo.

—La verdad es que son muy bonitos.

—¿Y Alice Wood? ¿Cree que cumplirá con sus tareas de ayudante?

—Sí. Es una niña dócil y habilidosa. —Por lo tanto, pensé, esta dama tiene que ser la señorita Oliver, la heredera, rica en dinero además de en los dones que le concedió la naturaleza. ¡Me pregunto qué feliz combinación de planetas alumbraría tal nacimiento!—. Vendré a ayudarla a enseñar algunas veces —añadió—. Visitarla de vez en cuando supondrá todo un cambio, y me gusta la variedad. Señor Rivers, ¡me he divertido tanto durante mi estancia en S...! La noche pasada, o quizá sería mejor decir esta madrugada, estuve bailando hasta las dos. Desde que se produjeron los desórdenes callejeros, hay un regimiento de soldados estacionado allí: los oficiales son los hombres más gentiles del mundo, muy por encima de los jovencitos afiladores y los vendedores de cuchillos que rondan por aquí.

Por un momento me pareció apreciar cómo el labio inferior del señor Saint John sobresalía y el superior se contraía. Lo cierto es que había tensión en su boca, y la parte inferior del rostro iba revelando una severidad atípica a medida que la chica hablaba. Él dejó de observar las margaritas para mirarla a ella. Era una mirada inquisitiva, implacable y llena de significado. Ella la respondió con otra carcajada, una risa que realzaba su juventud, su belleza, sus hoyuelos y el resplandor de sus

ojos.

Puesto que la actitud de él seguía siendo seria y silenciosa, ella optó por acariciar a Carlo de nuevo.

—El pobre Carlo sí que me quiere —dijo la joven—. Él no se muestra severo y distante con sus amigos. Si supiera hablar, estoy segura de que no permanecería callado.

Y mientras palmeaba con suavidad la cabeza del animal, inclinándose con encanto frente al joven y rígido caballero, vi cómo el rubor invadía el rostro de este último: entornó los ojos, como deslumbrado ante un fuego repentino, y parpadeó con irresistible emoción. Arrebatado por la pasión, su rostro era tan bello como el de la dama; el pecho le temblaba, como si el corazón, harto de sufrir los efectos de una constricción despótica, se hubiera rebelado y ensanchado, en un intento enérgico por conseguir la libertad. Pero él lo dominó, creo, de la misma forma en que un jinete experto doblegaría a un potro encabritado. No hizo ademán de responder a las frases amables que le dirigían.

—Papá dice que ahora ya nunca viene a vernos —prosiguió la señorita Oliver, alzando la cabeza—. Ya casi no le conocemos en Vale Hall. Él está solo esta tarde y no se encuentra muy bien: ¿por qué no vuelve conmigo y le hace una visita?

—No creo que sea una hora razonable para irrumpir en casa del señor Oliver —respondió Saint John.

—¡Una hora razonable! Pero si yo le invito es que lo es. Es precisamente cuando papá necesita compañía: ahora que el trabajo ha terminado y ningún otro asunto de negocios le ocupa la mente. Venga, señor Rivers. ¿Por qué es usted tan tímido y sombrío? —Ella misma se contestó a la pregunta ante el silencio de Saint John sacudiendo la cabeza como si acabara de hacer un descubrimiento asombroso—: Lo olvidaba... ¡Soy tan desconsiderada e irresponsable...! Entiendo que tiene usted buenas razones para no unirse a mi charla: Diana y Mary se han ido, Moor House ha sido cerrada, y usted está solo. Siento mucha pena por usted. Acompañeme a ver a papá.

—Esta noche no, señorita Rosamond. Esta noche no.

El señor Saint John contestó como un autómatas; solo él sabía el esfuerzo que le costaba rechazar aquella propuesta.

—Muy bien. Si se empeña en mostrarse obstinado, le dejo. No me atrevo a estar mucho más tiempo fuera de casa, y ya empieza a anochecer. ¡Buenas tardes!

Ella le tendió la mano; él se limitó a rozarla.

—¡Buenas tardes! —repitió él en un tono de voz tan profundo como un eco.

Ella se volvió, pero regresó al cabo de un momento.

—¿Está usted bien? —preguntó.

La pregunta era del todo acertada, pues la cara del caballero era del mismo color que el vestido de la dama.

—Bastante bien —declaró él. Y con una inclinación de cabeza se apartó de la

puerta.

Ella se fue en una dirección; él en otra. Ella interrumpió en dos ocasiones sus pasos de hada para volverse a observarle; él no se giró ni una sola vez.

Asistir al sufrimiento y sacrificio de otros hizo que dejara de pensar solo en mí misma. Diana Rivers había dicho que su hermano era «implacable como la muerte». No había exagerado.

Proseguí con las tareas de la escuela con toda la dedicación y empeño que fui capaz. Debo reconocer que al principio el trabajo fue duro. Necesité un cierto tiempo para comprender del todo el carácter de mis alumnas. Absolutamente ignorantes y con las facultades entumecidas, de entrada me parecieron todas iguales: un grupo de absolutas paletas. Sin embargo, no tardé en comprobar mi error; había entre ellas tantas diferencias como las hay entre los hijos de buenas familias, y cuando llegamos a conocernos mutuamente estas diferencias se hicieron más perceptibles. Una vez superaron su asombro ante mi persona y mi forma de hablar, ante las reglas y modos a los que yo estaba acostumbrada, algunas de estas rústicas chicas se transformaron en crías bastante ingeniosas. Muchas reaccionaron con satisfacción manifestando su agradecimiento y amistad en detalles espontáneos, rebosantes de bondad, dignidad innata y de una sorprendente habilidad a la hora de acometer ciertas tareas, lo que a cambio les granjeó mi buena voluntad y admiración. Pronto aprendieron el placer que se siente al hacer las cosas bien; al mantener el aseo personal, al realizar sus tareas de forma constante, al ir adquiriendo maneras tranquilas y ordenadas. La rapidez de sus progresos resultaba incluso sorprendente. Y yo me sentía feliz y orgullosa de haber contribuido a ellos. Es más, comencé a sentir un sincero aprecio por algunas de las chicas y me constaba que ellas también me correspondían. Entre las alumnas tenía a las hijas de algunos granjeros: chicas prácticamente adultas que ya sabían leer, escribir y coser, a las que expliqué algunas nociones básicas de gramática, geografía e historia, y a las que di lecciones avanzadas de bordado. Entre ellas hallé algunos caracteres estimables: personalidades ávidas de formación y deseosas de mejorar, con quienes pasé más de una hora agradable en sus propios hogares. A cambio, sus padres (el granjero y su mujer) me colmaban de atenciones. Disfrutaba al aceptar esos simples favores, y al corresponderles con una consideración, un escrupuloso respeto hacia sus sentimientos, a la que quizá no estaban demasiado acostumbrados y que les encantaba y beneficiaba a la vez. Porque, al mismo tiempo que los enaltecía a sus propios ojos, les infundía el deseo de volver a ser merecedores de semejante trato.

Noté que me convertía en una de las personas más apreciadas del pueblo. Cuando salía a la calle, oía saludos cordiales por todas partes y la gente me recibía con sus mejores sonrisas. Vivir rodeada de cariño, aunque fuera el de gente trabajadora, es como «sentarse bajo el sol en un día sereno y suave»: la calma interior mana y florece bajo sus rayos. Durante esta época de mi vida, mi corazón estaba más pletórico de satisfacción que hundido en la tristeza. Y, sin embargo, lector, no quiero ocultarte nada: a menudo, pese a la serenidad y al convencimiento de que llevaba una vida útil, después de pasar un día ejerciendo la enseñanza entre mis discípulas y de disfrutar de una tarde de soledad dedicada a la lectura o el dibujo, las sombras de la noche perturbaban mi descanso en forma de sueños. Eran sueños de muchos colores, turbulentos, rebosantes de anhelos, apasionados y tempestuosos; sueños que

transcurrían en lugares ignotos, llenos de aventuras arriesgadas y escenarios románticos, en los que una y otra vez, en el momento más desesperado, volvía a encontrarme con el señor Rochester. La sensación de estar en sus brazos, de oír su voz y de cruzarme con su mirada, de acariciarle la mano y la mejilla, de amarle y de ser amada por él, hacía revivir en mí con la misma intensidad de antes la esperanza de pasar toda la vida a su lado. Luego llegaba el despertar, la conciencia de dónde estaba y de la cruda realidad de mi vida, y me levantaba de la cama temblorosa y sollozando. La noche, serena y silenciosa, se convertía entonces en el único testigo de esa desesperación convulsiva, de esos arrebatos de pasión. A la mañana siguiente, recobrada la dignidad y la compostura, abría puntualmente la escuela a las nueve, lista para enfrentarme a las obligaciones del día que empezaba.

Rosamond Oliver mantuvo su palabra de venir a visitarme. Solía acercarse a la escuela a media mañana, cuando cabalgaba por los alrededores. Llegaba hasta la puerta subida en su poni, seguida por un criado vestido con librea también a caballo. Nadie puede imaginar una aparición más exquisita que la de esa muchacha, enfundada en un traje de color violeta, con la gorra de terciopelo negro típica de las amazonas dispuesta con gracia sobre los largos rizos que besaban sus mejillas y le acariciaban los hombros. Era así como entraba en aquel rústico edificio y contemplaba las hileras que formaban las niñas del pueblo. Su aparición solía coincidir con la clase diaria de religión que impartía el señor Rivers. Me temo que la mirada de la recién llegada atravesaba el corazón del joven pastor. Una especie de sexto sentido parecía avisar al caballero de su entrada, incluso cuando no podía verla. Aunque tuviera los ojos fijos en un punto alejado de la puerta, sus mejillas se encendían cuando ella cruzaba el umbral, y sus rasgos de mármol, a los que jamás concedía un momento de respiro, cambiaban de manera indescriptible, y esa misma inmovilidad delataba con más fuerza el fervor reprimido que cualquier otro gesto o cualquier otra mirada.

Ella era consciente del efecto que producía, por supuesto. En realidad, él no podía ocultárselo. Pese su estoicismo cristiano, la mano le temblaba y los ojos centelleaban cuando la joven se acercaba a hablarle con una sonrisa alegre, alentadora, e incluso cariñosa. Él parecía decir, con su mirada triste y decidida ya que no con palabras: «Te amo y sé que tú también me quieres. No callo por miedo al fracaso. Sé que aceptarías mi corazón si te lo ofreciera, pero ese corazón ya ha sido depositado en un altar sagrado y se ha dispuesto la hoguera alrededor. Pronto de él no quedarán más que restos de ceniza».

Entonces ella se apartaba con un gesto de niña malcriada. Una nube de pesadumbre le marchitaba la radiante vivacidad; retiraba la mano de la de él y le daba la espalda, dejándole con una expresión entre heroica y martirizada. No cabe duda de que en esos momentos Saint John habría hecho cualquier cosa para seguirla, llamarla, retenerla a su lado, pero no estaba dispuesto a ceder ni un pedazo de cielo, ni a renunciar a la esperanza de alcanzar el paraíso eterno a cambio de ese amor. Además,

tampoco podía olvidar todas sus aspiraciones —las del vagabundo, las del sacerdote, las del poeta— en aras de una única pasión, ni tenía intención de cambiar la ambiciosa misión que se había propuesto por la paz que se respiraba en los jardines de Vale Hall. Aprendí muchas cosas sobre él un día en que, pese a su reserva, me atreví a romper la barrera de hielo que le rodeaba y penetré en su intimidad.

La señorita Oliver también solía honrar mi hogar con frecuentes visitas. Llegué a conocer su carácter a la perfección, un carácter que, por otro lado, tampoco disimulaba: era coqueta, pero no cruel; exigente, aunque no egoísta. La habían malcriado desde su nacimiento, pero no puede decirse que la hubieran estropeado del todo. Era impulsiva, pero tenía buen corazón; orgullosa (¿quién no lo sería viendo en el espejo a todas horas una imagen tan hermosa?), pero no afectada. De talante liberal, nunca presumía de su riqueza. Era ingenua, bastante inteligente, alegre, vivaz e irreflexiva. En definitiva, aunque resultaba una muchacha encantadora incluso para un observador imparcial de su propio sexo como yo, no podía decirse que hubiera en ella nada profundamente interesante o susceptible de causar una gran impresión. Había una gran diferencia entre Rosamond y las hermanas de Saint John, por poner un ejemplo. Sin embargo, me agradaba casi tanto como me había agradado mi pupila, Adèle, con la salvedad de que una siempre desarrolla mayor cariño hacia un niño al que vigila y cuida que hacia un adulto.

En cuanto a ella, me consta que yo le resultaba simpática. Una vez me dijo que le recordaba al señor Rivers (pese, puntualizó, «a no poseer ni una décima parte de su belleza, ya que, aunque yo era una persona agradable, él era un ángel»). De todos modos, compartía con él cualidades como la bondad, la inteligencia, la tranquilidad y la firmeza. No era, según ella, la típica maestra rural: estaba segura de que los avatares de mi vida, si salieran a la luz, podrían ser el argumento de una novela.

Una tarde en que con su habitual actividad frenética, tan típica de los niños, y su desconsiderada aunque no ofensiva curiosidad se dedicó a revolver los cajones del escritorio que había en mi pequeña cocina, se encontró con dos libros en francés, un ejemplar de Schiller y un diccionario de alemán, además de todo el material de dibujo. Allí descubrió un esbozo a lápiz de la cabeza de una niña, una de las alumnas, y varios paisajes del valle de Morton y de los páramos circundantes. Cuando consiguió salir de su asombro, dio muestras de una intensa y torrencial satisfacción.

«¿Había hecho yo esos dibujos? ¿Sabía francés y alemán? ¡Qué maravilla! Dibujaba mejor yo que su maestro de la mejor escuela de S... ¿Me importaría hacerle un retrato para su papá?»

—Con mucho gusto —repliqué.

Y sentí la emoción que invade a todo artista cuando tiene la oportunidad de copiar de un modelo tan perfecto y radiante. Ese día ella llevaba un vestido de seda azul marino que le dejaba el cuello y los brazos al descubierto. Su único adorno eran los rizos de color castaño que le ondeaban libres sobre los hombros. Cogí una hoja de papel y tracé un esbozo con mucho cuidado. Me prometí a mí misma que le daría

color y, como se estaba haciendo tarde, le dije que tendría que volver a posar otro día.

Fueron tales las alabanzas que contó a su padre que el mismo señor Oliver la acompañó la tarde siguiente. Era un hombre de mediana edad, alto, de rasgos acusados y pelo gris, al lado del cual su preciosa hija parecía una pequeña flor que hubiera crecido junto a la torre de un campanario. Daba la impresión de tratarse de un personaje taciturno e incluso orgulloso, aunque debo reconocer que conmigo fue muy amable. Los apuntes del retrato de Rosamond le gustaron mucho e insistió en que debía terminarlo. También insistió en que fuera a pasar una tarde con ellos a Vale Hall.

Acepté su invitación. Me encontré con una mansión grande y hermosa, que reflejaba de manera evidente la riqueza de su propietario. Rosamond se mostró de los más contenta y alegre durante todo el tiempo que estuve allí. Su padre fue afable, y en la conversación que mantuvimos después del té expresó con contundencia su satisfacción por mi tarea en la escuela de Morton. Su único temor era, según dijo, que al ser yo demasiado buena para ese puesto pronto me sentiría tentada de cambiarlo por otro más adecuado a las muchas cualidades que todos reconocían en mí.

—La verdad, papá —exclamó Rosamond—, es que ella es lo bastante lista como para ser institutriz en una buena casa.

Pensé que prefería estar donde estaba que en el seno de cualquier buena familia de Inglaterra. El señor Oliver habló del señor Rivers y de su familia con un gran respeto. Dijo que era uno de los apellidos de más raigambre de la zona, que sus antepasados habían sido personas muy ricas, que habían poseído prácticamente todo Morton, y que incluso ahora consideraba que el representante de la casa podía, si quisiera, contraer un buen matrimonio. Para él era una lástima que un hombre tan apuesto e inteligente se hubiera empeñado en ser misionero, malgastando en ello su vida. Me dio la impresión de que el señor Oliver no hubiera puesto ningún obstáculo al compromiso de Rosamond con Saint John. Era evidente que el caballero creía que el buen nombre del sacerdote, su honorable apellido y su sagrada profesión compensaban con creces la falta de fortuna.

Era cinco de noviembre, un día festivo. Mi pequeña criada acababa de irse después de ayudarme a limpiar la casa, contenta tras recibir un penique por su ayuda. Todo mi entorno brillaba impoluto: el suelo, la chimenea y los muebles. Yo también me había lavado y arreglado, dispuesta a pasar la tarde entregada a lo que me apeteciera.

Primero dediqué una hora a traducir algunas páginas del alemán. Luego cogí la paleta y los pinceles y emprendí una tarea mucho más fácil y placentera: terminar el retrato de Rosamond Oliver. Ya había finalizado la cabeza, solo faltaba pintar el fondo y sombrear el vestido. Dar un leve toque de carmín a los labios, colorear ligeramente los rizos y oscurecer un poco las pestañas que realzaban aquellas pupilas azuladas. Estaba tan absorta en la ejecución de esos detalles que apenas oí el suave golpe en la puerta que precedió a la entrada de Saint John Rivers.

—He venido a ver cómo pasaba usted este día de fiesta —dijo—. Espero que no se haya dejado invadir por la tristeza y la nostalgia. ¿No? Eso está bien: mientras dibuje nunca se sentirá sola. Ya ve, todavía no me fío de usted, y eso que hasta el momento se ha portado de forma magnífica. Le he traído un libro para que se distraiga al anochecer.

Y dejó sobre la mesa un ejemplar de reciente publicación: era un poema, una de esas creaciones genuinas que los afortunados lectores de esos días, la edad de oro de la literatura, teníamos la suerte de disfrutar. ¡No pueden decir lo mismo los lectores actuales! ¡Valor! No voy a detenerme ahora para acusar ni criticar a nadie. Sé que ni la poesía ha muerto ni el genio creador se ha perdido; ni Mammon, el dios fenicio del dinero, ha logrado ganarles la partida, dominarlos y esclavizarlos. Algún día, ambos afirmarán su existencia, su presencia, su libertad y su fuerza. ¡Ángeles que, poderosos, están a salvo en el cielo! Sonríen cuando triunfan las almas sórdidas y las débiles gimen por su destrucción. ¿Acaso la poesía ha sido destruida? ¿O el genio prohibido? ¡No! ¡No a la mediocridad! No dejéis que la envidia os convenza de ello. No, ellos no solo viven sino que reinan y redimen, y sin la divina influencia que extienden por todas partes estaríamos en el infierno, en el abismo de nuestra propia mezquindad.

Mientras hojeaba con pasión las brillantes páginas de Marmion (ya que de Marmion se trataba), Saint John se inclinó para contemplar el dibujo. Su alta silueta se incorporó de golpe. No dijo nada y rehuyó mi mirada. Yo conocía bien lo que estaba pensando y su corazón fue para mí como un libro abierto. En ese momento, me sentí más serena y fría que él. Por tanto, y por una vez, le llevaba una cierta ventaja que tal vez me fuera útil para ayudarlo de algún modo.

«Con tanta firmeza y tanto control de sí mismo —pensé yo—, está yendo demasiado lejos: encierra todo sentimiento y toda pasión; no expresa, confiesa ni comparte nada con nadie. Estoy segura de que le beneficiaría hablar un poco de la dulce Rosamond, con la que no piensa casarse. Le sonsacaré.»

—Tome asiento, señor Rivers —empecé.

Pero él me dio su respuesta habitual, que no podía quedarse. «Muy bien —me dije—, quédate de pie si lo prefieres, pero no pienso soltarte de momento. Estoy segura de que la soledad es tan mala para ti como para mí. Intentaré encontrar la puerta secreta hacia tus confidencias, excavar un agujero en ese pecho de mármol a través del cual verter aunque sea una gota del bálsamo de la comprensión.» Le pregunté:

—Entonces, ¿qué opina del retrato? ¿Cree que le hace justicia a la modelo?

—¿Justicia? ¿A quién? No me he fijado mucho.

—Claro que se ha fijado, señor Rivers.

La brusquedad de mi afirmación casi le asustó. Me miró con el asombro dibujado en la cara. «Pues acabamos de empezar —murmuré para mis adentros—. No pienso dejarme impresionar por tu altivez; estoy dispuesta a ir todo lo lejos que pueda.»

—Aunque ya lo observó con suma atención —proseguí—, no tengo inconveniente en dejárselo ver otra vez.

Y diciendo estas palabras, me levanté y le coloqué el dibujo en la mano.

—Un trabajo muy bien hecho —dijo él—: muy suave, de colores nítidos y armoniosos. Un trazo muy correcto.

—Sí, sí, ya lo sé. ¿Pero qué me dice del parecido? ¿A quién se parece?

Fingiendo un atisbo de duda, respondió:

—Supongo que es la señorita Oliver.

—Por supuesto. Y ahora, señor, como recompensa por su acierto, le prometo pintarle un fiel duplicado de este retrato, si es que tiene a bien admitir que el regalo le complacería. No desearía malgastar el tiempo y el esfuerzo para ofrecerle algo que usted no apreciara.

Siguió contemplando el dibujo, y cuanto más lo miraba, con más firmeza lo sostenía y mayor parecía su deseo de poseerlo.

—Es idéntico a ella —murmuró—. ¡La forma de los ojos, la ligereza de los colores, la expresión! Es perfecto... ¡Y esa sonrisa!

—Dígame, ¿le agradaría tener un dibujo como este o más bien sería una fuente de dolor? Cuando esté en Madagascar, en El Cabo o en la India, ¿la posesión de este objeto será un consuelo, o su visión traerá consigo recuerdos que le causarán inquietud y agitación?

Alzó los ojos furtivamente, me miró con la expresión confusa y perturbada, para volver a fijar los ojos en el retrato.

—No hay duda de que me gustaría tenerlo. Si sería o no sensato ya es otra cuestión.

Desde que tuve conciencia de los sentimientos de Rosamond, y de que su padre no se oponía al enlace, yo —menos exaltada en mis opiniones que Saint John— había decidido aportar mi granito de arena con el fin de favorecer esa unión. Tenía la impresión de que Saint John podía hacer el mismo bien a la humanidad invirtiendo la cuantiosa fortuna de los Oliver que agotando sus fuerzas y su inteligencia bajo los rayos de un sol tropical. Persuadida de ello, respondí:

—Tal y como lo veo, creo que lo más sensato es que se quedara con el original ahora mismo.

Para entonces él ya se había sentado. Había dejado el retrato a un lado y, con las manos en la frente, lo observaba con ojos rebosantes de amor. Deduje que no estaba sorprendido ni enfadado por mi audacia: el hecho de que alguien planteara con franqueza un tema que él creía inabordable, poniendo el dedo en la llaga, comenzaba a resultarle un alivio inesperado. Las personas reservadas a menudo necesitan hablar de sus sentimientos y pesares con menos tapujos que los extrovertidos. Incluso el estoico más severo es en el fondo un ser humano, y por tanto «irrumper» con atrevimiento y buena voluntad en el «silencioso mar» de sus almas constituye para ellos un inmenso favor.

—Ella le quiere, estoy segura —dije, mientras me levantaba e iba a apoyarme en su silla—, y su padre le respeta. Además, es una joven dulce, bastante irreflexiva, es cierto, pero usted tiene suficiente sentido común para los dos. Debería casarse con ella.

—¿Quiere decir que ella me quiere? —preguntó.

—Claro que sí. Más que a nadie. Habla de usted a todas horas; no hay tema que la haga disfrutar más ni que mencione con mayor frecuencia.

—Resulta muy agradable oírlo. Mucho... Prosiga durante un cuarto de hora más.

Y, tras quitarse el reloj, lo dejó encima de la mesa para medir el paso del tiempo.

—¿Qué sentido tiene hablar de ello —pregunté— mientras usted se dedica con toda seguridad a preparar todo un discurso para contradecirme o a forjar una cadena de acero para trabar con ella su corazón?

—No me crea tan duro. Imagine en cambio que acabo cediendo, enternecido como me siento ahora. El amor humano mana en mi mente como una fuente fresca y su chorro inunda de dulzura todo el campo que durante años he preparado con tanto cuidado y tantos esfuerzos, sembrándolo asiduamente con las semillas de la buena intención y los planes de renuncia. Y ahora es engullido por una riada de néctar, los gérmenes emponzoñan los cultivos de un veneno delicioso. Me veo a mí mismo sentado en una otomana en el salón de Vale Hall a los pies de mi prometida, Rosamond Oliver. Ella me habla con esa voz tan dulce, inclina hacia mí esos ojos que tan bien ha plasmado en el papel y me sonrío con estos mismos labios de coral. Ella es mía; yo soy suyo. El presente, esta vida fugaz, es lo único que cuenta para mí. ¡Silencio! No diga nada: tengo el corazón rebosante de felicidad, mis sentidos han entrado en trance. Déjeme disfrutar en paz del tiempo de placer que me he concedido.

Respeté su deseo. El reloj avanzaba y él respiraba con el aliento entrecortado. Yo me mantuve callada. Transcurrido el cuarto de hora, guardó el reloj, dejó el dibujo sobre la mesa, se puso de pie y se acercó a la chimenea.

—Bien —dijo él—, acabó el tiempo para el delirio y la ilusión. Apoyé las sienes en el cojín de la tentación, puse voluntariamente el cuello bajo su yugo de flores, y probé el delicioso vino de su copa. Pero la almohada ardía, había un áspid en la guirnalda y el vino tiene un sabor amargo. Sus promesas son vacías, lo que me ofrece es falso. Ahora lo sé y lo veo con claridad.

Le miré extrañada.

—Es curioso —prosiguió—: aunque estoy intensamente enamorado de Rosamond Oliver, aunque la amo con todo el arrebató de un primer amor, aunque el objeto de la pasión es exquisito, hermoso, lleno de cualidades y fascinante, experimento al mismo tiempo el absoluto y firme convencimiento de que ella no sería para mí una buena esposa. No es la compañera ideal, y estoy seguro de que lo descubriría en menos de un año de matrimonio, por lo que doce meses de pasión irían seguidos de toda una vida de arrepentimiento. Lo sé.

—¡Es ciertamente extraño! —La exclamación se me escapó sin poder evitarlo.

—Mientras que una parte de mí se muestra sensible a sus encantos, otra reconoce a la perfección sus defectos, y estos son de tal naturaleza que difícilmente pueden conciliarse con mis proyectos y las empresas que deseo acometer. ¿Rosamond como la sufrida y abnegada esposa de un misionero? ¿La esposa de un apóstol? ¡No!

—Pero no es necesario que se haga misionero. Podría abandonar ese proyecto.

—¿Abandonar! ¿Qué, mi vocación? ¿Mi gran empeño? ¿Los cimientos terrestres de una mansión celestial? ¿Las esperanzas de ser llamado entre los pocos que han renunciado a todas sus ambiciones por la gloriosa tarea de mejorar a la humanidad, de llevar el conocimiento al reino de la ignorancia, de sustituir la guerra por la paz, la esclavitud por la libertad, la superstición por la verdadera fe y el miedo al infierno por la esperanza del cielo? ¿Debo abandonar todo aquello que amo más que la sangre que me corre por las venas? Es mi misión, y dedicaré la vida a cumplirla.

Después de una larga pausa, dije:

—¿Y la señorita Oliver? ¿No siente compasión por su desengaño y su sufrimiento?

—La señorita Oliver vive siempre rodeada de pretendientes y aduladores. En menos de un mes mi imagen se habrá borrado de su corazón. Me olvidará, y con toda probabilidad se casará con alguien que la hará más feliz que yo.

—Habla con frialdad, pero este conflicto le hace sufrir. Ha perdido mucho peso.

—No. Si he adelgazado es debido a la ansiedad que me corroe acerca del futuro, aún en el aire, y a los continuos aplazamientos de la fecha de mi ansiada partida. Esta misma mañana he recibido la noticia de que mi sucesor, al que llevaba tanto tiempo esperando, no podrá ocupar mi plaza hasta dentro de tres meses, tal vez seis.

—Usted tiembla y sus mejillas enrojecen cada vez que la señorita Oliver entra en la escuela.

De nuevo una expresión de sorpresa le cruzó el rostro. No había imaginado que una mujer se atreviera a hablarle así a un hombre. En cambio, yo me sentía a gusto con este tipo de discurso. Siempre me ha costado comunicarme con las personas fuertes, discretas y refinadas, ya sean hombres o mujeres, hasta haber traspasado los límites que marca la reserva convencional, haber entrado en el umbral de la confianza y haberme ganado un lugar en su corazón.

—Es usted alguien original —dijo él—, y no puede decirse que sea tímida. Hay algo valiente en su espíritu, algo penetrante en su mirada. Pero permítame asegurarle que ha interpretado mal mis emociones. Usted las cree más profundas y potentes de lo que son. Me concede más comprensión de la que merezco. Cuando enrojezco y tiemblo delante de la señorita Oliver, no es por compasión sino por vergüenza. Me avergüenza la debilidad porque es indigna, una mera afección de la carne y no una convulsión del alma: soy como una roca firmemente plantada en las profundidades de un mar inquieto. Ya sabe que soy un individuo duro y frío.

Le sonreí con incredulidad.

—Ha tomado mi confianza por asalto —continuó—, y ahora la tiene a su

disposición. Una vez arrancadas las vestiduras con que el cristianismo cubre la deformidad humana, no soy más que un hombre frío, duro y ambicioso. El único sentimiento que ejerce un efecto permanente sobre mí es el afecto natural. Me guía más la razón que el sentimiento: mis ambiciones no tienen límite y mi deseo de llegar lejos, de hacer más que los demás, es insaciable. Admiro la resistencia, la perseverancia, el trabajo duro y el talento, porque son los medios de los que disponen los hombres para conseguir grandes fines y alcanzar las metas más elevadas. Observo su carrera con interés porque la considero un ejemplo de mujer diligente, ordenada y enérgica, no porque sienta compasión por lo que ha tenido que pasar o por el sufrimiento que aún la afecta.

—Se describiría usted como un mero filósofo pagano.

—No. Existe una diferencia entre mí y los filósofos deístas: creo en Dios y en el Evangelio, por lo tanto el epíteto pagano ya no puede aplicármelo. Soy un filósofo cristiano, un seguidor de la secta que fundó Jesús. Como su discípulo, adopto la pureza, la gracia y la bondad que dictó en su doctrina. Abogo por ellas y he jurado propagarlas. Dedicado desde muy joven a la religión, gracias a ella he cultivado mis cualidades originales: desde el mísero germen del afecto se ha desarrollado el árbol floreciente de la filantropía; desde las raíces salvajes de la rectitud humana, ha crecido la creencia en la justicia divina; de la ambición por ganar poder y celebridad para así satisfacer mi miserable amor propio, ha surgido el ansia de extender el reino del Señor, de lograr victorias en nombre de la cruz. Todo esto ha hecho por mí la religión: ha mejorado la materia prima que había en mí, podando y disciplinando mi naturaleza, pero sin poder erradicarla. Y no lo haré, «hasta que este ser mortal alcance la inmortalidad».

Una vez dicho esto, cogió el sombrero, que yacía en la mesa junto a mi paleta y dirigió una última mirada al retrato.

—Es encantadora —murmuró—. ¡Su nombre, Rosa del Mundo, es de lo más acertado!

—¿No desea que pinte uno para usted?

—*Cui bono?* No.

Cubrió el retrato con la hoja de papel en la que yo solía apoyar la mano cuando pintaba para no ensuciar mi obra. No sabría decir qué es lo que vio en esta página blanca, pero algo atrajo su atención. La agarró y miró con fijeza el borde, y luego me lanzó una mirada peculiar que me resultó incomprensible: una mirada que daba la sensación de querer tallar en su memoria todos y cada uno de mis rasgos, de mi cuerpo y de mi vestido, porque me recorrió de arriba abajo certera como un relámpago. Sus labios se abrieron como si fuera a decir algo, pero algo le hizo cambiar de opinión y cercenó la frase.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Absolutamente nada —fue su respuesta.

Y, volviendo a colocar el papel en su sitio, le vi cortar con sumo cuidado un

pedacito del borde que ocultó en el interior del guante. Se marchó con un apresurado saludo.

—¡Vaya! —exclamé, y, recurriendo a una expresión popular, añadí—: ¡Raro como un perro verde!

Me puse a estudiar el papel con interés, pero no vi nada en él, excepto algunas manchas pringosas de pintura en los lugares donde había hecho pruebas con la tinta del lápiz. Medité sobre el misterio durante un par de minutos, pero fui incapaz de resolverlo. Finalmente, segura de que no podía tratarse de nada muy relevante, abandoné el esfuerzo y no tardé en olvidarlo.

Empezaba a nevar cuando se marchó el señor Saint John y la tormenta duró toda la noche. Al día siguiente, un viento huracanado trajo consigo un frío más intenso y unas nevadas más copiosas: al mediodía, el valle había quedado sepultado y prácticamente intransitable. Yo había cerrado la puerta y colocado una alfombra contra ella para evitar que la nieve se colara en el interior; avivé el fuego y después de pasar una hora sentada junto a la lumbre escuchando el furioso rumor de la tempestad, encendí una vela, cogí el libro de Marmion y comencé a leerlo:

*Se puso el sol tras el inexpugnable castillo de Norham,
sobre el amplio y caudaloso río Tweed
y bajo las solitarias montañas de Cheviot;
las sólidas torres de la fortaleza, las mazmorras,
y los alargados muros que rodeaban la fortaleza,
reflejaron ese dorado fulgor.*

La música implícita en el poema no tardó en sofocar el fragor de la tormenta.

De repente oí un ruido. El viento, pensé, que ha cerrado la puerta. Pues no: era Saint John Rivers, quien, tras correr el pestillo, emergió del helado huracán, de esa lóbrega oscuridad, y se plantó ante mí. Llevaba una capa blanca que cubría la totalidad de su figura, confiriéndole el aspecto de un glaciar. Me alarmé: no esperaba que nadie se atreviera a cruzar el valle en una noche como aquella.

—¿Sucede algo? —pregunté—. ¿Malas noticias?

—No. Veo que resulta fácil asustarla —contestó, quitándose la capa y colgándola detrás de la puerta, hacia la que empujó de nuevo la alfombra que había desplazado al entrar. Se sacudió la nieve de las botas.

—Me temo que voy a ensuciar este suelo tan limpio, pero por una vez espero que sabrá disculparme. —Y, acercándose al fuego y extendiendo las manos hacia sus llamas, prosiguió—: Le aseguro que me ha costado mucho llegar hasta aquí. En algunos tramos la nieve me llegaba a la cintura. Suerte que aún está bastante blanda.

—Pero ¿a qué ha venido? —no pude evitar exclamar.

—No es un recibimiento muy hospitalario para un visitante, pero, ya que lo pregunta, le responderé: lo único que quiero es mantener con usted una pequeña charla. Me he cansado de estar con libros mudos en cuartos vacíos. Además, desde ayer, he sentido la excitación que embarga a las personas que, habiendo oído la mitad de un relato, aguardan impacientes el final de la historia.

Se sentó. Recordé su extraña conducta del día anterior y empecé a temer que hubiera perdido el juicio. De todos modos, en caso de que estuviera loco, era una perturbación fría y compuesta: nunca había visto los cincelados rasgos de su rostro

tan hermosos como en aquel momento, mientras se apartaba de la cara los cabellos húmedos de nieve dejando que el fuego iluminara a placer la pálida frente y las blancas mejillas, donde me dolió descubrir restos inequívocos de dolor o de tristeza. Esperé a que dijera algo que me aclarara las dudas, pero él apoyó la barbilla en la mano, colocando un dedo sobre los labios. Meditaba. Un súbito sentimiento de piedad me invadió el corazón y le dije:

—Ojalá Diana o Mary vinieran a vivir con usted: no es bueno que esté tan solo. Además, vela muy poco por su propia salud.

—No es cierto —dijo él—. Me cuido cuando es necesario: ahora estoy bien. ¿Qué ve de malo en mí?

Lo dijo con una indiferencia despreocupada y abstraída, como si quisiera demostrar que mi solicitud era, al menos en su opinión, absolutamente superflua. Me callé.

Él seguía resiguiendo con el dedo su labio superior, los ojos fijos en las hipnóticas llamas. Por decir algo, le pregunté si notaba frío procedente de la puerta, que tenía a su espalda.

—No, no —respondió en tono cortante y de mal humor.

«Muy bien —pensé—, si no quieres hablar, mantente callado: te dejaré en paz y volveré a concentrarme en el libro que estaba leyendo.»

Así que tomé la vela y retomé la lectura de Marmion. No tardó en reaccionar. Mis ojos no perdían de vista sus movimientos: sacó del bolsillo un billetero de piel del que extrajo una carta que leyó en silencio, para después doblarla y volver a sumirse en sus reflexiones. Era inútil intentar leer con esa inescrutable figura delante; ni tampoco, dada mi impaciencia, podía soportar más ese silencio. Estaba dispuesta a hablar aunque me contestara con toda la brusquedad del mundo.

—¿Ha recibido noticias de Diana y de Mary recientemente?

—No desde la carta que le mostré la semana pasada.

—¿Sabe algo más de sus proyectos? ¿Tal vez abandone Inglaterra antes de lo que esperaba?

—Me temo que no. Ojalá, pero no suelo tener tanta suerte.

Cada vez más asombrada, cambié de tema y me puse a hablar de la escuela y de las alumnas.

—La madre de Mary Garrett está mejor, y Mary volvió a clase esta mañana. Ah, y tendré cuatro alumnas nuevas la semana próxima. Vienen de la fundición. Habrían empezado hoy, pero la nieve se lo impidió.

—¿Ah, sí?

—El señor Oliver corre con los gastos de dos de ellas.

—¿De verdad?

—Tiene la intención de dar una fiesta para todo el colegio por Navidad.

—Lo sé.

—¿Fue idea suya?

—No.

—Entonces, ¿de quién?

—De su hija, creo.

—Es propio de ella. ¡Tiene tan buen corazón...!

—Sí.

De nuevo se produjo otra pausa. El reloj sonó, dio ocho campanadas. Esto le sacó de su ensimismamiento: descruzó las piernas, se irguió en la silla y se volvió hacia mí.

—Deje ese libro durante un rato y acérquese al fuego.

Mi perplejidad alcanzaba ya límites infinitos, pero le obedecí.

—Hace media hora —prosiguió—, me manifesté ansioso por escuchar el final de una historia; al reflexionar sobre ello, creo que será mejor que asuma el papel del narrador y que usted se limite a escuchar. Antes de empezar, opino que es justo advertirla de que el relato le sonará algo trillado, pero algunos detalles de sobra sabidos ganan frescura al ser expresados por unos labios nuevos. Además, ya sea o no un cuento original, le prometo que será breve.

»Hace veinte años, un sacerdote pobre (cuyo nombre no resulta relevante en este momento) se enamoró de la hija de un hombre rico. Ella también le amaba y se casó con él, en contra de los consejos de todos sus amigos, quienes, en consecuencia, la repudiaron inmediatamente después del enlace. En dos años, la mísera pareja había muerto y descansaban uno junto a otro bajo una misma lápida. (He visto su tumba: formaba parte de un enorme cementerio que rodea la vieja y ennegrecida catedral de una ciudad industrial del condado de ...shire.) Dejaron una hija, que, desde su nacimiento, no conoció otro regazo que el de la caridad, tan frío como el de este paisaje invernal que casi acaba conmigo esta noche. Fue esta misma caridad quien se encargó de conducir a la desgraciada criatura hasta la casa de sus adinerados familiares maternos. La crió una tía política, llamada (y ahora ya sí que resulta imprescindible dar nombres) señora Reed, de Gateshead. Se sobresalta: ¿ha oído algún ruido? Yo diría que no es más que una rata que corre por las vigas de la clase contigua: era un granero antes de que la acondicionara, y ya se sabe que estos sitios suelen estar infestados de roedores. Sigamos. La señora Reed mantuvo a la huérfana en su hogar durante diez años: si fue feliz o no en su compañía, no puedo decirlo porque lo ignoro. Sin embargo, sí sé que, transcurrido este tiempo, la envió a otro lugar que usted conoce. Sí, no es otro que el colegio Lowood, donde usted pasó tantos años. Al parecer, allí desarrolló una carrera muy honorable: de alumna se convirtió en profesora, exactamente igual que usted. Lo cierto es que me sorprende la cantidad de puntos en común que hay entre esa historia y la suya, pues esa joven también abandonó Lowood para emplearse como institutriz. ¿Lo ve? De nuevo parecen seguir caminos paralelos. Ella pasó a encargarse de la educación de la protegida de un tal señor Rochester.

—¡Señor Rivers! —le interrumpí.

—Adivino lo que siente, pero reprímase un poco más. Estoy a punto de terminar: escúcheme hasta el final. No sé nada del carácter del señor Rochester, pero el hecho que conozco es que pidió en sagrado matrimonio a esta joven, y que fue en el mismo altar donde se descubrió que él ya tenía otra esposa, viva aunque con las facultades mentales perturbadas. De lo que sucedió luego y de cuáles fueron las propuestas del caballero no puedo hacer más que meras conjeturas, pero cuando un determinado acontecimiento obligó a localizar a la institutriz, se supo que se había marchado. Nadie pudo decir dónde, ni cuándo, ni cómo. Había abandonado Thornfield Hall de noche y toda búsqueda de su rastro resultó infructuosa: se registraron todos y cada uno de los recodos del bosque sin lograr ni la más mínima información al respecto. Y, sin embargo, la urgencia de hallarla era tal que aparecieron anuncios en todos los periódicos, y yo mismo recibí una carta de un abogado, el señor Briggs, en la que se me comunicaban los detalles que acabo de explicarle. ¿No cree que es una vieja historia?

—Solo quiero hacerle una pregunta —dije yo—. Y ya que sabe tantas cosas, estoy segura de que sabrá contestarla. ¿Qué ha sido del señor Rochester? ¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra? ¿Qué hace? ¿Está bien?

—Ignoro todo lo referente al señor Rochester: la carta solo le menciona para narrar ese intento fraudulento e inmoral del que le he hablado. Sería mejor que preguntara el nombre de la institutriz. La naturaleza del acontecimiento sucedido requiere su presencia.

—¿Nadie ha ido a Thornfield Hall? ¿Nadie ha visto al señor Rochester?

—Supongo que no.

—Pero ¿le escribieron?

—Por supuesto.

—¿Y qué dijo él? ¿Quién tiene sus cartas?

—El señor Briggs me comentó que la respuesta a su solicitud no estaba firmada por el señor Rochester, sino por una dama, Alice Fairfax.

Me quedé helada, invadida por el desaliento. Mis peores temores se hacían realidad: con toda probabilidad él había abandonado Inglaterra, preso de la desesperación, hacia algún antiguo refugio de su primera estancia en el continente. ¿Qué droga encontraría para paliar el sufrimiento? ¿En qué objeto precipitaría su pasión? No me atreví a contestar. ¡Oh, mi pobre señor —una vez casi mi esposo— a quien a menudo llamé «mi querido Edward»!

—Tiene que tratarse de un hombre malvado —señaló el señor Rivers.

—Usted no le conoce, así que absténgase de juzgarle —le dije acaloradamente.

—Muy bien —contestó con calma—. Además, otras preocupaciones me rondan por la cabeza. Aún debo acabar el relato. Puesto que no me ha preguntado el nombre de la institutriz, se lo diré yo. No se mueva, lo tengo aquí; siempre resulta más satisfactorio tener los datos importantes escritos, consignados en tinta y papel.

Y de nuevo extrajo del bolsillo el billetero de piel, lo abrió y buscó en su interior.

De uno de sus compartimentos, sacó un pequeño pedazo de papel arrugado. Reconoció al instante en la textura y las manchas de azul y rojo el trozo del papel fino que arrancó de la página que cubría el retrato de la señorita Oliver. Me lo puso delante de los ojos y leí, escritas en tinta negra por mi puño y letra, las palabras «Jane Eyre» que sin duda yo había trazado sin darme cuenta.

—Briggs me escribió acerca de una tal Jane Eyre —prosiguió—; el anuncio también pedía por ese nombre. Yo, en cambio, conocía a una Jane Elliott. Confieso que albergaba sospechas, pero no fue hasta ayer por la tarde cuando se despejaron las dudas. ¿Reconoce usted el nombre y renuncia al alias?

—Sí, sí. Pero ¿dónde está el señor Briggs? Quizá tenga más noticias del señor Rochester...

—Briggs está en Londres. Aunque dudo que sepa nada del señor Rochester; no es en este caballero en quien está interesado. Además, olvida usted algunos puntos esenciales: aún no sabe a qué es debida la búsqueda del señor Briggs, qué es lo que quiere de usted.

—Y bien, ¿qué es lo que quiere?

—Simplemente, informarla de que su tío, el señor Eyre, residente en Madeira, ha muerto legándole toda su fortuna, y que por tanto es usted una mujer rica. Solo eso, nada más.

—¿Yo? ¿Rica?

—Sí, muy rica. Toda una heredera.

Se hizo el silencio.

—Debe probar su identidad, por supuesto —continuó Saint John tras unos minutos—, pero ese trámite no entraña ninguna dificultad para usted. Entonces entrará en posesión de la fortuna, que está invertida en fondos de deuda pública inglesa. Briggs tiene en sus manos el testamento y todos los documentos necesarios.

¡Acababa de dar la vuelta a un naipe nuevo! Lector, no negaré que resulta agradable pasar de la indigencia a la riqueza en un momento, pero comprende que no es algo fácil de asumir, y por consiguiente de disfrutar, de manera inmediata. Hay en la vida otros acontecimientos más emocionantes y conmovedores: esto es algo sólido y real, un asunto mundano carente de idealismo, y como tal sugiere una respuesta sobria y mesurada. Uno no salta y se pone a gritar de alegría; más bien empieza a considerar las responsabilidades económicas que se le avecinan. Sobre esa base de satisfacción real se alzan ciertas preocupaciones muy serias. Por eso nos reprimimos, y ocultamos la alegría bajo una solemne capa de seriedad.

Además, las palabras «herencia» y «legado» van de la mano de «muerte» y «funeral». Acababa de saber que mi tío, el único pariente que tenía, había muerto; alguien a quien, desde que me enteré de su existencia, había albergado el deseo de conocer. Ahora ya no podría. Y este dinero venía solo a mí: no se repartía entre mi persona y toda una familia. Sin duda me había hecho un gran favor. La independencia sería algo magnífico. Sí, era consciente de aquello, y el hecho de pensarlo me

ensanchaba el corazón.

—Por fin levanta la frente —dijo el señor Rivers—. Temía que hubiera caído bajo el hechizo de la Medusa, capaz de convertirla en una estatua de piedra. ¿Quizá ahora me pregunte a cuánto asciende su fortuna?

—¿Cuánto heredaré?

—Una bagatela. Nada de lo que merezca la pena hablar: ¿qué son, creo que dijeron, veinte mil libras?

—¡Veinte mil libras!

El asombro me atacaba de nuevo: yo calculaba unas cuatro o cinco mil libras, pero esta cantidad me dejó sin aliento. El señor Saint John, a quien nunca antes había oído reír, prorrumpió en una carcajada.

—Bien —dijo él—, no tendría usted un aspecto peor si yo acabara de descubrir que había cometido un crimen.

—Es una cuantiosa suma. ¿No habrá algún error?

—Puedo asegurarle que no.

—Quizá leyó usted mal las cifras. ¿No serían dos mil?

—Está escrito en letras, no en números, y dice muy claro veinte mil libras.

De nuevo me sentí como un individuo de apetito normal sentado ante una mesa dispuesta para cien comensales. El señor Rivers se levantó y se puso la capa.

—Si la noche no fuera tan desapacible —comentó—, le enviaría a Hannah para que le hiciera compañía: parece demasiado aturdida para pasar la velada sola. Pero la pobre Hannah no podría resistir el camino: sus piernas no son tan largas como las mías. Así que me veo obligado a dejarla a merced de sus cábalas. ¡Buenas noches!

Estaba corriendo el pestillo cuando un repentino pensamiento me vino a la mente.

—¡Deténgase! —exclamé.

—¿Y bien?

—Me gustaría saber por qué le se le ocurrió al señor Briggs escribirle a usted una carta pidiendo información acerca de mi persona. ¿Cómo pensó que un hombre como usted que vive en un condado tan remoto podría ayudarme a encontrarme?

—¡Bueno! Soy sacerdote, y a veces se apela al clero para colaborar en este tipo de asuntos.

Y de nuevo descorrió el pestillo.

—No, esa respuesta no me satisface —afirmé. Lo cierto es que había algo en esa apresurada y vacua respuesta que, en lugar de tranquilizarme, avivó mi curiosidad más que nunca—. Todo esto es muy extraño. Quiero saber más.

—En otro momento.

—¡No! ¡Esta noche! ¡Ahora!

Él se había apartado de la puerta y yo me interpuse entre su persona y la salida. Parecía muy violento.

—¡No pienso dejarle marchar hasta que me lo haya contado todo!

—Preferiría no hacerlo en este momento.

—¡Por supuesto que sí! ¡Debe hacerlo!

—Será mejor que la informen Mary o Diana.

Lógicamente, esas excusas llevaron mi ansiedad al clímax: debía ser satisfecha cuanto antes. Se lo dije.

—Yo ya le advertí que soy un hombre duro, difícil de convencer.

—Pues tiene delante a una mujer tenaz, a la que resulta imposible ignorar.

—Además —prosiguió—, soy frío: inmune a cualquier pasión.

—Mientras que yo soy una pura llama, capaz de fundir el hielo más resistente. El calor de la lumbre ha convertido la nieve de su capa en un río de agua que corre por el suelo de mi casa, dejándolo sucio como el de una calle transitada. Si pretende que le perdone la inexcusable falta de estropearme un suelo limpio, dígame lo que deseo saber.

—Bien, me rindo. Si no a su ímpetu, sí al menos a su perseverancia: hasta la piedra más sólida se gasta bajo los efectos de un goteo continuo. Además, un día u otro tendrá que enterarse, tanto da ahora como más tarde. ¿Su nombre es Jane Eyre?

—Naturalmente. Eso ya se lo he dicho antes.

—Supongo que ignora que compartimos el mismo apellido, que el nombre que me fue dado en la pila bautismal fue el de Saint John Eyre Rivers.

—No tenía ni idea. Ahora recuerdo haber visto la letra E. junto a sus iniciales en los libros que me ha prestado en alguna ocasión, pero nunca se me ocurrió preguntar de qué nombre procedía. No será que...

Me detuve. No podía creer, y mucho menos expresar, la idea que acababa de cruzar mi mente y que en unos segundos tomó cuerpo hasta convertirse en una probabilidad sólida y fuerte. Las circunstancias se unían unas a otras, encajando en su lugar: la cadena que hasta el momento había estado fragmentada se transformaba ahora en una línea de anillos perfectos y absolutamente conectados. El instinto me ofreció la respuesta antes de que Saint John dijera una sola palabra más, pero no puedo esperar que el lector comparta mi misma intuición, así que repetiré su explicación.

—El apellido de mi madre era Eyre. Ella tenía dos hermanos: uno era el sacerdote que se casó con la señorita Jane Reed, de Gateshead; el otro, John Eyre, un comerciante inglés que se trasladó a Funchal, Madeira. El señor Briggs nos escribió el pasado mes de agosto en calidad de abogado del señor Eyre para informarnos del fallecimiento de nuestro tío y comunicarnos que había legado toda su fortuna a la hija huérfana de su hermano sacerdote, cumpliendo así su promesa de no mencionarnos en su testamento debido a una disputa con mi padre que nunca olvidó. Volvió a escribirnos hace unas semanas con la noticia de que la heredera estaba en paradero desconocido y preguntándonos si teníamos noticias de ella. Un nombre escrito sin pensar en un pedazo de papel me ha permitido encontrarla. El resto ya lo sabe.

Se dispuso a irse, pero yo apoyé la espalda en la puerta, cortándole el paso.

—Déjeme hablar —exclamé—, pero necesito unos minutos para recobrar el

aliento y meditar mis palabras.

Hice una pausa mientras él seguía plantado ante mí, con el sombrero en la mano y sin perder la compostura.

—Entonces —proseguí—, ¿su madre fue la hermana de mi padre?

—Sí.

—Es decir, mi tía.

Él afirmó con la cabeza.

—¿Mi tío John era también su tío John? ¿Usted, Diana y Mary son los hijos de su hermana, al igual que yo soy hija de un hermano suyo?

—Es un hecho irrefutable.

—Ustedes tres son, por tanto, mis primos: la mitad de nuestra sangre procede de la misma fuente.

—Sí, somos primos.

Le observé. Me pareció haber encontrado a un hermano —uno de quien poder sentirme orgullosa, a quien poder amar—, y a dos hermanas, de tan elevadas cualidades que ya cuando las consideraba dos extrañas habían despertado en mí afecto y admiración. Las dos chicas a las que había contemplado con una mezcla amarga de interés y desesperación, apostada en la ventana enrejada de Moor House con las rodillas sobre el suelo, eran mis verdaderos parientes, y el caballero joven y orgulloso que me había encontrado moribunda en el umbral de su casa llevaba mi misma sangre. ¡Qué descubrimiento tan glorioso para un alma solitaria! ¡Esto sí que era riqueza! ¡Riqueza para el corazón! Una fuente de afecto puro y hermoso. Era una bendición, brillante, vívida y estimulante, no como el legado económico, inesperado y bien recibido pero a la vez preocupante. Me dejé llevar por un arranque de alegría y aplaudí. El corazón me daba saltos y las venas parecían a punto de estallar.

—¡Estoy tan contenta, tan contenta...!

Saint John sonrió.

—¿No le dije ya que usted estaba pasando por alto algunos puntos esenciales? —preguntó—. Se puso seria cuando le anuncié que había heredado una fortuna, y en cambio ahora, en un momento, se alborota por un detalle intrascendente.

—¿Qué quiere decir con eso? Tal vez sea intrascendente para usted, que tiene dos hermanas y no se preocupa por una prima más. Pero yo no tenía a nadie, y ahora mi mundo acaba de ganar tres parientes, o dos si usted no me considera como tal. Lo repito, estoy encantada.

Caminé deprisa por la estancia. Me detuve, medio ahogada por los pensamientos que me asaltaban con tanta rapidez que apenas podía acabar de comprenderlos del todo. Un torbellino de ideas acerca de lo que podía, debía y deseaba hacer. La pared blanca que tenía delante me pareció una sábana celestial salpicada de estrellas ascendentes, brillando con un propósito definido. Por fin podía beneficiar a esas personas que me habían salvado la vida, por quienes hasta el momento había sentido un amor estéril. Podía liberarlos del yugo que los oprimía; podía unirlos de nuevo,

compartir con ellos la independencia y la abundancia. ¿No éramos cuatro? Veinte mil libras entre cuatro daban un total de cinco mil libras para cada uno, una cantidad que bastaba y sobraba. Debía hacerse justicia y asegurar la felicidad mutua. Ahora la riqueza ya no me pesaba sobre los hombros: ya no era un mero legado económico, sino una herencia portadora de vida, de esperanza y de alegría.

No sabría decir qué expresaba mi rostro mientras estas ideas me asaltaban el espíritu, pero enseguida percibí que el señor Rivers había colocado una silla detrás de mí e intentaba amablemente que tomara asiento en ella. También me advirtió que me serenara. No acepté la explicación que atribuía mi expresión a un mareo fruto de la emoción, le aparté la mano y reanudé mis rápidos paseos por la estancia.

—Quiero que mañana escriba a Diana y a Mary —dije—, y les diga que vuelvan directamente a casa: Diana me confió que se sentirían ricas con unos miles de libras, así que supongo que podrán arreglárselas con cinco mil.

—Dígame dónde puedo servirle un vaso de agua —se ofreció Saint John—. Debería hacer un esfuerzo por tranquilizarse.

—¡Tonterías! ¿Y qué efecto tendrá este legado sobre usted? ¿Hará que se quede en Inglaterra, le inducirá a casarse con la señorita Oliver y a establecerse como el más común de los mortales?

—Divaga. Sus palabras no tienen sentido. Temo que he sido demasiado brusco al darle la noticia: ha supuesto una emoción demasiado fuerte para usted.

—¡Señor Rivers! Está acabando con mi paciencia. Soy perfectamente capaz de comprenderlo todo. Es usted quien parece no entender, o tal vez finge no hacerlo.

—Quizá si se explicara un poco mejor, me sería más fácil comprenderla.

—¡Explicar! ¿Qué es lo que hay que explicar? No me diga que no ve que veinte mil libras divididas a partes iguales entre el sobrino y las tres sobrinas de nuestro tío común ofrecen un total de cinco mil libras para cada uno. Lo que quiero es que escriba a sus hermanas y les comunique la fortuna que les ha caído en suerte.

—Le ha caído a usted, querrá decir.

—Ya he expuesto mi opinión sobre este tema, y no tengo intención de cambiarla. Hacerlo implicaría convertirme en un ser tan egoísta hasta la brutalidad, injusto hasta la ceguera y desagradecido hasta la maldad. Además, estoy decidida a tener un hogar y una familia. Me gusta Moor House, y allí pienso instalarme. Me gustan Diana y Mary, y viviré con ellas para el resto de mis días. Me complacería mucho disponer de cinco mil libras, y en cambio me oprimiría y atormentaría tener que administrar veinte mil, una cantidad que, moralmente, nunca sería mía por mucho que lo dicte la ley. Les cedo, pues, aquello que me sobra. No toleraré oposición o discusión alguna sobre este tema: es mejor que nos pongamos de acuerdo enseguida y actuemos cuanto antes.

—Sus palabras son fruto de un impulso: tómese unos días para considerar el tema antes de actuar.

—¡Si de lo único que duda es de mi sinceridad, me quedo más tranquila! ¿Acaso

no ve que se trata de la solución más justa?

—Sí, creo que es justa, pero a la vez es contraria a la costumbre. Además, la fortuna está en sus manos: mi tío la ganó con su propio esfuerzo, y por tanto es libre de dejarla a quien se le antoje. La suerte recayó en usted. La ley está de su lado. Puede, pues, considerar suyo ese legado sin ningún escrúpulo de conciencia.

—Para mí —afirmé—, no es tanto un problema de conciencia como de sentimientos. Ahora que tengo la oportunidad de hacerlo quiero dejarme llevar por ellos. Aunque usted se opusiera, objetara y discutiera conmigo durante un año entero, yo no podría renunciar al delicioso placer que ya he disfrutado durante un momento: la satisfacción de devolver parte de sus favores y de granjearme unos amigos para siempre.

—Usted piensa esto ahora —repuso Saint John— porque ignora lo que significa poseer, y aún menos disfrutar, de una fortuna; no puede hacerse una idea de la importancia que le darían veinte mil libras, del lugar que le permitirían ocupar en la sociedad, de las perspectivas que se abrirían ante usted. No puede...

—Y tú —le interrumpí, tuteándole de manera deliberada— no puedes imaginarte el anhelo que siento por disfrutar de un amor fraternal. Nunca tuve un hogar; nunca tuve hermanos, ni hermanas. Ahora que los tengo quiero mantenerlos. ¿O acaso no me aceptas como a tu hermana?

—Jane, yo seré tu hermano, y también Diana y Mary, sin que para ello debas renunciar a uno solo de tus derechos.

—¿Mi hermano? ¡Sí, a miles de kilómetros! ¿Mis hermanas? Sí, viviendo como esclavas entre extraños. Y yo, rica, rebosante de un oro que nada hice por merecer, mientras vosotros seguís sumidos en la pobreza. ¡Un gran sentimiento fraternal! ¡Una unión muy íntima, sí! ¡Unos lazos indestructibles!

—Pero, Jane, tus aspiraciones en relación a la familia pueden cumplirse de otra forma. Podrías casarte.

—¡No digas tonterías! ¡Casarme! No quiero casarme y nunca lo haré.

—Eso es demasiado: este tipo de arriesgadas afirmaciones son la prueba de que actúas guiada por los efectos de una emoción incontrolable.

—No es demasiado: sé cuáles son mis sentimientos y el arraigo que tiene en mí la aversión al matrimonio. Nadie se casaría conmigo por amor, y no estoy dispuesta a aceptar a alguien que me quiera por dinero. Además, no quiero cerca a ningún extraño ajeno a mí, ni a ningún forastero. Es a mis familiares a quienes deseo tener al lado, a aquellos con quienes siento afinidad y comparten mis ideas. Repite que serás mi hermano: al oír estas palabras me sentí llena y satisfecha. Dilo de nuevo, si es que puedes hacerlo con sinceridad.

—Creo que sí. Sé que siempre he querido a mis dos hermanas y sé en qué se basa el cariño que les profeso: respeto sus cualidades y admiro sus talentos. También tú posees unos sólidos principios y una mente despierta: tus gustos y hábitos son parecidos a los de Diana y Mary, tu presencia me ha resultado siempre agradable. Ya

he vivido ratos placenteros conversando contigo. Siento que me queda espacio en el corazón para acogerte como a una tercera hermana, la más joven.

—Gracias. Eso es suficiente para esta noche. Ahora es mejor que te vayas. Si te quedas, es probable que vuelvas a irritarme sacando a colación alguna muestra de desconfianza.

—¿Y qué sucede con el colegio, señorita Eyre? Supongo que tendremos que cerrarlo.

—No. Seguiré en mi puesto hasta que encuentren una substituta.

Sonrió en señal de aprobación. Nos dimos la mano y se marchó.

No hace falta que explique con detalles todas las discusiones y todos los argumentos que me vi obligada a sostener para repartir el legado como yo deseaba. Fue una tarea dura, y, pese a todo, mi resolución era tan firme que, por fin, como mis primos vieran claro hasta qué punto me obstinaba en llevar a cabo una división justa de la herencia —reparto que, en el fondo de su corazón, debían considerar ecuánime, el mismo que ellos habrían propuesto en mi lugar—, accedieron a someter el asunto a arbitraje. Los jueces elegidos fueron el señor Oliver y un capaz abogado: ambos me dieron la razón. Me salí con la mía. Se redactaron los documentos para la cesión, y, finalmente, Saint John, Diana, Mary y yo, entramos en posesión del legado.

Todo quedó resuelto poco antes de Navidad. Se acercaban las vacaciones, y cerré la escuela de Morton, no sin antes comprobar que mis esfuerzos no habían sido estériles. La fortuna abre la mano al mismo tiempo que el corazón, y poder dar algo cuando se ha recibido tanto te sumerge en un torbellino de sensaciones. Ya hacía tiempo que había advertido ciertas muestras de aprecio en aquellas rústicas pupilas, una intuición que vi confirmada cuando nos separamos, y ellas manifestaron su cariño de forma espontánea y abierta. Me emocionó profundamente saber que ocupaba un lugar en esos corazones sencillos: les prometí que no transcurriría una semana sin que las visitara para darles una hora de clase en la escuela.

El señor Rivers llegó después, cuando ya me había despedido de las sesenta alumnas que formaban las clases y había cerrado la puerta. Seguía en el umbral, con la llave en la mano, diciendo adiós a media docena de mis mejores estudiantes: las jóvenes más decentes, respetables, modestas y cultas de todas las campesinas inglesas. Y eso es mucho decir, puesto que el campesinado inglés es el más decente, educado y respetuoso de toda Europa. Desde esos días he tenido la oportunidad de conocer *paysannes* y *Bäuerinnen*, y, en comparación con mis niñas de Morton, me parecieron gentes ignorantes, rudas y carentes de modales.

—¿Consideras que has obtenido una recompensa suficiente por un año de esfuerzos? —me preguntó el señor Rivers una vez las muchachas se hubieron marchado—. ¿No te complace saber que has hecho algo útil y provechoso?

—Sin duda.

—¡Y eso que solo le has dedicado unos meses! ¿No merecería la pena emplear toda una vida en mejorar la sociedad?

—Sí, pero creo que no podría seguir en ello durante toda la vida: deseo cultivar mis propias facultades además de inculcarlas en los otros. Y es ahora cuando podré hacerlo, así que no me recuerdes la escuela justo cuando acabo de liberarme de ella y me dispongo a disfrutar de unas completas vacaciones.

Me miró con el semblante muy serio.

—¿Y qué harás? ¿Qué significa tanto entusiasmo? ¿A qué piensas dedicarte?

—Me mantendré activa, tanto como pueda. Y antes que nada quiero pedirte que prescindas de los servicios de Hannah y busques a otra persona para que te atienda.

—¿La necesitas?

—Sí, quiero que me acompañe a Moor House: Diana y Mary volverán dentro de una semana y me gustaría tenerlo todo dispuesto para cuando lleguen.

—De acuerdo. Pensé que planeabas irte de viaje. Es mejor así: Hannah te ayudará.

—Entonces, dile que esté lista a primera hora. Aquí tienes la llave de la escuela; por la mañana te daré la de la casa.

La cogió.

—Te marchas muy alegre —comentó—. No acabo de entender esa euforia, ya que no consigo adivinar cuál será el empleo que te buscarás para sustituir a este. ¿Qué propósito, qué ambición tienes ahora en la vida?

—Mi primer objetivo será limpiar a fondo (¿comprendes el significado real de la expresión?). Fregar Moor House de arriba abajo; el siguiente será darle cera, aceites y pasar un número infinito de trapos sobre su superficie hasta que esta brille de nuevo; el tercero, reparar cada silla, cada mesa, cada lecho y cada alfombra con matemática precisión. Después, me dedicaré a arruinarlo a base de comprar carbón y turba para encender fuegos en todas las habitaciones, y, finalmente, los dos días previos a la llegada de tus hermanas, Hannah y yo nos dedicaremos a batir huevos, limpiar fruta, rayar especias, preparar pasteles navideños, triturar la materia prima de los pasteles de carne y llevar a cabo un sinfín de ritos culinarios que difícilmente podría entender una persona ajena al tema como eres tú aunque te los explicara con todo detalle. En resumen, me propongo tenerlo todo en perfecto estado para ofrecer a Diana y Mary una calurosa bienvenida el próximo jueves.

Saint John esbozó una débil sonrisa, pero seguía sin estar satisfecho.

—Esos planes están muy bien de momento —dijo él—, no obstante, y hablando en serio, creo que una vez agotado este primer arranque de laboriosidad, las tareas del hogar y las alegrías domésticas te sabrán a poco.

—¡Si son lo mejor del mundo! —interrumpí.

—No, Jane, no: este mundo no es un escenario de diversiones. No intentes convertirlo en eso, ni tampoco en un lugar de reposo. No te vuelvas perezosa, Jane.

—Al contrario, ya te he dicho que pienso estar ocupada.

—Jane, te disculpo por el momento: te concedo dos meses de gracia para que disfrutes al máximo de tu nueva posición y del cariño de tus recién encontrados parientes. Pero después espero que mires más allá de Morton y de Moor House, de la amistad de mis hermanas y de esa calma egoísta y comodona que aporta la riqueza. Espero que entonces el gusanillo de la energía vuelva a removerse en tu espíritu.

—Saint John —repliqué mirándole sorprendida—, creo que te estás comportando de forma malvada al hablarme así. Estoy decidida a ser feliz como una reina, y en cambio tú haces todo lo posible por incomodarme. ¿Con qué fin?

—Con el fin de que no desperdicies los talentos que Dios te ha concedido y de los que algún día tendrás que rendirle cuentas. Te aviso: pienso vigilarte de cerca y con suma atención, y haré todo lo posible para que controles ese desproporcionado fervor que tiende a sumergirte en el mar de los placeres vulgares. No te vuelques tan alegremente hacia los lazos de la carne; reserva esa constancia y ese vigor para una causa adecuada, no la malgastes en objetos triviales y pasajeros. ¿Me oyes, Jane?

—Sí, pero es como si escuchara hablar en griego. Creo que tengo suficientes razones para ser feliz, y pienso serlo. ¡Adiós!

Y fui feliz en Moor House, aunque trabajé duro, al igual que Hannah. La buena mujer contemplaba estupefacta mi alegría en medio del agotador bullicio que implica

la limpieza a fondo de una casa. La verdad es que, después de un par de días sumergidas en la peor de las confusiones, fue maravilloso ver cómo, poco a poco, el orden nacía del caos que nosotras mismas habíamos provocado. Lo primero que hice fue realizar un viaje a S... a comprar algunos muebles nuevos: mis primos me habían dado carta blanca para realizar cualquier cambio que se me antojara y habían dispuesto una suma para ese propósito. Dejé el comedor y las habitaciones prácticamente como estaban: sabía que, pese a su aspecto corriente, Diana y Mary se sentirían más cómodas rodeadas de las mesas de siempre, de las mismas sillas y los mismos lechos, que viéndose rodeadas por un conjunto de nuevas adquisiciones. Sin embargo, algunos cambios resultaban imprescindibles si quería dar a su regreso el esplendor que yo deseaba. Para tal fin compré unas hermosas cortinas oscuras y unas suntuosas alfombras a juego, realicé una cuidada selección de exquisitas figuras de porcelana, nuevos juegos de cama, y un espejo y un neceser para cada tocador. El resultado me dejó satisfecha: era elegante sin caer en la ostentación. Cambié por completo los muebles de otro salón y arreglé un dormitorio vacío con muebles de caoba antigua y cortinas de color carmesí. Colgué tapices en las paredes del corredor y puse alfombras en las escaleras. Cuando todo quedó listo, pensé que Moor House resultaba un modelo de sencilla comodidad hogareña, un lugar que contrastaba con la soledad estéril de los páramos que rodeaban la casa.

Por fin llegó el ansiado jueves. Se esperaba que llegaran al anochecer, y a media tarde se encendieron los fuegos en todas las salas. La cocina estaba en perfecto orden, Hannah y yo nos habíamos vestido para recibirlas. Todo estaba a punto.

Saint John fue el primero. Me las había arreglado para mantenerle a distancia durante todo el proceso de renovación de la casa; y, en realidad, la mera intuición del alboroto, a la vez sórdido y banal, que estaba teniendo lugar en el interior de los muros, fue suficiente para que no se acercara. Cuando apareció, yo estaba en la cocina, pendiente del horno donde se cocían unos pasteles para el té. Se acercó hasta mí y preguntó si me sentía satisfecha con las obligaciones de un ama de casa. Mi respuesta fue una invitación a que revisara conmigo el resultado de esas tareas. Fue un poco difícil convencerle de que me siguiera, pero lo conseguí: se limitó a observar el interior de las habitaciones desde el umbral de la puerta que yo le iba abriendo. Una vez inspeccionadas las dos plantas, me dijo que me había tomado muchas molestias para realizar tantos cambios en tan breve espacio de tiempo, pero no me dedicó ni una sílaba de alabanza, ni mostró ni un ápice de placer al contemplar el magnífico aspecto de su hogar.

Este silencio me desalentó. Pensé que quizá las alteraciones en la decoración hubieran destruido algunos recuerdos del pasado. Le pregunté si se trataba de esto, sin duda en un tono bastante alicaído.

En absoluto. Al contrario, señaló que yo había respetado escrupulosamente todos y cada uno de los rincones. De hecho, temía que hubiera dedicado a este asunto más tiempo del que merecía. ¿Cuántos minutos, por ejemplo, había empleado en estudiar

el arreglo de esa estancia en particular? Por cierto, ¿podía informarle de dónde estaba tal libro?

Le indiqué el estante donde se hallaba el libro en cuestión: lo cogió y, retirándose a su habitual refugio junto a la ventana, se puso a leerlo.

Eso no me gustó, lector, debo reconocerlo. Saint John era un hombre bueno, pero empezaba a creer que no se había equivocado cuando se definió a sí mismo como un ser duro y frío. Los pequeños placeres de la vida le traían sin cuidado: no apreciaba esa parte sencilla y tierna del devenir cotidiano. Sus únicas aspiraciones se centraban en todo aquello que era grande y elevado, pero sin conceder jamás el menor respiro ni a sí mismo, ni a quienes le rodeaban. Mientras observaba su frente despejada, firme y pálida como la de una lápida blanca, con los rasgos concentrados en la lectura, percibí con claridad que nunca sería un buen marido, y que la mujer que fuera su esposa se enfrentaría a una tarea agotadora y desagradecida. De repente se me hizo la luz y comprendí la naturaleza de su amor por la señorita Oliver, y estuve de acuerdo con él en calificarlo de mera pasión de los sentidos. Entendí cómo debía despreciarse a sí mismo por verse obligado a ceder a ese capricho, sus deseos por reprimirlo y ahogarlo, y su seguridad de que dicha pasión difícilmente podía ser fuente de felicidad, ni para él ni para ella. Vi que estaba hecho de la materia prima con que la naturaleza moldea a sus héroes, tanto cristianos como paganos: a los legisladores, los hombres de estado, los conquistadores... En público, se convierten en el estandarte donde apoyar esas ambiciosas metas. Sin embargo, al calor del hogar, quedan reducidos a ser una columna fría y reservada, lúgubre y fuera de lugar.

«Su mundo no está en este salón —pensé—. Se sentiría más a gusto en los riscos del Himalaya, o en los bosques de Caffre, o incluso en las marismas infestas de la costa de Guinea. No me extraña que reniegue de la vida hogareña: en ella sus facultades se enquistan, desaprovechadas e incapaces de desarrollarse. Solo en escenarios de violencia y peligro, donde se ponga a prueba su valor y deba hacer acopio de todo su vigor y fortaleza, se convertirá en ese líder, el guía que tanto desea ser. Pero, al calor del hogar, incluso un niño le dejaría atrás. La carrera de misionero que ha elegido es la acertada. Ahora lo veo.»

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan! —gritó Hannah, abriendo de golpe la puerta del salón.

En el mismo momento, el viejo Carlo ladró alegremente. Salimos corriendo: de la oscuridad surgía el ruido de un carruaje. Hannah encendió una linterna. El vehículo se había detenido junto a la verja y el cochero abrió la puerta, por la que bajaron dos siluetas familiares. Un minuto después ya estaba acariciando las suaves mejillas de Mary y los largos rizos de Diana, mientras ellas me besaban entre risas de felicidad. Luego saludaron a Hannah y palmearon la cabeza de Carlo, que saltaba medio loco de alegría. Preguntaron si todo iba bien y, al asegurarles que no había el menor motivo de inquietud, se apresuraron a entrar en la casa.

Pese a que estaban fatigadas debido al largo y aburrido viaje desde Whitcross y heladas por el aire frío de la noche, sus semblantes se animaron ante las vivaces

llamas que crepitaban en la chimenea. Mientras el cochero y Hannah se encargaban de entrar los baúles, ellas preguntaron por Saint John. Solo entonces salió él del salón. Ambas le rodearon con sus brazos. Él dio a cada una un beso en la mejilla y murmuró unas palabras de bienvenida; permaneció unos minutos charlando con sus hermanas y luego se refugió en su guarida habitual, suponiendo que no tardarían en reunirse con él.

Yo había encendido las velas para que pudieran subir a sus habitaciones, pero Diana quiso ocuparse antes de acomodar al cochero. Hecho esto, ambas me siguieron. Se mostraron encantadas con la nueva decoración de los aposentos —con las cortinas, las alfombras y los jarrones de exquisita porcelana—, y no escatimaron elogios. Tuve el placer de comprobar que mis arreglos las complacían enormemente y que mis esfuerzos quedaban recompensados por la satisfacción que dichos cambios añadían a su esperado retorno.

Fue una velada dulce. Mis primas, rebosantes de excitación, se entregaron a una charla locuaz que eclipsaba el aire taciturno de Saint John. Pese a que este estaba sinceramente contento por ver a sus hermanas, era incapaz de contagiarse de su entusiasmo. El acontecimiento del día —el retorno de Diana y Mary— le resultaba grato, pero todo lo que dicha llegada traía consigo, ese alegre bullicio y las efusivas manifestaciones del recibimiento, le incomodaban. Noté que ansiaba la serenidad del día siguiente. Una hora después, en el momento cumbre del jolgorio nocturno, oímos que alguien golpeaba la puerta. Hannah entró con la noticia de que «acababa de llegar un pobre crío a esas horas tan inoportunas en busca del señor Rivers. Quería que visitara a su madre que estaba en su lecho de muerte».

—¿Dónde vive, Hannah?

—Más allá de Whitcross Brow, al menos a siete kilómetros, en medio de los páramos.

—Dile que ya voy.

—Señor, haría mejor en negarse. Es la peor carretera para viajar en la oscuridad: ni siquiera es un camino como Dios manda... ¡Y hace una noche tan atroz...! El viento es casi un huracán. Sería mejor que lo dejara para mañana a primera hora.

Pero él ya estaba en el corredor, poniéndose la capa. Partió sin una queja: eran las nueve y no regresó hasta medianoche. Pese a que llegó exhausto y muerto de hambre, parecía más feliz que antes de salir. Acababa de cumplir con su obligación: había hecho un esfuerzo, había agotado sus propias fuerzas y, en consecuencia, estaba más satisfecho consigo mismo.

Me temo que los acontecimientos de la siguiente semana pusieron a prueba su paciencia. Era la semana de Navidad, de modo que decidimos emplearla en una suerte de alegre disipación hogareña. El aire del páramo, la libertad del hogar y la nueva experiencia que suponía la prosperidad afectaron a los espíritus de Diana y de Mary: como si hubieran tomado una dosis de elixir de la vida, estaban alegres de la mañana a la tarde y de la tarde a la noche. Hablaban a todas horas, y su conversación,

culta, interesante y original, me complacía de tal modo que prefería compartirla a hacer cualquier otra cosa. Saint John no protestaba ante tanta vivacidad, pero la rehuía: pasaba poco tiempo en la casa. Su parroquia era grande y las gentes que la componían estaban esparcidas por la zona, así que se entregó a sus obligaciones de visitar a los pobres y los enfermos de los distintos distritos.

Una mañana, a la hora del desayuno, Diana le preguntó, tras meditarlo unos minutos, si había modificado en algo sus planes.

—En absoluto —contestó él.

Y nos informó de que su partida de Inglaterra había sido fijada definitivamente para el año siguiente.

—¿Y qué hay de Rosamond Oliver? —sugirió Mary.

Las palabras parecieron escapar de sus labios de manera involuntaria, ya que tan pronto las hubo pronunciado hizo ademán de querer recuperarlas. Saint John, que sostenía un libro entre las manos —ya que tenía la mala costumbre de leer durante las comidas—, lo cerró y alzó la cabeza.

—Rosamond Oliver está a punto de contraer matrimonio con el señor Granby, uno de los habitantes más bien relacionados y apreciados de S..., nieto y heredero de sir Frederic Granby. Su padre me informó de ello ayer.

Sus dos hermanas se miraron, me miraron, y las tres le miramos a él: estaba sereno como el cristal.

—El enlace debe haberse concertado con brevedad —dijo Diana—. No han tenido demasiado tiempo para conocerse.

—En unos dos meses: se conocieron el pasado octubre en el baile del condado. Pero en casos como este, donde no hay obstáculos que entorpezcan la unión, altamente deseada desde todo punto de vista, los retrasos no tienen sentido. Se casarán tan pronto como la casa que sir Frederic les ha regalado esté lista para su vida en común.

La primera vez que me encontré a solas con Saint John después de saber la noticia, me sentí tentada a preguntarle si el hecho le entristecía, pero parecía tan poco necesitado de simpatía, que la idea de ofrecérsela me hizo recordar con vergüenza la tarde en que le planteé el tema. Además, ya había perdido la costumbre de hablar con él: le revestía de nuevo una helada capa de reserva contra la que mi franqueza parecía rebotar. No había mantenido su promesa de tratarme como a una de sus hermanas: continuamente hacía pequeñas diferencias entre nosotras, gestos mezquinos que no contribuían a crear un ambiente cordial. En resumen, la distancia que nos separaba ahora que sabía que éramos parientes y compartíamos el mismo techo era mayor que cuando me trataba como a la maestra del pueblo, y cuando recordaba las confianzas que me había hecho en el pasado, apenas podía entender su rigidez actual.

Por eso me sorprendió tanto que aquella tarde alzara la cabeza de repente del escritorio y exclamara:

—Ya lo ves, Jane: se ha librado la batalla y se ha alcanzado la victoria.

Asombrada, no respondí inmediatamente.

—Pero ¿estás seguro que no eres uno de esos conquistadores que han pagado un altísimo precio por sus conquistas? —dije, después de un momento de duda—. Otra victoria como esta acabaría derrotándote.

—No lo creo. Y si así fuera, no significaría mucho: nunca se me llamará de nuevo a filas. El conflicto se ha resuelto y tengo el camino libre. ¡Doy gracias a Dios por ello!

Y con estas palabras, volvió a enfrascarse en sus papeles y en su mutismo habitual.

A medida que la felicidad que sentíamos (me refiero a Diana, Mary y a mí misma) fue serenándose —todo volvió poco a poco a su lugar y fuimos retomando nuestras actividades y estudios habituales—, Saint John permanecía más tiempo en la casa: solía sentarse en la misma habitación que nosotras, a veces durante horas. Mientras Mary dibujaba, Diana seguía un curso de lectura enciclopédica que había emprendido (dejándome atónita), y yo me las veía con las declinaciones del alemán, él se entregaba a su propia tarea: el aprendizaje de alguna lengua oriental que pudiera serle útil en el futuro.

Desde su rincón habitual, daba la impresión de sentirse tranquilo y absorto, pero sus ojos azules tenían el hábito de sobrevolar el libro de gramática y vagar sin rumbo por el cuarto. A veces se posaban sobre nosotras, sus compañeras de estudio, observándonos con una intensa curiosidad. Si le sorprendíamos, bajaba la mirada enseguida, pero con la misma rapidez volvía a escrutar con fijeza lo que teníamos sobre la mesa. Ignoraba la razón de tanta atención, como tampoco entendía la satisfacción que nunca dejaba de mostrar en un momento para mí trivial: mi cita semanal con la escuela de Morton. Aún me sorprendía más que, cuando el día era desapacible, si nevaba, llovía o soplaban el viento, y sus hermanas trataban de convencerme de que aplazara la visita, él invariablemente se dedicaba a animarme para que cumpliera con mi promesa, prescindiendo de los elementos.

—Jane no es tan débil como creéis —solía decir—: puede soportar una ráfaga de viento, cuatro copos de nieve o un chaparrón tan bien como cualquiera de nosotros. Su constitución fuerte y sana resulta más apropiada para resistir las variaciones del clima que la de personas en apariencia más robustas.

Y cuando regresaba, a veces molida y helada a causa del mal tiempo, nunca me atrevía a quejarme porque intuía que los lamentos le ofendían. Solo le complacía la fortaleza; lo contrario le disgustaba profundamente.

Sin embargo, hubo una tarde en que un resfriado me obligó a quedarme en casa. Sus hermanas fueron a Morton en mi lugar, y yo me sumergí en la lectura de Schiller mientras él trataba de descifrar sus jeroglíficos orientales. Cuando cambié la traducción por la realización de un ejercicio, le observé sin querer. Sus ojos azules vigilantes estaban fijos en mí. No sabría decir cuánto tiempo llevaba observándome: parecía tan concentrado en mí, y a la vez me miraba con tal frialdad, que me sentí

intranquila, como si estuviera compartiendo la estancia con un ser sobrenatural.

—¿Qué haces, Jane?

—Estudio alemán.

—Quiero que abandones el alemán y aprendas indostánico.

—¿Hablas en serio?

—Absolutamente en serio. Y te diré por qué.

Entonces me contó que el indostánico era el idioma que él mismo estudiaba y que, a medida que avanzaba en su aprendizaje, olvidaba las nociones básicas. Por ello, le sería muy útil tener a un discípulo con quien repasar esos conocimientos una y otra vez, y así fijarlos de manera indeleble en la memoria. No sabía por cuál de las tres decidirse, pero al final había optado por mí porque había visto que era capaz de pasar más tiempo que las otras entregada a una sola tarea. ¿Le haría ese favor? El sacrificio no duraría demasiado: quedaban apenas tres meses para su partida.

No era fácil rechazar a Saint John: tenías la sensación que toda respuesta hacia él, ya fuera dolorosa o agradable, quedaba grabada en su corazón para siempre. Asentí. Cuando Diana y Mary regresaron, la primera comprendió que había perdido a su alumna. Se rió, pero tanto ella como Mary afirmaron que Saint John nunca debió convencerme para dar ese paso.

—Ya lo sé —respondió él quedamente.

Lo cierto es que era un maestro muy paciente, comprensivo y exigente a la vez. Esperaba que yo hiciera un gran esfuerzo, y, a su manera, mostraba su aprobación cuando cumplía con sus expectativas. Poco a poco, fue adquiriendo una gran influencia sobre mí que acabó restringiendo mi libertad mental: sus alabanzas me reprimían más que su indiferencia. Ya no podía hablar o reírme libremente cuando él estaba presente, porque un instinto persistente y agotador me recordaba a todas horas que la vivacidad (al menos, la mía) le resultaba desagradable. Era tan consciente de que solo le satisfacía la seriedad y la laboriosidad que cuando le tenía delante era incapaz de mostrar ninguna otra actitud. Caí bajo su hechizo de hielo: cuando decía «ve», yo iba; cuando decía «ven», hacia allí me dirigía; «haz esto», y eso hacía. Pero esa servidumbre no era de mi agrado, y en más de una ocasión deseé con toda el alma que me ignorara de nuevo.

Una tarde, antes de acostarnos, sus hermanas y yo fuimos a darle las buenas noches. Él las besó, como era su costumbre, y, como hacía habitualmente, me dio la mano. Diana, que aquel día estaba de un travieso humor (ella no estaba sometida a la voluntad de su hermano, ya que la suya propia era igual de fuerte), exclamó:

—¡Saint John! Solías decir que Jane era tu tercera hermana, pero nunca la tratas como a tal. También a ella deberías besarla.

Me empujó hacia él. Pensé que Diana se había mostrado muy atrevida y me sentí violenta y confundida. Y, mientras me debatía entre esas sensaciones, Saint John inclinó la cabeza, puso su rostro griego a la altura del mío, clavó sus ojos en los míos y me dio un beso. Si existieran besos de mármol o de hielo, diría que el de mi primo

pertenecía a una de esas clases. Fue el suyo un beso exploratorio. Una vez dado, me miró para comprobar mi reacción: no debió de advertir una reacción exagerada. Estoy segura de que no me ruboricé; quizás incluso palidecí un poco, ya que sentí que su beso era como la llave que cerraba mis grilletes. Después de ese día nunca omitió la ceremonia, y la gravedad y docilidad con que yo me comportaba parecía dotarla para él de un encanto especial.

En cuanto a mí, mis deseos por complacerle aumentaban día a día, pero lograrlo implicaba desoír a mi naturaleza, renunciar a mis gustos y sofocar parte de mis cualidades, esforzándome por adoptar una actitud que me era ajena. Él deseaba elevarme hasta unas alturas que estaban fuera de mi alcance: me atormentaba la idea de llegar a ser ese modelo que él señalaba. Resultaba tan imposible como dar belleza a mis rasgos irregulares, como cambiar el color de mis ojos pasando del verde a ese solemne azul que teñía los suyos.

Su influencia no era lo único que me esclavizaba en esos días. En los últimos tiempos la tristeza se había convertido en mi estado natural. Un dolor corrosivo se había asentado en mi corazón y ahogaba toda fuente de felicidad: era el agujijón de la incertidumbre.

Quizá pienses, lector, que con todo el revuelo que comportaron los cambios de residencia y de fortuna ya me había olvidado del señor Rochester. Pues no, lector, ni un solo momento. Su recuerdo estaba siempre conmigo: no se trataba de una nube pasajera que la luz del sol pudiera disipar, ni una estatua de arena que el viento pudiera deshacer. Era un nombre grabado en la piedra, destinado a durar tanto tiempo como la roca en que estaba inscrito. La ansiedad por averiguar qué había sido de él me perseguía a todas partes: cuando estaba en Morton, regresaba de la escuela pensando en ello; ahora, en Moor House, dedicaba las noches solitarias a preguntarme por su paradero.

En el transcurso de la correspondencia que mantuve con el señor Briggs en relación con los trámites que conllevó la herencia, le pregunté si conocía cuál era la residencia actual del señor Rochester y si sabía algo de su estado de salud, pero, como Saint John había supuesto, dicho caballero no disponía de ninguna información al respecto. Por lo tanto, escribí a la señora Fairfax con el mismo propósito. Estaba segura de que este paso daría sus frutos y que no tardaría en recibir una respuesta. Me sorprendió que pasaran dos semanas sin tener noticias de la dama, y, cuando el intervalo de silencio alcanzó los dos meses, caí en un estado de profunda ansiedad.

Temiendo que la primera carta se hubiera extraviado, volví a escribirle. Con ello, las esperanzas renacieron y brillaron durante algunas semanas, pero, de nuevo, fueron perdiendo brillo hasta verse reducidas a una pequeña llama. Seis meses después, la esperanza había muerto, y mi mente se entregó a los más oscuros presagios.

A mi alrededor lucía una primavera hermosa que yo era incapaz de apreciar. Se acercaba el verano, y Diana, intentando animarme, propuso que viajáramos a la costa a disfrutar del aire de mar. Saint John se opuso: dijo que mis males no pedían reposo,

sino ocupación. Lo que sucedía, según él, era que la vida ociosa me ponía enferma: yo necesitaba un objetivo y, supongo que con ese fin, prolongó aún más mis lecciones de indostánico, exigiéndome mayores progresos. Y yo le seguí el juego, como una tonta, sin ánimos para oponerme a él.

Un día, llegué a mi clase diaria con la moral más baja que nunca. El desaliento estaba provocado por una decepción muy dolorosa: aquella mañana Hannah me había informado de que había una carta para mí, y, cuando corrí a recogerla, segura de que por fin llegaba la misiva que había estado esperando durante tanto tiempo, me encontré solo con una banal nota del señor Briggs relativa a asuntos de negocios. El desengaño me arrancó lágrimas de amargura. Y más tarde, mientras intentaba descifrar aquellos extraños caracteres que conformaban la florida prosa de un escritor indio, mis ojos se humedecieron de nuevo.

Saint John me llamó a su lado para que leyera en voz alta. Al intentar hacerlo, se me quebró la voz: las palabras se perdieron entre sollozos. Él y yo éramos los únicos ocupantes del salón, puesto que Diana tocaba el piano en el estudio y Mary caminaba por el jardín, aprovechando un precioso día de mayo, nítido, soleado y acariciado por una cálida brisa. Mi compañero no pareció sorprenderse ante este arranque de emoción, ni me preguntó a qué se debía. Solo dijo:

—Esperaremos unos minutos hasta que te repongas, Jane.

Y, mientras yo me dejaba arrastrar por un llanto inconsolable, él se mantuvo sereno y aguardó pacientemente a que me calmara, como lo habría hecho un médico ante la anunciada crisis de su paciente. Una vez hube controlado los sollozos, me hube enjugado las lágrimas y murmurado una excusa, retomé la tarea con éxito. Saint John apartó los libros, cerró el escritorio y dijo:

—Jane, vamos a dar un paseo. Los dos.

—Llamaré a Diana y a Mary.

—No. Esta tarde solo deseo una compañía: la tuya. Ponte una chaqueta, sal por la puerta de la cocina y toma el camino que va hacia el final de MarshGlen. Me reuniré contigo enseguida.

Yo nunca me quedo a medias. Cuando me he visto obligada a tratar con caracteres duros, contrarios al mío, jamás he sido capaz de situarme en el lógico punto medio que hay entre la sumisión absoluta y la rebelión decidida. Siempre he observado escrupulosamente la primera hasta el momento en que, en un momento de arrebató, me dejo llevar por la segunda. Dadas las circunstancias y mi actual estado de ánimo, la idea de un motín quedaba fuera de lugar, así que obedecí ciegamente las órdenes de Saint John. En diez minutos, ambos caminábamos por el surco que las ruedas del coche habían dejado sobre el sendero.

Soplaba viento de poniente: venía por encima de las montañas, endulzado con aromas de brezo y junco. El cielo era de un azul impoluto; el nítido riachuelo que fluía por el barranco bajaba rebosante de las lluvias de primavera, centelleando bajo la luz del sol y adoptando los tonos azulados del firmamento. A medida que

avanzábamos, fuimos dejando atrás el camino y nos encontramos en una alfombra de hierba de color verde esmeralda, salpicada de florecillas blancas y repleta de hermosas flores amarillas. El sendero nos condujo hasta el corazón del valle, un enclave rodeado de montañas por todas partes.

—Descansemos aquí —dijo Saint John cuando alcanzamos la primera línea del batallón rocoso que defendía una especie de paso, más allá del cual el riachuelo se convertía en una rápida cascada.

Algo más lejos, la montaña se desnudaba de hierba y de flores: allí donde los únicos adornos de la roca eran la maleza y los precipicios, allí donde lo silvestre pasaba a ser salvaje y el frescor se convertía en escalofrío, yacían la esperanza de la soledad y el último refugio para el silencio.

Me senté y Saint John se quedó de pie a mi lado. Su mirada recorría el valle, siguiendo primero el curso descendente del riachuelo y regresando después por el nítido cielo que lo cubría. Se quitó el sombrero; la brisa agitó sus cabellos y le acarició la frente. En esos momentos, parecía comulgar con el genio de la montaña y despedirse con los ojos del paisaje.

—Lo veré de nuevo en sueños —dijo en voz alta—, cuando duerma a orillas del Ganges. Y volveré a contemplarlo en otro momento, más remoto, cuando me hunda en otro sueño a orillas de un río más profundo y oscuro.

¡Extrañas palabras que expresaban un extraño amor! ¡La austera pasión de un patriota por su tierra natal! Se sentó: ni él ni yo hablamos durante media hora. Pasado ese tiempo, él inició la conversación:

—Jane, me marcharé dentro de seis semanas. Tengo billete para un barco mercante que zarpará en dirección a la India el veinte de junio.

—Dios te protegerá, porque es su tarea la que te dispones a emprender.

—Sí —dijo él—, es mi alegría y mi gloria. Sirvo a un señor infalible. No me marchó siguiendo una guía humana, sujeta a leyes equivocadas o a la aplicación errónea que de ellas hagan nuestros semejantes: mi rey, mi legislador, mi capitán es el Perfecto. Me parece extraño que todos los que me rodean no anhelan alistarse bajo esa misma bandera, unirse a mí en esta misma empresa.

—No todos tienen tu energía, y sería una verdadera locura que los débiles desearan andar al mismo paso que los fuertes.

—No hablo de los débiles, ni pienso en ellos: me dirijo solo a aquellos que merecen el honor de desempeñar ese trabajo y son lo bastante competentes como para llevarlo a cabo.

—Esos, Saint John, son escasos en número, y por tanto difíciles de encontrar.

—Cierto. Por eso, cuando los tienes delante, estás en tu derecho a alentarlos, a espolearlos para que emprendan ese esfuerzo: hacerles ver cuáles son esos dones y por qué les fueron concedidos, musitarles al oído el mensaje divino, ofrecerles un lugar entre los elegidos de Dios.

—Si ya están realmente preparados para esa tarea, ¿no serán sus propios

corazones los primeros en informarles de ello?

Sentí la presencia de un hechizo terrible, que sobrevolaba a mi alrededor en círculos cada vez más cercanos. Temblaba de miedo porque no deseaba oír las palabras fatales que conjuraran ese mal presagio y lo hicieran realidad.

—¿Y qué dice *tu* corazón? —preguntó Saint John.

—Mi corazón está mudo, mi corazón está mudo —respondí, atónita y aterrada.

—Entonces debo hablar por él —prosiguió esa voz profunda e implacable—. Jane, ven conmigo a la India, acompáñame en calidad de amiga y colaboradora.

El cielo y la tierra formaron un torbellino gigantesco. ¡Las montañas parecían caer! Era como si acabara de oír una llamada del Cielo, como si un mensajero visionario, como el de Macedonia, me hubiera gritado: «¡Ven a ayudarnos!». Pero yo no era un apóstol: no podía atender a su súplica. No podía seguir su llamada.

—¡Oh, Saint John! —exclamé—. ¡Ten piedad!

Pero estaba apelando a alguien que, amparándose en lo que creía su obligación, no conocía la piedad ni el remordimiento.

—Dios y la naturaleza te hicieron idónea para ser la esposa de un misionero —continuó—; te concedieron los dones mentales necesarios: estás hecha para el trabajo y no para el amor. Es lo que debes ser: la esposa de un ministro del Señor. Serás mía. Te reclamo: no por placer, sino en aras del Soberano que me guía y de Su servicio.

—No estoy cualificada para ello. Carezco de vocación.

Él había previsto esas primeras objeciones y, por tanto, no le incomodaron. En su lugar, se inclinó apoyándose en la roca que tenía detrás, cruzó los brazos sobre el pecho y me miró fijamente. Vi que se estaba preparando para vencer una larga y ardua batalla, hacía acopio de paciencia para resistir hasta el final, resuelto, por supuesto, a conseguir la victoria.

—La humildad, Jane, es el campo donde nacen todas las demás virtudes. Tienes razón al decir que no estás cualificada para el trabajo. ¿Quién lo está? ¿O quién, de todos los que alguna vez han oído la llamada, se creyeron merecedores de ella? Yo, por ejemplo, no soy más que polvo y cenizas. Como san Pablo, me proclamo a mí mismo el peor de los pecadores, pero no pienso dejar que la conciencia de mi maldad me desaliente. Conozco a mi Señor, sé que es justo además de poderoso, y puesto que ha sido Él quien ha elegido un instrumento débil como yo para que lleve a cabo una gran tarea, será Él quien supla mis carencias con las provisiones de su infinita dispensa. Piensa como yo, Jane, ten confianza como yo la tengo. Te pido que apoyes los hombros en la Roca Eterna: no albergues la menor duda de que sostendrá su peso.

—No sé nada de la vida de un misionero; ignoro cuáles son sus deberes.

—Desde mi más profunda humildad, ahí sí creo que podré ayudarte: dispondré tus tareas hora a hora, siempre estaré a tu lado, en todo momento. Aunque esto solo será necesario al principio: dadas tus cualidades, no tardarás en ser tan fuerte y apta como yo, y podrás prescindir de mis consejos.

—Pero ¿dónde están esas cualidades? No las siento. No hay nada en mí que

reaccione ante tus palabras. No veo ninguna luz centelleando, ni mi pulso se acelera, ni oigo ninguna voz que me exhorte a seguirte. ¡Ojalá pudiera mostrarte lo mucho que mi alma se parece ahora a una oscura mazmorra, y el miedo que late en ella, agazapado en sus profundidades, de que acabes convenciéndome para que me embarque en una labor que está fuera de mi alcance!

—Tengo una respuesta para ello: escúchala. Te he observado desde el día que nos conocimos. Te he convertido en mi objeto de estudio durante diez meses. En este tiempo, te he puesto multitud de pruebas, y ¿qué es lo que he visto? En el colegio, descubrí que podías ser una maestra buena, puntual y justa; eras capaz de desempeñar una tarea que estaba muy por debajo de tus posibilidades e inclinaciones con tacto y sensatez, dominando la situación. En la calma con que te tomaste la noticia de que eras rica, pude distinguir claramente la existencia de una mente libre del vicio de Dimas: el lucro no ejerce ningún poder indebido sobre ti. En la inmediata decisión de dividir tu legado en cuatro partes, quedándote solo una de ellas y cediendo las otras tres en nombre de un concepto abstracto de justicia, reconocí un alma que vibraba ante las llamas y la emoción del sacrificio. En la docilidad con que, por complacerme, abandonaste unos estudios que te interesaban para emprender otros; en la incansable asiduidad que has demostrado en ese empeño, y en la infatigable constancia y firme disposición con que has sorteado sus dificultades, reconozco el conjunto de cualidades que busco. Jane, eres dócil, diligente, desinteresada, leal, constante y valiente, muy amable y muy heroica. Deja de desconfiar de ti misma. Yo confío en ti sin reservas. Como formadora en una escuela india, como puente hacia las mujeres de aquellas tierras, tu colaboración me será de un valor incalculable.

El círculo de acero se iba cerrando a mi alrededor: la persuasión avanzaba con paso lento y seguro. Aunque prefiriera cerrar los ojos, esas últimas palabras habían abierto una brecha en un camino que creía intransitable. Ese empleo futuro, que hasta entonces había tenido una forma vaga y difusa, se había ido moldeando ante mis ojos gracias a sus palabras hasta adquirir unos perfiles definidos. Él esperaba una respuesta. Le pedí un cuarto de hora para pensar antes de arriesgarme a contestar.

—Con mucho gusto —replicó.

Se alejó unos metros y se tendió sobre un claro de hierba.

«Sé que soy capaz de hacer lo que me pide: debo reconocerlo —reflexioné—; es decir, mientras siga con vida. E intuyo que esta no duraría mucho bajo el sol de la India. ¿Y entonces qué? A él eso no le importa: cuando llegue mi hora, me entregará con toda santidad y resignación al Dios que me dio la existencia. A mis ojos, el asunto está muy claro: abandonando Inglaterra, dejo atrás una tierra amada pero vacía. El señor Rochester no está; y, aunque estuviera, ¿qué significaría eso para mí? Mi destino es vivir sin él. Es absurdo y débil malgastar mi futuro así, arrastrándome día tras día, esperando que se produzca algún cambio imposible que logre que volvamos a estar juntos. Saint John tiene razón cuando dice que debo buscar otro interés en la vida. ¿Y no es la ocupación que me ofrece ahora la más gloriosa a la que

un ser humano puede aspirar o que el mismo Dios puede asignarle? ¿No es, debido a sus nobles empeños y sublimes resultados, ideal para rellenar el espacio vacío que dejaron los afectos quebrados y las extintas esperanzas? Creo que debo responder que sí. Sí... Pero no puedo evitar estremecerme. Unirme a Saint John significa renunciar a la mitad de mí misma; irme a la India es dirigirme hacia una muerte prematura... ¿Y cómo se llenará el intervalo de tiempo que transcurra entre el viaje de Inglaterra a la India, y de la India a la tumba? ¡Oh, lo sé muy bien! Eso también aparece claro ante mis ojos. Si me esfuerzo por satisfacer a Saint John hasta que me duela el alma, no hay duda de que lo lograré: cumpliré con su círculo de expectativas desde el centro hasta el punto más alejado de este. Si me voy con él, si realizo el sacrificio que me pide, será de forma absoluta. En el altar le ofreceré todo lo que tengo: mi corazón, mis órganos vitales, todo mi cuerpo. Nunca me amaré, pero estará orgulloso de mí. Le mostraré una energía que todavía ignora, unos recursos que ni siquiera ha sospechado que existieran. Sí: puedo trabajar tan duramente como él y sin murmurar una palabra de queja.»

«Por tanto, sería posible que consintiera a su petición si no fuera por un detalle, un detalle terrible: me pide que sea su esposa, pero no alberga por mí mayor sentimiento marital del que experimentaría esa roca gigante de la que el agua salta hacia el desfiladero. Me aprecia igual que un soldado aprecia una buena arma, eso es todo. No me afectaría si no pretendiera ser mi marido. Pero ¿puedo consentirle que lleve a término sus propósitos, que fríamente ponga en práctica sus planes de matrimonio? ¿Me veo capaz de recibir de sus manos el anillo de casada, soportar todas sus formas de amor (y no dudo de que él las observaría con el mayor escrúpulo) y saber a la vez que su espíritu está muy lejos? ¿Puedo resistir la consciencia de que cada una de sus muestras de afecto suponen para él el sacrificio de un principio? No: un martirio tal sería monstruoso. Nunca podría soportarlo. Le acompañaré como su hermana, pero no como su esposa. Esa será mi respuesta.»

Miré hacia la colina: él estaba allí, tendido como una columna horizontal. Se volvió hacia mí, y sus ojos me observaron atentos y curiosos. Se puso en pie y se acercó.

—Estoy dispuesta a acompañarte a la India si puedo hacerlo libre.

—Aclara esa respuesta —replicó—. No acabo de entenderla.

—Ya que hasta el momento hemos sido hermanos adoptivos, continuemos igual, sin casarnos.

Él sacudió la cabeza:

—La fraternidad adoptiva no funcionaría en este caso. Sería distinto si fueras mi hermana de verdad: te llevaría conmigo y no buscaría esposa. Pero, tal y como están las cosas, nuestra unión debe ser consagrada en el altar o no ser en absoluto. Existen obstáculos de índole práctica que se oponen a ello. ¿No lo ves, Jane? Considéralo por unos minutos y el sentido común te guiará.

Eso hice, y mi sentido común me confirmó que, si el amor que sentíamos por el

otro no era el de marido y mujer, el matrimonio no tenía razón de ser. Se lo dije:

—Saint John, te veo como a un hermano y tú me ves a mí como a una hermana. Sigamos así.

—No podemos, no podemos —prosiguió en un tono cortante y resuelto—. No es posible. Has dicho que vendrías conmigo a la India. ¡Recuérdalo! ¡Lo has dicho!

—He puesto una condición.

—Bien, bien. Volvamos al punto principal: no tienes nada que objetar a la partida de Inglaterra ni a colaborar conmigo en mis futuras tareas. Con ello has recorrido la mitad del camino, y eres demasiado honesta para volverte atrás. Solo debes tener en cuenta un objetivo: cómo desempeñar de la mejor forma posible el trabajo emprendido. Simplifica tus complejos intereses, tus sentimientos, pensamientos, deseos y ambiciones. Funde todas esas consideraciones en un solo propósito: el de realizar con energía y eficacia la misión que te ha encomendado el Señor. Para hacerlo debes tener un ayudante; y este debe ser no un hermano, al que solo te una un lazo frágil, sino un esposo. Tampoco yo quiero una hermana que algún día se aparte de mí. Quiero una esposa: la única ayuda sobre la que puedo influir y a la que puedo retener hasta la muerte.

Sus palabras me erizaban la piel: sentía su influencia en la médula, paralizándome los miembros.

—Busca a otra, Saint John, a una mujer más apropiada que yo.

—Más apropiada a mis propósitos, querrás decir. Más apropiada para mi vocación. De nuevo te digo que no es el individuo privado, el ser primitivo con deseos y sensaciones egoístas, quien busca compañera, sino el misionero.

—Y al misionero concederé mis energías, si es eso todo lo que quiere. Pero no me entregaré a mí misma: eso sería añadir la cáscara al grano. No las quiere para nada, y por tanto prefiero conservarlas.

—No puedes. No debes... ¿Crees que Dios puede quedar satisfecho con un sacrificio incompleto? ¿Que aceptará una ofrenda mutilada? Estoy abogando por la causa de Dios; te alisto bajo su estandarte. Y, en Su nombre, no puedo admitir una alianza parcial: esta debe ser completa.

—Le daré a Dios el corazón —dije—. Tú no lo quieres.

Lector, no puedo jurar que el tono y el sentimiento que acompañaron a estas palabras no contuvieran una nota de sarcasmo. Hasta el momento, al no comprenderle, había sentido por Saint John un respeto rayano en el temor. Me había tenido en ascuas porque dudaba de él: no era capaz de decir hasta dónde llegaba el santo y comenzaba el hombre. Pero en esta conversación afloraban las revelaciones: el análisis de su personalidad me llevaba a la verdad. Por fin, descubría sus flaquezas y las comprendía. Vi que, sentada entre los arbustos, estaba a los pies de la apuesta figura de un alma tan perdida como la mía. Cayó el velo que ocultaba la dureza y el despotismo, y eso me indicó que estaba ante un igual: la conciencia de sus imperfecciones me dio fuerza para discutir, para no dejarme convencer por

argumentos que no veía correctos.

Él, mientras tanto, permanecía en silencio, y yo me arriesgué a levantar la mirada hasta su semblante. Sus ojos, fijos en mí, expresaban a la vez una mezcla de severidad, sorpresa e interés. Parecían preguntarse: «¿Ese sarcasmo va dirigido a mí? ¿Qué querrá decir?».

—No olvidemos que estamos tratando un asunto serio —dijo finalmente—; la frivolidad es un pecado. Confío, Jane, en que eres sincera cuando dices que estás dispuesta a entregar el corazón a Dios: eso es todo lo que deseo. Una vez hayas apartado tu corazón de los hombres y lo hayas puesto a los pies de tu Creador, el avance en la tierra del reino espiritual de ese Creador será tu mayor placer y el más arduo empeño. Estarás lista para realizar todo lo que sea necesario para lograr ese fin. Verás qué ímpetu dará a nuestros esfuerzos la unión física y mental que conlleva el matrimonio, la única unión que concede una permanente conformidad a los destinos y designios de los seres humanos. Una unión que, si pasas por alto los caprichos sin importancia, las dificultades triviales que nacen de los remilgos del sentimiento, todos esos escrúpulos relativos a la intensidad, el amor o la ternura surgidos de las meras inclinaciones personales, estarás deseosa de acometer.

—¿Tú crees? —pregunté.

Y contemplé sus rasgos, hermosos por su armonía pero dominados por esa formidable solemnidad que les confería una severidad extrema: la frente exigente, pero no abierta; los ojos brillantes, profundos e inquisitivos, pero nunca dulces; la figura alta e imponente... Me imaginé siendo su esposa. ¡Oh, no! ¡Nunca saldría bien! Podría ser su compañera, su ayudante: en calidad de tal sería capaz de cruzar los océanos y asarme bajo el sol que arde en los desiertos asiáticos; admiraría y emularía su valor, su devoción y su vigor; aceptaría su dominio sin protestas; sonreiría imperturbable ante su inagotable ambición; separaría al cristiano del hombre, estimando profundamente a uno y perdonando al otro. Estar atada a él por esos lazos implicaría sin duda una vida dura: mi cuerpo estaría bajo un yugo estricto, pero mi corazón y mi alma serían libres. Me quedaría el recurso de volverme hacia mi propio interior, disponer de unos sentimientos sin ataduras con los que comunicarme en los momentos de soledad. La mente, solo mía, dispondría de una paz a la que él nunca podría acceder, y en ella crecerían los sentimientos, lozanos y sosegados, inmunes a la sequía de su austeridad y al ritmo marcial impuesto por su rígido paso. Pero, si fuera su esposa, si estuviese obligada a tenerle siempre al lado, siempre reprimida, siempre evaluada y forzada a sofocar la pasión que arde en mi naturaleza, a dejar que esas llamas me abrasaran por dentro y devoraran los órganos vitales sin lanzar un solo gemido de queja... No, eso sería insoportable.

—¡Saint John! —exclamé, una vez hube concluido con mis meditaciones.

—¿Y bien? —respondió en un tono glacial.

—Te lo repito: consiento en acompañarte como misionera, pero no como esposa. No me casaré contigo, ni me convertiré en parte de ti.

—¡Debes convertirte en parte de mí! —replicó con firmeza—. De otro modo, el pacto no sería válido. ¿Cómo podría yo, un hombre que aún no ha cumplido los treinta, llevarme a la India a una chica de diecinueve si no estuviera casado con ella? ¿Cómo podríamos estar siempre juntos, a veces solos en medio de tribus salvajes, sin haber sido unidos en matrimonio?

—Claro que podríamos —dije al momento—, como si yo fuera de verdad tu hermana, o fuera un hombre, clérigo como tú.

—Todo el mundo sabe que no eres mi hermana. No puedo, pues, presentarte como a tal. El intento solo serviría para despertar sospechas de carácter injurioso sobre nosotros. Y, en cuanto a lo otro, pese a que tienes el cerebro vigoroso de un hombre, tu corazón es el de una mujer. No saldría bien.

—Saldría bien —contradije con cierto desdén—. Tengo, es cierto, el corazón de una mujer, pero a ti eso no te afecta: para ti tengo solo la constancia de un camarada; si lo prefieres, la franqueza y la fidelidad de un soldado, o el respeto y la sumisión que una pupila siente por su maestro. Nada más, no temas.

—Eso es lo que quiero —dijo, como si hablara para sí mismo—. Exactamente lo que quiero. Y si hay obstáculos en el camino, debo derribarlos. Jane, nunca te arrepentirás de haberte casado conmigo. Puedes estar segura de ello: debemos casarnos. Lo repito: no hay otra forma. Y tampoco hay duda de que el mismo matrimonio traerá consigo suficiente amor como para que este sea válido incluso a tus ojos.

—Desprecio la idea que tienes del amor —no pude evitar decir, al mismo tiempo que me ponía en pie y apoyaba la espalda contra la roca—. Desprecio este sentimiento falso que me ofreces. Sí, Saint John, y también te desprecio a ti por ofrecérmelo.

Me miró sin parpadear, mientras apretaba con fuerza los labios. No sabría decir si la emoción que le dominaba era la ira o la sorpresa: seguía ejerciendo un férreo control sobre las emociones que expresaba su rostro.

—Nunca habría pensado oírte pronunciar estas palabras —dijo por fin—. Creo que no he hecho nada que merezca desprecio.

Afectada por la amabilidad de su tono y a la vez intimidada por su altivez, respondí:

—Perdóname estas últimas palabras, Saint John. Pero has sido tú quien me ha indignado hasta el punto de hacerme hablar con tanta crudeza. Has introducido un tema en el que nuestras opiniones divergen, un tema del que nunca deberíamos haber hablado: la palabra amor siempre será entre nosotros la manzana de la discordia. ¿Qué haríamos a la hora de la verdad? ¿Cómo nos sentiríamos? Querido primo, abandona esa farsa matrimonial. Olvídala.

—No. Es un proyecto largo tiempo acariciado, y el único que puede asegurarme el fin que persigo, pero de momento no pienso insistir. Mañana abandonaré la casa y me marcharé a Cambridge. Tengo allí muchos amigos de quienes me gustaría

despedirme. Estaré ausente durante dos semanas. Tómate este tiempo para considerar de nuevo mi propuesta, y no olvides que, cuando la rechazas, no es a mí a quién dices que no, sino a Dios. A través de mí, Él abre para ti una noble carrera a la que solo podrás acceder siendo mi esposa. Rechaza serlo, y te estarás confinando para siempre en los límites de una existencia fácil, egoísta, oscura y estéril. Tiembla, pues en este caso serás alineada con aquellos que se han apartado de la fe, ¡aquellos que son peores que los infieles!

El sermón había terminado. Apartándose de mí, de nuevo

Miró hacia el río, miró hacia la colina.^[29]

Pero esta vez sus pensamientos quedaron encerrados en su corazón: yo no merecía escucharlos. Mientras regresaba a casa caminando a su lado, leí en su hermético silencio todo lo que sentía hacia mí: la contrariedad que experimenta una naturaleza despótica y austera al hallar resistencia donde creía encontrar sumisión; la desaprobación de un juez inflexible y frío al verse enfrentado a unos pensamientos y sensaciones que no puede compartir. En resumen, como hombre habría querido doblegarme y hacerse obedecer: era solo su sincera naturaleza cristiana la que soportaba con paciencia mi perversidad y me concedía un intervalo de tiempo para reflexionar y arrepentirme.

Esa noche, después de besar a sus hermanas, creyó apropiado olvidarse incluso de darme la mano. Abandonó la sala en silencio. Yo, que pese a no amarle, sí le tenía mucho cariño, me sentí herida por el gesto. Tan herida que no pude contener las lágrimas.

—Ya veo que tú y Saint John habéis discutido durante el paseo por el páramo —dijo Diana—. Ve tras él. Estoy segura de que le encontrarás remoloneando en el corredor, esperándote. Ve, y haced las paces.

No soy una persona que hace del orgullo bandera en estas circunstancias. Siempre he preferido ser feliz que mantenerme digna, así que corrí en su busca. Estaba al pie de las escaleras.

—Buenas noches, Saint John —dije.

—Buenas noches, Jane —contestó con calma.

—Démonos la mano —añadí.

¡Que frío fue el tacto de sus dedos sobre los míos! Estaba profundamente disgustado por lo que había ocurrido ese día: ni la cordialidad ni las lágrimas podrían enternecerle. No era posible sacar de él una feliz reconciliación, una sonrisa alegre o una palabra generosa. En cambio, el cristiano que había en él seguía mostrando paciencia y placidez, y cuando le pregunté si me perdonaba, me respondió que no solía regodearse en las humillaciones sufridas, y que no tenía nada que perdonarme porque yo no le había ofendido.

Con esas palabras, me dejó. Habría soportado mejor un puñetazo.

No se fue a Cambridge al día siguiente como había dicho que haría. Retrasó su partida una semana completa, y empleó este tiempo en hacerme sentir el severo castigo que un hombre bueno, firme, concienzudo e implacable es capaz de infligir sobre quien ha osado ofenderle. Sin necesidad de demostrar abiertamente su hostilidad, sin una sola palabra fuera de tono, se las arregló para dejar muy claro que había dejado de merecer su aprecio.

No es que Saint John albergara el poco cristiano deseo de la venganza: no me habría tocado un pelo de la cabeza aunque hubiera tenido poder para hacerlo. Su carácter y sus principios no se rebajaban a disfrutar con la mezquina gratificación que implica la venganza: me había perdonado por manifestar mi desprecio hacia él y hacia su amor, pero no había olvidado las palabras. Y mientras los dos siguiéramos vivos no las olvidaría jamás. Cuando me miraba, veía en sus ojos que esas palabras flotaban en el aire que nos separaba; cada vez que yo hablaba, resonaban en su oído, y su eco teñía el tono de cada una de las frases que me dirigía.

Sin embargo, en ningún momento me retiró la palabra. Cada mañana me reunía con él en el escritorio a petición suya. Me temo que el hombre mezquino que habitaba en él disfrutaba de un intenso placer, que su parte cristiana era incapaz de compartir, al poner en evidencia con qué sutil habilidad lograba despojar a cada una de sus frases y acciones de aquel acento de interés y aprobación que antes confería un cierto encanto austero a su lenguaje y sus maneras, y a la vez fingir que su tono y su actitud eran las mismas de siempre. Por lo que a mí respecta se había convertido en un ser de mármol, no de carne y hueso: sus ojos eran dos gemas azules y frías, y su lengua, un mero instrumento del habla.

Todo esto suponía para mí una tortura, refinada y sutil. En mi interior convivían las ascuas de la indignación con un sentimiento de pena, y ambos se conjuraban para hostigarme y hundirme a la vez. Sentí que, si llegara a ser su esposa, este hombre bueno, puro como las aguas de un manantial, no tardaría en matarme: acabaría conmigo sin derramar una sola gota de sangre y sin manchar su impoluta conciencia de la más leve sombra de culpa. Fui intensamente consciente de ello en los momentos en que intenté acercarme a él. Mi piedad no encontró piedad por su parte. Él no sufría por el distanciamiento ni ansiaba la reconciliación, y, aunque en más de una ocasión mis lágrimas incontenibles mancharon la página que ambos leíamos, el llanto no despertó en él la menor reacción, como si su corazón estuviera hecho de piedra o de metal. En estos días trataba a sus hermanas con mayor amabilidad que de costumbre. Como si temiera que la simple frialdad que me dedicaba no fuera suficiente para convencerme de lo bajo que había caído a sus ojos, añadía a la evidencia la fuerza del contraste. Y, sin embargo, estoy segura de que no era maldad lo que le hacía actuar así, sino la firme creencia de estar obrando de forma correcta.

La noche antes de su partida, al verle paseando por el jardín al atardecer, recordé

que este hombre que ahora se apartaba de mí era mi primo que, además, fue capaz de salvarme la vida en una ocasión. Todo ello me llevó a acometer un postrer intento de recuperar su amistad. Salí al jardín y me acerqué a él, que estaba apoyado en la reja. Abordé el tema de inmediato.

—Saint John, me siento triste porque noto que sigues enfadado conmigo. Volvamos a ser amigos.

—Creo que ya lo somos —respondió inmovible, sin dejar de observar el ascenso de la luna en el cielo.

—No, Saint John, ya no somos tan amigos como éramos antes. Y tú lo sabes.

—¿No? Te equivocas. Por mi parte no te deseo ningún mal, sino todo lo contrario.

—Te creo, Saint John. Estoy segura de que eres incapaz de desear ningún mal a nadie. Pero, como pariente tuya, desearía recibir de ti un poco más de afecto que esa especie de filantropía general que brindas a los extraños.

—Por supuesto —confirmó—. Tu deseo es razonable, y yo no te considero en absoluto una extraña.

El tono con que pronunció estas palabras, tranquilo y sereno, supuso una nueva y mortificante decepción. Si me hubiera dejado llevar por la ira y el orgullo que bullían en mí, le habría abandonado en ese mismo momento. Pero había algo que se sobreponía a la fuerza de esas emociones. Yo admiraba el talento y los principios de mi primo: apreciaba su amistad y perderla me dolía en el alma. No pensaba renunciar sin más a mis aspiraciones de reconquistar ese afecto perdido.

—¿Quieres que nos separemos así, Saint John? ¿Y cuando te vayas a la India, me dejarás así, sin una sola palabra amable?

Entonces apartó sus ojos de la luna y los clavó en mí.

—¿Nos separaremos cuando me vaya a la India, Jane? ¿Significa esto que no vendrás conmigo?

—Dijiste que no era posible, a no ser que nos casáramos.

—¿Y no te casarás conmigo? ¿Te mantienes firme en esa decisión?

Lector, ¿sabes el terror que las personas tan frías son capaces de despertar con sus afiladas preguntas? ¿La amenaza de un alud que se esconde tras su cólera? ¿O la fuerza, capaz de partir un mar helado, que subyace a su decepción?

—No, Saint John. No me casaré contigo. Reitero esa decisión.

Un rumor sordo indicó el inicio del deslizamiento, pero la ira se contuvo antes de despenarse.

—¿Y a qué se debe este nuevo rechazo? —preguntó.

—La primera vez te dije que no me amabas; ahora te respondo que tus sentimientos hacia mí bordean el odio. Si me casara contigo, me matarías. Ya me estás matando.

Sus labios y mejillas se volvieron blancos como la cera.

—¿Que te mataría, que te estoy matando? No deberías hablarme así: tus palabras son violentas, impropias de una dama, falsas... Son la prueba de un desafortunado

estado mental y merecen un severo reproche. De hecho, resultan imperdonables, pero es deber del hombre perdonar a su prójimo hasta setenta y siete veces.

Ya no había vuelta atrás. Al intentar con todas mis fuerzas borrar de su mente la huella de mi primera ofensa lo que había hecho era grabar a fuego sobre esa obstinada superficie otro agravio de mayor calado.

—Ahora ya nunca dejarás de odiarme —le dije—. Es inútil que intente hacer las paces: veo que te he convertido en un enemigo para siempre.

Estas palabras le causaron una herida aún más dolorosa, la peor, porque ambos sabíamos que eran ciertas. Los labios exangües se abrieron en una mueca momentánea. Yo era consciente de la ira que acababa de desatar. Tenía el corazón en un puño.

—Interpretas de forma incorrecta mis palabras —le dije, al mismo tiempo que le cogía de la mano—. No pretendo causarte ningún daño... De verdad.

Su sonrisa se volvió aún más amarga y retiró su mano de la mía con decisión.

—Y ahora —dijo tras una larga pausa—, supongo que retirarás tu palabra y no irás a la India, ¿no es cierto?

—Sí, iré, como ayudante tuya.

A esto siguió un prolongado silencio. No podría explicar la lucha que debió de establecerse en su interior entre la Naturaleza y la Gracia durante este intervalo, pero sus ojos centelleaban y sombras oscuras cruzaron su rostro. Por fin volvió a hablar.

—Ya te demostré cuán absurda era la idea de que una mujer soltera de tu edad acompañara en sus viajes a un hombre soltero como yo. Creo que fui lo bastante convincente como para que toda nueva alusión a esa posibilidad quede fuera de lugar. Lamento que hayas vuelto a insistir sobre el mismo tema.

Le interrumpí, pues no estaba dispuesta a soportar ni una sola palabra de reproche:

—Ten un poco de sentido común, Saint John, y no digas más tonterías. No finjas sorpresa por lo que acabo de decirte, porque no estás en absoluto sorprendido. Estoy segura de que tú, poseyendo como posees una inteligencia superior, no puedes ser a la vez tan obtuso y tan engreído como para no comprender lo que quiero decirte. Te lo repito: seré tu ayudante si lo deseas, pero nunca tu esposa.

Su rostro se transformó de nuevo en una máscara pálida, pero, como antes, fue capaz de tomar las riendas y contener la pasión. Respondió en tono enfático, pero sereno:

—Una colaboradora femenina que no sea a la vez mi mujer nunca me servirá. Por tanto, parece ser que no podrás acompañarme. Sin embargo, si tu oferta es sincera, me pondré en contacto con un misionero casado cuya esposa necesita una ayudante. Tu propia fortuna te garantizará la independencia de los fondos de la Sociedad, y así te ahorrarás el deshonor de faltar a tu promesa y desertar del bando que juraste seguir.

El lector sabe que yo jamás prometí nada, ni juré aliarme en bando alguno. Las palabras eran mucho más despóticas y duras de lo que requería la ocasión.

—No hay tal deshonor, ni ninguna promesa rota —repliqué—. Ni se trata de ninguna deserción. No tengo la menor obligación de ir a la India, y mucho menos acompañada de desconocidos. Me habría arriesgado a ir contigo porque te admiro y confío en ti, y porque te quiero como a un hermano, pero estoy segura de que, fuera cuando o con quién sea, no duraría mucho en ese clima.

—¡Ah! ¿Es eso lo único que te preocupa: tu propia salud? —preguntó.

—Me preocupa, sí. Dios no me dio la vida para que yo la malbarate; hacer lo que me pides equivaldría a un suicidio. Además, antes de tomar la decisión de abandonar Inglaterra para siempre debo tener la certeza de que no soy de más utilidad aquí que en cualquier otro lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Sería absurdo intentar explicártelo, pero existe un tema que me preocupa y no puedo irme hasta tenerlo resuelto.

—Adivino hacia donde se vuelve tu corazón y el lugar al que se aferra. El interés que sientes es ilegítimo y sacrílego. Deberías haberlo sofocado hace tiempo. Ni siquiera sé cómo no te avergüenza mencionarlo. ¿Estás pensando en el señor Rochester?

Era cierto. Mi silencio fue más explícito que una confesión.

—¿Te dispones a ir en busca del señor Rochester?

—Debo saber qué ha sido de él.

—Entonces solo me queda tenerte presente en mis plegarias, y rezar a Dios para que, en su infinita generosidad, te evite el destino errante que te acecha. Pensé que había reconocido en ti a una de las elegidas, pero Dios ve lo que el hombre no puede ver. Que se haga Su voluntad.

Abrió la verja, la cruzó y se perdió por el valle. No tardé en perderlo de vista.

Al volver al salón, encontré a Diana de pie junto a la ventana con aspecto pensativo. Era mucho más alta que yo, así que puso las manos sobre mis hombros y me obligó a detenerme. Observó mi rostro con atención.

—Jane —dijo ella—, últimamente estás siempre pálida y nerviosa. Estoy segura de que algo te inquieta. Dime qué asunto os lleváis entre manos tú y Saint John. He pasado media hora observando desde la ventana: perdóname por espiarte, pero llevo mucho tiempo haciendo las más extrañas cábalas. Saint John es un hombre muy especial...

Hizo una pausa, pero prosiguió al ver que yo seguía en silencio:

—Este hermano mío alberga puntos de vista muy peculiares sobre ti, estoy segura. Deduzco de su forma de tratarte un interés que nunca le había visto demostrar por nadie. ¿Con qué fin, Jane? ¿Acaso te ama?

Llevé su mano fría hasta mi frente ardiendo.

—No, Die, no siente por mí ni una pizca de amor.

—Entonces, ¿por qué sus ojos no se apartan nunca de ti? ¿Por qué busca quedarse a solas contigo con tanta frecuencia? ¿Por qué procura que estés siempre a su lado?

Mary y yo habíamos llegado a la conclusión de que deseaba casarse contigo.

—Y lo desea: me ha pedido que sea su esposa.

Diana aplaudió.

—¡Eso es justamente lo que esperábamos y deseábamos! ¿Te casarás con él, Jane? Y así se quedará en Inglaterra...

—No, Diana: su idea al proponerme matrimonio es contar con una ayudante en su labor misionera en la India.

—¿Qué? ¿Pretende que le acompañes a la India?

—Sí.

—¡Es una locura! —exclamó—. Estoy segura de que no sobrevivirías allí ni tres meses. ¿No pensarás ir? ¿No habrás aceptado?

—He rechazado su propuesta de matrimonio.

—¿Y eso le ha disgustado? —aventuró.

—Profundamente. Creo que nunca me perdonará, pese a que me ofrecí a ir con él como si fuera su hermana.

—La verdad es que ese ofrecimiento es una locura. Piensa en el trabajo que tendrías que desempeñar, tareas fatigosas que acaban con los más fuertes. Y tú eres débil. Ya conoces a Saint John: te exigiría lo imposible. Con él no habría posibilidad de descansar, ni siquiera durante las horas de más calor... Y por desgracia he advertido que tiendes a obedecerle en todo lo que te pide. Con franqueza, me asombra que encontraras el coraje suficiente como para rechazar su mano. ¿No le amas, Jane?

—No como a un marido.

—Y, sin embargo, es un hombre apuesto.

—Siendo yo tan fea, Die, no haríamos buena pareja.

—¿Fea? ¿Tú? En absoluto. Eres demasiado bonita y buena como para enterrarte viva en Calcuta.

Y de nuevo me exigió con calor que abandonara toda idea de partir con su hermano.

—No te preocupes —le dije—, porque hoy, cuando le he repetido mi ofrecimiento, se ha escandalizado ante mi indecencia. Parecía pensar que era impropia de mí la sugerencia de acompañarle sin estar casados, como si no le hubiera considerado desde el principio como a un hermano y no le hubiera tratado como tal.

—¿Por qué dices que no te ama, Jane?

—Deberías oírle hablar del tema. Me ha repetido una y otra vez que no es él sino su trabajo lo que le impulsa a buscar pareja. Me ha dicho que no estoy hecha para el amor sino para el esfuerzo, lo cual tal vez sea cierto, no lo dudo. Pero, en mi opinión, si no estoy hecha para el amor, tampoco lo estoy para el matrimonio. ¿No resultaría extraño, Die, estar atada de por vida a un hombre que solo te considera una herramienta útil?

—Sería insoportable, antinatural, ¡algo fuera de toda lógica!

—Y en cambio —proseguí—, aunque solo siento por él un afecto fraternal, puedo imaginar que, siendo su esposa, acabaría concibiendo por él una clase de amor extraña y atormentada: es tan inteligente, y sus maneras, su mirada y sus palabras poseen una grandeza casi heroica... En ese caso mi destino no podría ser más desgraciado. Él no quiere que le ame; y si mostrara mi amor, se esforzaría en hacerme ver que se trata de un sentimiento superfluo, innecesario para él e impropio de mí. Sé que lo haría.

—Sin embargo, Saint John es un hombre bueno —reflexionó Diana.

—Es un gran hombre, y es bueno, pero sus inmensas metas no dejan lugar para la piedad hacia los sentimientos y necesidades de las personas corrientes. Es mejor, por lo tanto, que los insignificantes nos apartemos de su camino, ya que nos derribaría a su paso. ¡Ahí viene! Te dejo, Diana.

Y corrí escaleras arriba al verle entrar en el jardín.

Pero no pude evitar volver a encontrarme con él a la hora de la cena, durante la que se mostró tan contenido como era habitual. Yo, que había pensado que apenas me dirigiría la palabra y estaba segura de que habría abandonado del todo la idea del matrimonio, descubrí que me equivocaba en ambos puntos a medida que avanzaba la noche. Habló conmigo como de costumbre, es decir, de la forma en que acostumbraba a tratarme en los últimos tiempos: formal hasta la exageración. No hay duda de que había invocado la ayuda del Espíritu Santo para que aplacara la ira que yo había sembrado en él, y creía haberme perdonado de nuevo.

Elegió como lectura previa a las plegarias de la noche el capítulo veintiuno de las Revelaciones. Siempre resultaba agradable oírle leer fragmentos de la Biblia: su voz nunca sonaba tan dulce y llena, sus simples y nobles maneras nunca alcanzaban tanta intensidad como cuando desgranaba la palabra de Dios. Y, esa noche, aquella voz adquirió un tono más solemne, aquellas maneras se hicieron aún más hipnóticas: cuando, sentado entre las personas que formaban su círculo familiar (mientras la luna de mayo que penetraba por la ventana convertía la luz de la vela que había sobre la mesa en algo innecesario), e inclinado sobre aquella antigua Biblia, describía a partir de sus páginas la visión de un nuevo paraíso y de una nueva tierra, explicando cómo Dios descendería al lado de los hombres, enjugaría sus lágrimas y les prometería el fin de las muertes, de las penas, de los llantos y del dolor, porque esos males ya habían acabado.

Las palabras que pronunció a continuación me emocionaron de una forma extraña. Sentí una indescriptible alteración al percatarme de que, mientras las decía, sus ojos no se apartaban de mí:

—Aquel que salga vencedor heredará todas las cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero —leyó en tono distinto, deliberadamente lento—, los temerosos y los descreídos ocuparán su lugar en el lago de llamas y azufre que hierve eternamente en una angustia sin fin.

Entonces comprendí cuál era el destino que Saint John temía para mí.

Pronunció estos últimos y gloriosos versos del capítulo en un tono controlado y a la vez vehemente, triunfal y sereno. El lector creía que su nombre ya estaba escrito en el libro de la vida del Cordero, y esperaba con ansia la hora de ser admitido en la ciudad a la que los reyes de la tierra llevan su gloria y su honor, la ciudad que no necesita del brillo del sol o de la luna, porque está alumbrada por la luz de Dios que resplandece a través del Cordero.

En la plegaria que siguió a ese capítulo, hizo acopio de toda su energía y desplegó toda su pasión: luchaba con esfuerzos denodados, resuelto a vencer en la batalla desde el bando divino. Suplicó fuerza para los débiles de corazón; guía para las ovejas que se apartan del rebaño; el retorno, aunque fuera en la undécima hora, para aquellos a quienes las tentaciones mundanas de la carne les apartaban del estrecho camino de la virtud. Pidió, exigió, clamó por el don de un ascua perdonada del fuego. El fervor siempre resulta solemne: ya me había sorprendido su intensidad al principio de la plegaria y luego, cuando prosiguió con mayor ardor, consiguió conmover hasta el último rincón de mi espíritu. Sus propósitos rezumaban tanta bondad y franqueza que aquellos que le escuchaban no podían evitar sentirse contagiados de su energía.

Acabada la oración, nos despedimos de él. Tenía que partir a una hora muy temprana. Diana y Mary abandonaron la sala después de darle un beso, en complicidad con alguna señal que él les dio. Yo le tendí la mano y le deseé un buen viaje.

—Gracias, Jane. Como ya te dije, volveré de Cambridge dentro de dos semanas: dispones, por tanto, de ese tiempo para reflexionar. Si atendiera al orgullo humano, no volvería a hablarte de matrimonio; pero me debo a mis obligaciones, y me mantengo firme en mi propósito original: hacer todo lo que esté en mi mano por la gloria de Dios. Mi Señor sufrió mucho: lo mismo haré yo. No puedo abandonarte a merced de la cólera divina. ¡Arrepiéntete, decídette mientras aún exista la oportunidad! Recuerda, estamos obligados a trabajar mientras aún sea de día, estamos avisados de que «ningún hombre debe trabajar cuando sea de noche». Recuerda el destino de Dives, que disfrutó de la riqueza en esta vida. ¡Que Dios te dé la fuerza suficiente para que elijas los bienes que nadie podrá arrebatarte!

Al decir las últimas palabras apoyó la mano en mi frente. Había hablado con vehemencia y dulzura, pero su mirada no era la del amante que observa a su amada, sino la de un pastor que recoge a la oveja descarriada, o la del ángel guardián que contempla el alma de la que es responsable. Solo es necesario que un hombre con talento sea sincero a la vez para que tenga momentos sublimes; puede tratarse de un fanático, de un idealista o de un tirano, pero en esos momentos es capaz de dominar y controlarte. Yo veneraba a Saint John, sentía por él una admiración tan intensa que su ímpetu me condujo exactamente al lugar que había intentado evitar. Estaba tentada de abandonar la lucha, de dejarme llevar por esa determinación torrencial, que se empeñaba en arrastrarme hasta el centro mismo de su existencia, aunque eso significara dejar la mía en el camino. Ya había soportado antes un asedio, de otro

carácter y más débil que el presente. Ambas veces fui una tonta. Haber cedido entonces habría sido un error de principios; rendirme ahora habría sido una insensatez. Cuando recuerdo esta crisis desde la perspectiva que concede el tiempo no me cabe duda alguna, pero en ese instante estaba loca de inconsciencia.

Me mantuve inmóvil bajo el tacto de su mano. Mis rechazos estaban olvidados, mis miedos superados, mi lucha paralizada. Lo imposible —es decir, el matrimonio con Saint John— se estaba transformando rápidamente en plausible. Todo cambiaba de repente. La religión me llamaba, los ángeles me saludaban, Dios me ordenaba... La vida se desparramaba ante mí como un pergamino y las puertas de la muerte se abrían, mostrándome la eternidad del más allá. Creí que para encontrar ahí la felicidad era necesario sacrificar toda la vida en la tierra. La oscura sala se llenó de visiones.

—¿Puedes decidirte ahora mismo? —me preguntó el misionero.

Su tono era delicado y me acercó a él con la misma dulzura. ¡Oh, la gentileza, qué potente es en comparación con la fuerza! Yo, que era capaz de resistir el enojo de Saint John, me doblaba como un junco ante su amabilidad. Sin embargo, sabía que, si cedía ahora, algún día me arrepentiría de esta decisión. Su naturaleza no había cambiado en una hora de plegaria: solo se había sublimado.

—Si estuviera segura de que es la voluntad de Dios que nos unamos en matrimonio —respondí—, me casaría contigo aquí y ahora sin preocuparme de lo que pudiera venir después.

—Mis oraciones han sido escuchadas —gritó Saint John.

Su mano se aferró a mi cabeza con firmeza, como si me reclamara para él, y su brazo me rodeó, casi como si me amara (digo «casi» porque conocía la diferencia, porque había sentido lo que es ser amada, y, en su caso, ya había dejado el amor fuera de la cuestión y pensaba solo en el deber). Luchaba contra mi propia claridad interior, ante la cual aún se revolvían las nubes. Desde el fondo de mi corazón, deseaba sinceramente hacer lo correcto, solo eso. «¡Muéstrame el camino! ¡Muéstrame el camino!», clamé al cielo. Estaba más nerviosa de lo que nunca había estado, y el lector juzgará si la escena que siguió fue solo fruto de esa emoción.

Toda la casa estaba en silencio. Creía que todos, excepto Saint John y yo, se habían retirado a descansar. La única vela languidecía y la luz de la luna inundó la estancia. El corazón me latía con tanta fuerza que podía oír sus golpes dentro de mí. De repente se paralizó provocándome un sentimiento inexpresable, que se extendió de la cabeza a las extremidades. No fue una descarga eléctrica, pero sí fue una especie de latigazo agudo, extraño y aterrador, que me sacudió todos los sentidos, como si estos hubiesen permanecido adormecidos y fueran entonces despertados. Se alzaron expectantes: el oído y la vista alerta, mientras todo mi cuerpo temblaba.

—¿Qué has oído? ¿Qué ves? —preguntó Saint John.

Yo no veía nada, pero sí oí una voz en algún sitio que gritaba: «¡Jane!, ¡Jane!, ¡Jane!». Y se hizo el silencio.

—¡Oh, Dios! ¿Qué ha sido eso? —musité.

Igual podría haber preguntado «¿De dónde viene?», porque la voz no parecía provenir de la sala, ni de la casa, ni del jardín. No llegó por el aire, ni del mundo subterráneo o del firmamento. La oí, no importa de dónde viniera ya que saberlo es imposible. Y era la voz de un ser humano, alguien a quien conocía, amaba y recordaba a todas horas: era Edward Fairfax Rochester que se expresaba en un lamento de dolor. Salvaje, fantasmal e imperioso.

—¡Ya voy! —grité—. ¡Espérame! ¡No tardaré!

Volé hacia la puerta y recorrí el corredor con la mirada: estaba oscuro. Salí al jardín a toda prisa: estaba vacío.

—¿Dónde estás? —exclamé.

Las colinas que rodeaban Marsh Glen me respondieron al instante; «¿Dónde estás?», escuché. El viento lanzó un suspiro entre los abetos: fue el único sonido que rasgó el silencio nocturno del páramo.

—¡Huye, superstición! —grité al ver a un oscuro espectro negro que surgía de la negritud de la verja—. Esto no es una ilusión ni tampoco fruto de la brujería: es obra de la naturaleza, que, desvelada, ha obrado lo más parecido a un milagro.

Me deshice de Saint John, que me había seguido con la intención de detenerme. Había llegado la hora de que yo asumiera el mando. Eran mis poderes los que estaban en juego, con toda su fuerza. Le prohibí que me preguntara nada, o que hiciera el menor comentario; deseaba que me dejara. Debía, quería, estar sola. Me obedeció sin rechistar. Los obedientes nunca se resisten a una orden bien dada. Subí a mi habitación y me encerré dentro. Caí de rodillas y recé, a mi manera, que es distinta a la de Saint John pero resulta igual de efectiva. Me sentí muy cerca del Espíritu Todopoderoso, y mi corazón se postró agradecido a sus pies. Le di las gracias y me incorporé: ya había tomado una decisión. Pasé la noche tumbada en la cama, con la conciencia clara y libre de temor, ansiando con todas mis fuerzas que llegara el día.

Y el día llegó. Me levanté al alba y dediqué un par de horas a ordenar mi habitación: arreglé los cajones y el armario. Quería dejar las cosas como es debido durante mi breve ausencia. Mientras lo hacía, oí que Saint John salía de sus aposentos y se detenía junto a mi puerta. Temí que llamara, pero no, se limitó a deslizar una nota de papel por debajo de la puerta. Lo cogí y lo leí:

Anoche tu partida fue demasiado precipitada. Si te hubieras quedado un poco más, habrías apoyado la mano en la cruz de Cristo y en la corona del ángel. Espero que a mi regreso, de hoy en dos semanas, hayas tomado una decisión. Mientras tanto, vigila y reza para evitar la tentación. Puedo ver que el espíritu está dispuesto al sacrificio, pero la carne es débil. Rezaré por ti a todas horas.

Siempre tuyo,

Saint John

«Mi espíritu —respondí mentalmente— está dispuesto a hacer lo correcto, y creo que la carne es lo bastante fuerte como para cumplir con los designios del cielo, una vez que dichas directrices estén fuera de toda duda. En cualquier caso, será lo bastante fuerte como para buscar, preguntar, despejar esa nube de interrogantes y abrirse a la luz de la certidumbre.»

Era uno de junio, pero la mañana amaneció fría y encapotada. La lluvia azotaba con fuerza los cristales. Oí cómo se abría la puerta principal para dar paso a Saint John. Por la ventana le vi cruzar el jardín y tomar el camino que surcaba los brumosos páramos en dirección a Whitcross, donde le esperaba la diligencia.

«En unas horas, seguiré tus pasos por ese mismo camino —pensé—. También yo debo subirme a un coche de postas. También yo tengo que ver a alguien, saber de él, antes de abandonar Inglaterra para siempre.»

Todavía me quedaban dos horas para desayunar. Llené el intervalo de tiempo sobrante en dar lentos paseos por mi habitación y repasar los detalles de la visión que tanto había influido a la hora de forjar estos planes. Reviví la sensación interior que había experimentado. El carácter extraño e inexplicable de esa vivencia no impedía el recuerdo de aquella voz, y de nuevo me pregunté de dónde procedería con la misma falta de resultados. No parecía provenir del mundo externo, sino de mi propio yo. Me pregunté si no habría sido un espejismo, una mera ilusión fruto de los nervios. Pero por más que le daba vueltas no podía reducirla a tal: había sido más bien como una inspiración. La impresión del impacto había tenido la misma fuerza que el terremoto que sacudió los cimientos de la cárcel de Pablo y Silas; había abierto la puerta de la celda del alma, la había librado de sus cadenas y la había despertado de un sueño, del que había emergido temblorosa, expectante y asustada. Fue entonces cuando por tres veces aquel grito vibró en mi oído, aterrándome, encogiéndome el corazón, invadiéndome después el alma que, en lugar de experimentar temor o sorpresa, saltó exultante de alegría por el triunfo de aquel esfuerzo que había tenido el privilegio de

acometer, ignorando los obstáculos del cuerpo.

«En pocos días —murmuré como punto final a mis reflexiones— sabré algo del poseedor de esa voz que ayer parecía convocarme. Si las cartas no han servido de nada, tendré que ocuparme de la búsqueda en persona.»

Durante el desayuno, anuncié a Diana y Mary mi intención de partir en un viaje que duraría al menos cuatro días.

—¿Sola? —preguntaron.

—Sí. Debo ver, o cuanto menos conocer el paradero, de un amigo por el que llevo tiempo inquieta.

Podrían haber expresado en palabras la idea que sin duda rondaba por su mente, puesto que, tal y como yo había repetido a menudo, siempre habían creído que yo no tenía más amigos que ellos; pero con su habitual delicadeza se abstuvieron de todo comentario. Solo Diana me preguntó si estaba segura de encontrarme lo bastante bien como para viajar sola: se me veía pálida. Repliqué que mi aspecto se debía únicamente a la angustia que pronto esperaba aliviar.

No tardé mucho en hacer los preparativos necesarios. Nadie me molestó con preguntas ni suposiciones. Una vez hube dejado claro que no pensaba ser más explícita en lo que respectaba a mis planes, aceptaron con amabilidad e inteligencia el silencio en que los llevaba a cabo, concediéndome el mismo derecho a actuar libremente que yo les habría otorgado si ellas se hubieran hallado en mis circunstancias.

Salí de Moor House a las tres en punto y llegué al indicador de Whitcross poco antes de las cuatro. Allí esperé el coche que tenía que llevarme al lejano Thornfield. En el silencio de aquellas carreteras solitarias y aquellas colinas desiertas, le oí acercarse desde muy lejos. Era el mismo vehículo que un año antes me había abandonado en este ignoto lugar, triste, desesperada y perdida. Lo paré y subí en él. Esta vez ya no tenía que entregarle toda mi fortuna como pago del trayecto. Una vez en el camino que llevaba a Thornfield, me sentí como la paloma mensajera que regresa a casa.

Era un viaje de treinta y seis horas. Había salido de Whitcross un martes por la tarde; en la madrugada del jueves el coche se detuvo a abreviar a los caballos en una posada del camino, rodeada de vallas verdes y ubicada en medio de un paisaje bucólico de campos y colinas bajas (¡tan suave y verde si lo comparamos con los ariscos páramos de Morton!) que enseguida me resultaron familiares. Sí, conocía los trazos de ese entorno: estaba segura de que la meta no quedaba lejos.

—¿A qué distancia se encuentra Thornfield Hall? —pregunté al posadero.

—A no más de tres kilómetros, campo a través.

«El viaje ha terminado», me dije a mí misma. Salí del coche, dejé el baúl al cuidado del posadero hasta que mandara por ella; pagué el viaje, di una propina al cochero y partí. El sol centelleó sobre el cartel de la posada y en él leí en letras doradas «The Rochester Arms». El corazón me dio un vuelco: ¡estaba en las tierras

de mi señor! Pero un pensamiento amargo lo sobresaltó de nuevo: «A juzgar por lo que sabes, tu señor bien podría estar al otro lado del canal. Y, en el caso de que siguiera residiendo en Thornfield Hall, el lugar hacia el que corres, ¿quién más está con él? ¿Te olvidas de su esposa loca? No tienes nada que hacer allí: ni siquiera te atreverás a hablarle ni a presentarte en su presencia. Has perdido el juicio. Sería mejor que volvieras atrás», exigía la prudencia. «Pide información a la gente de la posada: ellos podrán resolver todas tus dudas. Vuelve y pregúntale a ese hombre si el señor Rochester está en casa.»

La sugerencia era sensata, y sin embargo no podía obligarme a actuar en consonancia con ella. Temía tanto una respuesta que derribara mis anhelos que prolongar la duda era también prolongar la esperanza. Podría ver la casa bajo la luz del sol una vez más. Frente a mí estaba el escalón, los mismos campos que había recorrido la mañana que huí de Thornfield, ciega, sorda y trastornada, impulsada por una furia que me sacudía las entrañas. Antes de haber tomado una decisión, me hallé en medio de ese camino. ¡Qué rápido caminaba! ¡Llegué incluso a correr en algunos momentos! ¡Cómo deseaba avistar los primeros detalles de esos bosques que tan bien conocía! ¡Con qué alegría daba la bienvenida a todos y cada uno de los árboles que recordaba, y a los destellos de valles y montañas que surgían entre ellos!

Por fin aparecieron los bosques, anunciados por una oscura bandada de grajos cuyo estridente graznido quebraba la quietud de la mañana. El sonido me hizo apresurar el paso, dominada por una extraña sensación de nostalgia. Crucé otro campo, recorrí otro camino, y ahí estaban los muros del patio y la parte trasera de la casa, pero la mansión y los nidos de grajos permanecían aún ocultos.

«Lo primero que quiero ver es la fachada principal —decidí—, así mis ojos disfrutarán de la noble vista de sus altivas almenas y podrán distinguir la ventana que da a los aposentos de mi señor. Tal vez esté asomado a ella, tal vez esté dando un paseo por el huerto o por la avenida frontal. ¡Si solo pudiera verle! ¡Ni que fuera un instante! ¿Puedo asegurar que no correría hacia él en un arranque de locura? No, no puedo jurarlo, no estoy segura. ¿Y qué pasaría si lo hiciera? ¡Que Dios le bendiga! ¿Qué pasaría? ¿A quién haría daño por degustar de nuevo el sabor de la vida que me proporcionaba su mirada? Estoy desvariando: quizá en este momento se encuentre contemplando el amanecer desde los Pirineos o a bordo de un barco, por los mares del sur.»

Giré cuando llegué al final del muro bajo que cercaba el huerto. Ahí la verja se abría hacia el prado, entre dos columnas de piedra coronadas por bolas del mismo material. Desde detrás de uno de esos pilares, podría contemplar a placer esa fachada y pasar inadvertida. Saqué la cabeza con precaución, deseosa de comprobar si había alguna persiana levantada a esas horas: las almenas, las ventanas, la fachada... Todo estaba al alcance de mi vista desde aquel escondrijo.

Los cuervos que sobrevolaban los alrededores observaron mi labor de espía. Me pregunto qué debían pensar: al principio debieron de considerarla una mirada cauta y

tímida, que poco a poco ganó en osadía y atrevimiento. Eché un vistazo rápido y luego contemplé lo que tenía delante durante largo rato; por fin salí de mi escondite, avancé por el prado y me detuve de repente frente a la gran mansión con los ojos fijos en ella. «¿A qué venía ese absurdo cuidado al principio? —debieron de pensar—. ¿Cuál es el sentido de esta estúpida temeridad posterior?»

Quiero que leas este ejemplo, lector.

Un enamorado encuentra a su amada dormida sobre un lecho de musgo, y desea observar su hermoso rostro sin despertarla. Por tanto, se desliza con suavidad sobre la hierba con el mayor cuidado. Se detiene al advertir en ella un leve movimiento, y retrocede, pues por nada del mundo querría ser visto. Todo se mantiene en silencio, así que avanza de nuevo. Se inclina sobre ella. Un delicado velo le cubre los rasgos. Él lo retira y se acerca aún más al rostro dormido, mientras sus ojos ya anticipan el gozo que les provocará la visión de esa belleza en reposo, cálida y hechicera. ¡Qué rápida fue la primera mirada! Pero ahora se fija mejor, la observa con atención y... ¡Horror! ¡Con qué vehemencia estrecha con ambos brazos aquel cuerpo que solo un minuto antes no se habría atrevido ni a rozar con un dedo! ¡Con qué furia clama su nombre, y sacude aquel cuerpo inerte, contemplándolo con la mirada enajenada! La abraza entre sollozos, y la mira sin temor a despertarla. Ella está más allá de la turbación... Pensó que su amor dormía plácidamente, pero ahora sabe que está muerta.

Yo miré hacia la imponente mansión con una mezcla de timidez y alegría. Lo que vi fue una negra ruina.

¡No había ninguna necesidad de ocultarse tras la columna! ¡Ni de atisbar el interior desde las ventanas, ansiosa por ver si quedaba en él un rastro de vida! ¡No hacía falta aguardar a que una puerta se abriera, a que unos pasos recorrieran la avenida de piedra que cruzaba el jardín! El césped y los campos estaban devastados; no había nada más allá del portal. La fachada me recordó a los sueños que tuve en el pasado: solo quedaba un muro frágil y elevado, como una cáscara, perforado por ventanas desnudas. Ni tejado, ni almenas, ni chimeneas. Todo había sido arrasado.

Un silencio mortal lo envolvía todo, la misma desolación que se respira en un páramo salvaje. No era de extrañar que mis cartas nunca hubieran recibido respuesta, había sido lo mismo que mandarlas a un cementerio. La piedra negra de Thornfield revelaba el destino que había sufrido la casa: las llamas la habían abrasado. Pero ¿cómo se inició el incendio? ¿Cuál era la historia que subyacía a este desastre? ¿Qué otras pérdidas habría, además de los objetos de mármol y de madera? ¿Habría provocado la muerte de alguno de sus habitantes? Y en ese caso, ¿de quién? Era una pregunta terrible, y no había nadie cerca que pudiera contestarla, ni siquiera una señal que indicara una respuesta.

Al deambular entre los muros caídos y cruzar hacia el devastado interior, me di cuenta de que la catástrofe no era reciente. Pensé que la nieve se había deslizado por aquel arco vacío y que las lluvias del invierno habían penetrado sin piedad por los

huecos de las ventanas, ya que la primavera había traído consigo olas de vegetación que se advertían entre las ruinas: la hierba y los arbustos crecían por doquier, entre las piedras rotas y los fragmentos de vigas partidas. ¿Y dónde se encontraba el desgraciado propietario de este desastre? ¿En qué tierra? ¿Bajo qué auspicios? Mis ojos buscaron sin querer la torre de la iglesia que había junto a la verja y me pregunté si estaría en ese momento acompañando a Damer de Rochester, compartiendo con él el refugio de una estrecha casa de mármol.

Debía dar respuesta a estas preguntas, y el único lugar donde podía buscarla era en la posada. Por tanto, volví a su puerta. El propio posadero me sirvió el desayuno en el comedor. Le pedí que cerrara la puerta y que se sentara frente a mí porque tenía que formularle algunas preguntas. Pero, cuando me obedeció, apenas sabía cómo empezar, tal era el miedo que me provocaban las posibles respuestas. Y sin embargo, el desolado espectáculo que acababa de presenciar me había preparado en cierta medida para enfrentarme a un relato terrible. El posadero era un hombre de mediana edad y aspecto respetable.

—Supongo que usted debe conocer Thornfield Hall —logré articular al final.

—Claro, señora. Viví allí.

—¿Ah, sí?

—«No en mi época —pensé—. No te conozco.»

—Fui mayordomo del difunto señor Rochester —añadió.

¡El difunto! Acababa de recibir en pleno rostro el golpe que tanto había intentado esquivar.

—¡El difunto! —repetí sin aliento—. ¿Acaso ha muerto?

—Me refiero al padre del señor Edward, el propietario actual —explicó.

Volví a respirar, y mi sangre reanudó su flujo. De esas últimas palabras podía deducir que el señor Edward, mi señor Rochester, ¡que Dios le bendiga!, estaba vivo. Establecido este hecho, la vida del propietario actual (¡qué palabras tan hermosas!), podía afrontar el relato de todo lo que viniera con cierta tranquilidad. Ahora que sabía que no estaba en la tumba, podría resistir la noticia de que se había marchado a las Antípodas.

—¿Sigue residiendo el señor Rochester en Thornfield Hall? —pregunté.

Sabía la respuesta de antemano, pero aún no me sentía con fuerzas para preguntar dónde estaba.

—¡Oh, no! No, señora. Nadie vive ahí. Supongo que es usted una extraña por estos lares o ya sabría lo que sucedió el otoño pasado. Thornfield Hall no es más que una ruina: ardió en la época de la cosecha. ¡Un cruel incendio arrasó la mayor parte del terreno! Apenas lograron salvar de las llamas algunos muebles. El fuego empezó a media noche y antes de que llegaran las bombas de Millcote el edificio ya había sido pasto de las llamas. Yo presencié el espectáculo: fue algo terrible.

—¡A media noche! —murmuré—. Sí, esa siempre fue una hora fatal en Thornfield. ¿Se sabe cómo empezó?

—Se hicieron conjeturas, señora, y sin embargo yo diría que no hay duda de cómo sucedió. Tal vez usted no sepa —prosiguió, acercando la silla a la mesa y bajando el tono de voz— que había una dama, una..., una loca, encerrada en la casa.

—Algo había oído al respecto.

—Se la mantenía absolutamente oculta, señora. Mucha gente dudó de su existencia durante años: corría el rumor de que había algún habitante misterioso en la casa, pero nadie sabía con seguridad de quién se trataba o cuál era su verdadero estado. Se decía que el señor Rochester la había traído consigo del extranjero y algunos comentaban que había sido su amante. Pero hace un año sucedió algo raro, algo muy raro...

Me asaltó el temor de tener que escuchar el relato de mi propia historia, y me esforcé por volver al tema que me interesaba.

—¿Y fue la dama...?

—¡La dama, señora, resultó ser la esposa del señor Rochester! La verdad salió a la luz en las más extrañas circunstancias. Había en la casa una joven, una institutriz de la que el señor Rochester se...

—Pero, ¿y el fuego? —interrumpí.

—Ya llegaré a ese punto, señora. De la que el señor Rochester se enamoró, iba a decir. Los criados dicen que nunca habían visto a nadie tan prendado como él: nunca la perdía de vista. Solían observarle... Ya sabe cómo son los criados. El señor no tenía ojos para nadie más, y eso que al parecer él era el único que la encontraba guapa. Dicen que era una de esas chicas de complexión menuda, parecida a una niña. Lo cierto es que yo nunca la vi en persona, pero Leah, la doncella, me ha hablado de ella. A Leah le caía muy bien. El señor Rochester rondaba los cuarenta años y la chica aún no había cumplido los veinte. Y ya se sabe: cuando los caballeros de cierta edad se encaprichan de chicas tan jóvenes a menudo actúan como si les hubieran embrujado. Pues bien, él le propuso matrimonio.

—Ya me contará esta parte de la historia en otra ocasión —le dije—, pero ahora tengo un interés especial en oír todos los detalles acerca del incendio. ¿Fue esa loca, la señora Rochester, quién lo causó?

—¡Ha dado en la diana, señora! Yo diría que fue solo ella la que prendió el fuego. Había una mujer encargada de vigilarla, una tal señora Poole. Era una guardiana capaz y se podía confiar en ella, pero tenía un defecto que al parecer suele darse en las enfermeras y matronas: le gustaba darle a la bebida y guardaba una botella de ginebra en su habitación. Es algo que se puede perdonar, dada la clase de vida que llevaba, pero que se reveló un hábito muy peligroso. Cuando la señora Poole dormía bajo los efectos de la ginebra, la loca, que era astuta como una bruja, le cogía las llaves del bolsillo, salía de su cubil y se dedicaba a recorrer la casa y a cometer cualquier tipo de fechoría que se le ocurriera. Dicen que ya estuvo a punto de quemar a su marido en su propia cama en otra ocasión, pero yo no estoy seguro de ello. Aquella noche prendió fuego a las cortinas de la habitación contigua a la suya, y

luego descendió al piso inferior hasta la estancia que había ocupado la institutriz (fue como si supiera de algún modo lo que había pasado y deseara vengarse), e incendió su cama. Afortunadamente, nadie dormía en ella. La institutriz había huido dos meses antes, y por mucho empeño que el señor Rochester puso en recuperar lo más precioso que tenía en el mundo, nada supo de ella. La tristeza le convirtió en un ser intratable: nunca fue un hombre amable, pero después de que ella se fuera se volvió peligroso. Deseaba estar solo. Mandó al ama de llaves, la señora Fairfax, a vivir con unos parientes, pero lo hizo con elegancia: estableció para ella una cantidad de dinero anual. La buena mujer lo merecía. La señorita Adèle, una niña que estaba a cargo del señor, fue enviada a la escuela. De modo que él rompió todo contacto con los suyos y se encerró en la casa como un ermitaño.

—¿Qué? ¿No se marchó de Inglaterra?

—¿Marcharse de Inglaterra? ¡No! No cruzaba el umbral de la casa durante todo el día, y por las noches vagaba por los campos como si fuera un fantasma, como si hubiera perdido el juicio. Si quiere mi opinión, creo que fue esa bruja de la institutriz quien le hechizó, señora: antes de su llegada era el hombre más enérgico y vigoroso que pueda imaginar. No era un individuo dado a vicios como el vino, las cartas o las apuestas, y es verdad que no era un hombre apuesto, pero tenía valor y voluntad propias. Yo le conocía desde que era un niño, ya ve. ¡Y más de una vez deseé que esa maldita señorita Eyre se hubiera ahogado en el mar antes de venir a Thornfield Hall!

—Entonces, ¿el señor Rochester estaba en casa cuando se inició el incendio?

—Claro que estaba. Y subió al piso superior a sacar a los criados de sus camas y ayudarlos a salir, mientras las paredes caían devoradas por las llamas; luego volvió a por su mujer. Pero los gritos de los criados le indicaron que esta se había subido al tejado: estaba de pie, agitando los brazos sobre las almenas y profiriendo unos alaridos que debieron de oírse a kilómetros de distancia. La vi con mis propios ojos. Era una mujer grande, y sus cabellos largos y negros ondeaban sobre la luz de las llamas. Fuimos testigos de cómo el señor Rochester ascendía por la claraboya hasta el tejado; le oímos gritar su nombre, «¡Bertha!», y vimos cómo se acercaba a ella. Y entonces, señora, la mujer gritó y saltó al vacío. Un minuto después su cuerpo se estrelló contra el suelo.

—¿Estaba muerta?

—Tan inmóvil como las piedras ensangrentadas sobre las que esparció sus sesos.

—¡Dios mío!

—Ya puede decirlo, señora, fue algo terrible —dijo, estremeciéndose al recordarlo.

—¿Y después? —insistí.

—Pues bien, señora, después la casa ardió hasta los cimientos. Quedan solo unos fragmentos de las paredes.

—¿Hubo alguna otra víctima?

—No, aunque quizá habría sido mejor.

—¿Qué quiere decir?

—El pobre señor Edward —farfulló—. ¡Quién lo iba a decir! Hay quien afirma que fue un justo castigo por haber mantenido su primer matrimonio en secreto e intentado tomar una nueva esposa mientras la primera aún vivía, pero a mí me da mucha pena.

—¿Está vivo? —pregunté.

—Sí, sí, vive. Pero muchos creen que habría sido mejor que hubiera muerto.

—¿Por qué? —Sentí que la sangre se me helaba en las venas—. ¿Dónde está? ¿Reside en Inglaterra?

—Sí, sí. Me temo que no puede salir del país. Ahora es un prisionero.

¿Qué clase de agonía era esta? ¡El hombre parecía resuelto a prolongarla!

—Es ciego —dijo por fin—. El señor Edward se quedó ciego.

Esperaba algo peor. Temí que hubiera perdido la razón, que estuviera loco. Hice acopio de fuerzas para preguntar por el origen de esa desgracia.

—Fue por culpa de su valor y, en cierta forma, de su generosidad, señora. No quiso abandonar la casa hasta que todos estuvieran a salvo. Finalmente, después de que la señora Rochester saltara desde el tejado, la casa se derrumbó encima del señor, que en ese momento bajaba por la escalera principal. Todo se hundió. Consiguieron rescatarle de entre los escombros, vivo aunque gravemente herido. Una viga le había protegido parcialmente de los impactos, pero había perdido un ojo y tenía una mano tan destrozada que el señor Carter, el médico, no tuvo más remedio que amputarla de inmediato. El otro ojo se infectó y también lo perdió. Lo cierto es que ahora es un inválido: ciego y manco.

—¿Dónde está? ¿Dónde vive ahora?

—En Ferndean, un caserío que la familia tiene en el campo, a unos cincuenta kilómetros. Un lugar bastante desolado.

—¿Quién está con él?

—El viejo John y su mujer. No quiso a nadie más. Dicen que está derrotado.

—¿Dispone usted de algún medio de transporte?

—Tenemos una silla de postas, señora, una hermosa silla.

—Prepárela enseguida, y si el cochero puede llevarme hoy mismo hasta Ferndean antes de que oscurezca, les pagaré a ambos el doble de la tarifa habitual.

El caserío de Ferndean era un edificio antiguo, no muy grande y sin pretensiones arquitectónicas, enterrado en las profundidades de un bosque. Yo había oído hablar del lugar: el señor Rochester se refería a él a menudo y solía visitarlo de vez en cuando. Su padre había adquirido la finca debido a su afición a la caza. Quiso arrendar la casa, pero no logró encontrar a nadie que se aviniera a residir en un lugar tan inhóspito e insalubre. Por lo tanto, Ferndean siguió deshabitado y sin muebles, a excepción de dos o tres habitaciones que contenían lo imprescindible para acomodar a los invitados durante la temporada de caza.

Llegué a la casa justo antes de que anocheciera, en una tarde marcada por un cielo triste, un viento frío y una llovizna persistente. Recorrí a pie el último kilómetro, después de despedir al cochero con la doble paga prometida. El edificio permanecía oculto entre la espesura del bosque y resultaba invisible aún a corta distancia. Unas puertas de acero sujetas por pilares de piedra me mostraron la entrada y, al cruzar el umbral, me hallé de nuevo rodeada por densas filas de árboles. Había un sendero que descendía por un lado de aquella selva, repleto de arbustos, bordeado por troncos nudosos, y coronado por los arcos que formaban las ramas. Lo seguí, con la esperanza de que me llevara directamente a la casa, pero el camino iba dando vueltas y vueltas sin rastro de la fachada ni de ningún jardín.

Ya creía que me había equivocado de camino. Envuelta por la propia oscuridad del lugar y por las sombras que propicia el crepúsculo, busqué con la mirada la existencia de otro sendero. No había ninguno: todo era un puro amasijo de raíces, un conjunto de troncos erectos como columnas, y un denso follaje que no permitía el avance hacia ningún lugar.

Seguí adelante, y por fin el camino se ensanchó: la espesura de los árboles se aclaró un poco y pude vislumbrar unas rejas y, más allá, la casa, apenas distinguible del fondo verdoso debido a la hiedra y la humedad que cubría sus desvencijados muros. Solo un pestillo me impedía la entrada: lo corrí y me encontré en medio de un patio semicircular rodeado de árboles. No había flores, ni parterres; solo un camino de grava que partía del oscuro bosque. La fachada terminaba en dos aleros puntiagudos, y tanto las enrejadas ventanas como la puerta, a la que se accedía por un escalón, eran estrechas. El conjunto respondía a la descripción que de él hiciera el posadero del Rochester Arms. La lluvia que caía insistente sobre las hojas era el único sonido audible del paraje.

«¿Puede haber vida aquí?», me pregunté.

Sí la había. Un movimiento me indicó su presencia: la puerta principal se abría y una forma difusa se disponía a salir de la casa.

Se abrió lentamente: una silueta emergió bajo la luz del crepúsculo y se quedó quieta en el escalón. Era un hombre desprovisto de sombrero que sacaba la mano para comprobar la fuerza de la lluvia. Pese a la oscuridad, le había reconocido: era mi

señor, Edward Fairfax Rochester. No podía ser otro.

No hice el menor movimiento. Casi no me atreví a respirar y me dediqué a observarle sin que me viera. ¡Pobre! Yo era invisible para él. Fue un encuentro súbito, en el que la alegría cedió rápidamente el paso al dolor. No tuve dificultad en reprimir un grito de júbilo, en frenar el impulso de correr a sus brazos.

Su cuerpo era aún fuerte y robusto, como había sido siempre: avanzaba erguido, con el pelo negro como ala de cuervo. No había sufrido la menor alteración. En el transcurso de un año, el sufrimiento no había acabado con su fuerza, ni menguado su vigor. Pero advertí un profundo cambio en su semblante: una mirada desesperada y abstraída que me recordó a la de una fiera salvaje, o a la de un pájaro herido al que temes acercarte porque el dolor le ha convertido en una amenaza. Un águila enjaulada, a quien un ser cruel hubiera arrancado los ojos, presentaría el mismo aspecto que aquel Sansón ciego.

¿Acaso crees, lector, que esa ferocidad contenida me asustó? Si es así, es que me conoces poco. La pena se diluyó en la esperanza de besar pronto esa frente de piedra y esos labios férreamente sellados. Pero no era el momento. Aún no quería acercarme a él.

Bajó el escalón y avanzó lentamente, a tientas, hacia la pradera. ¿Dónde estaba ahora su paso enérgico y retador? Se detuvo, como si no supiera hacia dónde dirigirse. Alzó la cabeza y abrió los párpados: con un gran esfuerzo, los elevó hacia el cielo y luego hacia el anfiteatro de árboles. Era evidente que para él no había más que tinieblas. Estiró la mano derecha (llevaba el brazo izquierdo, el mutilado, pegado al pecho), como si quisiera adivinar por el tacto lo que tenía alrededor. Pero solo tocó el vacío: los árboles estaban demasiado lejos. Persistió en el empeño, pero finalmente dobló los brazos y permaneció inmóvil y en silencio, soportando la lluvia que no cesaba de caer sobre su cabeza. En ese momento, John salió en su busca.

—Apóyese en mi brazo, señor —le dijo—, se acerca un chaparrón. ¿No cree que es mejor que entre en casa?

—Déjame solo —fue la respuesta.

John se retiró sin haber advertido mi presencia. El señor Rochester intentó pasear: fue en vano, la incertidumbre le cercaba. Volvió hacia la casa con paso vacilante, entró y cerró la puerta tras él.

Entonces me acerqué y llamé. La mujer de John me abrió enseguida.

—¿Cómo estás, Mary?

Retrocedió como si estuviera delante de un fantasma. La calmé, respondiendo a su apresurado «¿Es usted de veras, señorita Eyre, quien aparece en este solitario paraje a estas horas?» con un firme apretón de manos, y la seguí hasta la cocina; ahí estaba John, sentado frente al fuego. En pocas palabras, les expliqué que me había enterado de los eventos acaecidos en Thornfield desde mi partida y que había venido a ver al señor Rochester. Pedí a John que bajara a la caseta a pie de carretera donde había despedido al vehículo y trajera a casa el baúl que había dejado allí. Después,

mientras me quitaba el chal y el sombrero, pregunté a Mary si había alguna habitación libre para pasar la noche en ella. No era fácil disponerlo todo a esas horas, pero tampoco era imposible, así que le informé de mi decisión de quedarme. Justo en ese instante sonó la campanilla del salón.

—Cuando entres, dile al señor que hay una persona en la casa que desea verle, pero no le des mi nombre.

—No creo que quiera recibir a nadie —respondió Mary—. Se aparta de todo el mundo.

Cuando regresó, le pregunté qué le había contestado.

—Debe comunicarme su nombre y el motivo de su visita —replicó, y empezó a llenar un vaso de agua. Luego lo puso sobre una bandeja al lado de unas velas.

—¿Para eso te llamó? —pregunté.

—Sí. Siempre pide velas al atardecer, aunque de poco le sirven.

—Dame la bandeja. Yo la llevaré.

La tomé de sus manos y ella me señaló cuál era la puerta del salón. El temblor de mis manos sacudió la bandeja y derramó el agua. Mi corazón parecía a punto de reventar. Mary abrió la puerta, me cedió el paso y se fue.

El salón estaba oscuro: apenas unas ascuas ardían en la chimenea. Inclinado sobre ellas, con la cabeza apoyada en la antigua y envejecida chimenea, se hallaba el dueño de la casa. El viejo perro, Pilot, yacía a un lado hecho un ovillo, como si deseara dejar el camino libre a su amo o temiera ser pisado por este. Cuando entré, Pilot levantó las orejas; dio un brinco y corrió hacia mí, con tanto entusiasmo que casi me hizo soltar la bandeja. Conseguí depositarla sobre la mesa, le acaricié y dije con dulzura, «¡Siéntate!». El señor Rochester reaccionó al ruido girándose hacia la puerta, pero, al no ver nada, suspiró y nos dio la espalda.

—Tráeme el agua, Mary —pidió.

Me acerqué a él con el vaso, ya medio vacío. Pilot me siguió, aún nervioso.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Al suelo, Pilot —repetí.

Él se llevó el vaso a los labios e hizo ademán de escuchar. Bebió y bajó el vaso.

—¿Eres tú, Mary? —inquirió.

—Mary está en la cocina —contesté.

Alargó la mano con un gesto rápido, pero no llegó a tocarme.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí? —preguntó, intentando ver con sus ojos ciegos en un intento vano y desesperado. Y añadió en tono imperioso—: ¡Responda! ¡Diga algo!

—¿Desea un poco más de agua, señor? Me temo que derramé la mitad de la que había en el vaso.

—¿Quién es? ¿Qué es esto? ¿Quién habla?

—Pilot me conoce, señor, y John y Mary saben que estoy aquí: llegué esta misma tarde.

—¡Dios! ¿Acaso la locura se ha apoderado de mí? ¿Qué dulce espejismo es este?

—No hay espejismo, señor. Ni se ha vuelto loco. Su mente es demasiado fuerte para crear espejismos y su salud es buena.

—¿Y dónde está la persona que me habla? ¿Es solo una voz? Oh, no puedo ver, pero sí sentir. Y debo hacerlo, o el corazón se me parará y el cerebro estallará en mil pedazos. ¡Seas quien seas, seas lo que seas, acércate para que pueda tocarte o moriré aquí mismo!

Avanzó hacia mí. Yo le cogí la mano que temblaba en el aire y la apreté entre las mías.

—¡Son sus dedos! —gritó—. ¡Esos dedos ligeros y pequeños! Por lo tanto, ella tiene que estar aquí...

La mano fuerte escapó de mi custodia y recorrió mis hombros, me acarició el cuello y rodeó mi cintura, estrechándome contra su cuerpo en un abrazo.

—¿Eres tú, Jane? ¿Eres tú? ¡Es tu cuerpo, tu silueta...!

—Y también es suya esta voz —añadí—. Ella está aquí, en cuerpo y alma. ¡Que Dios le bendiga, señor! ¡Estoy tan contenta de tenerle cerca otra vez!

—¡Jane Eyre! ¡Jane Eyre! —no cesaba de repetir.

—Querido señor, soy Jane Eyre, sí. Le he encontrado, he vuelto...

—¿De verdad eres tú? ¿En carne y hueso? ¿Mi adorada Jane?

—Me está tocando; me está abrazando con fuerza. No estoy fría como un cadáver, ni soy etérea como el aire, ¿no es así?

—¡Mi amor está vivo! No hay duda: son sus brazos, es su cuerpo... Pero no puede ser: no merezco tal bendición después de tanta desgracia. Es un sueño, como los que me acechan de noche, en los que la abrazo y la beso, cuando siento que me ama y que nunca volverá a abandonarme.

—Se lo prometo, señor. Nunca le dejaré.

—¿Nunca, dice esta aparición? Pero yo sé lo que sucede cuando me despierto y me doy cuenta de que he sido víctima de una broma cruel. Y me quedo desolado y abandonado, empujado a esta vida oscura, solitaria y sin esperanza, con el alma sedienta y sin poder beber, con el corazón hambriento y sin alimento que darle. Eres un sueño dulce y suave que se esfumará de mis brazos en cualquier momento, tal y como hicieron antes sus hermanas. Pero bésame antes de irte. ¡Abrazame, Jane!

—¿Aquí, señor? ¿O aquí?

Posé los labios sobre aquellos ojos que habían brillado ante mí y que ahora estaban apagados; le aparté el cabello y le besé en la frente. De repente pareció comprender: era una sensación demasiado real para ser un mero sueño.

—¿Eres tú de verdad, Jane? ¿Has vuelto a mí?

—Estoy aquí.

—¿No yaces muerta en el fondo de un foso o arrastrada por la corriente? ¿No eres una desgraciada sirviendo entre extraños?

—No, señor. Ahora soy una mujer independiente.

—¡Independiente! ¿Qué quieres decir con eso, Jane?

—Mi tío de Madeira murió y me dejó una herencia de cinco mil libras.

—¡Esto sí que suena práctico! ¡Y real! —exclamó—: No puede ser un sueño. Además, oigo esa voz peculiar, a la vez animada y dulce, que tiene la virtud de alegrarme este corazón marchito, de inyectarle vida... ¡Dime, Jane! ¿Eres una mujer independiente? ¿Una mujer rica?

—Bastante rica, señor. Tengo suficiente dinero como para construirme una casa junto a la suya, en caso de que no me deje vivir con usted. Así, podría venir a mi salón por las tardes, cuando le apetezca tener compañía.

—Pero, Jane, ahora que eres rica seguro que tendrás amigos que se preocupan por ti. ¿No les harás sufrir dedicando tu vida a cuidar a un pobre ciego como yo?

—Le he dicho que era independiente además de rica, señor. Soy dueña de mis propios actos.

—¿Y quieres quedarte conmigo?

—Sin ninguna duda. A menos que tenga algo que objetar. Puedo ser su vecina, su enfermera, su ama de llaves. Le veo solo: leeré para usted, le acompañaré en sus paseos, me sentaré junto a usted, le cuidaré, seré sus manos y sus ojos... Aparte ya esa mirada melancólica, querido señor: no volverá a sentirse desamparado mientras yo viva.

Él no contestó. Su rostro expresaba seriedad y abstracción. Suspiró y separó los labios como si fuera a decir algo, pero los cerró de nuevo. Me sentí un poco violenta: quizá me había mostrado demasiado prepotente a la hora de ofrecer mi ayuda y mi compañía. O quizá me había precipitado, saltándome los convencionalismos de forma demasiado brusca, y él, como Saint John juzgaba que mi conducta rozaba el descaro. Le había propuesto todo aquello porque estaba segura de que él deseaba hacerme su esposa y que su petición no tardaría en llegar; me apoyaba en la esperanza —no menos cierta por inexpresada— de que volviera a pedirme en matrimonio. Pero, dado que él seguía encerrado en su mutismo y su semblante se iba ensombreciendo cada vez más, pensé de repente que podría estar absolutamente equivocada y cayendo en el más grande de los ridículos. Por lo tanto, fui soltándome suavemente de sus brazos, pero él no me lo permitió y me estrechó aún con más fuerza.

—No, no. Jane, no te vayas. No... Ahora que te he tocado, que te he oído, que he sentido el calor que emana de tu presencia y la dulzura de tu consuelo, ya no puedo renunciar a tantas alegrías. A mí ya me quedan pocas: te necesito. Que se ría el mundo, que me llamen egoísta y ridículo, poco me importa. Mi alma te reclama y he de satisfacerla o sufrir en mi cuerpo su venganza.

—Señor, ya le he dicho que me quedaré con usted.

—Sí, pero por quedarte conmigo tú entiendes una cosa y yo otra. Tal vez estés pensando en permanecer a mi lado como una amable enfermera (ya que dada tu naturaleza generosa y cálida tiendes a sacrificarte por aquellos a quien compadeces), y eso debería ser suficiente para mí. Supongo que los únicos sentimientos que puedo

permitirme hacia ti son los propios de un padre, ¿no es así, Jane? Contéstame.

—Lo que usted quiera, señor. Estaré contenta de ser solo su enfermera, si cree que es lo mejor.

—Pero no puedes pasarte la vida siendo mi enfermera, Jane. Eres joven: debes casarte.

—El matrimonio me trae sin cuidado, señor.

—¡Pues no debería ser así, Jane! Si yo fuera el mismo de antaño, ya me ocuparía de ello. Pero, ahora, ¡un tronco ciego!

Se hundió de nuevo en las aguas de la pesadumbre. En cambio, yo sentí como un coraje alegre se apoderaba de mí: sus últimas palabras me habían mostrado dónde estaba el obstáculo, y la comprobación de que este no tenía nada que ver conmigo alivió mi preocupación. Asumí entonces un aire más ligero.

—Ya es hora de que alguien emprenda la tarea de devolverle la humanidad — dije, separando los gruesos y largos mechones que le cubrían la frente—: veo que se está convirtiendo en un león o en algo parecido. Debo admitir que me recuerda a Nabucodonosor en el campo de batalla: su cabello me hace pensar en las plumas de las águilas. No sé si sus uñas se han convertido también en garras. Aún no he podido fijarme.

—No tengo mano ni uñas en este brazo —dijo, mostrándome su brazo mutilado—. ¿No crees que se trata de una visión horrenda?

—Creo que es una lástima ver este brazo, y también sus ojos, y la cicatriz que el fuego le dejó sobre la frente. Y lo peor de todo es el riesgo que corro de amarle demasiado por todo esto, de agobiarlo con mis cuidados.

—Pensé que la visión de lo que quedaba de mí te repugnaría, Jane.

—¿De verdad pensó eso? ¡No lo repita o tendré que decirle unas cuantas cosas! Ahora permítame que le deje solo un instante, mientras me ocupo de avivar el fuego y de que limpien la chimenea. ¿Puede ver las llamas de un buen fuego?

—Sí, con el ojo derecho distingo un resplandor rojizo, envuelto de niebla.

—¿Y las velas, las ve?

—Apenas: solo un punto de luz entre la bruma.

—¿Puede verme?

—No, querida. Pero doy gracias al cielo por poder oírte y sentirte cerca.

—¿A qué hora se sirve la cena?

—Nunca ceno.

—Pues esta noche lo hará. Tengo hambre, y supongo que usted también, aunque finja olvidarlo.

Llamé a Mary, y en unos minutos convertimos la estancia en un ambiente mucho más acogedor. Luego preparé una apetitosa cena. Estaba muy contenta: no paré de charlar mientras comíamos o durante la larga sobremesa que siguió a la cena. No había nada en él que obstaculizara mi espontaneidad; con él no había necesidad de reprimir mi buen humor y eso me hacía sentir a mis anchas. Sabía que mi vivacidad

le sentaba bien: todo lo que decía parecía servirle de consuelo y de esperanza. ¡Qué sensación de encantadora complicidad! Me hacía revivir, iluminaba toda mi naturaleza: en su presencia yo estaba viva, al igual que él en la mía. Pese a su ceguera, sus labios dibujaban sonrisas y la alegría se reflejaba en su frente. Sus rasgos se suavizaban e irradiaban calor.

Después de cenar comenzó a hacerme preguntas acerca de dónde había estado, a qué me había dedicado y cómo le había encontrado; pero yo me limité a darle respuestas parciales: era demasiado tarde para entrar en detalles. Además, no deseaba rozar sus puntos más sensibles, ni abrir en su corazón el pozo de la emoción: mi único objetivo era animarle. Y sí, lo conseguía, pero a ráfagas. Si se producía un instante de silencio, se removía, inquieto, me tocaba y me decía:

—¿Eres de verdad un ser humano, Jane?

—Creo que sí, señor Rochester.

—Entonces, ¿cómo es que has aparecido en mi hogar solitario en medio de una noche oscura y tenebrosa? Extendí la mano para coger un vaso de agua de manos de una criada y fuiste tú quien me lo dio; hice una pregunta, esperando oír la respuesta de labios de la esposa de John, y fue tu voz la que captó mi oído.

—Porque era yo y no Mary quien traía la bandeja.

—Tu hechizo se mantiene ahora mismo, que te tengo a mi lado. ¡No te imaginas la vida tan lúgubre y desesperada que he llevado en los últimos meses! Sin hacer nada, sin esperar nada; mezclando la noche con el día; sin otra sensación que el frío cuando el fuego se apagaba o el hambre cuando olvidaba comer. Y luego una tristeza infinita, que a veces me hacía delirar y pedir a gritos por ti, Jane. Sí, he lamentado más tu ausencia que la pérdida de la visión. ¿Cómo puedo creer ahora que Jane está aquí y que me ama? ¿No partirá tan súbitamente como apareció? Me temo que mañana me levantaré y ya no estará.

Estaba convencida de que ese estado de ánimo requería una respuesta sencilla y práctica que lograra ahuyentar la inquietud de sus pensamientos. Le acaricié las cejas y noté que estaban chamuscadas. Comenté que tendría que aplicarles algún ungüento para que volvieran a crecer densas y negras como antes.

—¿Qué sentido tiene mejorar mi aspecto, oh, espíritu bondadoso, si en cualquier momento desaparecerás de nuevo, como una sombra, hacia un lugar desconocido e inalcanzable?

—¿Lleva usted un peine encima, señor?

—¿Para qué, Jane?

—Solo para arreglar un poco esta indómita masa de cabello. Cuando le observo de cerca, casi me asusta. Dice de mí que soy un hada, pero yo estoy casi segura de que usted no es más que un trago, señor.

—¿Estoy horrible, Jane?

—Mucho, señor, siempre lo ha sido, ya lo sabe.

—¡Vaya! Veo que nadie ha logrado despojarte de la ironía.

—Y eso que he estado rodeada de personas muy buenas, cien veces más bondadosas que usted: personas con ideales y puntos de vista que usted jamás ha soñado poseer, más refinados y de miras más elevadas.

—¿Con quién diablos has estado viviendo?

—Si se mueve de esa manera, logrará que le tire del pelo. Así dejará de tener dudas sobre si soy o no un ente real.

—¿Con quién has estado, Jane?

—No conseguirá que se lo diga esta noche, señor. Deberá esperar hasta mañana. Ya sabe que el hecho de dejar el cuento a medias garantiza mi presencia a la hora del desayuno, aunque solo sea para darme el gusto de acabarlo. Por cierto, debo acordarme de no traer solo un vaso de agua, sino unas lonchas de jamón frito y un huevo.

—¡Espíritu burlón, medio humana y medio bruja! Me haces sentir como no me había sentido en estos doce meses. Si Saúl hubiera contado contigo en lugar de con David, no le habría hecho falta el arpa para exorcizar al espíritu maléfico.

—Bueno, señor, ahora ya tiene un aspecto decente. Le dejo. Llevo tres días de viaje y estoy cansada. ¡Buenas noches!

—Solo una última cuestión, Jane: ¿en la casa donde has estado habitaban solo damas?

Me reí y huí sin contestar, y la risa me acompañó mientras subía las escaleras. «¡Buena idea! —pensé encantada—, me servirá para sacarle de ese estado de melancolía.»

Le oí levantarse y moverse por la casa desde muy temprano. Tan pronto como vio a Mary, le preguntó: «¿Está aquí la señorita Eyre?». Y después: «¿En qué habitación la acomodaste? ¿Estaba limpia? ¿Ya se ha levantado? Ve a ver si necesita algo y a preguntarle cuándo piensa bajar?».

Bajé cuando me pareció que el desayuno ya estaría servido. Entré de puntillas en el salón, y le observé antes de que se percatara de mi presencia. Era muy triste ser testigo de cómo un cuerpo vigoroso queda abatido por el devastador efecto de la enfermedad. Estaba sentado en una silla, inmóvil y a la vez tenso, expectante: la melancolía se manifestaba en cada uno de sus marcados rasgos. Su semblante me recordó al de una lámpara apagada que espera ser encendida. Y no era él quien podía iluminar su expresión: dependía de otro para esa misión. Me había propuesto mostrarme alegre y despreocupada, pero la indefensión de aquel hombre fuerte despertó en mí un profundo sentimiento de ternura. Sin embargo, me las arreglé para demostrar vivacidad al acercarme a él.

—Hace una mañana soleada y hermosa, señor. La lluvia ya se ha ido y ha dejado una estela brillante tras de sí. Debe dar un paseo cuanto antes.

Había logrado pulsar el brillo: su rostro se iluminó.

—¡Ah, ya estás aquí, alondra de la mañana! Ven a mi lado. No te has ido, no te has evaporado... Oí a otro ejemplar de tu especie hace una hora cantando en el

corazón del bosque, pero sus trinos no significaban nada para mí, al igual que los rayos del sol ya no me dan calor. Todas las melodías de la tierra se concentran en mi Jane hablándome al oído (me alegra decir que no es de temperamento silencioso) y toda la luz emerge de su presencia.

Al oír cómo admitía su dependencia de mi persona los ojos se me llenaron de lágrimas. Era como si un águila real, encadenada a una pértiga, se viera obligada a usar como guía a un gorrión. Pero no debía dejar que el llanto me venciera, así que me enjuagué las gotas de sal que me rodaban por las mejillas y me dispuse a tomar el desayuno.

Pasamos gran parte de la mañana al aire libre. Le guié a través de los bosques salvajes y húmedos hasta llegar a unos prados más alegres, y le describí el brillo de la hierba verde, el frescor que rezumaban las flores y los arbustos, y el centelleo azulado del cielo. Busqué un asiento sobre el tocón de un árbol, en un rincón escondido y hermoso, y, cuando me pidió que me sentara sobre sus rodillas, no me negué. ¿Por qué iba a hacerlo si ambos nos hallábamos más cómodos cuanto más cerca teníamos al otro? Con Pilot tumbado junto a nosotros, todo era quietud. Él rompió el silencio, de repente, abrazándome con fuerza.

—¡Fuiste cruel al abandonarme, Jane! Oh, no puedes imaginar cómo me sentí cuando descubrí que habías huido de Thornfield. El registro de tu habitación me confirmó que no te habías llevado dinero, ni nada que pudiera servirte en su lugar. Incluso el collar de perlas que te había regalado seguía en su estuche, y los baúles se mantenían contra la pared, dispuestos para el viaje nupcial. ¿Qué iba a ser de mi amada Jane, sola y sin un penique? ¿Qué hiciste, Jane? Cuéntamelo.

Inicié entonces el relato de lo que había sido mi vida durante el año anterior. Suavicé cuanto pude los tres días de pobreza y ayuno, porque la verdad habría supuesto infligirle un dolor innecesario. Lo poco que le dije ya hirió su corazón más profundamente de lo que yo habría deseado.

Me dijo que no debí abandonarle de aquel modo, sin contar con algún medio que me ayudara a empezar de nuevo; debería haberle expuesto mis intenciones, haber confiado en él. Él jamás me habría obligado a convertirme en su amante. Tal vez había reaccionado violentamente, pero dicha actitud era fruto de la desesperación: el amor que sentía por mí era demasiado fuerte y demasiado tierno como para permitirle convertirse en un tirano. Habría preferido darme la mitad de su fortuna a cambio de un beso que saberme sola en el mundo. Estaba seguro de que había pasado por momentos más duros de los que explicaba.

—Bien, señor, cualesquiera que fueran mis sufrimientos, lo cierto es que duraron poco.

Y entonces le relaté mi llegada a Moor House, mi empleo como maestra, la noticia de la fortuna y del parentesco que me unía con mis nuevos amigos. Por supuesto, el nombre de Saint John apareció a menudo en el transcurso de mi historia. Cuando hube terminado, el señor Rochester se decidió a preguntarme por él.

—Entonces —dijo—, este Saint John es primo tuyo.

—Así es.

—Le has mencionado con frecuencia. ¿Le apreciabas?

—Era un hombre muy bueno, señor. Era difícil no sentir aprecio por él.

—¿Un hombre muy bueno? ¿Eso quiere decir un individuo respetable y educado de mediana edad? ¿Es eso?

—Saint John tiene solo veintinueve años, señor.

—*Jeune encore!*,^[30] como dicen los franceses. ¿Se trata acaso de un hombre de baja estatura, flemático y simple? ¿Una persona cuya bondad consiste más en la falta de vicio que en la verdadera virtud?

—Es un hombre incansable. Vive para realizar grandes obras.

—Pero, ¿qué hay de su cerebro? Con seguridad es un individuo más bien soso, de esos que pasan desapercibidos pese a su discurso lleno de buenas intenciones.

—Es un hombre de pocas palabras, señor, pero cuando habla da siempre en el clavo. Tiene un cerebro privilegiado, tal vez algo parco en sensibilidad, pero vigoroso, sin duda ninguna.

—¿Por lo tanto estamos hablando de un hombre capaz?

—Mucho, señor.

—¿Un hombre refinado?

—Saint John es un gran erudito.

—Me pareció oírte decir que sus maneras no te agradaban, que eran demasiado estiradas y pretenciosas...

—No he mencionado sus maneras en ningún momento, pero debería tener muy mal gusto para que no me complacieran: son las de un hombre educado y sereno, todo un caballero.

—Y su apariencia... He olvidado tu descripción: ¿un cura marchito, medio ahogado por el alzacuello y subido a unas botas de gruesas suelas?

—Saint John viste muy bien. Y es un hombre muy atractivo: alto, rubio, con los ojos azules y el perfil de una estatua griega.

—¡Maldito sea! —murmuró para sí. Y añadió, en un tono de voz más alto y dirigiéndose a mí—: ¿Te gustaba, Jane?

—Sí, señor Rochester, me gustaba. Pero eso ya me lo había preguntado antes.

Hacía rato que notaba el tono que estaba adoptando mi interlocutor. Los celos reptaban ante él y le mordían, pero el escozor era un buen antídoto contra la melancolía. Por lo tanto, no tenía ninguna intención de acabar con aquella serpiente.

—¿Tal vez ya no desee permanecer más tiempo sobre mis rodillas, señorita Eyre? —fue su siguiente e inesperada observación.

—¿Por qué no, señor Rochester?

—La imagen que acaba de dibujar sugiere un contraste demasiado abrumador. Sus palabras han trazado ante mí a un Apolo lleno de virtudes. Su recuerdo le ha causado una prolongada impresión: «alto, rubio y de ojos azules, con el perfil de una

estatua griega». En cambio, ahora sus ojos contemplan a un Vulcano: un herrero ennegrecido, corpulento y, para colmo, ciego y mutilado.

—Pues no había pensado en ello, señor, pero ahora que lo dice sí que me recuerda a Vulcano.

—Muy bien, señorita, puede usted irse. Pero antes —y su mano me retuvo con más ímpetu que nunca—, no le importará responder a un par de preguntas, ¿no es así?

Hizo una pausa.

—¿Qué clase de preguntas, señor Rochester?

Y entonces empezó el interrogatorio.

—¿Saint John te concedió el empleo de maestra de Morton antes de saber que eras su prima?

—Sí.

—¿Y le veías a menudo? ¿Visitaba la escuela con frecuencia?

—Todos los días.

—¿Estaba satisfecho con el desempeño de tus tareas, Jane? Seguro que lo hacías bien, Jane, tienes mucho talento.

—Pues sí, lo estaba.

—¿Descubrió en ti detalles que no esperaba encontrar? Algunas de tus virtudes se salen de lo corriente.

—Lo ignoro.

—Dices que tenías una pequeña casa adosada a la escuela. ¿Fue alguna vez a visitarte?

—De vez en cuando.

—¿Por la tarde?

—Una o dos veces.

Otra pausa.

—¿Cuánto tiempo viviste con él y sus hermanas después de que el parentesco saliera a la luz?

—Cinco meses.

—¿Rivers solía pasar mucho tiempo con las mujeres de su familia?

—Sí; el salón trasero era nuestro estudio y también el suyo. Se sentaba cerca de la ventana y nosotras ocupábamos la mesa.

—¿Estudiaba mucho?

—Todo el tiempo.

—¿Qué?

—Indostánico.

—¿Y qué hacías tú mientras tanto?

—Al principio aprendía alemán.

—¿Te enseñaba él?

—Saint John no sabía alemán.

—¿No te enseñó nada?

—Un poco de indostánico.
—¿Rivers te enseñaba indostánico?
—Sí, señor.
—¿Y a sus hermanas también?
—No.
—¿Solo a ti?
—Solo a mí.
—¿Le pediste que lo hiciera?
—No.
—¿Se ofreció él?
—Sí.

Hubo una nueva pausa.

—¿Y con qué fin? ¿Para qué te iba a servir aprender indostánico?
—Pretendía que me fuera con él a la India.
—¡Ah, por fin llegamos al fondo del asunto! ¿Quería que te casaras con él?
—Me pidió que nos casáramos, sí.
—Eso es mentira. Acabas de inventarlo para hacerme rabiar.
—Disculpe, señor. Es la pura verdad: me lo pidió en más de una ocasión, y era tan insistente acerca de este punto como lo fue usted en otro tiempo.

—Entonces, señorita Eyre, le repito que puede marcharse. ¿Cuántas veces voy a tener que repetírselo? ¿Por qué se empeña en seguir subida a mis rodillas, cuando le he ordenado que se vaya?

—Porque aquí estoy cómoda.

—No, Jane, no lo estás. Tu corazón no está conmigo: está con tu primo, ese Saint John. ¡Hasta el momento había creído que la pequeña Jane era solo mía! Siempre pensé que me amaba, incluso cuando se marchó. Esta idea era un átomo de dulzura entre tanto dolor. Pese al tiempo que hemos pasado separados, pese a las ardientes lágrimas que he derramado por su ausencia, nunca pensé que mientras yo la añoraba, ella se dedicaría a amar a otro. Pero lamentarse es inútil. Déjame, Jane: ve y cástate con Rivers.

—Écheme usted, señor, porque no pienso irme por mi propia voluntad.

—Me gusta ese tono de voz, Jane: la sinceridad que aprecio en él hace revivir mis esperanzas. Cuando lo oigo, mi mente retrocede un año y olvida que has trabado un nuevo lazo. Pero no soy tan necio... ¡Vete!

—¿Adónde, señor?

—Sigue tu camino, con el marido que has escogido.

—¿Y quién es ese marido, si puede saberse?

—Ya lo sabes: Saint John Rivers.

—Él no es mi marido, ni lo será nunca. Ni me ama, ni yo le amo. Su amor (en la medida en que es capaz de sentirlo) era para una joven y hermosa dama llamada Rosamond, y si quería casarse conmigo era porque estaba seguro de que yo sería una

esposa apropiada para un misionero y ella no. Es un hombre bueno e impresionante, pero severo, y, para mí, frío como un bloque de hielo. No es como usted, señor. A su lado no era feliz, su presencia me intimidaba. No siente nada por mí, ni pasión, ni afecto, ni siquiera el propio de la juventud. Lo único que aprecia es mi disposición mental. ¿Es por él que debo abandonarle, señor?

Me estremecí sin querer, y el escalofrío me hizo abrazarme con más fuerza a mi ciego y amado señor. Él sonrió.

—¿Qué me dices, Jane? ¿Es eso verdad? ¿Es esta la verdadera naturaleza de la relación que te une con tu primo?

—Exactamente esta, señor. ¡No tiene por qué sentir celos! Solo quería burlarme un poco de usted para que olvidara sus penas: pensé que siempre era mejor la ira que la pesadumbre. Pero si lo que usted desea es mi amor, ya lo tiene: estaría orgulloso y satisfecho de ver cuánto le quiero. Mi corazón le pertenece, señor, es suyo y con usted permanecerá aunque el destino nos separe para siempre.

Mientras me besaba de nuevo, oscuros pensamientos nublaron su rostro.

—¡Mi vista perdida! ¡Mis fuerzas mutiladas! —murmuró pesaroso.

Traté de consolarle con mis caricias. Sabía lo que estaba pensando y habría deseado hablar por él, pero no me atreví. Distinguí el brillo de una lágrima cayendo por sus mejillas desde los párpados cerrados y el corazón se me partió.

—No soy mejor que el viejo castaño agonizante del huerto de Thornfield —susurró unos minutos después—. ¿Y qué derecho tiene una ruina a obligar que las flores frescas cubran su decadencia?

—Usted no es ninguna ruina, señor, ni un tronco quebrado por un rayo; mantiene el verdor y la lozanía, y las plantas crecerán alrededor de sus raíces, lo quiera o no, porque aprecian su generosa sombra. Y al crecer se enredarán en torno a su tronco, y le darán su aliento a cambio de la fuerza que emana de usted.

La sonrisa que regresó a sus labios me confirmó que había logrado consolarle.

—¿Te refieres a los amigos, Jane? —preguntó.

—Sí, claro, a los amigos —respondí en un tono algo vacilante.

Porque yo hablaba de algo más que amistad, pero no sabía qué otra palabra usar. Él vino en mi ayuda.

—¡Ah, Jane! Pero yo quiero una esposa.

—¿Una esposa, señor?

—Sí. ¿Acaso te sorprende?

—Por supuesto. No lo había mencionado antes.

—¿Te parece una mala noticia?

—Eso depende de las circunstancias, señor, y especialmente de su elección.

—Entonces, elige tú por mí, Jane. Aceptaré tu decisión sin rechistar.

—Bien señor, escoja a aquella que más le ame.

—Creo que optaré por aquella a quien yo más amo. Jane, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, señor.

—¿Con un pobre ciego al que tendrás que llevar de la mano?

—Sí, señor.

—¿Con un hombre mutilado, veinte años mayor que tú, al que te verás obligada a cuidar?

—Sí, señor.

—¿De verdad, Jane?

—Sin ninguna duda, señor.

—¡Oh, amor mío! ¡Que Dios te bendiga y te recompense!

—Señor Rochester, si alguna vez en la vida hice una buena obra, si alguna vez tuve un buen pensamiento, si alguna vez recé una oración sincera y libre de culpas, si alguna vez expresé un deseo correcto, ahora estoy obteniendo mi recompensa. Ser su esposa es, para mí, convertirme en la mujer más feliz de la tierra.

—¿Disfrutas sacrificándote?

—¡Sacrificándome! ¿Dónde está el sacrificio? Cambio el hambre por el alimento, expectativas por satisfacción... ¿Acaso tener el privilegio de abrazar a quien más quiero en el mundo, de apretar los labios contra los del hombre que amo, y de apoyarme en quién más confío, puede considerarse un sacrificio? Si es así, entonces sí, disfruto sacrificándome.

—¿Olvidas mis enfermedades, Jane? ¿Ignoras mis carencias?

—Señor, para mí no significan nada. Le amo más ahora que le puedo ser útil, que cuando proclamaba orgulloso su independencia, cuando despreciaba cualquier papel que no fuera el de generoso protector.

—Hasta este momento, la idea de necesitar ayuda me repugnaba, odiaba depender de que alguien me guiara. Pero a partir de ahora, creo que ya no volveré a odiarlo. No me gustaba tener que dar la mano a un criado, pero resulta agradable sentir en ella la presión de los dedos de mi Jane; prefería la más amarga soledad al servilismo constante, pero sé que la dulce solicitud de Jane será una fuente de alegría. Jane me sienta bien. ¿Le sienta yo bien a ella?

—Hasta la fibra más pequeña de mi cuerpo, señor.

—Si es así, no tenemos nada que esperar: casémonos inmediatamente.

Su aspecto y su voz habían recobrado la fuerza; regresaba el ímpetu que había sido propio de él en el pasado.

—Tenemos que unir cuanto antes nuestros cuerpos, Jane. Solo necesitamos la licencia, y luego nos casaremos.

—Señor Rochester, el sol se está poniendo y Pilot ya se ha ido a casa en busca de la cena. Déjeme echar una ojeada al reloj.

—Cuélgalo de la cintura, Jane, y llévalo tú de ahora en adelante. A mí no me sirve de nada.

—Son casi las cuatro de la tarde, señor. ¿No tiene hambre?

—La boda se celebrará dentro de tres días, Jane. Ahora ya no me preocupan los

vestidos bonitos, ni las joyas: sé que no tienen ningún valor.

—El sol ha secado las gotas de lluvia, señor. La brisa ha parado y hace calor.

—¿Sabes, Jane, que llevo tu collar de perlas anudado al cuello por debajo de la corbata? Lo puse ahí el mismo día que perdí mi único tesoro, como homenaje.

—Regresemos a casa por el bosque: así caminaremos por la sombra.

Él siguió dando rienda suelta a sus pensamientos sin hacerme caso.

—¡Jane! Quizá pienses de mí que soy un perro pagano, pero te aseguro que en estos momentos mi corazón rebosa gratitud hacia el benévolo Dios que protege la tierra. Él no ve como vemos los hombres; ni juzga como nosotros, sino con una sabiduría infinita. Yo me equivoqué: estuve a punto de manchar a mi flor inocente y de lanzar mi aliento culpable sobre su pureza, y por ello el Todopoderoso la separó de mí. Yo, sumido en la más obstinada rebeldía, maldije su voluntad. En lugar de doblegarme ante su decreto, lo desafié. La justicia divina siguió su curso y mi vida se llenó de desgracias: me vi obligado a pasar muy cerca del oscuro valle de la muerte. Sus castigos son implacables: uno solo me dejó humillado para siempre. ¿Recuerdas lo orgulloso que me sentía de mi fuerza? ¿Dónde ha ido a parar aquel vigor ahora que, como el niño más débil, necesito la mano de otros para avanzar? Solo en los últimos días he empezado a ver y reconocer la mano de Dios en mi destino. Comencé a experimentar remordimiento, me arrepentí y deseé reconciliarme con el Creador. Incluso empecé a rezar: eran oraciones muy breves, pero llenas de sinceridad.

»Hace unos días, mejor dicho, puedo darte su número exacto, cuatro, porque fue el lunes por la noche, me invadió un extraño estado de ánimo: la angustia ocupó el lugar del frenesí y la tristeza substituyó a la rabia. Tu desaparición absoluta me había llevado a pensar que habías muerto. Esa noche, muy tarde, entre las once y las doce, supliqué a Dios que se apiadara de mí y me llevara consigo al otro mundo, donde podría al menos albergar la esperanza de reunirme de nuevo con mi amada Jane.

»Estaba en mi habitación, sentado junto a la ventana abierta. La suave brisa de la noche me calmaba y, aunque ya no puedo contemplar las estrellas, vislumbraba un destello difuso y luminoso que reconocí como la luna. ¡Te echaba de menos, Jane! ¡Te añoraba con todo mi cuerpo y toda mi alma! Y le pregunté a Dios, en un tono de profunda humildad, si no había sufrido ya bastante desolación, bastante tormento, bastante aflicción; si no había llegado ya la hora de probar la paz y el sosiego. Sabía que merecía todo lo que había recibido, pero apelé a su misericordia: Dios sabe que ya estaba al límite de lo que podía soportar. Entonces, de mi corazón surgió el primero y el último de mis deseos, y, sin querer, tu nombre se escapó de mis labios y grité: “¡Jane! ¡Jane! ¡Jane!”.

—¿Dijo estas palabras en voz alta?

—Sí, Jane, las grité con tal ferocidad que, si alguien me hubiera oído, habría pensado que desvariaba.

—¿Y dice que fue el lunes por la noche, alrededor de las doce?

—Sí, pero la hora no tiene importancia. Lo extraño fue el hecho que sucedió a

continuación. Me acusarás de ser supersticioso, y con razón, pues el rastro de la superstición siempre ha corrido por mis venas, pero te juro que lo que voy a explicarte es la verdad.

»Después de gritar tu nombre, una voz (ignoro de dónde procedía, pero pude reconocerla sin ninguna duda) respondió “¡Ya voy! ¡Espérame!”, y un momento después el viento me susurró estas palabras al oído, “¿Dónde estás?”.

»No puedo explicarte los pensamientos e imágenes que estas palabras produjeron en mi mente. Como ves, Ferndean es un lugar aislado, enterrado en un bosque tan frondoso que sofoca cualquier sonido. En cambio esa voz preguntándome “¿Dónde estás?” cruzó las montañas, y el eco me devolvió la pregunta. En ese momento un viento más frío me acarició la frente: tuve la impresión de que Jane y yo estábamos juntos en un paraje agreste y solitario. Creo que nuestros espíritus se encontraron. Supongo que a esas horas tú estarías dormida: quizá tu alma salió de su celda para consolar a la mía, porque, tan seguro como que yo estoy aquí ahora, era tu voz la que oí. ¡Eras tú!

Lector, fue el mismo lunes a medianoche cuando también yo oí esa llamada misteriosa, y fueron exactamente estas palabras las que pronuncié como respuesta. Escuché el relato del señor Rochester con atención, pero no añadí nada. La coincidencia me pareció demasiado sorprendente e inexplicable como para hablar de ella. Cualquier cosa que yo dijera causaría una profunda impresión a una mente que, tendente ya a la oscuridad debido a los padecimientos sufridos, lo último que necesitaba era oír hablar de intervenciones sobrenaturales. Por lo tanto, guardé estas ideas en el fondo de mi corazón.

—Ahora ya no te extrañará —prosiguió el señor— que dudara de la realidad de tu súbita aparición; me costaba creer que no fueras una visión, una voz, algo que se fundía en el silencio y en la nada, igual que antes se había fundido con el susurro del viento y el eco de las montañas. Ahora, solo me queda dar gracias a Dios de que no sea así. ¡Gracias, Dios mío!

Me hizo bajar de sus rodillas y se puso de pie; se quitó el sombrero en señal de respeto y, dirigiendo sus ojos ciegos hacia el suelo, rezó en silencio. Solo pronunció en voz alta las últimas palabras de esa plegaria.

—Doy gracias al Creador por haberme juzgado con misericordia. Pido humildemente a mi Redentor que me dé fuerzas para llevar una vida más pura de ahora en adelante.

Después, su mano buscó la mía. La cogí, la acerqué un instante a mis labios, y luego la coloqué sobre mi hombro. Como era mucho más baja que él, le servía de guía y de muleta al mismo tiempo. Nos adentramos en el bosque y emprendimos el regreso a casa.

CONCLUSIÓN

Pues bien, lector, me casé con él. Tuvimos una boda tranquila: solo nosotros dos, el párroco y el sacristán. Cuando volvimos de la iglesia, me dirigí a la cocina donde Mary hacía la comida mientras John abrillantaba los cuchillos, y dije:

—Mary, esta mañana me he casado con el señor Rochester.

Tanto el ama de llaves como su marido pertenecían a esa clase de personas flemáticas a las que puede darse cualquier noticia sin miedo a que te agujereen los oídos con exageradas expresiones de emoción o manifiesten su sorpresa mediante una lluvia de palabras. Mary levantó la cabeza y me miró. El cucharón con el que sazónaba el asado quedó suspendido en el aire durante tres minutos, y durante ese mismo periodo de tiempo también John interrumpió su tarea. Por fin, Mary volvió a inclinarse hacia el fuego y dijo:

—¿De verdad, señorita? ¡Qué bien! —Y poco después, prosiguió, sin dejar de dar vueltas a la carne—: Los vi salir, a usted y al señor, pero no sabía que hubieran ido a la iglesia a casarse.

Cuando me volví, John sonreía de oreja a oreja.

—Yo ya le tenía dicho a Mary que se casarían. Sí, sabía que el señor Edward (John llevaba muchos años en la casa y por ello a menudo llamaba al señor por su nombre de pila) lo haría, y estaba seguro de que no tardaría mucho. ¡Y bien que ha hecho! ¡Le deseo que sean felices, señorita! —Y se quitó la gorra como muestra de respeto.

—Gracias, John. El señor Rochester me pidió que os diera esto a ti y a Mary.

Puse en su mano un billete de cinco libras. Sin esperarme a oír nada más, salí de la cocina, pero poco después, al pasar junto a la puerta de la cocina, sorprendí la siguiente conversación:

—Ella le conviene más que cualquier señorona. —Y añadió—: Tal vez no sea muy guapa, pero es honesta y tiene buen carácter, y al parecer él la encuentra bonita.

Escribí de inmediato a Moor House para informar de la noticia y explicar los motivos de mi acción con todo detalle. Diana y Mary manifestaron su apoyo incondicional, y la primera anunció su intención de visitarnos tan pronto como concluyera la luna de miel.

—Es mejor que no espere tanto tiempo —comentó el señor Rochester cuando le leí la carta de Diana—. Tengo la intención de prolongar la luna de miel para siempre, hasta que tu muerte o la mía le pongan fin.

Ignoro cómo reaccionó Saint John al recibir la noticia. Nunca respondió a la misiva en que le comunicaba mi boda. Supe de él, sin embargo, seis meses después. En su carta no mencionaba el nombre del señor Rochester ni hacía la menor mención de mi matrimonio. Se expresaba con serenidad y, aunque pecaba de un exceso de

formalidad, sus palabras eran amables. Desde entonces hemos mantenido una correspondencia constante, aunque escasa: en sus misivas me desea felicidad y espera que no sea de esas personas que viven en este mundo sin pensar en Dios y que solo se preocupan por cosas materiales.

Supongo, lector, que no te habrás olvidado de la pequeña Adèle, ¿verdad? Yo no lo hice: no tardé en obtener el permiso del señor Rochester para visitarla al colegio donde él la había enviado. Su alegría al verme me conmovió. Tenía mal aspecto: estaba pálida y delgada. Obviamente, no era feliz allí. Las normas de la escuela me parecieron demasiado rígidas y el temario demasiado duro para una niña de su edad, así que me la llevé a casa conmigo. Mi intención era volver a ser su institutriz, pero esto resultó impracticable: mi tiempo y mis cuidados ya tenían dueño. Mi marido me necesitaba a su lado a todas horas. Opté entonces por buscar una escuela regida por un sistema mucho más indulgente y lo bastante cerca como para poder visitarla a menudo, o incluso traerla a casa de vez en cuando. Me ocupé de que no le faltara de nada, y ella, por su parte, no tardó en adaptarse a su nueva vida: ganó en alegría y realizó grandes progresos. A medida que crecía, los sólidos principios de la educación inglesa fueron corrigiendo los defectos de su naturaleza. Cuando acabó la escuela encontré en ella a una compañera agradable y bien educada, dócil y sensata. La atención que ha mostrado hacia mí y hacia los míos ha compensado con creces cualquier bondad que pudiera yo haber tenido con ella.

Mi relato se acerca a su fin. Tan solo me queda hacer un repaso a mi vida de mujer casada y a las de aquellos que han aparecido en el curso de mi historia.

Llevo ya diez años de matrimonio. Sé lo que es vivir entregada por completo a quien más amo en la tierra. Me considero bendecida por la suerte, más privilegiada de lo que puedo expresar con palabras, porque Edward es mi vida y yo soy la suya. Ninguna mujer ha estado más cerca de su compañero de lo que yo lo estoy: soy hueso de sus huesos y carne de su carne. Nunca me he cansado de su compañía, ni él de la mía, al igual que no nos cansamos de los latidos del corazón. Para ambos, estar juntos implica mezclar ese sentimiento de libertad que procede de la soledad con la alegría de sabernos cómplices. Nos pasamos el día charlando, porque hablar con el otro se ha convertido para nosotros en la forma de pensar en voz alta. Nos profesamos una confianza absoluta: nuestros caracteres se acoplan a la perfección, y el resultado es una convivencia perfecta.

El señor Rochester siguió ciego durante los dos primeros años de nuestra unión. Tal vez esa circunstancia contribuyó a unirnos y a estrechar tanto nuestros lazos, porque en esos días yo fui su visión, de la misma forma que aún soy su mano derecha. Era, literalmente (como él repetía a menudo) la niña de sus ojos. A través de mí observaba la naturaleza y leía libros. Yo nunca me cansé de mirar por él, de explicarle cómo era un prado, un árbol, una ciudad, un río, una nube o un rayo de sol; de describirle un paisaje o el color del cielo, hasta lograr que mis palabras dibujaran en sus oídos la imagen que sus ojos no podían ver. Nunca me cansé de leer para él, ni

de guiar sus pasos, ni de cumplir sus deseos. Y sentía placer al hacerlo, un placer que, pese a la tristeza, era pleno y exquisito. No había vergüenza ni humillación en sus peticiones. Me amaba tan sinceramente que no tenía escrúpulos en aprovecharse de mi ayuda: sabía que para mí no había satisfacción mayor que expresar mi amor haciendo realidad sus más nimios deseos.

Una mañana, dos años después de la boda, yo estaba escribiendo una carta que él me dictaba cuando, de repente, se inclinó hacia mí y me dijo:

—Jane, ¿llevas un adorno brillante alrededor del cuello?

Yo llevaba una cadena de oro de la que colgaba un pequeño reloj, y por tanto respondí afirmativamente.

—¿Y el vestido que llevas es de color azul?

Así era. Entonces me explicó que, desde hacía tiempo, tenía la sensación de que la nube de oscuridad que cubría uno de sus ojos se iba despejando. Ahora estaba seguro.

Fuimos a Londres y concertamos una cita con un eminente oftalmólogo. Gracias a su intervención, recobró la vista de ese ojo. Ahora puede ver con bastante claridad: no es capaz de leer o de escribir demasiado, pero sí consigue caminar sin necesidad de que alguien le guíe. El cielo ya no es para él un espacio incoloro, la tierra ya no es una extensión negra. Cuando sostuvo a su hijo en brazos pudo comprobar que el niño había heredado sus mismos ojos, como habían sido en el pasado: negros, grandes y brillantes. En esa ocasión, una vez más, dio gracias a Dios por haber suavizado su condena.

Por lo tanto, mi Edward y yo somos felices. Y saber felices a nuestros amigos contribuye a nuestra alegría. Diana y Mary Rivers se casaron, y solemos vernos al menos una vez al año. El marido de Diana es capitán de barco, un oficial apuesto y bondadoso. Mary contrajo matrimonio con un compañero de estudios de su hermano, un sacerdote de arraigados valores y digno de una dama como ella. Tanto el capitán Fitzjames como el reverendo Wharton adoran a sus mujeres, y ellas les corresponden.

En cuanto a Saint John, abandonó Inglaterra y partió hacia la India. Tomó el camino que él mismo se había trazado y sigue en él. Nunca hubo un pionero más decidido e incansable, más dispuesto a trabajar en las peores condiciones y rodeado de peligros. Firme, devoto y seguro de sí mismo, ha puesto su empeño más sincero y enérgico en la tarea de mejorar a la raza humana, despejando el camino que conduce hacia la verdad, aplastando como haría un gigante los prejuicios originados por la casta o la raza. Tal vez sea un hombre duro, quizá sea exigente y ambicioso, pero es la suya la dureza del guerrero Greatheart, que protegió su convoy de peregrinos del ataque de Abadón. La suya es la exigencia del apóstol que habla en nombre de Cristo y dice: «Quien desee venir conmigo, que reniegue de sí mismo, cargue con su cruz y me siga». La suya es la ambición de un espíritu elevado que pretende ocupar un lugar entre los elegidos y aparecer sin mácula ante el trono de Dios, que comparte las poderosas victorias del Cordero, y es llamado a Su presencia como recompensa a su

fidelidad.

Saint John no se ha casado y ya no lo hará. Hasta el momento se ha bastado solo para sobrevivir a los combates de una guerra que se acerca a su fin. El glorioso sol que le ha iluminado se pone ya en el horizonte. La última carta que recibí de él me hizo saltar las lágrimas y llenó mi corazón de un gozo divino: en ella me anticipaba la recompensa que está seguro de obtener, la corona eterna. Sé que un extraño se encargará de escribirme su siguiente carta y que en ella me dirá que ese bondadoso y fiel sirviente ha sido llamado por fin a disfrutar de la presencia de su Señor. ¿Y por qué llorar? Ningún temor a la muerte empañará la última hora de Saint John: su mente estará clara, su corazón impasible, sus esperanzas firmes, y su fe incommovible. Sus propias palabras lo indican así: «Mi Señor —dice—, ya me ha advertido. La inminencia de su llegada es cada día más evidente. Le oigo decir: “¡Pronto vendré a buscarte!”. Y yo le repito, cada hora con mayor fervor: “Así sea. ¡Aquí te espero, Jesús, mi Señor!”».



CHARLOTTE BRONTË (1816-1855) nació en Thornton, Yorkshire, la tercera hija de Patrick Brontë y Maria Branwell. En 1820 el padre fue nombrado vicario perpetuo de la pequeña aldea de Haworth, en los páramos de Yorkshire, y allí pasaría Charlotte casi toda su vida. Huérfanos de madre a muy corta edad, los cinco hermanos Brontë fueron educados por una de sus tías. En 1824, Charlotte, junto con sus hermanas Emily, Elizabeth y Maria, acudió a una escuela para hijas de clérigos; Elizabeth y Maria murieron ese mismo año, y Charlotte siempre lo atribuyó a las malas condiciones del internado. Estudiaría posteriormente en una escuela privada, donde ejerció asimismo como maestra; fue luego institutriz y maestra de nuevo en un pensionado de Bruselas, donde en 1842 estuvo interna con Emily. De vuelta a Haworth, en 1846 consiguió publicar un volumen de *Poesías* con sus hermanas Emily y Anne, con el seudónimo, respectivamente, de Currer, Ellis y Acton Bell. Su primera novela, *El profesor*, no encontró editor. Pero, como Currer Bell, publicó con éxito *Jane Eyre*. En 1848, mientras morían Emily y Anne, y su hermano Branwell, escribió *Shirley*, que sería publicada al año siguiente. Su última novela fue *Vilette*. Charlotte se casó con el reverendo A. B. Nicholls un año antes de morir.

Notas

Notas de la Introducción

[1] Annie Thackeray Ritchie, «My Witches' Cauldron'», *Macmillan's Magazine*, n.º 63 (febrero de 1890), en *The Brontë Sisters: Critical Assessments*, Eleanor McNeese, ed., 4 vols., East Sussex, Helm Information, 1996, [en adelante CA], vol. I, p. 124.

<<

[2] George Smith. «Charlotte Brontë», en *Cornhill Magazine* (julio-diciembre de 1900), en CA, vol. I, pp. 137-138. <<

[3] Frederick Harrison, *Charlotte Brontë, Studies in Early Victorian Literature*, Londres, Edward Arnold, 1895, en CA, vol. I, p. 251. <<

[4] William Makepeace Thackeray, «The Last Sketch», en *Cornhill Magazine I* (enero-junio de 1860), en CA, vol. I, p. 86. <<

[5] Charlotte Brontë, «Biographical Notice of Ellis and Acton Bell», 1850, impreso en *WH*, p. xlv. <<

[6] George Henry Lewes, reseña de *Jane Eyre*, en *Fraser's Magazine*, n.º 36 (diciembre de 1847), en CA, vol. III, pp. 12, 14. <<

[7] Reseñado por George Smith, «Charlotte Brontë», en CA, vol. I, p 146. <<

[8] *Ibid.*, p. 147. <<

[9] Elizabeth Rigby, reseña de *Vanity Fair* y *Jane Eyre*, en *Quarterly Review* (diciembre de 1848), en CA, vol. I, pp. 33-61. <<

[10] Harriet Martineau, *Autobiography*, 1877, 3 vols., Londres, Virago, 1983, vol. II, p. 324. <<

[11] Charlotte Brontë, carta a Emily Brontë del 8 de junio de 1839, *Letters*, vol. I, p. 191. <<

[12] Rigby, CA, vol. I, p. 51. <<

[13] El cartismo, que debe su nombre a la «Carta del Pueblo» de 1838, elaborada por William Lovett, era un movimiento obrero que luchaba a favor de la reforma social y política, y tenía como objetivo primordial el sufragio masculino universal. Las peticiones multitudinarias al Parlamento desembocaron en la petición masiva de 1848, con seis millones de firmas. <<

[14] Reseña anónima, *Christian Remembrancer*, n.º 15 (abril de 1848), en CA, vol. I, p. 18. <<

[15] Rigby, en CA, vol. I, p. 51. <<

[16] Margaret Oliphant, «Modern Novelists — Great and Small», en la *Blackwood's Magazine*, n.º 77 (mayo de 1855), pp. 557-558. <<

[17] *Ibid.*, p. 558. <<

[18] Barker, pp. 554-555. <<

[19] Anónimo, «Queen Bees or Worker Bees?», en *Saturday Review*, n.º 8 (12 de noviembre de 1859), pp. 575, 576. <<

[20] Thomas Carlyle, *Chartism*, 1839, impreso en su totalidad en *Selected Writings of Thomas Carlyle*, Alan Shelston, ed., Harmondsworth, Penguin, 1971, p. 199. <<

[21] David Jones, *Chartism and the Chartists*, Londres, Allen Lane, 1965, p. 112. <<

[22] Gayatri Spivak, «Three Women's Texts and a Critique of Imperialism», en *Critical Inquiry*, n.º 12 (1985), pp. 243-261. <<

[23] Charlotte Brontë, carta a W. S. Williams del 4 de enero de 1848, *Letters*, vol. I, p. 358. <<

[24] Trad. de Tomás Segovia; William Shakespeare, *Tragedias*, Barcelona, Penguin Random House, 2016. <<

[25] Charlotte Brontë, carta a Constantin Heger del 24 de julio de 1844, *Letters*, vol. I, p. 358. <<

[26] John Stuart Mill, *On the Subjection of Women*, 1873, en *On Liberty and Other Essays*, John Gray, ed., Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1991, p. 503. [Trad. de Alejandro Pareja Rodríguez, *El sometimiento de las mujeres*, Madrid, Edaf, 2005.] <<

[27] La frenología, considerada una ciencia de la mente, era una técnica adivinatoria del carácter a través de la forma del cráneo. Derivada de las teorías fisiológicas y psicológicas del médico austríaco Franz Joseph Gall (1758-1828), la teoría se puso de moda en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX. <<

[28] Sir Walter Scott, *The Bride of Lammermoor*, 1819, W. M. Parker, ed., London, Dent, Everyman, 1991, p. 323. [Trad. de Rafael Vázquez Zamora, *La novia de Lammermoor*, Barcelona, editorial Orbis, 1988.] <<

[29] *Mad woman in the Attic*, pp. 336-371. <<

[30] Trad. de Alejandro Valero, John Keats, *Odas y Sonetos*, Barcelona, editorial Orbis, 1997. <<

[31] Leslie Stephen, «Hours in a library: Charlotte Brontë», en *Cornhill Magazine*, n.º 36 (diciembre de 1877), en CA, vol. I, p. 238. <<

[32] David Lodge analiza con detalle este patrón en el capítulo «Fire and Eyre: Charlotte Brontë's War of Earthly Elements», en *Language of Fiction: Essays in Criticism and Verbal Analysis of the English Novel*, London, Routledge, 1966. <<

Jane Eyre

[1] *Thornfield* significa literalmente «campo de espinos.» (N. del T.) <<

[2] «¿Es mi institutriz?» <<

[3] «Sí, exactamente.» <<

[4] «¿Qué tienes? —le dijo una de las ratas—. ¡Habla!» <<

[5] «¡Señoras, la comida está lista! ¡Y yo tengo hambre!» <<

[6] «Vuelva pronto, querida señorita Jeanette, amiga mía.» <<

[7] «Y eso debe de significar que dentro hay un regalo para mí, y quizá también para usted, señorita. El señor me ha hablado de usted: me ha preguntado el nombre de mi institutriz, y si su aspecto es el de una persona pequeña, delgada y un poco pálida. Yo le he dicho que sí, porque es verdad, ¿no, señorita?» <<

[8] «¿No es cierto, señor, que el cofre pequeño contiene un regalo para la señorita Eyre?» <<

[9] «Estate callada, niña, ¿lo entiendes?» <<

[10] «Y me importa.» <<

[11] «¡Tengo que probármelo ahora mismo!» <<

[12] «¿Me sienta bien el vestido? ¿Y los zapatos? ¿Y las medias? Saben, ¡me parece que voy a bailar!» <<

[13] Señor, le doy mil gracias por su bondad. Esto es lo mismo que hacía mamá, ¿no es cierto, señor?» <<

[14] «¿Qué le pasa, señorita? Los dedos le tiemblan como hojas y tiene las mejillas rojas como cerezas.» <<

[15] «Se están cambiando de ropa. Cuando mamá tenía invitados, yo les seguía por toda la casa, al salón y a sus aposentos; a menudo observaba cómo las doncellas peinaban y vestían a las damas. Era muy divertido, y además así se aprende.» <<

[16] «Sí, señorita, hace cinco o seis horas que no hemos probado bocado.» <<

[17] «¡Qué pena!» <<

[18] «¿Puedo coger una de esas magníficas flores, señorita? Sólo para dar un toque final al vestido.» <<

[19] «Galán maduro.» <<

[20] «¡Peor para ella!» <<

[21] «¡Llega el señor Rochester!» <<

[22] «A punto de comerse a besos a su pequeña mamá inglesa.» <<

[23] «¡Oh, ella no estará nada bien... es muy incómodo!» <<

[24] «Auténtico mentiroso.» <<

[25] «Cuentos de hadas; además, las hadas no existían ni habían existido nunca.» <<

[26] «Para recobrar la compostura.» <<

[27] «Entonces se adelantó alguien que surgía del cielo estrellado. Peso las ideas en la balanza de mi ira y los hechos en el peso de mi cólera.» (Se trata de una cita ligeramente inexacta de *Los bandidos*, de Friedrich Schiller.) (N. del T.) <<

[28] «The air was mild; the daw was balm», cita extraída de Walter Scott, *The Lay of the Last Minstrel*. (N. del T.) <<

[29] «Looked to river, looked to hill», cita extraída de Walter Scott, *The Lay of the Last Minstrel*. (N. del T.) <<

[30] «¡Aún joven!» <<